

# Hacia una teoría crítica del trabajo en el capitalismo actual

## Revisión de las tesis sobre el “Fin del trabajo” e indagación de perspectivas alternativas.

Autor:

Pagura, Nicolás Germinal

Tutor:

Rinesi, Eduardo

2014

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título de Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía.

Posgrado

**HACIA UNA TEORÍA CRÍTICA DEL TRABAJO EN EL CAPITALISMO ACTUAL:  
REVISIÓN DE LAS TESIS SOBRE EL “FIN DEL TRABAJO” E INDAGACIÓN DE  
PERSPECTIVAS ALTERNATIVAS**

*Nicolás Germinal Pagura*

**ÍNDICE**

<b>Agradecimientos.....</b>	<b>5</b>
<b>PRESENTACIÓN.....</b>	<b>6</b>
I. El recorrido de la investigación.....	6
II. Estructura de la tesis.....	12
<b><i>PRIMERA PARTE: REPENSAR EL TRABAJO Y SU CRÍTICA.....</i></b>	<b>14</b>
<b>Capítulo primero: La crítica tradicional del trabajo: Arendt y Habermas.....</b>	<b>18</b>
I. Hannah Arendt: la crítica a la centralidad del trabajo en tanto “labor” en la sociedad moderna.....	19
I.1. Las distinciones de la <i>vita activa</i> y el modelo de la <i>pólis</i> griega: labor, trabajo, acción.....	19
I.2. La inversión moderna: triunfo del <i>animal laborans</i> .....	23
I.3. La crítica a Marx.....	27
I.4. Limitaciones de la crítica arendtiana: el concepto de “labor” y la lectura de la sociedad moderna.....	30
II. Jürgen Habermas: la crítica del trabajo como “acción instrumental” y la dinámica de la modernización.....	33
II.1. La distinción entre trabajo e interacción: el programa de una teoría crítica de la sociedad y las limitaciones del marxismo.....	34
II.2. La reformulación del proceso moderno de “racionalización” y las insuficiencias de la crítica de la economía política.....	37
II.3. Sistema y mundo de la vida: el análisis crítico de las sociedades modernas en <i>Teoría de la acción comunicativa</i> .....	42
II.4. Limitaciones de la crítica habermasiana: sobre el concepto de “trabajo” y la interpretación de la modernidad.....	46
III. Arendt y Habermas como exponentes de una <i>crítica tradicional del trabajo</i> .....	52
<b>Capítulo segundo: Hacia una especificación de la crítica en el marco del capitalismo: el trabajo como relación social históricamente determinada.....</b>	<b>56</b>
I. Apuntes metodológicos: la determinación histórica de los procesos productivos.....	58

II. El trabajo como relación social históricamente determinada: “trabajo abstracto”	63
III. Trabajo abstracto y dominación social: la cuestión de la medida en el tiempo	69
IV. Fuerza de trabajo, capital y plusvalor	73
V. La dinámica específica de la producción capitalista y el papel de la crítica	77
VI. Trabajo, necesidad “natural” y necesidad históricamente determinada: el lugar de la libertad en la superación del capitalismo	81
VII. Trabajo, acción instrumental, productivismo	89
VIII. Sobre la idea de “comunismo”: el trabajo posible, más allá de la escisión entre economía y política	93
IX. Apuntes finales: repensar el trabajo y su crítica	97

***SEGUNDA PARTE: LA CRÍTICA TRADICIONAL DEL TRABAJO REVISITADA:  
LAS TESIS SOBRE EL “FIN DEL TRABAJO”***.....99

**Capítulo tercero: Revisión crítica de las tesis sobre  
el “fin del trabajo”**.....101

I. Posicionamientos político-ideológicos frente a un contexto crítico	101
II. Principales expositores de las tesis sobre el “fin del trabajo”: una revisión crítica	112
II.1. Jeremy Rifkin: la tercera revolución industrial, el determinismo tecnológico y el anuncio del fin del trabajo	114
II.1.a. Las TICs., el desempleo tecnológico y la precarización: ¿fin del trabajo o intensificación de la explotación?	116
II.1.b. Las imprecisiones en el concepto de “trabajo”: algunas consecuencias	120
II.1.c. Las propuestas de Rifkin: algunas críticas	122
II.2. André Gorz: la puesta en marcha de la salida de la sociedad salarial	125
II.2.a. El proceso de industrialización moderna, el devenir “heterónimo” del trabajo y la crítica al marxismo	126
II.2.b. La crisis de la “sociedad del trabajo”	135
II.3. Dominique Méda: el trabajo como valor en peligro de extinción	143
II.3.a. El trabajo: genealogía de un concepto	145
II.3.b. La crítica del “trabajo”	151
II.4. Otros planteos: Claus Offe y Zygmunt Bauman	157
III. Las tesis sobre el “fin del trabajo”: un balance de los principales argumentos y de las críticas posibles	165

***TERCERA PARTE: SUBSUNCIÓN DE LA VIDA AL CAPITAL  
Y NEUTRALIZACIÓN DE LA CRÍTICA***.....182

**Capítulo cuarto: explotación y ampliación de la “subsunción” del trabajo  
en la producción “posfordista”**.....184

I. Acumulación y regulación en el fordismo.....	185
II. La reestructuración organizacional de las empresas y los cambios en el “trabajo concreto”.....	190
III. La terciarización de la economía.....	196
IV. La explotación de la fuerza de trabajo en el “posfordismo”.....	198
V. Subsunción de la totalidad de la persona al capital: nuevas capacidades y actitudes puestas en juego en el proceso de trabajo.....	206
VI. Sobre la vigencia de la teoría del valor y la centralidad del trabajo abstracto: contrapunto con el autonomismo italiano.....	211
VII. El posfordismo frente a las teorías clásicas sobre la racionalización: nuevas limitaciones para la crítica tradicional del trabajo.....	225

**Capítulo quinto: Subsunción extensiva al capital:  
la trayectoria de la “sociedad de consumo”.....229**

I. La sociedad de consumo y la necesidad de integrar el valor de uso al campo de la crítica.....	230
II. La subsunción real del valor de uso al valor de cambio.....	232
III. La sociedad de consumo tras la crisis del fordismo.....	237
IV. Terciarización de los consumos e industrias culturales: la vida mercantilizada.....	243
V. Crédito y financiarización: la deuda infinita.....	246
VI. ¿Capitalismo cognitivo-cultural? La subsunción del tiempo de no-trabajo y los dilemas de la crítica tradicional.....	253

**Capítulo sexto: Un capitalismo que neutraliza la crítica:  
los discursos de la “nueva gestión empresarial”.....258**

I. El poder de recuperación del capitalismo.....	259
II. La reestructuración como respuesta a la crítica del trabajo.....	263
III. Los discursos de la nueva gestión empresarial y la neutralización de la crítica tradicional.....	268
IV. Hacia la reconstrucción de la crítica: los cambios en los modos de gestión/control del proceso de trabajo y las nuevas necesidades de valorización del capital.....	280
V. Consideraciones finales: la “subsunción de la vida al capital” y la neutralización de la crítica tradicional.....	288

***A MODO DE CONCLUSIÓN: EL TRABAJO, LA CRÍTICA Y  
LA ACCIÓN POLÍTICA EN EL CAPITALISMO ACTUAL.....***  
***Error: Reference source not found***

I. Reformular y recuperar la crítica: las posibilidades abiertas.....	295
II. Niveles de la crítica: ontológico, epistemológico, ético.....	300
III. Entre lo real y lo posible (1): sobre la idea de “comunismo”, el concepto de “trabajo” y la crítica.....	303
IV. Entre lo real y lo posible (2): el problema de la transformación política.....	307

**BIBLIOGRAFÍA CITADA Y CONSULTADA.....314**

## Agradecimientos

Quiero agradecer a las siguientes personas los apoyos y colaboraciones de diversa índole recibidos durante los seis años que duró esta investigación. A Sebastián Botticelli por su lectura atenta desde los inicios de la escritura de la tesis, y sus siempre atinados comentarios; a Jorge Casas y Agustín Santella, que a partir de la revisión de los primeros resultados supieron aportar lo suyo para su mejor consecución; a Virginia Pineau, que leyendo la tesis completa sobre el final de este arduo recorrido me facilitó la tarea en su última etapa. Y no puedo dejar de mencionar a Ariel Fazio, mi viejo compañero de todo tipo de andanzas, con quien compartimos y tratamos de construir hace muchos años espacios de discusión sobre estos temas.

Agradezco, por supuesto, a mi Director Eduardo Rinesi y a mi Co-Director Ezequiel Ipar, no sólo por los aportes y la supervisión recibidos, sino también y sobre todo por haberme dado el apoyo que necesitaba en un momento particularmente difícil. Igualmente indispensable ha sido el sostén que me dieron Claudia Mársico, Hernán Inverso, Juan Manuel Heredia, Lucía Espeja y (otra vez) Ariel Fazio, con quienes además compartimos un compromiso institucional, político y académico que contribuye a dar un sentido colectivo a estas indagaciones.

Esta investigación fue posible, por otra parte, gracias a las becas que me otorgó el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que permitieron que pudiera dedicarme exclusivamente a la misma por el trascurso de cinco años.

Agradezco el apoyo siempre incondicional que recibí de mi familia, empezando por mis padres, que desde un inicio me animaron cuando decidí dedicarme a esta profesión. Y también el de mis amigos más cercanos y entrañables: ellos saben quiénes son por lo cual nombrarlos resultaría superfluo.

Finalmente, quiero recordar especialmente a mi maestro Mario Heler, con quien aprendí ante todo que pensar filosóficamente es hacerlo críticamente. Esta investigación la comencé con él, y fue difícil continuar tras su fallecimiento prematuro e inesperado. Sin embargo, tan fuerte habrá sido su marca que incluso después, mientras escribía, me sorprendía por momentos dialogando con él, preguntándome qué opinaría de tal o cual párrafo, de tal o cual idea. Esta tesis procura también, en su espíritu profundo, honrar su memoria.

N.G.P. – Noviembre de 2013

## PRESENTACIÓN

### I. El recorrido de la investigación

Las convenciones académicas indican que en la presentación de un trabajo de tesis se deben indicar los propósitos fundamentales de la investigación, algunas de las hipótesis que se defenderán, el modo de abordaje y un breve resumen de cada uno de los capítulos que lo componen. En líneas generales, esta presentación se acoplará a estas convenciones en la medida en que resultan útiles para dar al lector una idea global del trabajo que tiene entre manos.

No obstante, la intención subyacente con la cual se ha emprendido esta investigación exige algo más de esta presentación. En efecto: esta tesis es entendida como la inevitable objetivación, en un momento determinado, de un movimiento reflexivo que la precedió y que probablemente proseguirá en el futuro. Ahora bien, se considera de suma importancia que este momento de objetivación no atente contra dicho movimiento, al cual se pretende mantener fidelidad, petrificándolo. Y es aquí que esta presentación puede hacer su aporte, dando cuenta –aunque sea brevemente– del proceso reflexivo que finalmente condujo a la escritura de esta tesis. El relato que sigue, entonces, oficiará como una presentación diacrónica de los interrogantes y senderos que finalmente culminaron en este trabajo, y que en gran medida explican el enfoque adoptado y la forma en que se decidió estructurarlo.

El proceso de indagación que culmina en esta tesis comenzó hace aproximadamente diez años. El disparador inicial de los interrogantes sobre los que se trabajaría desde entonces estuvo dado por una serie de discusiones respecto de los cambios en el capitalismo y en el mundo del trabajo que emergieron en el marco de un seminario de grado dictado en el año 2003 por el Dr. Mario Heler, titulado –en referencia a un capítulo de un libro de Zygmunt Bauman–<sup>1</sup> “De la ética del trabajo a la estética del consumo”. La idea general que resultaba en particular interpelante en estas discusiones era aquella que planteaba que la sociedad moderna capitalista, fundada en la explotación del trabajo asalariado en la industria, se encontraría, desde la década del '70, atravesando una metamorfosis significativa que incluso anunciaría el advenimiento de un tipo de sociedad radicalmente diferente. El interés por una idea semejante no estribaba solamente en sus evidentes connotaciones políticas, sino también y al mismo tiempo en el desafío teórico que representaba: un período de transición hacia algo novedoso

---

<sup>1</sup> Véase BAUMAN, Zygmunt, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa, 2000, capítulo 2.

no puede sino conllevar la puesta en cuestión de las categorías con las cuales se ha intentado en el pasado interpretar el mundo social.

De entre las líneas interpretativas que compartían dicha idea de que en el capitalismo se estaba abriendo una etapa diferente que anunciaba una reconfiguración importante de las relaciones laborales, una de las más radicales era aquella que, a grandes rasgos, sostenía que la revolución tecnológica en marcha estaba tornando obsoleto el modelo de sociedad industrial tradicional organizado alrededor del trabajo asalariado y su explotación por el capital. Se suponía que este modelo de “sociedad del trabajo” (utilizando la terminología de Claus Offe)<sup>2</sup> sería reemplazado entonces, tarde o temprano, por otro en el que las relaciones sociales y económicas se estructurarían en base a principios diferentes a los implicados por el trabajo asalariado. Esta línea –que sobre todo tras la publicación del libro de Rifkin<sup>3</sup> en 1995 se populariza como la tesis sobre el “fin del trabajo”– llamaba además a reflexionar acerca de la vigencia de categorías tan importantes como las de “explotación”, “valor” y, por supuesto, la de “trabajo”.

Por entonces, el debate sobre el “fin del trabajo” tenía una presencia considerable en las discusiones académicas. Muestra de ello es la atención que le dieron intelectuales europeos de importante trayectoria como Robert Castel<sup>4</sup> y Manuel Castells,<sup>5</sup> aunque más no fuera para criticar duramente estas posiciones. El debate llegó también a Latinoamérica y a nuestro país, en un contexto particular –la crisis económica de principios de milenio– que resultaba propicio para una discusión de este calibre. Se pueden destacar, en este punto, las contribuciones al respecto de referentes de la sociología del trabajo latinoamericana como Ricardo Antunes,<sup>6</sup> Julio César Neffa<sup>7</sup> y Enrique De La Garza.<sup>8</sup> La cuestión más discutida de estas posiciones era la de su sustento empírico, precisamente su punto más débil.

---

2 Véase OFFE, Claus, *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Madrid, Alianza, 1992.

3 Véase RIFKIN, Jeremy, *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1996.

4 Véase CASTEL, Robert, *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, Buenos Aires, FCE, 2010, Primera parte, apartado II: “¿Qué centralidad del trabajo?”.

5 Véase CASTELLS, Manuel, *La era de la información, Vol. 1: La sociedad red*, Madrid, Alianza, 2005, pp. 307-321.

6 Véanse ANTUNES, Ricardo, *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las Metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Venezuela, Piedra Azul, 1997; y *Los sentidos del trabajo*, Buenos Aires, Herramienta, 2005.

7 Véase NEFFA, Julio, *El trabajo humano*, Buenos Aires, Lumen, 2003, segunda parte: “El debate reciente sobre «el fin del trabajo»”.

8 Véase DE LA GARZA, Enrique, “¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?”, en CASTILLO, Juan (ed.), *El Trabajo del Futuro*, Madrid, Complutense, 1999.

Probablemente el libro de Rifkin –propenso a proyecciones alarmistas realizadas en base a casos particulares y a comentarios de consultores y empresarios, pero con pocas si no nulas referencias a fuentes estadísticas confiables– haya sido uno de los responsables de que el debate tomara esta dirección y de que, unos años después, desapareciera en buena medida de la escena.

Sin embargo, se pensó entonces y se sigue pensando –y espero que esta tesis contribuya a que el lector se convenza de esto– que dicho debate posee ricas aristas que merecen ser estudiadas, ya no tanto desde una perspectiva empírica sino antes que nada desde una mirada interpretativa y problemática como la que pueden ofrecer la teoría y la filosofía social y política. Pues las tesis sobre el “fin del trabajo” –aunque seguramente no tanto en sus versiones mediático-alarmistas sino más precisamente en las plumas de filósofos sociales como Gorz, Habermas y Méda– plantean interrogantes que siguen siendo esenciales: sobre la naturaleza del capitalismo y su futuro, sobre aquello que podría constituirse en un ideal deseable a alcanzar en lo que a la estructuración de las relaciones sociales respecta, sobre el lugar de la economía y su relación con la política, sobre el modo en que se piensan las actividades que se realizan en la esfera pública y social, sobre las posibilidades de transformación social, sobre el rol de las ciencias sociales y humanas, etc.

Por otra parte, en la investigación ejerció una influencia considerable una segunda línea interpretativa que venía también explorando estos interrogantes desde una perspectiva que dialogaba y se nutría de la teoría social y la filosofía política: la del denominado “autonomismo italiano”, que entendía que lo que estaba en marcha era una reconfiguración radical del capitalismo motorizada por la pérdida de centralidad del trabajo industrial y la consecuente hegemonía del llamado “trabajo inmaterial”, lo cual a la vez permitiría entrever la emergencia de un nuevo sujeto político, que Hardt y Negri denominarían “multitud”.<sup>9</sup>

Lo que resultaba interesante de la lectura de estas dos líneas era que aunque ambas analizaban los mismos fenómenos históricos y sostenían la tesis general de que se estaba transitando hacia otro tipo de sociedad, llegaban a conclusiones muy diferentes en lo que al lugar central del trabajo respecta. Dicho muy someramente, mientras para las tesis del “fin del trabajo” el mismo perdía centralidad y debía ser relegado por otras actividades vitales, para el autonomismo el trabajo sufría una metamorfosis con la cual, lejos de desaparecer, pasaba a invadir el conjunto de la vida social. Y una contradicción similar se daba entre ambas líneas en lo que al proletariado como sujeto político respecta. ¿Cómo explicar esta diferencia?

---

9 Véase HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

En este punto de la indagación comenzaba a hacerse evidente que no había modo de ingresar con cierta claridad teórica en los debates actuales sobre el trabajo si antes no se problematizaba el concepto. Pues de dicha conceptualización –incluso no siendo totalmente explícita– parecía depender, en buena medida, la posición que finalmente los autores asumían. Y en relación a esto, aparecía un nuevo interrogante, pero que no era un concepto sino un nombre propio: Karl Marx. Porque este autor también emergía como una suerte de divisoria de aguas en las discusiones. A grandes rasgos, quienes auguraban la pérdida de centralidad del trabajo criticaban a Marx, mientras que aquellos que defendían su persistencia reivindicaban a la vez el pensamiento de este autor. Y aquí no sólo habría que contar a los autonomistas, sino también a algunos autores –por ejemplo Antunes– que escribieron libros o artículos para criticar específicamente las tesis sobre el “fin del trabajo”.

Fueron estas coordenadas básicas las que llevaron a que la investigación tuviera que remontarse más atrás de las discusiones actuales, hacia el modo en que distintas vertientes de la teoría social clásica y contemporánea trataban el concepto de “trabajo”. En particular, se hacía necesario un estudio más sistemático de las obras de Marx sobre crítica de la economía política, empezando por *El capital*, pero también los *Manuscritos de economía y filosofía* y los *Grundrisse*. Por otro lado, las referencias de los teóricos del “fin del trabajo” llevaban de un modo inequívoco a las teorías sobre la sociedad moderna esbozadas por Hannah Arendt y Jürgen Habermas, así como a sus sendas críticas a Marx. La investigación aquí se guiaba por la hipótesis de que entre Marx por un lado, y Arendt/ Habermas por el otro, había en juego una discusión sobre la naturaleza de las sociedades modernas que tenía en el modo en que se abordaba el concepto de “trabajo” uno de sus núcleos explicativos, y que a esta discusión seguirían estando en buena medida atados los debates actuales sobre la centralidad del trabajo. Sin embargo, esta hipótesis planteaba en principio dos riesgos, que luego se convertirían en dos desafíos a enfrentar.

Primer riesgo: la posible reducción del debate a una cuestión meramente terminológica, lo cual llevaría a sostener que las diferencias entre los planteos obedecen simplemente a que el término “trabajo” ha sido definido de una manera distinta en cada uno de ellos. Un estudio que partiera de esta premisa, lo máximo a que podría aspirar es a clarificar los términos del debate para finalmente disolverlo: se mostraría entonces que la discusión es “falsa” en el sentido de que, en realidad, no se está hablando de lo mismo mientras se cree erróneamente estar haciéndolo. Se trata de un modo de proceder que evidentemente recuerda a lo que el positivismo lógico pretendía hacer con la metafísica: aclarar los términos y las definiciones para disolver los problemas metafísicos mostrando que

en realidad son “pseudoproblemas”. Frente a esta posibilidad, emergía un desafío: plantear el debate de modo tal que se pusieran de manifiesto diferencias conceptuales que encerraban algo más que pseudodiscusiones sobre términos polivalentes.

Segundo riesgo: dejarse seducir por el camino fácil a que podría invitar el esencialismo filosófico y/o antropológico. Con esto me refiero a la operación de justificar la pertinencia de un término por su arraigo en algún tipo de esencia. Tradicionalmente, la filosofía buscó fundamentar la correspondencia entre las palabras y las cosas con la referencia a instancias esenciales, como la substancia (antigüedad), Dios (cristianismo) o el hombre (modernidad). Ahora bien: como mostraron desde diferentes perspectivas autores como Foucault,<sup>10</sup> Baudrillard<sup>11</sup> y también —como podremos ver en esta investigación— algunos de los pensadores que intervienen en el debate sobre el “fin del trabajo”, el concepto de “trabajo” ha sido defendido con frecuencia —y sobre todo desde una parte importante de la tradición marxista— apelando a la idea de una esencia humana. Desde este prisma, el “trabajo” sería un atributo esencial del “hombre”, y eso explicaría su centralidad. Por lo tanto, cuando se discute el concepto de “trabajo” el esencialismo acecha con sus riesgos inmanentes: la deshistorización del debate e incluso el dogmatismo de una posición que se defiende en referencia a fundamentos inamovibles. El desafío concomitante: abordar el “trabajo” sin apelar a esencialismos, lo cual conlleva atreverse a pensarlo sin las certezas que los mismos facilitan.<sup>12</sup>

Finalmente, el rumbo de la investigación comenzó a encaminarse a partir de la hipótesis de que para sortear estos problemas y encarar estos desafíos había que abordar la discusión sobre el concepto de “trabajo” desde la perspectiva de una *teoría crítica*. ¿Qué significa esto? Puede ensayarse una respuesta preliminar apelando al rico diálogo que Foucault mantiene con la crítica kantiana:

si la cuestión kantiana era saber qué límites debe renunciar a franquear el conocimiento, me parece que la cuestión crítica hoy debe ser invertida como cuestión positiva: en lo que nos es dado como universal, necesario, obligatorio, cuál es la parte de lo que es singular, contingente y debido a coacciones arbitrarias. Se trata en suma de transformar la crítica en

---

10 Véase FOUCAULT, Michel, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2002, segunda parte.

11 Véase BAUDRILLARD, Jean, *El espejo de la producción*, Barcelona, Gedisa, 1996, especialmente cap. 1.

12 De este modo, esta investigación se encuentra interpelada ya desde el principio por un cierto *ethos* que recorre al pensamiento filosófico actual: aquel que obliga a cuestionar los fundamentos últimos de carácter metafísico para entrar en el movedizo terreno de un “pensar sin certezas”. Véase SCAVINO, Dardo, *La filosofía actual: pensar sin certezas*, Buenos Aires, Paidós, 1999.

la forma de la limitación necesaria en una crítica práctica en la forma del franqueamiento posible.<sup>13</sup>

Una teoría crítica es, antes que nada, un modo particular de relacionarnos con un objeto de investigación y, por extensión, con nuestro mundo en general. Al contrario de la crítica kantiana –que como es sabido buscaba explicar y justificar el modo de proceder de las “ciencias positivas” y en particular de la física newtoniana– una teoría crítica se basa así en el *cuestionamiento de lo que aparece como dado* y que, en tanto tal, limita nuestras posibilidades no sólo de pensar sino también y ante todo de actuar. Y este cuestionamiento radica en poner de manifiesto la parte contingente de lo dado para así poder avizorar las posibilidades inmanentes del presente. A grandes rasgos, es en este sentido, tributario no sólo de Foucault sino también de una amplia tradición de la filosofía y la teoría social –la Escuela de Frankfurt es otra referencia obvia, mas no la única– que se va a entender aquí el papel de una teoría crítica.

Asumir el desafío de delinear una teoría crítica del trabajo implica tomar distancia también del supuesto ingenuo –todavía operante en el positivismo– de la existencia de una relación transparente de correspondencia entre el concepto y el objeto. La célebre afirmación de Nietzsche según la cual “no hay hechos, solamente interpretaciones”,<sup>14</sup> es también el punto de partida de una teoría crítica. Pero no se trata de una cuestión meramente epistemológica, sino también y al mismo tiempo política. Porque como muy bien lo vio la Escuela de Frankfurt, aceptar como horizonte último de la indagación el objeto tal como parece presentarse en la experiencia, es también una forma de cosificar lo existente. Es aquí donde incluso cobra cierto sentido la apelación al esencialismo metafísico como modo de evitar esta cosificación: frente al imperio incuestionado de lo existente, la vuelta a un supuesto origen que ha sido opacado y olvidado podría parecer una alternativa. Sin embargo, una tentativa tal plantea hoy serios inconvenientes teóricos –como ya se señaló– y por lo tanto desde nuestra perspectiva no resulta viable.

Es en este punto que debe enfrentarse la segunda parte –la más problemática por cierto– de la afirmación nietzscheana: ¿cómo elegir entre la emergente multiplicidad de interpretaciones? Lo que una perspectiva crítica deberá juzgar en una teoría sobre el “trabajo” es su capacidad para desnaturalizar la configuración que adquiere lo dado (momento negativo) y avizorar al mismo tiempo las alternativas posibles que emergerían

---

13 FOUCAULT, Michel, *¿Qué es la ilustración?*, Córdoba, Alción, 1996, p. 104.

14 NIETZSCHE, Friedrich, *El nihilismo: Escritos póstumos*, Barcelona, Península, 2000, p. 60.

frente a él (momento positivo). Los dos aspectos son imprescindibles y complementarios pues, como señala Adorno, “quien sin hacer distinciones y sin perspectiva de lo posible acusa de inanidad a lo que es contribuye a la actividad embrutecida.”<sup>15</sup>

Este recorrido en la investigación es el que en gran medida explica los objetivos y la estructuración de la tesis resultante, que a continuación procederemos a explicitar y justificar. Resta solamente volver a enfatizar que la presente tesis pretende mantener una mirada problemática y reflexiva que busca deshacer los caminos trillados del pensar, proponer otras modalidades de recorrer interrogantes ya planteados y en lo posible formular otros nuevos. El “hacia” que antecede en el título de esta tesis no es simple modestia intelectual, sino que responde a una convicción más profunda sobre el quehacer crítico-filosófico, estrechamente vinculada a la antedicha necesidad de mantener fidelidad al movimiento reflexivo del pensar. Una teoría crítica, cabe arriesgar, nunca puede pretenderse acabada y definitiva, sino que está siempre en estado de problema. Invitamos al lector a seguir el recorrido que proponemos: probablemente sobre el final termine de comprender este carácter constitutivo del “hacia” mentado en el título.

## **II. Estructura de la tesis**

Con el recorrido que explicitamos a continuación se pretende contribuir al propósito básico y general mentado en el título de esta tesis: delinear los contornos fundamentales de una teoría con potencialidades crítico-hermenéuticas para indagar el lugar del trabajo en el capitalismo contemporáneo. Este propósito es cumplimentado manteniendo a la vez un intercambio dialógico con las tesis sobre el “fin del trabajo”: el estudio crítico de las mismas es el otro propósito, más específico, de esta investigación.

La primera parte (dividida a su vez en dos capítulos) persigue un objetivo básico: repensar el modo en que la teoría social ha abordado el concepto de “trabajo” al estudiar las sociedades modernas y en este marco defender la necesidad, para una teoría crítica, de un concepto históricamente determinado de “trabajo”, que va a ser entendido como una relación social central y estructurante de las sociedades modernas capitalistas, pero a la vez contingente y superable. En vista de ello, en el primer capítulo se procede a hacer una revisión crítica de una primera línea, con fuerte influencia, de abordaje del tema (que finalmente denominaremos “crítica tradicional del trabajo”) a través de los planteos de Habermas y

---

15 ADORNO, Theodor, *Dialéctica negativa*, en *Obra completa*, 6, Madrid, Akal, 2005, p. 364.

Arendt: se intentará demostrar cómo la adopción respectiva por ambos de conceptos históricamente indeterminados de “trabajo” –la “labor” en Arendt y la “acción instrumental” en Habermas– termina por naturalizar y deshistorizar algunos de sus rasgos, lo cual redundará en limitaciones para las potencialidades críticas de sus abordajes. Frente a ello, en el capítulo segundo se esboza una línea alternativa por medio de una interpretación de la crítica de la economía política de Marx mediante la cual se intenta hacer frente a los inconvenientes y limitaciones derivados del tipo de conceptualización que lleva a cabo la primera línea interpretativa.

En la segunda parte (constituida por un único pero extenso capítulo) se abordan aquellos planteos que desde la década del '80 insisten con la idea de que el trabajo está perdiendo centralidad e, incluso, de que su fin se encontraría próximo. El acercamiento a estas posturas se realiza siguiendo tres enfoques complementarios. En primer lugar, se describen someramente las transformaciones sociales, políticas, económicas e ideológicas que constituyen el contexto histórico respecto al cual estos planteamientos procuran tomar posición. En segundo lugar, se revisan críticamente los desarrollos de los principales referentes de estas ideas atendiendo en especial a cómo en cada uno se elabora implícita o explícitamente un concepto de “trabajo” que redundará en una cierta teorización de las sociedades modernas capitalistas que va a influir y condicionar el análisis que se hace de las transformaciones que operan en el mundo del trabajo desde la década de los '70. A partir de estas exposiciones se adopta, finalmente, un enfoque más sistemático y general, con el cual se procura recoger los distintos sentidos en que, en esta discusión, se habla de una “pérdida de centralidad del trabajo”, haciéndose un balance de los principales argumentos que se esbozan y de las críticas que pueden anteponerse a los mismos.

La idea central que se defiende en esta segunda parte de la tesis tiene dos aristas. Por un lado, se trata de mostrar que estos discursos que anuncian una pérdida de centralidad del “trabajo” se inscriben dentro de los marcos teóricos generales trazados por Arendt y Habermas –lo que en la primera parte denominamos “crítica tradicional del trabajo”– heredando por eso sus limitaciones en lo que a la construcción de una teoría crítica refiere. Por otro lado, se procura poner de manifiesto cómo esas limitaciones impactan también en la interpretación que se hace de las transformaciones que operan desde la década de los '70: es desde este punto de vista que comenzamos a problematizar las tesis sobre la “pérdida de centralidad” y/o “el fin del trabajo”. Sobre esto último, en primer lugar se mostrarán las ambigüedades a que conduce un análisis que decreta semejante descentramiento en el marco de un orden social que sigue siendo –pues esto en principio no es cuestionado– de naturaleza capitalista. Más sugerente

aún será revisar, en segundo lugar, cómo algunos de estos autores llegan a percibir que ciertas tendencias del capitalismo de las últimas décadas ponen en cuestión los postulados básicos de la crítica tradicional del trabajo, anticipando así la idea central que se sostiene en la tercera parte.

En efecto: en la tercera parte (dividida a su vez en tres capítulos) se intenta mostrar que ciertas tendencias llamadas “posfordistas” están revelando de un modo manifiesto las limitaciones inmanentes a la crítica tradicional del trabajo y las dicotomías conceptuales que la sostienen. Pues esta crítica anuncia y aboga por una reducción del campo de influencia del “trabajo” y las lógicas que, supone, le resultan constitutivas –por ejemplo, la “instrumental” (Habermas), la “naturalista” (Arendt), la “heterónoma” (Gorz), la “productivista” (Méda)– lo cual sería condición de posibilidad para el florecimiento y la expansión de otras actividades y esferas con lógicas opuestas –la “acción comunicativa” habermasiana, la “acción” arendtiana, la “autonomía” gorziana, etc. Se procurará explicitar el modo en que el capitalismo actual, a contramano de esa predicción, tiende a hibridar, tensionar e incluso subvertir estas dicotomías en terrenos complementarios de la vida social: en el propio tiempo de trabajo (capítulo cuarto), en el consumo como modo de estructurar el tiempo de no-trabajo (capítulo quinto) y en el plano ideológico-discursivo (capítulo sexto).

Se explicará, así, cómo estos procesos permiten al capitalismo adquirir renovada legitimidad mediante la neutralización de elementos clave de la crítica tradicional del trabajo, lo cual exige repensar y reestructurar la crítica para recuperarla. En vista de ello, en esta parte se comienzan a explorar también las potencialidades hermenéuticas, para el estudio del capitalismo actual, de las herramientas teóricas facilitadas por la línea interpretativa defendida en la primera parte.

Finalmente, a modo de conclusión, procuraremos sistematizar e integrar los principales resultados a que fuimos arribando con este recorrido. Insistiremos entonces en la necesidad de repensar y reestructurar las bases teóricas de la crítica del trabajo, considerando especialmente a la neutralización de la crítica tradicional del trabajo como una característica constitutiva de la fase actual del capitalismo. En vista de ello, defenderemos los lineamientos teóricos que fuimos trazando, y a partir de ellos comenzaremos a explorar también algunos interrogantes vinculados –en particular el problema de la transformación política– que así quedarán planteados de cara a posibles investigaciones futuras.

## PRIMERA PARTE

### REPENSAR EL TRABAJO Y SU CRÍTICA

La discusión teórica sobre el concepto de “trabajo” ha adoptado con frecuencia una forma dicotómica, en la cual lo que se debate particularmente es el problema de si puede considerársele como la más propia y esencial de las actividades humanas, o si por el contrario se trataría de una actividad más junto con otras, que sin embargo con la modernidad habría pasado a ocupar un lugar central dentro de las dinámicas sociales, y en consecuencia también en las valoraciones morales. Dos filósofos muy importantes de la segunda mitad del siglo XX como lo son Hannah Arendt y Jürgen Habermas, han contribuido a que el debate se plantee en estos términos, defendiendo en particular la segunda alternativa: en ambos casos hay un intento evidente por criticar el lugar aparentemente central que el trabajo ha ocupado tanto en las prácticas sociales de la modernidad como en las principales corrientes de pensamiento de esta época.

El autor que, en este aspecto en particular, recibe fuertes cuestionamientos por parte de Arendt y Habermas es Karl Marx. Esto podría parecer curioso a primera vista, sobre todo si se tiene en cuenta que este pensador ha sido uno de los grandes críticos de las sociedades modernas capitalistas y del régimen del trabajo asalariado. No obstante, ambos suponen que la crítica de Marx, incluso cuestionando algunos aspectos de las sociedades capitalistas como son el régimen de la propiedad privada, la ganancia como móvil de la producción, etc., habría perseverado en la defensa de uno de los pilares del pensamiento moderno: el lugar central del trabajo, concebido –en clave filosófico-antropológica– como la esencia del hombre. Para Arendt y Habermas, sería en este punto preciso que el pensamiento de Marx mantendría una continuidad con la ideología liberal que en otros aspectos él criticó de un modo tan vehemente.

El problema que desde esta perspectiva parece imponerse es el de si el trabajo constituye o no la esencia del hombre, si es o no la más propia de las actividades humanas, si debe ser juzgado de un modo negativo o positivo, etc. Incluso teóricos que reivindicando el pensamiento de Marx polemizaron con Arendt y Habermas han aceptado este modo de plantear el problema en la medida en que, contra éstos, procuraron defender la idea de que el trabajo es central para la constitución de la especie humana.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> El caso más claro es el de Antunes, que entabla una discusión con Habermas en torno a la centralidad del trabajo tomando como punto de partida de su postura el planteo del último Lukács, según el cual el trabajo es el modelo de toda *práxis* social. Véanse LUKÁCS, György,

Planteado el debate en estos términos, quienes hagan una valoración positiva del trabajo defenderán su centralidad, y quienes lo consideren negativamente intentarán relativizar ese lugar. ¿Y de qué dependerá que el trabajo sea considerado positivo o negativamente? En general, del modo en que se evalúen los caracteres mediante los cuales ha sido definido el concepto. Si por ejemplo se lo define como una relación de tipo instrumental con la naturaleza, la decisión dependerá de la evaluación que se haga de este tipo de relación. Sin embargo, sucede que no hay una definición unánimemente aceptada del concepto de “trabajo”. Esto hace que muchas veces las discusiones lleven a un callejón sin salida, porque se cree estar refiriendo a lo mismo cuando en realidad no es así.

En esta primera parte de la tesis se procurará desplazar este eje para emprender una discusión más fructífera respecto del concepto de “trabajo”. El principal cuestionamiento que nos merece la formulación del problema en esos términos es que el debate que abre tiene características deshistorizantes, ya que se plantea entre posiciones que comparten una concepción en buena medida esencialista del trabajo. En efecto, en ambos casos el concepto tiende a ser entendido como una cierta “actividad” humana, que es comprendida en términos transhistóricos. Sobre este terreno ya demarcado, pueden aparecer diferencias: en el mejor de los casos –si se parte de una definición común, cosa que como señalamos no siempre ocurre– por la disímil valoración que podría hacerse de esta actividad denominada “trabajo”.

El eje que aquí se propone parte, por el contrario, de la necesidad de delinear una mirada socio-histórica adecuada a las exigencias de una teoría crítica, en la cual lo que interesará será dar cuenta del carácter específicamente social que el trabajo adopta con la modernidad capitalista. Así, la discusión dejará de estar planteada en términos del lugar que tiene el trabajo en relación a una supuesta naturaleza o condición humana; el problema ahora radicará en evaluar el modo en que se articula el concepto de “trabajo” en el seno de las teorías que procuran analizar crítica y reflexivamente la sociedad moderna. Es desde esta perspectiva que en el capítulo primero se estudiarán los planteos de Arendt y Habermas. En particular, se intentará demostrar que a pesar de que ambos autores utilizan este concepto como uno de los eslabones centrales de sus teorías críticas de la sociedad moderna, la adopción por ambos de un concepto históricamente indeterminado e incluso esencialista de “trabajo” limita las potencialidades de sus abordajes.

Por otro lado, nos apoyaremos en una relectura de la crítica de la economía política de Marx –muy diferente a la que realizan Arendt y Habermas, pero alejada también de las

---

*Ontología del ser social: el trabajo*, Buenos Aires, Herramienta, 2004; y ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos del trabajo*, ob. cit., cap. VIII.

interpretaciones que, desde el marxismo, intentan construir una ontología o antropología del trabajo— para recuperar una serie de herramientas teóricas que nos permitirán articular un concepto de “trabajo” histórica y socialmente determinado; será a partir de este punto que se vislumbrarán los contornos de una teoría crítica del trabajo en las sociedades modernas capitalistas que, según se argumentará, podría hacer frente a las dificultades que encontramos en los planteos de Arendt y Habermas.

La elección de comenzar este estudio polemizando con estos dos autores se debe a una serie de factores. En primer lugar, los planteos de Arendt y Habermas constituyen referencias muy importantes para las teorías sobre el “fin del trabajo” que se estudiarán en la segunda parte, por lo cual analizarlos resultará fundamental para abordar algunos de sus supuestos. En segundo lugar, y en relación a lo anterior, los tratamientos que ambos autores hacen del concepto de “trabajo” se articulan en un nivel elevado de abstracción, en el marco de teorías generales sobre las sociedades modernas. Es por eso que nos parecen adecuados para el rastreo de supuestos teóricos fundamentales, que muchas veces operan, aunque de modo solapado, en discusiones más concretas, incluso de carácter eminentemente empírico. Finalmente, puede interpretarse que ambos colocan la crítica del trabajo en el centro de sus cuestionamientos a las sociedades modernas, tema que constituye uno de los propósitos fundamentales de esta tesis.

La decisión de estructurar el planteo crítico frente a estas posiciones recuperando a Marx es igualmente deliberada, por razones paralelas a las que se acaban de esgrimir. El filósofo alemán es uno de los blancos de las críticas que formulan los teóricos del “fin del trabajo” que se estudian en la segunda parte. Además, permitirá movernos en el nivel de abstracción que requiere este primer abordaje en la medida en que, al igual que Arendt y Habermas, plantea la cuestión del “trabajo” al nivel de una teoría general sobre el desarrollo de las sociedades modernas. Por último, constituirá el punto de partida de una crítica del trabajo moderno, aunque de naturaleza y con consecuencias sumamente diferentes a las que operan y se desprenden de los tratamientos respectivos de Arendt y Habermas.

Cabe aclarar también que la idea de comenzar esta investigación construyendo un debate se debe a razones vinculadas al tipo de abordaje que se propone. Se entiende que la contraposición de posturas es un buen mecanismo para lograr una mirada crítica y reflexiva, que antes de dar por supuesto su “objeto” (en este caso, el “trabajo”), intenta construirlo dialógicamente, procurando a la vez explicitar las razones e implicancias del objeto tal como fue constituido teóricamente.

## CAPÍTULO PRIMERO

### LA CRÍTICA TRADICIONAL DEL TRABAJO: ARENDT Y HABERMAS

Resulta claro, incluso desde una lectura superficial, que los planteos de Hannah Arendt y Jürgen Habermas, los dos filósofos de los que nos ocuparemos en este capítulo, difieren en muchos aspectos –tanto desde el punto de vista de sus influencias teóricas como de sus modos de abordaje, así como en lo que hace al contenido de sus propuestas. No obstante, en lo que refiere a la problemática específica de este capítulo –esto es, la elucidación de las implicancias que determinados modos de conceptualización del “trabajo” tienen para las teorías críticas de la modernidad– encontraremos una serie de continuidades que justifican un tratamiento en paralelo de ambos autores (lo cual no significa dejar de prestar atención a las particularidades de cada uno, cosa que por cierto se hará exponiéndolos por separado). Mostrar estas continuidades, así como desprender de ellas ciertas consecuencias que se considerarán problemáticas para la articulación de una teoría crítica del trabajo en las sociedades modernas, constituye el objetivo fundamental de este capítulo.

Podría objetarse el carácter ambicioso del objetivo propuesto, ya que pareciera suponer la necesidad de realizar un examen completo de la compleja y extensa obra de dos autores sumamente importantes del siglo XX –y esto ni más ni menos que en un ajustado capítulo. Respecto a esta objeción, no cabe más que reponer el carácter específico de la problemática planteada. No se propone aquí un examen completo de estos autores, sino solamente un abordaje del modo en que conceptúan en ciertas obras el “trabajo” y su impacto –localizado– en determinados aspectos de sus análisis críticos de las sociedades modernas.

Vale aclarar respecto a este punto (y a riesgo de parecer redundante a ciertos lectores) que polemizando con Arendt y Habermas –y esto es aplicable a cualquiera de los autores a los que haga referencia esta tesis– no se pretende ni invalidar el conjunto de sus planteos, ni articular un pensamiento *contra* estos autores. Tampoco cuando se introduzca a Marx en la polémica se procura con ello hacer una defensa de este pensador. Simplemente, de lo que se trata aquí es de pensar reflexivamente un problema, mediante el diálogo crítico con otros pensadores. En todos los casos, estamos pensando *con*, y no *en contra* o *en defensa* de alguien o de una tradición. Los autores no son más que medios que utilizamos para criticar y/o articular ideas. En este sentido, tampoco se tiene aquí el pretencioso objetivo de dar una lectura “correcta” de lo que un autor escribió. Como los hechos para Nietzsche, también los autores admiten distintas interpretaciones. Por supuesto que esta sinuosa labor de interpretar

debe realizarse con rigurosidad y honestidad intelectual pero, por sobre todas las cosas, debe inscribirse en la búsqueda de abrir posibilidades para pensar más allá de los lugares comunes y los caminos esperables; esto es: críticamente. Sólo así el pensamiento puede evitar su petrificación y adquirir entonces vida y movimiento.

## **I. Hannah Arendt: la crítica a la centralidad del trabajo en tanto “labor” en la sociedad moderna**

La exposición crítica que a continuación se hace de los planteos de Arendt sobre el concepto de “trabajo” y la dinámica de las sociedades modernas toma como eje *La condición humana*, publicada en el año 1958. También adopta como referencias importantes algunos escritos que permiten completar la interpretación de aquella obra, en particular “Karl Marx and the Tradition of Western Political Thought” –producto de una serie de conferencias sobre el pensamiento de Karl Marx dictadas en 1953 y citadas en los agradecimientos de *La condición humana* como antecedentes preparatorios de esta obra fundamental– y *¿Qué es la política?*, resultado parcial de un conjunto de manuscritos concebidos entre 1956 y 1959 y publicados, al igual que el anterior, póstumamente. También ciertos elementos de *Sobre la revolución* (obra publicada en 1963) son interpretados siempre en referencia a aquella obra de 1958. Este recorte obedece a que creo que es en estas obras donde más fácilmente se identifica el eje que me interesa problematizar.

### **I.1. Las distinciones de la *vita activa* y el modelo de la *polis* griega: labor, trabajo, acción**

En *La condición humana*, Hannah Arendt toma como objeto de su estudio las distintas actividades que componen el hacer humano.<sup>17</sup> Estas actividades constituyen articulaciones de la *vita activa*<sup>18</sup> humana, y son tres: *labor*, *trabajo* y *acción*. Cada una de ellas se corresponde con una de las condiciones básicas de la existencia humana. A la labor, corresponde la

---

<sup>17</sup> La autora, intentando aclarar su objeto, distingue lo que ella denomina “condición humana” del tradicional concepto antropológico-filosófico de “naturaleza humana”. Objeta a este último por razones filosóficas, poniendo en tela de juicio no sólo la posibilidad de conocer tal naturaleza, sino incluso su misma existencia. El estudio de la “condición humana” implica el análisis de las condiciones bajo las que se ha dado la vida humana en la tierra. Pero estas condiciones <sup>podrían</sup> cambiar, incluso de modo radical (si por ejemplo aconteciera la emigración humana de la Tierra a otro planeta). Por lo tanto, agrega Arendt, tales condiciones “nunca pueden explicar lo que somos o responder a la pregunta de quiénes somos por la sencilla razón de que jamás nos condicionan absolutamente.” (ARENDR, Hannah, *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 25).

condición humana de la propia *vida*, entendida esta última en el sentido del proceso de reproducción biológica de la especie. Al trabajo, corresponde la condición de la *mundanidad*, es decir, el carácter artificial y perdurable que adquiere el mundo en la medida en que se encuentra conformado por los objetos fabricados por el propio hombre. Finalmente, a la acción corresponde la condición de la *pluralidad* humana, esto es, el hecho de hallarse el hombre ante otros –a la vez iguales y distintos– que ven y oyen, en el marco de un espacio público de aparición en el que puede revelarse el agente en su individualidad. Para Arendt, la pluralidad es particularmente la condición de toda vida política.<sup>19</sup>

Para seguir este planteo, resulta relevante puntualizar las distintas relaciones, semejanzas y oposiciones que Arendt establece entre estas actividades humanas. En primer lugar, labor y acción se presentan como opuestas entre sí, al menos en tres sentidos fundamentales. Primero: la labor es una actividad vinculada a la *necesidad*, al hecho de que los hombres tienen que mantener un metabolismo con la naturaleza para autoconservarse. En cambio, la acción corresponde a la *libertad*, y en tanto tal implica no sólo el encontrarse liberado de la tarea de reproducir la vida, sino que también conlleva la posibilidad de emergencia de algo nuevo, inesperado. Segundo: la labor es una actividad propiamente privada, vinculada a la relación del hombre con su propio cuerpo. Por el contrario, la acción sólo es posible en una esfera pública, a los ojos de los otros: por eso la acción es la actividad propiamente política, mientras que la labor es por naturaleza antipolítica. Finalmente, mientras que la labor puede realizarse en la más estrecha desigualdad (por ejemplo: la familia patriarcal), la acción sólo es posible en un espacio público en el que los hombres se relacionen como iguales, aún cuando, sobre este supuesto, se basa en la búsqueda de distinción del agente. Luego veremos que para Arendt la gran tragedia de la Edad Moderna radica en la entrada de la labor en el espacio público y la consiguiente conversión de la política en un medio para la conservación de la vida.

En segundo lugar, se encuentra la diferenciación conceptual entre trabajo y labor, por cierto y según reconoce la misma autora, la más ajena al sentido común y a lo que ella denomina “tradicción occidental”. No obstante, la distinción se fundamenta en que las condiciones que corresponden a cada una son hasta cierto punto opuestas: mientras la labor

---

18 Arendt declara que esta expresión proviene de la tradición del pensamiento occidental, que para ella se remonta a la Grecia clásica, donde adquiriría su significado en oposición a la *vita contemplativa*, al conocimiento puramente pasivo del cosmos. De todos modos, según señala la autora, la importancia que dicha tradición le otorgó a esta última hizo que se tendieran a pasar por alto las distinciones y articulaciones de la *vita activa*, tema al cual dedica su estudio (véase *ibid.*, pp. 25-30).

19 Véase *ibid.*, pp. 21-22.

produce objetos de consumo para la reproducción de la vida, el trabajo produce objetos útiles para el mundo. Así, los objetos de la labor tienen un carácter efímero y se encuentran sujetos a la estructura cíclica e interminablemente repetitiva del proceso de reproducción de la vida biológica. Por el contrario, el trabajo produce objetos que tienen que perdurar en el mundo, por lo cual su estructura no es cíclica sino teleológica: su fin acontece cuando el producto se encuentra acabado y pasa a formar parte de un mundo objetivo producido artificialmente por el ser humano.

Finalmente, tenemos la diferencia entre el trabajo y la acción. El trabajo responde, como se señaló, a una estructura teleológica, en la que el fin es el producto, para realizar el cual se disponen un conjunto de medios –particularmente, los instrumentos de trabajo. Además, el acto de trabajar se realiza en aislamiento, aunque –contrariamente al *animal laborans*– el *homo faber* cuenta con una esfera pública (aunque no política) en la que intercambia sus productos: el mercado. La acción, por el contrario, no responde a una estructura teleológica y por lo tanto no es un medio para alguna otra cosa, sino que es *en ella* donde el agente se revela ante los otros –no pudiendo, en consecuencia y como ya se apuntó, desarrollarse tampoco en aislamiento. A Arendt le interesa subrayar esta diferencia para alertar sobre el peligro de concebir a la actividad política como un mero medio, o sea, bajo el modelo de la fabricación (*poiesis*). Este peligro se puede vislumbrar en la usual tentación por darle seguridad a los asuntos humanos concibiendo a la política como una técnica (*téchne*) al servicio de la realización de un modelo o idea (*eídos*) de sociedad preconcebida –para Arendt, la teoría política de Platón sería una excelente muestra de esto.<sup>20</sup>

Aunque según Arendt estas distinciones dan cuenta de los diversos aspectos de la condición humana, lo que cambia en las distintas épocas son las relaciones y jerarquías existentes entre cada uno de ellos. El modelo del que parte y al que siempre vuelve esta pensadora es el de la *pólis* griega. Allí la labor quedaba sumergida en la vida doméstica,

---

20 Véase *ibíd.*, pp. 241 y ss. Para aclarar el punto, cabe recordar al menos de un modo simplificado la estructura del acto poiético, tal como lo describe Aristóteles. Este acto es siempre guiado y precedido por una idea o forma mental (*eídos*), cuya realización en la materia da lugar a un resultado (*érgon*) distinto de la actividad que lo produce, y que permanece una vez que la misma ha sido realizada. A su vez, la *téchne* es el saber especializado, vinculado a la experiencia, que contribuye al acto productivo haciendo que no se realice al azar sino mediante la generalidad de la regla y el conocimiento de las causas. Estas dos últimas características las comparte con la ciencia (*epistéme*), de la que no obstante se diferencia al ser un saber orientado específicamente a operar sobre la materia (teniendo por tanto como objeto lo contingente y no lo necesario). Véase ARISTÓTELES, *Metafísica*, Madrid, Gredos, 2000, 981a y 1032b. Para un comentario sobre el concepto de *poiesis* en Aristóteles, véase también DUSSEL, Enrique, *Filosofía de la producción*, Bogotá, Nueva América, 1984, pp. 33-41.

ejecutada por los esclavos y las mujeres, sometidos por su amo. Esta esfera de la necesidad – que redundaba en una coacción sobre quienes laboraban– funcionaba, no obstante, como condición de posibilidad de la emergencia de una esfera para el despliegue de la acción, ya que liberaba a los ciudadanos del ámbito de la necesidad. Surgía entonces un espacio limitado de libertad:

para la libertad no es necesaria una democracia igualitaria en el sentido moderno sino una esfera restringida, delimitada oligárquica o aristocráticamente, en que al menos unos pocos o los mejores traten los unos con los otros como iguales entre iguales. Naturalmente esta igualdad no tiene lo más mínimo que ver con la justicia.<sup>21</sup>

En este sentido, para los griegos –según piensa Arendt– la labor era la más degradante de las actividades humanas por estar enteramente sujeta a la necesidad eterna de reproducir el proceso de vida. Tampoco estimaban en gran medida al trabajo, dado su supuesto carácter instrumental. La acción era la actividad más estimada, en cuanto expresaba la más plena libertad, la posibilidad del agente de revelarse en su identidad y distinción en la esfera pública, ante los demás.

Es relevante para las críticas que se plantearán más adelante hacer una observación respecto al modo en que la pensadora alemana refiere a las ideas de lo que llama “los antiguos”. Resulta llamativa la poca distancia crítica que establece respecto a las mismas. A mi juicio, es claro que la visión de la “labor” como una actividad puramente biológica, degradada al nivel de la satisfacción de las necesidades “animales” (la misma Arendt llama “*animal laborans*” al sujeto de la misma), así como el desprecio del carácter utilitario del “trabajo”, no son independientes de una posición social aristocrática y el desprecio que podía implicar no sólo hacia sirvientes y esclavos, sino también hacia artesanos y comerciantes. Al respecto, señala Arendt que:

La opinión de que labor y trabajo eran despreciados en la antigüedad debido a que sólo incumbían a los esclavos, es un principio de los historiadores modernos. Los antiguos razonaban de manera totalmente distinta; creían que era necesario poseer esclavos debido a la servil naturaleza de todas las ocupaciones útiles para el mantenimiento de la vida. Precisamente sobre esta base se defendía y justificaba la institución de la esclavitud (...) Debido a que los hombres estaban dominados por las necesidades de la vida, sólo podían ganar su libertad mediante la dominación de esos a quienes sujetaban a la necesidad por la fuerza.<sup>22</sup>

---

21 ARENDT, Hannah, *¿Qué es política?*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 70.

22 ARENDT, Hannah, *La condición humana*, ob. cit., pp. 99-100.

Yo creo, no obstante, que no deja de ser problemático aceptar sin más estos postulados del modo de razonar de “los antiguos”. Habría que preguntarse hasta qué punto la idea de la “naturaleza servil”, cuasi animal, de las actividades vinculadas al mantenimiento de la vida no es resultado también de un prejuicio *a priori* respecto a estas actividades y a quienes las realizaban; lo mismo cabría preguntarse en relación a la visión de la política como una dimensión de la vida colectiva esencialmente alejada de las cuestiones vinculadas a la reproducción material de la sociedad.<sup>23</sup> Luego veremos que la aceptación acrítica de esta visión “aristocrática” del mundo condiciona claramente el cuestionamiento arendtiano a las sociedades modernas.<sup>24</sup>

No obstante, la tragedia para Arendt radica en la corta vida de esta concepción que valora la acción por sobre las demás dimensiones de la *vita activa*. En efecto, ya en Platón y Aristóteles aparece un desplazamiento cuando la contemplación (*theoría*) aparece como el fin último al que incluso debe someterse la política,<sup>25</sup> visión que continuará, aunque desde una perspectiva religiosa, con el cristianismo. Pero es la modernidad la que efectuará una inversión total.

## **I.2. La inversión moderna: triunfo del animal laborans**

Según Arendt, la transformación moderna en el modo de jerarquizar las distintas actividades humanas tiene al menos dos momentos. En primer lugar, ocurre una inversión en la relación entre la *vita activa* y la contemplativa, con la cual adquiere predominio la primera. Quien triunfa en los albores de la edad moderna es el *homo faber*, y la ciencia moderna es el paradigma: no es un saber contemplativo, sino que se basa en la experimentación y el uso de instrumentos de observación y manipulación. No obstante, esta victoria es efímera y el *homo faber* es progresivamente reemplazado en su puesto por el *animal laborans*: la durabilidad del

---

23 Como señala Dussel sobre Aristóteles en particular: “es la expresión de un modo de vida o producción esclavista, políticamente aristocrático, que desprecia al comercio, el préstamo de dinero a interés o la venta del trabajo por el salario, el de los artesanos y orfebres. La instancia poética como *téchne* es entonces dejada en un segundo lugar, propia de trabajadores o esclavos, pero no del hombre propiamente dicho: los varones libres miembros de la asamblea” (DUSSEL, Enrique, *Filosofía de la producción*, ob. cit., p. 41).

24 Excede a los objetivos de este trabajo analizar hasta qué punto la descripción que Arendt hace del modo de pensar de los antiguos se ajusta a la “realidad” histórica. Pero cabe aclarar que algunos historiadores del mundo griego cuestionan ideas que ella asume, como la desvalorización por parte de los griegos del trabajo manual y las ocupaciones económicas en general. Véase por ejemplo KITTO, Humphrey, *Los griegos*, Buenos Aires, Eudeba, 1962, en especial cap. XII.

25 Véase ARENDT, Hannah, *¿Qué es política?*, ob. cit., p. 80.

mundo y el énfasis en la producción de objetos es desplazada por la centralidad dada a los procesos de reproducción de la vida, al metabolismo laboral del hombre con la naturaleza. La modernidad implica, entonces, una inversión total: aquello que en la *pólis* era un medio para la libertad en la esfera pública, se transforma en el fin supremo. Lo que se requiere ahora del individuo es que se acople a los procesos de reproducción de la especie. Es la pérdida total de libertad y la sujeción a la necesidad:

La última etapa de la sociedad laboral exige de sus miembros una función puramente automática, como si la vida individual se hubiera sumergido en el total proceso vital de la especie y la única decisión activa del individuo que se exigiera fuera soltar, por decirlo así, abandonar su individualidad (...) y conformarse con un deslumbrante y “tranquilizado” tipo funcional de conducta (...) Resulta fácilmente concebible que la Época Moderna –que comenzó con una explosión de actividad humana tan prometedora y sin precedente– acabe en la pasividad más mortal y estéril de todas las conocidas en la historia.<sup>26</sup>

Condición de posibilidad de este ascenso de la labor es su salida de la esfera doméstica y su entrada en la esfera pública. Lo que Arendt entiende como el “auge de lo social”<sup>27</sup> en la época moderna radica en este interés público por las actividades vinculadas a la reproducción material de la especie. La relación entre lo público y lo privado cambia con la modernidad, ya que no es lo privado como esfera de necesidad lo que se opone a lo público como acción y libertad, sino que lo público en tanto social se opone a lo privado como esfera de intimidad del sujeto. Este cambio, con el cual incluso se concibe al Estado como un medio de conservación de la vida de los individuos, es para Arendt la fase final del proceso hacia la decadencia de la acción y la pérdida de libertad en el mundo moderno.

De todas formas, Arendt rescata como aspecto positivo de esta elevación de la labor la emancipación política de la clase trabajadora. Mientras que en términos económicos la diferencia entre la esclavitud y el proletariado moderno significaría solamente la liberación del dominio personal para caer en una dependencia generalizada respecto a la necesidad natural, la admisión de esta clase en la esfera pública representaría una novedad histórica:

La principal diferencia entre la labor del esclavo y la libre y moderna no radica en que el laborante tenga libertad personal –libertad de movimiento, actividad económica e inviolabilidad personal–, sino en que se le admite en la esfera pública y está plenamente emancipado como ciudadano. El movimiento decisivo en la historia de la labor llegó con la abolición del requisito de la propiedad para ejercer el derecho de voto.<sup>28</sup>

---

26 ARENDT, Hannah, *La condición humana*, ob. cit., p. 346.

27 Véase *ibíd.*, p. 45.

28 *Ibíd.*, p. 238.

También resalta Arendt el carácter revolucionario del movimiento obrero en sus inicios, aunque estableciendo una escisión fuerte entre sus demandas políticas –espacios públicos con modelos distintos de organización– y las económicas. No obstante, afirma que dada su integración política y social en las naciones desarrolladas del siglo XX, el papel destacado y disruptivo de este movimiento estaría ya en decadencia.<sup>29</sup>

Que la entrada de lo social, de la necesidad, en la esfera pública es para esta pensadora la gran tragedia de la acción y de la libertad, se evidencia claramente en su análisis de las revoluciones, y en particular, en el modo en que opone la Revolución Norteamericana a la Francesa. Según su relato, la diferencia fundamental entre ambas radica en la ausencia de la cuestión social en Norteamérica, donde no se presentaba, como en Francia, el problema dramático de la pauperización y la indigencia –nuestra autora apenas menciona el tema de la esclavitud en aquel país. En este sentido, la Revolución Francesa se habría dirigido a atender las necesidades de las masas empobrecidas y no a instaurar instituciones que aseguraran la libertad. Lo que movilizaba a los revolucionarios franceses, especialmente a los jacobinos, habría sido el irrefrenable sentimiento de piedad por el sufrimiento de las masas, que por naturaleza sería contrario a la instauración de instituciones republicanas. De ahí, prosigue esta autora, la desgracia de esta revolución y la necesidad de su desenlace en el terror y la violencia, cosa que no ocurrió con la americana, la cual:

se dirigía a la fundación de la libertad y al establecimiento de instituciones duraderas, y a quienes actuaban en esta dirección no les estaba permitido nada que rebasase el marco del Derecho. La Revolución Francesa se apartó, casi desde su origen, del rumbo de la fundación a causa de la proximidad del padecimiento; estuvo determinada por las exigencias de la liberación de la necesidad, no de la tiranía, y fue impulsada por la inmensidad sin límites de la miseria del pueblo y de la piedad que inspiraba esta miseria. La anarquía que representaba el principio “todo está permitido” en este caso todavía procedía de los sentimientos del corazón, cuya inmensidad contribuyó a la liberación de una corriente de violencia sin límites.<sup>30</sup>

El desenlace de la Revolución Francesa sería entonces la ilustración perfecta de la desventura moderna, del precio que se paga por la entrada de lo social en la esfera pública.

Evidentemente, no es este el lugar para polemizar de un modo minucioso con los aspectos específicamente históricos que se desprenden de este planteo. No obstante, algunos tópicos problemáticos del relato arendtiano echan luz sobre puntos neurálgicos que hacen a las limitaciones de su teoría, cuestión que se ampliará más adelante. Sin entrar en detalles,

<sup>29</sup> Véase *ibíd.*, p. 240.

<sup>30</sup> ARENDT, Hannah, *Sobre la revolución*, Buenos Aires, Alianza, 2008, p. 122.

cabe afirmar que aunque la “cuestión social” (la movilización de las masas pauperizadas) no tuvo en la revolución norteamericana la presencia que tuvo en la francesa, omitir –como hace Arendt– los motivos económicos (vinculados en especial con los intereses de la burguesía local) que impulsaron la primera parece cuando menos caprichoso.<sup>31</sup> Habermas, quien como veremos después comparte algunas de las limitaciones del planteo arendtiano, subraya correctamente esta cuestión:

La constitución revolucionaria no tiene otro sentido en América que el de proteger las fuerzas espontáneas del sistema de la división del trabajo, integrado por las personas privadas, frente a las intervenciones despóticas del gobierno (...) No es, pues, factible repartir disyuntivamente los fines revolucionarios entre Francia y América ni tampoco sostener la pretensión que ello implica de que la conexión de intereses sociales y movimientos políticos que tan gráficamente se objetiva en las constituciones burguesas sólo quedó establecida por la movilización de la miseria francesa –y no por el capitalismo, que por lo demás no aparece en ninguna parte en Hannah Arendt.<sup>32</sup>

La omisión del carácter eminentemente burgués de las dos revoluciones –y su consecuente conexión con las necesidades del desarrollo capitalista– y el planteo dicotómico de una “revolución buena” frente a otra “mala” se vinculan en buena medida con el *a priori* filosófico que guía la propuesta arendtiana, estructurado en los principales dualismos que la atraviesan: labor/acción, necesidad/libertad, economía/política. El mismo eje, por lo demás, explica también su ya mencionado relato sobre las luchas del proletariado moderno, igualmente apoyado en la escisión entre las demandas políticas y las económicas. Cabe llamar la atención sobre el corolario necesario de estas reflexiones: si la aparición de la “cuestión social” en la esfera pública lleva al fracaso de las revoluciones, el verdadero remedio de la pobreza no es político sino tecnocrático. No extraña entonces que Arendt declare que:

se ha debido únicamente a la aparición de la tecnología, y no al nacimiento de las ideas políticas modernas, la negación de la antigua y terrible verdad de que sólo la violencia y el gobierno sobre otros hombres podía liberar a unos cuantos. Hoy estamos en condiciones de afirmar que nada era tan inadecuado como intentar liberar a la humanidad de la pobreza por medios políticos; nada podía ser más inútil y peligroso.<sup>33</sup>

Se trata de una conclusión que, más allá de su carácter conservador, se deriva de las premisas del planteo, y particularmente de una visión respecto a la labor, la economía y la

---

31 Recordemos, por sólo poner un ejemplo, la importancia que tuvo, para el desenlace de esta revolución, la decisión inglesa de imponer a las colonias una serie de impuestos para solventar los costes asociados con el sostenimiento del Imperio.

32 HABERMAS, Jürgen, *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus, 1975, p. 203.

33 ARENDT, Hannah, *Sobre la revolución*, ob. cit., p. 151.

“cuestión social” como esferas vinculadas a procesos naturales (biológicos), cuyo carácter específicamente histórico, así como las luchas que los atraviesan, son prácticamente omitidos. Ahora veremos cómo el mismo conjunto de supuestos acompañan la crítica de Arendt a Marx.

### I.3. La crítica a Marx

Aquí interesa repasar esta crítica para integrarla en el marco de la interpretación arendtiana de las sociedades modernas que venimos siguiendo. Su crítica al pensador alemán, en efecto, permite poner de manifiesto las limitaciones de su análisis de la modernidad, y esto no sólo por lo que dice sino también por lo que omite.

Ciertamente, hay que reconocer que la lectura que Arendt hace de Marx tiene el mérito de ser heterodoxa y poco convencional, al menos en algunos aspectos. No se detiene en los elementos dogmáticos de la tradición más ortodoxa del marxismo (como la determinación de la superestructura por la estructura, o la filosofía determinista y etapista de la historia, por mencionar dos ejemplos paradigmáticos)<sup>34</sup> sino que intenta ubicar a Marx en lo que ella llama “la tradición del pensamiento político occidental”.<sup>35</sup> Aunque Arendt piensa que hay un nexo entre el pensamiento de Marx y los regímenes socialistas posteriores –incluso uno de los móviles de su interés, declara, es justamente que el pensador alemán sería el puente más claro, si no el único, entre la tradición del “pensamiento político occidental” y los totalitarismos del siglo XX– está lejos de identificar las ideas de aquel con los dogmas del estalinismo soviético.<sup>36</sup>

Arendt ubica la gran ruptura de Marx respecto a dicha tradición en su supuesta glorificación de la labor en tanto la más humana de las actividades del hombre:

The really anti-traditional and unprecedented side of his thought is his glorification of labor, and his reinterpretation of the class –the working class– that philosophy since its beginning had always despised.<sup>37</sup>

De todos modos, con esta ruptura Marx no estaría sino inscribiendo en la historia del pensamiento lo que ya era manifiesto en el curso histórico: el triunfo del *animal laborans* y la

---

34 En este punto, su lectura es bastante más original que la que por ejemplo hace Habermas, autor que sin embargo, como veremos, pone igualmente en el núcleo de su crítica a Marx la cuestión de la centralidad del trabajo.

35 Tradición que es reconstruida por esta autora aceptando la usual visión eurocéntrica que parte de la Grecia clásica para terminar en Europa.

36 Sobre estas cuestiones, véase particularmente ARENDT, Hannah, "Karl Marx and the Tradition of Western Political Thought", en *Social Research*, Vol. 69, N° 2, 2002, pp. 273-319.

37 *Ibid.*, p. 283.

consecuente extinción de la libertad. De hecho, este pensador habría exaltado la labor hasta el punto de concebir al comunismo como una “sociedad de laborantes” que se ocuparía únicamente de reproducirse, previa aniquilación de la esfera pública y, con ella, de la política. Arendt califica esta utopía de “escalofriante” por su naturaleza terrible pero en el fondo realista, para inmediatamente señalar que:

Marx era desgraciadamente mucho mejor historiador que teórico y la mayoría de las veces sólo expresó y afinó conceptual y teóricamente aquello que era objetivamente comprobable como tendencia histórica. La extinción de lo político pertenece precisamente a estas tendencias objetivas y comprobables de la Edad Moderna.<sup>38</sup>

Lo que Marx anticipa en su teoría es entonces el destino histórico de la modernidad. Su “utopía comunista” estaría próxima a cumplirse sin necesidad de revolución alguna, por el mismo auge de lo social en esta época y la consiguiente conversión de la política en administración.<sup>39</sup>

Cabe tomar nota de que Arendt registra el énfasis de Marx en la opresión ejercida sobre la clase trabajadora, y apunta que el concepto mismo de “explotación” es un intento de “politizar” la cuestión social. No obstante, sostiene que es una hipótesis con poco valor histórico ya que se inspiraría en una economía de esclavos basada en la dominación personal, situación para ella sólo presente en los inicios del capitalismo. Llega a señalar que incluso el mismo Marx, en su obra madura –probablemente Arendt esté pensando en *El capital*– habría cambiado el énfasis al poner en primer lugar la necesidad económica y no la violencia de clase.<sup>40</sup> Más allá de cuán acertada sea esta lectura, es claro que la pensadora alemana entiende que este desplazamiento refleja lo que históricamente acaecía con la modernidad: la desaparición del dominio de clases (un residuo feudal para Arendt, que incluso ya estaría ausente en sociedades no europeas, como EEUU)<sup>41</sup> y la instauración de una igualdad (nivelación) universal, cuyo correlato sería, como ya se señaló, la sujeción de todos al ámbito de la necesidad en las “sociedades de labor”.

Finalmente, Arendt –tomando un conocido fragmento del Libro III de *El capital*– cree ver una contradicción irresoluble en el pensamiento de Marx:

La actitud de Marx con respecto a la labor, que es el núcleo mismo de su pensamiento, fue siempre equívoca. Mientras fue una “necesidad eterna impuesta por la naturaleza” y la más humana y productiva de las actividades del hombre, la revolución, según Marx,

38 ARENDT, Hannah, *¿Qué es política?*, ob. cit., p. 98.

39 Véase ARENDT, Hannah, *La condición humana*, ob. cit., pp. 54-55.

40 Véase ARENDT, Hannah, *Sobre la revolución*, ob. cit., pp. 82-83.

41 Véase ARENDT, Hannah, “Karl Marx and...”, ob. cit., p. 288.

no tiene la misión de emancipar a las clases laborales, sino hacer que el hombre se emancipe de la labor; sólo cuando ésta quede abolida, el “reino de la libertad” podrá suplantar al “reino de la necesidad”.<sup>42</sup>

En el segundo capítulo propondremos una lectura totalmente diferente de la crítica de la economía política de Marx, y volveremos sobre estos cuestionamientos de la pensadora alemana. No obstante, de un modo preliminar y como venimos haciendo, podemos empezar a detectar cómo en la interpretación arendtiana empiezan a traslucirse una serie de problemas propios de su lectura de la modernidad.

Mi hipótesis es que toda la lectura que hace Arendt está signada por la omisión del carácter sociohistórico de las categorías de la crítica de la economía política de Marx.<sup>43</sup> En efecto, éstas prácticamente no son abordadas por ella, y algunas ni siquiera mencionadas: ejemplos paradigmáticos son las de “trabajo abstracto”, “valor”, “mercancía” y “capital”. En cambio, Arendt basa su interpretación exclusivamente en ciertas categorías en principio transhistóricas, como la de “trabajo útil”, que en *El capital* es definida como el metabolismo del hombre con la naturaleza<sup>44</sup> (tal es, en efecto, el modo en que Arendt suele definir su concepto de “labor”).

Aún más sintomática resulta la interpretación arendtiana de otras categorías en clave antropológico-naturalista, siendo despojadas entonces del sentido histórico-social que tenían en Marx. Un caso paradigmático lo constituye su lectura de la distinción que la economía política y después Marx realizaron entre trabajo productivo e improductivo. Arendt señala que la misma expresaría, en el pensamiento moderno, la no explicitada diferenciación entre labor y trabajo: mientras el producto del primero se extingue inmediatamente con el consumo, el segundo da lugar a una obra duradera. Es así que, según Arendt, Marx compartía con Smith el desprecio hacia los sirvientes domésticos, improductivos por no dejar nada tras sí a cambio de su consumo.<sup>45</sup>

---

42 ARENDT, Hannah, *La condición humana*, ob. cit., p. 116.

43 Punto que es notado por Maurizio Lazzarato, quien señala que Arendt trata el concepto de “trabajo” en Marx como si se redujera a un “metabolismo natural entre el hombre y la naturaleza”, ignorando conceptos clave como el de “trabajo abstracto”. Véase LAZZARATO, Maurizio, “El trabajo: un nuevo debate para viejas alternativas”, en LAZZARATO, Maurizio y NEGRI, Antonio, *Trabajo inmaterial: formas de vida y producción de subjetividad*, Río de Janeiro, DP&A Editora, 2001, pp. 36-37.

44 Véase MARX, Karl, *El capital, Tomo I: El proceso de producción del capital*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2003, p. 53. Sin embargo, Marx aclara que la categoría de “trabajo útil” hace abstracción de la formación social, cuestión que Arendt no parece estar tomando en consideración.

45 Véase ARENDT, Hannah, *La condición humana*, ob. cit., p. 102.

Lo que olvida Arendt es que este desprecio tenía ante todo razones históricas y estaba dirigido a cierto tipo de relaciones sociales: lo que impugnaban estos autores eran las relaciones feudales de servidumbre que todavía persistían en la época. En Smith esto es claro: no se cansaba de criticar a la aristocracia por rodearse de sirvientes, quitando brazos productivos a la nación. Por eso, entre las principales virtudes de la burguesía, señalaba la frugalidad, a la que incluso colocaba como causa inmediata del aumento del capital.<sup>46</sup> Pero la definición de Smith del trabajo productivo es que produce valor y, por tanto, aumenta el capital. Por razones históricas y teóricas, no obstante, asimilaba todavía lo que hoy llamamos “servicios” con el trabajo improductivo. Cosa que, por cierto, Marx rectificó cuando definió al trabajo productivo no por dejar un producto tras sí sino por producir plusvalor: “un maestro de escuela, por ejemplo, es un trabajador productivo cuando además de cultivar las cabezas infantiles, se mata trabajando para enriquecer al empresario.”<sup>47</sup> Es decir: si con Marx la categoría pasa a definirse enteramente por el lugar social en que se ubica el trabajador, la interpretación arendtiana da un paso atrás y naturaliza la categoría, volviendo a establecer su significado en función del carácter de la propia actividad.

Podemos ver entonces cómo la lectura arendtiana de Marx, al centrarse sólo en ciertas categorías aparentemente transhistóricas y al quitar su sentido histórico-social a otras para acoplarlas a sus propios conceptos, se corresponde con las limitaciones de su teoría con las que aquí se viene insistiendo. En el próximo capítulo volveremos sobre estas cuestiones. Justamente, veremos allí cómo el planteo marxiano, al esbozar las categorías necesarias para asir el carácter específicamente social e histórico que el trabajo adquiere en el capitalismo, logra superar los escollos a que conduce una visión centrada en un conjunto de actividades humanas concebidas de modo esencialmente transhistórico.

#### **I.4. Limitaciones de la crítica arendtiana: el concepto de “labor” y la lectura de la sociedad moderna**

Los principales problemas del tratamiento crítico que Arendt hace de las sociedades modernas se derivan de la traslación a esta sociedad de categorías que ella toma del pensamiento griego, y que le hacen construir rígidas dicotomías conceptuales, entre lo público y lo privado, entre la acción y la labor, entre libertad y necesidad, etc. La novedad de la modernidad vendría dada, según su concepción, por el hecho de que las tareas vinculadas a la

---

46 Véase SMITH, Adam, *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 2002, p. 433.

47 MARX, Karl, *El capital...*, ob. cit., p. 616.

reproducción material se transforman en cuestiones “públicas” con el “auge de lo social”, lo cual redundaría en un retroceso de la acción y por lo tanto de la política en términos de participación activa en el espacio público.

En este traspaso, Arendt acepta explícitamente la idea de que labor y consumo (su otra cara) constituyen procesos puramente naturales, vinculados a la satisfacción inmediata de necesidades. La esfera social reemplazaría en la modernidad a la comunidad doméstica de la *pólis* griega en esta tarea. La comprensión arendtiana de esta esfera es, con todo, sumamente limitada, ya que nunca abandona su presupuesto de que la misma se guía por la satisfacción de necesidades naturales, haciendo abstracción de las instituciones y formaciones sociales en las que ello se lleva a cabo históricamente. Por lo tanto, naturaliza también esta esfera, en torno de la cual se guarda de describir los conflictos, intereses y procesos históricos que hacen a su constitución y desarrollo. Particularmente, ni una palabra dice Arendt respecto a que en las sociedades modernas las necesidades pasan a satisfacerse por mediación del capitalismo; esto debería de por sí llamar la atención respecto a la pertinencia de su comprensión naturalista de los procesos de labor y consumo.

Resulta interesante que Arendt vincule este auge de lo social con el nacimiento de la moderna ciencia económica, y a su vez lo coloque en estrecha relación con el predominio de la estadística y el reemplazo de la acción por la conducta normalizada según lo esperable por la “sociedad”.<sup>48</sup> Es uno de los momentos en los que vislumbra el nexo entre la economía política y los dispositivos modernos de poder que de modo ejemplar analizaría Foucault posteriormente.<sup>49</sup> Incluso su hipótesis respecto de la entrada de la vida biológica en la esfera pública puede entenderse como un antecedente de los análisis foucaultianos y posfoucaultianos sobre la “biopolítica”. No obstante, su comprensión crítica de estos fenómenos es estrecha: en la medida en que sigue atada a cierta cosmovisión griega, no puede pasar de la mera denuncia respecto al carácter público que adquieren las cuestiones vinculadas a la reproducción de la vida. Aceptando acríticamente las dicotomías entre labor y acción, necesidad y libertad, etc., no hace más que presuponer aquello que un análisis verdaderamente crítico tendría que explicar: esto es, por qué con la modernidad capitalista la vida biológica se transforma en objeto privilegiado del poder. Esto supondría, previamente, abrir un interrogante respecto al mismo significante “vida biológica” y a su construcción política, cuestión que queda vedada por el esencialismo arendtiano, que se limita a repartir lo natural y

---

48 Véase ARENDT, Hannah, *La condición humana*, ob. cit., p. 52 y ss.

49 Para este tema, véase FOUCAULT, Michel, *Seguridad, territorio, población*, Buenos Aires, FCE, 2006, clases del 18 y del 25 de enero de 1978.

lo artificial, lo “humano” y lo “animal”, entre los distintos tipos de actividades que realizan los hombres considerados en abstracto y de un modo ahistórico y esencialista.

La visión arendtiana de la economía de las sociedades modernas (vimos que ella la llama “esfera social”), no parece ser muy distinta de aquel naturalismo ahistórico que por ejemplo Marx le reprochara a la economía política clásica. Su denuncia respecto de que la cuestión social moderna implica la contaminación de los asuntos políticos por cuestiones “ajenas” a ellos, y el consecuente llamado a no politizar dichas cuestiones sino a darles un cauce de solución de tipo “tecnocrático”, corrobora este punto. Porque es precisamente en la medida en que las especificidades históricas, los conflictos políticos y las luchas de poder en la esfera social son ignorados –por ejemplo, Arendt ni menciona los problemas vinculados a la distribución desigual del producto en las sociedades capitalistas– que la solución a la “cuestión social” tiene que basarse en algo aparentemente neutral en términos políticos como el avance de la ciencia y la tecnología.

El hecho de tomar a una sociedad esclavista y aristocrática como la griega en tanto modelo para juzgar a las sociedades modernas da un cierto sesgo elitista al tratamiento que realiza Arendt. Que actividades como la labor y el consumo sean puramente naturales –como si no estuvieran condicionadas también cultural y socialmente–, y la exhortación respecto de que una política “auténtica” tiene que estar purificada de todo elemento vinculado a la reproducción material, son concepciones en parte condicionadas por una división social de las tareas de sesgo clasista que Arendt nunca termina de explicitar.<sup>50</sup> Sin temor a cometer un anacronismo como el que ella achacaba a los “historiadores modernos”, creo que no es en absoluto desatinado retrucar su afirmación de que los antiguos tenían esclavos para liberarse de la necesidad de la labor, y preguntarse si no era precisamente porque tenían esclavos que consideraban a la labor como una actividad degradada, imposible de ser realizada con algún resquicio de libertad.

De todas formas, nuestro problema no es con la visión griega –cuya recepción por Arendt, que tomamos como punto de partida, probablemente sea sesgada– sino con su traslado, sin más, a las condiciones modernas, donde una política depurada de toda cuestión económico-social resulta inaplicable<sup>51</sup> (además de regresiva).

---

50 Véase una crítica similar respecto a este elitismo arendtiano en NOGUERA FERRER, José, *La transformación del concepto de trabajo en la teoría social: la aportación de las tradiciones marxistas* [en línea], Tesis de Doctorado, Universidad Autónoma de Barcelona, 1998, pp. 230-232. En: [http://www.tesisenxarxa.net/TDX-0428108-164019/index\\_cs.html](http://www.tesisenxarxa.net/TDX-0428108-164019/index_cs.html) (último acceso: 23/03/12).

51 Como señala Habermas: “baste subrayar la peculiar perspectiva por la que se deja guiar Hannah Arendt: un Estado descargado del tratamiento administrativo de las cuestiones sociales; una política purificada de las

La hipótesis que trato de sostener aquí es que estas limitaciones del planteo de Arendt tienen su raíz en lo inadecuado que resulta su concepto de “labor” para asir desde un punto de vista crítico el carácter específicamente histórico que el trabajo adopta con las sociedades modernas capitalistas. En el próximo capítulo colocaremos, igual que Arendt, la centralidad del trabajo como eje de nuestra crítica a estas sociedades; no obstante, en esta tarea procuraremos elucidar, precisamente, este carácter histórico-social para el cual el concepto transhistórico de “labor” no resulta fructífero. Será entonces que tendremos que volver sobre Marx. Podremos ver también allí cómo el concepto arendtiano de “labor” resulta además convergente con el tipo de concepción que se desprende de la misma práctica del capitalismo. El núcleo de esta concepción, argumentaremos, radica en la transposición fetichista de la necesidad específicamente social que implica el trabajo en la modernidad (valiéndonos de Marx lo denominaremos “trabajo abstracto”), con la necesidad natural y transhistórica de mantener el proceso de vida. Se planteará que en esta operación radica el núcleo de la moderna ideología/ apología del trabajo, que Arendt, a pesar de su apuesta crítica, no sólo pasa por alto, sino que tiende a avalar con su concepto naturalista de “labor”. Tenemos aquí un nuevo argumento a favor de la decisión de abordar su planteo: Arendt nos ayudará a explicitar una operación de naturalización que excede tanto a su pensamiento como a la tradición con la que dialoga.

## **II. Jürgen Habermas: la crítica del trabajo como “acción instrumental” y la dinámica de la modernización**

Prosiguiendo la línea argumentativa del apartado anterior, en éste investigaremos el modo en que los planteos del filósofo alemán Jürgen Habermas articulan cierta elaboración del concepto de “trabajo” con una teoría de la modernidad consecuente con ella; siguiendo esta clave, repasaremos también la crítica que este pensador realiza a Marx. Nuevamente, se procurará aquí ir avanzando sobre algunas de las limitaciones de su tratamiento sobre estos temas.<sup>52</sup>

---

cuestiones de política social; una institucionalización de la libertad pública independiente de la organización del bienestar; una formación radical y democrática de la voluntad colectiva que se detiene ante la represión social – esto ya no es un camino practicable por ninguna sociedad moderna.” (HABERMAS, Jürgen, *Perfiles filosófico-políticos*, ob. cit., p. 214).

52 Para algunos análisis críticos sobre el planteo de Habermas que, como aquí, enfocan en su modo de conceptualizar el “trabajo”, pueden consultarse ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos del trabajo*, ob. cit., cap. 8; HONNETH, Axel, “Work and instrumental action”, en *New German Critique*, N° 26, 1982, pp. 31-54; NOGUERA FERRER, José, *La transformación del concepto de trabajo...*, ob. cit., cap. 4.2; y POSTONE, Moishe, *Tiempo, trabajo y dominación*

Se comenzará elucidando el modo en que Habermas conceptúa el trabajo, tomando como eje la distinción que en sus obras tempranas realiza entre el mismo y lo que denomina “interacción”; se explicitarán las consecuencias que este pensador pretende extraer de la misma, en particular con relación a la tarea de articular una teoría crítica de la sociedad. Luego se verá cómo, manteniendo de modo explícito o implícito dicha distinción, Habermas elabora una teoría crítica de las sociedades modernas cuya formulación más acabada se halla en *Teoría de la acción comunicativa*. Se finalizará el capítulo explicitando las limitaciones del tratamiento habermasiano, vinculándolas también con las ya señaladas en el planteamiento de Arendt.

## **II.1. La distinción entre trabajo e interacción: el programa de una teoría crítica de la sociedad y las limitaciones del marxismo**

La distinción entre trabajo e interacción es establecida por Habermas, al menos en principio, como una diferenciación entre dos tipos diferentes de acción. Por “trabajo” o acción racional con respecto a fines entiende una acción que realiza fines definidos bajo condiciones dadas. Puede venir guiada por reglas técnicas que permiten pronosticar sucesos observables (acción instrumental) o por estrategias basadas en la valoración correcta de alternativas de comportamiento posible (acción estratégica). Por “interacción” o, lo que es lo mismo, por “acción comunicativa”, entiende Habermas una acción simbólicamente mediada, orientada por normas consensuadas intersubjetivamente.<sup>53</sup>

¿Por qué esta distinción resulta tan importante? Para Habermas, la misma es fundamental para aclarar los supuestos epistemológicos de los que debe partir una teoría crítica de la sociedad, en contraposición al concepto positivista de ciencia. Es particularmente en este punto que el filósofo alemán detecta las principales deficiencias del marxismo: en la medida en que esta tradición habría tendido a reducir todas las dimensiones de la *práxis* humana al trabajo – acción racional con respecto a fines– nunca habría podido superar la visión positivista sobre el progreso de las sociedades humanas, entendido en términos del avance en el dominio técnico de la naturaleza y en el control estratégico de los hombres. En vinculación con ello, el marxismo no habría podido aclarar tampoco sus propios supuestos epistemológicos en tanto teoría crítica de la sociedad.

---

*social*, Madrid, Marcial Pons, 2006, cap. 6.

<sup>53</sup> Véase HABERMAS, Jürgen, “Ciencia y técnica como ideología”, en *Ciencia y técnica como ideología*, Madrid, Técnos, 1986, pp. 68-69.

También la primera Escuela Crítica de Frankfurt –recordemos que, dentro de ella, Habermas es considerado exponente de la “segunda generación”– habría encontrado sus limitaciones fundamentales en esta pesada herencia: aunque esta escuela neomarxista avanzó en una crítica de la razón y de la acción instrumentales, al no lograr articular conceptos de acción y razón alternativos a ellas habría quedado encerrada en la denuncia de una sociedad – usando el término de Marcuse– “unidimensional”, sin salida posible. Habermas considera que su programa intenta abrir el camino para superar estas dificultades. Y su distinción temprana entre trabajo e interacción resultaría ser la llave para emprender este recorrido: en obras posteriores, la misma pasará a un segundo plano, pero –según veremos– nunca dejará de operar en el fondo de sus principales distinciones conceptuales.

Veamos más concretamente el proceder de la argumentación habermasiana al respecto en algunos escritos tempranos. En *conocimiento e interés* (1968), Habermas discute los supuestos epistemológicos de la teoría crítica de la sociedad, y polemiza con Marx en particular. Según él, a diferencia del idealismo anterior, Marx habría encontrado la clave del proceso de conocimiento en el propio trabajo social, en la medida en que mediante él la naturaleza se constituye en objeto para un sujeto, y por tanto se vuelve cognoscible. El trabajo sería entonces tanto un concepto antropológico como epistemológico; sería el fundamento de un concepto materialista de síntesis, no presidido –como en Kant, Hegel o Fichte– por el pensamiento, sino por “la realización, en igual medida empírica que trascendental, de un sujeto de la especie humana que se produce a sí mismo históricamente”.<sup>54</sup>

Pero aún asumiendo la crítica al idealismo, Habermas le reprocha a Marx que de este modo se estaría concibiendo la reflexión bajo el modelo del trabajo social y, por tanto, de la acción instrumental y el dominio técnico. En este sentido, el ideólogo del comunismo no habría concebido diferencia alguna entre las ciencias del hombre y las de la naturaleza, no pudiendo, en consecuencia, prevenir contra el error positivista de reducir el conocimiento a la mera disposición técnica. Desde estos fundamentos epistemológicos, una teoría crítica de la sociedad sería imposible: lo único que cabría esperar sería una liberación por el propio desarrollo de la ciencia y la tecnología –solución tecnocrática por excelencia.<sup>55</sup>

Resulta interesante que Habermas reconozca que esta argumentación no ha sido desarrollada por Marx más que a modo de esbozo de una fundamentación filosófica, que sin embargo no sería adecuada para su propia teoría de la sociedad. Ésta, por el contrario, llevaría implícita una perspectiva más rica:

---

54 HABERMAS, Jürgen, *Conocimiento e interés*, Madrid, Taurus, 1982, p. 39.

55 *Ibid.*, p. 51.

Según esta otra versión, la autoconstitución de la especie humana no se realiza sólo en el contexto de la acción instrumental del hombre frente a la naturaleza, sino, al mismo tiempo, en la dimensión de las relaciones de poder que fijan las interacciones de los hombres entre sí. Marx distingue, con mucha precisión, un control autoconsciente del proceso social de la vida, a través de los productores unidos, de una regulación automática del proceso de producción que se ha independizado de los individuos.<sup>56</sup>

En este sentido es que Marx concibe a la sociedad no sólo en términos de “trabajo”, sino que comprende también en ella el marco institucional. Mientras el trabajo constituiría una relación instrumental del sujeto hacia la naturaleza, las instituciones expresarían relaciones simbólicamente mediadas de los hombres entre sí. El desarrollo del primero no llevaría automáticamente a un cambio de las segundas, que requeriría la mediación de la lucha revolucionaria del proletariado. Habermas concluye que si Marx hubiera reflexionado sobre los presupuestos metodológicos de esta teoría de la sociedad, debería haber distinguido claramente entre “trabajo” e “interacción”, lo cual lo habría dispensado de la confusión entre ciencias de la naturaleza y ciencias humanas. Más adelante mostraré que aquella distinción introduce, sin embargo, otros inconvenientes, y que por lo tanto resulta igualmente problemática para la articulación de una teoría crítica de la sociedad.

La distinción entre trabajo e interacción constituye en buena medida un intento por reformular la dialéctica marxiana entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción. Habermas entiende que esta distinción iba en la dirección correcta; no obstante, el marxismo se habría extraviado en la medida en que siguió atado a un paradigma centrado en el “trabajo”, por lo cual tendió a dejar enteramente condicionadas las relaciones de producción al desarrollo técnico de las fuerzas productivas. Así lo plantea en un escrito denominado “Trabajo e interacción” (1968), en el que recupera esta distinción de un conjunto de lecciones que Hegel dicta en Jena entre 1804 y 1806. Habermas toma nota de que Marx “sin tener conocimiento de los manuscritos de Jena, redescubre en la dialéctica de fuerzas productivas y relaciones de producción esa conexión de trabajo e interacción”. Sin embargo, prosigue nuestro autor, “Marx no explica en realidad la conexión entre trabajo e interacción, sino que bajo el rótulo inespecífico de práctica social reduce lo uno a lo otro, es decir, la acción comunicativa a la instrumental”.<sup>57</sup>

Vemos entonces que lo central del planteo habermasiano radica en la necesidad de superar una visión respecto al desarrollo del hombre en términos unidimensionales, o sea,

---

56 *Ibíd.*, p. 60.

57 HABERMAS, Jürgen, “Trabajo e interacción. Notas sobre la filosofía hegeliana del período de Jena”, en *Ciencia y técnica como ideología*, ob. cit., pp. 48-49.

como mero “trabajo”, entendido como una acción instrumental hacia la naturaleza. Frente a esto, la alternativa teórica estaría dada por la distinción entre “trabajo” e “interacción”, y el reconocimiento de que ambos aspectos son centrales para la constitución de la especie.<sup>58</sup>

Tendremos que avanzar ahora para ver cómo esta distinción, que de momento presentamos en términos analíticos, se torna operativa en la teoría habermasiana sobre las sociedades modernas. Será allí donde tendremos ocasión de comenzar a elucidar los problemas que plantea.

## **II.2. La reformulación del proceso moderno de “racionalización” y las insuficiencias de la crítica de la economía política**

Antes de pasar a analizar la versión más acabada de la teoría crítica de las sociedades modernas que se encuentra en *Teoría de la acción comunicativa*, vamos a introducir un escrito previo, todavía de 1968, denominado “Ciencia y técnica como ideología”. Dos razones justifican que le dediquemos este párrafo. Para empezar, al igual que en *Teoría...*, aquí Habermas recupera el análisis weberiano sobre el proceso moderno de racionalización, pero a diferencia de allí, aquí reinterpreta explícitamente el mismo todavía a la luz de las categorías de “trabajo” e “interacción” que introdujimos en el párrafo anterior. De este modo, un repaso al menos somero de este escrito nos permitirá clarificar el tránsito, en el próximo párrafo, a aquella obra central del pensamiento habermasiano. En segundo lugar, aparecen en este artículo una serie de objeciones puntuales a la crítica de la economía política, algunas de las cuales serán recuperadas más adelante en tanto, según se mostrará, revelan ciertas deficiencias del planteo de Habermas.

Como punto de partida de su artículo, Habermas retoma una crítica de Herbert Marcuse a Max Weber. Resumidamente, el cuestionamiento de aquel recae sobre el concepto de “racionalización” mediante el cual Weber intenta asir un conjunto de procesos que tienen lugar en las sociedades modernas. Este concepto es entendido por el sociólogo alemán en términos formales –el despliegue de la acción racional con respecto a fines –, pero Marcuse señala que el mismo tiene consecuencias de contenido que aquel no termina de elucidar:

---

58 Punto central de una obra posterior donde Habermas intenta reconstruir el llamado “materialismo histórico” enfatizando la necesidad de articular una teoría sobre la evolución y el cambio social que además de atender a los procesos del trabajo social (el conocimiento técnicamente valorable, fundamental para el desarrollo de las fuerzas productivas), enfoque también en la dimensión de la conciencia práctico-moral (punto de apoyo para las estructuras interactivas). Véase HABERMAS, Jürgen, *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus, 1983.

particularmente, una forma de dominio político que se presenta –y a la vez se disimula– como control puramente técnico de la naturaleza y de los hombres. La razón técnica constituiría un proyecto histórico-social específico (la dominación de los hombres y las cosas por el aparato técnico de producción, estrechamente vinculada con los intereses de la burguesía), que en Weber queda sin embargo enmascarado por el uso del concepto abstracto y formal de “racionalización”.<sup>59</sup>

Frente a esta crítica, Habermas señala que hay una idea romántica en el fondo del planteo marcusiano, en la medida en que indicaría que si la razón técnica es un proyecto histórico –y por tanto superable– una sociedad emancipada supondría una revolución también de la ciencia y la tecnología. En contraposición, hace suya una idea del pensador Arnold Gehlen según la cual la técnica que conocemos está conectada de modo inmanente con la estructura de la acción racional con respecto a fines, y que por lo tanto no se trata de un proyecto histórico superable. En todo caso, prosigue el filósofo, sí podría pensarse en otra relación con la naturaleza, la cual sin embargo respondería a otra estructura de acción: la interacción simbólicamente mediada.<sup>60</sup>

Es ante esta dificultad que Habermas plantea la necesidad de reformular el tratamiento weberiano sobre la racionalización en términos de su distinción entre trabajo e interacción. Bajo este marco, reconstruye la evolución de las sociedades, desde las llamadas “primitivas” a las modernas, en términos del desarrollo de estas dos dimensiones. Con esta distinción, Habermas busca separarse tanto de la idea supuestamente romántica de que pueda haber otra técnica u otro tipo de desarrollo de las fuerzas productivas<sup>61</sup> como de la idea –que ya vimos que le reprochaba a Marx– de que esta sola dimensión conlleva la emancipación de la humanidad. En otras palabras, para él el desarrollo del “trabajo” sería irrenunciable en tanto progreso de la civilización, pero suponer que este último se encuentra en función solamente de dicho desarrollo redundaría en una visión reduccionista de la evolución de la especie humana y de la misma noción de racionalidad. De ahí la importancia de la otra dimensión (interacción) como modo de ampliar el concepto de racionalidad, conservando a la vez una

---

59 Véase HABERMAS, Jürgen, “Ciencia y técnica...”, ob. cit., pp. 54 y ss. Para esta crítica, véase particularmente MARCUSE, Herbert, “Industrialización y capitalismo en la obra de Max Weber”, en LÉVI-STRAUSS, Claude y otros, *Jean-Jacques Rousseau y Max Weber*, Bogotá, Templemann Editor, 1992, pp. 101-125.

60 Véase HABERMAS, Jürgen, “Ciencia y técnica...”, ob. cit., pp. 61-63.

61 Romanticismo que Habermas imputa también a Marx, Bloch, Adorno, Horkheimer y Benjamin, entre otros. Esta acusación, según veremos, reaparece en *Teoría de la acción comunicativa*, a propósito de la denuncia marxiana respecto de la enajenación y el devenir “abstracto” del trabajo. Más adelante discutiremos algunos de los supuestos de este “realismo” habermasiano en lo que hace a la evolución de los subsistemas de acción con respecto a fines.

perspectiva emancipatoria (la comunicación libre de dominio) que en Weber habría quedado ocluida al no haber él explicitado este concepto ampliado (o más bien dual) de razón.<sup>62</sup>

En su reconstrucción del proceso de “racionalización”, Habermas retoma la distinción clásica de la sociología entre sociedades tradicionales y sociedades modernas. En las primeras, el despliegue de los sistemas de acción racional con respecto a fines no ha alcanzado aún un desarrollo tal como para poner en cuestión el marco institucional-normativo, fundado en las legitimaciones provenientes de las interpretaciones míticas, religiosas y metafísicas. El desarrollo de estos sistemas, entonces, no puede sobrepasar los límites dados por la eficacia legitimadora de estas tradiciones culturales. Por el contrario, es en las sociedades modernas donde, con el capitalismo, se desarrolla un mecanismo que tiende a la extensión creciente de los subsistemas de acción con respecto a fines, socavando entonces la preeminencia que anteriormente tenía el marco institucional frente al desarrollo de las fuerzas productivas.<sup>63</sup>

Para Habermas, la superioridad del capitalismo radica en dos aspectos: primero, que instauro un mecanismo económico que garantiza la ampliación a largo plazo de los subsistemas de acción racional con respecto a fines (y, por lo tanto, el progreso permanente de las fuerzas productivas); segundo, que sustituye las legitimaciones tradicionales, que con el proceso moderno de secularización se ven resquebrajadas, por una legitimación económica fundada en el intercambio libre de equivalentes.<sup>64</sup>

Sin embargo, ambos aspectos corresponderían ante todo al período de lo que Habermas llama “capitalismo liberal” (el que se conforma hacia fines del siglo XVIII con la Revolución Industrial), que desde el último cuarto del siglo XIX habría sido progresivamente reemplazado por un capitalismo basado en la intervención estatal. Es en este punto que Habermas plantea que la crítica de la economía política de Marx era válida sólo para el período “liberal”, pero ya no para el tardío.

Siempre según Habermas, son dos las “tendencias evolutivas” que habrían tornado obsoleta la teoría marxiana en el capitalismo tardío. En primer lugar, el incremento de la actividad intervencionista del Estado, con la cual queda cuestionada la autonomía de la economía y la sociedad civil. Esto tiene dos consecuencias que atentaría contra la vigencia de aquella teoría. De un lado, el desmoronamiento en la práctica de la ideología liberal del intercambio justo de equivalentes que Marx había desenmascarado teóricamente bajo la forma

---

62 Esta crítica a Weber va a ser desarrollada más claramente en *Teoría de la acción comunicativa*.

63 HABERMAS, Jürgen, “Ciencia y técnica...”, ob. cit., pp. 73-74.

64 Ibid., pp. 77-79.

de una crítica de las ideologías. Del otro lado, la politización de la economía, con la cual “el Estado y la sociedad ya no se encuentran en la relación que la teoría de Marx había definido como una relación entre base y superestructura”.<sup>65</sup>

La segunda “tendencia evolutiva” del capitalismo tardío que entraría en contradicción con la crítica marxiana radica en que:

la ciencia y la técnica se convierten en la primera fuerza productiva, y con ello, caen las condiciones de aplicación de la teoría del valor trabajo de Marx. Pues ya no tiene sentido computar las aportaciones al capital debidas a las inversiones en investigación y desarrollo, sobre la base del valor de la fuerza de trabajo no cualificada (simple) si, como es el caso, el progreso técnico y científico se ha convertido en una fuente independiente de plusvalía frente a la fuente de plusvalía que es la única que Marx toma en consideración: la fuerza de trabajo de los productores inmediatos tiene cada vez menos importancia.<sup>66</sup>

Sobre la base de esta crítica, Habermas esboza una interpretación del capitalismo tardío<sup>67</sup> e intenta reformular la tesis marcusiana del carácter ideológico de la técnica. Señala entonces que la intervención estatal busca mantener la estabilidad del sistema, procurando asegurar, frente a los desequilibrios del mercado, un crecimiento sustentable. A la vez, argumenta que la legitimación fundada en el librecambio es reemplazada por un programa sustitutorio de carácter fundamentalmente negativo: el Estado justifica su acción en la prevención de los riesgos acarreados por el desarrollo económico a la vez que intenta mantener la forma privada de valorización del capital.

Dado este carácter negativo y preventivo, la acción del Estado tiende a restringirse a tareas técnicas, dejando afuera las cuestiones prácticas. La discusión pública es relegada y se fomenta la despoltización de las masas. Es más: las cuestiones políticas son transformadas en cuestiones técnicas que quedan en manos de un grupo restringido que funda su legitimidad en su saber experto, con lo cual la disyunción entre trabajo e interacción tiende a difuminarse de

---

65 *Ibíd.*, p. 83. La tesis del pasaje desde un “capitalismo liberal” a un “capitalismo administrado” —que tornaría problemática la teoría de Marx— se remonta a los trabajos de Friedrich Pollock, sociólogo y economista adscrito a la Escuela de Frankfurt. Esta tesis ha ejercido gran influencia en la Escuela, que puede ya percibirse en los trabajos de Adorno y Horkheimer de la década del '40, y en especial en *Dialéctica de la ilustración*. Con todo, análisis históricos han mostrado que la recepción de la misma por estos autores no careció de discusiones tanto respecto a su sustento empírico como a sus supuestos teórico-metodológicos. Sobre estos debates, véase PIGNUOLI OCAMPO, Sergio y otros, “Acerca de la diferencia entre el uso filosófico de la economía y el estatuto polémico del materialismo vulgar en Adorno”, ponencia publicada en DAROQUI, Alcira (comp.), *IX Jornadas de Sociología*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2011.

66 *Ibíd.*, p. 87.

67 Para una exposición algo más detallada —aunque en lo esencial igualmente descriptiva— de algunos fenómenos característicos del “capitalismo tardío” apenas enumerados en este escrito, véase HABERMAS, Jürgen, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Madrid, Cátedra, 1999, especialmente cap. 2.

la conciencia de los hombres. Esto se ve acentuado para Habermas en la medida en que, como ya señalamos, la ciencia y la técnica se habrían transformado en la principal fuerza productiva en el curso del siglo XX, con lo cual el desarrollo social adquiere la apariencia de responder solamente a este despliegue cuasi-autónomo de los subsistemas de acción racional.<sup>68</sup> Es en este sentido que Habermas retoma la hipótesis marcusiana de que la técnica se torna ideología: al reemplazar la discusión pública, fundada en la interacción mediada simbólicamente, usurpa funciones que no serían las suyas “propias”.<sup>69</sup>

Queda esbozado entonces parte del programa habermasiano en contraposición a algunos de sus antecesores en la tarea de elaborar una teoría crítica de las sociedades modernas. Para empezar, urge reemplazar la crítica de la ideología del intercambio de equivalentes, ya fenecida, por una crítica de la técnica como “ideología”. De todos modos, como ya señalamos, Habermas reencauza el alcance de esta crítica: no se trata de rechazar la técnica tal como se desarrolla al hilo de la “racionalización” moderna ni de proponer otra distinta (como sugería Marcuse), sino de restringir su alcance. Para ello, se torna necesario ampliar el concepto de racionalidad.

Por otro lado, Habermas suma un argumento de tipo histórico para justificar su distinción entre trabajo e interacción: como el marco institucional habría estado anclado en lo que Marx llamaba “relaciones de producción” tan sólo en la fase liberal, entonces con el capitalismo tardío se torna conveniente reemplazar el binomio fuerzas productivas/relaciones de producción por uno más general: el ya mentado trabajo/interacción. Éste, a la vez que dispensa de la confusión tecnocrática –en el fondo ideológica–, también “resulta más adecuado para reconstruir el umbral sociocultural de la historia de la especie.”<sup>70</sup>

De todas formas, resulta pertinente notar que Habermas, reformulando la distinción marxiana, comienza a efectuar un sutil desplazamiento en el modo de concebir la economía y particularmente la producción capitalista. En efecto: si –como veremos con detalle en el próximo capítulo– la dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción servía para analizar la constitución específicamente social que adquiriría la economía capitalista y los procesos productivos en la misma, el binomio trabajo/interacción tiende más bien a

---

68 Véase HABERMAS, Jürgen, “Ciencia y técnica...”, ob. cit., pp. 87-91.

69 Nótese cómo Habermas ha modificado fuertemente la crítica de Marcuse a la técnica: ya no se trata de cuestionar su misma configuración socio-histórica, sino simplemente de denunciar que ella usurpa un ámbito que no le resultaría “propio”. Iremos viendo en los próximos párrafos cómo esta distinción entre ámbitos que pueden ser dominados por la lógica instrumental y ámbitos que no deberían serlo es en Habermas tan usual como problemática.

70 *Ibid.*, p. 100.

establecer una escisión donde, de un lado, la economía y los procesos productivos son descritos como obedeciendo a una lógica puramente técnica vinculada al aumento en la capacidad de control de los sistemas de acción racional; lo específicamente social, por su parte, es trasladado fuera de la producción propiamente dicha y es depositado en el marco institucional, vinculado a la interacción comunicativa.

### **II.3. Sistema y mundo de la vida: el análisis crítico de las sociedades modernas en *Teoría de la acción comunicativa***

La exposición más sistemática de Habermas de una teoría crítica de las sociedades modernas se encuentra en *Teoría de la acción comunicativa* (1981). Sin adentrarme en la totalidad de una obra extensa y compleja, me limitaré aquí a exponer los puntos centrales sobre los que sostiene su interpretación de estas sociedades, en contraposición con otras posturas y en particular a la de Marx.

Habermas se propone construir una teoría crítica de la sociedad; busca los fundamentos para ello en una exploración de la teoría sociológica. Como en *Ciencia y técnica como ideología*, parte del análisis de Weber sobre el proceso de racionalización occidental, e intenta reformularlo. La debilidad de Weber radicaría en no haber logrado explicitar completamente un concepto amplio de racionalidad, aunque sí lo habría insinuado particularmente en su análisis de la historia de las religiones. El mismo cuestionamiento se hace al tipo de recepción que Lukács, Adorno y Horkheimer hicieron de la teoría weberiana: el intento de efectuar una síntesis de dicha teoría con el marxismo fracasa en la medida en que en todos los casos se sigue trabajando con un concepto estrecho de racionalidad, heredado en definitiva de lo que Habermas denomina “paradigma de la filosofía de la conciencia”. Este modelo típicamente moderno, en el que un sujeto “monológico” se enfrenta a la naturaleza en actitud objetivante, hace imposible salir del círculo de la razón instrumental. Como puede verse, la crítica de Habermas a este paradigma es prácticamente la misma que en su obra temprana era dispensada al “trabajo”. La “salida” consistiría en desarrollar un concepto dialógico de racionalidad, para reemplazar el “paradigma de la filosofía de la conciencia” por el “paradigma de la comunicación”,<sup>71</sup> el cual es rastreado por el autor también en la historia de la teoría sociológica, particularmente en algunos temas tratados por George H. Mead y Emile Durkheim.

---

71 Véase HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa*, I, Madrid, Taurus, 1992, pp. 493 y ss.

Como consecuencia, y de un modo paralelo a su distinción entre “trabajo” (o acción instrumental) e “interacción” (o acción comunicativa),<sup>72</sup> Habermas formula una teoría de la sociedad en dos niveles, como “sistema” y como “mundo de la vida”. Este último constituye un acervo de saber que provee a los participantes de la comunicación de convicciones de fondo aporéticas, que pueden ser tematizadas posteriormente.<sup>73</sup> En otras palabras, el mundo de la vida organiza el trasfondo de la acción comunicativa, proveyendo los recursos necesarios para el logro del entendimiento: patrones de interpretación compartidos, patrones de interacción normativos y competencias adquiridas por los individuos mediante el proceso de socialización. De ahí las tres dimensiones del mundo de la vida, cuya separación es un índice de su estado evolutivo: cultura, sociedad y personalidad. La *reproducción simbólica* del mundo de la vida se efectiviza mediante la acción comunicativa en relación a las tres dimensiones mencionadas, como reproducción cultural, como integración social y como socialización.<sup>74</sup>

Vimos que en *Ciencia y técnica como ideología* se planteaba que una característica definitoria de las sociedades modernas es el hecho de que los subsistemas de acción con respecto a fines se autonomizan respecto a las reglas vinculantes provenientes del marco institucional de la sociedad. En *Teoría de la acción comunicativa*, se reinterpreta esto en términos de una diferenciación o desacoplamiento entre sistema y mundo de la vida. Con la modernización, algunas funciones de la reproducción del mundo de la vida, particularmente las vinculadas a su *reproducción material*, se independizan de los contextos simbólicos del mundo de la vida. Para estas funciones, la búsqueda de entendimiento comienza a resultar cada vez más onerosa (especialmente porque con el incremento de racionalidad del mundo de la vida las fuentes tradicionales de legitimación son cuestionadas y aumenta el riesgo de disenso), y tiende a ser reemplazada por otros mecanismos de coordinación de la acción que Habermas desarrolla desde la teoría de sistemas de Parsons: el dinero para el subsistema económico, y el poder para el subsistema político-estatal. De este modo, “los subsistemas sociales que se diferencian a través de tales medios pueden independizarse frente a un mundo de la vida reducido ahora a entorno del sistema”.<sup>75</sup> A estos dos niveles, a su vez, corresponden dos formas de integración: la *integración social*, que se ejecuta mediante mecanismos de

---

72 Cabe aclarar que en esta obra Habermas ya no utiliza los términos “trabajo” e “interacción” para referirse a la acción instrumental/estratégica y a la comunicativa respectivamente.

73 Véase *ibíd.*, II, p. 178.

74 Véase *ibíd.*, II, p. 196.

75 Véase *ibíd.*, II, p. 259.

acción que armonizan entre sí las orientaciones de acción de los participantes, y la *integración sistémica*, que por el contrario se realiza por mecanismos que entrelazan funcionalmente las consecuencias agregadas de la acción desde la perspectiva de un no implicado.<sup>76</sup>

De todas formas, Habermas no evalúa como negativa la diferenciación de los subsistemas respecto al mundo de la vida. En consecuencia, distingue entre dos alternativas:

Las instituciones mediante las que quedan anclados en el mundo de la vida mecanismos de control tales como el dinero y el poder canalizan o bien la influencia del mundo de la vida sobre los ámbitos de acción formalmente organizados, o bien, a la inversa, la influencia del sistema sobre los plexos de acción estructurados comunicativamente. En un caso actuarían como marco institucional que somete el mantenimiento del sistema a las restricciones normativas del mundo de la vida, en el otro, como la “base” (en el sentido de Marx) que subordina el mundo de la vida a las coacciones de la reproducción material.<sup>77</sup>

La primera alternativa se corresponde, para Habermas, con la *lógica evolutiva*, es decir, con la dinámica de actualización, sin distorsiones, del potencial de la razón comunicativa. Sin embargo, la *dinámica evolutiva*<sup>78</sup> muestra *patologías*, especialmente porque “la modernización capitalista sigue un patrón, a consecuencia del cual la racionalidad cognitivo-instrumental desborda los ámbitos de la economía y el Estado, y penetra en los ámbitos de la vida comunicativamente estructurados”, lo cual “provoca perturbaciones en la reproducción simbólica del mundo de la vida”.<sup>79</sup>

En las consideraciones finales de la obra, Habermas vuelve por fin sobre Marx, después de haber dejado su planteo de lado al tomar como punto de partida el análisis weberiano. Intentando traducir las categorías marxianas en los términos de su propio sistema, reconoce la genialidad de Marx en haber planteado una teoría sobre el desarrollo de las sociedades capitalistas que logra conectar en un mismo plano los dos niveles de la teoría de la

---

76 Véase *ibíd.*, II, p. 167.

77 *Ibíd.*, II, pp. 261-262.

78 La diferencia entre “lógica evolutiva” y “dinámica evolutiva” es central para el planteo de Habermas, en la medida en que le permite mantener, desde una perspectiva normativa, la idea de que el proceso de racionalización moderno tiene un alcance universal. Más allá de las “desviaciones patológicas” que se registran en la dinámica evolutiva efectivamente seguida por las sociedades occidentales, habría en la modernidad un potencial de racionalidad que respondería a una lógica evolutiva de carácter universal que exigiría actualización. Por eso Habermas insiste, contra los llamados “posmodernos”, en que la modernidad es un proyecto inacabado que hay que corregir pero no abandonar. Sobre la defensa del universalismo en Habermas, véase HELER, Mario, *Jürgen Habermas y el proyecto moderno*, Buenos Aires, Biblos, 2007, pp. 104 y ss.

79 HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción...*, II, *ob. cit.*, p. 432.

sociedad: el del sistema y el del mundo de la vida: “la teoría del valor nos suministra reglas que nos permiten traducir enunciados sistémicos (sobre relaciones anónimas de valor) en enunciados históricos sobre relaciones de interacción entre clases sociales”.<sup>80</sup> Marx habría intentado mostrar cómo la explotación de clase y la enajenación de los productores quedan encubiertas con el capitalismo en términos objetivistas, al contrario de lo que ocurría en las sociedades estructuradas políticamente, donde la lucha de clases se manifestaba directamente en el plano de la pugna de intereses de los grupos sociales. Por ejemplo, con el concepto de trabajo abstracto, Marx habría denotado el proceso de monetarización de la fuerza de trabajo, con el cual el trabajo humano se vaciaría de todo contenido concreto para ponerse a disposición de unos imperativos sistémicos cuya reproducción se autonomiza respecto de las necesidades del mundo de la vida. Al poner de manifiesto que la fuerza de trabajo no es una mercancía como cualquier otra, Marx habría alertado sobre el proceso de cosificación implicado por la conversión del “trabajo concreto” en “trabajo abstracto”. La teoría del valor lograría conectar así el análisis del subsistema económico que se ha autonomizado con sus repercusiones en los mundos de vida de los trabajadores, que se empobrecen y destruyen al quedar subsumidos en los imperativos de aquel.

Sin embargo, Habermas señala una serie de debilidades de esta teoría. La primera –la que más nos interesa– apunta a que Marx habría concebido la unidad entre sistema y mundo de la vida como una totalidad que ha sido desgarrada y que se hace necesario recuperar. De este modo, el capitalismo como proceso de acumulación indiferente a los valores de uso se presenta como “apariencia, como la forma fantasmal de unas relaciones de clase que se han vuelto anónimas y se han convertido en fetiche”. El problema es que entonces “este enfoque interpretativo impide que aflore la cuestión de si las esferas sistémicas que son la economía capitalista y la moderna administración estatal no representan también un nivel de integración superior y evolutivamente ventajoso frente a las sociedades organizadas estatalmente.”<sup>81</sup>

Habermas plantea que esta debilidad repercute en la teoría de la revolución: se desprende de ella una visión ingenua en la que una “vanguardia” moviliza al trabajo vivo contra el trabajo muerto para conducir al triunfo del mundo de la vida sobre el sistema. Desde la perspectiva del filósofo alemán, parece que la de Marx se trata de una visión romántica que no atiende al paso evolutivo que significa la aparición de las esferas de integración sistémica. Por ello, cita Habermas con aprobación la célebre afirmación de Weber según la cual el fin del capitalismo privado no significaría una ruptura con la jaula de hierro del sistema fabril,

---

80 *Ibid.*, II, p. 475.

81 *Ibid.*, II, pp. 479-480.

para concluir planteando que la teoría de Marx “no permite una separación suficientemente neta entre el nivel de diferenciación sistémica que la modernidad implica y las formas específicamente de clase en que ese nivel se institucionaliza”.<sup>82</sup> Esta crítica resulta interesante a la luz de la que Habermas formulaba en sus escritos tempranos: si allí señalaba que Marx reducía toda *práxis* humana a “trabajo”, ahora agrega que su supuesta idea de una “liberación del trabajo vivo” está teñida de una visión “romántica” ya vuelta anacrónica por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado en las sociedades modernas.

Las otras dos debilidades que Habermas achaca a Marx basta con mencionarlas. La segunda: que el pensador comunista no posee criterios para distinguir entre la destrucción de las formas tradicionales de vida y la cosificación de los mundos de la vida postradicionales. En otras palabras, al carecer Marx de una teoría sobre la racionalización de los mundos modernos de vida, su idea de los mismos carece de signatura histórica y adquiere más bien la modalidad de una evocación nostálgica de las formas de vida premodernas, ya perdidas.<sup>83</sup> La tercera y última debilidad imputada radica en la sobregeneralización, por parte de Marx, de un caso especial de subordinación sistémica, que es el del trabajo al subsistema económico. Frente a esto, Habermas recuerda que su teoría complementa este plano con el del subsistema administrativo-estatal regido por el medio poder. Finaliza conectando esta debilidad con el “economicismo” de Marx, y plantea, como ya lo hacía en *Ciencia y técnica...*, que esta teoría es incapaz de interpretar fenómenos del capitalismo tardío como el intervencionismo estatal y la democracia de masas.

#### **II.4. Limitaciones de la crítica habermasiana: sobre el concepto de “trabajo” y la interpretación de la modernidad**

He tenido que hacer este largo excursus sobre el planteo habermasiano en distintas obras para poder mostrar las continuidades esenciales que se desprenden del mismo en torno del problema que nos ocupa.

A mi juicio, y compartiendo en este punto la posición de autores como Postone y Noguera Ferrer, uno de los principales problemas de la interpretación que Habermas realiza de la modernidad radica en el uso de un concepto transhistórico y esencialista de “trabajo”. Esto ya comienza a insinuarse en su distinción temprana entre “trabajo” e “interacción”. Con la misma, el trabajo es reducido a una acción instrumental de dominio sobre la naturaleza: es

---

82 *Ibid.*, II, p. 481.

83 Véase *ibid.*, II, pp. 482-483.

decir, con esta categoría se hace abstracción explícita de su dimensión socio-histórica. Por lo cual, aunque Habermas con la introducción del concepto de “interacción” busque criticar y evitar una idea unidimensional del desarrollo de la especie humana, fundada solamente en el dominio y la apropiación de la naturaleza, incurre él también en un reduccionismo con la categoría de “trabajo”.

Es cierto que la distinción de Habermas es en primera instancia puramente analítica. Él no quiere significar que el complejo del trabajo social sea independiente de las reglas y relaciones sociales en que se encuentra inmerso. De ahí que insista en que, aunque irreductibles uno al otro, trabajo e interacción se relacionan entre sí en las formaciones sociales concretas. No obstante, considero que tiene serias dificultades para especificar estas relaciones. Y esto es así por el modo en que, en su planteo, las categorías son definidas *a priori*: si el trabajo es acción instrumental, más allá de su contingente encuadre institucional, su movimiento histórico tiene que ser leído en clave técnico-evolutiva, en términos del progreso hacia un mayor dominio del entorno natural por el ser humano.

Por eso no resulta extraño el ligero desplazamiento que, como se hizo notar anteriormente, opera Habermas al reemplazar el binomio fuerzas productivas/relaciones sociales de producción por el “más general” trabajo/interacción. En primera instancia, esta reformulación obedece a la necesidad de despejar cualquier posibilidad de equívoco respecto a una visión “economicista” y lineal de la emancipación como mero resultado del desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, incluso aceptando el cuestionamiento a este postulado de un marxismo envejecido y ortodoxo, a mi juicio el planteo habermasiano recae en una visión igualmente lineal respecto del trabajo y la producción, concebidos como meros resultados del desarrollo evolutivo de las fuerzas productivas. Y esto en su sistema se refuerza en la medida en que la relación social es trasladada a una esfera exterior a la producción (interacción).<sup>84</sup>

---

84 Como han señalado diversos autores, en la relectura que Habermas hace de Marx nunca queda claro el estatuto de las “relaciones sociales de producción”. Como comenta Dussel “no advierte que las «relaciones de producción» tienen, contra lo que Habermas piensa, un estatuto práctico y no sólo un ejercicio de la «razón instrumental» [DUSSEL, Enrique, *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, México, Siglo XXI, 1990, p. 329]. Es cierto que Habermas reconoce en parte este estatuto práctico, pero no deja de acusar a Marx de reducirlo inmediatamente a la *poiesis*, para él sinónimo de acción instrumental. Esta conclusión probablemente la extraiga Habermas de determinados textos a los que él concede gran importancia, como el (a mi juicio tristemente) célebre “Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política”, donde pareciera establecerse una relación cuasi-mecánica entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la transformación de las relaciones sociales de producción. Sin embargo, y como plantearé en el próximo capítulo, no es fácil desprender esta conclusión de las investigaciones concretas de Marx, donde por ejemplo trabajo y capital son

Habermas podría haber evitado esta visión partiendo de otra lectura de la obra de Marx. Más allá de alusiones desperdigadas aquí y allá, él nunca desarrolló los fundamentos de la teoría de la sociedad de Marx que en *Conocimiento e interés*, como vimos, anunciaba como portadores de una perspectiva más rica que no reducía la *praxis* transformadora a la *poiesis*. En el próximo capítulo plantearemos, repensando a Marx, una lectura en la cual la emancipación no es en absoluto el resultado mecánico del desarrollo de las fuerzas productivas; pero tampoco se desprenderá de ella una perspectiva tecnicista en el análisis de la producción capitalista como la que en general se insinúa en los escritos de Habermas.

En *Teoría de la acción comunicativa*, este reduccionismo no sólo no se ve atenuado, sino que es reforzado, particularmente con la introducción de la teoría de los medios de control para analizar los subsistemas económico y administrativo. La característica fundamental que Habermas resalta de los mismos es negativa: dispensan de la necesidad de entendimiento de los participantes, reemplazándola por un mecanismo más bien automático. Lo que intenta plantear Habermas es que el dinero es un medio “adecuado” de control para el subsistema económico, también (aunque aquí antepone algunos reparos) lo es el poder para el subsistema administrativo. Sin embargo, lo que le interesa a él es limitar a estos ámbitos la aplicación de la teoría de los medios de control. Cuando estos medios se propagan más allá de “sus ámbitos propios”, se genera una “colonización del mundo de la vida”.

Con esta aceptación parcial de la teoría de sistemas, Habermas termina adoptando una perspectiva acrítica y sumamente abstracta del desarrollo de lo que provisoriamente podemos denominar “esfera económica”. En lugar de ser especificada socialmente (como veremos que hizo Marx), su comprensión se reduce al uso de un medio de control (dinero) justificado por resultar más eficiente –al dispensar de la búsqueda de entendimiento de los participantes– en la tarea de regular determinadas funciones que hacen a la reproducción del mundo de la vida. Estas funciones son, como vimos, las vinculadas a la reproducción material que, al contrario de las de reproducción simbólica, podrían ser mediatizadas con éxito por el sistema. Con esto Habermas pierde cualquier posibilidad de analizar críticamente el modo en que en las sociedades capitalistas se efectúan los procesos de reproducción material, cuyo desarrollo es comprendido en una clave eficientista y tecnicista. Recuerda en esto al planteo de Arendt, que como vimos proponía una solución de tipo “tecnocrática” para estos problemas.

---

analizados como relaciones sociales, que en ningún caso se desprenden mecánicamente de la acción instrumental sobre la naturaleza. El punto es que estas falencias interpretativas resultan ante todo indicativas de las limitaciones del planteo habermasiano. En efecto: el prisma tecnicista bajo el cual en el mismo se aborda la esfera de la producción torna dificultoso el reconocimiento del estatuto práctico de las “relaciones sociales de producción”.

Como llegamos a apuntar, Habermas está particularmente preocupado por superar el paradigma centrado en la producción y el trabajo para reemplazarlo por uno nuevo, el “paradigma de la comunicación”. Algunos escritos posteriores a *Teoría de la acción comunicativa* insisten sobre este tema.<sup>85</sup> En dicha obra en particular vimos que aquellos paradigmas quedaban englobados en uno más general, el “paradigma de la filosofía de la conciencia”, centrado en la relación monológica sujeto-objeto. Ahora bien: al intentar pasar al nuevo paradigma, parece que Habermas ha desatendido el hecho crucial de que también producción y trabajo están mediados socialmente, y que particularmente en el capitalismo – como veremos en el próximo capítulo– el trabajo funciona como una relación social fundamental de dicha sociedad. De la omisión de este hecho –que en el capitalismo el “trabajo” es una relación social y no solamente una relación sujeto-naturaleza– provienen la mayor parte de las confusiones que Habermas deriva de su lectura de Marx, las cuales repercuten (y esto es, en efecto, lo importante) en su propia teoría de la modernidad.

¿Cómo podríamos resumir el tratamiento habermasiano del concepto de trabajo? Vinculando la distinción entre trabajo e interacción con el planteo de *Teoría de la acción comunicativa* podemos sostener lo siguiente: aquella distinción conceptual que en sus obras tempranas era establecida *a priori*, en la teoría de la modernidad que se desprende de esta obra es reafirmada, pero ahora con un argumento de tipo historicista-evolucionista. Si el desacoplamiento entre sistema y mundo de la vida es un proceso histórico que encuentra su punto cúlmine en la modernidad, entonces ciertamente las actividades productivas y económicas vinculadas a la reproducción material han estado, en las sociedades premodernas, en mayor o menor grado ancladas en la interacción simbólica del mundo de la vida. Sólo con la descarga de las funciones de reproducción material en los medios “deslingüistizados” “dinero” y “poder”, se constituyen la economía y la administración moderna en esferas relativamente autonomizadas. En este sentido, y comparando este planteo con la idea de “trabajo” de las primeras obras, podríamos decir que en *Teoría de la acción comunicativa* el trabajo no es *necesariamente* una acción instrumental, siempre y cuando siga imbricado con los requisitos de entendimiento propios del mundo de la vida. Sólo con su configuración

---

85 Véanse especialmente: HABERMAS, Jürgen, “Excurso sobre el envejecimiento del paradigma de la producción”, en *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1985, pp. 99-107; y “La crisis del Estado de bienestar y el agotamiento de las energías utópicas”, en *Escritos políticos*, Barcelona, Península, 1988, pp. 113-134. En el primer escrito se insiste sobre la necesidad de reemplazar el “paradigma de la producción” por el “paradigma de la comunicación”; en el segundo se argumenta sobre el agotamiento de los potenciales utópicos del trabajo y se promueve una nueva utopía, la de la comunicación libre de dominio.

moderna pasa a ser, al estar dentro de un subsistema desacoplado del mundo de la vida, una acción instrumental inducida sistémicamente.

No obstante, está claro que este proceso moderno de “configuración sistémica” de la economía, el trabajo, etc. no es para Habermas un simple desarrollo histórico contingente y superable. Por el contrario, es descrito por él como obedeciendo a un proceso evolutivo cuya reversibilidad resultaría imposible e indeseable. Esto lo vimos cuando señalamos las dos posibilidades de dinámica evolutiva planteadas por el pensador alemán: no es la diferenciación de los subsistemas lo negativo *per se*, sino la colonización por ellos de funciones que no les pertenecerían “por derecho propio”. Ahora bien: pareciera que las tareas productivas –el complejo del trabajo social– se encuentran entre aquellas cuya configuración sistémica resulta deseable y por lo tanto no pasible –a riesgo de incurrir en una visión “romántica”– de ser denunciada como una “patología” o un desarrollo desviado de los potenciales de la modernidad (es decir, se ubicaría dentro de la llamada “lógica evolutiva”). Así lo plantea, considero que acertadamente, Noguera Ferrer, quien también sostiene que persiste en Habermas un cierto esencialismo en su concepción del “trabajo”:

El argumento habermasiano es algo más que un argumento histórico: tiene también un sesgo *esencialista*. El sistema económico de las sociedades modernas viene a institucionalizar la *lógica propia* de la actividad laboral, la que de alguna *manera le es más “adecuada”*: la instrumental-estratégica (este proceso entraría dentro de la *lógica evolutiva* y no de la *dinámica evolutiva*, tal y como las distingue el autor en *La reconstrucción del materialismo histórico*). Si no fuera porque están pasados de moda, uno casi espera que Habermas use aquí términos hegelianos y diga que el trabajo ha llegado ya, en las sociedades modernas, “a realizar su propio Concepto”.<sup>86</sup>

En definitiva, la teorización habermasiana de la economía y la administración acaba por limitar el alcance de la crítica social, planteándose patologías solamente en los casos en que los medios de control que las organizan sobrepasan sus límites “naturales”, condicionando la reproducción simbólica del mundo de la vida. En la medida en que estos límites no se traspasan, pareciera que las formas existentes de la economía y la administración deben ser aceptadas como progresos evolutivos.

Podría reprochárseme que esta última aserción resulta algo injusta. En efecto: la afirmación de que dado un determinado grado de desarrollo se torna necesaria una cierta diferenciación de algunas esferas vinculadas a aspectos de la vida social se ubica en una dimensión más abstracta del análisis de la modernidad, que no necesariamente implica la

---

86 NOGUERA FERRER, José, *La transformación del concepto de trabajo...*, ob. cit., pp. 255-256.

legitimación de las formas existentes de la economía y la administración. Sin embargo, incluso aceptando que fuera así, esta teoría sigue sin brindar criterio alguno para sostener una crítica de estas formas. Para dar un solo ejemplo: Habermas rechaza tanto la teoría del valor –fundamento del concepto de explotación– como la de la alienación, pero no plantea ningún sustituto teórico que permita analizar críticamente estos fenómenos del “mundo del trabajo” denunciados tradicionalmente por los marxistas. Más allá de las cuestiones de interpretación –en el próximo capítulo plantearé una lectura de Marx diferente a la de Habermas– su usual acusación de “romanticismo” a todo intento de especificar socialmente para convertir en objeto de crítica procesos que tienen lugar al nivel de la producción, el trabajo, o incluso la técnica moderna, conduce a aceptar sus formas existentes como válidas. Como plantea Postone, cuya crítica al heredero de la Teoría Crítica compartimos en líneas generales:

Habermas no ha distinguido en absoluto entre las formas de la producción y del crecimiento desarrolladas en el capitalismo y otras formas posibles “diferenciadas”. El enfoque de Habermas, con sus categorías estáticas de “dinero” y “poder”, debe aceptar las formas desarrolladas en el capitalismo como históricamente definitivas, como resultados de la “diferenciación” per se.<sup>87</sup>

En otras palabras: incluso admitiendo el argumento de la “diferenciación”, no queda claro por qué la economía monetaria y la administración estatal serían las formas definitivas de la misma. La reconstrucción de una lógica evolutiva por Habermas no es lo suficientemente abierta como para pensar, desde un punto de vista crítico, otras posibilidades que las existentes.

Por otro lado, considero que la dicotomía entre “reproducción material” y “reproducción simbólica” no es en absoluto adecuada para decidir entre aquello que debe ser aceptado tal como es y aquello susceptible de crítica, precisamente porque dista de ser evidente que no haya formas posibles de satisfacción de las necesidades materiales diferentes a las vigentes.

Además, dicha dicotomía es problemática en sí misma porque, como señala nuevamente Postone, supone que puede concebirse la reproducción material como algo no mediado simbólicamente y socialmente. En ese sentido es claro que la misma sigue aquella separación temprana entre “trabajo” e “interacción”.<sup>88</sup> A partir de ella, se establece una línea de demarcación cuasi-ontológica entre ámbitos en los que la cosificación y la tecnificación resultan inevitables y otros en los que no. Esto en lugar de ampliar, restringe claramente el

---

87 POSTONE, Moishe, *Tiempo, trabajo...*, ob. cit., pp. 337-338.

88 Véase *ibíd.*, p. 332.

campo de lo posible: nos dice que tenemos que aceptar las formas modernas de la reproducción material (incluyendo, al parecer, el trabajo asalariado, parcelado y repetitivo), so pena de un retroceso evolutivo. Subrepticamente, Habermas termina aceptando los valores que su teoría venía a criticar: la tecnificación unidimensional, el productivismo, la eficiencia como criterio último, etc. son aceptados como inevitables, siempre y cuando no sobrepasen sus “ámbitos propios”.<sup>89</sup>

### **III. Arendt y Habermas como exponentes de una crítica tradicional del trabajo**

Ya concluyendo este capítulo, podemos comparar someramente el análisis de Habermas con el de Arendt, para vislumbrar, en conjunto, el núcleo de sus limitaciones. Empecemos por observar que ambos planteos están atravesados por un conjunto de dicotomías cuya familiaridad resulta, a mi juicio, insoslayable. Cabe recordar las más sobresalientes. Para Arendt: labor/acción, necesidad/libertad, esfera social/esfera política. Para Habermas: trabajo/interacción, sistema/mundo de la vida, reproducción material/reproducción simbólica, integración sistémica/ integración social. Si en el modelo de Arendt la barra (/) representa una alternativa excluyente, en el de Habermas representa la separación entre dos lógicas diferentes, aunque relacionadas (no sin cierta dificultad).

Estamos en condiciones de ubicar el núcleo teórico que explica esta diferencia. En el caso de Arendt, tenemos una teoría política que no puede sino lamentarse de un modo cuasi-nostálgico por el hecho de que en el mundo moderno la política se halle contaminada por las cuestiones vinculadas a la reproducción material de la sociedad, sujeta entonces, de modo patológico, a la esfera de la necesidad. Como a toda filosofía del origen, sin lugar a dudas cabe reconocerle el mérito de reponer un olvido fundamental del pensamiento occidental a la hora de pensar la política. Sin embargo, este merecido reconocimiento no le dispensa de incurrir en las limitaciones señaladas.

Con Habermas la situación es bastante diferente. La suya no es una filosofía del origen, sino que trata de explicitar el núcleo racional de la modernidad, a partir del concepto de razón comunicativa. No podemos aquí desarrollar la teoría del lenguaje que sustenta este concepto de razón, que Habermas explicita desde una pragmática formal. Pero cabe señalar que a través de este análisis, él arriba a la conclusión de que “el uso comunicativo del

---

<sup>89</sup> Así lo ve también Axel Honneth, quien concluye respecto al planteo de Habermas: “its categorical weakness, as I see it, is that its basic concepts are laid out from the beginning as though the process of liberation from alienated work relations, which Marx had in mind, were already historically complete” (HONNETH, Axel, “Work and instrumental action”, ob. cit., p. 54).

lenguaje conlleva una base de validez que se explicita en la racionalidad orientada al entendimiento; tal racionalidad constituye el *télos* inscrito en la comunicación lingüística.”<sup>90</sup> La modernidad, para este autor, tiene un carácter *universal* en la medida en que en ella se libera este potencial de racionalidad inscrito en la base de validez del habla. Las patologías, en este sentido, son denunciadas a la luz de este ideal normativo, el de una comunicación no distorsionada. De este modo, Habermas no ubica su ideal en la *pólis* griega como Arendt, sino en el potencial de racionalidad implícito en el proceso de modernización. Esto le permite avanzar en una crítica más realista de las formas modernas de dominación, sin tropezar en el camino con la evocación nostálgica de una política dispensada de toda preocupación por las cuestiones vinculadas a la reproducción material.<sup>91</sup> A eso apunta, justamente, la teoría de la sociedad en dos niveles, como sistema y como mundo de la vida.

No obstante, como he argumentado, Habermas tampoco logra escapar completamente del planteo dicotómico arendtiano. La distinción temprana, en principio formal, entre dos tipos de acción y de razón (trabajo e interacción, racionalidad con arreglo a fines y racionalidad comunicativa) se proyecta en su teoría dualista de la modernidad: la razón comunicativa se realiza en los mundos de vida modernos, y la racionalidad con arreglo a fines (reformulada en términos de la teoría de los medios de control) lo hace en el sistema. Mientras cada una permanezca en su ámbito, no hay patología a denunciar. Esto conduce a una lectura en exceso tecnicista de la economía y la administración modernas.

Así como Arendt tiene una visión “naturalista” de la esfera económica y de las actividades productivas, Habermas adopta una perspectiva “tecnicista” y “eficientista” de las mismas cuestiones. Y podemos finalmente, en un ejercicio útil de simplificación, retrotraer estas posiciones a los conceptos esencialistas y ahistóricos de “trabajo” que vienen operando en estas teorías: el trabajo como “labor” en Arendt, y el trabajo como “acción instrumental” en Habermas.

Utilizaremos a partir de ahora la expresión *crítica tradicional del trabajo* –o, para abreviar, *crítica tradicional*– en referencia a las posturas que analizan el trabajo en la modernidad capitalista siguiendo coordenadas teóricas como las de Arendt y Habermas o similares. Tomamos esta expresión inspirándonos en la Escuela de Frankfurt, y particularmente en la célebre distinción que trazara Horkheimer entre “teoría tradicional” y

---

90 HELER, Mario, *Jürgen Habermas...*, ob. cit., p. 104.

91 Véase supra, p. 31, nota N° 51, la crítica que sobre este punto Habermas le formula a Arendt.

“teoría crítica”.<sup>92</sup> La característica fundamental de la crítica tradicional del trabajo radica en que afirma el modo en que se configuran las actividades productivas en la modernidad como algo necesario y por tanto inevitable e insuperable. Se encuentra siempre anclada en alguna concepción esencialista y transhistórica del “trabajo” –y en poco cambia que esta esencia se vaya realizando en el curso “evolutivo” de la historia como en el caso de Habermas.

Quiera o no, la crítica tradicional acaba entonces legitimando una parte de lo existente. Es una crítica, pero limitada: lo único que puede cuestionar es el excesivo espacio que el “trabajo” ocupa en la vida social, manteniendo sin embargo inalterada su forma existente. En general, esta crítica siempre viene acompañada de la valoración positiva de algún otro principio, distinto en contenido al “trabajo” pero concebido en una clave igualmente esencialista y transhistórica –por ejemplo, la “acción” para Arendt y la “interacción” para Habermas. El resultado es un sistema teórico organizado alrededor de dicotomías rígidas que en buena medida acaban siendo naturalizadas.

En contraposición a este tipo de crítica, en el próximo capítulo intentaremos contribuir a la construcción de un concepto históricamente determinado de “trabajo”. Lo haremos valiéndonos de los desarrollos de Marx y de algunos intérpretes de su obra. Será a partir de este concepto que delinearemos los contornos de una visión de la economía y la producción modernas como instancias histórica y socialmente determinadas. Y volveremos, finalmente, a Arendt y a Habermas para completar la crítica que empezamos a insinuar. En este punto, además de argumentar a favor de la conveniencia heurística de nuestra reconceptualización, plantearemos que lo que de una u otra manera estos autores presentan como atributos o características esenciales del trabajo *per se* –concretamente, el carácter “natural” (Arendt) y la “instrumentalidad” (Habermas)– constituyen por el contrario proyecciones de una cierta configuración histórica del “trabajo”. Porque, como se anuncia en el título de esta tesis, nos interesa avanzar en la construcción de una teoría crítica del trabajo. Y será justamente en su capacidad para desnaturalizar, y mostrar entonces el carácter

---

92 Pues una diferencia crucial radica en que mientras la “teoría tradicional” acepta las formas de pensar que se desprenden del orden de dominación vigente, la “teoría crítica” puede juzgarlas desde el punto de vista de una sociedad justa que trascienda dicho orden: “los intereses del pensar crítico son generales, pero no generalmente reconocidos. Los conceptos que surgen bajo su influencia critican el presente. Las categorías marxianas de clase, explotación, plusvalía, ganancia, pauperización, crisis, son momentos de una totalidad conceptual cuyo sentido ha de ser buscado, no en la reproducción de la sociedad actual, sino en su transformación en una sociedad justa” (HORKHEIMER, Max, “Teoría tradicional y teoría crítica”, en *Teoría crítica*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003, pp. 250-251).

contingente de aquello que parece universal y necesario, donde tendremos uno de los parámetros fundamentales para evaluar la potencialidad de una teoría tal.

## CAPÍTULO 2

### HACIA UNA ESPECIFICACIÓN DE LA CRÍTICA EN EL MARCO DEL CAPITALISMO: EL TRABAJO COMO RELACIÓN SOCIAL HISTÓRICAMENTE DETERMINADA

En el capítulo anterior expusimos dos planteos críticos respecto a las sociedades modernas que compartían, a pesar de las diferencias de perspectiva, cierta visión transhistórica respecto al concepto de “trabajo”, que culminaba en una mirada tecnicista y/o naturalista respecto al desarrollo de determinadas esferas de dichas sociedades –particularmente la economía. En el próximo capítulo nos detendremos con mayor atención en el corolario teórico-político de estas posiciones. Por el momento, basta con anticipar que una vez establecida una lectura reductiva del concepto de “trabajo” –sea a una operación técnica, sea a un proceso metabólico del cuerpo– y correlativamente de la “esfera” que supuestamente lo alberga –utilizando provisoriamente un término que necesita mayores precisiones: la economía– la alternativa política a las desdichas modernas radicará en una disminución de la importancia otorgada al trabajo y a las actividades económicas. Esta conclusión, que ya se insinúa de modo más o menos explícito en los planteos de Arendt y Habermas, será desarrollada en un contexto histórico preciso –las décadas de los ‘80 y los ‘90 – por quienes sostienen las tesis del “fin del trabajo”.

El objetivo de este capítulo es avanzar en el desarrollo de una teoría de la modernidad capitalista partiendo de un concepto históricamente determinado de “trabajo”. Se intentarán explicitar algunas de las consecuencias que se derivan de un enfoque tal, en particular en contraposición con las posturas desarrolladas en el capítulo anterior.

En esta tarea es que sale a nuestro encuentro, de un modo inevitable, un autor: Karl Marx. Lamentablemente, la simple invocación de este nombre propio resulta riesgosa. La multiplicidad de interpretaciones que se han hecho de él hace que casi cualquier afirmación que se haga respecto a su obra entre en conflicto con alguna otra lectura realizada. Aquí, no obstante, no se tratará de hacer otra exégesis de sus escritos, sino que se intentará pensar, con él particularmente pero también con otros autores, el problema que nos ocupa. En este sentido, lejos se está además de proponer un “retorno a Marx”, como si de volver a una lectura no contaminada por las interpretaciones y acontecimientos posteriores se tratara. Por el contrario, pensaremos con este autor en función de las cuestiones que nos ocupan, aquí y ahora. Mal que les pese a los puristas, se trata de una lectura, desde el vamos, interesada.

Puesto de manifiesto este interés estratégico, cabe explicitar cuáles son las dos interpretaciones de la obra de Marx que han influido de un modo significativo en lo que sigue. Por un lado, la lectura que hace el filósofo argentino Enrique Dussel de lo que él mismo llama las tres redacciones de *El capital*.<sup>93</sup> Este autor hace un recorrido por distintos trabajos previos de Marx para explicitar el modo en que fue construyendo los conceptos y la metodología que permiten entender su obra cumbre. La interpretación que propone, polémica en muchos puntos, intenta aclarar entre otras cosas los supuestos éticos que guían su análisis, enfrentándose en este sentido con las lecturas economicistas, mecanicistas y tecnicistas de dicha obra.

Más decisiva por su especificidad en relación al problema que venimos tratando resulta la interpretación llevada a cabo por el filósofo e historiador norteamericano Moishe Postone en su obra más importante, la ya citada *Tiempo, trabajo y dominación social*. Este pensador lleva a cabo una reinterpretación de la obra madura de Marx –particularmente de los *Grundrisse* y *El capital*– con el objeto de comprender, en clave crítica, los caracteres esenciales que explican el desarrollo histórico específico de la sociedad capitalista moderna. Con este objetivo, toma como punto de partida el concepto de “trabajo abstracto” para comprender la función histórica que, en tanto mediación social, el trabajo cumple en el capitalismo. En este recorrido, cuestiona otros planteos críticos respecto de las sociedades modernas, especialmente los tratamientos realizados por los pensadores de la Escuela de Frankfurt, incluyendo a Habermas. Este tipo de enfoque, podrá darse cuenta el lector, adquiere la mayor relevancia en función de la problemática que estamos abordando.<sup>94</sup>

---

93 Las tres redacciones corresponden a las siguientes obras de DUSSEL, Enrique: *La producción teórica de Marx: un comentario a los Grundrisse*, México, Siglo XXI, 2004; *Hacia un Marx desconocido: un comentario de los Manuscritos del 61-63*, México, Siglo XXI, 1988; *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, ob. cit.

94 De hecho, la lectura de esta obra de Postone me permitió saltar uno de los “obstáculos epistemológicos” (al decir de Bachelard) que se me presentaron desde el inicio de esta investigación. Mi relación con las teorías sobre “el fin del trabajo” empezó siendo ambigua: aunque coincidía políticamente en los cuestionamientos al productivismo, a la ética puritana del trabajo, etc., no me parecía satisfactorio ni el tratamiento que en general hacían del concepto de “trabajo” ni las objeciones que al respecto le formulaban a Marx. De todas formas, las críticas de tipo teórico que, desde el marxismo, encontraba hacia estos planteos –la más desarrollada tal vez sea la del sociólogo brasileño Ricardo Antunes– no me conformaban porque en general se valían de un concepto de “trabajo” igualmente transhistórico. Mi impresión era –como ya apunté en la presentación– que esto derivaba en una discusión cuasi-escolástica, donde todo parecía depender del modo en que se definiera *a priori* el concepto de “trabajo”. El tratamiento de Postone, que parte de la necesidad de establecer la especificidad histórica del concepto, fue una de las llaves que me permitió salir –el lector tendrá que juzgar si exitosamente– de esta encrucijada y finalmente encarar la cuestión en términos de los requerimientos de una teoría crítica.

## I. Apuntes metodológicos: la determinación histórica de los procesos productivos

Un buen modo de introducir la cuestión que nos compete es refiriendo a un texto metodológico de Marx, la *Introducción general a la crítica de la economía política*, de 1857. Escrito publicado póstumamente pero que, de modo sugerente, se ubica en un momento crucial para su obra, cuando comenzaban a madurar las categorías que se plasmarían materialmente diez años después con la publicación de la primera edición de *El capital*. Por eso resulta significativo que Marx comience aclarando aquí que lo social tiene que estar ya en el punto de partida de cualquier análisis de la producción:

Individuos que producen en sociedad, o sea la producción de los individuos socialmente determinada: éste es naturalmente el punto de partida. El cazador o el pescador solos y aislados, con los que comienzan Smith y Ricardo, pertenecen a las imaginaciones desprovistas de fantasía que produjeron las robinsonadas del siglo XVIII.<sup>95</sup>

Marx señala además que estas concepciones, que analizan los procesos productivos en términos de un individuo aislado, en realidad reproducen menos la condición supuestamente “originaria” del hombre que las relaciones propiamente burguesas de producción:

Cuanto más lejos nos remontamos en la historia, tanto más aparece el individuo –y por consiguiente, también el individuo productor– como dependiente y formando parte de un todo mayor (...) Solamente al llegar al siglo XVIII, con la “sociedad civil”, *las diferentes formas de conexión social aparecen ante el individuo como un simple medio* para lograr sus fines privados, como una necesidad exterior (...) *El hombre es, en el sentido más literal, un animal político, no solamente un animal social, sino un animal que sólo puede individualizarse en la sociedad. La producción por parte de un individuo aislado, fuera de la sociedad (...) no es menos absurda que la idea de un desarrollo del lenguaje sin individuos que vivan juntos y hablen entre sí.*<sup>96</sup>

Este texto introduce algunos elementos interesantes a la luz del debate que abrimos en el capítulo anterior. En primer lugar, aparece una primera indicación, todavía imprecisa, respecto a una conexión históricamente determinada entre la producción y la razón instrumental. Solamente cuando el individuo aparece como un “productor privado” y los lazos sociales como un mero medio para sus fines egoístas, la propia producción puede adoptar también la forma de una necesidad puramente instrumental, no sujeta ya a las coacciones

---

95 MARX, Karl, *Introducción general a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 2001, p. 33.

96 *Ibid.*, p. 34 (las cursivas son mías).

personales o comunitarias de las sociedades tradicionales. Este punto lo desarrollaremos con más detalle después, ya que resulta clave para cuestionar la vinculación necesaria que Habermas establece entre el trabajo y la acción instrumental. En segundo lugar, no deja de ser llamativo que Marx utilice aquí la expresión aristotélica “animal político”<sup>97</sup> para referirse al hombre –y en particular, al hombre “productor”. Esto invita a que nos preguntemos si Marx realmente pretendía, en su análisis, disolver al animal político en el animal social (como supone Arendt), o si más bien no procuraba relativizar la dicotomía misma. Finalmente, el último paralelo que se establece entre el carácter social de la producción y del lenguaje vuelve a introducir un interrogante, ahora respecto de la dicotomía habermasiana entre trabajo e interacción. Intentaremos echar luz sobre estas cuestiones, entre otras, a lo largo del presente capítulo.

Claro que mientras nosotros discutimos con Arendt y Habermas, Marx lo hace en particular con la economía política burguesa. De todas formas, aquí interesa justamente marcar el paralelismo entre el reproche que él le propina a esta última y el que nosotros comenzamos a esbozar en el capítulo anterior hacia aquellos autores. En efecto, Marx le cuestiona, por empezar, el hecho de:

presentar a la producción, a diferencia de la distribución, etc., como regida por leyes eternas de la naturaleza, independientes de la historia, ocasión esta que sirve para introducir subrepticamente las relaciones burguesas como leyes naturales inmutables de la sociedad *in abstracto*.<sup>98</sup>

La precaución metodológica que toma Marx es importante: puede hablarse de la “producción en general” porque en todas las épocas la misma tiene ciertos caracteres comunes. Toda producción supone, en efecto, un sujeto que trabaja, un objeto trabajado, un instrumento de trabajo y un trabajo pasado, acumulado: “La producción en general es una abstracción, pero una abstracción que tiene un sentido, en tanto pone realmente de relieve lo común, lo fija y nos ahorra así una repetición”.<sup>99</sup> No obstante, sería un error derivar de ella un estadio histórico real de la producción: “las llamadas condiciones generales de toda producción no son más que esos momentos abstractos que no permiten comprender ningún nivel histórico concreto de la producción.”<sup>100</sup>

---

97 En el manuscrito original, Marx directamente utiliza la expresión griega, en clara referencia a Aristóteles.

98 *Ibid.*, p. 37.

99 *Ibid.*, p. 35.

100 *Ibid.*, p. 38.

En un nivel todavía abstracto del análisis, pero más concreto en relación al estudio de la producción como elemento independiente,<sup>101</sup> Marx analiza cómo ella pasa a codeterminarse en relación a la distribución, el intercambio y el consumo. Éstos constituyen una especie de silogismo, donde la producción es el término universal, la distribución y el intercambio el término particular, y el consumo el término singular. Sin entrar en el detalle de este texto, es importante tomar nota del hecho de que Marx plantea cómo cada término determina al otro y es a su vez determinado por él. Por ejemplo, en el caso de la relación producción-distribución, en un sentido la producción determina la distribución. Así, un individuo que produce como trabajador asalariado participa en la distribución de los productos bajo la forma del salario. Pero desde otro punto de vista, prosigue este autor, la distribución parece determinar la producción: “un pueblo conquistador divide al país entre los conquistadores e impone así una determinada repartición y forma de propiedad territorial; determina, por consiguiente, la producción.”<sup>102</sup> La conclusión que saca Marx de este análisis es la siguiente:

El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el cambio y el consumo sean idénticos, sino que constituyen las articulaciones de una totalidad, diferenciaciones dentro de una unidad. Una producción determinada, por lo tanto, determina un consumo, una distribución, un intercambio determinados y relaciones recíprocas determinadas de estos diferentes momentos. A decir verdad, también la producción, bajo su forma unilateral, está a su vez determinada por los otros momentos (...) Entre los diferentes momentos tiene lugar una acción recíproca. Esto ocurre siempre en los conjuntos orgánicos.<sup>103</sup>

Un nivel más concreto del análisis revela entonces que la producción se encuentra determinada siempre práctica y socialmente por los otros momentos. No hay aquí nada semejante a una reducción de la *prâxis* a la *poïesis*, como planteaba Habermas, sino una mutua determinación. La producción no determina unilateralmente los otros momentos. Tampoco es un elemento independiente cuando se analiza una formación social concreta. Por lo tanto, no hay nada más inadecuado metodológicamente para Marx que explicar un estadio social a partir de la categoría de “producción” considerada en abstracto. Y, más importante aún, tampoco sería correcto analizar los fenómenos productivos en un momento determinado derivándolos de los elementos de la “producción en general”.<sup>104</sup> Ahora bien: como señalamos

---

101 Quien mejor explicita los distintos niveles de abstracción en el análisis de Marx, así como su importancia metodológica, es Enrique Dussel, que además realiza un detallado comentario de este texto en *La producción teórica de Marx...*, ob. cit., caps. 1 y 2.

102 *Ibid.*, p. 46.

103 *Ibid.*, pp. 49-50.

104 Por eso declara que “la economía política no es tecnología” (*Ibid.*, p. 36).

en el capítulo anterior, esto último es lo que tiende a deslizarse en el tratamiento habermasiano.<sup>105</sup>

Cuando Marx se encarga de explicitar el método de la economía política, plantea que el punto de llegada es una totalidad concreta, resultado de un proceso de pensamiento, que partiendo de una representación inmediata del todo aún confusa (el ejemplo de Marx es la “población”), busca las determinaciones simples (por ejemplo: las clases, la división del trabajo, etc.), abstrayéndolas de la representación del todo, para sólo después emprender el camino de regreso hacia la totalidad concreta, que ahora aparece explicada en sus múltiples determinaciones: “lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida”.<sup>106</sup>

Ahora bien: resulta sumamente relevante la pregunta que formula Marx respecto al orden que tiene que seguir la exposición de las categorías económicas: “estas categorías simples: ¿no tienen una existencia histórica o natural autónoma, anterior a las categorías concretas?”<sup>107</sup> Enrique Dussel resume del siguiente modo la postura del filósofo alemán en relación a este problema:

No se trata de que las categorías o el orden del pensar produzcan la realidad (Hegel). No se trata de pensar que la realidad se manifiesta ya claramente en la representación plena (empirismo). No se trata tampoco de confundir el orden del pensar (categorías) con el de la realidad (...) Pero tampoco debe pensarse que ambos órdenes están absolutamente separados, lo que determinaría que el orden de la sucesión o

---

105 En este punto, es relevante el comentario que Habermas, en *Conocimiento e interés*, hace a este texto en una larga nota al pie. Luego de repasar las mutuas determinaciones entre la producción y los otros elementos, insiste en que Marx, con todo, quiere salvar a la producción como variable independiente y determinante mediante un subterfugio metodológico, consistente en concebir a la producción de un modo tan amplio que engloba también a las relaciones de producción (ob. cit., pp. 62-65, nota N° 70). En realidad, lo que Habermas descuida aquí son los niveles de abstracción en el análisis: lo que quiere decir Marx es justamente que en cualquier formación social concreta la distribución determina a nivel práctico a la producción, así como la producción determina materialmente a la distribución, formando el conjunto una totalidad con múltiples determinaciones. Como ya dijimos, a Marx le interesa cuestionar la visión de la economía burguesa de una producción concebida como algo eterno, en oposición al ámbito de la distribución, éste sí comprendido en términos socio-históricos. Por eso no puede sino analizar la producción considerando también las relaciones de producción. Por el contrario, es Habermas quien tiende a analizar a la producción como un proceso evolutivo, cuyo carácter socialmente determinado es dejado en la sombra. Como ya señalamos, esto se debe a que con la categoría de “interacción” él traslada las “relaciones de producción” fuera del ámbito productivo, quedando entonces reducida la comprensión de éste a su dimensión técnica.

106 *Ibid.*, p. 51.

107 *Ibid.*, p. 52.

movimiento de las categorías es efecto del puro orden del pensar (idealismo, al fin). Pero tampoco puede pensarse que el orden de las categorías está determinado por su aparición en la historia (primero las categorías más antiguas y posteriormente las más modernas). No. El orden de las categorías (orden del pensar teórico, que surge de la realidad pero no se confunde con la realidad) debe estar determinado por su posición sincrónica y esencial en la moderna sociedad capitalista. De esta manera el orden de las categorías (aunque sea un orden teórico) reconstituye la realidad en un orden abstracto, surgiendo desde la misma realidad (no desde las ideas). Pero la realidad a la cual el orden de las categorías hace referencia es la totalidad concreta, con múltiples determinaciones, que es la moderna sociedad burguesa.<sup>108</sup>

Este punto de llegada (la totalidad concreta de la moderna sociedad burguesa) resulta central para comprender la ventaja que acarrea el tratamiento marxiano para una elucidación crítica del concepto moderno de “trabajo”. El concepto arendtiano de “labor” y el habermasiano de “razón instrumental” son todavía demasiado inespecíficos para asir dicha totalidad concreta. Es cierto que incluso estos autores, concientes hasta cierto punto de esta limitación, traen a colación otros desarrollos de las sociedades modernas para historizar sus conceptos. Así, Arendt nos habla de una “esfera social” y del carácter público de la labor moderna; Habermas, de la autonomización de los subsistemas en la modernidad. No obstante, vimos que en ambos planteos los conceptos ya definidos *a priori* conllevan una interpretación reductiva del trabajo, ya sea “naturalista” en un caso, ya sea “tecnicista” en el otro. La especificidad social del concepto moderno de “trabajo” no ha podido ser abordada con ellos. Para sorpresa de Hannah Arendt, es Karl Marx, supuesto glorificador de la labor, quien toma nota de que el “trabajo” es una categoría moderna:

El trabajo parece ser una categoría totalmente simple. También la representación del trabajo en su universalidad –como trabajo en general– es muy antigua. Y sin embargo, considerado en esta simplicidad desde el punto de vista económico, el “trabajo” es una categoría tan moderna como las relaciones que dan origen a esta abstracción simple.<sup>109</sup>

Según Marx, es Adam Smith –entre los economistas modernos– el primero que elucida al trabajo en términos de una actividad universal. Mientras los monetaristas concebían a la riqueza de un modo puramente objetivo (dinero) y los fisiócratas de un modo subjetivo pero limitado a una forma particular de actividad productiva (agricultura), Smith habría tratado tanto el acto subjetivo como su producto de un modo abstracto, general. Ahora bien: no sería correcto afirmar sin más que de este modo es descubierta la esencia transhistórica “trabajo”:

---

108 DUSSEL, Enrique, *La producción teórica de Marx...*, ob. cit. p. 56.

109 *Ibid.*, pp. 53-54.

Podría parecer ahora que de este modo se habría encontrado simplemente la expresión abstracta de la relación más simple y antigua, en que entran los hombres en tanto productores, cualquiera sea la forma de sociedad. Esto es cierto en un sentido. Pero no en el otro. La indiferencia frente a un género determinado de trabajo supone una totalidad muy desarrollada de géneros reales de trabajos, ninguno de los cuales predomina sobre los demás (...) Entonces, deja de ser pensado solamente bajo una forma particular. Por otra parte, esta abstracción del trabajo en general no es solamente el resultado intelectual de una totalidad concreta de trabajos. La indiferencia hacia un trabajo particular corresponde a una forma de sociedad en la cual los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro y en la que el género determinado de trabajo es para ellos algo fortuito y, por lo tanto, indiferente. El trabajo se ha convertido entonces, no sólo en tanto categoría, sino también en la realidad, en el medio para crear la riqueza en general.<sup>110</sup>

De este modo, una categoría en apariencia simple, la de “trabajo” sin más especificaciones, revela su naturaleza moderna.<sup>111</sup> Para avanzar un poco más, tendremos que remitirnos a *El capital*, donde aparece la categoría de “trabajo abstracto”, en función ahora de un análisis de las sociedades modernas que busca asir esa totalidad concreta –punto de llegada de la investigación– que es el capitalismo.

## II. El trabajo como relación social históricamente determinada: “trabajo abstracto”

La categoría que nos interesa, la de “trabajo abstracto”, aparece en el primer capítulo de *El capital*. Cabe recordar que allí Marx, de modo consecuente con las consideraciones

110 *Ibíd.*, pp. 54-55.

111 Distintos análisis recientes de filósofos, antropólogos, lingüistas, historiadores, etc., han planteado la naturaleza moderna de la categoría “trabajo”. Dominique Méda, autora que después retomaremos críticamente, sostiene que en las sociedades precapitalistas no existía un término unificador de actividades como lo que hoy denominamos “trabajo”. Retomando al famoso historiador J. P. Vernant, señala por ejemplo que “se consideraban en Grecia profesiones, actividades, tareas, pero se buscaría en vano el término «trabajo». Las actividades, al contrario, clasificadas en categorías irreductiblemente diversas y atravesadas por distinciones, prohibían considerar el *trabajo* como una función única. La diferencia más importante es la que concierne a las tareas agrupadas bajo el término *pónos*, eran actividades arduas, que exigían un esfuerzo y un contacto con elementos materiales, y por lo tanto degradante, y las que eran identificadas como *érgon*, llamadas luego *obra*, que consistían en la imposición de una forma a una materia” [cabe recordar que a partir de esta última distinción Arendt diferenciaba “labor” de “trabajo”] (MÉDA, Dominique, “¿Qué sabemos sobre el trabajo?, en *Revista de trabajo*, N° 4, Buenos Aires, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, 2007, p. 19). Jacob, por su parte, apunta: “Mientras que en el origen la utilización de la palabra «trabajo» se situaba en la periferia del campo semántico, comparativamente con los términos obra, producción, tarea, el trabajo se convirtió [hacia el siglo XVIII] en un tema central. Trabajar ocupa ahora el centro del campo conceptual en el que antes sólo ocupaba un lugar periférico –de la misma manera que el trabajo ocupa el lugar central de nuestra vida social– cuantitativamente y cualitativamente” (JACOB, Annie, “La noción de trabajo”, en *Sociología del trabajo*, N° 4, Buenos Aires, PIETTE, 1995, p. 2). Tomemos nota de que el análisis de Marx tiene el mérito de vincular estos cambios conceptuales con el desarrollo de las modernas sociedades capitalistas.

metodológicas antes señaladas, comienza su exposición con una categoría históricamente específica: la mercancía como forma elemental de la riqueza en el modo capitalista de producción. La categoría de “trabajo abstracto” se deriva de su análisis. Resumámoslo sintéticamente.

La mercancía posee dos determinaciones fundamentales: el valor de uso y el valor de cambio. El primero no plantea, en principio, mayores dificultades: radica en la utilidad de la mercancía, en su capacidad, de acuerdo a sus propiedades, para satisfacer necesidades humanas. El valor de uso no es, entonces, una determinación específica de la mercancía, sino de todo objeto material socialmente útil. El valor de cambio, por su parte, aparece en primera instancia como una relación puramente cuantitativa, en tanto proporción por la que se intercambia un valor de uso por otro. Tenemos aquí una nota que sí es distintiva de la mercancía: la *intercambiabilidad*.

No obstante, el análisis no se agota aquí, pues la proporción en que una mercancía se intercambia por otra en cada caso es variable y relativa. El valor de cambio, entonces, tiene que ser el modo de manifestación de otra cosa que es común a todas las mercancías que se intercambian, *un contenido diferenciable de sus modos de expresión*. La única nota común que Marx encuentra es que todas las mercancías son productos del trabajo. Pero, ¿de qué trabajo? Es aquí donde es introducido el concepto de “trabajo abstracto”. Lo común no puede derivar del trabajo en su dimensión concreta, es decir, como creador de valores de uso, porque los distintos trabajos concretos difieren cualitativamente:

Con el carácter útil de los productos del trabajo se desvanece el carácter útil de los trabajos representados en ellos y, por ende, se desvanecen las diversas formas concretas de esos trabajos; estos dejan de distinguirse, reduciéndose en su totalidad a trabajo humano indiferenciado, a trabajo abstractamente humano.<sup>112</sup>

Llegados a este punto, hay que señalar que dentro del marxismo hay una discusión, que lleva varias décadas, respecto al *status* ontológico del concepto. La interpretación tradicional dentro del marxismo considera que se trata de un concepto transhistórico: en todas las formaciones sociales el trabajo implicaría un cierto gasto fisiológico de energía física y mental. Por lo cual el “trabajo abstracto” no sería más que el sustrato material de todo trabajo.

---

112 MARX, Karl, *El capital*, tomo I, ob. cit., p. 47.

Otra línea interpretativa, que se remonta a la obra pionera de 1924 del economista ruso Isaak Rubin<sup>113</sup> y que especialmente en los últimos años ha sido proseguida por distintos marxistas heterodoxos,<sup>114</sup> sostiene en cambio que se trata de una categoría histórica, específica del capitalismo. La discusión, además de tener una larga historia, es compleja, por lo que abordarla acabadamente escapa a los límites de este trabajo. No obstante, se hace necesario al menos una justificación de por qué aquí se seguirá esta segunda interpretación.

Resulta difícil sin embargo obviar otra pregunta, a saber: ¿qué es lo que dijo el propio Marx sobre la cuestión? En principio, en ninguno de sus textos aparece una afirmación taxativa que elimine cualquier vestigio de duda al respecto. Es en el capítulo I de *El capital* donde se explicita la categoría; pero la definición que se da allí parece corresponderse con la interpretación tradicional:

Si se prescinde del carácter determinado de la actividad productiva y por tanto del carácter útil del trabajo, lo que subsiste de éste es el ser un gasto de fuerza de trabajo humana. Aunque actividades productivas cualitativamente diferentes, el trabajo del sastre y del tejedor son ambos gasto productivo del cerebro, músculo, nervio, mano, etc., humanos, y en este sentido uno y otro son trabajo humano.<sup>115</sup>

A continuación, Marx introduce el concepto de *trabajo medio simple*, que ya alude a la cuestión de la calificación media del trabajo y, por tanto, incluye una dimensión histórico-social antes que fisiológica:

Éste [el trabajo humano abstracto o general] es gasto de la fuerza de trabajo simple que, término medio, todo hombre común, sin necesidad de un desarrollo especial, posee en su organismo corporal. El carácter del trabajo medio simple varía, por cierto, según los diversos países y épocas culturales, pero está dado para una sociedad determinada.<sup>116</sup>

Aunque aquí se alerta sobre una interpretación toscamente fisicalista del concepto de “trabajo abstracto”, tenemos que notar que la cuestión de la *historicidad de la categoría misma* no queda decidida. En efecto: una cosa es que el “trabajo abstracto” varíe de una sociedad a otra (de acuerdo a la formación general de la población considerada, por ejemplo); otra muy

---

113 Véase RUBIN, Isaak, *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1974.

114 Véanse por ejemplo: ANTUNES, Ricardo, *¿Adiós al trabajo?...* ob. cit., pp. 63 y ss.; BONEFELD, Werner, “Sobre el tiempo del trabajo abstracto”, en *Herramienta*, N° 44, Buenos Aires, Eds. Herramienta, 2010, pp. 17-28; HOLLOWAY, John, *Agrietar el capitalismo: el hacer contra el trabajo*, Buenos Aires, Herramienta, 2011 (especialmente partes IV y V); y POSTONE, Moishe, *Tiempo, trabajo...*, ob. cit. (cap. IV).

115 MARX, Karl, *El capital, tomo I*, ob. cit., p. 54.

116 *Ibid.*

distinta es que la categoría misma, en su estatuto epistemológico, sea planteada como histórica. Si tomamos en consideración el hecho de que el trabajo abstracto es lo que constituye el valor (la sustancia del valor de cambio) la importancia de la cuestión en lo que hace a la interpretación de la teoría de Marx salta a la vista: es el estatuto epistemológico de la misma teoría del valor lo que está en juego aquí. Quien planteó claramente esta cuestión fue Rubin:

Una de dos cosas es posible: si el trabajo abstracto es un gasto de energía humana en forma fisiológica, entonces el valor también tiene un carácter material cosificado. O bien, el valor es un fenómeno social, y entonces el trabajo abstracto también debe ser entendido como un fenómeno social vinculado con una determinada forma social de la producción.<sup>117</sup>

A mi juicio, no existe forma de escapar de la encrucijada planteada por Rubin. En cambio –y esto lo aclaro para evitar un equívoco frecuente– sí es perfectamente compatible una interpretación transhistórica de la categoría de “trabajo abstracto” con una interpretación histórica de la *forma del valor*, lo cual no salva el carácter transhistórico de la categoría “valor” y, con ella, de una parte crucial de la propia teoría del valor-trabajo. Este es el camino seguido, por ejemplo, por el investigador argentino Iñigo Carrera.<sup>118</sup> Aunque él intenta compatibilizar una interpretación transhistórica de la categoría de “trabajo abstracto” con una histórica del valor, en realidad lo que él entiende históricamente es la forma del valor y no su sustancia (olvidando la distinción analítica, tardía en Marx, entre valor y valor de cambio).<sup>119</sup> De un modo consecuente, él entiende que la categoría histórica no es la de “trabajo abstracto” sino la de “trabajo privado”, que efectivamente puede comprenderse como la fuente de la forma-valor (y no del “valor” a secas, como equívocamente señala).<sup>120</sup>

---

117 RUBIN, Isaak, ob. cit., p. 189.

118 Véase IÑIGO CARRERA, Juan, “El fetichismo de la mercancía bajo su forma de «teoría de la crisis del trabajo abstracto»” [en línea], en *Realidad Económica*, Instituto Argentino para el Desarrollo Económico (IADE), Buenos Aires, 2008. En: <http://www.iade.org.ar/modules/noticias/article.php?storyid=2243> (último acceso: 01/01/12).

119 Recordemos la naturaleza de la distinción entre valor y valor de cambio: el primero es la sustancia, el segundo es su forma de manifestación. Marx no llegó sino tardía y trabajosamente a elaborar esta distinción: recién aparece explicitada en la segunda edición (1873) del tomo I de *El capital*, mientras que en la primera (1867) todavía valor de cambio y valor se utilizaban como sinónimos. Sobre este punto y su importancia, véase DUSSEL, Enrique, *El último Marx...*, ob. cit., pp. 185-193.

120 Así, por ejemplo, afirma: “si la materialidad del trabajo abstracto da a las mercancías una materialidad común que les permite entrar en una relación de cambio, no es una determinación propia del trabajo abstracto la que da a las mercancías su atributo social del cambio. Este atributo, lo que hace de un valor de uso producto del trabajo un valor, es la forma de privado con que se realiza el trabajo social” (IÑIGO CARRERA, Juan, ob. cit., p.

El carácter históricamente específico de las categorías de “trabajo abstracto” y “valor”, no puede derivarse, en realidad, de un análisis aislado del capítulo I de *El capital*, sino que debe ser articulado a partir de la totalidad concreta que se va desplegando en esta obra que, cabe recordar, Marx no llegó a completar en vida.

Moishe Postone es a mi juicio quien ha argumentado del modo más convincente sobre la necesidad de partir de una interpretación histórica de estas categorías tanto para elucidar algunos pasajes clave de *El capital* y los *Grundrisse* como para extraer todas las consecuencias críticas que se derivan de la totalidad del análisis de Marx. Respecto a lo primero, en este capítulo traeremos algunos de estos pasajes para iluminar parte del punto. En relación a lo segundo –lo más importante– considero con Postone que la lectura transhistórica de los conceptos de “valor” y “trabajo abstracto” tiende a reducir el campo de la crítica marxiana al capitalismo a las instituciones de la propiedad privada, el mercado y la división de clases.<sup>121</sup> De este modo, el carácter específico del aparato industrial moderno, así como el papel social que cumple el trabajo, son dejados relativamente en la sombra o analizados desde un punto de vista naturalista y/o técnico –como sucedía en Arendt y Habermas. Entiendo entonces que la interpretación histórica de estas categorías es más adecuada teniendo en cuenta el propósito que se persigue aquí. Esta es al menos la hipótesis de la que voy a partir: deberá ser juzgada a la luz de su potencialidad heurística, la cual se irá poniendo de manifiesto no sólo en el curso de este capítulo sino también en los siguientes.

Retomemos ahora el hilo de la exposición que comenzamos. Lo que tenemos que comprender es cuál es la especificidad histórica del “trabajo” en las sociedades modernas capitalistas. La comparación con otras sociedades, procedimiento elucidatorio frecuente en Marx, resulta pertinente para comenzar. En las sociedades “tradicionales”, pero también en una posible sociedad comunista, tanto el trabajo como sus productos se encuentran regulados por *relaciones sociales abiertas*, que pueden ser de distintos tipos. En las sociedades feudales de la Edad Media europea, por ejemplo, los lazos sociales se fundaban en relaciones de dependencia personal, lo cual “caracteriza tanto las relaciones sociales en que tiene lugar la producción material como las otras esferas de la vida estructuradas sobre dicha producción.”<sup>122</sup> En una posible sociedad comunista –y algo similar ocurría en las asociaciones comunitarias tradicionales– las relaciones manifiestas regularían el tiempo dedicado a cada

---

14). Nótese que en la terminología definitiva de Marx, lo que se denomina aquí “valor” es el valor de cambio.

121 Véase POSTONE, Moishe, ob. cit., especialmente el capítulo primero.

122 MARX, Karl, *El capital*, tomo I, ob. cit., p. 94.

tarea, así como la distribución de los productos, de acuerdo a criterios variables establecidos obedeciendo a esas mismas relaciones.

En la sociedad capitalista, donde todos los productos del trabajo deben adquirir la forma mercantil, hace su aparición un tipo de relación social peculiar, cualitativamente diferente a toda relación abierta anterior. Con el progresivo surgimiento de la sociedad moderna los lazos tradicionales de dependencia personal y comunitaria comienzan a resquebrajarse. En su lugar, emergen un conjunto de mediaciones objetivas que condicionan de un modo socialmente específico a los individuos a pesar de la independencia que parecen poseer en tanto productores privados y libres. Así se plantea en los *Grundrisse*:

La dependencia mutua y generalizada de los individuos recíprocamente indiferentes constituye su nexo social. Este nexo social se expresa en el valor de cambio, y sólo en éste la actividad propia o el producto se transforman para cada individuo en una actividad o en un producto para él mismo. El individuo debe producir un producto universal: el valor de cambio o, considerado éste en sí aisladamente e individualizado, dinero. Por otra parte, el poder que cada individuo ejerce sobre la actividad de los otros o sobre las riquezas sociales, lo posee en cuanto es propietario de valores de cambio (...) *La actividad, cualquiera que sea su forma fenoménica individual, y el producto de la actividad, cualquiera que sea su carácter particular, es el valor de cambio, vale decir, algo universal en el cual toda individualidad, todo carácter propio es negado y cancelado.* En realidad, esta es una situación muy distinta de aquella en la cual el individuo, o el individuo natural o históricamente ampliado en la familia o en la tribu (y luego en la comunidad) se reproduce sobre bases directamente naturales, o en las que su actividad productiva y su participación en la producción está orientada hacia una determinada forma de trabajo y de producto, y su relación con los otros está determinada precisamente de ese modo.<sup>123</sup>

Nótese que aquí Marx señala, aunque no con la terminología definitiva, que tanto el producto como la propia actividad productiva (trabajo) sufren una metamorfosis radical en esta sociedad: presentan un carácter universal, independiente de sus formas fenoménicas particulares, y en tanto tales funcionan como el nexo social entre los individuos recíprocamente indiferentes. En la terminología más ajustada de *El capital*, son el *valor* como sustancia general (independientemente de los distintos modos en que pueda manifestarse como *valor de cambio*) y el *trabajo abstracto* como la actividad universal que lo genera, los que constituyen dichas mediaciones sociales. Esto es así porque en una sociedad productora de mercancías las personas no consumen lo que producen; tampoco consumen lo que producen otros en función de relaciones sociales manifiestas (abiertas) que regulan el intercambio y la distribución de las actividades y los productos. Por el contrario,

---

123 MARX, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, México, Siglo XXI, 2001, Vol. 1, p. 84 (la cursiva es mía).

las actividades y productos, independientemente de sus formas concretas, no resultan mediadas, sino que funcionan por sí mismas como mediaciones sociales.

Los productos, entonces, adquieren una forma universal como valores –pudiendo así el dinero, en tanto mercancía que no tiene en principio más valor de uso que el ser medio de cambio, funcionar como equivalente general.

Simultáneamente, el trabajo se transforma en el medio para adquirir los productos de los otros. Siguiendo a Postone, entiendo que el concepto de “trabajo abstracto” señala esta función social específica que el trabajo –independientemente de su contenido en tanto “trabajo concreto”– cumple en el capitalismo. De ahí la importancia del análisis del carácter dual del trabajo en *El capital*:

Al producir valores de uso, el trabajo en el capitalismo puede considerarse como una actividad intencional que transforma la materia de un modo determinado –lo que Marx denomina “trabajo concreto”. Lo que llama “trabajo abstracto” es la *función* del trabajo como actividad de mediación social. En todas las sociedades existen diversos tipos de lo que consideramos trabajo (aunque no sea en la forma general “secularizada” que implica la categoría de trabajo concreto) pero el trabajo abstracto es específico del capitalismo (...) En todas las formaciones sociales, el trabajo, por supuesto, tiene un carácter social (...) En las sociedades no capitalistas, las actividades laborales son sociales en virtud de la matriz de relaciones sociales abiertas en que están insertas. Esta matriz es el principio constituyente de estas sociedades, distintos trabajos adquieren un carácter social a través de estas relaciones sociales (...) En el capitalismo, el propio trabajo constituye una mediación social en lugar de dicha matriz de relaciones.<sup>124</sup>

Nótese que es precisamente esta dimensión específicamente social del trabajo la que estaba ausente en los análisis de Arendt y Habermas. Ellos consideraban al trabajo simplemente como “trabajo concreto”, y en él enfocaban su crítica. Más adelante intentaremos mostrar cómo las dinámicas que ellos imputan al trabajo *per se* se explican mejor por el carácter históricamente determinado del trabajo en el capitalismo. En vista de ello necesitamos introducir conceptos adicionales, para lo cual tenemos que proseguir este análisis.

### **III. Trabajo abstracto y dominación social: la cuestión de la medida en el tiempo**

Vimos que en la sociedad burguesa, la aparente autonomía individual se da en el marco de un sistema de dependencias objetivas. Resulta de esta situación un nexo social característico de esta sociedad, por el cual las personas se ven obligadas a producir valor,

---

124 POSTONE, Moishe, *Tiempo...*, ob. cit., pp. 214-215.

incluso si su único objetivo es satisfacer sus necesidades más básicas. Pero la naturaleza de esta obligación es peculiar, ya que no es el resultado de una coacción personal (como por ejemplo, la ejercida por el amo sobre su esclavo), sino de una impersonal, objetiva: la necesidad de producir valores de cambio para adquirir los valores de uso producidos por otros sujetos. Esto quiere decir que la dominación en el capitalismo no se da solamente *en* el trabajo sino también, y sobre todo, *a través y por medio* del trabajo.

De todas formas, al no basarse en una coacción personal manifiesta sino en una objetiva, impersonal y abstracta, la dominación que emerge no resulta manifiesta sino que, más bien, tiende a disimularse. Lo cual se refuerza aún más por el hecho de que el trabajo en el capitalismo es *al mismo tiempo* un trabajo concreto, una actividad que media con la naturaleza para producir valores de uso que satisfacen necesidades. La función social del trabajo aparece siempre en un trabajo concreto, particular. Es por esta razón que la especificidad del trabajo como mediación social no se revela en un mero análisis de él en tanto actividad, sino que sólo se vuelve inteligible a partir del despliegue de sus productos específicos: veremos que ellos son el valor, el plusvalor y el capital.<sup>125</sup> Por lo tanto, hay una forma de fetichismo del “trabajo” que es fundamental en el capitalismo, que consiste en trasponer características específicas que el mismo posee por su función social en esta sociedad al trabajo *per se*, por lo cual las mismas son ontologizadas y naturalizadas.

Por cierto que el planteo de Arendt, que como vimos entiende al trabajo moderno en términos de “labor”, es decir, como mero proceso cíclico del cuerpo y sus necesidades, responde a esta forma inmediata en que el trabajo aparece ante la conciencia cotidiana. Cualquier análisis que parta de estas premisas es impotente a la hora de reconocer la necesidad específicamente social asociada al trabajo en el capitalismo –que es una forma de dominación– y tiende a solaparla en una única necesidad natural y transhistórica. Profundizaremos esto más adelante, y veremos que algo similar también ocurre con Habermas y su idea del trabajo como “acción instrumental”.

---

125 Recordemos que en el capitalismo los productores y los asalariados son personas “privadas”, por lo cual el carácter social de sus trabajos no se manifiesta sino en sus productos, al momento del intercambio (este es el tema del famoso apartado sobre el “fetichismo de la mercancía”). No obstante, a diferencia de algunos planteos tradicionales, aquí entendemos que la crítica no tiene como función únicamente develar la sustancia (“trabajo”) oculta en la forma (valor de cambio), sino ante todo poner de manifiesto el carácter específicamente social de la sustancia (trabajo abstracto) que también aparece mistificada como un atributo del trabajo *per se*. Postone (véase ob. cit., pp. 233-239) ha mostrado que en esta mistificación caen quienes entienden el concepto de “trabajo abstracto” en un sentido natural-fisiológico.

Ahora tenemos que profundizar la idea ya esbozada de una dominación abstracta e impersonal por medio del trabajo. Para esto, debemos introducir el problema de la medida del valor. Según Marx, la magnitud del valor de una mercancía se determina por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla. Vimos ya que una primera abstracción, la del carácter concreto del trabajo, conducía al concepto de “trabajo abstracto”. La cuestión de la medida del valor conduce a una nueva determinación de este concepto: la de un “tiempo abstracto”.<sup>126</sup> Se trata de un tiempo social que determina y condiciona con el carácter de una necesidad (histórica y no natural) la actividad individual de los productores. Veamos el ejemplo de Marx:

Tras la adopción en Inglaterra del telar de vapor, por ejemplo, bastó más o menos la mitad de trabajo que antes para convertir en tela determinada cantidad de hilo. Para efectuar esa conversión, el tejedor manual inglés necesitaba emplear ahora exactamente el mismo tiempo de trabajo que antes, pero el producto de su hora individual de trabajo representaba únicamente media hora de trabajo social, y su valor disminuyó, por consiguiente, a la mitad del que antes tenía.<sup>127</sup>

En este sentido, el tiempo se impone como una medida normativa, pero que no resulta de una imposición social explícita (una norma legal, por ejemplo), sino de una impersonal y abstracta. Podemos llamarla “ley económica” pero en el sentido de una ley social históricamente determinada. Según el sentido en que la entendemos, la de Marx no es una teoría económica general sino un análisis de las relaciones sociales constitutivas del capitalismo, que en cuanto tales se expresan en leyes que presentan un carácter “objetivo” (en tanto independientes de la voluntad y la conciencia individuales), cuya naturaleza histórica y superable es lo que la crítica debe poner de manifiesto. Este carácter esencialmente crítico y negativo es lo que separa de un modo fundamental a la crítica de la

---

126 En la bibliografía marxista, existe un paralelismo claro entre el modo en que es tratada la noción de “trabajo abstracto” y la problemática de la medida del valor. La visión tradicional tiende a interpretar ambas cuestiones de un modo naturalista. En general, son los autores que entienden que aquel concepto es históricamente específico los que prestan mayor atención al problema de la dominación a través del “tiempo abstracto”. Así lo hacen algunos autores que ya citamos, como Bonefeld, Holloway y Postone. Otro interesante análisis que desde Marx postula al tiempo como una “relación social” puede verse en BENSÁID, Daniel, *Marx intempestivo*, Buenos Aires, Herramienta, 2003, cap. 3 (“una nueva apreciación del tiempo”).

127 MARX, Karl, *El capital*, tomo I, ob. cit., p. 48.

economía política de la economía clásica<sup>128</sup> y, más generalmente, de toda “ciencia positiva”.<sup>129</sup>

Ahora bien: ¿cuál es la naturaleza de este tiempo social que se impone como una necesidad? Al igual que el trabajo abstracto –que supone hacer abstracción de toda cualidad de la actividad– la magnitud del valor se determina por un tiempo igualmente abstracto, esto es, un tiempo homogéneo, continuo, divisible y uniforme. Para comprender su especificidad, Postone lo contrapone al “tiempo concreto”, dependiente de los acontecimientos, que predominaba antes de la llegada de la industria moderna:

Llamaré concretos a los distintos tipos de tiempo en los que éste se regula en función de los acontecimientos. Estas formas se refieren a, y pueden ser comprendidas a través de, ciclos naturales y periodicidades de la vida humana, así como a tareas o procesos particulares (...) Antes de la llegada de la sociedad moderna, capitalista, en Europa occidental, las concepciones dominantes del tiempo fueron diferentes clases de tiempo concreto.<sup>130</sup>

La peculiaridad del “tiempo abstracto” radica, entonces, en que es un tiempo que transcurre de un modo independiente a los acontecimientos que suceden en él pero que, sin embargo, se impone como una norma en las actividades concretas que realizan los individuos. Siendo un tiempo sin cualidad, impone una norma temporal abstracta a toda actividad. La abstracción real domina lo concreto; la cantidad a la cualidad. Por esto, criticando la idea de la justicia como igualdad abstracta planteada por Proudhon, afirma Marx: “el valor relativo, medido por el tiempo de trabajo, es fatalmente la fórmula de la esclavitud moderna del obrero, en vez de ser, como Proudhon dice, la «teoría revolucionaria» de la emancipación del proletariado”.<sup>131</sup> Más adelante, completa la idea señalando amargamente: “el tiempo es todo, el hombre no es nada; todo lo más, es el esqueleto del tiempo. No se trata, pues, de la calidad. La cantidad sola lo decide todo; hora por hora, jornada por jornada; pero esta igualdad del trabajo no es obra de la eterna justicia de Proudhon; es, simplemente, el hecho de la industria moderna.”<sup>132</sup>

---

128 Por eso Marx afirma críticamente respecto a las leyes de la economía política: “Formas semejantes constituyen precisamente las *categorías* de la economía burguesa. Se trata de formas del pensar socialmente válidas, y por tanto objetivas, para las relaciones de producción que caracterizan *ese* modo de producción social *históricamente determinado*: la producción de mercancías.” (Ibid., p. 93).

129 Sobre este punto, compartimos con Daniel Bensaïd la siguiente afirmación: “La teoría del valor trabajo no pretende fundar una nueva ciencia económica. Se mantiene como un saber negativo, una crítica de la economía política inmanente a su objeto específico (la economía como esfera separada), llamada a extinguirse en su superación” (ob. cit., p. 512).

130 POSTONE, Moishe, ob. cit., p. 274.

131 MARX, Karl, *Miseria de la filosofía*, Madrid, Orbis, 1984, p. 70.

132 Ibid., p. 72.

#### IV. Fuerza de trabajo, capital y plusvalor

Para proseguir el análisis del trabajo en la modernidad, necesitamos todavía dejar esbozados otros conceptos centrales, que servirán para avanzar y aclarar lo ya expuesto. Siguiendo a Marx, tenemos que introducir ahora el concepto de capital.

El capital no es ni una cosa, ni una simple suma de dinero: es una relación social muy particular, estrechamente vinculada con la función que cumple el trabajo en el capitalismo. En el capítulo IV de *El capital* se introduce el concepto de “fuerza de trabajo” para explicar su origen. Por el mismo se entiende el conjunto de las facultades físicas y mentales que existen en la corporeidad, en la persona viva del trabajador, y que este pone en juego al momento de ejecutar un trabajo.<sup>133</sup> En el capitalismo, la fuerza de trabajo es una mercancía como cualquier otra, lo cual es resultado de un proceso histórico:

para que el poseedor de dinero encuentre la fuerza de trabajo en el mercado, como mercancía, deben cumplirse diversas condiciones. El intercambio de mercancías, en sí y para sí, no implica más relaciones de dependencia que las que surgen de su propia naturaleza (...) Para que su poseedor la venda como mercancía es necesario que pueda disponer de la misma, y por tanto que sea propietario libre de su capacidad de trabajo.<sup>134</sup>

Este proceso corresponde al que describimos anteriormente cuando introdujimos el concepto de “trabajo abstracto”. La venta de la fuerza de trabajo supone que el trabajador se halla “liberado” de toda atadura respecto de relaciones sociales “abiertas” (de dominación personal, de pertenencia comunitaria, etc.). Sólo bajo la generalización de estas condiciones, el trabajo pasa a funcionar como la mediación social general que explicitamos. De hecho, entendemos aquí que ambos conceptos son complementarios, funcionando, por así decir, como las dos caras de la misma moneda. Pero el concepto de “trabajo abstracto” se plantea en un nivel analítico, que es el de la producción, que permite captar mejor la dualidad del trabajo en el capitalismo y su papel como principio de un tipo específico de dominación, así como su conexión estrecha con el valor como forma social de la riqueza. La “fuerza de trabajo” como mercancía, en cambio, es un concepto que se plantea más bien al nivel de la circulación (específicamente, en el mercado de trabajo), y que por lo tanto no permite el despliegue de estas determinaciones.<sup>135</sup> Por eso cuando Marx en el capítulo V procura

---

133 Véase MARX, Karl, *El capital, Tomo I*, ob. cit., p. 203.

134 *Ibid.*, pp. 203-204.

135 Véase POSTONE, Moishe, ob. cit., p. 355.

explicitar el concepto de “plusvalor”, vuelve a introducir la distinción entre trabajo concreto y trabajo abstracto en términos de la naturaleza dual del proceso capitalista de producción, como enseguida veremos.

El valor de la fuerza de trabajo se determina como el de cualquier otra mercancía: por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla. Por lo tanto, este valor tiene que incluir, en primer lugar, los medios de subsistencia indispensables para mantener la fuerza de trabajo. En segundo lugar, se incluyen en dicho valor los medios de subsistencia de los sustitutos, esto es, los hijos de los trabajadores. Y finalmente, se considera en él también la formación del trabajador, o sea, los costos de aprendizaje y educación. En la medida en que las necesidades son siempre históricas y por tanto variables, el valor de la fuerza de trabajo encierra siempre un componente social y moral.<sup>136</sup>

Como mercancía, la fuerza de trabajo se encuentra entonces sujeta a un conjunto de dispositivos de medida de las capacidades laborales. Si anteriormente vimos que el concepto de “trabajo abstracto” indicaba este proceso de homologación de los tiempos sociales de las actividades y los productos, vemos ahora que también las capacidades y habilidades de los trabajadores se encuentran sujetas a un proceso semejante. Las distintas formaciones de los obreros se vuelven conmensurables en relación al tiempo socialmente necesario para producirlas. Cabe recordar en este punto que el *trabajo simple* no refiere, como en ocasiones tiende a pensarse, a una realidad inmediata e inmutable (el mero gasto fisiológico de energía, el trabajo manual directo, etc.) sino a una unidad socialmente conformada, esto es, un estándar de instrucción socialmente generalizado.<sup>137</sup> *Como relación social compleja y central de la vida moderna, el trabajo remite siempre al conjunto de medidas sociales de las actividades, los productos, así como también de las capacidades y formaciones de los trabajadores.*<sup>138</sup> Ningún análisis centrado en el mero “trabajo concreto”, ni mucho menos en un concepto transhistórico de “trabajo”, puede asir estas determinaciones sociales.

---

136 Véase MARX, Karl, *El capital, Tomo 1*, ob. cit., pp. 208-209.

137 Véase supra, p. 63 la cita de Marx, donde señala que el carácter del trabajo medio simple varía según los distintos países y épocas culturales. Un ejemplo sencillo: a principios del siglo XIX, cuando la instrucción no se había generalizado a los sectores populares, un trabajo que requiriera capacidades básicas de lectura, escritura, etc. podía considerarse un trabajo complejo. Hoy, con la generalización de la instrucción primaria y secundaria, dicho trabajo sería un trabajo simple.

138 Véase GARCÍA LÓPEZ, Jorge, *El trabajo como relación social: una problematización del modo de construcción del objeto a partir de la sociología del salariado de Pierre Naville* [en línea], Tesis de Doctorado, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de CC. Políticas y Sociología, 2006, en especial cap. 5. En: <http://biblioteca.ucm.es/tesis/cps/ucm-t29201.pdf> (último acceso 12/11/13).

En el capítulo V de *El capital*, Marx desarrolla el concepto de plusvalor en relación con el de capital. Así como el trabajo presenta una naturaleza dual, el proceso capitalista de producción es a la vez un proceso de trabajo y un proceso de valorización. Bajo el primer aspecto, el trabajo puede considerarse como una actividad orientada a un fin (producción de valores de uso), que para ello utiliza determinados medios de trabajo. Se trata de una caracterización general, que para Marx no nos dice nada respecto a las condiciones sociales en que se ejecuta el trabajo: es como proceso de valorización que el trabajo adquiere una forma capitalista.<sup>139</sup>

El proceso de valorización coincide con el consumo de la fuerza de trabajo. Esta última produce valor más allá del tiempo socialmente necesario para su reproducción. La diferencia entre ambas magnitudes implica la producción de un *plusvalor*. Aunque en una primera instancia el plusvalor aparece como un resultado del capital (que ha adelantado el valor de los medios de producción, de la materia prima y de la fuerza de trabajo), el análisis posterior va elucidando cómo el plusvalor, y su acumulación progresiva, constituyen la esencia del capital. Esto se termina de aclarar en el capítulo XXII de *El capital*, donde se analiza la conversión del plusvalor en capital a través del proceso de acumulación. El valor perpetuamente acrecentado, este proceso aparentemente carente de límites, es el núcleo del capital. El capitalista no es más que la personificación del mismo:

en cuanto capital personificado, su motivo impulsor no es el valor de uso y el disfrute, sino el valor de cambio y su acrecentamiento. Como fanático de la valorización del valor, el capitalista constriñe implacablemente a la humanidad a producir por producir (...)<sup>140</sup>

---

139 Véase ob. cit., pp. 215-240. Notemos que esta afirmación parece confirmar la interpretación histórica de las categorías de “valor” y “trabajo abstracto”. De otro modo, resulta difícil de entender por qué el “proceso de valorización” es específico de la producción capitalista –y en esto sí Marx es inequívoco.

140 *Ibid.*, p. 731. Esta cita implica una idea opuesta a la de Habermas (véase supra, p. 44), según la cual para Marx la producción de valor, indiferente a los valores de uso, no es más que la apariencia de unas relaciones de clase fetichizadas en términos objetivistas. En realidad, categorías económicas como la de “trabajo abstracto”, “capital”, etc. no constituyen meros fetiches engañosos, de modo que sólo sería cuestión de rasgar su superficie aparentemente objetiva para volver a encontrar las relaciones de dominación cara a cara, personales. Lejos de eso, y por lo que venimos viendo, se trata de categorías que señalan el carácter objetivamente alienado, impersonal y abstracto, de las relaciones sociales capitalistas. Por lo tanto, las categorías económicas no estarían simplemente velando la dominación concreta del trabajador por parte del capitalista. Más bien sucede lo contrario: el capitalista es la personificación del capital, y el trabajador no es más que la personificación de la fuerza de trabajo. Es decir: *el capitalismo no encubre su dominación “concreta” en términos de abstracciones objetivistas e impersonales, sino que más bien estas abstracciones constituyen el núcleo de su modo específico de dominación*. Esto no significa que no exista una clase dominante favorecida e interesada en mantener las relaciones capitalistas de producción, obrando en consecuencia; pero en un nivel general y fundamental del análisis (como el que

Pero así como el valor, en su proceso continuo de expansión y acrecentamiento, es la esencia del capital, éste último es la *totalidad* que permanece en sus continuas metamorfosis:

El valor o la esencia última del capital es la totalidad (como la serpiente) que se transforma en diversas sustancias (como las pieles del animal en su metamorfosis). Su “identidad” (...) no se modifica en la diferencia: los entes diferentes (dinero, mercancía, etc.) son siempre manifestaciones de la misma esencia (del capital).<sup>141</sup>

En tanto totalidad, el capital expresa el movimiento profundo de la sociedad burguesa: la expansión del valor como dinámica puramente cuantitativa que se ha autonomizado respecto a las experiencias y expectativas vívidas de los actores –el “mundo de la vida” en el sentido habermasiano. Retrospectivamente, el concepto de “capital” como valor que se valoriza permite entender por qué el trabajo abstracto es una “abstracción real” y a la vez una categoría crítica, ya que pone de manifiesto la naturaleza alienada de las relaciones sociales modernas en tanto sujetas a un proceso autorreferencial semejante. Sin embargo, veremos más adelante que esta totalidad tiene un carácter contradictorio, lo cual permite anticipar su finitud histórica y considerar la posibilidad de su superación.

Hasta aquí, fuimos introduciendo las distintas categorías del análisis de Marx que nos interesan. Lo hicimos tratando de captar su articulación profunda. No obstante, por la misma estrategia expositiva elegida, dicho análisis asume una forma sumamente estática, que no deja captar la dinámica del movimiento. Esto lo haremos en el próximo párrafo. Pero antes, extraeremos dos apreciaciones de lo ya expuesto.

En primer lugar, este planteo nos brinda un conjunto de categorías históricamente específicas para comprender la naturaleza del trabajo en el capitalismo. Vimos algunas como las de “trabajo abstracto” y “fuerza de trabajo”. Faltaría agregar también la de “trabajo productivo”, que en el capitalismo ya no remite a la mera producción de un valor de uso sino a la producción de un plusvalor.<sup>142</sup> Se trata de categorías que refieren siempre a relaciones, más específicamente, a determinadas relaciones sociales, que apuntan a formas abstractas e impersonales de dominación. *Lejos de ontologizar el trabajo, como insinúan Habermas y Arendt, el estudio marxiano nos brinda las herramientas categoriales que necesitamos para comprender su configuración específicamente histórica como relación social, y por lo tanto también su posible superación.*

---

desarrollamos aquí) el capitalismo no se reduce a estas acciones personales e interesadas. El capitalista es la personificación de una función social objetiva: la acumulación de capital, que sólo es posible con la apropiación sistemática de plusvalor.

141 DUSSEL, Enrique, *La producción teórica de Marx...*, ob. cit., p. 133.

142 Véase supra, pp. 28-29.

En segundo lugar, al escudriñar el proceso capitalista de producción no sólo en términos de un proceso de trabajo, sino también y más fundamentalmente en términos de un proceso específicamente histórico de valorización, este análisis permite evitar una visión puramente técnica y eficientista del proceso moderno de industrialización, tal como vimos que aparece por ejemplo en Habermas. Esto quedará más claro en el próximo párrafo, cuando veamos cómo para Marx históricamente el mismo proceso capitalista de producción, en tanto direccionado por un *télos* específico –la valorización– revoluciona el propio proceso material de trabajo, dándole también tintes específicos. Pero por lo que llevamos dicho, queda ya claro que en tanto proceso de valorización, el proceso capitalista de producción no es nunca un proceso meramente técnico. El propio proceso de trabajo, en el capitalismo, está subordinado –en el sentido de que es un mero medio– al proceso de valorización, así como la producción de valores de uso no es más que un medio para la producción de valor (y plusvalor). Más adelante veremos también que es por esta razón –por el hecho de que el trabajo aquí no cuenta más que como un medio para la generación de valor– que el trabajo *en el capitalismo* es acción instrumental, lo cual es distinto a afirmar que se trata de una propiedad que ontológicamente le pertenecería, como vimos que en principio se desprende del tratamiento habermasiano. *Todo esto apunta a la idea de que el movimiento moderno que llamamos “industrialización” no puede estudiarse ni como un proceso meramente técnico, ni como un simple resultado del aumento de complejidad de la producción.*<sup>143</sup> En el próximo párrafo intentaremos aclarar mejor este punto.

## **V. La dinámica específica de la producción capitalista y el papel de la crítica**

Hasta aquí he expuesto una serie de conceptos que, según entiendo, apuntan a una comprensión históricamente determinada del trabajo en la modernidad. Ahora bien: esta clave interpretativa nos abre la puerta para una lectura también socialmente determinada y específica de la dinámica que siguen los procesos productivos en la modernidad (capitalista). Esto es: en oposición a los análisis –de entre los cuales el de Habermas cuenta aquí como modelo paradigmático– que entienden la dinámica de la producción moderna en términos abstractamente tecnicistas y eficientistas (“aumento de la complejidad de los sistemas de reproducción material”, “racionalización de la producción”, etc.) las categorías que fuimos articulando deberían permitirnos esbozar “otra historia” de este mismo proceso. Desde el

---

<sup>143</sup> Marcar con claridad esta nota distintiva del análisis de Marx es uno de los grandes méritos del ya citado libro de Postone.

punto de vista de una teoría crítica que, tal como se entiende aquí, debe desnaturalizar aquello que se presenta como necesario –justamente para mostrar su carácter contingente y por lo tanto superable– una especificación de este tipo adquiere la mayor relevancia.

En este punto, tenemos que tratar una cuestión: la de la relación entre la dimensión abstracta y la concreta del trabajo. Hasta ahora, he explicado que el trabajo abstracto alude a la función social del trabajo en el capitalismo, mientras que el trabajo concreto designa la dimensión propiamente material y técnica del mismo. Podría parecer entonces que ambos aspectos del trabajo resultan ser independientes. Si fuera así, el capitalismo produciría un trastrocamiento meramente formal en los procesos productivos, al someterlos a un fin específico (la valorización) sin hacer variar su contenido. Ahora bien: esto no es así.

Como ya señalamos, la producción de mercancías implica una serie de coacciones que redundan en exigencias objetivas sobre el trabajo concreto: particularmente, al referirnos a la dimensión temporal de la ley del valor, remarcamos el hecho de que en esta instancia se hacía presente la coacción implicada por la necesidad de adecuación al tiempo de trabajo socialmente necesario. Marx señala que antes de que el capital modifique los modos de organización técnica del trabajo, la necesidad de extraer plusvalor se manifiesta en los imperativos de aumentar la escala de la producción, intensificar los ritmos de trabajo y extender la duración de la jornada laboral. Se trata de distintas modalidades de aumentar el plusvalor que inciden en el trabajo concreto pero sin modificar la base técnico-organizativa del proceso. Marx denomina *plusvalor absoluto* a aquel incrementado de este modo, es decir, aumentando la cantidad de plustrabajo manteniendo inalterada la cantidad de trabajo necesario. Se corresponde además con lo que él llama *subsunción formal* del trabajo al capital, con la cual el proceso de trabajo, sin ser alterado en lo esencial de sus aspectos materiales, se pone al servicio de la producción de plusvalor.<sup>144</sup>

Pero la relación interna, inmanente, entre trabajo concreto y trabajo abstracto, entre proceso de trabajo y proceso de valorización, sólo se pone verdaderamente de manifiesto cuando se opera lo que Marx llama *subsunción real* del trabajo al capital. Con la manufactura primero, que desarrolla la división del trabajo dentro de la fábrica (y con ella, al obrero colectivo a expensas del obrero individual) y fundamentalmente con la aparición de la gran

---

144 Sobre las distintas formas de subsunción del trabajo, véase en particular MARX, Karl, *El capital, libro I capítulo VI (inédito)*, México, Siglo XXI, 2001, pp. 54-77. Para una síntesis, véase también PAGURA, Nicolás, “El concepto de «subsunción» como clave para la interpretación del lugar del trabajo en el capitalismo actual” en: *Realidad Económica*, N° 243, Buenos Aires, Instituto Argentino para el Desarrollo Económico (IADE), 2009, pp. 31-33.

industria (aproximadamente desde fines del siglo XVIII con la revolución industrial inglesa), se transforma radicalmente el proceso de trabajo, desde una base propiamente capitalista:

las fuerzas productivas del trabajo directamente *social, socializado* (colectivizado) merced a la cooperación, a la división del trabajo, a la aplicación de la *maquinaria* y en general a la transformación del proceso productivo en *aplicación* consciente de las ciencias naturales (...) y de la *tecnología* (...) este desarrollo de la fuerza productiva del *trabajo objetivado*, por oposición a la actividad laboral más o menos aislada de los individuos dispersos (...) todo ello se presenta como *fuerza productiva del capital*. (...) es aquí donde el significado histórico de la producción capitalista surge por primera vez de manera palmaria (específica).<sup>145</sup>

Lo importante para nuestro análisis es el énfasis que pone Marx en mostrar que las consecuencias sociales negativas de la gran industria en particular no pueden imputarse a una necesidad meramente técnica, a un requerimiento de la “modernización” de la producción, sino a la *forma capitalista* que las innovaciones técnicas adoptan. Mientras que considerada en “sí misma” la maquinaria y, en general, la introducción de la ciencia y la tecnología en el proceso productivo, podrían redundar, por ejemplo, en abreviar el tiempo de trabajo, en eliminar y automatizar las tareas repetitivas y en reducir su excesiva parcelación, en el capitalismo las fuerzas productivas sociales –objetivadas en la máquina– se presentan de un modo antagónico frente al trabajador, como fuerzas externas que lo dominan y enajenan:

Un rasgo común de toda producción capitalista, en tanto no se trata sólo de un *proceso de trabajo*, sino a la vez de un *proceso de valorización* del capital, es que no es el obrero quien emplea a la condición de trabajo, sino, a la inversa, la condición de trabajo al obrero. Pero sólo con la maquinaria ese trastrocamiento adquiere una realidad *técnicamente tangible*. Mediante su transformación en autómatas, el medio de trabajo se enfrenta al obrero, durante el proceso mismo de trabajo, *como capital*, como trabajo inanimado que domina y succiona la fuerza de trabajo viva. La escisión entre las *potencias intelectuales* del proceso de producción y el trabajo manual, así como la transformación de las mismas en *poderes del capital sobre el trabajo*, se consume (...) en la gran industria, erigida sobre el fundamento de la maquinaria.<sup>146</sup>

Como vemos, estos efectos “negativos” son imputados por Marx no a la transformación tecnológica en sí misma (el proceso de trabajo considerado en abstracto), sino al hecho de que la producción capitalista es un proceso de valorización. Por eso critica a los economistas burgueses que imputan estos efectos a una necesidad técnica (y la misma crítica es aplicable a Habermas):

“¡Las contradicciones y antagonismos insuperables del empleo capitalista de la maquinaria no existen, ya que no provienen de la maquinaria misma, sino de su utilización capitalista! Por tanto, como considerada en sí la maquinaria abrevia el

---

145 MARX, Karl *El capital, libro I capítulo VI (inédito)*, ob. cit., pp. 59-60.

146 MARX, Karl, *El capital, Tomo I*, ob. cit., p. 516.

tiempo de trabajo, mientras que utilizada por los capitalistas lo prolonga; como en sí facilita el trabajo, pero empleada por los capitalistas aumenta su intensidad; como en sí es una victoria del hombre frente a las fuerzas de la naturaleza, pero empleada por los capitalistas impone al hombre el yugo de las fuerzas naturales; como en sí aumenta la riqueza del productor, pero cuando la emplean los capitalistas lo pauperiza”.<sup>147</sup>

Donde más clara resulta la distancia entre la posibilidad técnica y la forma capitalista que asume es en la división del trabajo. Desde un punto de vista meramente técnico, la maquinaria permitiría suprimir la rígida división del trabajo propia de la manufactura. Esto se debe a que la misma simplifica las tareas y las vuelve más similares unas a otras, por lo cual pasa a ser superfluo que un mismo trabajador cumpla de un modo vitalicio la misma función. Sin embargo, la gran industria, como forma capitalista de la maquinaria, redundante en un proceso opuesto:

Aunque ahora, desde el punto de vista tecnológico, la maquinaria arroja por la borda el viejo sistema de la división del trabajo, en un primer momento este sistema vegeta en la fábrica por la fuerza de la costumbre, como tradición heredada de la manufactura, para después ser reproducido y consolidado por el capital de manera *sistemática* y de manera aún más repulsiva, como medio de explotación de la fuerza de trabajo. La especialidad vitalicia de manejar una herramienta parcial se convierte en la especialidad vitalicia de servir a una máquina parcial.<sup>148</sup>

Es importante recordar que estas consecuencias no se derivan de un “uso perverso” de la maquinaria por parte del capitalista. Para Marx, el capitalista es siempre la personificación de una relación, el capital, fundada en la absorción de trabajo vivo. En tanto proceso dirigido en última instancia a la creación de plusvalor, la dinámica de la producción capitalista adquiere una forma específica, que no emerge de una necesidad dictada por la dimensión del valor de uso sino por la del valor. Otro ejemplo: el aumento de la productividad no tiene como finalidad en el capitalismo aumentar las riquezas producidas (valor de uso), sino que es un medio para disminuir el tiempo de trabajo necesario (para la reproducción de la fuerza de trabajo) y de ese modo aumentar el tiempo de plus-trabajo. Por eso, el crecimiento constante no es inmediatamente el resultado de una elección consciente (por ejemplo, aumentar la cantidad de producto para mejorar el bienestar de la población) sino una necesidad dictada por la naturaleza del capital. Por estas razones, la “producción” capitalista no puede estudiarse como un proceso meramente técnico sino como un proceso constituido y direccionado socialmente.<sup>149</sup>

---

147 *Ibid.*, pp. 537-538.

148 *Ibid.*, pp. 515.

149 Sobre este punto en el análisis de Marx, véase en particular POSTONE, Moishe, *ob. cit.* pp. 433-447.

Para una *teoría crítica*, resulta siempre fundamental subrayar *la distancia entre lo posible y lo real*. Vimos, en efecto, cómo Marx distingue claramente entre lo que sería posible dado un determinado estadio del desarrollo técnico y lo que efectivamente ocurre en el capitalismo.<sup>150</sup> Entiendo que lo posible no es algo separado de la realidad, sino aquello que, siendo materialmente alcanzable, opera a la vez como horizonte crítico de lo real. Una teoría crítica no acepta lo dado, sino que intenta poner de manifiesto su carácter contingente para a la vez avizorar las alternativas efectivamente posibles ante el mismo.

En el capítulo anterior he insistido, precisamente, en el hecho de que los planteos de Arendt y Habermas –y en general lo que he denominado “crítica tradicional del trabajo”– tienden a limitar el alcance de la crítica. Y he fundamentado esta afirmación más precisamente en el concepto de “trabajo” que manejan. Un análisis transhistórico del concepto, o bien uno que analiza su desarrollo histórico en términos de un proceso evolutivo necesario, tienden indefectiblemente a operar dicha limitación. La especificación histórica del concepto, por el contrario, funciona como un modo de relativizar lo dado y, por lo tanto, implica una ampliación de la crítica y con ella del campo de lo posible. En la crítica, entonces, se articulan dos momentos: uno negativo, de puesta en cuestión de lo dado, y uno positivo, de apertura hacia lo posible. Cerraremos este capítulo tratando de pensar, justamente, a qué podría apuntar ese *trabajo posible*.

Pero antes tenemos que tratar dos cuestiones que apenas mencionamos, y que ahora debemos articular con mayor detalle. Se trata de las relaciones entre trabajo y necesidad por un lado, y entre trabajo y acción instrumental por el otro. Pues ya contamos con las herramientas conceptuales para rebatir las posiciones que Arendt y Habermas asumen, respectivamente, frente a estos dos problemas.

## **VI. Trabajo, necesidad “natural” y necesidad históricamente determinada: el lugar de la libertad en la superación del capitalismo**

Ya vimos en el capítulo anterior cómo el planteo de Arendt vinculaba al trabajo (entendido como “labor”) con la necesidad “natural” del cuerpo de mantener su metabolismo con la naturaleza. La crítica de la sociedad moderna como “sociedad de laborantes” se articulaba, justamente, desde la idea de que en una sociedad tal las cuestiones referidas a la

---

<sup>150</sup> Así interpreta Postone el sentido de la crítica en Marx, que según él, en efecto, se basa en “el creciente abismo entre las posibilidades generadas por el capitalismo y su realidad” (ob. cit., p. 500).

supervivencia del cuerpo social entraban en la esfera pública, usurpando un lugar que, por derecho propio (siguiendo el modelo de la *pólis*), correspondería a la acción política.

Aunque no es la cuestión que me interesa tratar aquí, cabe señalar que la idea misma de una “necesidad natural” es ya cuestionable. Como lo vio muy claramente Hegel<sup>151</sup> (y después también Marx), las necesidades son siempre sociales y variables; incluso cuando haya algunas imprescindibles (la alimentación, por ejemplo) el modo en que se satisfacen está mediado socialmente. Por lo tanto, la discriminación entre necesidades legítimas y superfluas es una cuestión sociohistórica y política antes que “natural”. El hecho de tomar el quietismo esencialista de cierta filosofía antigua como punto de partida de su estudio obstaculiza en buena medida la comprensión de este tema por parte de Arendt. De todas formas, esta cuestión, que ya se le ha reprochado, no me parece la más significativa. En efecto: creo que ella misma, al menos implícitamente, la acepta en su planteo. En gran medida, el mismo apunta a develar también el “lado oscuro” de la multiplicación de las necesidades, proceso evidente en las sociedades industrializadas de posguerra que ella toma como referencia. Esto resulta bastante claro en su crítica de la contemporánea “sociedad de consumidores” en tanto consecuencia lógica de la moderna “sociedad de laborantes”.<sup>152</sup>

Por esto, resulta más problemática una segunda cuestión, que ya llegamos a apuntar anteriormente.<sup>153</sup> El trabajo en el capitalismo entraña un tipo de necesidad social específica, que es una forma de dominación abstracta e impersonal. Dado este carácter, que le da una apariencia “objetiva”, esta necesidad social, que como vimos se debe a la función del trabajo en el capitalismo (“trabajo abstracto”) tiende a ser superpuesta con la necesidad natural y transhistórica de mantener el proceso de la vida. Esta confusión se ve reforzada, como ya señalamos, por el hecho de que el trabajo en el capitalismo es *al mismo tiempo* un trabajo concreto, que produce valores de uso para satisfacer necesidades –y así es visto por el individuo que vende su fuerza de trabajo. Por lo tanto, los dos tipos de necesidad aparecen imbricados en el trabajo tal como se da en el capitalismo. En la medida en que el “trabajo abstracto” como mediación social específica no resulta asequible de modo inmediato, la forma de dominación social históricamente determinada conexas a él termina siendo ontologizada como un atributo del trabajo concreto.<sup>154</sup>

---

151 En efecto, para Hegel el hombre, a diferencia del animal, se separa de la inmediatez natural (entrando en un mundo simbólico, cultural) en la medida en que multiplica, descompone y diferencia sus necesidades. Véase HEGEL, Georg, *Principios de la filosofía del derecho*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004, pp. 189-192.

152 Véase ARENDT, Hannah, *La condición humana*, ob. cit., pp. 138-142.

153 Véase supra, p. 68.

154 Véase POSTONE, Moishe, ob. cit., p. 227.

De este modo, lo que constituye una necesidad específicamente social es naturalizado como un aspecto inmanente al trabajo *per se*. Arendt llega incluso a intuir algo de esto cuando señala que el carácter “público” de la labor es lo que distingue a las sociedades modernas, vinculándolo además con una forma de igualdad refractaria a la admisión de la distinción. Pero no puede desarrollar teóricamente la particularidad que asume dicho carácter en la medida en que su concepto de “labor” es impotente para entender la especificidad del trabajo en el capitalismo como una relación social fundada en la equivalencia abstracta entre actividades, productos y capacidades, y conectada internamente con la valorización del capital. No sólo es impotente, sino que además –y esto es lo más grave– reproduce la naturalización ya inducida por las relaciones sociales capitalistas, que como señalamos tienden a solapar la dominación social con la necesidad natural. En el capitalismo, tanto la reproducción de la vida como la actividad que media para ello con la naturaleza (“labor”) son medios para otra cosa, nunca se comportan como fines. De ahí el carácter ideológico del imperativo “trabaja para vivir”, núcleo central de la moral burguesa. Desde nuestra perspectiva crítica, podría interpretarse que la moderna es una “sociedad de laborantes”, pero no por la entrada de la “necesidad natural” en la esfera pública, sino por la generalización de una coacción objetiva pero social e histórica.

Esta cuestión de una necesidad históricamente constituida permite también contestar a la afirmación de Hannah Arendt según la cual el problema de la libertad está ausente en la obra madura de Marx, donde con el presunto paso de la política a la economía, la superación de la escasez y la consecución de la abundancia habrían pasado a ser sus preocupaciones exclusivas.<sup>155</sup> En realidad Arendt no reconoce más que dos formas de dominación, una personal, abiertamente política, y otra natural, “económica”.<sup>156</sup> No puede ver entonces que uno de los grandes méritos de la crítica de la economía política radica en haber descubierto un tercer tipo de dominación, específico del capitalismo, que no coincide con ninguno de aquellos. Se trata de una forma de dominación impersonal, abstracta, que en tanto tal se puede confundir fácilmente –como le sucede a Arendt– con la “necesidad natural”. El

---

155 Véase ARENDT, Hannah, *Sobre la revolución*, ob. cit., p. 84.

156 Algo similar ocurre con Habermas, que como vimos reduce toda la crítica de la economía de Marx al develamiento de los fetiches engañosos detrás de los cuales se seguiría ocultando la tradicional dominación personal de clase. Podría decirse entonces que para Habermas en el capitalismo coexiste una dominación personal (ocultada en términos objetivistas), con una impersonal, que sería la ejercida por la diferenciación de los subsistemas respecto al mundo de la vida. La que siguiendo a Marx nos interesa aquí no coincide con ninguna de las dos, ya que es propia del capitalismo pero no se reduce a un dominio de tipo personal y, por ser específica y superable, tampoco se trata de una necesidad evolutiva como la vinculada a la diferenciación de los subsistemas.

trabajador, en efecto, vende su fuerza de trabajo para sobrevivir. No obstante, desde un punto de vista sistémico, esta venta tiene como objetivo la reproducción del capital, para el cual la supervivencia física del trabajador es un medio que posibilita su propia acumulación. Por lo tanto, el problema de Marx –así como el nuestro aquí– nunca dejó de ser político incluso cuando, por requerimiento de su objeto, lo haya tenido que plantear en los términos “económicos” de una crítica de la economía política. La dominación “económica” en el capitalismo tiene esta peculiaridad: no es ni “natural” ni (al menos en primera instancia) directamente personal.

Si Marx no tuviera más preocupación que la “cuestión social” en un sentido estrecho, su posición no se diferenciaría de la de cualquier demócrata radical de nuestros días: el mal del capitalismo se reduciría entonces a un problema de *distribución* de la riqueza, y si pudiera corregirse el capitalismo para hacerlo más justo no haría falta superarlo. Pero Marx señala en el núcleo de su crítica al capitalismo el problema estrictamente político –incluso tomando el término en el limitado sentido arendtiano– de la libertad. El comunismo es, desde un punto de vista negativo, la superación de la antedicha necesidad históricamente determinada. Este es el elemento que Arendt omite cuando toma el famoso texto del libro III de *El capital* para señalar una contradicción irresoluble en Marx.<sup>157</sup> En efecto, él afirma allí que:

el reino de la libertad sólo comienza allí donde cesa el trabajo determinado por la necesidad y la adecuación a finalidades exteriores; con arreglo a la naturaleza de las cosas, por consiguiente, está más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha [...] Con su desarrollo se amplía este reino de la necesidad natural, porque se amplían sus necesidades; pero al propio tiempo se amplían las fuerzas productivas que las satisfacen. *La libertad en este terreno sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominados por él como por un poder ciego; que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más adecuadas a su naturaleza humana. Pero este siempre sigue siendo un reino de la necesidad. Allende el mismo empieza el desarrollo de las fuerzas humanas, considerado como un fin en sí mismo, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo sólo puede florecer sobre aquel reino de la necesidad como su base.*<sup>158</sup>

Marx distingue aquí entre dos tipos de libertad, que se corresponden con dos tipos de necesidad muy diferentes.<sup>159</sup> La primera libertad, la que sólo tendría lugar más allá de la “producción material propiamente dicha” es la libertad en el sentido arendtiano de liberación

---

157 Véase supra, p. 27.

158 MARX, Karl, *El capital, Tomo III: El proceso global de la producción capitalista*, México, Siglo XXI, 2006, p. 1044 (las cursivas son mías).

159 Sobre este punto, véase POSTONE, Moishe, ob. cit., pp. 482-490.

de la necesidad natural. Marx resalta, sin embargo, el componente histórico-social de esta última, ya que ella tiende a ampliarse junto con el desarrollo y extensión de las necesidades. La segunda libertad, la vinculada al ámbito de la producción una vez instaurado el comunismo, entiendo que refiere a la liberación respecto a la necesidad específicamente social vinculada al capitalismo, la cual hace que los hombres sean dominados en su actividad productiva por fuerzas impersonales (a las que Marx refiere aquí, de un modo claro, en términos de un “poder ciego”). Está claro que Arendt omite cualquier referencia tanto a esta segunda libertad como a su respectiva necesidad.

De todas formas, aunque ambos tipos de necesidad/ libertad son diferentes conceptualmente, mantienen también una relación históricamente determinada. Veamos. Antes de introducir el citado texto, Marx recuerda que “la *riqueza real* de la sociedad y la posibilidad de ampliar constantemente el proceso de su reproducción no dependen de la duración del plustrabajo, pues, sino de su productividad y de las condiciones más o menos fecundas de producción en que aquel se lleva a cabo.”<sup>160</sup> Lo que se repone aquí es la crucial – aunque muchas veces desatendida – diferencia entre el valor y lo que aquí es denominado “riqueza real” (en referencia al valor de uso). Como ya desarrollamos, el valor es la esencia del capital, cuya acumulación depende de la expansión constante y sin límite aparente de aquel. La magnitud del valor se determina exclusivamente por el tiempo de trabajo (abstracto) socialmente necesario.

Con la riqueza real ocurre algo totalmente diferente: como señala Marx, ella no depende fundamentalmente del plustrabajo, sino ante todo de la productividad alcanzada y las condiciones (naturales, sociales, etc.) en que se lleva a cabo el proceso productivo. Contrariamente a un tópico muy extendido, Marx no piensa que el trabajo sea la fuente exclusiva de la riqueza (valor de uso),<sup>161</sup> sino sólo del valor. A medida que aumenta la

---

160 MARX, Karl, *El capital, tomo III*, ob. cit., p. 1044 (las cursivas son mías).

161 Este tópico lo encontramos insinuado en Arendt, en Habermas y en varios de los autores que revisaremos en la segunda parte de esta tesis. Para ilustrar este lugar común, me permito una cita del economista español José Manuel Naredo: “Con Smith, Ricardo,...y Marx, el Padre-Trabajo pasó de colaborar en las actividades productivas de la Madre-Tierra, a erigirse en el principal factor de producción de riqueza e incluso el único, en la medida en la que se supuso que la Tierra misma era sustituible por el Trabajo (...) Por una parte Marx consideró esa noción unificada de trabajo como una categoría universal, como una invariante de la naturaleza humana aplicable a cualquier tipo de sociedad, contribuyendo así a su generalización con pretensiones antropológicas más amplias de las que imaginaron los padres de la «economía política». Por otra, llevó hasta el final el desequilibrio que produjeron los economistas clásicos en la «ecuación natural» de Petty, al relegar a la Madre-Tierra al papel de mero objeto pasivo y dominado que se ofrece sin contrapartida a las veleidades depredadoras y supuestamente productivas del padre Trabajo, suscribiendo así la teoría del

productividad del trabajo, la diferencia entre valor y riqueza se ahonda debido a que la última depende cada vez menos del tiempo de trabajo aplicado a la producción. Este es el tema de un famoso texto de los *Grundrisse*, que comienza así:

El intercambio de trabajo vivo por trabajo objetivado (...) es el último desarrollo de la *relación de valor* y de la producción fundada en el valor. El supuesto de esta producción es, y sigue siendo, la magnitud del tiempo inmediato de trabajo, el cuanto de trabajo empleado como factor decisivo en la producción de la riqueza. En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez –su *power effectiveness*– no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología”.<sup>162</sup>

Más adelante precisa esta última idea introduciendo el célebre concepto de *general intellect*:

El desarrollo del capital *fixe* [fijo] revela hasta qué punto el conocimiento o *knowledge* social general se ha convertido en *fuerza productiva inmediata*, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del *general intellect* [intelecto general] y remodeladas conforme al mismo. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas no sólo en la forma del conocimiento, sino como órganos inmediatos de la práctica social, del proceso vital real.<sup>163</sup>

Una de las contradicciones clave del capitalismo se deriva del hecho de que el capital, no obstante, sigue dependiendo de la extracción de plusvalía y por tanto del tiempo invertido en él.<sup>164</sup>

---

valor-trabajo.” [NAREDO, José, “Configuración y crisis del mito del trabajo” [en línea], en *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Vol. VI, núm. 119, 2002. En: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn119-2.htm> (último acceso: 25/11/13)]. Respecto a esto, cabe recordar que en 1875 Marx comenzaba su crítica al proyecto de programa del Partido Obrero Alemán en el punto específico en que éste rezaba que “el trabajo es la fuente de toda riqueza”, al cual rebatía aclarando: “El trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es la fuente de los valores de uso (¡que son los que verdaderamente integran la riqueza material!) ni más ni menos que el trabajo, que no es más que la manifestación de una fuerza natural, de la fuerza de trabajo del hombre” (Véase MARX, Karl, “Crítica del programa de Gotha”, en MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *Obras escogidas, Tomo III*, Moscú, Progreso, 1980, p. 5). El texto continúa criticando la “idea burguesa” de que el trabajo es una “fuerza creadora sobrenatural”; ¡curiosamente, una idea que se ha atribuido a Marx y a su teoría del valor!

162 MARX, Karl, *Elementos fundamentales...*, ob. cit., Vol. 2, pp. 227-228.

163 *Ibid.*, p. 230.

164 En la lectura de Postone, esta es la contradicción fundamental del capitalismo según Marx.

*El robo de tiempo de trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual, aparece como una base miserable comparado con este fundamento, recién desarrollado, creado por la gran industria misma. Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar, de ser su medida y por tanto el valor de cambio deja de ser la medida del valor de uso. El plustrabajo de la masa ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el no-trabajo de unos pocos ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso de producción material inmediato se le quita la forma de la necesidad apremiante y el antagonismo (...) El capital mismo es la contradicción en proceso, por el hecho de que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza. Disminuye, pues, el tiempo de trabajo en la forma de trabajo necesario, para aumentarlo en la forma de trabajo excedente (...) se propone medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales creadas de esta suerte y reducirlas a los límites requeridos para que el valor ya creado se conserve como valor.*<sup>165</sup>

Este texto –sobre el cual volveremos en esta tesis– ha sido uno de los ejes sobre el cual distintas reinterpretaciones de la obra de Marx se han sucedido en los últimos años.<sup>166</sup> Por el momento cabe señalar que, contrariamente a lo que ha dicho Habermas en distintos textos, aquí Marx ni sostiene la postura tecnocrática de una emancipación social automática como resultado del avance científico-técnico<sup>167</sup> ni intenta una revisión de su teoría del valor desde la idea de que la tecnología sería una nueva fuente del valor que reemplazaría al trabajo inmediato.<sup>168</sup> En efecto: lo que se plantea en este texto es coherente con los fundamentos de la teoría del valor. El progresivo aumento de la productividad como consecuencia de la aplicación científico-técnica a la industria hace que se produzcan mayores cantidades de valores de uso con el mismo tiempo de trabajo. No obstante, a diferencia del valor de uso, el valor –esencia del capital– sigue dependiendo del tiempo de trabajo. Esta es precisamente la contradicción que Marx pone de manifiesto: el capital tiende a reducir el tiempo de trabajo necesario, pero su valorización sigue dependiendo de la explotación del

---

165 *Ibid.*, pp. 228-229.

166 La relectura de Postone parte, en efecto, de aquí; y lo mismo ha hecho la corriente del “autonomismo italiano” –la cual será retomada en la tercera parte de esta tesis–, que a partir del mismo intentó reinterpretar a Marx atendiendo a los cambios sucedidos en el capitalismo desde la década de los ‘70. En una línea similar a Habermas, también Gorz –autor que veremos en la segunda parte– lo retoma para dar sustento teórico a su tesis sobre el “fin del trabajo”.

167 Véase HABERMAS, Jürgen, *Conocimiento e interés*, ob. cit., pp. 58 y ss.

168 Véase HABERMAS, Jürgen, *Teoría y praxis: estudios de filosofía social*, Madrid, Tecnos, 1987, pp. 243-247. Aquí el heredero de la Escuela de Frankfurt comete un grave error de interpretación al confundir lo que Marx denomina riqueza “efectiva” o “real” (refiriendo claramente al valor de uso) con el valor.

trabajo (más precisamente, de la apropiación del tiempo de trabajo excedente, fundamento del plusvalor).<sup>169</sup>

Por lo tanto, no hay aquí ni una revisión de la teoría, ni una visión tecnocrática de la emancipación.<sup>170</sup> La introducción de la tecnología en la producción no sella mecánicamente la suerte del capitalismo: sólo permite ahondar la necesidad de su superación, reforzándola como *posibilidad*. Esto se debe a que a medida que disminuye el tiempo de trabajo necesario, la plausibilidad de una sociedad ya no fundada en el trabajo abstracto –medido por el tiempo abstracto– se torna más evidente.

Habrá quedado claro ahora por qué la superación de la necesidad históricamente determinada por el capital es condición de posibilidad del auténtico reino de la libertad. Sólo cuando el capital es abolido –y por tanto también lo son el valor como forma dominante de la riqueza social y el trabajo abstracto como relación social fundamental– la reducción del tiempo de trabajo necesario redundará sistemáticamente ya no en el aumento del plustrabajo sino en lo que en los *Grundrisse* se denomina *tiempo disponible*.<sup>171</sup> O sea, tiempo liberado y

---

169 Una expresión fenoménica de esta contradicción es la famosa ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia, expuesta en el Libro III de *El capital* (véase ob. cit., cap. XIII). Como es sabido, esta ley se deriva del mayor peso que va adquiriendo el capital constante en relación al variable en la composición orgánica del capital. Pero el capital variable (como trabajo inmediato) es la única fuente del valor, por lo cual su reducción relativa redundará en que lo mismo ocurra con este último. Como es la cantidad relativa de plusvalor extraído la que determina la tasa media de ganancia, su progresiva reducción implica la baja tendencial de esta última.

170 No es casual, por lo demás, que la idea de un pasaje mecánico del trabajo a la tecnología como fuente del valor sea sostenida por Habermas (que erróneamente se la atribuye también al propio Marx), ya que es coherente con su visión tecnicista y lineal respecto de la economía y los procesos de trabajo. Vimos que en “Ciencia y técnica como ideología” planteaba justamente que con el capitalismo tardío la ciencia y la técnica se convertían en la principal fuerza productiva, con lo cual caerían las condiciones de aplicación de la teoría del valor. En el texto de los *Grundrisse* que estamos revisando vemos, por el contrario, cómo Marx notando ya en su época la centralidad de las fuerzas productivas desplegadas por la ciencia y la tecnología, planteaba una contradicción dentro del capitalismo. Habermas no ve esta contradicción y en su lugar plantea un pasaje lineal y mecánico de una fuente de “riqueza” a otra (no captando además la importancia de distinguir el valor del valor de uso).

171 Está claro que para Marx el plustrabajo –fuente del plusvalor– es apropiado por el capitalista. No obstante, no hay que olvidar que el capitalista es la personificación del capital, y que *estructuralmente* éste para acumularse y por ende reproducirse necesita del plustrabajo (aunque su cantidad puede variar dentro de ciertos límites). En otras palabras: el plustrabajo o trabajo excedente es también *necesario* desde el punto de vista de la reproducción del capitalismo. En otra sociedad, el mismo podría ser *tiempo disponible*. En este sentido, esta última es una categoría crítica: desde la idea de otra sociedad posible, con un uso del tiempo diferente, lo que en el capitalismo es tiempo de plustrabajo se convertiría en tiempo disponible. Al mismo tiempo, desde la perspectiva de esta otra sociedad posible, el tiempo de plustrabajo es juzgado como *tiempo superfluo*: tiempo que podría liberarse con los medios

puesto al servicio de la potenciación de las actividades del individuo social. El reino de la libertad (ahora no sólo para unos pocos privilegiados sino para todos) queda así enmarcado en el campo de lo posible y de la crítica del presente, superando el sentido estático y aristocrático que tenía en Arendt.

Finalmente, y volviendo a un punto que introdujimos cuando revisamos el planteo de Arendt, podemos entrever –aunque no desarrollaré la cuestión aquí– que la teoría de Marx podría aportar al debate actual sobre la “biopolítica” con mejores bases teóricas que las de la pensadora alemana. En particular, la idea de una necesidad históricamente determinada podría asir la entrada de lo biológico en el campo del poder desde una mirada crítica respecto de cualquier tipo de naturalismo. Si como el mismo Foucault plantea, la biopolítica es constitutiva del liberalismo y, en particular, de la economía política,<sup>172</sup> una mirada crítica necesariamente deberá partir del cuestionamiento del naturalismo instituido por dicha corriente a la hora de analizar los procesos económicos. Es aquí también donde la crítica de la economía política podría ser pertinente.

## **VII. Trabajo, acción instrumental, productivismo**

Ya se analizó en el capítulo anterior cómo Habermas define en sus primeros escritos al trabajo como “acción instrumental”; y cómo en escritos posteriores la vinculación es historizada pero a la vez sostenida como una necesidad evolutiva vinculada al aumento de complejidad de la producción material. Tenemos ahora suficientes elementos para cuestionar estas ideas.

Que el trabajo no es por naturaleza una acción instrumental, podemos asirlo fácilmente si recordamos que en las sociedades no capitalistas el mismo –al igual que la economía– no constituye un momento separado y claramente delimitado de otras actividades y dimensiones de la vida social. Esto se vincula con el hecho ya señalado de que el trabajo en estas sociedades es regulado por relaciones sociales abiertas de distinto tipo. Sobre esto han insistido los estudios antropológicos y la economía institucionalista. Veamos lo que dice Polanyi respecto a la economía en dichas sociedades:

---

técnicos disponibles pero no lo es por la persistencia de las relaciones sociales capitalistas. Esto explica también por qué los dos tipos de necesidad (la social y la transhistórica) se fusionan en el capitalismo y sólo pueden distinguirse desde la perspectiva de *lo posible*. Sobre las categorías críticas de “tiempo disponible” y “tiempo superfluo” que aparecen en los *Grundrisse* (ob. cit., pp. 231 y ss.), véase en particular POSTONE, Moishe, ob. cit., pp. 477-482.

172 Véase FOUCAULT, Michel, *Seguridad, territorio...*, ob. cit., pp. 103-105.

la producción y distribución de bienes materiales estaba incrustada en las relaciones sociales de tipo no económico de tal forma que ni existía un sistema económico institucionalmente separado ni una red de instituciones económicas. Ni el trabajo, ni la disponibilidad de objetos ni su distribución, se llevaban a cabo por motivos económicos, es decir, ni por deseo de ganancia, ni por temor a pasar hambre individual.<sup>173</sup>

Es a partir de esta idea que tenemos que entender por qué el trabajo no es por esencia una acción instrumental. En otras sociedades, lo que hoy denominamos “trabajo” estaba imbuido de significados dados por relaciones sociales abiertas. En algunas de las (mal) llamadas “sociedades primitivas”, por ejemplo, las relaciones de parentesco regulaban cuestiones como la organización del trabajo, su división y distribución, etc.<sup>174</sup> Y como ya señalamos, en el feudalismo estas regulaciones se daban ante todo por relaciones de dependencia personal directa. En realidad, no es sino con la modernidad que el trabajo, como señala Postone,<sup>175</sup> se “seculariza”, al independizarse de los significados dados por relaciones sociales abiertas. Algo similar ocurre con los productos en tanto mercancías, que no por casualidad pierden (aunque no completamente) su aura simbólica o mítico-religiosa.<sup>176</sup> Insistamos: la categoría misma de “trabajo” es moderna, porque anteriormente no denotaba un momento separado dentro del flujo de la vida social; lo mismo ocurría con lo que hoy denominamos “economía”, la cual estaba “incrustada” (tomando prestado el término de Polanyi) en las relaciones sociales.

Desde el momento en que la fuerza de trabajo se transforma en mercancía –proceso histórico gradual que supone la “liberación” respecto a todo lazo de dependencia personal o comunitaria– el trabajo se presenta como un mero medio universal para adquirir productos de otros. En este sentido se transforma en la mediación social que siguiendo la lectura que Postone hace de Marx denominamos “trabajo abstracto”:

El trabajo determinado por la mercancía es, en tanto que trabajo concreto, un medio para producir un producto particular; además, de manera más esencial, como trabajo abstracto, resulta automediado, es un *medio social* para adquirir los productos de otros. Por tanto, para los productores, el trabajo se abstrae de su producto concreto: sirve como puro

---

173 POLANYI, Karl, *El sustento del hombre*, Madrid, Mondadori, 1974, p. 126.

174 *Ibid.*, p. 127.

175 Véase POSTONE, Moishe, *ob. cit.*, pp. 240-241.

176 En su clásico análisis sobre la economía de las llamadas “sociedades primitivas”, Marcel Mauss mostraba, en efecto, cómo en ellas los intercambios no obedecían a móviles puramente “económicos”, sino a motivaciones sociales como el honor, el reconocimiento, etc. En este marco, los objetos que se intercambiaban no se encontraban “secularizados” (como valores de uso) sino que adquirían significados míticos, espirituales y religiosos. Véase MAUSS, Marcel, “Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas”, en *Sociología y antropología*, Madrid, Ténos, 1979.

medio, un instrumento para adquirir productos que no tienen relación intrínseca con el carácter sustantivo de la actividad productiva por medio de la cual son adquiridos.<sup>177</sup>

Es útil traer, para elucidar el punto, el intento de Horkheimer por especificar el concepto de “razón instrumental” a partir de la distinción entre razón objetiva y razón subjetiva. Mientras la razón objetiva intentaba delinear los fines sustanciales a los que debía dirigirse la acción humana (por ejemplo, la idea del “bien” en Platón), la razón subjetiva es mero cálculo de medios para alcanzar un fin dado de antemano. En tanto este último resulta ajeno al concepto de razón, ésta se formaliza.<sup>178</sup> La formalización de la razón en la modernidad corre paralela con una creciente instrumentalización del mundo que hace que la naturaleza quede reducida a mero objeto de cálculo.

Teniendo en cuenta la simetría entre la razón instrumental y la acción instrumental, puede decirse que el trabajo con el capitalismo pierde los fines sustanciales y –como sucede con la razón– se “formaliza”. El contenido del trabajo, así como el del producto (sus valores de uso respectivos) no son el objetivo de la producción, sino el plusvalor, forma de riqueza indiferente a su contenido cuya naturaleza es la de un proceso de autoexpansión continua. En este sentido seguimos a Postone en la idea de que el vínculo entre trabajo y acción instrumental es necesario *sólo* en el capitalismo:

La producción por el plusvalor es una producción en la que el objetivo mismo es un medio. De ahí que la producción en el capitalismo esté necesariamente orientada de modo cuantitativo hacia cantidades siempre crecientes de plusvalor. Esta es la base del análisis de Marx de la producción capitalista en tanto que producción por la producción. En este marco, la instrumentalización del mundo está en función de la definición de la producción y de las relaciones sociales por este tipo históricamente específico de mediación social [por el trabajo abstracto] –y no en función de la creciente complejidad de la producción material como tal. La producción por la producción significa que ésta deja de ser un medio dirigido a un fin sustantivo, para convertirse en un medio dirigido a un fin que es en sí mismo un medio, un momento en una cadena de expansión infinita.<sup>179</sup>

De este modo el trabajo y los procesos productivos en general adoptan una modalidad esencialmente instrumental, tanto desde el punto de vista de los propios trabajadores como, en términos agregados, de la sociedad determinada por el capital en general. En el primer caso, porque el trabajo es un mero medio para conseguir valores de uso producidos por otros por mediación de un salario: en ese sentido, resulta indiferente en su contenido para el

---

177 POSTONE, Moishe, ob. cit., p. 250.

178 Véase HORKHEIMER, Max, *Crítica de la razón instrumental*, La Plata, Terramar, 2007, pp. 15 y ss.

179 POSTONE, Moishe, ob. cit., p. 251.

productor. Y en términos agregados, porque la esencia del capital –personificada en el afán del capitalista por acumular– es la expansión del plusvalor, independientemente de los valores de uso producidos.

Incluso, cabe agregar, los procesos de trabajo en el capitalismo no llegan a adquirir un carácter puramente instrumental hasta que se consolida lo que Marx llama “subsunción real” y el mismo proceso de trabajo en sus características materiales es moldeado “técnicamente” por las necesidades del proceso de valorización.<sup>180</sup> El trabajador deja entonces de ser el sujeto de la producción para transformarse él mismo en el instrumento de la máquina; esta última se comporta entonces, en tanto objetivación del capital en el proceso de trabajo, como un vampiro que succiona trabajo vivo. Con la subsunción real se materializa y consume, entonces, la instrumentalización del trabajo y del propio trabajador. Por esta razón, Lazzarato no se equivoca al reprocharle a Habermas el no haber visto claramente que el “trabajo instrumental” es un resultado tardío del desenvolvimiento capitalista.<sup>181</sup>

El mismo cuestionamiento le cabe todavía al Habermas de *Teoría de la acción comunicativa*. La integración sistémica de las acciones productivas no debería verse como un mero efecto del aumento de complejidad de la producción material. Más bien, esto es el resultado del desarrollo de una lógica de valorización específica que, como ya señalamos, no hay que leer en términos de una necesidad evolutiva. Más precisamente: la “integración sistémica” –para Habermas independiente de toda motivación subjetiva o acuerdo intersubjetivo– comienza a desenvolverse cuando la producción se hace indiferente al valor de uso y al contenido concreto del trabajo. Finalmente, el proceso culmina cuando, con la subsunción real, el acto productivo pasa a estar enteramente subordinado –ahora materialmente– en el aparato productivo, con lo cual el trabajador pasa a ser un apéndice intercambiable de una megamáquina que no domina y cuyos fines no sólo le resultan indiferentes sino además desconocidos. Esto no responde –al menos no enteramente– a una necesidad evolutiva, sino a un proceso histórico que corresponde a la dinámica específica del capitalismo.

Deberíamos también criticar, por razones similares, la asociación que suele hacerse entre el trabajo (sin más especificaciones) y el productivismo. Nuevamente, una idea que encontramos en Arendt,<sup>182</sup> en Habermas<sup>183</sup> y, como ya veremos en la segunda parte, en algunos teóricos del “fin del trabajo” como Gorz y Méda. Esta asociación sólo puede asirse

---

180 Véase *ibíd.*, pp. 251-252.

181 Véase LAZZARATO, Maurizio, “El trabajo: un nuevo debate...”, *ob. cit.*, p. 33.

182 Véase ARENDT, Hannah, *La condición humana*, *ob. cit.*, p. 103.

183 Véase HABERMAS, Jürgen, “La crisis del Estado de bienestar...”, *ob. cit.*

en su carácter necesario si se analiza el trabajo determinado por la mercancía en lugar del trabajo *per se*. Sólo cuando los procesos de trabajo se someten sea formal o realmente al objetivo de la valorización, pasan a ser meros medios sin más fines sustanciales que la misma expansión puramente cuantitativa del valor. Por eso, como señalaba Postone en la cita anterior, el capitalismo instaura una lógica novedosa: la producción por la producción, sin límites aparentes o, lo que es lo mismo, el productivismo. Podemos, es cierto, buscar las manifestaciones del mismo en ciertas conductas individuales y en determinados valores culturales: el afán individual por trabajar o por consumir, los valores culturales individualistas y/o hedonistas. Pero no deberíamos desatender el análisis de naturaleza marxiana según el cual en última instancia el productivismo es intrínseco a la lógica del capital. Volveremos sobre estos temas en la próxima parte.

### **VIII. Sobre la idea de “comunismo”: el trabajo posible, más allá de la escisión entre economía y política**

El recorrido realizado nos conduce a la siguiente conclusión –por el momento provisoria–, que iremos definiendo en sus contornos a lo largo de la tesis. Si siguiendo a Marx entendemos que la configuración del trabajo y los procesos productivos en la modernidad siguen una dinámica histórica y socialmente determinada, entonces emerge la posibilidad de que los mismos sean modificados sustancialmente en su naturaleza, claro que en otro tipo de sociedad ya no fundada en el capital. Naturalmente, estamos aún en un nivel muy general y abstracto del análisis. Recién sobre el final, luego de haber investigado algunas características de la dinámica que el trabajo adquiere en el capitalismo actual, estaremos en condiciones de determinar más concretamente esta idea que ahora comenzamos a entrever.

Por el momento, podemos avanzar un poco retomando la idea de “comunismo” de Marx. En términos formales, creo que hay que seguirlo en la perspectiva de que el comunismo no es meramente una utopía, ni siquiera un ideal inalcanzable pero regulador en términos normativos. Pero tampoco, en mi opinión, habría que entenderlo como un estadio definitivo y definible *a priori* en todos sus contenidos. Más bien, el comunismo es una alternativa posible en relación a los antagonismos y a las contradicciones del capitalismo. Porque el propio capitalismo hace emerger posibilidades que dentro de él no pueden realizarse. En este sentido, el comunismo es una idea históricamente determinada, tanto como lo es la crítica del capitalismo que apela a dicha idea como posibilidad. Es que, como

bien señala Žižek, “si concebimos el comunismo como una Idea eterna, estamos suponiendo que la situación que lo genera no es menos eterna, que el antagonismo frente al cual reacciona el comunismo siempre estará allí”<sup>184</sup>.

¿Pero qué podemos decir, al menos provisoriamente y en términos muy generales, respecto al contenido de esta idea? Marx nos brinda algunos elementos para pensar en particular lo que nos interesa: el trabajo posible. Ya vimos que en el capitalismo el trabajo es un medio para la producción de plusvalor, adquiriendo un carácter ante todo instrumental; también apuntamos que con la subsunción real del trabajo el mismo pasa a ser materialmente moldeado por el capital. La producción por el plusvalor hace, según vimos, que gran parte del trabajo que se realiza resulte superfluo, es decir, necesario en el capitalismo pero innecesario desde la perspectiva de una producción ya no estructurada por el capital. Por lo tanto, el comunismo implicaría, teóricamente, una reducción del tiempo que la sociedad dedica al trabajo. Por supuesto que también, en términos distributivos, debería apuntar a un reparto equitativo tanto del tiempo dedicado al trabajo como de la riqueza producida (que por otro lado, no se encontraría determinada esencialmente en función de aquel).

En los términos teóricos en que venimos planteando la cuestión, resulta claro además que el contenido del trabajo, y no sólo su duración y reparto, se verían modificados en una sociedad comunista. En el capitalismo, el hombre queda subordinado a fuerzas abstractas que no domina. Vimos, por ejemplo, el caso de la gran industria, en donde el trabajador se ve totalmente subordinado a la máquina y donde la división del trabajo, que en términos técnicos podría matizarse en relación a la manufactura, no obstante se profundiza. También estas y otras formas de subordinación material –que nuevamente aclaramos, no emergen de necesidades técnicas– son superfluas y en otro tipo de sociedad podrían eliminarse.

La cuestión de hasta qué punto, no obstante, el mismo desarrollo de las fuerzas productivas implica cierta alienación que resulta difícilmente eliminable incluso superado el capitalismo, no es en absoluto impertinente, pero tampoco puede responderse en abstracto, como en efecto me parece que hace Habermas. Por lo tanto, no tiene demasiado sentido que intentemos responder a esta pregunta ahora: será más adecuado hacerlo cuando hayamos avanzado en el estudio del capitalismo actual. Por lo demás, volveremos a encontrar este problema en la segunda parte, en particular cuando revisemos el análisis de Gorz, quien retoma a Habermas en la idea de que cierta enajenación de naturaleza técnica es inevitable en las sociedades industriales desarrolladas. Veremos que sin embargo Gorz, a diferencia de

---

184 ŽIŽEK, Slavoj, “Cómo volver a empezar... desde el principio”, en HOUNIE, Analía (comp.), *Sobre la idea del comunismo*, Buenos Aires, Paidós, 2010, p. 233.

Habermas, desarrolla el tema en lugar de limitarse a sentenciarlo, por lo cual allí tendremos mejores elementos para encarar este interrogante de un modo más preciso.

Pero la problemática tal vez más interesante que permite pensar este planteo es la del lazo social, y cómo se estructuraría el mismo en otro tipo de sociedad. Según el análisis que esbozamos, en el capitalismo las relaciones sociales fundamentales son impersonales y abstractas; vimos que de ellas también emerge un modo de dominación peculiar. Como consecuencia de esto, hay una oposición característica del capitalismo: la que se da entre individuo y sociedad. De un lado, aparece el individuo “libre” de toda dependencia personal o comunitaria; no es otro que el individuo privado y supuestamente soberano desde el cual siempre ha hablado el liberalismo. Del otro lado, tenemos la “sociedad”, un ente aparentemente externo al individuo, pero que no obstante lo sometería o intentaría someterlo a sus dictados. Según el análisis de Marx, entonces, la misma oposición es histórica y emerge del tipo de relaciones que caracterizan al capitalismo: la “sociedad” es el universal abstracto (valor, trabajo abstracto) que se opone a los individuos supuestamente soberanos. Este es el núcleo de la crítica marxiana al liberalismo: no reside en la negación abstracta del individuo en cuanto tal y en su subordinación a lo universal (ésta es la clásica impugnación liberal al marxismo, considerado entonces como una “doctrina totalitaria”), sino en la denuncia de que la misma idea del individuo como mónada aislada conlleva el desgarramiento de la individualidad en la sociedad actual.<sup>185</sup>

De ahí que Marx plantee con frecuencia que con el comunismo la oposición se disolvería como tal, o que se refiera al mismo en términos del desarrollo libre del “individuo social”.<sup>186</sup> La sociedad dejaría de ser entonces un ente independiente de los individuos, que por su parte ya no serían dominados por mecanismos impersonales. Todo esto supone que las relaciones sociales sean de algún modo abiertamente sociales, personales y concretas –sin por eso tener que volver a las relaciones de dominio personal o a la idea romántica de una “comunidad indivisa”, así como tampoco sería posible ni deseable una sociedad en la que desaparezcán los conflictos y las relaciones de poder. En este sentido es que el trabajo, hay que suponer, dejaría de ser la mediación social autofundada que es en el capitalismo: el mismo pasaría a estar mediado por relaciones sociales manifiestas.

---

185 Como señala Adorno: “La ley del valor se impone por encima de la cabeza de los individuos formalmente libres. Según Marx, éstos son no-libres en cuanto sus ejecutores involuntarios (...) El proceso de emancipación del individuo, función de la sociedad de canje, termina en su abolición mediante la integración. Lo que produjo la libertad se invierte en no-libertad” (ADORNO, Theodor, *Dialéctica negativa*, ob. cit., p. 243).

186 Véase MARX, Karl, *Elementos fundamentales...*, ob. cit., pp. 228-229.

Ahora bien, ¿de qué naturaleza serían estas relaciones sociales manifiestas? Se trata de una pregunta que el marxismo –alimentado incluso por algunos textos de Marx y Engels– ha encarado mal con frecuencia. Una visión economicista excesivamente ingenua ha hecho suponer que en una sociedad emancipada los conflictos políticos desaparecerían, y que el ámbito público quedaría reducido a una gestión de las cosas de naturaleza esencialmente tecnocrática. Hoy sabemos que este ideal es peligroso, como correctamente denunciaban Habermas y Arendt. Por el contrario, tendríamos que pensar que en una sociedad ya no estructurada por el capital el lugar de la política se ampliaría, en particular porque las relaciones sociales dejarían de estar en lo esencial gobernadas por “leyes” cuasiobjetivas.

Quisiera explicitar al menos brevemente este concepto de “política” que esbozamos, y justificar también su adopción desde una perspectiva que se reivindica en líneas generales deudora de Marx. Cuando polemizamos con Arendt respecto al concepto de “libertad” que se encuentra en el famoso texto del Libro III de *El capital*, señalamos justamente que lo que está en el corazón de la crítica marxiana al capitalismo es el hecho de que este sistema implica un conjunto de imperativos abstractos e impersonales que se imponen a los individuos. El comunismo, en este sentido, es la superación de esta necesidad históricamente determinada y por consiguiente conlleva la ampliación de la libertad. Consideramos aquí que esta libertad remite al concepto de “política” entendido –siguiendo a la tradición más radical de la teoría política moderna– como *la puesta en acto de la capacidad de autogobierno de los pueblos*. La crítica de la economía política tiene para nosotros una intención política estratégica, que radica en mostrar que bajo el capitalismo esta posibilidad de autogobierno se ve obstaculizada.<sup>187</sup>

En efecto: no deberíamos pensar que cuestiones referidas por ejemplo al tiempo dedicado al trabajo, a qué se produce y de qué manera, pueden ser decidibles de modo concluyente por evaluaciones de naturaleza puramente tecnocrática. Se trata de asuntos cuyo impacto social (humano, ecológico, etc.) tiene una importancia decisiva, entrañando costos y beneficios cuya evaluación no puede ser independiente de los valores y prioridades –sobre los cuales siempre habrá diferencias y conflictos– que una comunidad determinada esté

---

<sup>187</sup> Por eso no acepto aquí la interpretación que traza una continuidad entre la tradición del liberalismo económico y Marx en cuanto a un supuesto primado de la economía que abogaría por la extinción de la política (esta idea, insinuada por Arendt, se encuentra desarrollada en el ya clásico ROSANVALLON, Pierre, *El capitalismo utópico*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006). Por el contrario, pienso que hay que ubicar a Marx dentro de la tradición política más radical y democrática, aquella que en línea con Rousseau aboga por la autonomía de los pueblos para gobernarse. Lo que Marx tuvo el mérito de ver fue que el capitalismo era un obstáculo insalvable para esto, y por eso encaró la crítica de la economía política. Una lectura en esta línea respecto a la relación de Marx con el liberalismo se encuentra por ejemplo en BIDEZ, Jacques, “Foucault y el liberalismo. Racionalidad, revolución, resistencia”, en *Argumentos*, N° 52, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2006, pp. 11-27.

dispuesta a defender. Tenemos que pensar la idea de “comunismo” no en términos de la extinción de la política sino de su ampliación. Contrariamente a lo que sostenía Engels, no se trata de sustituir el gobierno de los hombres por la administración de las cosas,<sup>188</sup> sino de someter a esta última a una instancia de decisión democrática y política.

Tomando este punto de vista, queda claro que no deberíamos aceptar sin más las escisiones conceptuales entre *poiesis* y *praxis*, entre economía y política, etc. El recorrido realizado apunta a que tenemos que pensar en términos de una constitución histórica de estas dicotomías. La separación entre política y economía a la que estamos acostumbrados es un resultado histórico del tipo de relaciones sociales que se instauran en el capitalismo. Marx mostró precisamente que las “leyes económicas” no son naturales, sino el resultado de la constitución de cierto tipo de relaciones sociales impersonales y abstractas. Una parte de la vida social es entonces regulada por imperativos cuasiobjetivos, y esto es lo que tradicionalmente se ha dado en llamar “esfera económica”. La crítica tradicional se limita a abogar por la reducción de esta esfera a favor de la extensión de otra. Esta última será conceptualizada de distintas maneras dependiendo de cada autor – “política”, “acción”, “interacción”, etc. – pero siempre se estará aludiendo con ella a una parte de la vida social que en lugar de ser heterorregulada responderá a la iniciativa más o menos libre y autónoma de los individuos y /o las comunidades. Sin embargo, en estos planteos dicotómicos, esa porción alienada de la vida social llamada “economía” no es cuestionada en lo esencial, sino que es naturalizada o comprendida como obedeciendo a un progreso evolutivo y necesario.

La cuestión es sumamente relevante para la crítica que, tal como se la entiende aquí, parte de un lugar históricamente determinado pero no acepta lo dado, ya que su perspectiva es la de lo posible. Por lo tanto, no puede aceptar como insuperables las escisiones que se limitan a reflejar lo existente; tampoco puede dejar de reclamar un lugar para aquello que opera en el presente como posibilidad que es negada en su realización.

## **IX. Apuntes finales: repensar el trabajo y su crítica**

En esta primera parte he intentado reformular el debate sobre el trabajo, tomando como punto de partida la necesidad de repensar el concepto en el marco de las teorías sobre la

---

188 “Cuando el Estado se convierta finalmente en representante efectivo de toda la sociedad será por sí mismo superfluo (...) El gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no será abolido; se extingue” (ENGELS, Friedrich “Del socialismo utópico al socialismo científico”, en MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *Obras escogidas, Tomo III*, ob. cit., pp. 81-82).

modernidad. Mediante una serie de herramientas conceptuales –articuladas a partir de la crítica de la economía política de Marx– intenté defender la importancia que, para una teoría crítica, tiene el uso de un concepto históricamente determinado de trabajo. Esta línea de análisis me llevó a discutir con dos referentes del pensamiento social y filosófico contemporáneo –Arendt y Habermas– que han ubicado la crítica del trabajo en el centro de sus preocupaciones. Sin embargo, a diferencia de otros análisis hechos desde distintas variantes del marxismo, no tracé esta discusión en torno de la defensa del “trabajo”, concebido como algún tipo de esencia transhistórica. Por el contrario, procuré, por así decir, “redoblar la apuesta”, planteando que la crítica de estos autores al trabajo no llega lo suficientemente lejos al seguir tratándolo transhistóricamente.

A Arendt y Habermas les cabe, todavía, el reconocimiento de haber divisado el problema fundamental de la modernidad en el predominio, dentro del mundo social, de una lógica instrumental, productivista y “economicista”. Y el haber vinculado esta lógica con el lugar central que ocupa el trabajo es, también, una intuición valiosa. No obstante, sus planteos pierden potencialidad crítica desde que conciben al trabajo en los términos clásicos y transhistóricos de una relación del hombre con la naturaleza. A partir de allí, lo que había sido criticado es reconocido como definitivo en su forma existente, incluso cuando se restringa y relativice su importancia y alcance. De ahí la necesidad de una comprensión del trabajo en términos de una relación social históricamente determinada.

Desearía concluir esta parte contestando a una posible objeción, con el objetivo de evitar un malentendido frecuente y, a la vez, aclarar mi planteo. En efecto, podría objetarse que mi uso de la categoría “trabajo” desconoce el hecho de que los hombres siempre han entrado en relación con la naturaleza para satisfacer sus necesidades y que, por lo tanto, siempre han “trabajado”. Respecto a esto, puedo hacer algunas observaciones. Para empezar, que aquí no se desconoció este hecho, pero se señaló que el uso de la categoría “trabajo” para denotarlo no se puede hacer sin más aclaraciones. En principio, y esto el mismo Marx lo reconocía, la categoría es moderna, porque sólo en esta sociedad un conjunto de actividades antes consideradas heterogéneas pasan a entenderse como “trabajo”, que es una categoría unificadora y homogeneizadora. Aquí no me detuve en un análisis filológico e histórico respecto a la conformación del concepto, sino que me interesó ante todo entender el tipo específico de relaciones sociales con las cuales se vincula.

Por lo demás, no me parece que el uso del término “trabajo”, incluso para estudiar a otras sociedades, sea *a priori* incorrecto, siempre que se tomen las debidas precauciones para no proyectar acríticamente sobre ellas nuestro propio modo de pensar. Hasta cierto punto

resulta inevitable si tenemos en cuenta que hoy ya no podemos sostener, como creían los viejos positivistas, que se estudia e investiga desde un no-lugar neutral. Y muy bien sabemos que el propio lenguaje que utilizamos –parte esencial del entramado de nuestra vida social– nos condiciona inevitablemente cuando pensamos. En ese sentido, podemos utilizar la categoría “trabajo” para referirnos, por ejemplo, a las actividades productivas de una determinada sociedad. De hecho, yo también incurrí en ese recurso: no sólo utilicé la categoría para referirme a otras sociedades, sino que también la mantuve cuando aludí a la posibilidad de “otro trabajo” en una sociedad pos-capitalista. Pero el problema, según intenté plantear, se encuentra en cierto uso de la categoría, por el cual o bien una idea transhistórica de “trabajo” es utilizada para interpretar críticamente las sociedades modernas capitalistas (por ejemplo, el planteo arendtiano sobre el “naturalismo” de las sociedades modernas), o bien determinadas características que le corresponden al “trabajo abstracto” como relación social fundante de estas sociedades son atribuidas al “trabajo” entendido transhistóricamente y, por añadidura, a las actividades productivas humanas en general (por ejemplo, la idea habermasiana del trabajo como “acción instrumental”).

El recorrido realizado hasta aquí –especialmente al haber puesto en discusión la categoría de “trabajo”– será de gran ayuda para la próxima parte de esta tesis, donde volveremos a encontrar varios de los problemas tratados en ésta. Tendremos también la oportunidad de ampliar varias cuestiones que aquí apenas quedaron esbozadas. Y lo haremos en el marco de una discusión que toma como referencia una coyuntura histórica bastante más precisa pero en la que la categoría de “trabajo” y la crítica de la misma siguen siendo protagonistas.

## **SEGUNDA PARTE:**

### **LA CRÍTICA TRADICIONAL DEL TRABAJO REVISITADA: LAS TESIS SOBRE EL “FIN DEL TRABAJO”**

En *La condición humana*, Hannah Arendt llegaba a entrever, con un profundo pesimismo, lo que podía ser el futuro próximo de la sociedad moderna:

se trata de una sociedad de trabajadores que está a punto de ser liberada de las trabas del trabajo, y dicha sociedad desconoce esas otras actividades más elevadas y significativas por cuyas causas merecería ganarse esa libertad (...) Nos enfrentamos con la perspectiva de una sociedad de trabajadores sin trabajo, es decir, sin la única actividad que les queda. Está claro que nada podría ser peor.<sup>189</sup>

---

189 Ob. cit., p. 17.

Casi tres décadas después, hacia mediados de los '80, Habermas iba más lejos y se animaba a sentenciar la realización de este pronóstico:

La utopía de la sociedad del trabajo ya no tiene poder de convicción y no sólo porque las fuerzas productivas hayan perdido su inocencia o porque la abolición de la propiedad privada de los medios de producción por sí sola no desemboque en la autogestión obrera. Sobre todo, la utopía ha perdido su punto de contacto con la realidad: la fuerza del trabajo abstracto, capaz de construir estructuras y de transformar la sociedad.<sup>190</sup>

En este contexto, la de Habermas no era una voz solitaria. En efecto: desde esta década tiene lugar un debate intelectual –con epicentro en los países desarrollados– en torno de los planteamientos de una serie de autores que, desde distintas perspectivas, sostienen que el trabajo está perdiendo la centralidad que supo tener en la vida social y/o económica de las naciones industrializadas. Algunos de ellos llegan incluso a anunciar un inminente “fin del trabajo”. El propósito de esta parte es realizar un examen crítico de estos planteos; veremos en particular cómo en muchos de ellos reaparecen explícita o implícitamente algunos de los supuestos característicos de lo que llamamos “crítica tradicional del trabajo”.

---

190 HABERMAS, Jürgen, “La crisis del Estado de bienestar...”, ob. cit.

## **CAPÍTULO TERCERO**

### **REVISIÓN CRÍTICA DE LAS TESIS SOBRE EL “FIN DEL TRABAJO”**

Adoptamos aquí la expresión “fin del trabajo” por simples razones de convención, ya que de hecho es con este rótulo que en general se han dado a conocer y se han discutido las tesis de los autores que se estudian en este capítulo. La expresión proviene del título del famoso libro del economista norteamericano Jeremy Rifkin; sin embargo, no es adoptada en general por otros autores rubricados en esta posición, como Gorz, Méda y Offe. A propósito: en esta investigación interesa que quede claro que no estamos ante un conjunto de posiciones homogéneas (aunque muchos críticos de las mismas las traten como tales) sino ante perspectivas que resultan sumamente diversas en muchos aspectos. Haremos justicia a este punto haciendo un repaso crítico de los planteos de cada uno de los autores.

¿Qué es, entonces, lo que justifica utilizar el mismo rótulo para caracterizar estas posiciones en varios sentidos heterogéneas? ¿Cuáles serían los ejes comunes que las atraviesan permitiendo así su abordaje conjunto? Para una primera aproximación a esta cuestión, necesitamos introducir brevemente algunas referencias respecto del contexto histórico en el que surgen estos planteamientos, y la peculiaridad de la posición que asumen en relación a los problemas que este contexto trae aparejados.

#### **I. Posicionamientos político-ideológicos frente a un contexto crítico**

El contexto histórico específico en el que se plantean las tesis sobre el “fin del trabajo” es sin lugar a dudas el escenario que se abre, en las economías desarrolladas en particular, con la crisis que el capitalismo sufre desde principios de la década del ‘70. Existe una vasta bibliografía que analiza desde diferentes puntos de vista el conjunto de transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales que tienen lugar tras esta crisis. Algunas de las mismas, en particular las referidas al “mundo del trabajo”, serán abordadas en esta parte a propósito de la discusión con las tesis sobre el “fin del trabajo”, y especialmente, ya de un modo más “positivo”, en la tercera parte. Cabe aclarar que dada la naturaleza de esta tesis, no se procederá a una exposición sistemática y detallada de estos cambios, sino que interesará pensarlos en relación a su (posible) impacto para una teoría crítica del trabajo en las sociedades modernas. Aunque se tomarán como fuentes investigaciones e informes de

naturaleza empírica, la contribución que se pretende hacer aquí es, insisto, de naturaleza teórica.

Dado que por el momento lo que interesa es introducir el contexto de la discusión sobre el “fin del trabajo”, haremos una breve descripción de los cambios que tienen lugar durante las tres décadas que siguen a la crisis. Como afortunadamente ocurre casi siempre en las ciencias sociales, no hay un acuerdo unánime, dentro de la frondosa bibliografía que aborda el tema, respecto de las causas y naturaleza de la crisis; tampoco lo hay en relación a la magnitud de los cambios que tienen lugar tras ella. No obstante, una serie de factores que denotan una transformación importante son en general aceptados, aunque no se acuerde sobre su alcance, profundidad, ni mucho menos respecto a su encuadre para una comprensión global del fenómeno. Pasaremos a enumerar los cambios que resultan más significativos para entender dichos planteamientos, no sin antes hacer una breve descripción de la crisis.

La crisis de los años '70 implica, si no una ruptura, al menos un cambio importante respecto de las tendencias generales que siguieron las economías desarrolladas (y en relación a ellas, en parte también las subdesarrolladas y en vías de desarrollo) durante el período de posguerra. Cabe recordar que tras los acuerdos de Bretton Woods (1944) y la reconstrucción de Europa impulsada por EEUU con el Plan Marshall (1947), se inició un período de varios años (conocidos como “los treinta gloriosos”) de auge económico en los países capitalistas industrializados, con fuertes tasas de crecimiento (cerca del 5% anual en los países de la OCDE), pleno empleo, moderados índices de inflación y relativa estabilidad económica a nivel mundial.<sup>191</sup> Es en este período que se consolida el llamado “Estado de bienestar”, que busca complementar el crecimiento económico con una mejora en el ingreso de los trabajadores y que, particularmente, extiende y profundiza una red de seguridad laboral y social, fundamental para la protección de una clase de por sí vulnerable, la asalariada. De lo que se trataba era, en términos generales, de favorecer la acumulación de capital y a la vez el crecimiento relativo de los ingresos y prestaciones recibidos por los trabajadores, en el marco –no hay que olvidar– de la guerra fría y la consiguiente disputa del occidente capitalista (liderado por EEUU) con el socialismo de la Unión Soviética y sus aliados.

La crisis se inicia entre fines de la década del '60 y principios de la del '70. Comienza a manifestarse con la desaceleración del crecimiento económico, el aumento de la inflación, el incremento del déficit fiscal y comercial (especialmente en EEUU) y un creciente desempleo en varios países desarrollados. Esto condujo a un cuestionamiento fuerte de las políticas

---

191 Véase RAPOPORT, Mario y BRENDA, Noemí, *Las grandes crisis del capitalismo contemporáneo*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2010, p. 35.

keynesianas y del Estado de Bienestar, que en particular para los neoliberales eran, junto con el crecimiento de los salarios, los culpables de la situación.<sup>192</sup> Cabe recordar en este punto que la crisis estuvo precedida por las revueltas y luchas de estudiantes y obreros de la década del '60, a las cuales por lo general se respondió en primera instancia con un aumento de las retribuciones directas e indirectas.

Lo que empezaba a ocurrir en los años de la crisis era que las tradicionales recetas keynesianas para impulsar el crecimiento (promover la demanda efectiva mediante el gasto público y el abaratamiento del crédito) generaban inflación y crecimiento del déficit sin recomponer completamente las tasas de crecimiento. Según señalan algunos autores, esto se debía a que la crisis no provenía de una insuficiencia de la demanda efectiva, sino de una caída de las tasas de ganancia, la cual obedecía a otras causas. Probablemente la más importante sea el agotamiento de las tecnologías que habían impulsado el crecimiento desde los años veinte –incluyendo al fordismo como modo de organizar técnicamente el proceso productivo–, que se manifestaba en particular en la necesidad de invertir un monto creciente de capital para obtener un determinado aumento en la producción.<sup>193</sup> Así, hacia los '70 las tasas de aumento de la productividad del trabajo comienzan a descender en la mayor parte de los países desarrollados. En relación a esto, es importante destacar además la ya mencionada conflictividad laboral y social y el auge del poder sindical durante la década del '60 (también en el llamado Tercer mundo), que impulsaron una distribución del ingreso relativamente favorable a las clases populares.<sup>194</sup> Finalmente, otros factores que explican la crisis son la creciente competencia internacional entre EEUU, Europa Occidental y Japón, y los costos políticos y militares que para EEUU tuvo la guerra de Vietnam, así como el sostenimiento de la carrera armamentista y espacial con la Unión Soviética.<sup>195</sup>

En 1971, Nixon anuncia el fin de la convertibilidad oro-dólar, desafiando de este modo al orden monetario internacional de Bretton Woods. De hecho, la desconfianza hacia la paridad oro-dólar había comenzado a fines de la década anterior, y se acentuó a medida que se profundizaba el déficit de la balanza de pagos de EEUU. La medida de Nixon buscaba la

---

192 Véanse *ibíd.*, pp. 219-220; y ARCEO, Enrique, “El fin de un peculiar ciclo de expansión de la economía norteamericana. La crisis mundial y sus consecuencias”, en ARCEO, Enrique, BASUALDO, Eduardo y ARCEO, Nicolás, *La crisis mundial y el conflicto del agro*, Buenos Aires, La Página, 2009, pp. 14-15.

193 Véase ARCEO, Enrique, *ob. cit.*, p. 14.

194 Sobre la importancia de las luchas obreras en este período para la comprensión de la crisis posterior, véase en particular ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos del trabajo*, *ob. cit.*, pp. 26-32.

195 Véase RAPOPORT, Mario y BRENTA, Noemí, *ob. cit.*, pp. 35-36.

devaluación del dólar frente a las monedas de los otros países.<sup>196</sup> En 1973, el estancamiento económico se profundiza en las principales economías desarrolladas. Se produce una crisis mundial en los mercados inmobiliarios y graves dificultades en las instituciones financieras; al mismo tiempo, la decisión de la OPEP de aumentar el precio del petróleo implicó de inmediato un encarecimiento de los insumos energéticos para todos los segmentos de la economía, además de fomentar la inestabilidad financiera por el excedente de los llamados “petrodólares”. Se abría entonces un peligroso escenario de “estanflación” (estancamiento en la producción de bienes y servicios y elevados aumentos de precios).<sup>197</sup>

Durante los años siguientes de esta década, y en la posterior, van teniendo lugar una serie de reestructuraciones y reajustes políticos, económicos e incluso culturales que progresivamente van dejando atrás el viejo orden de posguerra. El *empleo* es, sin lugar a dudas, una de las variables que sufren un mayor impacto. El fenómeno más dramático e impactante es el de la *desocupación*. Los ‘80 en particular fueron una década de desocupación elevada, sobre todo en comparación con las décadas anteriores. Según un informe de la OCDE, en esta década la desocupación promedio en estos países asciende al 7,3%, cuando en la década del ‘60 y en la segunda mitad de la del ‘70 esta cifra había sido aproximadamente del 5%. Pero es en Europa donde el fenómeno es más notable, con una desocupación promedio del 9,2% (mientras que EEUU mantuvo un 7,2%). En algunos países el desempleo llega a ser particularmente elevado: España (17,5%), Irlanda (15,2%), mientras que en Italia, Francia y el Reino Unido los niveles rondan el 10% (casi duplicando las cifras de las décadas anteriores). Para complicar más el cuadro, la relevancia del desempleo de larga duración (un año o más) sobre el total también aumenta, ante todo en los países europeos, donde su incidencia llega al 52% durante la década (contra el 31,5% en 1980).<sup>198</sup> En el decenio 1992-2002, el desempleo en los países europeos que integran la OCDE se mantuvo en el 9,1% promedio, mientras que bajó en EEUU al 5,4%.<sup>199</sup>

Otro fenómeno, menos espectacular pero tal vez más importante que el anterior, es el crecimiento en casi todos los países de *formas “atípicas” de empleo*, que a su vez es un indicio de una mayor *precarización* de la fuerza de trabajo. El mismo informe de la OCDE

---

196 *Ibíd.*, pp. 223-226.

197 Véase HARVEY, David, *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2008, p. 168.

198 Véase OCDE, “A review of labour markets in the 1980s.” [en línea], en *Employment Outlook 1991*, cap. 2. En: <http://www.oecd.org/dataoecd/47/4/4348922.pdf> (último acceso: noviembre de 2013).

199 Véase OCDE, *Employment Outlook 2005* [en línea], p. 20, en <http://img.scoop.co.nz/media/pdfs/0506/OECD.pdf> (último acceso: febrero de 2012).

señala que durante la década del '80 se produce, en gran parte de los países del área, un aumento importante del trabajo a tiempo parcial (particularmente en Alemania, el Reino Unido, Francia, Irlanda y los Países Bajos) y del autoempleo (por ejemplo en el Reino Unido, EEUU, Italia y Portugal), y los toma como indicios de una tendencia a la precarización del empleo.<sup>200</sup>

En la década de los '80 y los '90 una palabra se pone de moda en el vocabulario empresarial e incluso en el de los organismos internacionales: *flexibilidad*. Se supone que el mercado laboral tiene que dejar atrás sus “rigideces” y los trabajadores adecuarse al nuevo imperativo. Según Castells, este es el fenómeno laboral realmente novedoso que se va gestando en el período 1983-1998. Los modelos flexibles de empleo implican diversos elementos, que pueden darse conjuntamente o no: flexibilidad en la jornada laboral (no limitada a las 35-40 hs. trabajadas durante todo el año), en la estabilidad del empleo (trabajo orientado a la tarea, sin garantías de permanencia futura), en la localización (trabajadores que desempeñan parte de sus tareas fuera de la empresa, sea en su casa, sea en otra empresa que subcontrata a la suya, etc.) y en los modos de contratación, que tienden a individualizarse con cláusulas especiales estipuladas entre trabajadores y empresarios por fuera de los convenios colectivos.<sup>201</sup> Castells también registra en el período un aumento, para la mayoría de los países de la OCDE, del número de trabajadores a tiempo parcial (excepto en EEUU y Dinamarca), especialmente en las mujeres. Otro tanto ocurre con la proporción de trabajadores eventuales y autoempleados.<sup>202</sup>

La exigencia de flexibilidad refiere tanto a los modos de contratación de la fuerza de trabajo, como a la modalidad técnico-organizativa en que se ejecutan las tareas (en términos marxianos, el “trabajo concreto”). Respecto a este último punto, hay que destacar también la crisis de los modelos fordistas y tayloristas en la organización del trabajo, que sin desaparecer, en muchos casos son reemplazados o combinados con otros más “flexibles”, por ejemplo el toyotismo japonés. Los sistemas que van surgiendo, que apuntan a la producción de series más cortas e individualizadas de productos, implican también una modificación en las pautas de consumo, que se hacen menos estandarizadas y más cortas en su duración,

---

200 Véase OCDE, “A review of labour...”, ob. cit., pp. 44-53.

201 CASTELLS, Manuel, *La era de la información, Vol. I*, ob. cit., pp. 322-323.

202 *Ibid.*, pp. 323-326. Sobre el fenómeno de la precarización, véase también CASTEL, Robert, *Las metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós, 2006, pp. 404 y ss. Castel coincide en que este fenómeno es más importante y decisivo –para marcar el cambio de época–, que el de la desocupación, que sin embargo resulta más dramático para quienes lo padecen y por lo tanto puede ser proclive al sensacionalismo.

siguiendo los cada vez más acelerados ciclos de las modas.<sup>203</sup> Volveremos sobre estas cuestiones en la tercera parte.

Aunque no hay un acuerdo unánime respecto a los alcances de las transformaciones en el mundo del trabajo, sí hay un consenso bastante general, dentro de la bibliografía que estudia el tema, respecto a que estos fenómenos, junto con otros, estarían indicando una progresiva erosión del sistema económico y social que había signado al período de posguerra.<sup>204</sup> Castel plantea que esta erosión conlleva una crisis de la llamada “relación salarial”, es decir, aquella que implicaba un compromiso a largo plazo de la persona con su puesto de trabajo, con la contrapartida de ciertos beneficios que le eran garantizados (prestaciones sociales, seguridad en el empleo, ascensos progresivos, etc.).<sup>205</sup> La inseguridad y la incertidumbre respecto al futuro, que la “sociedad salarial” había matizado, se presentan de este modo como rasgos característicos de la nueva situación.

Estas transformaciones estuvieron acompañadas por el *ascenso del neoliberalismo*, que gana poder tanto dentro de la propia disciplina económica (y de allí irradia su influencia al resto de las ciencias sociales), como entre los grupos empresariales, los organismos financieros internacionales (como el FMI) y el poder político (Thacher en Inglaterra y Reagan en EEUU son sus emblemas en la década del ‘80). El neoliberalismo embiste en particular contra el llamado “Estado de Bienestar” o “Estado social”: emprende un amplio programa de privatización de servicios públicos (el thacherismo y el menemismo son ejemplos paradigmáticos), fomenta la desregulación de los mercados financieros y, con particular virulencia, promueve las políticas de flexibilidad laboral, mediante la desregulación del mercado de trabajo entre otros medios. Las políticas neoliberales atacan, además, las recetas de fomento del pleno empleo características del keynesianismo; plantean que existe una “tasa natural de desempleo” que no puede disminuirse sin fomentar un proceso inflacionario, y sostienen en consecuencia que la principal política económica

---

203 Sobre la crisis del taylorismo y el fordismo, véanse por ejemplo: HARVEY, David, *La condición...*, ob. cit., cap. 9; y NEFFA, Julio, *Los paradigmas productivos taylorista y fordista y su crisis*, Buenos Aires, Lumen, 1998, tercera parte.

204 Período que tampoco habría que idealizar. La expresión “los treinta gloriosos” puede conducir a olvidar que en este período no estuvieron ausentes los conflictos (piénsese en las revueltas de los ‘60), ni las exclusiones y desigualdades (por ejemplo, la implicada por el modelo del trabajador blanco, masculino, etc.). Por no hablar del colonialismo, la explotación del tercer mundo, etc.

205 Véase CASTEL, Robert, ob. cit., pp. 405-406.

concierno al control de la masa monetaria para evitar la inflación, a la cual debería subordinarse cualquier otro propósito.<sup>206</sup>

Una de las condiciones históricas de posibilidad para esta gran transformación la constituye el cambio tecnológico que tiene su origen también en la década de los '70. Se trata del *desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación* (TICs.). El cambio sociotécnico que implican –que de hecho se comienza a consolidar recién en la década de los '90– es de tal magnitud que autores como Castells entienden que, después de las dos revoluciones industriales, estamos ante una tercera revolución, ahora ya no impulsada por novedosas fuentes de energía sino por las tecnologías de la información basadas en la electrónica (la microelectrónica, los ordenadores y las telecomunicaciones), a las que hay que agregar la biotecnología.<sup>207</sup> La introducción de estas tecnologías en los procesos productivos ha acarreado cambios de gran magnitud, pero los alcances e incluso la naturaleza de los mismos es una cuestión en discusión. Veremos en particular que los sostenedores de las tesis sobre “el fin del trabajo” tienden a concentrarse en un efecto en particular: la (supuesta) automatización de los procesos productivos, que estaría conduciendo a una sociedad de parados.

Para completar esta escueta enumeración, cabe hacer unas breves alusiones a otros procesos más que la bibliografía suele mencionar respecto a la transformación antedicha, y que encontraremos en algunos análisis de los teóricos del “fin del trabajo”. En primer lugar, la *expansión del sector servicios o terciarización de la economía*. En sí mismo, el fenómeno no es completamente novedoso, ya que venía desplegándose al menos desde la década del '20. Lo que sí ha llamado la atención es que en este momento dicha expansión comienza a desarrollarse a expensas de la industria y no sólo de la agricultura, lo cual ha dado lugar a las teorías sobre el “posindustrialismo”. Así, en el período 1970-1990 hay un retroceso del empleo industrial en todos los países centrales, aunque desparejo. Por ejemplo, es particularmente pronunciado en el Reino Unido, EEUU e Italia, pero leve en Japón y Alemania, mientras que Canadá y Francia ocupan posiciones intermedias.<sup>208</sup> La discusión sobre el “posindustrialismo”, empero, está lejos de haber quedado saldada. Más adelante trataremos la cuestión con mayor atención.

---

206 Véanse: BRENTA, Noemí y RAPOPORT, Mario, ob. cit., pp. 258-265; y LO VUOLO, Rubén, “La economía política del ingreso ciudadano”, en LO VUOLO, Rubén y otros, *Contra la exclusión: la propuesta del ingreso ciudadano*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2004, pp. 122-127.

207 Véase CASTELLS, Manuel, ob. cit., cap. 1.

208 Véase ibíd., pp. 263-264.

Un segundo elemento que suele mencionarse es el de la relativa *pérdida de poder de la clase obrera y, en particular, de las organizaciones de trabajadores*. El alcance del fenómeno es objeto de una larga discusión que aquí no se pretende saldar. Además, hay grandes diferencias entre los países al respecto. No obstante, puede mencionarse que, en líneas generales, los elevados índices de desempleo funcionaron como un disciplinador social efectivo; la mayor precariedad y la heterogeneidad de situaciones laborales resultantes hicieron otro tanto. Por otro lado, la tasa de sindicalización disminuyó en la mayor parte de los países centrales,<sup>209</sup> entre otras razones debido a la caída del empleo en ramas tradicionalmente “sindicalizadas”, la cual no fue compensada por la afiliación en las nuevas ramas, particularmente las de servicios.<sup>210</sup> Lo cierto es que se trata de un período en el que la idea de un progreso indefinido en las retribuciones salariales es puesta en cuestión. EEUU es el ejemplo paradigmático: desde los ‘70 los salarios reales de los trabajadores prácticamente están estancados.<sup>211</sup>

Cabe, finalmente, al menos mencionar otros procesos relevantes que tienen lugar en el período: la *desregulación y mundialización financiera* y la mayor importancia de este sector en el conjunto de la economía;<sup>212</sup> la *intensificación del comercio mundial*;<sup>213</sup> la *transnacionalización de los capitales* junto con el mayor poder de las grandes corporaciones multinacionales, lo cual además ha favorecido la extensión de prácticas como la deslocalización de ciertos segmentos de la producción hacia países con costos laborales más

---

209 Según De la Garza, entre 1985 y 1995 la tasa de afiliación en el mundo disminuyó en más del 20% en el 52,3% de países y entre 5% y 20% en otro 24,6% de casos; mientras que solamente en el 13,9% de los países hubo un incremento de la tasa. Véase DE LA GARZA, Enrique, “¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?”, ob. cit., p. 9.

210 Véase OIT, *Cambios en el mundo del trabajo* [en línea], Memoria del Director General, Ginebra, 2006, p. 66. En: <http://www.oit.org/public/spanish/standards/relm/ilc/ilc95/pdf/rep-i-c.pdf> (último acceso: febrero de 2012).

211 EEUU es, de hecho, el ejemplo por excelencia de las consecuencias a las cuales conducen las políticas neoliberales: estancamiento de los salarios de los deciles más bajos y aumento de la desigualdad. En el período 1973-1997, la evolución de la renta familiar anual estuvo prácticamente paralizada (0,6% promedio entre 1973-79, 0,4% entre 1979-89 y sólo 0,1% entre 1989-97, contra el 2,8% del período de posguerra). Los trabajadores con menores remuneraciones llevaron la peor parte, experimentando una baja anual promedio del 0,4%. La desigualdad aumentó notablemente en el período: medida por el índice de Gini, pasó de 0,399 en 1967 a 0,45 en 1995 (Véase CASTELLS, Manuel, *La era de la información, Vol. 3: Fin de Milenio*, Madrid, Alianza, 2006, p. 158-162).

212 Estos procesos dieron lugar a la formación, por primera vez, de un mercado mundial para el dinero y el crédito (véase HARVEY, David, ob. cit., pp. 184 y ss.). Ahondaremos en el fenómeno de la “financiarización” de la economía en el capítulo quinto, parágrafo V.

213 Entre 1960 y 2002, la contribución de las importaciones y exportaciones al PBI mundial se duplicó, pasando del 24 al 48% (véase OIT, *cambios en el mundo del trabajo*, ob. cit., pp. 10-11).

bajos (en especial, a aquellos en proceso de desarrollo como China, India, México, etc.);<sup>214</sup> y el *aumento de la desigualdad*, tanto en los países desarrollados como en los del llamado “tercer mundo”, así como entre los dos grupos.<sup>215</sup>

Como señalaba antes, los distintos argumentos sobre el “fin del trabajo” tienen que analizarse teniendo en cuenta que se plantean en este convulsionado contexto, en el cual el capitalismo está sufriendo una importante transformación cuyas repercusiones, por cierto, llegan hasta nuestros días. Lo que mejor permite demarcar y delimitar estos planteamientos es, justamente, el tipo de posición que asumen frente al mismo, diferenciable tanto de las posturas neoliberales como de las socialdemócratas, así como también de las del marxismo tradicional. En el afán de introducir en general la cuestión, me voy a permitir ser esquemático respecto a la caracterización de estas distintas posiciones.

Como ya apuntamos, los neoliberales toman como adversario fundamental al Estado Social o de Bienestar de la posguerra, así como a las políticas keynesianas que en parte lo sustentaban. Plantean entonces que la intervención del Estado en la economía mediante políticas expansivas genera inflación, por lo cual sostienen que debe controlarse severamente la emisión monetaria. En particular, entienden que las políticas de fomento del empleo desde el Estado también están condenadas al fracaso, fundamentalmente porque conducen, al menos en el mediano plazo, a un aumento en espiral de la inflación, tal como planteaban el economista de la Escuela de Chicago Milton Friedman (que sustenta la existencia de una “tasa natural de desempleo”) y los sostenedores de la “teoría de las expectativas racionales”. En consecuencia, los neoliberales suponen que la desocupación se debería paliar eliminando las “rigideces” del mercado laboral (políticas de flexibilización y desregulación) y fomentando, en lugar del lado de la demanda, el de la oferta de bienes (bajando los impuestos de las empresas, generando un marco jurídico favorable a la inversión privada, estabilizando el valor de la moneda, etc.).

---

214 Véanse ibíd., p. 13; y NEFFA, Julio, *Los paradigmas...*, ob. cit., pp. 146 y ss. En el capítulo cuarto, párrafo IV, nos explayaremos un poco más sobre esta cuestión.

215 Según un informe de la OIT, de una muestra de 73 países (tanto desarrollados como en desarrollo y en transición) para los cuales se cuenta con datos, comparando el decenio de 1960 con el de 1990 la desigualdad había aumentado en 48 de ellos y sólo había disminuido en 9. De entre los 22 países desarrollados tomados en la muestra, la desigualdad había aumentado en 21 de ellos (véase OIT, *Por una globalización justa: crear oportunidades para todos* [en línea], Informe de la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, Ginebra, 2004, p. 48. En: <http://www.ilo.org/public/spanish/wcsdg/docs/report.pdf> (último acceso: febrero de 2012). Para una visión global del fenómeno, véase CASTELLS, Manuel, *La era de la información*, Vol. 3, ob. cit., pp. 101-110.

Llamo “socialdemócratas”, de un modo ante todo didáctico, a aquellos que mantienen, en el nuevo contexto, la idea de que es posible y necesario reeditar, con distintas variantes y reformas, el Estado Social de posguerra. Estas posturas pueden tener distintos matices, pero todas toman como modelo el período de los “treinta gloriosos” y entienden que, tras los ajustes necesarios –respecto de los cuales hasta podría haber acuerdos con los neoliberales– sería posible reponer las bases del Estado Social, junto con el consenso social que implicaba. Planteamientos de este tipo suponen que la situación turbulenta abierta con la crisis, particularmente en el mercado laboral, resulta coyuntural y, por tanto, superable.

Los distintos autores que plantean las tesis del “fin del trabajo” mantienen una posición que implícita o explícitamente se distancia de estas dos conocidas posturas. En principio, sostienen que ambas compartirían un punto no cuestionado: el lugar central del trabajo. En la visión socialdemócrata predominante en la posguerra esto es claro: el trabajo asalariado es el eje sobre el cual reposan las retribuciones, las políticas de aseguramiento social y las expectativas de progreso individual y general. De ahí la importancia social que adquieren las políticas keynesianas orientadas al pleno empleo. Es por esta razón que Castel a este modo histórico de estructuración de la vida social, que tiene como núcleo ordenador el empleo asalariado, lo denomina “sociedad salarial”.<sup>216</sup>

Pero contra lo que se podría suponer a primera vista, la visión neoliberal no se basa menos que aquella en el lugar central otorgado al trabajo (asalariado). Es cierto que cuestiona hasta cierto punto las políticas orientadas a promover el pleno empleo. Pero de ninguna manera cuestiona la premisa de que el trabajo asalariado debe ser el eje en torno al cual se determinan las retribuciones personales (al menos para aquellos que no tienen otra cosa que vender más que su fuerza de trabajo). De hecho, hasta tiende a exacerbar este lugar. La idea de un mercado de trabajo flexible y desregulado –el ideal neoliberal– no hace más que reponer la vieja concepción liberal del contrato de trabajo como un simple acuerdo entre particulares, sin más regulaciones que las decididas “libremente” por las partes.

De ahí que el propósito de individualizar las relaciones sociales, de reducirlas a un conjunto de contratos individuales, esté en el centro de las políticas neoliberales. La tentativa de eliminar las garantías y protecciones sociales que signaron el Estado Social está guiada por el imperativo de reponer de lleno el clásico sujeto liberal, aquel que se hace a sí mismo por medio de sus capacidades. Este es el núcleo de la teoría neoliberal del “capital humano”:<sup>217</sup> cada cual debe invertir su capital (sus capacidades, aptitudes, etc.) de la mejor manera posible de modo de maximizar sus ingresos (salarios). El trabajador es considerado,

---

216 Véase CASTEL, Robert, *Las metamorfosis de la cuestión social*, ob. cit., cap. 7.

entonces, un empresario de sí mismo, o sea, alguien que debe invertir en sus capacidades para incrementarlas y mejorarlas, procurando maximizar sus retribuciones. El trabajo, entendido como capital humano, sigue siendo para los neoliberales el centro desde el cual se determinan los ingresos y la participación de los individuos en la sociedad.

En líneas generales, los teóricos del “fin del trabajo” van a reaccionar contra ambas posturas. Por un lado, una vuelta a la “socialdemocracia” sería para ellos imposible por el desempleo y la precariedad, que habrían adquirido un carácter estructural e irreversible. Este carácter tienden a fundamentarlo en la automatización supuestamente impulsada por el uso de las nuevas tecnologías de la información. Por lo cual las alternativas se reducirían a dos: o se siguen los preceptos neoliberales, que conducirían a una exacerbación de la exclusión y la fractura social, o se piensan otras posibilidades de inserción social ya no basadas en el trabajo asalariado. Las propuestas en esta última línea son amplias y variadas: potenciar el tercer sector (por fuera del Estado y el mercado), repartir equitativamente el trabajo existente, establecer una renta universal (independiente del trabajo prestado), entre otras. En muchos casos, veremos que estas propuestas están acompañadas de críticas de diverso tipo al productivismo, al predominio de la razón instrumental, al dominio de la naturaleza, a la ideología que glorifica el trabajo, etc.; elementos que por cierto ni los planteos socialdemócratas ni los neoliberales suelen cuestionar.

Asimismo, algunos teóricos del “fin del trabajo” van a hacer críticas al marxismo, o por lo menos a ciertas ideas bastante difundidas dentro de esta corriente. Nuevamente, aquí el problema del trabajo está en el centro del debate. El cuestionamiento que en general se le dispensará al marxismo será que también coloca al trabajo en el centro de la vida social. No obstante, es evidente que la cuestión en este caso es más compleja. A contramano de las otras dos posiciones, en general el marxismo ha sido crítico del trabajo asalariado. Y sin embargo, autores como Gorz o Méda van a insistir en diferenciar sus posiciones respecto a ciertas ideas que imputan al marxismo.

Para cumplimentar dicho objetivo, seguirán distintas líneas argumentativas. Una tendrá que ver con cuestionar el concepto de “trabajo autónomo”, o sea, la postura según la cual la superación del capitalismo implica dejar atrás el trabajo asalariado, heterónimo, para abrir lugar a una sociedad fundada en el trabajo autónomo y libre. Gorz, por ejemplo, seguirá a Habermas en la idea de que esta posibilidad, dado el estadio de desarrollo actual de las fuerzas productivas, resultaría irrealizable. Otra línea argumentativa apuntará a señalar que

---

217 Sobre la teoría del “capital humano” en el neoliberalismo, véase FOUCAULT, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, FCE, 2007, pp. 255-274.

en el núcleo de la concepción marxista tiende a seguir predominando una visión productivista, economicista e instrumentalista de la vida social, que a su vez sería coherente con la insistencia en seguir colocando al trabajo como prototipo de actividad humana incluso superado el capitalismo. Nuevamente, aquí los planteos de Arendt y Habermas serán referencias centrales para estos cuestionamientos. Finalmente, una última línea tendrá que ver con interrogar la conceptualización de la clase obrera como supuesto sujeto revolucionario. Son todas cuestiones complejas que merecen un tratamiento detallado. Y que sobre todo, tendrán que ser encaradas a la luz del planteo que desde Marx hicimos en la primera parte, el cual dista en varios puntos fundamentales de la visión que estos autores tienen de él y el marxismo.

Esta contraposición con otras visiones nos permite tener un primer acercamiento a la especificidad de las tesis sobre el “fin del trabajo”. Podemos ver que un hilo conductor que todas comparten radica en el cuestionamiento de la centralidad del trabajo. Este cuestionamiento, no obstante, sigue líneas diversas en cada uno de los autores, a las cuales tendremos que prestar mayor atención.

## II. Principales expositores de las tesis sobre el “fin del trabajo”: una revisión crítica

En este apartado nos interesa abordar las posturas sobre el “fin del trabajo” en su heterogeneidad. Varios autores han tratado críticamente estos planteos. La cuestión que más ampliamente se les ha cuestionado es la de su sustento empírico.<sup>218</sup> Otros se han centrado en la viabilidad y pertinencia de sus propuestas. Robert Castel, por ejemplo, pone en duda la idea de que esté próximo el fin de la “sociedad salarial” no obstante su crisis, alertando además sobre los peligros de tal tentativa.<sup>219</sup> Finalmente, análisis cercanos al marxismo han intentado –con trabajos de mayor y menor elaboración y extensión– abordar además las cuestiones teóricas, particularmente en lo que concierne al concepto de “trabajo”.<sup>220</sup>

---

218 Véanse por ejemplo: CASTELLS, Manuel, *Le era de la información*, Vol. 1, ob. cit., pp. 301-321; DE LA GARZA, Enrique, “¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?”, ob. cit. Este artículo además hace una clara clasificación de las distintas cuestiones implicadas en la discusión, que en parte utilizamos en nuestro balance del parágrafo III de este capítulo. Para una exposición del debate, que incluye un escueto resumen de las posiciones de cada uno de los autores que intervienen en el mismo, véase NEFFA, Julio, *El trabajo humano*, ob. cit., segunda parte.

219 Véanse CASTEL, Robert, *Las metamorfosis...*, ob. cit., p. 466; y CASTEL, Robert, *El ascenso de las incertidumbres...* ob. cit., pp. 83-90.

220 El sociólogo brasileño Ricardo Antunes ha dedicado dos libros al tema: véanse ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos del trabajo*, ob. cit.; y ANTUNES, Ricardo, *Adiós al trabajo...*, ob. cit. Véanse además, entre otros, los siguientes artículos: HARRIBÉY, Jean-Marie, “El fin del trabajo: de la ilusión al objetivo”, en DE LA GARZA, Enrique y NEFFA, Julio (comps.), *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo*, Buenos Aires, CLACSO, 2001, pp.

La mayor parte de estos estudios hacen un análisis de tipo global y general de los planteos sobre el “fin del trabajo”; esto ha hecho, a mi juicio, que muchas veces se hayan perdido algunas especificidades importantes de los mismos. Y, lo que creo que es aún más problemático, se ha tomado el tratamiento que hace un autor en particular, para con él desechar el conjunto del debate, que de hecho tiene ricas y complejas aristas. Esto en parte ha sucedido porque el libro de Rifkin es el que popularizó la discusión hacia fines de la década de los ‘90, y por lo tanto muchas veces se lo ha tomado como posición emblemática, dejando en la sombra tratamientos como el de Gorz y Méda, que según creo son menos alarmistas y sensacionalistas en sus diagnósticos pero más profundos y complejos en sus ideas.

Me permito un paréntesis. Hace aproximadamente nueve años, cuando me empecé a interesar por el tema, el debate sobre el “fin del trabajo” todavía estaba presente, inclusive en nuestro país. En los años siguientes, fue desapareciendo de la discusión, hasta quedar, al día de hoy, prácticamente en el olvido. Los más optimistas pensarán que este devenir es un auténtico resultado del progreso científico que, tal como reza la metodología popperiana, desecharía las hipótesis falsas para acercarse al ideal de “verdad”. Personalmente, yo –que por cierto no comulgo con ninguna variante del positivismo lógico y soy algo escéptico respecto de la idea misma de “progreso científico”– mantengo mi desconfianza en relación a este olvido. Me pregunto, en particular, si no habremos quedado presos de la disyuntiva neoliberalismo/neodesarrollismo. Que por cierto (y a diferencia de algunos autodenominados “marxistas”) no considero “falsa” ni “ociosa”, menos hoy cuando, en el contexto de la actual crisis del capitalismo, pueden verse mejor que nunca los estragos del neoliberalismo y la necesidad de contrarrestarlo. Sin embargo, para el pensamiento crítico es siempre fundamental relativizar estas dicotomías, al menos para recordar que lo urgente no debe ocultar lo importante. Y creo que el debate sobre el “fin del trabajo” tiene mucho para decirnos, aún hoy, sobre nuestros problemas. Esta es otra razón por la cual, aunque seré muy crítico de estas ideas, pretendo también hacerles la debida justicia. Precisamente por eso no sólo voy a abordar a cada autor en sus especificidades, sino que sobre todo me voy a detener en los que resultan más interesantes y desafiantes para el pensamiento.

Dados nuestros objetivos, interesará analizar particularmente el modo en que cada uno de los autores articula el concepto de “trabajo”, su relación con el tipo de concepción que delinean respecto a la naturaleza de las sociedades modernas (capitalistas), el encuadre que

---

33-49; LAZZARATO, Maurizio, “El trabajo: un nuevo debate para viejas alternativas”, ob. cit.; y COLLIN, Denis, “Las tesis sobre «El fin del trabajo»: ideología y realidad social”, en *Herramienta*, N° 6 [en línea], 1998. En: <http://www.herramienta.com.ar/revista-impresa/revista-herramienta-n-6> (último acceso: 30/11/13).

hacen de la transformación reciente de estas sociedades y, finalmente, en qué medida sus planteos apuntan hacia un tipo de “crítica del trabajo” (teniendo en cuenta la discusión de la primera parte). Recién después de esta revisión de los autores, estaremos en condiciones de hacer un balance crítico de conjunto.

## **II.1. Jeremy Rifkin: la tercera revolución industrial, el determinismo tecnológico y el anuncio del fin del trabajo**

El primer planteo que vamos a abordar es el de Jeremy Rifkin, economista norteamericano que además ha sido consultor de empresas y de gobiernos; en particular, asesoró a la administración demócrata de Bill Clinton. Su libro *El fin del trabajo*, del año 1995, se convirtió en un *best seller*, dando lugar a amplios debates y controversias. Fue particularmente con él que la discusión sobre el “fin del trabajo”, que ya había comenzado en la década anterior, repercutió fuertemente en los medios intelectuales.

La tesis central de Rifkin es bastante simple: la tercera revolución industrial –que tiene como base de su desarrollo las tecnologías de la información y la comunicación, junto con la biotecnología– conllevaría un aumento notable de la productividad, acarreado a la vez una automatización de los procesos productivos en un nivel desconocido hasta ahora. Las nuevas tecnologías reemplazarían puestos de trabajo masivamente y, a diferencia de períodos anteriores, no habría sector productivo que pudiera contrarrestar esta tendencia. La automatización afectaría al sector primario, a la industria y –lo que resultaría novedoso– al sector servicios, que anteriormente venía absorbiendo el excedente de mano de obra de los otros sectores. El único sector que se encontraría en expansión sería el vinculado a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación que, no obstante, sólo podría tomar a su cargo una parte muy pequeña de la fuerza de trabajo que está siendo reemplazada por máquinas. Aunque Rifkin se detiene en particular en el caso norteamericano, extiende la validez de su hipótesis al resto de los países desarrollados (Europa occidental y Japón) e incluso a los países en vías de desarrollo.<sup>221</sup>

Según Rifkin, este proceso que elimina en masa puestos de trabajo es irreversible. En consecuencia, predice que nos acercamos a sociedades sin trabajo, en las que una pequeña élite ocupada en los sectores vinculados a la alta tecnología (aproximadamente el 20% de la población) tendrá frente a sí a una mayoría empobrecida, inempleable o precarizada, lo que conduciría a un aumento del crimen, de los disturbios sociales e incluso a una abierta lucha

---

221 Véase RIFKIN, Jeremy, *El fin del trabajo*, ob. cit., pp. 237-247.

de clases.<sup>222</sup> La alternativa a esta situación para Rifkin pasaría por un cambio de orientación en las políticas económicas y sociales. Si las aplicadas predominantemente hasta el momento (de corte neoliberal) han empeorado la situación contribuyendo a una mayor polarización de los ingresos, lo que habría que hacer es generar las condiciones para que los aumentos de productividad no sean aprovechados solamente por la élite económica (particularmente las multinacionales, los accionistas y los trabajadores de los sectores de punta) sino también por el conjunto de la sociedad.

Siguiendo este razonamiento, Rifkin propone dos medidas. En primer lugar, un reparto más equitativo del tiempo de trabajo, reduciendo la jornada laboral. Según señala este autor, esto es lo que se hizo en el pasado a medida que aumentaba la productividad: con la primera revolución industrial la jornada laboral se fue acortando de 80 a 60 horas semanales; en el siglo XX, tras la segunda revolución industrial, se llegó a las actuales 40 horas. No obstante, tras la tercera revolución industrial la jornada laboral no sólo no se acortó legalmente en EEUU, sino que incluso en la práctica los empleados estadounidenses estarían trabajando más en esta década (vía horas extra, reducción de las vacaciones, etc.) que hace cuarenta años. Una política tendiente a la reducción de la jornada laboral permitiría, por el contrario, un reparto más equitativo del tiempo de trabajo y por lo tanto de la renta, conllevando una distribución más justa de los aumentos de productividad.<sup>223</sup>

Rifkin promociona con especial énfasis una segunda iniciativa: la potenciación del llamado “tercer sector”, vinculado a la economía social y el voluntariado. Si el sector privado sólo podrá absorber una pequeña parte de la mano de obra, y el sector público, ahogado por el déficit fiscal, se halla bajo serios cuestionamientos por parte de la opinión pública – tomemos nota de que Rifkin hace acá una clara concesión a las críticas neoconservadoras al Estado de Bienestar– es en la ampliación del tercer sector donde se encontraría la válvula de escape a la crisis actual. Para fomentarlo, habría que implementar políticas que redirijan recursos desde la economía formal e incluso desde el Estado hacia el tercer sector. Esto podría hacerse mediante la aplicación de “salarios fantasma” para los ocupados en este sector –vía deducciones impositivas– e incluso, yendo más lejos, a través de la institución de un “salario social” –que además, al decir de Rifkin, reemplazaría a la “beneficencia estatal”– como contrapartida de los servicios dados en la economía social. La ampliación del voluntariado favorecería la cooperación dentro de las comunidades locales a la vez que abriría paso a la emergencia de una “era posmercado”, en la cual las relaciones mercantiles

---

222 Véase *ibíd.*, pp. 209-214.

223 Véase *ibíd.*, cap. 15.

perderían parte de su primado siendo gradualmente desplazadas por relaciones solidarias basadas en la ayuda mutua.<sup>224</sup>

Habiendo sintetizado el planteo de Rifkin, pasamos ahora a revisar críticamente algunos puntos sensibles del mismo.

### *II.1.a. Las TICs., el desempleo tecnológico y la precarización: ¿fin del trabajo o intensificación de la explotación?*

Un primer problema, el que de hecho más se ha abordado del planteo de *El fin del trabajo*, tiene que ver con la corroboración empírica de su hipótesis principal, según la cual las nuevas TICs. conllevarían un desempleo tecnológico estructural, permitiendo avizorar incluso el fin del trabajo asalariado. Rifkin basa su análisis fundamentalmente en opiniones de consultores y en casos particulares de empresas y sectores de algunas ramas productivas que han introducido nuevas tecnologías y despedido grandes masas de empleados. No obstante, las estadísticas globales de empleo no parecen apoyar la hipótesis de Rifkin. Ya señalamos que en el caso de EEUU hubo un aumento del desempleo en la década del '70 y uno aún mayor en la del '80. No obstante, en la década siguiente la desocupación bajó casi 2% en este país respecto a los '80, ubicándose en el 5,4%. El dato no es menor, sobre todo si se tiene en cuenta que EEUU encabeza la revolución tecnológica. Por lo tanto, si realmente las nuevas tecnologías destruyen empleos, es en este país donde más debería hacerse notar el desempleo tecnológico. Pero según señala Castells, es en las dos economías más desarrolladas tecnológicamente (EEUU y Japón) donde el empleo crece más rápidamente:

entre 1970 y 1992, la economía estadounidense creció en términos reales un 70% y el empleo, un 49%. La economía de Japón creció un 173% y su empleo, un 25%, mientras que la economía de la Comunidad Europea lo hizo en un 81%, pero con un aumento del empleo del 8% (...) Efectivamente, entre 1975 y 1999 los Estados Unidos crearon unos 48 millones de puestos de trabajo, y Japón 10 millones. En esos veinticuatro años, la Unión Europea creó únicamente 11 millones de nuevos puestos de trabajo, la mayoría de los cuales, hasta finales de los noventa, estaban en el sector público (...) el empleo empezó a crecer en Europa en 1997-1999, momento en el que los países europeos intensificaron la difusión de las tecnologías de la información en las empresas.<sup>225</sup>

Las tesis apocalípticas de Rifkin tampoco se cumplieron en el decenio siguiente. Entre 1998 y 2007 (año anterior al estallido de la crisis de las *subprime*) el desempleo bajó en

---

224 Véase *ibíd.*, caps. 17 y 18.

225 CASTELLS, Manuel, *La era de la información, Vol. 1*, ob. cit., pp. 307-308.

casi todo el mundo: 0,4% a nivel mundial, y 1,4% en las economías desarrolladas y la Unión Europea.<sup>226</sup>

Por otro lado, la población en edad de trabajar que se encuentra empleada (relación empleo/población) ha continuado siendo elevada durante todo el período, no avizorándose, en consecuencia, la llegada inminente de sociedades sin trabajo. En el año 2006, dicha relación se ubicaba en el 61,4% a nivel mundial, apenas 1,2% menos que una década atrás.<sup>227</sup> En 2004, este índice era en los países de la OCDE del 65,3%, algo más elevado incluso que en 1990. En EEUU, alcanzaba al 71,2% (1% menor a 14 años antes), mientras que en los países europeos de la OCDE era del 61,5% (con un incremento del 0,5% respecto a 1990).<sup>228</sup> Lo que sí viene ocurriendo en todo el mundo –aunque en diferente medida– es que la relación empleo/población disminuye en el caso de los hombres, pero aumenta significativamente en el caso de las mujeres, lo cual muestra otra tendencia notable: que los hombres son sustituidos por las mujeres en grandes segmentos del mercado laboral.<sup>229</sup>

Además, el trabajo asalariado sigue siendo dominante, especialmente en las economías desarrolladas. En el mismo año en que Rifkin publicaba su libro, la Población Económicamente Activa (PEA) asalariada respecto a la PEA total era todavía superior al 75% en América del Norte (EEUU y Canadá); en promedio, Europa experimentó una ligera disminución desde 1980, pero manteniendo tasas igualmente elevadas.<sup>230</sup> En Francia, por ejemplo, señala Castel que los asalariados representaban en 1998 el 86% de la PEA, cifras similares a las de mediados de los ‘70.<sup>231</sup> Es decir que no parece tener mucho sustento tampoco la hipótesis de que el trabajo asalariado en particular se esté haciendo marginal en las economías desarrolladas.

Señalar estos desfasajes entre la hipótesis del “fin del trabajo” y algunos indicadores del empleo no implica aceptar la teoría opuesta que Rifkin cuestiona, en definitiva apologética del actual orden de cosas, según la cual la adopción de las nuevas tecnologías conduciría por sí misma a un mundo de empleo para todos y abundancia garantizada. Tampoco conlleva soslayar los impactos que a nivel del empleo y de la economía en general podría estar produciendo la difusión de las nuevas tecnologías. Ni nos dispensa de repensar y cuestionar, incluso de un modo más radical que el que propone Rifkin, el lugar que el trabajo

---

226 Véase OIT, *Tendencias mundiales de empleo: enero de 2009*, OIT, Ginebra, 2009, p. 28.

227 Véase OIT, *Tendencias mundiales de empleo: enero de 2007*, OIT, Ginebra, 2007, p. 2.

228 Véase OCDE, *Employment Outlook 2005*, OCDE, 2005, p. 238.

229 Véase CASTELLS, Manuel, *La era de la información, Vol. 1*, ob. cit., p. 311.

230 Véase DE LA GARZA, Enrique, “¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?”, ob. cit., pp. 6-7.

231 Véase CASTEL, Robert, *El ascenso de las incertidumbres*, ob. cit., p. 83.

ocupa en nuestras sociedades. El problema se encuentra en la hipótesis general de que los trastornos en el mundo del trabajo y en la economía tienen como causa un desarrollo tecnológico cuyo despliegue, en lugar de estar mediado social y políticamente, se presenta como ineluctable. Esta hipótesis, además de que no parece ser corroborada empíricamente, conlleva consecuencias teóricas y políticas complejas de aceptar sin más discusiones. En particular, si el desempleo y la precarización de la fuerza de trabajo obedecen mecánicamente a un progreso tecnológico que al parecer ya no puede detenerse, resultan ser entonces resultados cuasi-naturales de los cuales ni los gobiernos, ni las empresas ni el sistema económico son responsables. En este sentido, como declama Castells, una hipótesis que a primera vista puede parecer progresista resulta ser en el fondo políticamente reaccionaria.<sup>232</sup>

Rifkin registra algunos fenómenos que tienen lugar en el período que va desde la crisis de la década del '70 hasta mediados de la de los '90, como el estancamiento de los salarios, el aumento de la desigualdad social, los recortes en las prestaciones sociales y el reparto de las ganancias de productividad a favor de los accionistas y las empresas, en desmedro de los trabajadores. A mi juicio, y tal como se sostendrá en el capítulo cuarto, resulta más adecuado interpretar estos fenómenos no como resultados del desarrollo tecnológico *per se* sino, principalmente, como manifestaciones de un nuevo patrón de acumulación centrado en una mayor intensificación de la explotación del trabajo. En el capítulo cuarto, veremos que el modo en que el capital salió de su crisis, cuya cara más visible era la caída de las tasas de ganancia, radicó no sólo en la adopción de las nuevas tecnologías; complementariamente con ello, procuró incrementar los niveles de explotación del trabajo mediante formas diversas de extracción combinada de lo que Marx llamaba plusvalor absoluto y relativo. Rifkin recoge algunas de estas cuestiones: señala que los aumentos de productividad del período fueron apropiados ante todo por las grandes empresas y los accionistas; también señala cómo las nuevas modalidades de organizar los procesos productivos (como el toyotismo) implican una intensificación del trabajo y por lo tanto una mayor explotación. No obstante, son apreciaciones que finalmente quedan solapadas por su hipótesis principal.

La extracción de una mayor cantidad de plusvalor se refleja por ejemplo, en las dos décadas que siguen a la crisis, en el estancamiento de los salarios reales y la consecuente extensión del tiempo de trabajo excedente. Como ya señalamos (y Rifkin registra este punto) los salarios reales crecieron en este período a tasas muy moderadas o se estancaron, y en

---

232 Véase CASTELLS, Manuel, "Globalización, tecnología, trabajo, empleo y empresa" en *La Factoría*, N° 7, La Rectoría, Colomers, 1997, p. 9.

algunos casos como en EEUU hasta retrocedieron para los deciles más bajos.<sup>233</sup> Al mismo tiempo, la duración e intensidad de la jornada laboral no sólo no se acortó sino que también tendió a extenderse. Y esto no sólo por la profusión de las llamadas “horas extras” y otros modos encubiertos de alargar la jornada laboral.

Es que con la llamada “globalización”, las grandes empresas deslocalizan segmentos de su producción; particularmente, una parte de la fabricación industrial se asienta en países en desarrollo donde abunda la mano de obra barata, como China, India y México; es un modo efectivo tanto para contrarrestar los reclamos sindicales en los países de origen como para incrementar rápidamente la apropiación de plusvalor absoluto y relativo. En este sentido, llama la atención que Rifkin registre la caída relativa y en algunos casos absoluta del empleo industrial en los países desarrollados, pero que no lo vincule con el hecho de que la industria se está trasladando a otras partes del mundo.<sup>234</sup> Nuevamente muestra aquí una mirada parcial, que se detiene en fenómenos del mundo desarrollado sin enmarcarlos en una perspectiva global, hoy más necesaria que nunca dado el proceso de globalización –que no es sólo de los intercambios sino, lo que es más importante desde una perspectiva marxista, de la misma producción.

De momento y a partir de estos elementos puede señalarse que, al menos como hipótesis heurística de los cambios acaecidos, la idea de una intensificación de la explotación del trabajo podría resultar más adecuada que la del “fin del trabajo”. En el capítulo cuarto

---

233 Sobre la moderación de los salarios en la década del ‘80 véase OCDE, *Employment Outlook 1991*, cap. 2: “A review of labour markets in the 1980s.”, ob. cit., p. 55; y HARVEY, David, *La condición...*, ob. cit., p. 173.

234 Según un informe publicado por la OIT, entre 1980 y 1994 tanto en los países desarrollados como en los países en vías de desarrollo disminuye el aporte de la agricultura al PBI y aumenta el aporte del sector servicios. En cambio, es en la manufactura donde los senderos de las dos regiones se separan: mientras que en los países desarrollados se produce una reducción del 24,2% al 22%, en los países en desarrollo hay una mayor participación de la manufactura en el PBI, que pasa del 19,4% al 24,2%. Véase BHORAT, Haroon y LUNDALL, Paul, *Employment and labour market effects of globalization: selected issues for policy management* [en línea], Ginebra, OIT, 2004, p. 13. En:

[http://www.ilo.org/empelm/pubs/WCMS\\_114330/lang--es/index.htm](http://www.ilo.org/empelm/pubs/WCMS_114330/lang--es/index.htm) (último acceso: febrero de 2012). En consonancia, las estadísticas de empleo por sectores siguen patrones similares: “entre 1970 y 1997, aunque los empleos en la manufacturación descendieron ligeramente en los Estados Unidos (de 19.367 a 18.657 millones) y de forma sustancial en la Unión Europea (de 38.400 millones a 29.919 millones), en realidad aumentaron en Japón y se multiplicaron por un factor entre 1,5 y 4 en la mayoría de los países en vías de industrialización, por lo que, en conjunto, los nuevos empleos en el sector de manufacturación en otros lugares superaron con mucho las pérdidas en el mundo desarrollado” (CASTELLS, Manuel, *La era de la información, Vol. 1*, ob. cit., p. 259). Evidentemente, las teorías sobre el “posindustrialismo” deberían ser revisadas a la luz de este fenómeno.

avanzaremos siguiendo y desarrollando esta idea. Ahora proseguiremos con el análisis crítico del planteo de Rifkin, hacia la elucidación de algunos supuestos teóricos que implícitamente operan en él.

### *II.1.b. Las imprecisiones en el concepto de “trabajo”: algunas consecuencias*

Una característica del libro de Rifkin radica en que, no obstante su título, no contiene análisis crítico alguno respecto al concepto de “trabajo”. El primer capítulo, llamado “El fin del trabajo”, comienza señalando:

Desde el principio de los tiempos, las civilizaciones han quedado estructuradas, en gran parte, alrededor del concepto de trabajo. Desde el hombre cazador y recolector del Paleolítico y el agricultor sedentario del Neolítico hasta el artesano del medioevo y el trabajador de cadena de producción de nuestros tiempos, el trabajo ha sido una parte esencial e integral de nuestra existencia cotidiana. En la actualidad, por primera vez, el trabajo humano está siendo paulatina y sistemáticamente eliminado del proceso de producción.<sup>235</sup>

Lo que hay que notar de este párrafo es que el concepto de “trabajo” es puesto como una suerte de constante transhistórica, cuya continuidad se vería interrumpida por un acontecimiento excepcional que, como reza el subtítulo de la obra, marcaría el “nacimiento de una nueva era”. Rifkin no hace pausa alguna en su discurso profético para marcar esa otra ruptura que nosotros, con Marx, desarrollamos en la primera parte: el nacimiento del “trabajo abstracto” como relación social fundamental del capitalismo y el estatuto mercantil que entonces asume la fuerza de trabajo. En consecuencia, no es en absoluto casual que luego de este inicio, Rifkin pase a identificar sin aclaración alguna el “trabajo” sin más especificaciones con el trabajo-mercancía, o sea, el trabajo asalariado, el cual supuestamente se estaría terminando.

Desde mi perspectiva, el problema que esto engendra no es meramente terminológico. En efecto, el determinismo tecnológico que guía el planteo de Rifkin no deja de estar conectado con el uso de un concepto transhistórico de “trabajo”. Una visión que reduce el trabajo moderno a una actividad que produce bienes, soslaya la conexión históricamente determinada entre el trabajo (abstracto), el valor como forma histórica de la riqueza y el capital, tal como se desarrolló en la primera parte. La consecuencia de esto es que los procesos económicos son leídos en una clave tecnológica antes que social. Para corroborar este punto, basta leer el capítulo cuarto de *El fin del trabajo*: toda la historia económica

---

235 RIFKIN, Jeremy, ob. cit., p. 23.

moderna, desde la primera revolución industrial, se reduce al progresivo pero incesante reemplazo del hombre por la tecnología, proceso que culminaría cuando las TICs., en los albores del siglo XXI, remueven en su camino un último obstáculo: la mente humana.

Dado este uso acrítico del concepto de “trabajo”, puede entenderse que en el tratamiento del economista norteamericano esté operando el supuesto habermasiano según el cual con el desarrollo del capitalismo la tecnología simplemente reemplaza al trabajo humano, transformándose en principal fuerza productiva. En un análisis tal, desaparece la distinción marxiana entre riqueza y valor, así como la conexión necesaria entre capital y trabajo. Con estos supuestos, la historia del capitalismo puede ser fácilmente narrada como un proceso meramente técnico, cuyo corolario es la desaparición del trabajo y el triunfo del capital como entidad monolítica. Cualquier similitud con los alegatos de época –del estilo del de Fukuyama– sobre “el fin de la historia” y el triunfo del capitalismo liberal, probablemente sea algo más que una coincidencia.

La idea de Marx según la cual la introducción de la tecnología permite la reducción del tiempo de trabajo necesario pero no para liberar tiempo de trabajo a la sociedad, sino para extender el tiempo de trabajo excedente, sigue teniendo vigencia. Es cierto que la magnitud de uno y otro –parámetro para determinar la tasa de explotación– es históricamente cambiante, y en parte está condicionada por la relación de fuerzas entre el trabajo y el capital en un momento determinado. Una característica del período posterior a los “treinta gloriosos” radica en que esta relación de fuerzas, en términos generales, resultó desfavorable para la clase trabajadora. Pero más allá de esto, a mi juicio un error teórico clave de Rifkin radica entonces en desconectar al capital de su dependencia del tiempo de trabajo excedente.

Como consecuencia, su proyecto general de dar lugar al nacimiento de una “era posmercado” se muestra ingenuo por la forma misma en que es planteado –más allá de los problemas que acarrearán sus propuestas concretas para ponerlo en práctica, que trataré más adelante. Esta nueva era aparece como el resultado más o menos natural al que conduce el desarrollo tecnológico. En otras palabras, la no-dependencia estructural del capital respecto del trabajo deja vacío un espacio en el que la libertad podría desplegarse sin conflictos mayores y, sobre todo, sin necesitar de un cuestionamiento de fondo del sistema capitalista vigente. La brecha entre lo real y lo posible, tal como la expusimos en el segundo capítulo, desaparece.

Esto no implica que estemos reponiendo la vieja encrucijada que al reformismo opone como único camino una mágica revolución, como si la realización de lo posible sólo fuera a suceder por la consecución de un acontecimiento único. Pero sí tenemos que tomar nota de la

magnitud del desafío, que es eminentemente político y no viene dictado por una necesidad derivada de un desarrollo tecnológico. En otras palabras: el fin del trabajo (asalariado) no debería entenderse como el punto de partida sino como el punto de llegada del análisis crítico. Por lo tanto, las propuestas concretas que se sostengan en vista del mismo deberían plantearse de un modo más positivo, como eslabones para el establecimiento de una nueva sociedad, pos-capitalista, y no como modos espasmódicos de llenar el vacío dejado por una supuesta desaparición del trabajo asalariado.

### *II.1.c. Las propuestas de Rifkin: algunas críticas*

Los mencionados problemas en el tratamiento de Rifkin también explican en buena parte algunas debilidades de las dos propuestas concretas que realiza. Empecemos por decir que más allá del pasmoso rótulo en el que las enmarca (el nacimiento de una supuesta “era posmercado”) no se ve en qué sentido las mismas implican una puesta en cuestión radical del sistema capitalista de mercado vigente. La propuesta de reducir la jornada laboral, para empezar, está muy bien, pero a mi juicio debe ser planteada primero en términos de un derecho de la clase asalariada de beneficiarse con los aumentos de productividad, antes que como una medida tendiente a solucionar al problema de hecho del paro, que es fluctuante y cambiante entre los países.<sup>236</sup> Además, frente a una reducción tal las empresas pueden, en lugar de contratar más trabajadores, flexibilizar e intensificar el trabajo, por lo cual la medida por sí misma no necesariamente sería efectiva para combatir el paro.

Por otro lado, lejos de ser revolucionaria, la idea es consecuente con una constante histórica, ya que desde la Revolución Industrial la jornada laboral se ha reducido al menos a la mitad. De todos modos, para que realmente implique una redistribución de la renta entre el capital y el trabajo requiere que los salarios no disminuyan proporcionalmente a la reducción de las horas trabajadas. Por supuesto que es de esperar que una medida tal no sea apoyada por las empresas e incluso por algunos sindicatos, que podrían preferir que los aumentos de productividad se reflejen en una suba de los salarios y no en la disminución de las horas trabajadas. Respecto a las empresas, tampoco habría que pasar por alto el problema que la

---

<sup>236</sup> Rifkin justifica su medida en vistas de la reducción del paro, y a posteriori trae a colación el problema de si los trabajadores tienen derecho a recibir una parte de las ganancias derivadas del aumento de la productividad. Llama la atención el modo en que justifica este derecho: no por la contribución a la producción de los trabajadores en tanto tales, sino de los trabajadores en tanto inversionistas, ya que según él en EEUU la mayor parte de las inversiones en tecnologías que incrementan la productividad provienen de los fondos de pensión.

reducción de la jornada acarrearía para la competitividad de un país determinado en el contexto global; por eso la medida debería practicarse a un nivel que exceda el de los Estados-Nación, cuestión que es de esperar plantee inconvenientes políticos significativos. Sin embargo, los casos en que se han aplicado políticas en este sentido estuvieron circunscriptos hasta ahora en este nivel nacional –como las 35 horas semanales en Francia o el 6+6 en Finlandia– y han mostrado por el momento resultados dispares y discutibles, tanto en lo que hace a la creación de empleo como respecto a su recepción de parte de los trabajadores y las empresas.<sup>237</sup>

La propuesta de potenciar el tercer sector es más cuestionable, al menos en el modo en que la plantea Rifkin. Para él, este sector tendría que acoger tanto a los desempleados del sector privado como a los del sector público. Según su previsión, este último también continuará reduciéndose, tanto por el déficit fiscal de los Estados como por los cuestionamientos a las prestaciones de la seguridad social. El peligro aquí radica en hacer una concesión a las demandas neoliberales de reducción del Estado, y que bajo la excusa de favorecer actividades no mercantiles se terminen transfiriendo las obligaciones estatales al voluntariado.<sup>238</sup> Lo cual de hecho significaría aniquilar el aspecto más progresista de la concepción del Estado Social del siglo XX –que entiende a las prestaciones sociales como un derecho– y retroceder a la visión filantrópica del siglo XIX, meta no confesada de casi todos los neoliberales. El mismo Rifkin recoge esta crítica, e incluso recuerda cómo las administraciones de Reagan y Bush (padre) utilizaron una retórica pro-voluntariado para enmascarar políticas ultraliberales.<sup>239</sup> Sin embargo, no brinda respuesta directa alguna a estas críticas. Es más: habla incluso de “beneficencia estatal” para referirse a las prestaciones estatales, aceptando así acríticamente la terminología que los neoliberales utilizan para atacar al Estado Social.

Una segunda observación crítica que puede hacerse a la propuesta de potenciar el tercer sector radica en que, más allá de las intenciones, en los hechos podría profundizar e incluso sancionar el dualismo social entre aquellos que tienen un empleo asalariado en el sector formal y quienes no lo tienen, ahora expulsados a la economía social. Esto puede

---

237 Sobre estos casos y sus resultados, véase MIGUELEZ LOBO, Fausto y otros, “El tiempo de trabajo: ¿la última frontera?”, en *Revista universitaria de ciencias del trabajo*, N° 6, 2005, pp. 83-104

238 Como bien se pregunta retóricamente Harribey: “El tercer sector ¿sería sólo una máquina de guerra contra los servicios públicos, argumentando a partir de sus defectos, no para suprimir las fallas sino los propios servicios en cuanto tales?” Véase HARRIBEY, Jean-Marie, ob. cit., p. 42.

239 Véase RIFKIN, Jeremy, ob. cit., pp. 293-297.

explicarse en parte porque en el capitalismo –sistema que Rifkin no revisa a fondo– el trabajo asalariado es, como ya señalamos, una relación social fundamental, que condiciona incluso el lugar de otras actividades no directamente mercantiles. La sospecha que esto engendra es que el tercer sector, relegado respecto a los otros sectores, puede terminar siendo un reservorio de trabajo precario, mal pago, discontinuo y sujeto a un financiamiento contingente. Sospecha que en el caso de Rifkin resulta pertinente en la medida en que él en principio justifica su propuesta (al menos en primera instancia) como una respuesta al problema del paro y no como una alternativa política a la sociedad salarial y el capitalismo. Dicho más directamente: si en lugar de abrir espacios no mercantiles como parte de la lucha contra la mercantilización de las relaciones sociales en el capitalismo proponemos abrir estos espacios para acoger a quienes han sido expulsados de la esfera mercantil, no podemos sino esperar un lugar relegado de aquellos respecto a ésta. Nuevamente volvemos a encontrar el problema que ya marcamos, ahora en la relación dialéctica entre el diagnóstico y la propuesta: el fin del trabajo (asalariado) tiene que ser entendido como un proyecto político antes que como una realidad inminente.

Finalmente, la proposición de Rifkin conlleva un problema adicional: considerar al tercer sector como un medio para que quienes sean expulsados de la economía formal puedan hacerse de un ingreso contradice la propia naturaleza del voluntariado. Porque en la medida en que la posibilidad de conseguir un ingreso por parte de los excluidos del trabajo asalariado formal quede atada a la realización de actividades en el tercer sector, estas mismas actividades pierden el carácter voluntario y desinteresado, pasando a ser realizadas por el ingreso que generan, de un modo muy similar al trabajo asalariado prestado en las esferas pública y privada.

Como conclusión, puede decirse que el planteo de Rifkin acarrea problemas, tanto desde el punto de vista de su corroboración empírica como desde la evaluación de los supuestos teóricos que operan en él. En particular, la falta de una teorización del carácter específico del trabajo así como de la dinámica del capitalismo, le resta fuerza a su diagnóstico y a la vez a sus propuestas. En su planteo, la abolición del trabajo es un efecto inexorable del desarrollo tecnológico impulsado por el capitalismo; las propuestas de Rifkin apuntan a gestionar esta abolición en el marco del mismo sistema. Esto conduce a numerosos equívocos y ambigüedades, como señalamos. A continuación, abordaremos otros autores con tratamientos teóricos más elaborados, que logran evitar algunos de estos problemas pero no otros; y que sobre todo nos permitirán seguir pensando estas cuestiones, agregando nuevas e interesantes aristas.

## II.2. André Gorz: la puesta en marcha de la salida de la sociedad salarial

André Gorz (nacido en Viena en 1924 y fallecido en Francia en 2007) merece una especial atención en esta investigación. Si bien su perspectiva general tiene muchos puntos en común con la de Rifkin, sus argumentos poseen una profundidad teórica notablemente mayor que los de aquel. Aunque este pensador tiene una larga trayectoria intelectual y una frondosa y variada obra publicada, nos interesa en particular el período que se abre con la aparición de *Adiós al proletariado* (1980). Más allá de las constantes que ya eran centrales en sus obras tempranas y que se van a mantener ahora –caben mencionar la herencia sartreana y la defensa de la autonomía del sujeto, la crítica al productivismo y la militancia ecologista– es a partir de aquí que se produce un viraje, motorizado tanto por el contexto que se abre con la crisis de los ‘70 como por la ruptura definitiva con algunas tesis centrales sostenidas tradicionalmente por el marxismo.

Respecto al contexto socio-económico, Gorz va a plantear que la revolución tecnológica está destruyendo sistemáticamente los cimientos en que se apoyaba la “sociedad del trabajo” de la posguerra. Con la introducción de las nuevas tecnologías en los procesos productivos, el tiempo de trabajo disminuye, a la vez que el empleo escasea y se precariza: hasta acá el argumento es similar al de Rifkin. No obstante, veremos que también Gorz matiza este análisis e interpreta que a la vez el capitalismo está extendiendo su lógica y colonizando nuevas esferas. En este punto, señalaremos que hay una tensión entre estos dos planteamientos, que aunque él no termina de explicitar, anticipa cuestiones que desarrollaremos particularmente en la tercera parte.

En lo que hace a la crítica de Gorz al marxismo (yo diría mejor: a cierto marxismo) ésta girará fundamentalmente en torno del argumento de que el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo contradice la posibilidad –según él sostenida como “ideal” por esta corriente de pensamiento– de que la producción sea apropiada por los trabajadores de modo tal que ellos puedan realizarse enteramente en dicho terreno. Para Gorz, esto se debe a que la industrialización conlleva una alienación del trabajo y de los trabajadores que persistiría incluso abolido el capitalismo. Veremos que en este punto su argumento es similar al que planteaba Habermas y que, a pesar de estar mejor desarrollado, no deja de acarrear varios de los problemas que le imputamos a aquel. Por cierto: también veremos que nuestro pensador fue matizando esta idea con el correr de sus obras, particularmente cuando empieza a prestar una atención mayor a las tendencias “posfordistas” en los procesos productivos.

Las críticas al marxismo y el análisis de las tendencias abiertas con la crisis conducen a Gorz a plantear la posibilidad de fundar un tipo radicalmente nuevo de sociedad, “pos-capitalista” y “pos-socialista” (en referencia a los llamados “socialismos reales”). Una sociedad en la que el trabajo (necesariamente heterónimo) pasaría a ocupar un lugar marginal en la vida social y en la que, como contraparte, el principal imperativo social pasaría a ser la ampliación del tiempo para el desarrollo de actividades autónomas, libremente elegidas. Contra la idea de una coincidencia plena del individuo y su trabajo social, Gorz propone una solución dualista: una sociedad dividida en dos esferas, una heterónoma (trabajo social) y otra autónoma (actividades autodeterminadas).

A continuación, focalizaremos el análisis en dos cuestiones del tratamiento gorziano que consideramos particularmente problemáticas. La primera refiere a su visión general respecto al capitalismo y el proceso de industrialización moderna, en relación con el modo en que articula el concepto de “trabajo”. Se trata de un nivel teórico de abstracción similar al que adoptamos cuando revisamos los planteos de Arendt y Habermas. La segunda cuestión que se examinará versa sobre el análisis que hace Gorz del contexto que se abre tras la década de los ‘70, que él interpreta en términos de una “crisis de la sociedad del trabajo”.

### *II.2.a. El proceso de industrialización moderna, el devenir “heterónimo” del trabajo y la crítica al marxismo*

Una de las razones por las cuales nos interesa el planteo de Gorz radica en que el concepto de “trabajo” y su crítica están en el centro de sus preocupaciones. Esto diferencia claramente su tratamiento de otros como el de Rifkin, en el cual el concepto se da prácticamente por sentado, razón por la cual, cuando lo abordamos, tuvimos que traer a la luz sus supuestos implícitos. En el caso de Gorz hay un intento por explicitar el concepto históricamente, por lo cual su punto de partida se acerca al que esbozamos en el capítulo segundo siguiendo a Marx. De todas formas, su tratamiento tiene algunas diferencias con el que hicimos allí, que tendremos que ir vislumbrando.

En *Adiós al proletariado*, Gorz comienza aclarando el carácter moderno de la categoría “trabajo” cuando explicita el tema sobre el cual versa su ensayo:

Su tema central es la liberación del tiempo y la abolición del trabajo (...) el *trabajo* no ha existido siempre en el sentido en que lo entendemos en la actualidad: apareció con los capitalistas y los proletarios (...) En la actualidad, “trabajo” (...) no designa

prácticamente más que una actividad asalariada. Los términos “trabajo” y “empleo” se han vuelto intercambiables.<sup>240</sup>

Once años después, en el ensayo *Metamorfosis del trabajo*, Gorz comienza planteando su idea en términos similares. Su primer capítulo, denominado “La invención del trabajo”, reza que:

Lo que nosotros llamamos “trabajo” es una invención de la modernidad. La forma en que lo conocemos, lo practicamos y lo situamos en el centro de la vida individual y social fue inventada y luego generalizada con el industrialismo (...) Porque la característica esencial de este trabajo (...) es la de ser una actividad en la esfera *pública*, demandada, definida, reconocida como útil por otros y, como tal, remunerada por ellos (...) Debido a que el trabajo socialmente remunerado y determinado es –incluso para aquellas y aquellos que lo buscan, se preparan para él o carecen de él– el factor, con mucho, más importante de socialización, la sociedad industrial se entiende como una “sociedad de trabajadores” y, como tal, se distingue de todas las que le han precedido.<sup>241</sup>

Este planteo tiene varias similitudes con el que nosotros hicimos en el segundo capítulo. Define al trabajo como una relación social específicamente moderna, en lugar de concebirlo como una esencia transhistórica. Además, señala que este trabajo tiene un carácter central en la socialización de los individuos, de un modo que distingue a las sociedades modernas de otras precedentes. Del mismo modo, nosotros habíamos señalado que el “trabajo abstracto” como relación social fundante distingue a la sociedad moderna capitalista de otras que le precedieron.

De todas formas, la argumentación que prosigue Gorz toma una dirección distinta a la nuestra. Esto está claramente vinculado con el hecho de que él para caracterizar la “esfera pública” del trabajo no despliega las categorías de la crítica de la economía política, sino que toma un camino más cercano al de Habermas y Max Weber. Sin dejar de ser agudo y penetrante, iremos viendo que sin embargo su análisis comienza a plantear entonces algunos problemas.

Gorz entiende que una de las características del trabajo moderno es que engendra un tipo de socialización particular de los individuos, que denomina “integración funcional”. Con ella, los fines son fijados por el sistema administrativo, y es en el marco de los mismos que el horizonte de acción de los individuos resulta delimitado. Gorz denomina *esfera de heteronomía* al “conjunto de actividades especializadas que los individuos tienen que llevar a cabo como funciones coordinadas desde el exterior por una organización preestablecida.”<sup>242</sup>

---

240 GORZ, André, *Adiós al proletariado (más allá del socialismo)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1989, p. 9.

241 GORZ, André, *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, Sistema, 1997, pp. 25-26.

242 *Ibid.*, p. 51. Véase también GORZ, André, *Adiós al proletariado...*, ob. cit., pte. II: “Poder personal y poder funcional”.

Nótese que el concepto de “integración funcional” es prácticamente idéntico a lo que Habermas denominaba “integración sistémica”, así como la “esfera de heteronomía” gorziana se corresponde con el “sistema” habermasiano.<sup>243</sup>

En *Metamorfosis del trabajo*, Gorz recupera en particular el concepto de *racionalidad económica*, de raigambre weberiana, para profundizar la naturaleza de este tipo de integración funcional, así como sus consecuencias a nivel individual y social. Se trata de un concepto en principio formal, que alude a una modalidad de la razón instrumental consistente en calcular y economizar medios para alcanzar un determinado fin. La cuestión de cual sea ese fin es indiferente para la racionalidad económica, lo único relevante para ella es el cálculo, el uso eficiente de los medios para alcanzarlo; de ahí su carácter unidimensional. Gorz entiende que con la modernidad el “trabajo” pasa a ser dominado por esta racionalidad: comienza a ser organizado a nivel de grandes unidades, parcelado a través de su división pormenorizada, cuantificado como un recurso y por tanto privado de sentido para el individuo (esto es lo que para Gorz significa la entrada del trabajo en la “esfera pública”).

Uno de los problemas del argumento de Gorz es que no termina de establecer una correlación clara entre el predominio “unidimensional” de la racionalidad económica y el capitalismo. Aunque señala que “el capitalismo fue la expresión de la racionalidad económica al fin liberada de toda traba”,<sup>244</sup> a mi juicio nunca llega a fundamentar esta afirmación. En realidad, entiende esta extensión en términos similares a los de Habermas: el capitalismo fomenta la expansión de la racionalidad económica más allá de su “propio ámbito” (veremos más adelante cómo argumenta este punto). Tomemos nota de que aquí Marx pudo haberle servido para seguir un camino diferente: una de las ventajas de su análisis es que permite elucidar la relación precisa entre la hegemonía de esta racionalidad en principio formal y el capitalismo como sistema histórico. El movimiento del capital, en tanto fundado en el valor, es en principio indiferente frente a todo contenido (valor de uso): su fin es la producción de plusvalor, a su vez medio para producir más plusvalor. La economización de los medios, y particularmente del tiempo de trabajo, es esencial justamente para aumentar el plustrabajo y con él el plusvalor. Como ya señalamos con insistencia en el capítulo segundo, el capitalismo conlleva una forma de dominación impersonal, en estrecha relación con el papel constitutivo del trabajo (abstracto) en dicha sociedad. De hecho, lo que

---

243 Gorz reconoce esta correspondencia; lo único que le reclama a Habermas es el hecho de haber confundido dos tipos de “heterorregulación”: la espontánea, resultado de la agregación de acciones individuales (mercado) y la programada, resultado de un organigrama impuesto a los individuos independientemente de sus intenciones (véase *Metamorfosis...*, ob. cit., p. 53).

244 GORZ, André, *Metamorfosis del trabajo*, ob. cit., p. 162.

sostuvimos allí respecto a la relación necesaria pero histórica entre trabajo y acción instrumental, se aplica también a la racionalidad económica, que no es más que una de las modalidades de aquella.

Decíamos que Gorz sigue un camino diferente al nuestro: luego de establecer el carácter moderno del concepto de “trabajo”, no despliega las categorías de la crítica de la economía política. Tenemos que hacer acá un paréntesis, porque el camino que sigue este pensador se explica en buena medida por el debate que mantiene con el marxismo, al cual trata de contrarrestar adoptando una perspectiva de raigambre weberiana-habermasiana. El punto de partida de Gorz en esta discusión radica en la idea de que la integración funcional es un requisito determinado por el aumento de complejidad de la producción material, independientemente del sistema económico adoptado. Ahora bien: en este contexto, la exhortación de que el individuo se realice en su trabajo, que para Gorz es el ideal del marxismo, no puede cumplirse más que subordinando al individuo a su función social, esto es, coartando su libertad. Éste habría sido uno de los errores del marxismo y hasta explicaría en buena parte el fracaso de los socialismos reales.<sup>245</sup>

¿Es razonable este reproche de Gorz al marxismo? En principio, yo estoy de acuerdo con la idea de que, en una economía compleja (independientemente de su forma capitalista, socialista, etc.) *no cabe exigir* que el individuo tenga que identificar la totalidad de su persona con el trabajo que presta a la sociedad. No sólo porque el surgimiento de los grandes complejos industriales, el desarrollo de la división social del trabajo, etc., tornen “utópica” la idea de que puedan reconstruirse a nivel de todos los procesos productivos oficios completos, en los que el trabajador domine tanto los medios como los fines de la producción. Incluso antes de esto habría que preguntarse: ¿por qué dar semejante valor de ideal al obrero de oficio? Después de todo, la idea de la realización a través de un oficio, la identificación de la persona con una tarea singular y especializada (por más dominio que tenga sobre la totalidad de la misma) no deja de ser un ideal particularista. Por eso el mismo Marx era crítico de este tipo de pensamiento nostálgico por el “obrero de oficio”.<sup>246</sup> Gorz sabe esto e insiste con que Marx pensaba que la

---

245 Véase *ibíd.*, p. 63.

246 Así criticaba con ironía este tipo de nostalgia en el caso de Proudhon: “Lo que caracteriza la división del trabajo en el taller automático, es que el trabajo ha perdido en él todo carácter de especialidad (...) El taller automático borra las especies y el idiotismo de oficio. Proudhon, que no ha comprendido tan siquiera este solo lado revolucionario del taller automático, da un paso atrás, y propone al obrero que ejecute, no sólo la duodécima parte de un alfiler, sino sucesivamente todas las doce partes. De este modo el obrero llegaría a la ciencia y a la conciencia del alfiler.” (MARX, Karl, *Miseria de la filosofía*, ob. cit., p. 159). A la luz de esto, creo que el mote de “romanticismo” que vimos que Habermas le imputaba a Marx (véase *supra*, p. 44) resulta injusto y carente de fundamento.

emergencia del trabajo abstracto tenía un efecto evolutivo positivo: sacaba al individuo de la particularidad, elevándolo a individuo social, con unas capacidades codificadas socialmente y por tanto intercambiables. Podía surgir entonces el sujeto universal capaz de apropiarse del proceso productivo en su conjunto.<sup>247</sup>

¿Significa esto que en el comunismo trabajo social y realización individual simplemente coincidirían, como en general Gorz le achaca a Marx y a la tradición marxista? ¿O la realización individual tiene que pasar por fuera del trabajo social, como plantea Gorz? Abordar esta cuestión en Marx requeriría un detallado análisis que no podemos hacer aquí, pero basta cotejar distintos textos al respecto para ver que su respuesta no es unívoca.<sup>248</sup> Lo que yo creo, siguiendo mi interpretación de la crítica de la economía política, es que ninguna de las dos ideas son enteramente aceptables. En efecto, creo contra Gorz que el trabajo social puede ser un lugar de realización personal en una sociedad poscapitalista, pero concediéndole a la vez que: 1) esto no tiene que ser un imperativo impuesto a los individuos; y 2) el trabajo social no tiene que constituirse en el único lugar de realización personal.

Lo que permite clarificar en parte por qué Gorz asume esta posición extrema es el hecho de que en sus argumentos tienden a pasarse por alto las formas de alienación de los trabajadores que son específicas del capitalismo. En este sistema, los fines de la producción resultan extraños para el trabajador, no sólo porque son fijados por el capitalista sino, ante todo, porque el objetivo de este sistema es unidimensional: la producción de valor, respecto a la cual todo contenido (valor de uso) resulta un mero medio. Puede pensarse que en una economía que, por el contrario, estuviera dirigida a la producción de valores de uso, este extrañamiento respecto a los fines claramente podría matizarse, por ejemplo mediante una política democrática en la gestión del aparato productivo que se ocupara también de los fines (¿qué producir? ¿para qué?). Esto significa que la distancia entre los fines del aparato productivo y los fines del individuo podría balancearse, en la medida en que el trabajador dejaría de experimentar los fines del primero como algo ya supuesto y por tanto totalmente extraño y ajeno.

---

247 Véanse GORZ, André, *Metamorfosis del trabajo*, ob. cit., primera parte, cap. II; y GORZ, André, *Adiós al proletariado...*, ob. cit., pp. 31-35.

248 Algo de esto hace Gorz (véase ibíd.), que toma particularmente textos sobre esta cuestión de *La ideología alemana* y los *Grundrisse*. Establece también un contraste (bastante discutible a mi juicio) de éstos con el texto del Libro III de *El capital* referido al “reino de la libertad”.

No por esto, repito, *debería* exigirse una conciliación plena entre individuo y sociedad. La afirmación de Gorz de que esto sería una imposibilidad ontológica<sup>249</sup> me parece demasiado fuerte –esta afirmación, a mi juicio, sólo es correcta para el capitalismo (y tal vez para los socialismos reales, si se tiene en cuenta que terminaron adoptando el principio unidimensional de la “producción por la producción” aunque con otros medios), donde, como señalamos en el capítulo segundo, existe un abismo ontológico y constitutivo entre individuo y sociedad. El mío se trata más bien de un juicio normativo: incluso cuando en una sociedad poscapitalista empíricamente la distancia pueda acortarse –y yo creo, a diferencia de Gorz, que sería indispensable que se dispongan los medios para ello– transformar esto en una exigencia general es un ideal opresivo. La crítica de Gorz a estos ideales efectivamente presentes en el marxismo y hasta en algunos textos de Marx hay que tenerla en cuenta: la exigencia de una conciliación en la forma de una identificación plena entre individuo y sociedad es ingenua. Y peor: es peligrosa.

Pero Gorz lleva su argumentación demasiado lejos. Después de pasar por alto –como señalamos– las formas de alienación de los trabajadores que son específicas del capitalismo, ratifica el imperio de una racionalidad unidimensional –la económica– en ciertos ámbitos de la vida social. En efecto, uno de los objetivos explícitos de *Metamorfosis del trabajo* es “la delimitación de la esfera de lo que es racionalizable”.<sup>250</sup> Esto supone que la aplicación (incluso unilateral) de la racionalidad económica funciona bien mientras lo haga en su “propio ámbito”. El planteo de Gorz, en este punto, es muy similar al de Habermas, que ya criticamos. El predominio de la racionalidad económica queda ratificado en ciertas actividades como una “necesidad evolutiva”, vinculada al aumento de complejidad de la producción material.

Como consecuencia, el imperativo unidimensional de economizar el tiempo vendría a ser, en ciertas actividades, el único relevante. Precisamente, lo que sucede en una economía fundada en el valor y en el trabajo abstracto: aquí el tiempo de trabajo funciona como una norma cuasiobjetiva –porque se trata de un tiempo social abstracto, específico del capitalismo, tal como planteamos en el capítulo segundo. Adoptando lo posible como horizonte, cabría suponer por el contrario que en otro tipo de economía el tiempo sería un factor relevante a considerar en la organización del trabajo, pero no funcionaría como una

---

249 “El fracaso del panracionalismo socialista no puede explicarse solamente por razones históricas y empíricas. Su razón profunda es ontológica: es ontológicamente como la utopía marxista de la coincidencia del trabajo funcional y de la actividad personal, es irrealizable a escala de los grandes sistemas” (GORZ, André, *Metamorfosis...*, ob. cit., p. 63).

250 *Ibid.*, p. 12.

medida prescriptiva: sería un criterio importante a tener en cuenta, junto con otros. La ambigüedad de Gorz, en este punto, tiene su origen en no haber reflexionado suficientemente respecto a la conexión entre “racionalidad económica” y capitalismo, así como en no haber atendido a la distinción que estableciera Marx entre economía del tiempo y economía fundada en el valor (sólo en la segunda el tiempo actúa como una medida objetiva e imperativa).<sup>251</sup>

En este sentido es que, desde mi punto de vista, la apuesta de Gorz por delimitar el ámbito de aplicación de la racionalidad económica parte de un planteo equivocado. Según él, su dominio en ciertas actividades resulta irracional y carente de fundamento. Plantea entonces que la racionalidad económica sólo es aplicable a aquellas actividades que cumplen cuatro criterios simultáneos: a) crear valor de uso; b) con vistas a un intercambio mercantil; c) en la esfera pública; d) en un tiempo medible y con un rendimiento tan alto como sea posible.<sup>252</sup> Aquellas que cumplen con estos criterios, deberían ser consideradas “trabajo” en el sentido moderno del término; las otras no.

No nos detendremos en todos los casos que analiza. Tomemos dos, que nos permitirán vislumbrar los problemas de su tentativa general. El primero: lo que denomina –dicho sea de paso, en flagrante contradicción con lo que quiere plantear– “trabajos [sic] de servidor”. Según él, no crean valor de uso y por tanto no son “trabajo”:

Este es el caso, por ejemplo, del limpiabotas que vende un servicio que los clientes habrían podido prestarse a sí mismos en menos tiempo del que pasan sentados en su trono

---

251 Así aclaraba Marx en un pasaje de los *Grundrisse*, que por su relevancia merece ser citado a pesar de su extensión, esta diferencia crucial y muchas veces desatendida: “*Economía del tiempo: a esto se reduce finalmente toda economía*. La sociedad debe repartir su tiempo de manera planificada para conseguir una producción adecuada a sus necesidades de conjunto, así como el individuo debe también dividir el suyo con exactitud para adquirir los conocimientos en las proporciones adecuadas o para satisfacer las variadas exigencias de su actividad. Economía del tiempo y repartición planificada del tiempo entre las distintas ramas de la producción resultan siempre la primera ley económica sobre la base de la producción colectiva. Incluso vale como ley en mucho más alto grado. *Sin embargo, esto es esencialmente distinto de la medida de los valores de cambio (trabajos o productos del trabajo) mediante el tiempo de trabajo*. Los trabajos de los individuos en una misma rama y los diferentes tipos de trabajo varían no sólo cuantitativamente sino también cualitativamente. ¿Qué supone la distinción puramente cuantitativa de los objetos? Su identidad cualitativa. Así, la medida cuantitativa de los trabajos presupone su igualdad cualitativa, la identidad de su cualidad” (ob. cit., I, p. 101, la cursiva es mía). Este pasaje, además, tiene la virtud de ratificar nuestra lectura sobre la especificidad histórica de la teoría del valor, así como la importancia de las categorías de “trabajo abstracto” y “tiempo abstracto”. Sobre esta diferencia entre economía del tiempo y economía fundada en el valor, véase también POSTONE, Moishe, ob. cit., pp. 483-484.

252 Véase GORZ, André, *Metamorfosis...*, ob. cit., pp. 181-182.

frente a un hombre arrodillado a sus pies. No le pagan por la utilidad de su trabajo sino por el placer que experimentan al hacerse servir.<sup>253</sup>

Aquí, es introducido un supuesto psicológico bastante arbitrario respecto a quien recibe un servicio de este tipo, que además carece de cualquier importancia para determinar si lo que se está prestando es o no un valor de uso. Pareciera que Gorz está utilizando el concepto de “valor de uso” de un modo distinto al habitual: además de útil en sentido genérico, tiene que permitir ahorrar tiempo a la sociedad. Incluso aceptando esta definición – por cierto arbitraria y confusa– me sigue pareciendo discutible suponer que los trabajos de servidor (de los cuales el ejemplo del lustrabotas es un caso extremo) no requieren calificación alguna, y que por lo tanto pueden ser realizados del mismo modo y con la misma eficacia por cualquiera.<sup>254</sup> Se pueden tener muchas razones (principalmente sociales y éticas) para querer que estas actividades “serviciales” sean asumidas por las personas y no delegadas en terceros; el error es juzgarlas desde el punto de vista de la misma racionalidad económica que se pretende criticar. La economía política clásica desde Adam Smith cuestionaba estas actividades de un modo más consecuente: planteaba que estos trabajos no se prestaban ni contra un capital (siendo por lo tanto “improductivos”) ni en vista de una utilidad social general (como lo serían los trabajos en el sector público, por ejemplo), por lo cual representaban una punción indeseable en los ingresos de la Nación, de la cual acusaban en especial a las clases aristocráticas. Gorz recoge parte de este argumento cuando plantea que celebrar la extensión de estos “trabajos” como paliativo frente al paro supone legitimar el dualismo social que ello abre entre una clase con ingresos suficientes para verse dispensada de la realización de tareas necesarias pero poco calificadas (¿nueva aristocracia?) y sus sirvientes, cosificados entonces en su estatus subalterno.<sup>255</sup> Argumento atendible: pero para sostenerlo no hace falta mostrar que la racionalidad económica es inaplicable en estas actividades.

Otro de los casos que toma Gorz, el de las funciones, cuidados y ayudas, es incluso más sugerente. Según él, estas actividades producen un valor de uso, pero resultan imposibles de medir y cuantificar y, por ende, de ser maximizadas en su rendimiento.<sup>256</sup> Esto no parece ser muy evidente: si fuera así, no habría empresas privadas que prestan estos servicios (por ejemplo, de salud) procurando maximizar su rendimiento y extrayendo una plusvalía de sus

---

253 *Ibid.*, p. 184.

254 Como hace notar Noguera Ferrer (véase *ob. cit.*, pp. 142-143).

255 Véase GORZ, André, *Metamorfosis...*, *ob. cit.*, p. 16.

256 Véase *ibid.*, pp. 185-190.

empleados. Gorz ciertamente ve esto y señala lo “perverso” que resulta, pues cuantificar, estandarizar y clasificar estas actividades supone hacer lo mismo con quien recibe el servicio, además de que la maximización como fin primario mina la relación de ayuda entre el prestador y el prestatario. Con estos señalamientos se podría acordar, pero evidentemente no tienen ninguna relación con la cuestión de la aplicabilidad de la racionalidad económica. La extensión de la misma a estas actividades no es irracional; es perfectamente racional y lógica desde el punto de vista del capitalismo, en tanto sistema basado en la apropiación de valor y la explotación del trabajo. Dicho de otro modo, su extensión no es irracional “en sí” como plantea nuestro autor; lo es si uno la enjuicia desde criterios sociales y éticos ajenos a la racionalidad del capital.

En resumen: enjuiciar a la racionalidad económica aceptando sus propios parámetros lleva a un callejón sin salida. El mismo Gorz, para mostrar la irracionalidad de su uso en ciertos casos, termina apelando a criterios éticos y sociales. Adoptando criterios de este tipo, entiendo que se puede ir más lejos, hasta afirmar que no es deseable la aplicación unilateral de la racionalidad económica en ninguna actividad. Es decir: considero que el cuestionamiento de la racionalidad económica no puede limitarse a denunciar su extensión más allá de su “propio ámbito”; habría que interrogar también su imperio unilateral en cualquiera de ellos. Lo máximo que puedo concederle a Gorz es que en algunas actividades la racionalidad económica no debería utilizarse como criterio en absoluto. Pero se trata de elucubraciones hechas desde el punto de vista de otro tipo posible y deseable de sociedad; para la racionalidad capitalista, son absolutamente superfluas, e incluso “irracionales”.

Se puede expresar la misma idea planteando que la aplicación unidimensional de la racionalidad económica caracteriza de un modo necesario al “trabajo abstracto” (aquel que se presta a cambio de un salario con el objetivo de valorizar un capital), y no al trabajo *per se*. La diferencia que esta afirmación introduce frente a la perspectiva de Gorz es evidente: significa que no hay actividades que por su naturaleza interna sean proclives a una racionalización unilateral, sino que esto último es resultado de que ciertas actividades funcionan en términos de una relación social específica (el trabajo abstracto, propio del capitalismo).

Tendremos que ir incluso más lejos en este punto: la extensión de la racionalidad económica que denuncia Gorz denota en realidad un proceso en curso que, lejos de ser “irracional” desde el punto de vista del sistema vigente, es de hecho una de sus características constitutivas. Ese será el hilo conductor en la tercera parte de esta tesis: plantearemos que la subsunción por parte del capital de nuevos dominios y actividades es una de las

características fundamentales para comprender la actual etapa “posfordista” del capitalismo. En el siguiente párrafo adelantaremos algo más respecto de esta cuestión.

### *II.2.b. La crisis de la “sociedad del trabajo”*

De un modo similar a Rifkin, para Gorz la abolición del trabajo asalariado es un proceso que está en curso en el mismo capitalismo, particularmente en el período que se abre con las crisis de los ‘70. Ya en 1980 afirmaba que:

la abolición del trabajo es un proceso en curso y que parece llamado a irse acelerando. Institutos independientes de previsión económica han estimado para cada uno de los tres principales países industriales de Europa Occidental, que la automatización suprimirá, en el espacio de diez años, cuatro o cinco millones de empleos, a menos que se lleve a cabo una profunda revisión de la duración del trabajo, de los fines de la actividad y su naturaleza. Keynes ha muerto: en el contexto de la crisis y de la revolución tecnológica actuales, es rigurosamente imposible restablecer el pleno empleo a través de un crecimiento económico cuantitativo. La alternativa está más bien entre dos formas de gestionar la abolición del trabajo: una que conduce a una sociedad del paro, otra que conduce a una sociedad del tiempo libre.<sup>257</sup>

Tres años después, en otro ensayo denominado *Los caminos del paraíso*, Gorz desarrollaba más ampliamente esta idea. Según él, la revolución microelectrónica constituye una novedad radical en la historia del desarrollo industrial capitalista: por primera vez, las nuevas tecnologías permitirían reducir simultáneamente la inversión en capital fijo (maquinaria, instalaciones), en capital variable (mano de obra) así como en materias primas.<sup>258</sup> De este modo, la revolución microelectrónica conllevaría la destrucción en términos absolutos de las magnitudes de capital fijo y capital variable. Siendo así, no debería esperarse ingenuamente una reactivación económica y una vuelta al pleno empleo como efecto de un estímulo en la aplicación de las nuevas tecnologías, sino más bien lo contrario. Por lo cual Gorz se anima a afirmar que “la novedad de la presente crisis es que las mutaciones tecnológicas mediante las cuales el capitalismo responde a ella ya no son dominables en el marco de la racionalidad capitalista”.<sup>259</sup>

Cabe decir que en el caso de Gorz el determinismo tecnológico se encuentra más matizado que en el de Rifkin, particularmente porque para él en el origen de la crisis de los ‘70 se encuentran las revueltas estudiantiles y obreras de la década anterior, así como las

---

257 GORZ, André, *Adiós al proletariado...*, ob. cit., p. 11.

258 Véase GORZ, André, *Los caminos del paraíso: para comprender la crisis y salir por izquierda*, Barcelona, Laia, 1986, p. 51.

259 *Ibid.*, p. 53.

luchas de los trabajadores por una distribución más equitativa del ingreso, las cuales habrían contribuido al descenso de las tasas de ganancia.<sup>260</sup> En consecuencia, la revolución de las TICs. –antes de ser considerada como una variable autónoma– debería comprenderse como la herramienta más importante que utilizó el capital en su guerra contra las conquistas de la clase obrera.

Gorz cree, no obstante, que este triunfo del capital fue efímero, y por lo tanto también la aparente resolución de la crisis en su favor. Porque al socavar los cimientos de la sociedad salarial por la reducción sistemática del tiempo de trabajo, la misma revolución tecnológica podría volverse en contra del capital. Incluso, Gorz da un paso más: afirma que el capitalismo se encuentra “muerto en vida”, y que actualmente tiende a conservar de sí mismo solamente la apariencia. Cuando el tiempo de trabajo disminuye y la riqueza se encuentra en función del trabajo muerto, la perseverancia de la sociedad salarial ya carece de un fundamento económico (la necesidad de la explotación). Retomando una idea de Jacques Attali, señala entonces que el capitalismo se encamina a un modelo en el que:

Lo que está preservado no es el sistema capitalista sino el sistema de dominación del capitalismo en el que el salario y el mercado eran los instrumentos cardinales. En efecto, la producción no tiene ni puede tener por objeto la acumulación de capital y su valorización. Ahora tiene como objeto primordial el control de la sociedad y su dominación. Los objetos ofrecidos ya no lo son con objeto de la maximización de los flujos y del beneficio –noción que pierde su sentido en una sociedad en la que los consumidores son pagados para consumir y los productores son un estrato minoritario– sino con el objeto de la maximización del control y de la manipulación (...) Aparato de producción y aparato de control se convierten en lo mismo.<sup>261</sup>

Con este diagnóstico, la salida por izquierda de esta situación queda prácticamente trazada para Gorz. Consistirá en instituir políticas que disminuyan la dependencia de los individuos respecto al aparato de producción-dominación y fomenten la autonomía: reducir la jornada laboral, repartir el trabajo necesario entre todos, instituir un salario social y favorecer las actividades autodeterminadas (independientes de los requerimientos del Estado y del mercado).<sup>262</sup>

---

260 Véanse: *ibíd.*, p. 27; y GORZ, André, *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Buenos Aires, Paidós, 2003, pp. 19-24. Una tesis similar es defendida con énfasis por la corriente del “autonomismo italiano”, con la cual Gorz comparte algunas ideas y disiente explícitamente en otras.

261 GORZ, André, *Los caminos del paraíso...*, *ob. cit.*, pp. 64-65.

262 Contrariamente a Rifkin, Gorz no acepta la idea de instituir un salario social en contrapartida de las actividades prestadas en el tercer sector. Según él (y nosotros planteamos una crítica similar, entre otras) esto sería contradictorio, porque tornaría obligatorio al voluntariado y pondría a jugar en él un interés monetario. De todas formas, tampoco piensa que deba establecerse una renta incondicional, sino que el salario social debería ser la

Al igual que en el caso de Rifkin, entiendo que el diagnóstico de Gorz tiende a exagerar la crisis de la “sociedad del trabajo”. Como ya señalamos, los estudios empíricos no muestran que el trabajo asalariado esté en vías de desaparecer. Las TICs. permiten disminuir el tiempo de trabajo requerido socialmente por unidad de producto, lo cual no resulta novedoso sino que es una constante en la historia de la introducción de las tecnologías en los procesos productivos. La idea de Gorz de que inaugurarían una nueva etapa en la historia del capitalismo al eliminar puestos de trabajo en términos absolutos, ya que la disminución del tiempo de trabajo por unidad de producto no sería siquiera atemperada por los aumentos de escala de la producción o por la creación de puestos de trabajo en sectores vinculados a las TICs. (algo similar a lo que planteaba Rifkin) no ha sido demostrada por el momento, y vimos que estudios bien fundamentados empíricamente, como los de Castells, tampoco registran una tendencia de este tipo.

Por otro lado, el determinismo tecnológico, matizado pero aún presente en Gorz, tiende a ocultar las formas “posfordistas” mediante las cuales la explotación del trabajo se incrementa. En la tercera parte nos detendremos en este proceso, y veremos cómo también nuevos campos de actividad son subsumidos por el capital, con la amenaza que esto conlleva de una progresiva mercantilización de la vida en su totalidad. Como ya señalamos en el párrafo anterior, Gorz registra algo de esto en *Metamorfosis del trabajo* cuando critica la extensión de la racionalidad económica a nuevos ámbitos. También lo insinúa cuando, al analizar los requerimientos que la nueva empresa “posfordista” solicita de sus trabajadores (motivación, satisfacción en el trabajo, cooperación), señala que los mismos apuntan a una “instrumentalización por la racionalidad económica de las aspiraciones no económicas”.<sup>263</sup>

En este punto, resulta interesante constatar cómo en la evolución del pensamiento de Gorz el análisis del trabajo en el posfordismo comienza a ser cada vez más central, lo cual a su vez lo lleva a revisar, al menos implícitamente, algunas de las tesis que había defendido hasta 1991 (año de publicación de *Metamorfosis del trabajo*). En efecto: ya en *Miserias del presente, riqueza de lo posible* (1997), los argumentos respecto a la imposibilidad de los individuos de reapropiarse de modo autónomo del proceso productivo –tema central hasta entonces en su crítica al marxismo– prácticamente han desaparecido. Gorz aquí pasa a poner

---

contrapartida del trabajo obligatorio prestado en la esfera pública. Por lo tanto, repartir el tiempo de trabajo y reducir la jornada laboral serían las condiciones de posibilidad de la institución conjunta de un derecho/obligación al trabajo y de un derecho al salario que resultarían inescindibles. Esta es la posición que mantuvo Gorz hasta *Metamorfosis del trabajo*. Posteriormente, en *Miserias del presente...*, cambia de postura y sostiene la necesidad de instituir una renta universal e incondicional (véase ob. cit., pp. 95 y ss.).  
263 Ob. cit., p. 86.

el foco en las consecuencias que para los trabajadores tienen las formas de organización productiva que suceden al fordismo. Resulta que todo aquello que este modelo había intentado eliminar comienza a resultar central para la valorización del capital: iniciativa, voluntad cooperativa, e incluso autonomía en el lugar de trabajo. A contramano de lo que se sostenía en *Metamorfosis...*, parece ser que ahora lo único que se opone a la autonomía laboral es que los fines siguen estando predeterminados por el capital. Incluso llega a plantear Gorz que el mismo trabajo abstracto entra en crisis cuando la empresa ya no solicita un conjunto de capacidades codificadas y mensurables socialmente, sino la totalidad de la persona del trabajador. Pero esta autonomía en el trabajo (que ahora parece ser material y técnicamente posible) se trueca en su contrario debido a la persistencia de la dominación del capital: cuando es la personalidad entera lo que se vende a cambio de un salario, el asalariado se convierte en servidor y, en el límite, en prostituto<sup>264</sup> –nótese que aquel que hasta *Metamorfosis...* se ubicaba en la periferia del campo económico, pasa a constituirse en prototipo del nuevo trabajador.

En la tercera parte, tendremos que volver sobre estos temas con mucho más detalle. Por ahora, tenemos que empezar a plantearle a Gorz, a la luz de estos análisis, algunos interrogantes que en esta investigación tendrán la mayor relevancia: ¿cómo es que, si por un lado el capital parece prescindir cada vez más de la fuerza de trabajo a la vez que incorpora nuevas tecnologías, por otro lado empieza a requerir para su valorización todas las capacidades de la fuerza de trabajo, al punto de subsumir la totalidad de la persona?; ¿cómo a la vez que hay una supuesta contracción absoluta del tiempo de trabajo, nuevos campos de actividad son mercantilizados y supeditados a la lógica capitalista? Lo que estoy queriendo señalar es que, si se sigue la evolución del pensamiento de Gorz, hay una tensión entre la tan central tesis del “fin del trabajo” y el análisis de las tendencias laborales que se abren con el posfordismo.

Al no quedar registrada esta tensión, el problema con la tesis del “fin del trabajo” tal como este autor la plantea es que la cuestión de la superación del capitalismo parece resultar demasiado fácil. El trabajo sería cada vez menos necesario para el proceso productivo y, por ende, para la valorización del capital, por lo cual el fundamento material de la sociedad salarial estaría desapareciendo. Lo paradójico de esto es que el capital, expulsando al trabajo de su seno, actúa sin saberlo en pos de su desaparición como fundamento de la sociedad. Porque la salida del asalariado es el éxodo de los hombres respecto del dominio del capital.

---

264 Véase GORZ, André, *Miserias...*, ob. cit., p. 53.

Entonces: ¿por qué esta salida no se produce? Es aquí donde entra a jugar una insistente “ideología-apología del trabajo”:

El trabajo, un bien; el empleo, un privilegio. (...) Maravillosa inversión: no es más aquel o aquella que trabaja quien “se vuelve útil” para los otros; es la sociedad la que se volverá útil al “permitirles” trabajar, al darles ese “bien precioso”, el trabajo, con el fin de evitar lo más posible que ustedes se vean privados de él. (...) Jamás la función “irremplazable”, “indispensable” del trabajo en tanto que fuente de “lazo social”, de “cohesión social”, de “integración”, de “socialización”, de “identidad personal”, de sentido ha sido invocada tan obsesivamente como desde que no puede llenar ninguna de esas funciones.<sup>265</sup>

Lo que este discurso ideológico pareciera que esconde es un ejercicio de dominación vacía por parte del capital –idea que Gorz ya planteaba en la obra de 1983, según vimos. “Vacía” porque lo cierto es que ya el capital no necesitaría del trabajo inmediato para valorizarse. Esto explica por qué en Gorz la problemática “económica” de la explotación se ve desplazada por la denuncia de la ideología apologética del trabajo. Sería esta ideología la que mantendría a los hombres sujetos a un aparato de producción-dominación que, sin embargo, ya no los necesitaría. No obstante, uno podría replicar que esto no aclara por qué un sistema que ya no necesita trabajadores insiste en un discurso de este tipo. Gorz vacila en este punto, y hay momentos en los que pareciera que todo el problema se reduce a una falta de imaginación de las sociedades para concebir otro modo de integración y cohesión social distinto al trabajo asalariado, el cual sobreviviría entonces como una suerte de fantasma de aquello que se ha ido pero que no se sabe o no se puede reemplazar.<sup>266</sup> Es decir: el trabajo asalariado ha devenido innecesario en términos económicos, pero no se encontraría sustituto para su función social. O dicho con nuestros conceptos: el “trabajo abstracto” ya no sería fuente de valor ni objeto de explotación, pero se lo seguiría invocando obsesivamente por el rol de nexo social fundamental que supo tener.

La lectura que emerge entonces sigue la línea de Habermas y de Rifkin: la tecnología simplemente reemplaza al trabajo como fuente de la riqueza. Desde una perspectiva más radical que aquellos, Gorz entiende que esta sería la base material para la superación de la sociedad salarial e, incluso, del capitalismo. En *Misérias del presente...*, ya no es tanto la

---

265 *Ibíd.*, pp. 66-67.

266 Por ejemplo: “La sociedad en la cual todos podían esperar tener un lugar, un futuro balizado, una seguridad, una utilidad, esta sociedad –la «sociedad del trabajo»– está muerta. El trabajo no conserva más que una especie de lugar central fantasma, en el sentido en que al amputado le duele el miembro que no tiene más. Estamos en una sociedad de trabajo fantasma que sobrevive fantasmáticamente a su extinción gracias a las invocaciones obsesivas, reactivas de aquellos que continúan viendo en ella la única sociedad posible y no pueden imaginar otro futuro que la vuelta al pasado” (*Ibíd.*, p. 67).

tecnología como capital fijo, sino el nivel general de conocimientos (aquello que Marx en los *Grundrisse* denominaba *general intellect*) el que se ha convertido en fuerza productiva principal –puede apreciarse aquí la influencia de los teóricos del autonomismo italiano:

Cuando la inteligencia y la imaginación (la *general intelligence*) se convierten en la principal fuerza productiva, el tiempo de trabajo deja de ser la medida del trabajo; además, deja de ser mensurable. El valor de uso producido puede no tener ninguna relación con el tiempo consumido para producirlo. Puede variar mucho según las personas y el carácter material o inmaterial de su trabajo. Por fin, el trabajo-empleo continuo y pago en el tiempo está en rápida regresión. Se vuelve cada vez más difícil definir una cantidad de trabajo no compresible que cumpla cada uno en el curso de un período determinado.<sup>267</sup>

Gorz sigue aquí el famoso pasaje de los *Grundrisse* sobre la crisis de la teoría del valor que comentamos extensamente en el capítulo segundo.<sup>268</sup> El tiempo de trabajo inmediato ha dejado de ser la medida de la riqueza, siendo reemplazado por el *general intellect*, que no resultaría mensurable en unidades de tiempo abstracto. El problema es que, “por más que el tiempo de trabajo haya dejado de ser la medida de la riqueza creada, todavía sigue siendo la base sobre la cual se asientan los ingresos distribuidos”.<sup>269</sup> Nótese que Gorz no distingue entre valor y riqueza, y por lo tanto la cuestión para él radicaría en establecer una correspondencia entre dos instancias que ahora se encontrarían en oposición: la producción de mercancías (que ya sería independiente del tiempo de trabajo) y su distribución (que por el contrario seguiría dependiendo del trabajo aportado por los individuos). La institución de una renta básica –que ahora para Gorz debe ser incondicional– resultaría ser el único remedio posible a esta situación: la misma rompería de una vez con la relación entre el trabajo prestado y la retribución recibida y, con ella, haría desaparecer definitivamente a la “sociedad salarial”.

Lo que nosotros tenemos que tomar nota es que en esta lectura desaparece una dualidad que todavía estaba presente en el texto de Marx. No me interesa rescatar esta dualidad por una fidelidad ciega al pensador alemán, sino porque entiendo que la misma permite elucidar, en un nivel teórico abstracto pero preciso, la tensión que antes planteamos y que en Gorz apenas está sugerida, pero no tematizada. Vimos en el capítulo segundo que el proceso capitalista de producción es a la vez un proceso de trabajo (creación de valores de uso) y un proceso de valorización (creación de valor). Señalamos que según Marx, aun cuando con la gran industria la riqueza (valor de uso) se vuelve cada vez más independiente del tiempo de

---

267 *Ibid.*, p. 95.

268 Véase *supra*, pp. 82-85.

269 *Ibid.*, p. 99.

trabajo empleado, el proceso de producción capitalista sigue teniendo por esencia la valorización del capital y, por lo tanto, la explotación del trabajo. La afirmación de Gorz “el tiempo de trabajo ha dejado de ser la medida de la riqueza” es ambigua teóricamente, porque estrictamente hablando, el tiempo de trabajo nunca fue la medida de la riqueza material (valor de uso) sino solamente del valor.

Tampoco resulta evidente que la teoría del valor pierda vigencia porque la inteligencia y la imaginación como cualidades centrales de la actual fuerza de trabajo sean inconmensurables, por una sencilla razón: el tiempo de trabajo no es la medida de ningún trabajo concreto (sea puramente físico, sea inteligente) sino del trabajo abstracto, independientemente de su cualidad. La fuerza de trabajo tiene un valor que está determinado por los tiempos sociales necesarios para producirla, los cuales en este sentido variarán de acuerdo a las calificaciones de los trabajadores. Los productos del trabajo también tienen un valor que está determinado por el tiempo de trabajo necesario para producirlos, lo cual supone también la abstracción respecto al carácter concreto del trabajo.

Lo que caracteriza al capitalismo es, precisamente, que las relaciones sociales fundamentales emergen de esta conmensurabilidad de un conjunto de capacidades y un conjunto de productos que, considerados en su materialidad, son heterogéneos. Por lo tanto, que los valores de uso creados no tengan relación con el tiempo de trabajo empleado, o que las capacidades puestas en juego en la producción sean cada vez más generales, constituyen, ciertamente, las premisas materiales de una *posible* emancipación del trabajo asalariado y del capitalismo. No obstante, estas tendencias, que por cierto no son nuevas, no realizan por sí mismas esta posibilidad. Mientras la producción siga orientada al valor, por más que aumente la cantidad de valores de uso producidos, una parte sustancial del tiempo liberado por los aumentos de productividad tenderá a ser transformada en tiempo de plustrabajo, apropiado por el capital. Cuando no se considera esta naturaleza dual específicamente histórica de la dinámica capitalista, la misma es conceptualizada en términos de un proceso técnico lineal en el que una fuente de riqueza (el tiempo de trabajo) es reemplazada progresivamente por otra (sea la tecnología, sea el lenguaje y la comunicación). Al igual que Habermas, Gorz confunde aquí riqueza material (valor de uso) y valor, no pudiendo en consecuencia avizorar tampoco – en el plano de lo posible– la tensión existente entre ambas dimensiones.

El hecho de que a Gorz se le pasa por alto esta dualidad, puede registrarse en su propuesta de repartir el tiempo de trabajo necesario. Ni una palabra se dice aquí respecto al tiempo de trabajo excedente que, como señalamos, es también necesario (aunque pueda

variar en su magnitud) dentro del capitalismo.<sup>270</sup> Más en general, el lector atento podrá apreciar que las propuestas concretas que realiza Gorz para superar la sociedad salarial se mueven en una cierta circularidad: por un lado, parecen apuntar a realizar esa posibilidad; pero por otro, no se ve cómo podrían ponerse en práctica muchas de esas medidas si esa superación no fuera ya un hecho. La respuesta a este interrogante, a mi juicio, está en la tesis de que el trabajo asalariado ya no cumple la función de producir plusvalor, y que las razones de su persistencia hay que buscarlas exclusivamente en un nivel simbólico-ideológico (“superestructural” en el sentido del marxismo ortodoxo). Como venimos señalando desde que tratamos el planteo de Rifkin, esta idea, según la cual en definitiva la explotación del trabajo ya no es necesaria para el capital, resulta de lo más cuestionable.

En la tercera parte, nos detendremos en las formas más concretas que adopta la mencionada dualidad entre el valor de uso y el valor, y en particular la tensión entre ambas instancias, que por ahora llegamos a delinear en términos teóricos: tendremos que volver entonces sobre el problema de la explotación del trabajo en el llamado “posfordismo”. En lo que a Gorz respecta, insisto en que la tensión no aparece claramente explicitada en su planteo, y que más bien se encuentra desplazada. Sin lugar a dudas, compartimos su punto de vista respecto de la necesidad de superar la sociedad salarial para ir más allá del capitalismo. También el énfasis puesto en la “riqueza de lo posible” frente a la “miseria del presente”, como reza el mismo título de su libro. Como ya señalamos, la perspectiva de lo posible para juzgar el presente es lo que caracteriza, desde un punto de vista epistémico-político, a la crítica. Lo que tendremos que complejizar será la lectura de este presente. Habrá que dialectizar en particular la “crisis de la sociedad salarial”, para lo cual procuraremos ahondar en los interrogantes que plantemos anteriormente y que, aparentemente, conducen a esta tensión que me permito ahora reformular en términos de una paradoja a explorar: cuando pareciera que las condiciones materiales están dadas para una superación del trabajo asalariado y el capitalismo, la mercantilización y la asalarización de nuevos dominios, anteriormente ajenos a sus lógicas, son procesos en curso. Esta es la cuestión que nos interesará traer al centro de la escena y que, según plantemos, en Gorz queda apenas sugerida en su lectura tardía del “posfordismo”.<sup>271</sup>

---

270 Recuérdese a este respecto lo que apuntamos respecto a la superposición, dentro de este sistema, de dos tipos de necesidad: la necesidad “natural” de mantener el proceso de vida y la históricamente específica, vinculada entre otras cosas al plustrabajo como condición de posibilidad de la reproducción del capital (véase supra, capítulo segundo, parágrafo VI).

271 La obra de Gorz posterior a *Misérias del presente...*, acentúa aún más los desplazamientos que, como señalamos, ya aparecen en ésta. En sus últimos escritos, la cuestión del “trabajo heterónimo” ha desaparecido definitivamente; la “economía inmaterial”

### II.3. Dominique Méda: el trabajo como valor en peligro de extinción

Socióloga y filósofa de nacionalidad francesa, Dominique Méda ha realizado aportes al debate sobre el “fin del trabajo” desde una perspectiva algo diferente a la de los autores que hemos revisado hasta ahora, lo cual justifica dedicarle especial atención. Ciertamente, la problemática desde la cual parte no difiere de la de dichos autores: se trata de tomar nota del desfase entre un desarrollo tecnológico que tornaría prescindible al trabajo y las políticas y discursos que emergen ante esta situación. En efecto, así describe Méda la paradoja a la cual se enfrentan las sociedades contemporáneas “basadas en el trabajo”:

la productividad del trabajo ha aumentado considerablemente en el último siglo, especialmente desde los años cincuenta; se produce cada vez más haciendo uso de cada vez menos mano de obra; parece factible por fin que se vaya aliviando el apremio que sobre nosotros ejerce el trabajo y, sin embargo, la respuesta que viene suscitando esta evolución no es sino una larga retahíla de lamentos. La sociedad reclama siempre más trabajo y pide, achacosa, soluciones milagrosas que generen más y más empleos “rentables”.<sup>272</sup>

Formidable paradoja: contradiciendo una evolución técnica aparentemente inexorable, la sociedad sigue reclamando trabajo, a la vez que las políticas económicas responden a esta demanda sin escatimar medio alguno. Aparecen entonces voces que, desde corrientes ideológico-políticas muy diversas, procuran justificar estos paliativos desesperados. Méda llama la atención respecto a que estas voces apelan antes al significante “trabajo” que al de “empleo”: incluso autores críticos del sistema del trabajo asalariado, llaman a salvar al “trabajo”, entidad que constituiría, más allá de sus realizaciones histórico-fenómicas, una “categoría antropológica”, siendo entonces un “rasgo invariante de la naturaleza humana”. El “trabajo” es presentado por estos discursos, en efecto, no sólo como un medio para aumentar la riqueza, sino antes que nada como forma de realización personal y fundamento del vínculo social.<sup>273</sup>

---

sería la crisis inevitable del capitalismo; finalmente, un sujeto potencialmente disruptivo se estaría incubando en el nuevo “trabajador cognitivo”. Estas ideas –presentes en particular en la última obra importante de Gorz, *L’Immatériel* (publicada en francés en 2003 y sólo traducida al inglés hasta el momento)– lo aproximan a las posturas de los teóricos del autonomismo italiano y a las tesis sobre el “capitalismo cognitivo”, e implican una distancia considerable respecto a mucho de lo que venía sosteniendo desde 1980.

272 MÉDA, Dominique, *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 15.

273 Véase *ibíd.*, pp. 16-18.

Es así que se constituye, desde un amplio espectro ideológico, un horizonte de ideas en el que el “trabajo” es considerado un valor central que sería necesario preservar. Consenso que se correspondería, según la autora, con el hecho de que nuestras sociedades modernas están realmente basadas en el trabajo: el mismo constituiría la relación social fundamental, – nuestro “hecho social total” declara Méda retomando el célebre término del antropólogo Marcel Mauss.<sup>274</sup>

La pregunta que Dominique Méda se formula es cómo se ha llegado a esta situación y al correspondiente consenso alrededor del “valor” del trabajo, y es en el modo de responder a la misma donde, según entendemos, se encuentra la peculiaridad de su planteo. La pensadora francesa se propone hacer una genealogía del concepto de “trabajo” para poner de manifiesto cómo el mismo ha llegado a constituirse en el centro de nuestra vida individual y social. Emprende entonces una revisión de la historia del pensamiento –y particularmente de la filosofía– por medio de la cual se empeñará en demostrar que lo que hoy entendemos por “trabajo” no ha existido desde siempre, siendo este concepto una invención moderna. Esta invención reconocería distintas etapas, y nuestro actual concepto sería una amalgama de capas de significados –no siempre coherentes entre sí– que han ido acumulándose hasta sedimentar en él. Recorrerlas nos permitiría entender cómo el trabajo ha llegado a tener semejante valor como para que nos aferremos a él incluso cuando se encuentre –según reza el subtítulo del libro– en “peligro de extinción”.

Se trataría de mostrar entonces la génesis histórica del valor-trabajo: el trabajo es reconocido como un “bien” porque así ha sido investido socialmente a través de un proceso de construcción de sentido. El esencialismo con que revestimos al trabajo es ya la muestra del éxito de esta operación: la tarea de la genealogía radicaría en desmontarla.<sup>275</sup>

A continuación, examinaremos la genealogía del concepto de “trabajo” que realiza Dominique Méda, para luego revisar algunas de las consecuencias que la autora extrae de la misma respecto a las perspectivas que hacia el futuro se abren para el trabajo y el lugar central que ha venido ocupando en las sociedades modernas. En línea con el modo en que venimos trabajando, iremos marcando algunas cuestiones que de este planteo resultan

---

274 Véase ibíd., pp. 9-10.

275 La genealogía del valor-trabajo recuerda así al proceder nietzscheano de deconstrucción de los valores morales que puede encontrarse en escritos como *Genealogía de la moral*. Ninguna relación tiene esta acepción con la teoría del valor-trabajo de Marx, más allá de que muchos teóricos del “fin del trabajo” entiendan –a mi juicio erróneamente– que dicha teoría conlleva una visión positiva –de raigambre “prometeica”– del trabajo.

problemáticas, tomando en consideración particularmente los desarrollos que hicimos en la primera parte.

### *II.3.a. El trabajo: genealogía de un concepto*

El primer paso de la genealogía que traza Méda consiste en mostrar que, antes de la modernidad, no existía el concepto actual de “trabajo”. Esto se verificaría primero en un somero examen de los estudios antropológicos sobre las llamadas “sociedades primitivas”. Por supuesto: no es que no existieran en ellas actividades productivas, pero el modo en que se practicaban y eran consideradas no guardaba relación alguna con nuestro concepto de “trabajo”. Sobre todo, porque en estas sociedades ni el estatus social, ni la base del vínculo social se organizan alrededor del “trabajo”, sino que las mismas actividades productivas vienen definidas por otro tipo de relaciones (sagradas, de parentesco) que no sólo resultarían ajenas a la lógica de la acumulación y el intercambio, sino incluso a la de la propia subsistencia. En algunos casos, por ejemplo, el “trabajo” se inscribe en una lógica de competencia lúdica y ostentación, radicalmente anti-económica en el sentido moderno de la palabra. No resulta casual, entonces, que estas sociedades carecieran de una palabra que recogiera un significado unificador de distintas actividades productivas realizadas en un sentido económico, como el actual concepto de “trabajo”.<sup>276</sup> Aquí acordamos con Méda, ya que su análisis concuerda con el que hicimos nosotros: en las sociedades precapitalistas, el “trabajo” no es una relación social, sino que él mismo es estructurado en el marco de otro tipo de relaciones (personales, de parentesco, etc.).

Al igual que Arendt, Méda analiza con mayor detenimiento la visión griega, que para ella también funciona como una suerte de “paradigma” crítico que puede contrastarse con las sociedades modernas. Según la autora, tres características delinean el modo en que dicha visión comprende el “trabajo”. Primero: no hay un concepto único que designe las distintas actividades productivas. La distinción más relevante es la que se establece entre *pónos* – actividades penosas que requieren esfuerzo y un contacto considerado “degradante” con la materia– y *érgon* (obra) –aquellas que consisten en dar forma a la materia en base a un modelo, como el caso de la actividad del artesano.<sup>277</sup> Al mismo tiempo, las actividades se jerarquizan en función del grado de dependencia que entrañan para quien las realiza: en lo

---

<sup>276</sup> Véase *ibíd.*, pp. 28-32.

<sup>277</sup> Hacemos notar que esta distinción se corresponde con la que Arendt establecía entre labor y trabajo.

más bajo de la escala se encuentra entonces la actividad subordinada personalmente del esclavo, seguido del artesano –que trabaja para el *démos*– y del agricultor –quien labora en función de su autosubsistencia.<sup>278</sup> Pero todas estas actividades productivas son desvalorizadas porque se vinculan al ámbito de la necesidad. He aquí la segunda característica del “trabajo”: es despreciado por la dependencia que supone. En contraste, la actividad política de los ciudadanos libres (*práxis*) y la contemplación (*theoría*) son valoradas porque se hallarían implicadas de modo inmanente con la independencia respecto a la necesidad y por lo tanto con la libertad.<sup>279</sup> Finalmente, el trabajo cumple escasamente la función de vínculo social: la misma se efectúa ante todo por la relación entre iguales que tiene lugar en el espacio público de la *pólis*.

Después de analizar el trabajo en la Edad Media, que no implica grandes cambios respecto a la visión antigua –aunque especialmente en su etapa final comenzarían a valorizarse algunos oficios– Méda pasa a estudiar la génesis propiamente dicha de nuestro concepto de “trabajo”. Génesis que reconocería tres momentos sucesivos, el primero de los cuales es el de la “invención del trabajo” a fines del siglo XVIII.

El concepto resultante de esta invención tiene muchas similitudes con el que expusimos en el segundo capítulo. Para la autora, Adam Smith constituye la expresión por excelencia de este momento. Lo que él descubre es el “trabajo abstracto”: más allá de sus dimensiones concretas (desgaste físico, esfuerzo, transformación material de un objeto) lo que le interesa es el trabajo entendido como “una sustancia homogénea, idéntica en todo tiempo y lugar e infinitamente divisible en unidades”,<sup>280</sup> siendo de este modo condición de posibilidad del intercambio. Su esencia es el tiempo: “la igualación y comparación de las distintas cantidades de trabajo se hace por medio del tiempo, el criterio más homogéneo y abstracto. El trabajo no es ya sólo *como* el tiempo, *es* tiempo”.<sup>281</sup> Es así que se inventa un concepto que unifica en la abstracción: permite poner en un mismo plano distintas actividades, alcanzando entonces el “trabajo” una universalidad desconocida hasta entonces:

Smith introduce así, seguramente sin ser consciente de ello, una nueva definición del trabajo. Una definición que no es fruto de un estudio de la característica compartida por las distintas formas concretas, prácticas, del trabajo (...) sino que resulta de una investigación que no tiene realmente por objeto al trabajo; una investigación, al término de la cual, el trabajo aparece como un instrumento de cálculo y medida (...) Son por tanto los economistas los que “inventan” el concepto de trabajo: por primera vez tiene

---

278 Véase *ibíd.*, pp. 34-35.

279 Véase *ibíd.*, pp. 35-37.

280 *Ibíd.*, p. 52.

281 *Ibíd.*

un significado homogéneo, pero se trata de un concepto construido, instrumental y abstracto. Su esencia es el tiempo.<sup>282</sup>

Méda argumenta entonces que el trabajo pasa a concebirse como la relación social nuclear. Vincula esta cuestión con la visión moderna del mundo y en particular con el nacimiento del individuo. Por un lado, con el “fin del orden geocéntrico”, la visión de la naturaleza como un conjunto “poblado de fuerzas, cualidades sensibles e incluso espíritus” cede su lugar a una perspectiva desencantada e instrumental: “la naturaleza es ahora homogénea, absolutamente vacía y transparente. Se constituye de una materia perfectamente penetrable y cognoscible por el espíritu humano”.<sup>283</sup> Por otro lado, se empiezan a derrumbar las justificaciones tradicionales que sostenían el orden social establecido. A la vez que la autoridad política deja de depender de una legitimación divina, el lugar del individuo deja de obedecer a un orden fundado en una “comunidad natural, jerarquizada, con unidad orgánica y en la cual cada uno tiene naturalmente su sitio”.<sup>284</sup> En su reemplazo, el orden social pasa a concebirse como una obra humana, producto de la voluntad de individuos considerados libres, iguales y racionales. La economía sería justamente una de las dos respuestas que el siglo XVIII habría proveído para resolver el acuciante problema moderno del fundamento del orden social:

Durante el siglo XVIII (...) se proponen dos soluciones radicalmente distintas: la solución económica y la solución política. Ambas pretenden encontrar el principio unificador de una multiplicidad desordenada de individuos. Ambas acuden, inicialmente, al argumento del contrato para representar el modo en que los individuos entablan relaciones. Pero si para la solución política el contrato es el acto constitutivo tanto del cuerpo político como de la autoridad política, para la solución económica el contrato instituye las condiciones de intercambio definiendo las leyes de la equivalencia de las magnitudes.<sup>285</sup>

En la visión económica, entonces, el orden social es el resultado espontáneo –en el sentido de que no es buscado de modo voluntario- del juego que emerge de los intereses egoístas de los individuos. Es en esta perspectiva que el trabajo aparece como relación social fundamental:

---

282 *Ibid.*, pp. 53-54.

283 *Ibid.*, p. 64.

284 *Ibid.*, p. 67.

285 *Ibid.*, p. 70.

Por tratarse del medio concreto mediante el cual se alcanza la abundancia, por tratarse de un esfuerzo siempre orientado a los demás y, sobre todo, por tratarse de la medida de los intercambios y de las relaciones sociales en general, el trabajo es la relación social nuclear (...) La respuesta de la economía política a la cuestión del orden social es por tanto: trabajo e intercambio, única manera de sustituir la vieja *universitas* por un orden igualmente sólido, con una inflexibilidad parecida a la natural, y sin presuponer que los individuos deban tenerse aprecio o deban perseguir otra cosa que sus particulares anhelos.<sup>286</sup>

Es así que habría nacido el concepto moderno de “trabajo” como relación social central, con sus notas características y distintivas: “abstracto” y “mercantil” en tanto modo de regular los intercambios de los individuos entre sí y con la sociedad; “instrumental” en tanto es medio de enriquecimiento y abundancia y a la vez operación secular sobre una naturaleza desencantada.

Este planteo mantiene entonces –insistimos– muchas similitudes con el que antes esbozamos siguiendo a Marx. Sin embargo, notamos algunas ausencias y vacilaciones en la articulación conceptual que realiza la autora. En efecto: Méda esboza al “trabajo” como relación social, pero a partir de aquí no termina de desplegar totalmente la categoría porque no la vincula con las de “valor” como forma específica de la riqueza ni con la de “capital” como totalidad contradictoria en movimiento. Veremos en el próximo apartado que esta cuestión, lejos de ser inocua, se reflejará en algunas de las consecuencias que la autora pretende derivar de esta revisión genealógica.

El segundo momento de la genealogía que traza Méda tiene lugar en el siglo XIX, con Hegel y particularmente con Marx como protagonistas. Si el siglo XVIII concibió al trabajo como factor de producción y como relación social, el siglo siguiente valorizará al trabajo como una fuerza creadora, llegando incluso a pensarlo como el elemento constituyente de la esencia misma del hombre.

Para Méda, una de las innovaciones clave de la filosofía hegeliana radicaría en haber introducido la historicidad en la idea de Dios o Espíritu. El mismo ya no sería una idea eterna e inmóvil, separada además del mundo, sino que su accionar consistiría justamente en asimilar la exterioridad, haciendo conciente (*para sí*) lo que es en esencia (*en sí*). Aquí, conocer es actuar, asimilar lo exterior, humanizar lo natural, espiritualizar la naturaleza. Y a este proceso Hegel lo denomina “trabajo”: “el acto mediante el que el Espíritu se conoce a sí mismo es un trabajo que realiza sobre sí mismo”.<sup>287</sup>

Postulado este concepto de “trabajo” como actividad creadora, espiritual y humanizadora, Hegel habría analizado al trabajo de la era industrial –el trabajo abstracto

---

286 *Ibid.*, p. 72.

287 *Ibid.*, p. 78.

“inventado” por la economía política— como un momento necesario pero llamado a ser superado. Porque este trabajo encierra una contradicción, ya que por un lado acerca a los hombres, los vuelve interdependientes y permite que expresen su potencia ante la naturaleza mediante la introducción de la maquinaria, pero por otro embrutece a los trabajadores, condenándolos a tareas repetitivas y sumergiéndolos en la pobreza. Es así que Hegel habría prefigurado el esquema “utópico” del trabajo que después desarrollarían Marx y algunos socialistas: el trabajo industrial, abstracto, es un momento a ser superado y reemplazado entonces por un trabajo que sí se corresponderá con su esencia. Una vez “liberado”, el trabajo será creación y autorrealización.<sup>288</sup>

Marx, precisamente, habría partido del concepto hegeliano de “trabajo”, pero poniendo como sujeto del mismo al propio hombre y no al Espíritu. Y la clave estaría nuevamente en la contradicción entre el “trabajo verdadero” —esencia del hombre— y el “trabajo real” —el que se desarrolla con el capitalismo— que sería una forma alienada del primero. La historia sería para Marx, en efecto, la humanización de la naturaleza por obra del trabajo humano. La característica distintiva de este último sería la “autocreación”, y su modelo el *homo faber* — donde el hombre se expresa a sí mismo en su artificio, es decir, en el objeto que él creó.<sup>289</sup>

Según Méda, el concepto central en los planteamientos de Marx sobre el trabajo es el de *expresión*: el hombre expresa a los demás su singularidad a través de los productos de su trabajo. Este sería el elemento clave de su concepto utópico de trabajo, aquel que predominaría —desplazando incluso al concepto de “trabajo” en tanto metabolismo con la naturaleza, es decir, a la “labor” en sentido arendtiano— cuando el proceso histórico concluya en una sociedad libre.<sup>290</sup> Utilizando la dicotomía aristotélica: el trabajo abandonaría entonces el ámbito de la necesidad para pasar a ejercerse en el de la libertad, concordando entonces con su esencia. Méda concluye que, con estos desplazamientos conceptuales, Marx no habría hecho más que dar una formulación precisa y coherente a la “invención” distintiva del pensamiento del siglo XIX, que compartirían desde los idealistas alemanes a los socialistas utópicos franceses, pasando por la mayor parte de los liberales: el trabajo pasaría ahora a concebirse también como el vehículo por excelencia a través del cual se realiza la persona.

Finalmente, el tercer momento o acto en la genealogía del concepto de “trabajo” se da en el siglo XX. Méda señala que, a diferencia de los dos anteriores, este momento carece de

---

288 Véase *ibíd.*, pp. 79-81.

289 Véase *ibíd.*, pp. 81-83. Nótese que a diferencia de la lectura de Arendt sobre Marx, para Méda sería el “trabajo” y no la “labor” lo que constituiría la esencia del hombre según el filósofo alemán.

290 Véase *ibíd.*, pp. 84-85.

una articulación teórica exhaustiva; antes bien, se deriva pragmáticamente del conjunto de instituciones establecidas por el Estado Social o de Bienestar que se consolida en el período de posguerra. Responde fundamentalmente a la visión que emerge de la política socialdemócrata, que ha renunciado a la utopía socialista de suprimir el trabajo asalariado para reemplazarla por un programa reformista de mejora gradual de las condiciones laborales y de las retribuciones materiales de los trabajadores. El “trabajo” se hace aquí sinónimo de “empleo”, y esta es precisamente la paradoja que Méda le imputa al pensamiento socialdemócrata: “sigue proyectando las energías utópicas en la esfera del trabajo pero no cuestiona la relación salarial”.<sup>291</sup> Para que los trabajadores acepten el trabajo asalariado, la socialdemocracia promete seguridad laboral y social y un incremento del bienestar material, ambos garantizados por el Estado Social: “este es el precio que ha de pagarse para poder compensar la relación salarial y hacer olvidar a los trabajadores que el trabajo no es –ni será jamás– un trabajo liberado”.<sup>292</sup>

Estos serían los tres momentos que habría venido atravesando el concepto de “trabajo” hasta alcanzar su actual configuración. Resulta claro que no son en absoluto coherentes entre sí. Así, el segundo momento niega al primero: el “esquema utópico del trabajo” supone que para que el trabajo coincida con su esencia, debe superarse el primer momento, esto es, el del trabajo como mero factor productivo –trabajo abstracto. También el tercer momento a la vez que recupera la dimensión utópica del segundo, niega la relación crítica que el mismo mantenía respecto al trabajo “realmente existente”. Méda no disimula estas tensiones sino que más bien asume la tarea de ponerlas de manifiesto: su objetivo es justamente mostrar hasta qué punto nuestro concepto actual de “trabajo” encierra sentidos heterogéneos poco coherentes entre sí, que la genealogía puede diferenciar.

Méda entiende que asumiendo este complejo recorrido estaríamos en mejores condiciones de afrontar algunos de los interrogantes que el trabajo –hoy en crisis– nos plantea, por ejemplo: ¿Deberíamos seguir revalorizando moralmente al trabajo o más bien tendríamos que relativizar su valor? ¿Nos convendría insistir en la política de crear más empleo o, por el contrario, tendríamos que buscar modos alternativos de retribuir a las personas? ¿Necesitamos fomentar la autonomía en el trabajo o más bien deberíamos buscar esta autonomía en otros ámbitos? Méda intentará contestar estos interrogantes partiendo de su genealogía, contrarrestando a la vez los argumentos que, desde distintas perspectivas, plantean la necesidad de mantener el valor y la centralidad del trabajo en la actualidad. Más o

---

291 *Ibid.*, p. 109.

292 *Ibid.*

menos explícitamente, emprende entonces una “crítica del trabajo” que comparte varios supuestos de lo que anteriormente denominamos “crítica tradicional del trabajo”. Veamos entonces algunos de los argumentos que nos brinda a estos efectos; los mismos nos darán elementos para mostrar también las limitaciones de su tratamiento.

### *II.3.b. La crítica del “trabajo”*

Méda emprende una crítica de los argumentos que mantienen hoy la utopía del “trabajo liberado” propia del segundo momento de la genealogía (siglo XIX). Cuestiona a estos planteos en su conjunto por olvidar la dimensión que pusiera de manifiesto el primer momento:

estos planteamientos son radicalmente contradictorios. Olvidan la forma bajo la cual nació el trabajo y con la cual sigue existiendo. Olvidan, en efecto, su dimensión económica y la consiguiente lógica detrás de su aparición y de su pervivencia. Sostienen que el trabajo es obra, cuando su determinación económica precisamente impide que pueda ser eso.<sup>293</sup>

Esta crítica se aplica sin demasiados problemas a los planteos que la autora revisa en el tercer momento de su genealogía. Vimos, en efecto, que los mismos daban por supuesto al trabajo asalariado tal como existe en el capitalismo manteniendo al mismo tiempo la dimensión de realización personal autónoma inventada por el segundo momento de la genealogía. Es decir que a diferencia de los del siglo XIX, estos planteos no proponen un esquema utópico: ya aquí y ahora, en el mismo capitalismo, el trabajo resultaría liberador para la persona y una fuente de autonomía. Méda responde señalando que el trabajo realmente existente en las actuales sociedades capitalistas está atravesado por *tres lógicas* que resultan incompatibles o al menos entran en tensión con la posibilidad de realización personal: 1) La lógica del capital, que supedita al trabajo a la acumulación; 2) La lógica del trabajo asalariado, que subordina al trabajador a su empleador; 3) La lógica del desarrollo técnico, que supedita al trabajo a la necesidad de ordenar el mundo para maximizar las riquezas que podemos obtener de él.<sup>294</sup> Las tres lógicas condicionarían la forma y el contenido del trabajo: en tanto los fines y el modo de alcanzarlos se encuentran determinados por ellas, el trabajo no puede ser un vehículo de realización personal.

---

293 *Ibid.*, pp. 114-115.

294 Sobre estas tres lógicas, véase *ibid.*, pp. 114-124.

Ahora bien, estos argumentos de Méda no agregan demasiado a los de Marx y otros socialistas del siglo XIX, para quienes efectivamente el trabajo asalariado subordinado al capital resulta incompatible con la posibilidad de realización personal. Nosotros sabemos muy bien que estas tres lógicas aplicadas al trabajo son necesarias en el marco del capitalismo, pero: ¿no sería posible su superación en otro tipo de sociedad? La respuesta de Méda a esta pregunta es negativa. Al igual que Gorz, ella entiende que el trabajo no puede llegar a ser autónomo, ni siquiera en una sociedad utópica como la que pensó Marx:

Parece que Marx no ha comprendido la causa de la alienación del trabajo, o más bien que habría percibido las dos primeras causas –la lógica capitalista y la subordinación– sin comprender que se deben, en última instancia, a la tercera lógica: la del deseo de abundancia o de humanización, auténtico fundamento del productivismo.<sup>295</sup>

Según argumentamos nosotros siguiendo a Marx, esta tercera lógica –la productivista– es también inmanente al capitalismo. Méda entiende que es independiente de este sistema, en el sentido de que es más amplia. La prueba de esto sería el caso del “socialismo real”, que aún habiendo estatizado los medios de producción mantuvo inalterada dicha lógica:

El carácter alienante del trabajo no desaparece con la apropiación colectiva de los medios de producción. El que el capital esté en manos de los trabajadores y no de los capitalistas, apenas modifica las condiciones de trabajo (...) Con independencia de si viene dictada por el Plan o por el mercado, la producción estará igualmente determinada desde afuera y será ajena a los trabajadores (...) Porque el problema no radica en la propiedad de los medios de producción, sino en el carácter del trabajo y en el hecho de que la eficacia productiva siga siendo su objetivo (...) la organización del trabajo se rige por el principio de eficacia y éste deriva del imperativo absoluto de incrementar la riqueza.<sup>296</sup>

Ahora bien: que la lógica productivista haya sido adoptada por otros medios que los estrictamente capitalistas no es un argumento definitivo respecto al imperio incuestionado de dicho principio. En Méda parece operar entonces –al menos implícitamente– el argumento habermasiano-gorziano sobre el progreso evolutivo que representaría la imposición de un regulador sistémico –en este caso parece ser la “eficacia”– en determinadas áreas de la vida social –nuevamente, la economía y el trabajo. Por eso la principal conclusión crítica que Méda deriva de su genealogía estriba en que quienes legitiman el valor-trabajo se inspiran en las utopías del siglo XIX pero suelen olvidar que el origen del concepto se remonta al siglo XVIII, momento en que recibe su sello indeleble de raigambre productivista:

---

295 *Ibid.*, p. 130.

296 *Ibid.*, pp. 130-131.

Estas legitimaciones no han sabido distinguir entre las distintas representaciones del trabajo que les han sido legadas y se han ahorrado la necesaria elección entre ellas. En consecuencia incurren en tres errores: representan el trabajo exclusivamente bajo la forma soñada en el siglo XIX –como libertad individual, colectiva y creadora– pero sin recordar su dimensión económica, es decir, el hecho de que fuera concebido y siga concibiéndose como un factor de producción y como trabajo abstracto. Por otro lado, aquello que el siglo XIX consideraba como un sueño o una utopía –el trabajo desalienado– se tiene ahora por algo logrado. Da la impresión de que estas legitimaciones creen en la magia. Por último, al no haber acometido una reflexión crítica –ya que siguen, a pesar de todo, aceptando la dimensión económica del trabajo, aunque la oculten– no perciben que están imbuidas por la ideología económica que fuera el contexto originario de la invención del trabajo.<sup>297</sup>

Nosotros compartimos la crítica a quienes exaltan el trabajo asalariado como lugar de realización personal sin reparar en que sus objetivos vienen dados por la lógica de valorización del capital. Hay aquí una tensión –cuando no contradicción– entre dos objetivos que al ser disimulada redundan en una legitimación acrítica del capitalismo. Pero Méda –y este es un hilo conductor en todo su libro– está diciendo bastante más: para ella la impronta productivista del siglo XVIII es ya inseparable de la organización del trabajo. La confusión conceptual habría sido desencadenada más bien por el siglo XIX, que insertó un elemento utópico a este concepto “económico” secular y en apariencia realista. De ahí que para Méda “desencantar” el trabajo –el propósito principal de su planteo– parezca reducirse a aceptar como inevitable el carácter económico-productivista del trabajo (siglo XVIII) y rechazar las fantasías utópicas del siglo XIX. Desde nuestra perspectiva, esta idea según la cual en el origen dieciochesco del concepto de “trabajo” hay algo necesario resta potencial crítico a la genealogía, que tal como nos la enseñaron Nietzsche y Foucault tiene como meta mostrar el carácter arbitrario de todo origen para poner de manifiesto su contingencia y no su necesidad.

La crítica de Méda al vínculo social establecido por medio del trabajo se mueve en la misma dirección. Por un lado, señala que el trabajo cumple esta función de un modo accesorio respecto a su finalidad principal, que sería la producción eficiente de riquezas: esto explica el carácter precario del vínculo a que da lugar, ya que los imperativos a los cuales se encuentra sujeto el trabajo se rigen por una lógica totalmente distinta a la del fortalecimiento de la cohesión social. Por otro lado, sostiene que el vínculo social establecido por medio del trabajo es frágil pues parte del individuo y vuelve a él: como ya planteaba Adam Smith, no es la búsqueda de establecer una relación con el otro sino el interés egoísta el que motiva la compra y venta de productos, actividades y capacidades. Trabajo e intercambio dan lugar a redes de interdependencia que en realidad no son buscadas ni controladas de modo conciente

---

297 *Ibid.*, p. 156.

y voluntario, sino que son resultados del interés de individuos comprendidos como átomos egoístas.<sup>298</sup>

Lo que argumenta Méda es que existen otros modos mejores y más sólidos de pensar y construir el vínculo social, que no tienen relación alguna con la producción y con el trabajo. Es así que reivindica aquella tradición que va de Aristóteles a Habermas y Arendt, pasando por Hegel, que busca un fundamento más sólido para el vínculo social en la comunidad política y no en la economía. En consecuencia, la autora recupera varias de las distinciones que aquí hemos revisado críticamente: entre *poiesis* y *praxis* (Aristóteles), entre labor y acción (Arendt), o entre trabajo e interacción (Habermas).<sup>299</sup> Su idea central, entonces, es que en lugar de extender el campo del trabajo y la producción –como sostienen tanto quienes buscan asiduamente nuevos “yacimientos de empleos” como aquellos que inspirándose en Marx suponen que hay que realizar la “esencia” del trabajo más allá de su forma fenoménica “empleo”– habría que reducirlo para dar mayor lugar a esas actividades que no se guían por ningún imperativo de eficacia ni se apoyan en el atomismo, y que por tanto podrían ser fuentes más sólidas de cohesión e integración social –y esto sería especialmente apremiante en un momento en el que azota el fantasma del paro. Sobre esta base, Méda pretende justificar las políticas que procuran el reparto del empleo, la reducción de la jornada laboral y la búsqueda de otras fuentes de distribución de ingresos alternativas al trabajo asalariado.<sup>300</sup>

Este planteo también nos merece algunas observaciones críticas en línea con las que venimos marcando. En primer lugar, insistimos respecto a que la subordinación del trabajo al imperativo de eficacia es también un producto histórico de la instauración del capitalismo que no habría que esencializar o dar por supuesto. Aquí no cabe el subterfugio semántico de afirmar que así fue como se inventó el “trabajo” en el siglo XVIII: lo que está en juego es si este principio de eficacia debe regir como imperativo absoluto de la organización productiva. Nosotros pensamos –como ya señalamos anteriormente– que una sociedad poscapitalista debería regir su producción por otros principios además del de la eficacia; nuestra perspectiva en este terreno sigue siendo la de lo posible como horizonte crítico ante lo existente.<sup>301</sup>

---

298 Véase *ibíd.*, pp. 135-138.

299 Véase *ibíd.*, pp. 139-144.

300 Véase *ibíd.*, pp. 240-243.

301 Por el contrario, la resignación de Méda ante el trabajo existente se corrobora en afirmaciones como esta: “desencantar el trabajo, descargarlo de las excesivas esperanzas que le fueron confiadas y *pasar a considerarlo tal como es* exigiría un cambio radical de las representaciones” (*Ibíd.*, p. 238, la cursiva es mía).

Para que esta última afirmación no quede en un plano abstracto deslindado de la práctica, podemos reflexionar acerca de algunos problemas acuciantes de las sociedades contemporáneas. Pensemos por ejemplo en la muy en boga cuestión ecológica. Resignarse al primado tecnocrático de la eficacia en la organización de la producción (aunque se plantee la reducción de su dominio) no parece lo más apropiado, especialmente en un momento en el que los límites de un modelo peculiar de desarrollo basado en fuentes de energía no renovables empiezan a hacerse patentes. Ahora bien, es también este modelo el que ha permitido ahorrar trabajo –dejemos de lado ahora la cuestión de que este ahorro ha redundado en plustrabajo para el capital antes que en tiempo libre para la sociedad. Como señala el ecologista y sociólogo español Jorge Riechmann:

En una sociedad ecológica, en la misma medida en que vamos a tener menos sobreabundancia energética, tendremos que recurrir más al trabajo humano. Entonces, resulta contraproducente para el movimiento ecologista un tipo de crítica destructiva del concepto de trabajo, en lugar de una reformulación de una ética del trabajo en sentido ecológico. Si denigra el trabajo, el ecologismo tira piedras contra su propio tejado.<sup>302</sup>

Este ejemplo resulta interesante porque pone en cuestión desde un punto de vista ético-político el postulado que comparten casi todos los teóricos del “fin del trabajo” según el cual el desarrollo tecnológico es ineluctable y sólo podemos esperar que el mismo libere tiempo libre. Postulado que es compatible con un concepto de tipo tecnocrático de “trabajo” y que –según venimos argumentando– limita la crítica, operando entonces un cierre en el planteamiento de ciertos problemas de actualidad como el que señala Riechmann. Podemos pensar también en los dilemas que en nuestros países Latinoamericanos está generando la expansión del modelo extractivo sojero-minero, justificado también en base a los principios unidimensionales de rentabilidad y eficacia. Y no por casualidad, las comunidades que resisten este modelo –en muchos casos vinculadas a los llamados “pueblos originarios”– defienden formas alternativas de relacionarse con la naturaleza (que ponen en cuestión la propiedad privada de la tierra y la relación de dominio hacia ella) y de estructurar las comunidades (contra los principios mercantiles e individualistas); proponen entonces modelos distintos de “trabajo”, que se rigen por principios alternativos a los de rentabilidad y eficacia.<sup>303</sup> Nuevamente: una crítica que acepta como inevitable el primado de la eficiencia en

---

302 Jorge Riechmann en ABASOLO POZAS, Olga, “Perspectivas sobre el trabajo en la crisis del capitalismo: diálogo entre José Manuel Naredo y Jorge Riechmann”, en *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, N° 108, 2009, p. 151.

303 Estos movimientos son acusados por ciertos sectores de “romanticismo” y de aponerse el “progreso”: ¡exactamente lo mismo que Habermas le reprochaba al concepto utópico de “trabajo” de Marx!

la organización de la producción nos parece más un obstáculo que un camino apropiado para responder a estos problemas y articular conceptualmente estas demandas sociales.

Por otro lado, en el planteo de Méda no aparece teorizada la relación entre trabajo y capitalismo. Ya señalamos que aunque introduce de un modo a nuestro juicio correcto el concepto de “trabajo abstracto”, no lo desarrolla como hicimos nosotros. Los conceptos de “valor” y “capital”, por ejemplo, no son siquiera mencionados, ni en su revisión de la economía política clásica ni en el análisis crítico que hace de Marx. Las constricciones objetivas que implica el capitalismo quedan así pobremente tematizadas. Todo el peso de la explicación se traslada, entonces, al plano de las ideas: una difusa “ideología económica” sería lo que subyace al productivismo, así como la persistencia “ideal” del valor-trabajo –ya que en la “realidad” el trabajo estaría siendo reemplazado por máquinas– sería lo que explica la centralidad que continúa teniendo el trabajo asalariado.

De un modo similar a lo que ocurría en Gorz, esta ausencia se hace notar especialmente cuando Méda repasa someramente algunas tendencias puestas de manifiesto por el “posfordismo” en las últimas décadas. En particular, la pensadora francesa toma en consideración ciertos planteos que anuncian el advenimiento de una “sociedad de servicios”, en la cual cada vez más actividades que no tienen relación inmediata con la materia entran en la esfera laboral. Para ella, esta tendencia implicaría un peligro:

La lógica subyacente a la sociedad de servicios es la puesta en valor de todo lo existente, recursos naturales, capacidad natural, relaciones sociales. Cualquier cosa puede ser valorada, con tal de que exista alguien que la tenga por útil. El conjunto de las relaciones sociales tampoco escaparía a esta lógica (...) En semejante sociedad la diferencia entre trabajo y no trabajo se desdibuja: todo viene a ser trabajo, pero no ese trabajo aburrido, material y mensurable; ahora el trabajo es interesante, incluso propicio al desarrollo personal, o quizás una actividad asimilable a cualquier otra.<sup>304</sup>

Méda alerta sobre un peligro real, pero su horizonte interpretativo es limitado e incluso peca de cierta ingenuidad: la “sociedad de servicios” sería para ella el efecto de la confusión respecto al concepto de “trabajo”, que llevaría a que la sociedad, ante el problema del paro, busque someter a la lógica del empleo nuevas actividades en lugar de reducir el campo de aplicación de dicha lógica, como pareciera hacer posible el desarrollo técnico.<sup>305</sup> La interpretación que haremos aquí respecto a este fenómeno será radicalmente diferente: para nosotros la extensión de la lógica del “empleo” a nuevos campos se deriva de que el capital, para reproducirse, sigue dependiendo de la explotación del trabajo. Siguiendo esta idea, la

---

304 MÉDA, Dominique, *El trabajo...*, ob. cit., pp. 236-237.

305 Véase ibíd., pp. 237-238.

tendencia a la mercantilización de actividades otrora consideradas “privadas” o ajenas al intercambio es algo más que el producto de una confusión conceptual: se vincula ante todo con las necesidades del capitalismo, que busca perpetuarse como forma dominante de estructurar las relaciones sociales. Esto lo abordaremos en la tercera parte: aquí sólo queríamos explicitar el hecho de que las falencias del tratamiento teórico de Méda repercuten en la interpretación que hace de ciertos fenómenos actuales.

Del mismo modo, Méda tampoco problematiza sus propuestas para salir –o al menos relativizar el alcance– de la “sociedad del trabajo” (reducción de la jornada laboral, reparto del trabajo y búsqueda de fuentes alternativas para la distribución de ingresos) a la luz de las tensiones que podrían generar teniendo en cuenta que las sociedades en que vivimos siguen siendo capitalistas.<sup>306</sup> Además, cuando hace estas propuestas reproduce implícitamente la escisión –que Marx cuestionara– entre una producción regida por reglas económico-técnicas y una distribución regida por reglas sociales.<sup>307</sup> Pero no se entiende muy bien cómo podrían discutirse democráticamente las cuestiones referidas al reparto de trabajo e ingresos en el marco de una sociedad donde la producción está orientada a la obtención de plusvalor y guiada por el móvil del beneficio privado. Lo que llama la atención no es tanto que Méda ni siquiera considere la posibilidad de pensar una alternativa al capitalismo, sino que incluso aceptando este sistema no enmarque sus propias propuestas atendiendo a los límites –más o menos móviles pero no por eso inexistentes– que el mismo supone.

En resumen, entendemos que el valioso estudio de Méda incurre en dos de los problemas que atraviesan la mayor parte de los discursos sobre el “fin del trabajo”. Por un lado, esencializa ciertos rasgos del trabajo tal como se dan en nuestras sociedades al considerarlos como insuperables, restringiendo de este modo el alcance de la crítica. Por otro lado, no tematiza suficientemente la relación entre trabajo y capitalismo, lo cual redundando en una visión demasiado lineal y simplista –cuando no ingenua– que se pone de manifiesto especialmente a la hora de analizar fenómenos actuales y realizar propuestas que se pretenden superadoras.

#### **II.4. Otros planteos: Claus Offe y Zygmunt Bauman**

Hemos decidido abordar con cierta minuciosidad los planteos de Rifkin, Gorz y Méda considerando que estos autores son los que más extensamente han desarrollado, aún con

---

<sup>306</sup> Algo similar vimos que ocurría en el planteo gorziano.

<sup>307</sup> Véase *ibíd.*, pp. 240-243.

distintas perspectivas, argumentos en torno al “fin del trabajo”. Entre los otros pensadores que han asumido posiciones que podrían ubicarse en esta línea,<sup>308</sup> nos parece que Offe y Bauman hacen algunos aportes para reflexionar en particular sobre una cuestión que hasta aquí ha aparecido de un modo más bien tangencial: la del trabajo en su relación con la constitución de la subjetividad.

El sociólogo alemán Claus Offe, muy influenciado por la Escuela de Frankfurt, suele ser citado como uno de los exponentes de las tesis sobre el “fin del trabajo”. Particularmente, a raíz de un pionero artículo publicado en 1983, en el cual parte de la pregunta de si el “trabajo” continúa siendo una categoría sociológica clave.<sup>309</sup> Según Offe, los grandes clásicos de la sociología (Marx, Durkheim y Weber) habrían compartido –a pesar de sus diferencias en otros aspectos– una clave interpretativa común según la cual el trabajo asalariado –junto con la racionalidad empresarial que lo gobierna y las contradicciones sociales que engendra– sería el pilar desde el cual tendría que partir una teoría social. En este sentido, podría afirmarse que la sociología clásica pensó a la sociedad moderna como una “sociedad del trabajo”. Pero Offe entiende que en la actualidad hay razones para poner en cuestión esta “capacidad global de determinación macrosociológica que corresponde al hecho social del trabajo (asalariado)”.<sup>310</sup>

Una primera serie de razones que Offe esgrime para sostener dicha afirmación se vincula con lo que él denomina la “diversidad empírica del hecho de trabajar”: aunque una parte creciente de la población desempeña un trabajo formal, esta circunstancia estaría teniendo cada vez menor valor informativo, particularmente por la mayor diferenciación interna al interior de la clase trabajadora. Según Offe, se observa una gran variación en las situaciones laborales en lo que respecta a cuestiones como el nivel de ingresos, calificaciones, seguridad, reconocimiento social, etc., por lo que cabría inquirir la capacidad explicativa de la categoría “trabajo” para dar cuenta de las estructuras, los conflictos y las acciones sociales.<sup>311</sup>

---

308 Véanse por ejemplo: FORRESTER, Viviane, *El horror económico*, Buenos Aires, FCE, 1997; y BECK, Ulrich, *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós, 2007. Aunque dispares en muchos aspectos, en ambos ensayos volvemos a encontrar la idea de que el trabajo asalariado es cada vez más prescindible para el sistema productivo, por lo cual se haría necesario abandonar el sueño del “pleno empleo” y pensar alternativas a la “sociedad del trabajo”.

309 Véase OFFE, Claus, “¿Es el trabajo una categoría sociológica clave?”, en *La sociedad del trabajo...*, ob. cit., pp. 17-51.

310 *Ibid.*, p. 21.

311 Véase *ibid.*, pp. 26-28.

Offe se detiene en particular en el crecimiento del sector terciario, que para él representa la escisión más novedosa al interior del concepto de “trabajo”. Fundamentalmente, el trabajo en este sector no podría gobernarse estrictamente por el mismo tipo de racionalidad técnica que caracterizó al trabajo industrial que la sociología clásica tomó como modelo. Tanto es así que:

su no-normatividad (...) ha de verse compensada mediante cualidades tales como la competencia interactiva, la conciencia de responsabilidad, la empatía y una experiencia adquirida casuísticamente; y en el lugar de criterios económico-estratégicos de racionalidad que han fracasado se sitúan cálculos de necesidades y utilidades, convencionales, político-discrecionales o adquiridos por medio del consenso de los pertenecientes a una determinada profesión.<sup>312</sup>

Estaríamos entonces ante una duplicación del concepto de trabajo, el cual según Offe perdería entonces su univocidad.

Una segunda serie de razones que esgrime Offe para poner en duda el carácter estructurante de la categoría “trabajo” se vincula con la pérdida de centralidad del trabajo en la configuración de la subjetividad. El autor la atribuye, en particular, a la erosión de la valencia moral del trabajo, debida tanto al retroceso de las tradiciones religiosas o seculares que en otro momento le sirvieron de apoyo (por ejemplo, la ética protestante estudiada por Weber) como a los procesos de racionalización del trabajo (por ejemplo, el taylorismo), que tienden a eliminar de la producción el “factor humano”, cualidades morales incluidas.<sup>313</sup>

Offe enumera algunos motivos más para explicar esta supuesta pérdida de centralidad subjetiva del trabajo, como la mayor discontinuidad en las biografías laborales, el retroceso del tiempo dedicado al trabajo en relación al tiempo vital y la acción del Estado de Bienestar, que tiende a brindar prestaciones sociales con cierto grado de independencia respecto a las contribuciones laborales. Señala también los efectos subjetivos del desempleo, problema que el autor predice que se va a profundizar tornando finalmente poco plausible la condena moral de quien se encuentre desempleado.<sup>314</sup>

---

312 *Ibíd.*, p. 32.

313 Véase *ibíd.*, pp. 36-37.

314 Véase *ibíd.*, pp. 39-44. A propósito del tema del desempleo, cabe mencionar que Offe en 1995 (trece años después de la publicación del escrito que estamos revisando) publica un breve artículo en el que en líneas generales repite el diagnóstico y las recetas que suelen plantear los teóricos del “fin del trabajo”. Afirma allí que el pleno empleo constituye un objetivo que se ha vuelto imposible, aunque no responsabiliza por esto a las tecnologías sino a las condiciones de competitividad exacerbada que la globalización impone a los países de la Unión Europea. En consecuencia, propone evaluar medidas de política económica y social alternativas, como la institución de una renta mínima garantizada, la reducción de la jornada

Por estas razones, Offe concluye que “no es sólo objetivamente como el trabajo se ha visto relegado de su condición como hecho vital central y autoevidente; también subjetivamente (...) ha perdido esa posición en el interior del fondo motivacional de los trabajadores”.<sup>315</sup> Y volviendo a su problema inicial, plantea la necesidad de que la sociología revise sus conceptos a efectos de asir una sociedad que ya no se fundaría en el trabajo. A este respecto, Offe reconoce en particular a la “teoría de la acción comunicativa” de Habermas el mérito de haber hecho justicia a esta necesidad en la medida en que criticando el predominio epistemológico que el trabajo tenía en la teoría marxista, habría reconstruido de un modo consecuente la estructura y la dinámica de las sociedades modernas no como un antagonismo enraizado en la propia esfera de la producción, sino en términos de una colisión entre el “sistema” y el “mundo de la vida”.<sup>316</sup>

Cabe hacer algunas observaciones a los argumentos de Offe. Respecto a la idea de que la “diversidad empírica del hecho de trabajar” atenta contra la unidad de la categoría “trabajo” y su poder explicativo, puede empezar señalándose que las heterogeneidades al interior del salariado no son nuevas. Los clásicos de la sociología tampoco reflexionaban teniendo en vista un trabajo totalmente unificado en su forma y contenido. Recordemos que en ese período se vivía una transición forzada hacia la modernidad capitalista, en la que el trabajo industrial convivía aún con el mundo rural tradicional y donde espacios de la reproducción social tenían lugar todavía en economías rurales y/o domésticas.<sup>317</sup> Evidentemente, categorías como la de “trabajo asalariado” o “trabajo abstracto” son generales y posibilitan explicaciones de índole macrosocial, lo cual no implica desconocer la multiplicidad de situaciones que encierran. Especialmente, para nosotros estas categorías dan cuenta del modo general pero específico en que nuestras sociedades estructuran sus relaciones sociales fundamentales. Claro que se puede renunciar a este tipo de interpretaciones y proclamar la irreductibilidad de lo “concreto”. De hecho, es sabido que el marco cultural “posmoderno” promueve estas tentativas. No obstante, podría resultar de aquí un salto al vacío para la teoría social, cuya incompetencia para la comprensión de fenómenos generales quedaría de este modo sentenciada de antemano en nombre de un escepticismo epistemológico cuando menos cuestionable.

---

laboral y la revalorización social de actividades útiles realizadas por fuera del mercado laboral (véase OFFE, Claus, “Pleno empleo, ¿una cuestión mal planteada?”, en *Sociedad*, N° 9, septiembre de 1996, pp. 143-151).

315 OFFE, Claus, “¿Es el trabajo...”, ob. cit., pp. 47-48.

316 Véase ibíd., p. 49.

317 Véase DE LA GARZA, Enrique, “¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?”, ob. cit., pp. 10-11.

El mismo Offe reconoce estas cuestiones, pero señala que “las diversas fisuras producidas en la supuestamente unitaria determinación formal del trabajo asalariado son (...) demasiado evidentes como para poderlas minimizar teóricamente”.<sup>318</sup> Es aquí donde enfatiza en particular la escisión al interior del trabajo asalariado entre el sector secundario y el terciario, y la imposibilidad de aplicar la racionalidad técnica del primero al segundo. Respecto a esta cuestión, veremos en la tercera parte que efectivamente en las últimas décadas viene produciéndose un cambio en los modos de organizar y racionalizar los procesos de trabajo, que sin embargo afecta no sólo al sector terciario sino también al trabajo industrial; incluso algunos autores hablan de una terciarización creciente de este último con la cual la propia producción se pasaría a concebir como un servicio. Por lo tanto, hay razones para discutir la escisión tajante que supone Offe; aunque también hay que decir –por lo que señalábamos antes– que incluso aceptándola, no deja de ser exagerado y problemático derivar de ella una “implosión” de la categoría “trabajo”.

Respecto del argumento sobre el retroceso de la centralidad del trabajo para la configuración de la subjetividad, en particular en lo que hace a la supuesta pérdida de su carácter normativo, puede señalarse que cuando menos la misma dista de ser evidente. Si se tiene en cuenta la ofensiva político-ideológica que el neoliberalismo viene emprendiendo desde los ‘80 con cierto grado de éxito, no puede omitirse el hecho de que la misma, a la vez que cuestiona las instituciones sociales del Estado de Bienestar, tiende a culpabilizar y responsabilizar a los individuos respecto a su situación en el mercado de trabajo, fomentando la estigmatización de los parados y de los connotados desdeñosamente por este mismo discurso como “asistidos”. En este sentido, es al menos sintomático que el discurso dominante tienda a exacerbar el carácter normativo del trabajo. Por otro lado, veremos particularmente en el capítulo sexto que también los discursos de gestión empresarial actuales, a la vez que se enfrentan a la organización de raigambre taylorista, prescriben una ética del trabajo en la cual la implicación de la subjetividad –precisamente lo que Offe cuestiona– resulta un aspecto cardinal. Con estas observaciones no pretendemos cerrar la discusión, pero creemos que al menos permiten poner un signo de interrogación sobre los señalamientos que hace Offe.

Un autor que en la última década ha gozado de cierta popularidad allende incluso los muros de la academia, pero que sin embargo suele ser menos mencionado en el debate sobre el “fin del trabajo”, es el sociólogo Zygmunt Bauman. La tesis central de este pensador es la que marca el pasaje desde una “modernidad sólida” –aquella que nace con la revolución

---

318 OFFE, Claus, “¿Es el trabajo...”, ob. cit., p. 30.

industrial y se consolida en el período de posguerra— a una “modernidad líquida”, que se vendría conformando en las últimas cuatro décadas.<sup>319</sup> Lo que le interesa a Bauman es ante todo analizar el impacto que este cambio produce en la naturaleza del vínculo social y por ende en las subjetividades.

La primera modernidad venía guiada por la máxima comtiana “orden y progreso”: se trataba de terminar con el orden “tradicional” para reemplazarlo por uno nuevo, anclado en una economía de base industrial que enmarcaba las conductas de los sujetos “libres” en organizaciones disciplinarias guiadas por una racionalidad instrumental. La segunda modernidad —que coincidiría con la emergencia de un “capitalismo liviano” en el cual se producen ideas antes que bienes materiales— conllevaría ante todo un resquebrajamiento de las instituciones —familia, empresa, Estado, sindicatos, etc. — que encuadraban los comportamientos individuales en proyectos colectivos. Con ella, estaría gestándose un nuevo individualismo exacerbado con el cual los mismos principios de orden y progreso se tornarían problemáticos, difusos e incluso peligrosos, ya que atentarían contra la tan preciada libertad individual. Esta “modernidad líquida” exalta los valores del riesgo, la instantaneidad y la flexibilidad, a la vez que los transforma en los vectores de unas relaciones sociales que se muestran inéditamente frágiles.<sup>320</sup>

Es en este marco que tenemos que ubicar los planteos de Bauman respecto al trabajo en particular. Siguiendo una línea que ya aparecía en Offe, lo que va a marcar este autor es un desplazamiento desde una “ética del trabajo” hacia una “estética del consumo”, que acompañaría los cambios en las relaciones sociales y en la conformación de la subjetividad que implica la entrada en la “modernidad líquida”.

Según Bauman, la ética del trabajo es una norma de vida que plantea, de un lado, que trabajar es el modo legítimo de conseguir los bienes necesarios para vivir y ser feliz, y del otro, que no hay que conformarse con lo ya obtenido porque el trabajo es un valor en sí mismo. Complementando otros medios directamente coercitivos (el hambre, la represión penal, etc.), esta norma habría cumplido una función clave en el proceso de industrialización europeo, que requería una abundante mano de obra disponible y dócil, y que a esos efectos interpelaba moralmente a los individuos para que ingresen y acepten el régimen fabril disciplinario que se trataba de consolidar.<sup>321</sup>

---

319 Véase BAUMAN, Zygmunt, *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE, 2002.

320 Véase *ibíd.*, especialmente pp. 7-20, 122-127 y 141-149.

321 Véase BAUMAN, Zygmunt, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, ob. cit., capítulo 1.

Pero Bauman entiende que en las últimas décadas esta “ética del trabajo” ha sido reemplazada por una “estética del consumo”, a la vez que habríamos pasado de una “sociedad de trabajadores” a una “sociedad de consumidores”. Este pasaje implicaría ante todo un cambio de énfasis respecto a las normas sociales que guían las conductas de los sujetos. La ética del trabajo obligaba a los sujetos a producir: por lo tanto exaltaba las virtudes del esfuerzo sostenido y la postergación en la satisfacción del deseo. Con la estética del consumo, por el contrario, la espera y el esfuerzo sostenido en el tiempo se transforman en anatemas que deben ceder su lugar a la satisfacción inmediata y continuamente renovada del deseo de consumo.

Respecto de la identidad individual, Bauman señala que con este cambio la misma estaría dejando de construirse de una vez y para siempre en torno a la profesión y el lugar que se ocupa en el proceso de producción. Con el nuevo lema de la “flexibilidad” –con el cual la posibilidad de un empleo seguro y estable pasaría a ser la excepción antes que la regla– la identidad se hace temporaria y se renueva continuamente con el *fluir* de los productos que se adquieren en el mercado.<sup>322</sup> Incluso el propio trabajo pasaría a ser juzgado desde la estética: se lo valoraría en tanto generador de experiencias placenteras y, al igual que los objetos de consumo, será desechado y reemplazado cuando deje de proveerlas. Aún cuando este trabajo como vocación sea practicado solamente por una reducida élite, no dejaría de funcionar como una norma, siendo privilegio de unos pocos pero a la vez envidia de las mayorías.<sup>323</sup>

Bauman vincula además estos cambios en la subjetividad y el trabajo con ciertas pautas “objetivas” que seguiría actualmente la acumulación de capital. El “capitalismo pesado” –una de las caras de la “modernidad sólida”, cuyo emblema fue el fordismo– necesitaba una mano de obra abundante que constantemente fluyera hacia las fábricas y permaneciera en ellas. De ahí el compromiso mutuo entre capital y trabajo:

La supervivencia de los trabajadores dependía de que fueran contratados; la reproducción y el crecimiento del capital dependían de esa contratación. El punto de encuentro era fijo; ninguno de los dos podía ir muy lejos por su cuenta –la solidez de la fábrica encerraba a ambos socios en una celda común.<sup>324</sup>

Pero con la llegada de la “modernidad líquida” y de un “capitalismo liviano”, este compromiso habría sido objeto de una ruptura unilateral por parte del capital:

---

322 Véase *ibíd.*, pp. 43-53.

323 Véase *ibíd.*, pp. 53-62.

324 BAUMAN, Zygmunt, *Modernidad líquida*, ob. cit., p. 154.

Si permanecer juntos era el resultado del acuerdo recíproco y del compromiso mutuo, el desprendimiento es unilateral: uno de los términos de la ecuación ha adquirido una autonomía que probablemente siempre haya deseado en secreto pero que nunca se había atrevido a esbozar seriamente. El capital se soltó de la dependencia que lo ataba al trabajo gracias a una libertad de movimientos impensable antaño (...) La reproducción del crecimiento y la riqueza, de las ganancias y de los dividendos y la satisfacción de los accionistas son en todo independientes de la duración de cualquier compromiso local y particular con el trabajo.<sup>325</sup>

Bauman entiende que en el capitalismo actual la contratación de mano de obra, lejos de presentarse como sinónimo de buena salud económica, es vista como un anatema, particularmente si implica para el capital algún tipo de compromiso local a largo plazo. Es aquí donde Bauman retoma la argumentación clásica de las teorías sobre el “fin del trabajo” para explicar por qué la ética del trabajo ya habría dejado de cumplir su función originaria:

En otras épocas, la apología del trabajo como el más elevado de los deberes (...) coincidía con las necesidades de la industria, que buscaba el aumento de la mano de obra para incrementar su producción. Pero la industria de hoy, racionalizada, reducida, con mayores capitales y un conocimiento más profundo de su negocio, considera que el aumento de la mano de obra limita la productividad. En abierto desafío a las ayer indiscutibles teorías del valor –enunciadas por Adam Smith, David Ricardo y Karl Marx–, el exceso de personal es visto como una maldición (...) El “crecimiento económico” y el aumento del empleo se encuentran, por lo tanto, enfrentados; la medida del progreso tecnológico es, ahora, el constante reemplazo y –si es posible– la supresión lisa y llana de la mano de obra. En estas circunstancias, los mandatos e incentivos de la ética del trabajo suenan cada vez más huecos.<sup>326</sup>

No obstante, la ética del trabajo seguiría cumpliendo una función, ya no “incluyente” sino “excluyente”:

en su origen, la ética del trabajo fue el medio más efectivo para llenar las fábricas, hambrientas de mano de obra. Ahora, cuando esa mano de obra pasó a ser un obstáculo para aumentar la productividad, aquella ética todavía puede cumplir un papel. Esta vez sirve para lavar las manos y la conciencia de quienes permanecen dentro de los límites aceptados de la sociedad; para eximirlos de la culpa de haber arrojado a la desocupación permanente a un gran número de sus conciudadanos. Las manos y la conciencia limpia se alcanzan, al mismo tiempo, condenando a los pobres y absolviendo a los demás.<sup>327</sup>

De momento cabe hacer algunas escuetas consideraciones sobre el planteo de Bauman. En principio, nos parece dudosa la idea de que la “ética del trabajo” haya sido simplemente reemplazada por una “estética del consumo”. Según entendemos aquí, el capitalismo es una sociedad fundada en el trabajo (abstracto), por lo cual no es de extrañar que la idea según la

---

325 *Ibid.*, p. 159.

326 BAUMAN, Zygmunt, *Trabajo, consumismo...*, ob. cit., p. 102.

327 *Ibid.*, p. 113.

cual el mismo es un deber haya sido siempre uno de sus basamentos ideológicos. En su contenido concreto esta idea se ha ido reconfigurando históricamente. Así, pareciera que hoy el trabajo ya no es entendido como un deber hacia Dios (ética protestante) o como un imperativo secular pero incondicional (al estilo kantiano), es decir, totalmente independiente de sus efectos. Entre estos últimos, las posibilidades de consumo que brinda han sido particularmente importantes para su valoración, pero esto no es muy novedoso sino que cuando menos se remonta al período de posguerra, que es cuando efectivamente se consolida la llamada “sociedad de consumo”, como el mismo Bauman admite.<sup>328</sup> Pero la valoración social del consumo no es contradictoria con la regla según la cual el trabajo es el medio legítimo de acceso a los bienes, y de momento no resulta evidente que esta regla haya perdido capacidad de interpelación. Tal vez más que un pasaje desde una “ética del trabajo” a una “estética del consumo” haya una articulación entre ambas en la medida en que la primera va adoptando elementos hedonistas e individualistas.

Vimos que finalmente Bauman termina planteando que en realidad no es que la ética del trabajo haya desaparecido, sino que su función ha cambiado: ya no se trataría de aprovisionar de mano de obra dócil a las empresas sino de fortalecer la exclusión y la buena conciencia de los incluidos. Planteada de este modo, esta tesis resulta problemática porque depende en buena medida del discutible argumento según el cual el capital ya no necesita del trabajo para valorizarse. Por lo demás, la ética del trabajo también en los siglos XVIII y XIX tuvo en parte una función estigmatizante o excluyente. En nombre de la obligación de trabajar, la “modernidad liberal” condenaba a quienes se encontraban en condiciones de exclusión o vulnerabilidad, achacables bajo este discurso a la pereza individual.<sup>329</sup> Igual que hace dos siglos, hoy la ética del trabajo sirve para justificar injusticias: no sólo la “exclusión plena”, sino también la inclusión precaria y los bajos salarios –en otras palabras, las condiciones de sobreexplotación– ya que para esta ética es siempre mejor ser un trabajador mal pago (el “buen pobre”) que un desocupado asistido (el “mal pobre”).<sup>330</sup>

### **III. Las tesis sobre el “fin del trabajo”: un balance de los principales argumentos y de las críticas posibles**

---

328 Véase *ibíd.*, pp. 37-41.

329 Véase CASTEL, Robert, *Las metamorfosis...*, ob. cit., pp. 188 y ss.

330 Véase CASTEL, Robert, *El ascenso...*, ob. cit., pp. 91-93.

El recorrido realizado pone de manifiesto la heterogeneidad de los planteos sobre el “fin del trabajo”. En primer lugar, hay diferentes tipos de abordaje: el planteo de Rifkin pretende sustentarse ante todo de un modo empírico; en otros casos se utilizan estudios empíricos pero en el marco de abordajes de naturaleza más bien teórica, cercana al género “ensayo” (Gorz, Offe, Bauman); finalmente, trabajos como el de Méda toman como punto de partida un examen de la historia de las ideas. En segundo lugar, hay diferencias ideológicas importantes, aunque es claro que estamos ante perspectivas que se mueven en el arco que va del centro a la izquierda (por caso, ya señalamos que el cuestionamiento al neoliberalismo es compartido por todos). Así, los matices varían desde una posición más bien demócrata liberal al estilo norteamericano como la de Rifkin a un izquierdismo radical, anticapitalista y heterodoxo como el de Gorz. En tercer lugar, en cuanto a las perspectivas a futuro, un autor como Gorz encuentra en la coyuntura actual la oportunidad para fundar un nuevo tipo de socialismo, mientras que otros como Bauman y Rifkin se muestran más cautos, y ante un panorama sombrío intentan avizorar los modos de evitar los aspectos más peligrosos (exclusión, fractura social, etc.) de la dinámica del capitalismo actual.

Sin embargo, en vista de un tratamiento más analítico y sistemático, lo que interesa marcar ahora es que el “fin del trabajo” se dice de muchas maneras; es decir, las dimensiones del “trabajo” que supuestamente se terminan o pierden centralidad son variadas. Y cada uno de los autores que estuvimos abordando pone de manifiesto una o algunas de estas dimensiones, y en algunos casos –como para complicar más el asunto– las confunden o bien derivan de un modo problemático una de otra. Para ordenar entonces el debate, procuraremos ahora poner de manifiesto los distintos sentidos en que se habla del “fin del trabajo”, los principales argumentos que se dan en cada caso y las críticas y observaciones que pueden hacerseles.

*En un primer sentido, se habla del “fin del trabajo” aludiendo a una disminución y precarización del empleo de carácter estructural, progresivo e irreversible, explicada fundamentalmente como un efecto de la introducción de las TICs. en los procesos de trabajo.* Sabemos que esta idea en su versión más catastrófica y profética es defendida en particular por Rifkin; también es sostenida por Gorz de un modo no menos vehemente (sobre todo en los ‘80); en el resto de los autores la idea aparece, aunque expresada con mayor cautela y sin ser el eje de sus argumentaciones.

Como ya señalamos, la proyección sobre el “fin del trabajo” en su versión más alarmista no se ha cumplido. No se registra, de momento, un descenso abrupto a nivel mundial ni de la población empleada ni, dentro de ella, del trabajo asalariado. Sí hay una

desocupación relativamente alta en algunos países durante períodos en muchos casos prolongados (particularmente en Europa) y una precarización de importantes segmentos de la fuerza de trabajo acompañada por una moderación –cuando no estancamiento– de los salarios. En líneas generales, hay un extendido consenso en cuanto a que desde los ‘70 las condiciones laborales se han modificado de un modo que ha perjudicado a grandes segmentos de la fuerza de trabajo.

Pero lo inadmisibles es la explicación simplista de estos fenómenos según la cual son un mero resultado de la introducción de las nuevas tecnologías. Empíricamente, a nivel macroeconómico las estadísticas no muestran una correlación tal: los países más desarrollados tecnológicamente (empezando por EEUU, Japón y Alemania) no son precisamente aquellos donde la creación de empleo disminuye fuertemente o se estanca.<sup>331</sup> En términos más generales, los sostenedores del “fin del trabajo” hablan de una fase inédita donde la economía y la productividad crecen sin crear empleo; pero no dicen que las tasas de crecimiento del PBI y de la productividad desde los ’70 han sido significativamente menores a las del período de posguerra en casi todos los países desarrollados.<sup>332</sup>

A nivel teórico, esta tesis es igualmente problemática. Es cierto que la introducción de las TICs. en los procesos productivos permite, como ocurrió en el pasado con otras tecnologías, disminuir el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una mercancía determinada, y con ello el capital variable que emplea una magnitud dada de capital –lo que en términos marxistas se entiende como un incremento en la composición orgánica del capital. Sin embargo, el nivel de empleo depende también de la masa total de capital invertida en la compra de fuerza de trabajo. Lo que ocurre es que la introducción de la tecnología, incluso cuando implique una disminución del capital variable que emplea un capital dado, puede contribuir a generar condiciones propicias para la acumulación, de modo que la masa total de capital aplicado a la producción aumente, y con ello la inversión en fuerza de trabajo. Así, por ejemplo, el descenso en el valor de las mercancías tiende a favorecer su demanda, de modo tal que se amplíe la escala de la producción. Esto es

---

331 Como señala Castells: “no existe una relación estadísticamente significativa entre la difusión de tecnologías y la evolución del empleo en el período 1987-1994 (...) Si pudiera desprenderse alguna pauta de los datos internacionales sería en la dirección opuesta a las predicciones ludditas: el superior nivel tecnológico suele asociarse a una tasa de paro inferior” (*La era de la información, Vol. 1, ob. cit., p. 310*).

332 Cabe agregar que incluso a nivel microeconómico, algunos estudios respecto del impacto de las TICs. sobre el empleo por empresa y por ramas de actividad muestran resultados dispares, lejos de la monotonía de los casos que cita Rifkin. Sobre estos estudios, véase *ibíd.*, pp. 313-317.

particularmente importante en el mercado mundial, y más en un contexto de fuerte competencia internacional como el que se da en la llamada “globalización”. Es por esto que la pregunta respecto a si la tecnología destruye empleo no puede contestarse en abstracto. Depende de un conjunto de condiciones y factores, como el nivel de los salarios, la inserción en el mercado mundial, las políticas macroeconómicas, etc.<sup>333</sup> Después de todo, en el período de posguerra el pleno empleo se aunaba al uso de tecnologías que sistemáticamente aumentaban la productividad –incluso más que en las últimas cuatro décadas. El determinismo tecnológico reemplaza la complejidad que conlleva todo análisis socio-histórico del capitalismo por una explicación simplista, lineal y tecnocrática.

Hay que reconocer, de todos modos, que autores como Offe y Bauman, además de evitar las proyecciones alarmistas, introducen otros factores en la explicación, particularmente el aumento de la competencia internacional como resultado de la globalización. Pero también hay que decir que estas explicaciones que aluden a un nuevo contexto supuestamente ya dado e inexorable al cual no queda más remedio que resignarse, pueden terminar cosificando los procesos históricos y sociales de un modo igualmente problemático. Por eso, en la tercera parte intentaremos asir la dinámica en términos de un cambio histórico en los modos de acumulación y regulación del capitalismo, vinculado a la necesidad de incrementar la explotación del trabajo a nivel global.

Nos interesa marcar dos cuestiones más que se vinculan con este sentido del “fin del trabajo”. En primer lugar, *el reemplazo del concepto de explotación por el de exclusión*, que parece seguirse de la idea de que el capital ya no necesita del trabajo para reproducirse. Este desplazamiento conceptual, que por cierto no es exclusivo de los teóricos del “fin del trabajo”, nos parece problemático en términos empíricos, teóricos y fundamentalmente políticos. En particular, porque lleva a focalizar la atención en ciertos grupos que se supone están absolutamente marginados del sistema (los pobres “sin función” decía Bauman) sin

---

333 De un modo similar, sostiene Castells: “Si la economía no crece, es evidente que las tecnologías que ahorran trabajo reducirán la jornada laboral requerida. Pero, en el pasado, el rápido cambio tecnológico se ha solido asociar con una tendencia expansionista que, al aumentar la demanda y la producción, ha generado la necesidad de más jornadas en términos absolutos, aun cuando represente menos tiempo de trabajo por unidad de producción. Sin embargo, el punto clave en el nuevo período histórico es que en un sistema económico integrado internacionalmente, la expansión de la demanda y la producción dependerá de la competitividad de cada unidad económica y de su ubicación en un escenario institucional determinado (también llamado nación). Puesto que la calidad y los costes de producción, determinantes de la productividad, dependerán en buena medida del producto y del proceso de innovación, es probable que el cambio tecnológico más rápido de una firma, industria o economía nacional determinadas obtenga como resultado un nivel de empleo más elevado y no más bajo.” (Ibíd., pp. 317-318).

inscribir dicha posición en su relación con otras (la de los empleados, y dentro de estos la de los precarizados en especial) y todas ellas con las dinámicas que sigue el proceso de acumulación de capital. Por ejemplo: ¿no es el peligro de caer en ese grupo de “excluidos” lo que en parte facilita la precarización del trabajo y la contención de los salarios? Lo que hoy se llama “excluidos” tal vez no sea muy diferente a lo que Marx llamaba “pauperismo”, la franja inferior de la superpoblación relativa, disponible para los peores empleos en momentos de necesidad pero que sigue cumpliendo la función de poner coto a las demandas de los empleados cuando está inactiva.<sup>334</sup>

En términos más políticos, el uso del concepto de “exclusión” denominando a aquellos que el capital supuestamente ya no necesita, puede terminar siendo funcional –más allá de la voluntad en contrario del autor– al capitalismo neoliberal y su tendencia a degradar la condición salarial, porque sanciona teóricamente la escisión entre los intereses de los “excluidos” y los de los “incluidos”, haciendo que unos y otros se perciban como antagonistas. De este modo, puede pasarse por alto que es la misma dinámica del capital la que produce a los primeros y precariza las condiciones de vida de una parte significativa de los segundos, y que ambos procesos se retroalimentan. Resulta difícil, por ejemplo, que una medida como la reducción de la jornada laboral sea posible si estos dos sectores no se alían en vistas de que una medida tal podría resultar beneficiosa –al menos en el mediano plazo– para ambos. Como sea, el uso del concepto podría terminar allanando el terreno para el despliegue de la estrategia neoliberal –en buena medida exitosa hasta el momento– de división de la clase trabajadora.<sup>335</sup> En el próximo capítulo volveremos sobre este tema y plantearemos la necesidad de recuperar el concepto de “explotación” para la comprensión del capitalismo actual.

La otra cuestión que aparece en vinculación con este sentido del “fin del trabajo” es la de la *teoría del valor y su supuesta pérdida de vigencia*, una tesis que, bien sabemos, ya había sido planteada por Habermas a fines de los ‘60. En nuestro recorrido, vimos que la idea es desarrollada por Gorz; otros autores la sugieren sin explayarse al respecto.<sup>336</sup> Ya hemos explicado que un argumento tal parte de un malentendido producto de no distinguir entre

---

334 Véase MARX, Karl, *El capital, Tomo I*, ob. cit., pp. 802-803.

335 Sobre el discurso neoliberal y su interés por instalar en las ciencias sociales el concepto de “exclusión”, véase MATELLANES, Marcelo, “El fracaso político del capitalismo”, en *Realidad económica*, N° 158, Buenos Aires, Instituto Argentino para el Desarrollo Económico (IADE), 1998, pp. 61-62.

336 Véase por ejemplo la cita de Bauman supra, p. 158. Como sea, la tesis parece ser aceptada al menos implícitamente por todos, en la medida en que insinúan que el capital ya no necesita del trabajo para valorizarse.

valor de uso y valor: que los aumentos de productividad posibilitados por la introducción de la tecnología permiten aumentar la riqueza creada (valor de uso) con una cierta cantidad de trabajo no contradice la ley del valor sino que es el resultado de su aplicación.

Pero lo importante es que este malentendido resulta en un sentido revelador de las limitaciones de las tesis sobre el “fin del trabajo”. Sabemos que según Marx, en el capitalismo los aumentos de productividad del trabajo tienen como finalidad el incremento del plusvalor relativo; a la vez, será con ellos mayor la riqueza (valor de uso) creada por una cantidad dada de trabajo social. El hecho de que el proceso de acumulación siga dependiendo del valor, es decir, de la apropiación del tiempo de trabajo social, es un límite interno para el capital, que a su vez es conjurado y reproducido a escala ampliada mediante la extensión de la propia lógica capitalista. Esta dinámica implicada en el desarrollo de la contradicción entre el valor de uso y el valor –y que más adelante explicitaremos en un nivel más concreto<sup>337</sup> es lo que se pierde en la lectura lineal según la cual la teoría del valor se torna caduca porque el trabajo es reemplazado por la tecnología.

Es el olvido de esta dinámica lo que para nosotros lleva a algunos autores a pensar que dentro del mismo capitalismo se estaría asistiendo al fin de la relación salarial a la vez que se abrirían, de un modo cuasi espontáneo, espacios de tiempo libre, no mercantiles, autónomos, etc. Sin embargo, dista de ser evidente que la evolución del capitalismo en las últimas cuatro décadas haya ido en esa dirección. Mencionemos al respecto dos tendencias significativas que retomaremos en la tercera parte. En primer lugar, la expansión geográfica de las relaciones sociales capitalistas, explicada en parte por la incorporación de los ex países socialistas al sistema, pero también por la industrialización de países en vías de desarrollo (especialmente en Asia). De ahí el inédito alcance actual del proceso de internacionalización del capital, que junto con otros autores consideramos el aspecto cualitativamente más importante de la llamada “globalización” debido a que implica el desarrollo a nivel mundial de la relación capital-trabajo.<sup>338</sup> Así, resulta difícil sostener la afirmación de que el trabajo asalariado está retrocediendo: según la OIT, entre 1990 y 2006 la fuerza de trabajo mundial disponible para la economía de mercado se ha duplicado con la incorporación de 1.470 millones de trabajadores provenientes de los países de la ex URSS y de otros en vías de desarrollo como China e India.<sup>339</sup>

---

337 Véase en particular infra, capítulo sexto, párrafo I.

338 Véase ASTARITA, Rolando, “Distintos enfoques sobre la globalización” [en línea]. En: <http://rolandoastarita.wordpress.com/2011/04/12/distintos-enfoques-sobre-la-globalizacion-1/#more-1608> (último acceso: 14/01/13).

339 Véase OIT, *Cambios en el mundo del trabajo*, ob. cit., p. 10.

En segundo lugar, desde la década del '80, con la ideología neoliberal como trasfondo, se viene llevando a cabo en la mayor parte de los países un amplio proceso de privatización de bienes anteriormente comunes. Empezando por activos que pertenecían al Estado: servicios públicos (agua, transporte, telecomunicaciones, etc.), prestaciones sociales (atención sanitaria, educación, vivienda), instituciones públicas (universidades, laboratorios, cárceles, etc.) e incluso servicios militares (como los contratistas privados que actualmente operan junto al ejército norteamericano en Irak).<sup>340</sup> Y culminando en la mercantilización de bienes “inmateriales” anteriormente ajenos a la lógica del capital, dinámica que se corrobora en el endurecimiento de los regímenes de propiedad intelectual (que permiten patentar desde semillas hasta organismos vivos) y en el avance de las llamadas “industrias culturales”.<sup>341</sup> Este proceso ha sido conceptualizado de diversas maneras (“acumulación por desposesión”<sup>342</sup>, “nuevos cercamientos”<sup>343</sup>) pero en cualquier caso tiene como finalidad abrir nuevos campos para la acumulación de capital.

La paradoja entonces es que mientras la productividad aumenta y la riqueza creada depende menos del tiempo de trabajo, el capital sigue dependiendo de la apropiación de plusvalor, y de ahí la tendencia a extender su lógica a nuevos ámbitos. Se trata de la contradicción en proceso de la que Marx daba cuenta en los *Grundrisse*.<sup>344</sup> Como ya señalamos cuando repasamos el planteo de Gorz, si no se registra esta contradicción dialéctica y se afirma sin más que la ley del valor es caduca y que el salariado ha muerto, se cae en una salida fácil, según la cual la misma lógica del capital abre de un modo natural ámbitos de libertad que sólo haría falta colmar de sentido –y sabemos que si esto no ocurre, estos autores tienden a atribuir toda la culpa a la persistencia de una difusa ideología que glorifica al trabajo. Esto no excluye sino que más bien justifica la necesidad ético-política de contrarrestar al capital luchando por abrir espacios alternativos para el desarrollo de otro tipo de relaciones sociales, pues como señala Harribey “el más allá de la ley del valor de la que habla Gorz sólo

---

340 Véase HARVEY, David, “El neoliberalismo como destrucción creativa” [en línea], American Academic of Political & Social Science, 2007, traducido del inglés para *Rebelión* por Germán Leyens. En: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=65709> (último acceso: 14/01/13).

341 Más adelante referiremos con más amplitud a estos fenómenos (véase en especial infra, capítulo quinto, párrafo IV).

342 Véase HARVEY, David, “El neoliberalismo...”, ob. cit.

343 Véase por ejemplo MOULIER BOUTANG, Yann, “Riqueza, propiedad, libertad y renta en el capitalismo cognitivo”, en MOULIER BOUTANG, Yann y otros, *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2004, pp. 111-116.

344 Véase supra, pp. 83-84.

tiene sentido en la reconquista de campos en los que no gobernaría.”<sup>345</sup> Pero es una ingenuidad pensar que es la misma dinámica del capital la que dejará una suerte de “lugar vacío” para la apertura espontánea de estos espacios.

En otro sentido, se habla del “fin del trabajo” haciendo referencia a que *el trabajo habría perdido su centralidad en cuanto elemento mediante el cual los individuos forjan su identidad y a la vez su relación con la sociedad*. Las argumentaciones que se esbozan para explicitar y justificar esta afirmación son varias, y en general son utilizadas de modo que se complementen unas a otras.

Una primera línea es la que se apoya implícita o explícitamente en la distinción habermasiana entre “sistema” y “mundo de la vida” para afirmar que los individuos ya no pueden forjar su identidad alrededor del mundo laboral pues se trata de un ámbito que crecientemente deviene “heterorregulado”, siguiendo su despliegue normas independientes de la voluntad de los individuos. Lo primero que hay que señalar es que este argumento no es novedoso, lo cual no es casualidad pues son el taylorismo y el fordismo los modos de organización por excelencia en los cuales las normas que rigen la producción se tornan “objetivas”, “científicas” e independientes de la voluntad individual. Más significativo aún es que ciertas tendencias “posfordistas” parecen poner en cuestión esta idea, pues tienden a solicitar una implicación subjetiva de los trabajadores más fuerte, tema que iremos viendo en los próximos capítulos. De momento, y como ya señalamos, es sugestiva en este punto la evolución del pensamiento de Gorz: si en sus escritos de los ‘80 era central este argumento, en los ‘90 se atenúa para finalmente desaparecer en sus últimos trabajos.

Esta línea suele complementarse planteando que es otra instancia la que ahora cumple el rol de articular las identidades sociales. La esfera del consumo es una de las más aludidas como candidata a reemplazar al trabajo, y se la suele postular en relación a una supuesta crisis de la ética del trabajo. Vimos que así lo entiende Bauman, e ideas similares son esbozadas por Offe y Gorz. Como ya señalamos –y de hecho estos mismos autores lo reconocen– esta idea tampoco es nueva sino que viene planteándose desde la década del ‘30, donde suele ubicarse el nacimiento de la llamada “sociedad de consumo”.<sup>346</sup>

---

345 HARRIBEY, Jean-Marie, “El fin del trabajo...”, ob. cit., p. 39.

346 Incluso el mismo Max Weber en su célebre ensayo sobre la ética protestante de 1901 se lamentaba por la pérdida de la idea de “deber profesional” en el capitalismo moderno y ya vislumbraba su reemplazo –atendiendo ante todo a lo que sucedía en la sociedad estadounidense– por la mera pasión agonal del enriquecimiento. Véase WEBER, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1979, pp. 258-260.

En el capítulo quinto abordaremos en parte el tema. Allí argumentaremos que la “sociedad de consumo” es un modo de subsumir el valor de uso al capital –así como Marx refería a la “subsunción del trabajo al capital”. Aunque no es una respuesta directa al problema, sí nos dará elementos para entender por qué, desde un punto de vista sistémico (para nosotros siempre relacionado con la lógica del capital), el eje “consumo” en un momento deviene central aunque sin desplazar por eso al eje “trabajo” sino complementándose con él. Incluso, tendríamos que partir de una premisa más general: si una característica del capitalismo es que nuestro trabajo es un mero medio para adquirir lo que producen otros (por eso es “abstracto”), entonces “trabajo” y “consumo” constituyen relaciones sociales complementarias, puesto que mediante ambos nos relacionamos con los demás y con la sociedad en general. El capitalismo nos identifica como “trabajadores” y a la vez como “consumidores”.<sup>347</sup>

Más allá de esto, es comprensible que se insista ahora con este argumento atendiendo especialmente a los valores individualistas y hedonistas que en las últimas décadas han ganado cierta fuerza, y que parecen más afines con las normas que se desprenden del acto de consumo. Como ya expresamos, tal vez lo que sucede con la “ética del trabajo” es que su configuración concreta va cambiando, también en relación con lo que acontece en otras esferas de la vida. De hecho, en el capítulo sexto veremos cómo los discursos *manageriales* actuales formulan una nueva ética del trabajo en un sentido fuerte, lo cual sin ser definitivo podría ser un indicio de una reconfiguración de esta ética en el capitalismo actual.<sup>348</sup> Incluso advertiremos que estos discursos ponen en cuestión ciertas dicotomías recurrentes en los teóricos del “fin del trabajo”: sistema/mundo de la vida, esfera de heteronomía/de autonomía, acción instrumental/acción comunicativa, etc. Lo cual entendemos que también es una señal de que el trabajo, aun dentro del capitalismo, podría estar mutando en un sentido diferente al que estas teorías preveían como su destino inexorable.

Una tercera línea –que aparece por ejemplo en Bauman, Offe y Gorz– señala que el trabajo pierde fuerza en su carácter articulador de la subjetividad debido a la creciente precarización de la fuerza de trabajo, a los elevados índices de desocupación, a la desarticulación de las trayectorias laborales, a la inseguridad que una parte importante de la población experimenta en relación al mercado de trabajo, etc. Se supone que esto redundaría

---

347 Esta idea es sugerida también por Postone en base a su análisis del concepto de “trabajo abstracto” (véase ob. cit., p. 250, nota 51).

348 En efecto, veremos que esta es una de las tesis de Boltanski y Chiapello en un voluminoso libro sugestivamente titulado (evocando a Weber) *El nuevo espíritu del capitalismo*.

en una suerte de “anomia” alrededor del mundo del trabajo que llevaría a que los sujetos busquen forjar su identidad en otros “mundos de vida” más estables y coherentes (entorno familiar, grupos juveniles, etc.).

Esta línea argumentativa resulta interesante si se tiene en cuenta que busca establecer un discurso contrastante respecto a aquel que festeja las nuevas formas de contratación de la fuerza de trabajo y de gestión del trabajo concreto. En efecto, desde los ‘90 en particular proliferan una serie de discursos que exaltan las virtudes de la nueva empresa “flexible” en tanto generadora de un sistema de trabajo menos opresivo y jerárquico y más “comunicativo”, consensual y horizontal. El blanco del ataque es el “fordismo” como modo de organizar el proceso de trabajo en base a un esquema piramidal-jerárquico de orden y autoridad, así como el contrato estándar “con garantías y a largo plazo”, generador de itinerarios laborales uniformes, seguros y previsibles. El nuevo sistema barrería con todo esto dando como resultado una empresa que aunaría la eficiencia y la competitividad con una mayor libertad y autonomía de los asalariados.<sup>349</sup>

Frente a este planteo optimista, algunos autores han intentado mostrar que el “nuevo capitalismo flexible” en realidad resulta nocivo para la subjetividad de la mayoría de los trabajadores. El sociólogo norteamericano Richard Sennett, por ejemplo, señala que el imperativo de “flexibilidad” redundaría en un régimen cortoplacista y difuso que acarrea efectos negativos sobre la personalidad y las relaciones humanas en la empresa. Algunos de estos efectos serían: 1) La inseguridad y la incertidumbre respecto al futuro en el mediano/largo plazo, lo cual además dificultaría la articulación de un relato personal coherente y estable en relación a la vida laboral;<sup>350</sup> 2) El resquebrajamiento de las relaciones de lealtad y confianza al interior de la empresa como resultado del imperativo hegemónico de estar cambiando siempre de tarea/proyecto;<sup>351</sup> y 3) La superficialidad en el modo de encarar las tareas y la pérdida de valor de la experiencia adquirida, lo cual además de atentar contra el ideal artesanal de un trabajo “bien hecho” haría pender de un modo permanente sobre el trabajador el fantasma de “volverse inútil”.<sup>352</sup>

La pregunta que surge entonces es de qué modo estas formas de trabajo flexibles y/o precarias alteran la relación de las personas con su trabajo y, en particular, aparece la cuestión

---

349 Entre estos discursos se destacan en particular los del nuevo *management*, que revisaremos con cierto detalle en el capítulo sexto.

350 Véase SENNETT, Richard, *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2000, especialmente cap. 5.

351 Véase SENNETT, Richard, *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2008, pp. 58-63.

352 Véase *ibíd.*, cap. 2.

de si puede hablarse de una pérdida de centralidad del trabajo. Hay razones para pensar que este último juicio es apresurado. Según Castel, el mismo descansa en una confusión, ya que del hecho de que el empleo ha perdido en buena medida su *consistencia* deriva automáticamente el juicio de valor de que habría perdido su *importancia*:

La “gran transformación” ocurrida desde hace unos veinte años no es, como vimos, que haya menos asalariados sino –y esta transformación es decisiva– que haya muchos más asalariados precarios, amenazados de desocupación, desestabilizados en su relación con el trabajo (...) De este modo, la relación con el trabajo ha cambiado profundamente. Muchos la viven con inquietud y en última instancia como un drama, en vez de concebirla como un basamento estable a partir del cual se podría dominar el porvenir. Pero es sobre el trabajo, ya sea que se lo tenga o que falte, que sea precario o seguro, donde sigue jugándose en la actualidad el destino de la gran mayoría de nuestros contemporáneos.<sup>353</sup>

Así, no habría que presuponer que la “crisis del empleo” conduce automáticamente a un cambio en las subjetividades que significaría una desafección generalizada respecto al trabajo. Como en términos más generales señala De La Garza, “es simplista atribuir a las posiciones en el mercado laboral la determinación de normas, valores y actitudes”.<sup>354</sup> Para ilustrar esta complejidad, podemos mencionar el repaso que hace Castel de algunos estudios empíricos respecto a la actitud de los jóvenes franceses –cabe recordar que en casi todo el mundo la población juvenil es la que convive más fuertemente con las condiciones “anómalas” de empleo– ante la precariedad laboral. Las respuestas son múltiples y el abandono del “valor-trabajo” está lejos de ser la reacción unánime. Incluso en muchos casos sucede lo contrario: la precariedad se enfrenta mediante una mayor implicación con el trabajo porque se tiene la esperanza de sobrellevar y superar esa situación en base al esfuerzo.<sup>355</sup> Naturalmente, no vamos aquí a adentrarnos en una cuestión tan compleja que exigiría estudios empíricos rigurosos que además consideren la influencia de otros factores como las idiosincrasias nacionales y regionales, la posición social, el capital cultural, la herencia familiar, etc., pero sí queríamos dejar planteado el problema alertando sobre la necesidad de evitar simplificaciones groseras.

De todas formas, el tema de la centralidad del trabajo interactúa con una cuestión más estrictamente política. En efecto: la posibilidad de un cambio subjetivo en la relación con el trabajo no viene determinada pero sí condicionada por el orden socio-económico vigente. En nuestras sociedades, el trabajo asalariado parece seguir siendo –aun cuando se precarice y

---

353 CASTEL, Robert, *El ascenso...*, ob. cit., pp. 86-87.

354 DE LA GARZA, Enrique, “Fin del trabajo...”, ob. cit., p. 9.

355 Véase CASTEL, Robert, *El ascenso...*, ob. cit., pp. 117-124.

muchos lo vivencien como un drama— la relación social dominante, en tanto modo privilegiado de adquirir no sólo los bienes necesarios para vivir sino también el acceso a la vida pública. En la medida en que el apartamiento del sujeto —sea o no voluntario— del trabajo asalariado suele acarrear su marginación económica, social e incluso simbólica, no extraña la ambivalencia subjetiva que se mantiene frente al mismo. Es así que las propuestas más radicales como la de Gorz apuntan a un cambio político-económico que vaya en la dirección de que el trabajo deje de condicionar la posibilidad de adquirir derechos económicos, sociales, etc. Esto a su vez debería venir acompañado, para ser efectivo en el mediano y largo plazo, de una transformación cultural más amplia, en vistas de la relativización del valor del trabajo para el conjunto de la vida individual y social.

Ya señalamos que esta propuesta política nos resulta atractiva porque va en la dirección de abolir el “trabajo abstracto” y, con él, el régimen de dominación capitalista. Sin embargo, apuntamos también que hay cuestiones implicadas en este planteo que nos generan dudas —en especial, un diagnóstico que exagera la crisis de la “sociedad salarial” y que subestima la capacidad del capitalismo para reproducirse y ampliar su lógica— y otras en las que directamente no estamos de acuerdo —en particular, todos los problemas que se derivan de una comprensión esencialista del desarrollo del trabajo en la sociedad moderna.

Ahora bien, estas propuestas políticas tienen que leerse también en relación con un último sentido en el que se habla del “fin del trabajo”: el de una *supuesta decadencia del papel de la clase trabajadora como sujeto político motor del cambio*. Esta idea es desarrollada por Gorz —en particular, en *Adiós al proletariado*— y aparece en Offe, pero es indudable que está operando al menos como trasfondo en todos los planteos.

El primer argumento que se esgrime para sustentar esta afirmación no es precisamente novedoso, ya que se basa en procesos históricos con mucho anteriores a la coyuntura histórica de los ‘80 y ‘90. Es en particular Gorz quien desarrolla la idea según la cual el proyecto político del proletariado esbozado supuestamente por el marxismo —la apropiación colectiva del aparato productivo y la instauración de la autonomía en el trabajo— se habría vuelto imposible debido a que con la industrialización el proceso de trabajo ya no podría ser definido en su contenido y forma por los trabajadores; se habría descualificado (desaparición del artesanado, del obrero de oficio, etc. e instauración del taylorismo, del fordismo, etc.) y habría quedado integrado de un modo meramente funcional. Gorz plantea que al mismo tiempo que se consolidaba este proceso, la clase obrera —en particular con la instauración del Estado de Bienestar— se ha ido integrando a la sociedad, a su régimen de consumo, etc.; de

este modo, habría perdido irremediablemente su proyecto de autonomía para pasar a ser dependiente –política, económica e ideológicamente– del Estado y del régimen salarial.<sup>356</sup>

El inconveniente de este argumento es que se sustenta en última instancia en una lectura de orden “tecnicista”, evolucionista y determinista de la dinámica de la producción moderna capitalista. Ya hemos criticado fuertemente esta perspectiva, y hemos también avanzado en una diferente que en base a Marx analiza esta dinámica en términos de un proceso históricamente determinado. Este análisis gorziano –de corte weberiano-habermasiano– conduce, como ya señalamos, a una falsa encrucijada en términos de posibilidades prácticas: o bien se vuelve a una organización premoderna del trabajo, o bien se acepta su forma existente –incluyendo el régimen salarial, el aumento de la productividad y la eficiencia como fines incuestionables, etc.– pudiéndose exigir solamente una reducción de su campo de influencia.

Lo que sugiere el análisis que presentamos en la primera parte es que con la abolición del capital y por lo tanto de la necesidad estructural de trabajo excedente, el tiempo de trabajo podría reducirse sustancialmente. Pero al mismo tiempo, el proceso de producción dejaría de estar dominado por algún fin unidimensional –el aumento de productividad, la eficiencia, etc.–, lo cual significaría que podría modificarse cualitativamente en su forma, en su contenido, en sus fines y en sus relaciones con otros aspectos de la vida social. Esta transformación de las relaciones sociales –Marx bien lo sabía– no presupone como su condición de posibilidad la existencia empírica de una clase obrera sustentada en el saber de oficio o algo equivalente –esto, independientemente de que el diagnóstico de Gorz sobre una descualificación progresiva del trabajo es por lo menos discutible.

El otro argumento que se plantea –este sí más vinculado a la coyuntura– es que la clase obrera se ha fragmentado y debilitado como consecuencia de las transformaciones del capitalismo en las últimas décadas. En cuanto a los factores que explicarían dicha fragmentación se suele mencionar, en primer lugar, el retroceso de la clase obrera industrial a favor del obrero “de cuello blanco” producto de la terciarización de gran parte de las economías desarrolladas –este tema, en rigor, ya venía planteándose desde bastante antes con los análisis sobre el “posindustrialismo”.<sup>357</sup> El segundo aspecto al que se alude es el de la proliferación de formas “atípicas” de empleo que estarían desplazando de su lugar a la

---

356 Para el desarrollo de estos temas por Gorz, véanse en particular *Adiós...*, ob. cit., partes I y II; y *Metamorfosis...*, ob. cit., primera parte, caps. III y IV.

357 Véanse en particular TOURAINE, Alain, *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel, 1973 (publicado por primera vez en 1969); y BELL, Daniel, *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Madrid, Alianza, 1975 (publicado por primera vez en 1973).

relación salarial supuestamente “normal” (jornada completa por tiempo indeterminado, con garantías ante el despido, etc.), exacerbándose de este modo la individualización de las relaciones laborales. Se supone que el resultado de estas tendencias es la fragmentación de la clase obrera, lo cual, agravado por el problema del desempleo en algunos países, habría impactado en los sindicatos y partidos que representan a los trabajadores, que no supieron ni pudieron adaptarse a la nueva situación del “mundo del trabajo”. Si a este diagnóstico se agrega la predicción del “fin del trabajo”, según la cual inevitablemente el número de obreros disminuirá y los restantes padecerán una fragmentación mayor, el resultado es fácilmente imaginable: el debilitamiento, la pérdida de importancia e incluso una progresiva desaparición de la clase obrera y sus representantes.

Evidentemente, este diagnóstico algo pesimista (recordemos que los autores que tratamos provienen en su mayoría de tradiciones del centro a la izquierda) se sustenta en parte en dinámicas que vienen teniendo lugar, aunque las mismas en muchos casos se exageren. Como ya hemos señalado, desde la década del ‘80 se han incrementado las distintas formas de empleo flexible, aunque con distintas modalidades y alcances según los países. Si bien por el momento parece exagerado hablar como Beck de una “brasileñización” de los países desarrollados,<sup>358</sup> es cierto que en estos últimos las distintas formas de “empleo no estándar” aumentan hasta llegar a niveles elevados, aunque con variaciones significativas que van del 25% al 60%.<sup>359</sup> También es verdad que el poder de negociación de la clase asalariada se ha visto en buena medida mermado, lo cual queda evidenciado por la ya mencionada moderación –si no estancamiento– de los salarios. En cuanto a los sindicatos en particular, un índice del difícil momento que atraviesan en esta etapa es la ya comentada disminución de la tasa de afiliación en la mayor parte de los países, incluso cuando el caso extremo de EEUU –el más citado al respecto, donde la tasa para el año 2000 había descendido al 13% y donde llegó a disminuir también la masa absoluta de afiliados en el sector privado– no sea estrictamente representativo del conjunto de los países desarrollados.<sup>360</sup>

---

358 Con este término se quiere aludir a una precarización generalizada del trabajo como la que se da en muchos países latinoamericanos (de los que Brasil constituiría el paradigma). Véase BECK, Ulrich, *Un nuevo mundo...*, ob. cit., pp. 119 y ss. La tesis es al menos exagerada, ya que por ejemplo el trabajo no registrado, incluso si aumentó, sigue siendo marginal en estas economías, a diferencia de lo que ocurre en la mayor parte de Latinoamérica.

359 Véase CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. 1, ob. cit., pp. 321-338.

360 Véase OIT, *Cambios en el mundo...*, ob. cit., p. 66.

Siendo así, la pregunta que emerge es si este declive en el poder de la clase obrera es definitivo –como parecen al menos insinuar muchos de los autores que estuvimos viendo– o si se trata de una crisis coyuntural pero reversible. Aunque no podemos dar una respuesta definitiva a esta pregunta –no es el propósito de esta tesis hacer futurología– sí podemos señalar que en gran medida la cuestión dependerá de la capacidad que tenga el colectivo obrero de organizarse de acuerdo a intereses y objetivos comunes –que creemos que los hay. Después de todo, y como señala De la Garza:

No es la primera vez en la historia que los sujetos obreros y sus organizaciones entran en crisis frente a las transformaciones y cambios de relaciones de fuerza en el capitalismo. Simplemente habría que recordar la crisis de los sindicatos de oficio en el siglo pasado con la extensión de la revolución industrial o a principios de este siglo con el advenimiento del Taylorismo y de los sistemas de relaciones industriales.<sup>361</sup>

La heterogeneidad al interior de la clase asalariada –que por cierto ha existido desde siempre, aunque hoy adopte nuevas formas– no tiene por qué ser un obstáculo absoluto para la organización; de hecho, la constitución de cualquier colectivo depende en gran medida de su capacidad para actuar en función de lo común atendiendo pero a la vez procurando superar las diferencias. Plantear la imposibilidad de esto implica suponer implícitamente que la organización política de un colectivo sólo es posible bajo una homogeneidad en las condiciones materiales que la clase obrera en su historia nunca ha conocido.

La división entre un núcleo de trabajadores “privilegiados” y una periferia de precarizados, subempleados y desocupados que aparece por ejemplo en los planteos de Gorz –en torno a esta escisión se estructura en parte su “nuevo” sujeto político, “la no-clase de los proletarios postindustriales”–<sup>362</sup> tiene algo de verdad, pero planteada como una división política tiende a transformar en victimarios a quienes tal vez sean las “víctimas de lujo” del sistema, ya que este segmento se haya crecientemente sujeto a largas e intensivas jornadas laborales, a la competencia exacerbada, así como a las políticas de “flexibilidad laboral” y de “retiro anticipado” –los casos de trastornos psicológicos como el estrés en las grandes empresas, que en algunos casos llevaron a suicidios con amplia repercusión mediática, son emergentes de esta situación. Por cierto que en muchos territorios nacionales suelen ser los partidos de centro derecha y los de extrema derecha (no por casualidad en ascenso en varios países) los que saben usufructuar estas diferencias –aunque, en relación a planteos como el

---

361 DE LA GARZA, Enrique, “Fin del trabajo...”, ob. cit., p. 13.

362 Véase GORZ, André, *Adiós...*, ob. cit., pte. III, cap. 1. Hay que aclarar que en los textos posteriores de Gorz, este sujeto desaparece sin aviso y sin reemplazo a la vista.

de Gorz, invirtiendo los papeles de víctimas y victimarios— presentando como “usurpadores de empleos”, “asistidos” e incluso como criminales y “terroristas” a los desocupados y a los trabajadores más precarizados, empezando por los inmigrantes.

Agreguemos que en un contexto como el actual, con creciente transnacionalización de los capitales, de competencia internacional exacerbada y de deslocalización empresarial —lo cual redundaría en una explotación de la fuerza de trabajo que sigue estrategias articuladas y diferenciadas a nivel mundial, como plantearíamos en el próximo capítulo— uno de los grandes desafíos pendientes del movimiento obrero es el de articular con eficacia su acción a nivel global. Como señala Antunes:

Así como el capital es un sistema global, el mundo del trabajo y sus desafíos son cada vez más transnacionales, aunque la internacionalización de la cadena productiva no haya, hasta el presente, generado una respuesta internacional por parte de la clase trabajadora, que todavía se mantiene predominantemente estructurada en el ámbito nacional, lo que constituye un límite enorme para la acción de los trabajadores.<sup>363</sup>

Resumiendo: creemos que la tesis según la cual la clase obrera y en particular su organización socio-política entraron en una inexorable decadencia se apresura en sacar consecuencias definitivas y estructurales de una coyuntura que es compleja y desfavorable, pero que podría ser reversible a través de la acción política. Decimos que es apresurada porque se basa en supuestos teóricos simplistas (por ejemplo, en lo que hace a la formación de identidades colectivas con potencialidades políticas) y porque no evalúa suficientemente las consecuencias políticas negativas que podría tener, en especial para la izquierda (una de ellas sería sancionar teóricamente las divisiones existentes del movimiento obrero a nivel nacional y global).

Marcar estas cuestiones no implica suscribir la escatología histórica que Gorz critica,<sup>364</sup> aquella en la que un sujeto mítico denominado “proletariado” es invocado para cumplir una misión revolucionaria preasignada por la Razón. Estas ideas que en definitiva se sustentan en una filosofía optimista respecto al curso de la historia no están hoy a la orden del día, y no nos proponemos aquí resucitarlas. Pero la conclusión opuesta, que sostiene la imposibilidad de que la clase obrera se embarque en un proyecto emancipador —y, en el límite, ni siquiera en un proyecto que apunte a mejorar su situación dentro del capitalismo— no es menos determinista en sus premisas, incluso cuando resulte más acorde a ciertas ideas hoy ya en retirada como las del “fin de la historia”, el “fin de los grandes relatos”, etc.

---

363 ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos...*, ob. cit., p. 106.

364 Véase GORZ, André, *Adiós...*, ob. cit., en especial Parte I, cap. 1.

Es importante insistir en que los teóricos del “fin del trabajo” no sólo tienden a borrar el conflicto de clase entre capital y trabajo. Además, al sostener que el capital puede valorizarse independientemente del trabajo –haciendo caso omiso de las distinciones marxianas entre valor de uso y valor de cambio, y entre trabajo concreto y trabajo abstracto– de un modo implícito eliminan el carácter contradictorio de la dinámica capitalista. Absuelto de toda contradicción y antagonismo, el capital se vuelve eterno. Por eso incluso en las versiones más radicales y utópicas sobre el “fin del trabajo” pareciera que el capitalismo –aun cuando pueda perder terreno en el conjunto de la vida social– siempre seguirá allí. El filósofo esloveno Slavoj Žižek señalaba irónicamente que en nuestra época parece más fácil imaginar el “fin del mundo” como resultado de una catástrofe nuclear o ecológica que un simple cambio en el modo de producción.<sup>365</sup> Si es así, no debería extrañarnos que también se esté pensando en el “fin del trabajo” o del proletariado sin que eso implique el fin del capitalismo.

---

365 ŽIŽEK, Slavoj, “El espectro de la ideología”, en ŽIŽEK, Slavoj (comp.), *Ideología: un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE, 2008, p. 7.

## TERCERA PARTE

### SUBSUNCIÓN DE LA VIDA AL CAPITAL Y NEUTRALIZACIÓN DE LA CRÍTICA

La exposición crítica de las tesis sobre el “fin del trabajo” que realizamos en la segunda parte nos abrió una serie de problemas, interrogantes y paradojas que ahora tenemos que explorar con detalle. Según algunos de estos planteos, la “sociedad salarial” habría entrado en un *impasse* insuperable: el trabajo asalariado ya no sería necesario para el sistema productivo, las nuevas tecnologías lo estarían reemplazando, lo cual conduciría a una sociedad del paro y la precarización laboral. En este contexto, la añoranza romántica por la sociedad salarial se constituiría en una ideología particularmente dañina, al oscurecer la posibilidad, ahora materialmente realizable, de una sociedad diferente, ya no fundada en el trabajo. Sería ese tiempo-espacio liberado, actualmente vivenciado como una fatalidad (por el desocupado, por el precarizado obligado a trabajar a tiempo parcial o de modo temporario, etc.) el que habría que resignificar como potencial lugar para el desarrollo de actividades autodeterminadas, independientes de los imperativos de la economía y del Estado.

Y sin embargo, vimos que incluso en los intersticios de estos planteos aparecían enunciadas tendencias que ponían en tensión este diagnóstico. Así, Rifkin llegaba a ver en las nuevas modalidades de organización del proceso productivo incluso una mayor explotación del trabajo que en el fordismo; Gorz tomaba nota de la subsunción, por la racionalidad económica instrumental, de ámbitos anteriormente ajenos a ella; y Méda denunciaba la conversión, en la sociedad de servicios, de toda actividad humana en trabajo. Naturalmente, ninguno de estos autores se disponía a ahondar en el por qué de estas tendencias, ni mucho menos a poner en cuestión, a partir de las mismas, sus tesis principales. El mejor recurso para soslayarlas que encontraban (por ejemplo, Gorz y Méda) radicaba en anclarlas en esa tozudez por persistir en la “sociedad del trabajo” a pesar de su crisis: un falso remedio, imaginario e irracional, consistente en convertir en trabajo toda actividad y en hacer de toda capacidad humana un potencial objeto de intercambio mercantil.

Son estas tendencias, junto con otras, las que ahora debemos abordar con más detalle. Tendremos que ponerlas en conceptos e integrarlas en nuestro argumento acerca de la naturaleza del trabajo abstracto y el capitalismo; intentaremos de este modo entenderlas en términos de un sistema de dominación y explotación que amplía su lógica para subsistir, y no como meras manifestaciones de una ceguera ideológica. Veremos entonces que es el mismo capitalismo el que, en su desarrollo, pone en cuestión de un modo radical las principales dicotomías de los teóricos del “fin del trabajo” y sus predecesores: acción instrumental y

acción comunicativa, trabajo y acción, heteronomía y autonomía, por mencionar algunas de las más recurrentes.

Siguiendo este hilo conductor, analizaremos algunas de estas tendencias que caracterizan al capitalismo tal como empieza a constituirse tras la crisis de los '70. De un lado estudiaremos, desde el punto de vista del proceso productivo, las distintas modalidades de explotación de la fuerza de trabajo que se articulan en el período; veremos también cómo la subsunción del trabajo tiende a ampliarse por las actividades, capacidades y habilidades que crecientemente involucra (capítulo cuarto). Por otro lado, haremos eje en la cuestión del consumo para dar cuenta de la creciente imbricación de lo simbólico-cultural con lo económico. En este sentido, sostendremos que el capitalismo actual tiende, más que a reducir la lógica económica, a ampliarla y desarrollarla en solidaridad con otras esferas tradicionalmente consideradas refractarias a ella (capítulo quinto). Siguiendo esta idea directriz analizaremos, desde el caso de los discursos de la nueva gestión empresarial, la puesta en cuestión dentro del mismo capitalismo de dicotomías básicas de la vida industrial moderna: empresa/familia, razón/afectos, acción instrumental/acción comunicativa (capítulo sexto). A partir de aquí, podremos explicitar lo que según entendemos constituye una crisis de la crítica tradicional del trabajo, la cual nos interpelará a repensar la crítica en un nuevo marco, que retomando a Marx conceptualizaremos en términos de una “subsunción de la vida al capital”.

Cabe una aclaración metodológica importante respecto al tipo de abordaje que realizaremos en toda esta parte. En principio, no constituye nuestro objetivo analizar pormenorizadamente la magnitud y el alcance de los cambios ocurridos en el capitalismo desde fines de los '70. Como ya señalamos anteriormente, respecto a esto hay todavía un debate abierto que aquí no se pretende cerrar. Por ejemplo, son cuestiones aún muy discutidas las relativas al alcance, a nivel mundial, de la crisis del fordismo, así como de la supuesta desindustrialización y terciarización de la economía capitalista. Particularmente, y más allá del discurso muchas veces apologético sobre la uniformización en la era de la globalización, siguen siendo sumamente importantes las diferencias entre países, regiones, y sobre todo entre las economías desarrolladas y las llamadas “periféricas”. Todas estas cuestiones son importantes y deben ser tenidas en cuenta; no obstante, está claro que su abordaje minucioso escapa a los objetivos de esta investigación. Lo que intentaremos marcar son una serie de tendencias que, tomadas en conjunto, muestran una transformación importante del capitalismo, incluso cuando su alcance sea motivo de discusión. Esta idea de “tendencia”

resulta además útil porque enfatiza que hablamos de un proceso en curso y no de un estadio definitivo, ya realizado y completado.

## CAPÍTULO CUARTO

### EXPLOTACIÓN Y AMPLIACIÓN DE LA “SUBSUNCIÓN” DEL TRABAJO EN LA PRODUCCIÓN “POSFORDISTA”

Una basta literatura proveniente ante todo del campo de la sociología del trabajo viene registrando los cambios acaecidos en los procesos productivos durante las últimas décadas, particularmente en los países desarrollados. Por un lado, al nivel del proceso de producción propiamente industrial, se plantea una crisis de los modelos tayloristas y fordistas, junto con el modo de regulación que implicaban, basado en la producción de grandes series de bienes estandarizados en vista de satisfacer un mercado de masas.<sup>366</sup> Aunque estos modelos no desaparecen, la importancia de los mismos estaría siendo relativizada por la emergencia de otros sistemas más flexibles que implican, entre otras cosas, una revisión de la forma que asumía la división técnica del trabajo, una mayor intelectualización de las tareas y una conexión más estrecha de la producción con la demanda del mercado. Por otro lado, a nivel de la economía en su conjunto, se estaría profundizando la terciarización de la economía, no sólo por la expansión de los empleos en el sector terciario, sino ante todo por el lugar estructural que los servicios estarían ocupando en el conjunto de la economía tomando en cuenta especialmente el papel que los mismos desempeñarían en la dirección de la demanda (tema que se profundizará en el capítulo quinto).<sup>1</sup>

A partir de estos análisis, primero se volverá sobre un tema en general desdeñado por los teóricos del “fin del trabajo”: la cuestión de la explotación del trabajo. Se insistirá en la idea de que la tecnología no puede ser considerada una variable independiente, estando en particular vinculada a las necesidades históricas de la valorización del capital. Se verá entonces que las innovaciones del “posfordismo” se dan en un contexto de erosión al menos relativa de los principales indicadores económicos (crecimiento, productividad e inversión, entre otros), ante el cual se buscará recomponer las tasas de ganancia mediante diversos

---

366 Véanse por ejemplo: ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos del trabajo*, ob. cit., cap. IV; GODIO, Julio, *Sociología del trabajo y política*, Buenos Aires, Atuel, 2001, pp. 69-84 y 214-217; NEFFA, Julio, *Los paradigmas productivos taylorista y fordista y su crisis*, ob. cit. (especialmente tercera parte); y CORIAT, Benjamin, *El taller y el robot. Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era de la electrónica*, México, Siglo XXI, 1993.

mecanismos: la innovación tecnológica será uno de ellos, pero acompañada de otros como la contención de los salarios, la precarización de segmentos importantes de la fuerza de trabajo, las estrategias de deslocalización y/o subcontratación de las empresas, etc.

En segundo lugar, se planteará que estas tendencias estarían poniendo de manifiesto una ampliación de las capacidades y actitudes puestas a trabajar, junto con una extensión de los tiempos y espacios de trabajo, e incluso una cierta hibridación de los mismos, que hasta comenzarían a confundirse con aquellos tradicionalmente considerados como tiempos y espacios de no-trabajo. Lo cual significaría, se argumentará, una profundización y no una reducción o una crisis de las lógicas capitalistas del valor y el trabajo abstracto tal como se plantearon en el capítulo segundo. En torno de esta última cuestión, se discutirán algunas ideas sostenidas por el “autonomismo italiano”, particularmente aquellas que giran en torno de la tesis de una “crisis de la ley del valor” en el actual contexto.

Finalmente, se explicitará el modo en que estas tendencias parecen contrariar las presagiadas por los teóricos del “fin del trabajo”: el trabajo no estaría ni reduciéndose ni reclusándose en una esfera instrumental limitada; por el contrario, se estaría tornando más “comunicativo”, más “afectivo”, incluso más “autónomo”, sin perder por eso el carácter intrínsecamente instrumental y heterónimo con el que se constituye en el capitalismo –en tanto trabajo abstracto.

## **I. Acumulación y regulación en el fordismo**

Aquí utilizamos el término “fordismo” en un sentido amplio, en gran medida deudor del uso que hace del mismo la llamada “Escuela de la Regulación”.<sup>367</sup> Según esta acepción, el “fordismo” no designa simplemente un modo de organizar el proceso de trabajo en el taller. David Harvey, que recupera esta perspectiva para explicar el fordismo y su crisis, sintetiza bien las dos dimensiones articuladas que esta escuela considera para analizar al capitalismo en

---

367 Surgida en Francia en la década de 1970, la Escuela de la Regulación parte de la necesidad de esbozar una teoría que logre explicar satisfactoriamente la crisis que el capitalismo experimentaba en dicha época. Reconoce una fuerte influencia del marxismo, al cual sin embargo intenta reformular para lograr dar cuenta de las distintas modalidades que adquiere el capitalismo en su historia, procurando de este modo dar un anclaje histórico y específico a las leyes y tendencias que Marx había planteado de un modo abstracto y general. Algunos representantes clave de la escuela son Michel Aglietta, Robert Boyer, Alain Lipietz y Benjamin Coriat. Para una exposición sistemática de sus fundamentos teóricos, véanse por ejemplo ALTAMIRA, César, *Los marxismos del nuevo siglo*, Buenos Aires, Biblos, 2006, cap. 1; y BOYER, Robert, *Crisis y regímenes de crecimiento: una introducción a la teoría de la regulación*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores, 2007.

un momento determinado. Por un lado, un *régimen de acumulación*, que “describe la estabilización en un largo período de la asignación del producto neto entre el consumo y la acumulación; implica cierta correspondencia entre la transformación de las condiciones de producción y las condiciones de reproducción de los asalariados”. Por otro lado, un *modo de regulación* que mantiene en funcionamiento este régimen, ya que “debe existir una materialización del régimen de acumulación que tome la forma de normas, hábitos, leyes, redes de regulación, etc. que aseguren la unidad del proceso, es decir, la conveniente consistencia de los comportamientos individuales respecto del esquema de reproducción.”<sup>368</sup>

Aunque aquí no seguimos de un modo ortodoxo esta teoría ni ninguna otra, nos interesa como recurso heurístico, en particular por dos razones. En primer lugar, y como nuevamente señala Harvey, porque “concentra nuestra atención en las complejas interrelaciones, hábitos, prácticas políticas y formas culturales que permitirían que un sistema capitalista altamente dinámico, y consiguientemente inestable, adquiriera la apariencia suficiente de orden como para funcionar en forma coherente por lo menos durante un cierto período.”<sup>369</sup> En segundo lugar, porque sin salir de un enfoque macro como el que permite el marxismo, procura sin embargo dar cuenta de la variabilidad en el tiempo y el espacio de la misma dinámica del capitalismo, tomando en especial consideración las reglas e instituciones que permiten su reproducción. Sin perder de vista estas aclaraciones, empezaremos ahora a caracterizar sintéticamente el modo de acumulación-regulación fordista.

Cabe recordar primero que en lo que hace a la organización del proceso productivo, el fordismo tal como lo comenzó a implantar Ford en la segunda década del siglo XX continuó y profundizó, en muchos aspectos, tendencias anteriores. La idea de producir bienes estandarizados en base al montaje de piezas absolutamente idénticas e intercambiables, fabricadas con máquinas especializadas de propósitos únicos, se remonta en EEUU al “sistema americano de manufacturas”, generado a fines del siglo XVIII en las fábricas federales de armas.<sup>370</sup>

Por otro lado, la pormenorizada división técnica del trabajo manual –un principio incluso anterior a la Revolución industrial y que Smith graficaba con su emblemático ejemplo de la fábrica de alfileres– ya había recibido una fundamentación con pretensiones científicas en el célebre *The principles of scientific management* de F. W. Taylor, publicado en 1911 y considerado hoy como uno de los íconos de la moderna administración empresarial. Uno de

---

368 HARVEY, David, *La condición...*, ob. cit., pp. 143-144.

369 *Ibid.*, p. 144.

370 Véase NEFFA, Julio, *Los paradigmas...*, ob. cit., p. 105.

los principios fundamentales del taylorismo radicaba en que era la empresa la que establecía el *one best way*, o sea, la mejor y única manera de realizar cada tarea en el proceso productivo. La división técnica –“científicamente” estudiada– de la ejecución debía llevar a simplificar las tareas, a posibilitar su control estricto por la administración y a aumentar la productividad en base a la economía del tiempo. Como resultado, el taylorismo tendía a eliminar todo residuo de espontaneidad por parte de una fuerza de trabajo que consideraba *a priori* propensa a la holgazanería y a la vagancia. Así, el capital procuraba asegurarse el control estricto del proceso de fabricación: son antes que nada los “tiempos muertos” –que se suponen inevitables si se dejara un margen de acción a los obreros– los que resultaba imperioso eliminar. De ahí dos consecuencias fundamentales de la implantación del taylorismo. La primera es la apertura de una división fuerte entre trabajo intelectual y manual, o entre concepción y ejecución. La segunda –la meta fundamental de Taylor– es el ingreso a la fábrica de trabajadores poco calificados y sin especialización.<sup>371</sup> Muchos de estos aspectos –la división entre trabajo manual e intelectual, la descualificación de la fuerza de trabajo, la tentativa de eliminar los tiempos muertos, entre otros– serán recogidos también por el fordismo.

Tampoco la cadena de montaje fue un invento de Ford: su aporte técnico radicó en la mecanización de la misma mediante la instalación de la cinta transportadora. Este pequeño detalle, no obstante, tiene la mayor significación en la medida en que de este modo el ritmo de trabajo queda impuesto de un modo externo al obrero, por medio de la velocidad asignada a la cinta. La mecanización, de este modo, posibilita un proceso de trabajo continuo, sin interrupciones. Esto presupone el cálculo tayloriano de los tiempos de ejecución, y requiere del aprovisionamiento permanente de las piezas a montar, las cuales además deben ser perfectamente estandarizadas y uniformes. El objetivo del sistema es aumentar las tasas de ganancia mediante economías de escala: la producción en serie de productos homogéneos presupone a la vez una demanda masiva de bienes de consumo estandarizados.

Es aquí donde puede verse la significación más amplia –no restringida al proceso de producción– del fordismo. Ya el mismo Ford, con su política de *five dollars day*, vislumbraba que el aumento de la productividad posibilitado por esta organización del proceso productivo

---

371 En efecto: uno de los objetivos de Taylor era contrarrestar la fuerza de los obreros de oficio estadounidenses –organizados y sindicalizados– abriendo la posibilidad al ingreso de una mano de obra poco calificada y sin especialización (en general inmigrantes), carente además de organización sindical y política. Sobre este punto, véase CORIAT, Benjamin, *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, Madrid, Siglo XXI, 2001, pp. 24-33.

requería también dirigir la atención hacia el lado de la demanda. Esta política de salarios relativamente altos perseguía dos objetivos básicos. El más inmediato era que los obreros aceptaran estos modos de organización que, por su naturaleza, resultaban repetitivos, poco estimulantes, además de implicar una evidente intensificación del ritmo de trabajo. El segundo objetivo, mediato pero de una significación macroeconómica más importante, radicaba en la necesidad de establecer una demanda solvente para los bienes producidos en serie. En este sentido, no es casual que Ford estableciera para sus empleados una serie de “dispositivos morales”: eliminación de los vicios y control sobre los lugares que frecuentan los obreros, incentivo a la formación de familias, interiorización del *american way of life* como moral del progreso en base al esfuerzo individual, entre otros. Esta moralización buscaba mejorar el rendimiento dentro de la fábrica (por ejemplo, contribuyendo a la reducción del ausentismo y promoviendo la concentración en la tarea ejecutada), pero fundamentalmente *fuera* de ella, con el objetivo de que los obreros gastaran bien y no derrocharan su salario en vicios y otras actividades supuestamente disfuncionales.<sup>372</sup> En el obrero debía implantarse, así, la célula del *homo æconomicus*.

Esta dimensión macroeconómica, que excede al espacio de trabajo, es la que consideran especialmente los teóricos de la “Escuela de la Regulación” cuando refieren al fordismo. En efecto, según ellos éste, en su concreción histórica, trasciende los talleres organizados de acuerdo a estos métodos para referenciar todo un período histórico. Como aclara Neffa:

El *fordismo* puede significar dos cosas, según su utilización. Por una parte está la lógica de producción, de gestión de las empresas, y de organización del proceso de trabajo a nivel de las empresas, utilizando las cadenas de montaje y la cinta transportadora, tal como la formulara Henry Ford. Por otra parte, a partir de los trabajos de la “Escuela de la Regulación”, el *fordismo* adopta una dimensión macroeconómica, haciendo referencia a las normas de producción, de consumo y de vida, a un sistema de ajuste de los salarios en función de la inflación y del crecimiento de la productividad, a la generalización del salario indirecto y a la acción del Estado como regulador de los intereses contradictorios de los actores y clases sociales y garante de la reproducción de la fuerza de trabajo.<sup>373</sup>

De hecho, el sistema de Ford necesitó varios años de maduración para transformarse en un modelo macroeconómico coherente, cosa que recién ocurrió después de la segunda guerra mundial. La cuestión es que ni el patriarcalismo patronal, ni la institución de mejoras salariales a nivel de cada empresa, pudieron solucionar los dos problemas que el fordismo

---

372 Véanse *ibíd.*, pp. 55-59; y NEFFA, Julio, *Los paradigmas...*, ob. cit., p. 108.

373 NEFFA, Julio, *Los paradigmas...*, ob. cit., p. 111.

debió enfrentar para su difusión masiva: la resistencia obrera, de un lado, y la inexistencia de una demanda efectiva suficiente para absorber la producción, del otro. Respecto a lo primero, en EEUU la introducción del fordismo se realizó apelando a la mano de obra inmigrante, mientras que los trabajadores nativos se mostraron hostiles ante el mismo. En Europa, la línea de montaje se había podido desarrollar muy débilmente hasta 1930, incluso dentro de la misma industria automovilística, que seguía dependiendo en buena parte de la excelencia artesanal.<sup>374</sup> Respecto a lo segundo, se necesitó el impacto de la crisis de 1929 y el posterior período de depresión económica para que se tomara conciencia de que era necesaria una solución de más largo alcance para el problema de la escasez de demanda efectiva.

Es a la luz de estos problemas que hay que entender el apoyo que logró el *New Deal* de Roosevelt, junto con el auge de las políticas keynesianas, que se iban a extender a Europa en el período de posguerra, e incluso a muchos países del tercer mundo –aunque en cada caso con especificidades y diferencias importantes. En particular, el papel del Estado iba a resultar fundamental. Por un lado, poniendo en práctica las políticas activas necesarias (empleo público para la fuerza de trabajo desocupada, implementación de salarios mínimos, crédito al consumo, etc.) para el mantenimiento de una demanda efectiva solvente frente a una oferta de bienes durables que se expandía gracias a la producción en masa. Por otro lado, mediante el establecimiento de una serie de garantías a la fuerza de trabajo: no sólo a través de una política de pleno empleo y de salarios ajustables por la inflación y los aumentos de productividad, sino fundamentalmente desarrollando una red de seguridad social (prestaciones de salud garantizadas, sistema de jubilaciones y pensiones, etc.) y laboral (limitación de los despidos y estabilidad en el empleo, vacaciones pagas, seguros ante accidentes de trabajo, etc.). Estas políticas, ciertamente, no se aplicaron de un modo uniforme en todos los países. Tampoco eliminaron de cuajo la resistencia obrera y la conflictividad social. Pero al menos durante un cierto período de tiempo (los ya mentados “treinta gloriosos”) lograron establecer un sistema de acumulación relativamente estable y coherente, que permitió –en la mayor parte de los países desarrollados– conjugar aumentos constantes de la productividad y de los salarios. Alain Lipietz resume todo esto utilizando la terminología de la Escuela de la Regulación:

En tanto estructura macroeconómica (o régimen de acumulación o estructura social de acumulación), el fordismo implicaba que las ganancias de productividad resultantes de sus principios de organización tenían su contrapartida, por una parte, en el crecimiento de las inversiones financiadas por los beneficios y por otra parte, en el incremento del poder

---

374 Véase HARVEY, David, *La condición...*, ob. cit., pp. 150-152.

de compra de los asalariados. En tanto sistema de reglas de juego (es decir, un modo de regulación), el fordismo implicaba una contractualización a largo plazo de la relación salarial, límites rígidos a los despidos y una programación del crecimiento del salario indexado sobre los precios y la productividad general. Pero además, una vasta socialización de los ingresos a través del “estado providencia” aseguraba la percepción de un ingreso permanente a los trabajadores asalariados, estuvieran o no ocupados. La contrapartida era la aceptación por parte de los sindicatos de las prerrogativas de la dirección. De esta suerte, tanto los principios de organización del trabajo como la estructura macro-económica eran respetados.<sup>375</sup>

## **II. La reestructuración organizacional de las empresas y los cambios en el “trabajo concreto”**

En el tercer capítulo explicamos la crisis que hacia fines de la década del ‘60 y fundamentalmente a principios de la siguiente azotó a este sistema de acumulación y regulación. La desaceleración del aumento de la productividad, la disminución de las tasas de ganancia y el fracaso de las políticas keynesianas de fomento de la demanda efectiva para contrarrestarlas ponían de manifiesto los límites del fordismo en tanto régimen de acumulación, así como de sus arreglos institucionales (modo de regulación). Señalamos también allí algunos de los cambios que comienzan a darse desde los ‘70, que se aceleran en las siguientes dos décadas. Particularmente, apuntamos el deterioro de la relación salarial fordista, con el aumento de las tasas de desempleo, la precarización de la fuerza de trabajo y la erosión de los salarios, así como la crisis del “Estado de bienestar” y el impulso de las políticas neoliberales.

Nos tenemos que detener ahora en los cambios técnico-organizacionales que comienzan a tener lugar al interior de las unidades productivas, lo cual nos permitirá asir las nuevas configuraciones que habría ido adquiriendo el “trabajo concreto”. Empezaremos con una aproximación de tipo fenoménica y descriptiva al tema, que en una primera instancia podrá dar la impresión de resultar demasiado lineal y esquemática, pero que después iremos complejizando. Enumeraremos una serie de desplazamientos que sobre todo en relación al fordismo –y especialmente a nivel organizacional– comienzan a darse en las empresas.

Esta enumeración no implica pasar por alto el hecho de que el ritmo de los cambios no ha sido uniforme entre países y regiones; tampoco debería llevar a pensar en una homogeneización de las formas organizativas de las empresas a nivel mundial. Como señala Castells, son varias las tendencias que en este sentido caracterizan el proceso de reestructuración capitalista en esta etapa.<sup>376</sup> Y resulta dudoso que puedan confluir en un único

375 Citado en NEFFA, Julio, *Los paradigmas...*, ob. cit., pp. 110-111.

376 CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. 1, ob. cit., p. 204.

modelo productivo, sean los sistemas de especialización flexible basados en las pequeñas y medianas empresas que Piore y Sabel analizaron en su ya clásico trabajo sobre los distritos industriales del norte de Italia,<sup>377</sup> sean los variados sistemas “posfordistas” de producción flexible de alto volumen, sea el toyotismo japonés.<sup>378</sup> Sería además un abuso del lenguaje hablar de un relevamiento liso y llano del fordismo como modo de organización técnico-productiva. En muchos casos, las empresas estadounidenses y europeas adoptaron algunos cambios tecnológicos sin variar las estructuras organizacionales previas; en otros, se introdujeron también cambios organizacionales pero parciales, adaptándolos a las estructuras preexistentes. Finalmente, y lo que es tal vez más relevante, las modalidades tayloristas y fordistas también se desplazaron a países en vías de desarrollo, hibridándose incluso con otros tipos de organización peculiares, como señalaremos más adelante.

De todas formas, pueden enumerarse un conjunto de elementos que afectan la organización del proceso productivo y que, realizándose en mayor o menor medida, permiten vislumbrar una tendencia de conjunto que, a pesar de todos los matices, tenemos que considerar como un insumo importante para la conceptualización teórica que nos interesa realizar en esta investigación.

Un primer elemento a tener en cuenta concierne al *producto* fabricado, pero comienza a revelar ciertos rasgos de la organización de la empresa “posfordiana”. Mientras que el sistema fordista se basaba en la producción en serie de bienes estandarizados con el propósito de sacar ventaja de las grandes economías de escala, los sistemas “posfordistas” buscan introducir mayor flexibilidad en estas series, con el objetivo de satisfacer (pero también crear y potenciar, como veremos en el próximo capítulo) una demanda diversificada y cambiante. El mencionado modelo de especialización flexible de Piore y Sabel se sustenta precisamente en la idea de que las pequeñas y medianas empresas se encontrarían en óptimas condiciones para cumplir estos objetivos. Pero no es el único y, probablemente, tampoco sea el más relevante. Coriat plantea –criticando lo restrictivo de aquel modelo por suponer tanto la inexistencia de productos de demanda creciente como la imposibilidad de la empresa de reaccionar ante el mercado– un sistema de “flexibilidad dinámica”, en el cual se intenta sacar provecho de las economías de alto volumen y a la vez se favorece la innovación de los productos. Esto puede hacerse mediante diversas estrategias de valorización: por *extensión* del ciclo de vida de los productos, con el cual las tradicionales líneas rígidas de producción

---

377 Véase PIORE, Michael y SABEL, Charles, *La segunda ruptura industrial*, Madrid, Alianza, 1990.

378 Véase CORIAT, Benjamin, *El taller y el robot*, ob. cit., cap. 2.

son complementadas por líneas específicas que permiten introducir ciertas variabilidades en los productos; o por *renovación* del ciclo de vida de los mismos, mediante innovaciones significativas que permiten recuperar la demanda de un producto cuando la misma comienza a decrecer.<sup>379</sup>

Un segundo aspecto se relaciona, superficialmente, con el tamaño de las empresas, pero más profundamente, permite vislumbrar un cambio en la estructura de las mismas. Si en el apogeo del fordismo el número de trabajadores de una empresa y la variedad de funciones que cubría eran índices inequívocos de su importancia, tras la crisis se comienza a valorar crecientemente el modelo de la *empresa esbelta interconectada con otras bajo la forma-red*. Esto no implica necesariamente que las grandes empresas estén perdiendo poder: el modelo de pequeñas y medianas empresas conectadas horizontalmente que estudiaron Piore y Sabel no es el único modo de organización en red. Otro modelo bastante extendido es el basado en la franquicia y la subcontratación bajo la cobertura de una gran compañía.<sup>380</sup> Un caso muy estudiado al respecto es el de Benetton, que opera concediendo franquicias comerciales, recibiendo las señales del mercado y operando sobre una red de pequeñas empresas que producen para ella: la firma aquí ocupa un lugar preponderante como intermediadora entre el mercado y la producción.

Toyota –seguramente el caso más mencionado y estudiado, que además ha dado lugar a conceptualizaciones más generales, hablándose al respecto de “modelo toyotista”, “modelo japonés”, etc.– también terceriza una parte importante de su producción,<sup>381</sup> que es realizada por una red de empresas subcontratistas, en buena medida cautivas de la firma madre. En este sentido, la disminución del tamaño de las empresas muestra, más que un retroceso en el poder de las grandes compañías, un modo de organización diferente, en el que la gran empresa estructurada verticalmente en su interior se desestructura en una red de firmas; red en la que sin embargo la empresa-madre puede mantener un lugar preponderante.

Por lo tanto, la organización en forma de red se entrelaza con el poder que en muchos casos conservan las grandes empresas. De hecho, las empresas multinacionales, que en las últimas décadas han aumentado su poder e importancia en la economía mundial, operan a nivel global utilizando ampliamente esquemas descentralizados de este tipo. Como señala Castells: “no estamos siendo testigos de la desaparición de las grandes y poderosas

---

379 *Ibid.*, pp. 151-160.

380 Véase CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. 1, ob. cit., p. 210.

381 Según Antunes, la empresa toyotista terceriza cerca del 75% de la producción, contra el 25% de la fordista (véase *Los sentidos...*, ob. cit., p. 41).

compañías, pero sí de la crisis de su modelo de organización tradicional, basado en la integración vertical y la gestión funcional jerárquica.”<sup>382</sup>

Estas características explican una tercera: en las formas “posfordistas” de organización la producción se encuentra en una estrecha conexión con la demanda. En términos ideales, el modelo fordista se basaba en la suposición de que, habiendo una demanda solvente, la oferta encontraría su mercado. De este modo, el fordismo tendió a establecer una relación relativamente “muda” con el mercado.<sup>383</sup> La rigidez de sus estructuras técnico organizacionales suponía la existencia de una demanda creciente, constante e indiferenciada. Por el contrario, los modelos “posfordistas” tienden a estrechar la comunicación entre el mercado y el proceso de producción. El Kan-Ban japonés es el que mejor muestra esto en términos ideales: aquí, paralelamente al flujo real de la producción que va de los puestos iniciales hasta los finales donde se termina el producto, un flujo de información proveniente del mercado (las unidades efectivamente vendidas) se mueve en sentido inverso. De este modo, en un departamento dado en un momento determinado sólo se produciría lo necesario para satisfacer los pedidos efectivamente realizados (así se estaría cumpliendo el principio *cero existencias* característico de este modelo). Se trata de una inversión respecto al fordismo, un modo de “pensar al revés” según profesa el título de un conocido libro sobre el tema.<sup>384</sup>

Estas transformaciones implican ciertos cambios al nivel de lo que denominamos siguiendo a Marx “trabajo concreto”. En el fordismo, que vimos que seguía la división técnica del trabajo de tipo tayloriana, cada hombre se ocupaba de una tarea específica, la cual debía realizarse en el menor tiempo posible; este tiempo resultaba entonces cuidadosamente reglamentado y prescrito. Las formas “posfordistas” tienden a romper con esta estructura. Con el trabajo en equipos con multiplicidad de funciones –utilizado por ejemplo en el toyotismo, pero no exclusivo de él– se pasa del principio tayloriano-fordiano del tiempo asignado y prescrito a un nuevo principio: el del “tiempo compartido”. Así lo describe Coriat tomando como base los escritos de Ohno, el ideólogo del toyotismo:

---

382 CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. 1, ob. cit., pp. 205-207. Boltanski y Chiapello llegan a la misma conclusión analizando el caso francés: “la menor concentración del tejido productivo no es, por tanto, más que aparente, en la medida en que desaparece desde el momento en que se plantea la cuestión en términos de grupos” (BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002, p. 307).

383 Véase HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Imperio*, ob. cit., p. 257.

384 Véase CORIAT, Benjamin, *Pensar al revés: trabajo y organización en la empresa japonesa*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

este principio se distingue de los anteriores porque gracias a la linealización de las secciones de producción y a la multifuncionalidad de los trabajadores, introduce el principio de asignación de tareas modulables y variables tanto en cantidades como en naturaleza. Las fronteras entre puestos e islotes de trabajo se mantienen en una situación siempre “virtual” y uno y varios de los trabajadores inicialmente asignado(s) a un conjunto de tareas previamente determinadas pueden transgredirlas permanentemente.<sup>385</sup>

Esto redundaría en una mayor autonomía y cooperación entre los trabajadores en el seno del trabajo concreto. Ciertamente que estas características siguen siendo relativas: Gorz tiene razón cuando señala que el trabajo en grupos autónomos no suprime la heteronomía, sino que la desplaza de los individuos a los grupos, cuyos fines siguen siendo dictados y coordinados desde el exterior.<sup>386</sup> Lo mismo cabe decir de la cooperación entre trabajadores, que limitada al interior de los grupos de trabajo, permanece subordinada a los objetivos unidimensionales de rentabilidad y eficiencia, propios del capitalismo. Más adelante volveremos sobre esto cuando analicemos el modo en que las formas de organización “posfordistas” siguen estando dirigidas a la explotación de los trabajadores.

Otra consecuencia relevante del “posfordismo” sobre el trabajo concreto es la relativización de la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual. En el toyotismo en particular, tareas como las de diagnóstico, mantenimiento, control de calidad e incluso programación son reintroducidas en el propio trabajo de ejecución directa.<sup>387</sup> De este modo, los diseñadores, los programadores de ordenadores y los trabajadores de planta interactúan, con lo cual se evitan los cuellos de botella propios que emergen de la separación tajante entre estas diferentes funciones, a la vez que se limita la excesiva burocratización derivada de la estructuración piramidal propia de la organización tradicional (recuérdese que otro principio toyotista es el de *cero papel*). En particular, las capacidades mentales y el *saber hacer* derivado de la experiencia en el trabajo resultan fundamentales para instituir otro principio clave: el de la *mejora continua* de los procesos productivos, que reemplaza al *one best way* tayloriano. Tenemos aquí otra clave que será fundamental para entender la naturaleza de la explotación en la empresa posfordista: la necesidad de sacar provecho de todos los componentes, y en particular los cognitivo-intelectuales, de la fuerza de trabajo. Como bellamente expresa Virno retomando la famosa definición marxiana:

Sólo hoy, en la época posfordista, la realidad de la fuerza de trabajo está plenamente a la altura de su concepto. Sólo hoy, quiero decir, la noción de fuerza de trabajo no se reduce

---

385 *Ibid.*, p. 57.

386 Véase GORZ, André, *Metamorfosis...*, ob. cit., pp. 108-109.

387 Véase CORIAT, Benjamin, *Pensar al revés...*, ob. cit., pp. 47-48.

(...) a un conjunto de dotes y actitudes físicas, mecánicas, sino que comprende dentro de sí, con pleno derecho, la “vida de la mente”.<sup>388</sup>

Resulta de la mayor relevancia el hecho de que estos cambios organizacionales en la empresa y en el trabajo concreto son independientes –conceptual e históricamente– del uso de las TICs. El Kan-Ban, por ejemplo, se utilizó por primera vez en la planta de Toyota en 1948. Y en la década del ‘80, cuando en EEUU se utilizaron las nuevas tecnologías en el marco de las viejas formas de organización para ahorrar mano de obra, los problemas de rigidez se agravaron.<sup>389</sup> Esto muestra que el relato fatalista de los teóricos del “fin del trabajo”, centrado en la automatización como resultado mecánico de la aplicación de las TICs, resulta, cuando menos, sesgado e incompleto. La lógica centrada en el mero ahorro de mano de obra resultó un fracaso: había también que transformar las modalidades de gestión del trabajo concreto. En este sentido, no es en absoluto casual que los cambios organizacionales hayan precedido y en gran medida impulsado la trayectoria tecnológica.<sup>390</sup> Sólo cuando las empresas occidentales comenzaron a cuestionar el viejo sistema de estructuración jerárquica se creó un círculo relativamente virtuoso con la utilización de las TICs., proceso que recién se concretaría bien entrada la década de los ‘90.

Es importante señalar que en la bibliografía que estudia el tema no hay en absoluto un acuerdo respecto a la extensión e importancia de estos cambios. Michel Husson, discutiendo en particular con el autonomismo italiano y las tesis sobre el capitalismo cognitivo, plantea que es un error suponer simplemente que el taylorismo y el fordismo han sido superados por el toyotismo, la producción flexible, etc. En realidad, ambas –una lógica productiva “cognitiva” y otra “tayloriana flexibilizada”– coexistirían, particularmente a nivel global.<sup>391</sup> Creo que esta perspectiva matizada es correcta, y de hecho es la más aceptada por los sociólogos y economistas del trabajo. Aunque no se niegan los cambios organizativos que analizamos aquí, se acepta que su difusión es heterogénea y discontinua: ocurrió primariamente en los sectores más dinámicos de la industria de los países desarrollados, pero se realizó de un modo mucho más lento y selectivo en otros sectores, entre ellos los de servicios. Además, las innovaciones no se adoptan en su totalidad; en general, las reestructuraciones son parciales y se acoplan con los modelos preexistentes. Y a nivel global,

---

388 VIRNO, Paolo, *Gramática de la multitud*, Buenos Aires, Colihue, 2003, p. 85.

389 Véase CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. 1, ob. cit., p. 223.

390 Véase ibíd., p. 224.

391 Véase HUSSON, Michel, “¿Hemos entrado en el capitalismo cognitivo?” [en línea]. En: <http://marxismocritico.com/2011/11/28/hemos-entrado-en-el-capitalismo-cognitivo/> (último acceso: 22/05/12).

la coexistencia de ambos modelos –e incluso de otros– resulta aún más evidente.<sup>392</sup> En el cuarto párrafo de este capítulo, veremos en efecto cómo la explotación del trabajo por el capital se efectúa aprovechando los distintos modelos y contextos, en particular a través de las redes empresariales, el uso de la subcontratación y tercerización, y la división internacional del trabajo. Respecto a esto, podemos recordar que el capitalismo es, como bien sabía Marx, un sistema dinámico, pero no por eso tiene a la innovación (sea tecnológica, sea organizacional) como dogma precisamente porque ella no es para él un fin en sí mismo.

### **III. La terciarización de la economía**

Antes de pasar a analizar las nuevas formas de explotación y control de la fuerza de trabajo, conviene que hagamos un breve excursión respecto a otro fenómeno ampliamente comentado por la bibliografía, el cual se encuentra en estrecha conexión con los cambios organizacionales que tratamos en el apartado anterior: me refiero a la llamada “terciarización” de la economía. Como ya señalamos en el capítulo tercero, el fenómeno merece ciertas aclaraciones. En primer lugar, aunque prácticamente en la totalidad de los países centrales el sector servicios avanza tanto en términos de ocupación como de contribución al PBI, el retroceso de la industria sólo es evidente en los países anglosajones, y particularmente en EEUU (seguido por Inglaterra). En cambio, Alemania (sin lugar a dudas, la economía más desarrollada de Europa) y Japón, aunque expanden sus servicios, conservan una base industrial fuerte.<sup>393</sup> En segundo lugar, y lo que es tal vez más relevante para un abordaje global del fenómeno, esta tendencia de los países desarrollados es contrarrestada por una inversa en los países en vías de desarrollo donde, por el contrario, el sector manufacturero adquiere mayor relevancia. Por lo tanto, no es que la industria pierda peso a nivel mundial, sino que cambia su localización.<sup>394</sup>

De todas formas, la tesis de la terciarización resulta incluso más interesante si se la desvincula de la discutible hipótesis de la “desindustrialización” con la que en general es asociada. En efecto: el concepto de terciarización puede comprenderse como denotando una transformación global en la forma de organización de la economía, con la cual incluso las actividades de fabricación son concebidas como una especie de servicio. Esto puede verse en el caso del Kan-Ban japonés, en el cual la fabricación responde a las necesidades de la

---

392 Véase NEFFA, Julio, *El trabajo humano*, ob. cit., p. 203.

393 Véase CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. 1, ob. cit., p. 269.

394 Véase supra, p. 114, nota N° 234.

demanda –no por casualidad, Ohno concibió el sistema *justo a tiempo* imitando el funcionamiento de algunas firmas de supermercados, donde los productos son repuestos a medida que se venden. Más ampliamente, “el nuevo imperativo gerencial que se impone es «tratar la fabricación como si fuera un servicio».”<sup>395</sup> En realidad, no es que la fabricación industrial desaparezca, sino que pasa de ser el eje desde el cual se estructura la vida económica a ser un nodo más dentro de una red, en la cual el control de la información, la publicidad y el *marketing* resultan momentos fundamentales:

Las empresas del capitalismo cognitivo invierten actualmente cerca del 40 % de su facturación en marketing, publicidad, diseño, etc. En la industria audiovisual de Estados Unidos, el 50 % del presupuesto de una película se invierte en su promoción y lanzamiento. De otro lado, en las empresas de comunicación (medios, editoriales), la publicidad representa la partida principal de los ingresos, de lejos superior a la facturación que se obtiene de las ventas al público. También en la industria tradicional – como la del automóvil– la inversión en publicidad es ya una de las principales partidas del balance, también porque la producción sólo se realiza sobre lo vendido.<sup>396</sup>

El mencionado ejemplo de Benetton ilustra bien el punto: el poder de la compañía se deriva del control que ejerce sobre la red de comercializadores y la red de productores, mediante la regulación de los flujos de información, particularmente de los vinculados a la conformación del mercado. La publicidad es el instrumento fundamental para dotar a la marca *Benetton* de un aura simbólica y cultural, que se transfiere a los productos: de lo que se trata es de la construcción social del consumidor.<sup>397</sup> Las franquicias que distribuyen sus productos acceden entonces a este aura, transformada en objeto de deseo de los consumidores.

Un caso similar es el de Nike, que no cuenta con ninguna fábrica sino con una red de proveedores en países con salarios extremadamente bajos –particularmente en Asia, donde quienes trabajan indirectamente para la empresa suman aproximadamente medio millón.<sup>398</sup> Nike es un estudio de investigación y diseño que organiza campañas de publicidad millonarias a través de una red de socios alrededor de todo el mundo. Lo que produce son conceptos, ideas inmateriales cuyo soporte material está constituido por los productos realizados por trabajadores sobreexplotados. La fuente de su poder es el control de los flujos

---

395 HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Imperio*, ob. cit., p. 254.

396 FUMAGALLI, Andrea, *Bioeconomía y capitalismo. Hacia un nuevo paradigma de acumulación*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010, p. 171.

397 Véase LAZZARATO, Maurizio y NEGRI, Antonio, “Trabajo inmaterial y subjetividad”, en *Trabajo inmaterial...*, ob. cit., p. 26.

398 Véase GODIO, Julio, *Sociología del trabajo...*, ob. cit., p. 25.

de información, que redundaba también en un control financiero sobre la red, lo cual le posibilita apropiarse de gran parte del plusvalor producido en los distintos nodos de la misma.

En este sentido, la terciarización de la economía –tal como se entiende aquí– se vincula con un proceso de transformación complejo. La mayor importancia cuantitativa de los servicios es una dimensión de la misma, pero no es la única y tal vez ni siquiera sea la más relevante. En efecto, vemos que alude a la vinculación estrecha –e incluso supeditación– de la industria con la comercialización, la publicidad y el *marketing*. Pero también está íntimamente vinculada con otros fenómenos, como la organización de las empresas bajo la forma-red y el creciente peso de la dimensión simbólico-inmaterial de las mercancías. Ya hablamos de lo primero en el apartado anterior, y nos explayaremos sobre lo segundo en el próximo capítulo, donde analizaremos estas cuestiones desde la perspectiva del consumo.

#### **IV. La explotación de la fuerza de trabajo en el “posfordismo”**

En el capítulo tercero ya planteamos la necesidad de volver a ubicar el concepto de “explotación” en el centro de la teoría social crítica. Vimos que en los teóricos del “fin del trabajo” la cuestión quedaba, en el mejor de los casos, desplazada a un margen del análisis. La razón resultaba clara: si el problema central radicaba en la automatización de los procesos productivos, en el hecho de que las tecnologías (capital fijo) reemplazaban al trabajo (capital variable) el problema de la explotación quedaba relegado respecto a otros como la exclusión, la desocupación, la desafiliación, etc. Naturalmente, no estamos insinuando que estos problemas no existan o que carezcan de importancia. Lo que queremos señalar es que la dinámica del capitalismo desde la década de los ‘70 no puede analizarse exclusivamente desde ese prisma. Desde nuestra perspectiva, que sigue a Marx, el capital, incluso cuando adopta nuevas tecnologías e innovaciones organizacionales que disminuyen el tiempo de trabajo, no deja de depender del trabajo para su valorización. Los teóricos más radicales del “fin del trabajo”, como Gorz, tienen razón en afirmar que la superación del capitalismo implica la superación del trabajo (abstracto). No obstante, y como ya se apuntó, entiendo que es un error suponer que la dinámica del capitalismo va inequívocamente en esa dirección.

Por cierto: este desplazamiento de la temática de la explotación no es exclusivo de los teóricos del “fin del trabajo”. Es compartida, entre otros, por autores que siguen una línea más “socialdemócrata” (tal como la conceptualizamos en el capítulo tercero, parágrafo I), donde también la crisis de la llamada “sociedad salarial” es interpretada en términos de

exclusión, desafiliación, etc. Los interesantes trabajos de Robert Castel que citamos en varias oportunidades constituyen un ejemplo de esta línea ampliamente extendida entre intelectuales –pero también políticos, ONG’s, Organismos Internacionales, etc.– por lo general críticos del neoliberalismo individualista, aunque no exclusivamente.<sup>399</sup> Las razones de este desplazamiento son numerosas, y no se reducen al aumento de la desocupación y el agravamiento del problema de la “desafiliación social”. Sin pretender ser exhaustivos, podemos mencionar factores como el retroceso político (al menos en varios países) de las organizaciones de trabajadores, la caída del socialismo real y la crisis del marxismo, porque han hecho que la crítica social adopte una forma menos comprometida con proyectos de emancipación radical (también cuestionados, en crisis, etc.) y más cercana a un reformismo que, en base a la compasión humanitaria, promueve políticas para paliar los efectos más perversos de la dinámica del capitalismo neoliberal.

El ciclo “fordista” de expansión de la posguerra se había sustentado en una política consistente en aunar un fuerte crecimiento económico, el aumento de la productividad y la recomposición salarial. Como ya señalamos, luego de que este ciclo entrara en crisis hacia fines de la década de los ‘60 aparecieron en escena –particularmente desde la década del ‘80– las políticas restrictivas de corte neoliberal, que impulsaron un estancamiento e incluso una erosión de los salarios reales. Desde esta década, las tasas de crecimiento del PBI en los países desarrollados nunca se acercaron a los niveles alcanzados en el período de posguerra.<sup>400</sup> Lo mismo ocurre con las tasas de aumento anual de la productividad del trabajo, que –tomando el promedio de las economías más desarrolladas (EEUU, Japón, Alemania, Francia, Italia, Reino Unido y Canadá) – entre 1979 y 1993 es de apenas la tercera parte (1,5%) que en la década de los ‘60 (4,3%).<sup>401</sup> No obstante, las tasas de ganancia comienzan a recomponerse desde 1982, particularmente en EEUU, lo cual no se debe al aumento de la inversión sino a la mayor participación de los beneficios en el producto. Arceo caracteriza el crecimiento de la economía estadounidense durante el período 1970-2007 de un modo más que elocuente:

---

399 Sobre este movimiento categorial en la crítica social desde la década del ‘80, véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, *El nuevo espíritu...*, ob. cit., pp. 444-450.

400 En los países de la OCDE, el PBI crece en la década de los ‘60 a una tasa anual promedio del 5,3%, mientras que en los ‘80 apenas llega al 3,2% para disminuir aun más en la primera mitad de la década siguiente (2,2%). Véase ARCEO, Enrique, “El fin de un peculiar...”, ob. cit., p. 21.

401 Véase CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. 1, ob. cit., p. 116.

Se trata de un crecimiento que se caracteriza, salvo en períodos excepcionales, por una tasa relativamente baja de inversión y una tendencia al aumento de la participación de los beneficios en el producto. El débil nivel de inversión determina un lento crecimiento de la productividad por trabajador, pero el producto crece más que el stock de capital (aumenta la relación producto/capital) y esto permite una recomposición de la tasa de ganancia que es reforzada por el aumento de la participación de los beneficios en el producto resultante de la aplicación de las políticas neoliberales.<sup>402</sup>

Siendo así, sobran motivos para poner en duda la tesis de los teóricos del “fin del trabajo” según la cual es la tecnología *per se* la que explica el desarrollo del capitalismo en esta etapa. No obstante, desde la década de los ‘70 se viene insistiendo también desde otras perspectivas con la importancia de la revolución de las TICs. Los términos “economía del conocimiento”, “sociedad de la información”, etc. han sido acuñados por distintas corrientes teóricas, y hasta forman parte del vocabulario de la mayor parte de los organismos internacionales (FMI, Banco Mundial, OCDE, etc.). En general, tienden a apoyarse en un diagnóstico de tipo optimista, según el cual la difusión de las TICs. sería la fuente de un siempre prometido progreso económico y social.

Ahora bien: como ya venimos señalando, los indicadores macroeconómicos están lejos de sustentar este optimismo. El mismo Castells –cuya investigación sobre la revolución informacional sigue siendo una referencia obligada– se planteaba el enigma respecto de por qué los alcances de la llamada “tercera revolución industrial” seguían siendo limitados en los principales indicadores (en particular, teniendo en cuenta los moderados aumentos de productividad en las economías desarrolladas). Castells intentaba algunas respuestas provisionarias: la existencia histórica de un intervalo entre las revoluciones tecnológicas y su difusión al conjunto de la economía; las dificultades para medir la productividad en el sector servicios (donde la misma crece más lentamente); y el hecho de que la productividad sí ha aumentado notablemente en la industria informática en EEUU, lo que haría esperar su extensión a otros sectores.<sup>403</sup>

Lo cierto es que desde 1996 el optimismo se relanzó en EEUU con la subida en espiral de las acciones tecnológicas en la Bolsa. Parecía que por fin la revolución informacional empezaba a rendir sus frutos. Se extendía así, amplificado por los medios de comunicación, el discurso de la *New economy* con toda su “ideología felicista” (el término es del filósofo italiano Franco Berardi) de progreso económico y social en base a las tecnologías informáticas y el libre mercado. Este nuevo optimismo se haría trizas con la explosión de la burbuja especulativa de las *punto com* y la crisis financiera de los activos tecnológicos (entre

---

402 ARCEO, Enrique, ob. cit., p. 22.

403 Véase CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. 1, ob. cit., pp. 114-128.

2000 y 2001).<sup>404</sup> Los acontecimientos posteriores los conocemos: el atentado del 11 de septiembre de 2001, la economía de guerra de Bush hijo, la burbuja inmobiliaria, su estallido en 2008 y la consecuente llegada de la crisis más aguda que ha conocido el capitalismo desde 1929.

El ascenso y ocaso del discurso sobre la *New economy* guarda un paralelo con lo sucedido con los planteos sobre el “fin del trabajo”. No sólo por la coexistencia temporal de ambos, sino sobre todo por el hecho de que comparten el supuesto común respecto al papel-bisagra de las nuevas tecnologías como una variable independiente que estaría cambiando la naturaleza del capitalismo. Claro que a contramano del optimismo exacerbado de la *New economy*, los teóricos del “fin del trabajo” se detienen en las consecuencias negativas –a nivel laboral y social– de la aplicación de estas tecnologías. Sin embargo, en ambos casos el determinismo tecnológico lleva a soslayar el papel que la explotación del trabajo desempeña en esta etapa.

Pues bien: siguiendo los planteos de autores como David Harvey y Ricardo Antunes, y como ya comenzamos a argumentar en el capítulo tercero, creemos aquí que para la reestructuración capitalista ha sido fundamental aumentar los niveles de explotación de la fuerza de trabajo, combinando la extracción de plusvalor absoluto y relativo. Por un lado, la tendencia hacia el aumento de las horas trabajadas para algunos segmentos de la fuerza de trabajo, el estancamiento de los salarios, y muy especialmente el uso intensivo de estrategias de externalización y subcontratación –que como señalamos caracterizan a la tan en boga forma de organización en red– dentro de los países, o hacia otros con bajos salarios, han permitido aumentar los niveles de extracción de plusvalor absoluto. Por otro lado, la adopción de innovaciones tecnológicas y organizacionales ha facilitado la generación de ganancias extraordinarias temporales a las firmas innovadoras y, a la vez y en un nivel más global, aumentar la extracción de plusvalor relativo a medida que se reducían los costos de los bienes que definen el valor de la fuerza de trabajo. En realidad, se trata de dos estrategias que no se pueden escindir, ya que en la práctica se entretajan y combinan. Veamos estas cuestiones con mayor detenimiento.

Como ya señalamos en el capítulo anterior, el débil crecimiento –y en algunos casos estancamiento– de los salarios, particularmente de los deciles más bajos de la fuerza de trabajo, es una característica del período. EEUU entre 1973 y 1997 es el ejemplo más claro y

---

404 Véase BERALDI, Franco, *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003, cap. 1.

emblemático de esta tendencia.<sup>405</sup> En la Unión Europea, donde los sindicatos en general fueron más fuertes a la hora de defender las posiciones adquiridas, la situación social no obstante empeoró por el aumento de la desocupación, especialmente perjudicial para los trabajadores jóvenes (que encontraron crecientes dificultades para ingresar al mercado laboral), los de edad más avanzada (que sufrieron salidas anticipadas con pocas posibilidades de reincorporarse a otras empresas), y aquellos que se encontraban en sectores poco competitivos de la economía.<sup>406</sup> La tecnología jugó un papel en este proceso, pero no como una variable independiente, sino subordinada a una estrategia vinculada a la necesidad de reestructurar la relación trabajo-capital para recomponer las tasas de ganancia:

¿Por qué y cómo ha tenido lugar esta reestructuración de la relación entre capital y trabajo en los albores de la era de la información? Fue el resultado de circunstancias históricas, oportunidades tecnológicas e imperativos económicos. Para paliar los recortes de beneficios sin desatar la inflación, las economías nacionales y las empresas privadas han actuado sobre los costes laborales desde comienzos de la década de 1980, ya sea mediante el incremento de la productividad sin creación de empleo (Europa) o rebajando los costes de una plétora de nuevos puestos de trabajo (Estados Unidos). Los sindicatos, el principal obstáculo para una estrategia de reestructuración unilateral, se vieron debilitados por su falta de adaptabilidad para representar a los nuevos tipos de trabajadores (mujeres, jóvenes, migrantes), para actuar en los nuevos lugares de trabajo (oficinas del sector privado, industrias de alta tecnología) y para funcionar en la nueva forma de organización (la empresa red a escala global).<sup>407</sup>

Se trata de estrategias de larga data. Aumentar la productividad sin crear empleo y manteniendo módicos aumentos salariales es una clásica forma de incrementar el plusvalor relativo; reducir los salarios de ciertos segmentos particularmente desfavorecidos de la fuerza de trabajo es una forma de incrementar el plusvalor absoluto. También las estrategias más específicas de externalización, deslocalización y subcontratación –que caracterizan a la economía-red– son formas de precarizar parte de la fuerza de trabajo, reduciendo de este modo los costos salariales de los trabajadores más alejados de la empresa principal. La ya mencionada Toyota es un caso paradigmático:

Se estructura preservando dentro de las empresas matrices un número reducido de trabajadores calificados, multifuncionales y comprometidos con su ideario, así como ampliando el conjunto fluctuante y flexible de trabajadores con el aumento de las horas extras, de la tercerización en el interior y fuera de las empresas (...) *Cuanto más se distancia el trabajo de las empresas principales, mayor tiende a ser su precarización.* Por

---

405 Véase supra, p. 104, nota N° 211.

406 Véase CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. 1, ob. cit., p. 342.

407 Ibid., pp. 342-343.

eso los trabajadores de la Toyota trabajan cerca de 2300 horas por año mientras los trabajadores de las empresas subcontratadas llegan a trabajar 2800 horas.<sup>408</sup>

En general, hay cierto acuerdo en la bibliografía respecto de que este modelo –basado en un núcleo reducido de trabajadores estables, altamente productivos y calificados, con garantías socio-laborales, rodeado sin embargo de una periferia de trabajadores precarios, mal pagos, sobreexplotados y siempre en riesgo de perder su empleo– se encuentra fuertemente extendido en la nueva economía, a punto tal de ser una característica de la misma.<sup>409</sup> Hay que tener en cuenta además que esta segmentación afecta especialmente a los sectores de la fuerza de trabajo más vulnerables: mujeres, inmigrantes, jóvenes, etc.

Lo más interesante es que un modelo de este tipo se proyecta a nivel global, siguiendo las líneas de la división internacional del trabajo. Las estrategias de deslocalización permiten trasladar parte de la producción a países en desarrollo con salarios bajos y menos garantías de empleo (por ejemplo, en el Pacífico Asiático). Se trata en general de actividades vinculadas a la fabricación de componentes, de bienes terminados, y a la provisión de algunos servicios (gracias a las TICs., es factible subcontratar en el extranjero centros de atención telefónica al usuario, tareas de procesamiento de datos y administración de las empresas, etc.). Menos extendido está el recurso para actividades con alto valor añadido, como el diseño de productos.<sup>410</sup>

De ahí que puedan convivir los más diversos modelos productivos: las formas de producción flexible interactúan no sólo con un neofordismo renovado particularmente en los países en vías de desarrollo, sino también con pequeñas empresas de tipo patriarcal, familiar, etc. donde la precariedad laboral es aún mayor.<sup>411</sup> El capitalismo siempre se ha apoyado en diversas modalidades de producción y en la división internacional del trabajo, pero la organización bajo la forma-red y las TICs. permiten potenciar el aprovechamiento por este sistema de distintos modelos y entornos culturales e institucionales. En este sentido, no hay que pensar el desarrollo tecnológico-organizativo del capitalismo en términos estrictamente lineales: los modelos flexibles “posfordistas” no reemplazan a los anteriores, sino que interactúan y se hibridan con ellos.

---

408 ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos...*, ob. cit., p. 43 (la cursiva es mía).

409 Véanse por ejemplo CASTEL, Robert, *Las metamorfosis...*, ob. cit., p. 411; CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. 1, ob. cit., p. 337; GORZ, André, *Misérias del presente...*, ob. cit., p. 58; HARVEY, David, *La condición...*, ob. cit., p. 175.

410 Véase OIT, *Cambios en el mundo del trabajo*, ob. cit., p. 13.

411 Sobre cómo en el “posfordismo” conviven los más variados modelos productivos, véanse HARVEY, David, *La condición...*, ob. cit., pp. 175-179; GODIO, Julio, *Sociología del trabajo...*, ob. cit., pp. 83-84; y VIRNO, Paolo, *Gramática...*, ob. cit., pp. 119-121.

Sea que opere a nivel local, nacional o internacional, esta estrategia de deslocalización y subcontratación permite fundamentalmente, al reducir los costos laborales en determinados segmentos de la economía, aumentar la explotación del trabajo, ante todo en la modalidad del plusvalor absoluto. También facilita el disciplinamiento de la mano de obra “nuclear”, que temerosa de caer en el ejército de los precarios, acepta en muchos casos la degradación relativa de sus condiciones de trabajo (mediante la ampliación de la jornada laboral, la institución de horarios “flexibles”, etc.).<sup>412</sup>

Respecto a los modelos “flexibles” de organización del proceso productivo que analizamos en el segundo párrafo, también constituyen ellos modos de intensificar el trabajo (plusvalor absoluto), disminuir los costos de las mercancías mediante innovaciones organizacionales y tecnológicas (plusvalor relativo) e incrementar entonces los niveles de explotación, aunque ciertamente por vías ligeramente diferentes a las de los modelos tayloristas y fordistas.

Es que el proceso de racionalización de la producción se mantiene en el “posfordismo”, pero cambiando en buena medida sus medios. Ya no se trata de descomponer las tareas y prescribir de modo minucioso los tiempos de cada una de ellas. No es que el tiempo de trabajo pierda importancia, pero su medida se hace modulable y variable (por ejemplo, dentro de los grupos de trabajo), cuestión que ilustra muy claramente el concepto ohnista de “tiempo compartido”. En términos más generales, la optimización en el uso del tiempo deja de estar centrada en la prescripción de la operación particular (como en el taylorismo) y pasa a ejercerse sobre grupos de obreros multifuncionales que tienen a su cargo un conjunto de operaciones.

En relación al trabajador especializado del fordismo, el obrero polivalente “posfordista” gana cierta autonomía y capacidad de iniciativa en el trabajo; a cambio, tiene que asumir más tareas y una mayor responsabilidad por los resultados del proceso productivo. La crisis de los modelos de organización jerárquica conlleva, justamente, un fuerte incremento de responsabilidad individual y grupal; el control disciplinario directo es dejado para casos límite; lo normal y deseable es el autocontrol.<sup>413</sup> Esto permite además eliminar numerosos puestos de mando intermedio. Los obreros son entonces llevados incluso a discutir su

---

412 En este sentido, y para no contribuir a la estrategia del miedo, es conveniente no exagerar algunos de estos fenómenos. Así, por ejemplo, la OIT estimaba en 2006 que, en promedio, las industrias manufactureras más vulnerables ante la competencia de los productores de bajos costos representaban sólo el 4% del empleo total en los países de la OCDE (véase OIT, *Cambios en el mundo del trabajo*, ob. cit., p. 14). Una cifra que no hay que despreciar, pero que sin embargo es menos dramática de lo que muchas veces se supone.

413 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, *El nuevo espíritu...*, ob. cit., pp. 281-283.

desempeño y analizar los medios para su mejora; los grupos de trabajo tienen que buscar el modo de integrar sus tareas para evitar lo más posible los cuellos de botella resultantes de una mala sincronización de los tiempos de trabajo.

Las nuevas formas “posfordistas” de organización del proceso de trabajo permiten, de este modo, intensificar el trabajo, reduciendo los tiempos muertos y el trabajo no directamente productivo (que puede incorporarse al productivo o tercerizarse). Lo que se incrementa ante todo es la carga psíquica del trabajo, debido a que la atención y concentración requeridas son mayores ahora cuando el control e incluso la mejora de los procesos son responsabilidad de los trabajadores.<sup>414</sup> Veremos después cómo estos modos de explotación del trabajo requieren la tendencial puesta a disposición de la empresa de la totalidad de las capacidades de la fuerza de trabajo.

Teniendo en cuenta estas cuestiones es que afirmamos que la reestructuración del capitalismo se ha basado en buena medida en incrementar la explotación del trabajo. En los países desarrollados, la contención de los salarios fue una política clave para recomponer las tasas de ganancia en un contexto de moderados aumentos en los índices de productividad. Esto explica el abandono, en la mayor parte de estos países, de la política salarial “fordista” que distribuía una parte importante de las ganancias de productividad hacia los asalariados. En Europa, la misma tendió a llevarse a cabo mediante la ampliación del ejército de reserva de los desocupados, mientras que en EEUU, con tasas significativamente menores de desocupación, se actuó directamente sobre el coste del empleo, lo cual afectó fundamentalmente a los deciles más bajos de ingresos, que vieron incluso descender sus salarios reales. Pero en ambos casos, el resultado fue una caída de la participación de los salarios en el PBI: en los países de la eurozona, se pasó del 76,3% en 1975 al 66,2% en 2006; en EEUU, la caída empezó ya en 1970, pasando del 66% en ese año al 54% en 2006.<sup>415</sup> Por otro lado, las estrategias de externalización y subcontratación, sea hacia otras empresas, sea hacia otras regiones y países, obraron en el mismo sentido, precarizando el empleo e intensificando el trabajo de sectores significativos de la mano de obra. Y, por supuesto, aumentando las ganancias de las empresas.

¿Estamos entonces ante el mismo capitalismo de siempre? Como señala Harvey,<sup>416</sup> contestar afirmativamente a esta pregunta resulta demasiado simplista: el capitalismo, como

---

414 Sobre la intensificación de la explotación en los nuevos modelos organizativos, véanse por ejemplo: ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos...*, ob. cit., pp. 38-46; BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., pp. 347-357; y NEFFA, Julio, *El trabajo...*, ob. cit., pp. 203-211.

415 Véase RAPOPORT, Mario y BRENTA, Noemí, ob. cit., pp. 140-144 y 164-168.

416 Véase HARVEY, David, *La condición...*, ob. cit., p. 212.

ya señalamos en la primera parte, es un sistema dinámico, en permanente cambio, que necesita reestructurarse para mantener su esencia –esto es, la valorización y acumulación del capital fundada en última instancia en la explotación del trabajo abstracto. El argumento de que esta esencia no ha sido superada me separa en buena medida de la posición de los teóricos del “fin del trabajo”. A la vez, me permite seguir conceptualizando con todo derecho a nuestras sociedades como “capitalistas”. No obstante, tenemos que seguir repasando algunos de los cambios que tienen lugar dentro de las mismas y que, en conjunto, apuntan a una configuración relativamente nueva.

#### **V. Subsunción de la totalidad de la persona al capital: nuevas capacidades y actitudes puestas en juego en el proceso de trabajo**

Como llegamos a apuntar en el párrafo anterior, los modos “posfordistas” de explotación del trabajo resultan inescindibles de la puesta a disposición de la empresa de la totalidad de las capacidades de la fuerza de trabajo. Aunque hablamos de capacidades que pueden calificarse de un modo general como “cognitivas”, no nos referimos solamente a aquellas habilidades técnicas altamente especializadas portadas por los trabajadores más calificados – diseñadores, técnicos, profesionales, etc. Se trata también de capacidades generales, algunas de ellas de naturaleza técnica (particularmente aquellas vinculadas al uso de las TICs. más difundidas, como los ordenadores, los celulares, etc.), otras de tipo intelectual-actitudinal, en ocasiones denominadas “competencias blandas” (comunicación, trabajo en equipos, disponibilidad y apertura al cambio, polivalencia, motivación, implicación afectiva, adaptación, autonomía, etc.). Lo interesante es que estas capacidades –y en particular las últimas– no son solicitadas solamente a los trabajadores más calificados y con mayores responsabilidades en los mandos de las empresas. Suelen ser también requeridas en trabajos poco calificados, rutinarios y mal remunerados, por ejemplo en aquellos que se ofrecen a los jóvenes en ciertos servicios vinculados a la información y la comunicación (venta y atención telefónica, ingreso y confección de datos, etc.).

¿Por qué se solicitan estas capacidades y actitudes de la fuerza de trabajo? En primera instancia, de lo que se trata es de adaptar a la fuerza de trabajo a las TICs. –sin olvidar además los cambios organizacionales que antes describimos–, que por naturaleza son flexibles, mejorables con el uso, reprogramables y polivalentes. Dada la aceleración del cambio tecnológico y la obsolescencia constante de los productos y los saberes que los producen, se requiere una fuerza de trabajo con actitudes proclives al cambio y a la

adaptación al entorno. Según señala Sukerfeld, en este contexto incluso los saberes adquiridos a través de instituciones formales se muestran demasiado estáticos y rígidos:

hay que considerar la difícil compatibilidad entre la estabilidad de los saberes que supone una carrera universitaria y el frenesí del cambio en los procesos productivos actuales. La vertiginosa obsolescencia que gobierna a las técnicas, tecnologías y otras formas de conocimientos en la presente etapa (...) hace que el corpus de conocimientos subjetivos que se adquieren en las carreras universitarias sea una carga de la que las empresas quieren más bien aliviarse. Aún en el caso de aquellas actividades que requieren de una titulación inicial, al poco tiempo son los cursos internos, la experiencia laboral y toda una serie de saberes no titulados los que fluyen en las firmas informacionales y explican sus rentabilidades. Esto mismo, desde la óptica de la subjetividad del trabajador, supone una adaptación a cambios permanentes, al constante reentrenamiento e incluso a una alta rotación en los empleos.<sup>417</sup>

Hay que tener en cuenta además que esta dinámica se vio retroalimentada a su vez por la creciente individualización de las remuneraciones y de las condiciones de trabajo. En la relación salarial “fordista” tendía a darse una relativa autonomía de las remuneraciones respecto al rendimiento individual, ya que sus ajustes se efectuaban en función de aumentos de la productividad evaluados en términos agregados. Desde la década del ’80, en cambio, las remuneraciones –en lento crecimiento, como ya señalamos– se modulan atendiendo cada vez más a las propiedades personales de quienes ocupan los puestos y a la evaluación individualizada de los resultados por parte de la dirección de la empresa. Algo similar ha ocurrido en lo que respecta a la negociación de las condiciones de trabajo.<sup>418</sup>

El fenómeno merece ser examinado más de cerca. Para comenzar, conviene despejar algunas posibles confusiones. Un primer punto que hay que destacar es que la mayor importancia que adquieren estas capacidades cognitivas, afectivas, relacionales, etc. no implica en sí misma una “recualificación” de la fuerza de trabajo. Creo que aquí es pertinente traer la distinción marxiana entre “trabajo simple” y “trabajo complejo” que abordamos en la primera parte. Un error muy frecuente es yuxtaponer la misma con la que se establece entre “trabajo manual” y “trabajo intelectual”, o entre “ejecución” y “concepción”. De este modo, se ha interpretado que la entrada de capacidades y actitudes “cognitivas” en el proceso productivo significa sin más que el trabajo complejo reemplaza al trabajo simple. Algunos autores cercanos al autonomismo italiano llevan aún más lejos esta idea y plantean que este trabajo complejo no puede reducirse a trabajo simple, poniéndose en cuestión la teoría del

---

417 ZUKERFELD, Mariano, *Capitalismo y conocimiento* [en línea], Vol. II, p. 250. En: <http://capitalismoyconocimiento.wordpress.com/> (último acceso: 15/11/13).

418 Sobre la creciente individualización de las remuneraciones como resultado de una relación de fuerzas favorable al capital, véanse BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., pp. 354-355; y CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. I, ob. cit., pp. 322 y ss.

valor.<sup>419</sup> En el próximo párrafo volveremos en particular sobre la posición autonomista, que de hecho es compleja y rica y no es nuestra intención caricaturizarla. Lo que interesa marcar aquí es que una argumentación de este tipo tiende a tratar las categorías de trabajo simple y trabajo complejo como transhistóricas. Pero como señalábamos anteriormente, el trabajo simple no refiere a una realidad inmediata e inmutable (el mero gasto fisiológico de energía, el trabajo manual directo, etc.) sino a una unidad socialmente conformada, esto es, un estándar de instrucción socialmente aceptado y generalizado.<sup>420</sup>

Por lo tanto, del hecho de que el “trabajo concreto” se “intelectualice” o se “inmaterialice” no deberíamos derivar automáticamente la idea de que la fuerza de trabajo se recualifica y se hace “compleja”. Mucho tiene que ver en esto el aumento del nivel educativo de la población, una tendencia general del siglo XX,<sup>421</sup> que ha hecho que aquello que en el siglo XIX podía denominarse “trabajo complejo” hoy sea “trabajo simple”. Pero también, el hecho de que ciertas capacidades como la de adaptación al entorno y al cambio constante, la de realizar varias tareas simultáneas, etc. se interiorizan incluso fuera del trabajo y de la educación formal. En este punto, resulta decisiva la influencia cultural de las nuevas tecnologías y herramientas de la información y la comunicación (particularmente los ordenadores, los celulares y la expansión reciente de Internet), cuyo uso es común tanto al tiempo de trabajo como al de no-trabajo.

De esta manera, varias de las capacidades requeridas actualmente de modo asiduo por el capital pueden ser apropiadas prácticamente sin retribución directa alguna. Estas capacidades, que el capital considera como innatas a la fuerza de trabajo, son en realidad atributos que han devenido generales por su extensión a lo largo de la mayor parte del campo social. Es así que en los servicios –incluso en aquellos poco especializados y que requieren escasas calificaciones formales– y en la industria racionalizada de modo “flexible”, el capital se apropia (insistimos: prácticamente de un modo gratuito) de la facultad del lenguaje, de la comunicación humana, de la capacidad de iniciativa propia, de la aptitud de adaptación al cambio constante, de la disponibilidad a la polivalencia, etc. Se trata tanto de capacidades cognitivas como de disposiciones actitudinales. Evidentemente, existe una relación entre ambas: la apropiación de los saberes cognitivos y experienciales de los trabajadores requiere

---

419 Véase por ejemplo NEGRI, Antonio, “La teoría del valor-trabajo: crisis y problemas de reconstrucción en la modernidad”, en GUATTARI, Félix y NEGRI, Antonio, *Las verdades nómadas & General intellect, poder constituyente, comunismo*, Madrid, Akal, 1999, pp. 120-121.

420 Véase supra, pp. 71-72.

421 Véanse algunos datos al respecto en ZUKERFELD, Mariano, ob. cit., Vol. II, pp. 243-247.

que ellos sean incentivados para la puesta en juego voluntaria de dichos saberes (y de ahí el cuestionamiento a las jerarquías rígidas y la apología de la flexibilidad); pero también requiere la creación de un entorno cultural favorable a la colaboración entre el trabajador y la empresa, sin el cual la apropiación se vería obstaculizada. Se plantea entonces la necesidad de establecer nuevos tipos de control sobre el trabajo concreto, diferentes de la subordinación jerárquica predominante en el fordismo –examinaremos con cierto detalle esta cuestión en el capítulo sexto.

Esto es justamente lo que vimos que señalaba el último Gorz: quien vende su fuerza de trabajo de este modo tiende a poner a disposición del capital todas sus capacidades y actitudes y, en el límite, su entera persona. El concepto marxiano adecuado para expresar esto es el de “subsunción” –que expresa tanto la *inclusión* en el sentido lógico como la *subordinación* en términos políticos–<sup>422</sup> al capital. Lo que llama la atención es que mucho de lo que es subsumido es justamente lo que la pauta de racionalización fordista había intentado reducir al mínimo indispensable: por ejemplo, la iniciativa propia, la propensión al cambio, la comunicación entre los trabajadores e incluso los afectos en el lugar de trabajo.

El concepto marxiano tiene la ventaja de poner de manifiesto el carácter políticamente ambiguo del cambio. Aparentemente, éste resulta progresivo en el sentido de que apunta a una mayor autonomía y enriquecimiento del trabajo concreto. Estos aspectos son los subrayados por las visiones más bien optimistas del “posfordismo”, como las que aún con ciertos reparos expresan Coriat y Hardt y Negri. No obstante, como ya apuntaba Gorz, implican nuevas formas de servidumbre. Esto es así porque conllevan la venta de capacidades que no pueden escindirse fácilmente de la persona individual del trabajador. Son disposiciones que, aunque socialmente generales, resultan difíciles de formalizar en un contrato de trabajo y que, al ser puestas a operar, involucran la personalidad entera del trabajador. La dependencia personal de éste para con la empresa se ve así exacerbada: esta ya no demanda solamente un conjunto de calificaciones formalizadas cuyo valor de cambio resulta negociable por el colectivo de los trabajadores. Compra también y ante todo una disposición general e incondicional. Se trata de un aspecto sin lugar a dudas regresivo respecto al denominado “fordismo”:

En el posfordismo está presente una vocación empresaria orientada no a reformular en un sentido progresista esos pisos civilizatorios [los del período de posguerra], sino para

---

422 Como señala el traductor Pedro Scaron en MARX, Karl, *El capital*, Libro I Capítulo VI (inédito), ob. cit., p. XV.

desarticularlos. Por eso la competitividad exige la limitación de la negociación colectiva y los derechos laborales y sindicales, dado que su meta es hacer prevalecer la pertenencia del trabajador a la empresa: la empresa compra, ante todo, a la persona y su devoción, finalidad que se antepone a la compra del trabajo abstracto. Este era regulado por la negociación colectiva, ahora se trata de regularlo a través del contrato individual del trabajo, el ámbito en el cual se puede dar preferencia a los motivos individuales del trabajador o a las capacidades para valorizar su “capital-saber” individual a costa de su identidad del colectivo de la empresa o rama de producción.<sup>423</sup>

Esta forma individualizada en la gestión de la fuerza de trabajo se refleja en la mutación que se registra en la idea de “formación”. Ella deja de asimilarse a un conjunto de capacidades adquiridas de forma medianamente estable para devenir un ejercicio continuado, sujeto a validación permanente (de ahí un concepto muy en boga: el de “formación continua”). En esta dirección apunta el pasaje, registrado por numerosos sociólogos del trabajo, de la noción tradicional de “calificación” a la más reciente –de orientación individualizante– de “competencia”:

Si la calificación tal como se materializa en las grillas de clasificación, es en la práctica una propiedad irreversible y duradera, la competencia parece más bien construirse como una propiedad inestable que siempre debe estar sometida a objetivación y validación dentro y fuera del ejercicio del trabajo. Es decir que una gestión basada en las competencias contiene la idea de que un asalariado debe someterse a una validación permanente y probar constantemente su “adecuación al puesto”, su derecho a una promoción o a una movilidad profesional. Tal gestión pretende conciliar el largo plazo de las duraciones de actividades de los asalariados con el tiempo corto de las coyunturas del mercado, de los cambios tecnológicos, ya que todo cambio puede ser revisado.<sup>424</sup>

Semejante mecanismo de validación continua, además de incrementar la incertidumbre del trabajador respecto a su futuro en la empresa, permite fundamentalmente subsumir a la totalidad de la persona al capital. La misma distinción entre la persona y su fuerza de trabajo –que para Marx, recordemos, era central para delimitar el trabajo asalariado del trabajo servil– parece difuminarse en la ambigua noción de “competencia”: ya no se venden solamente un conjunto de capacidades y habilidades delimitadas y especificadas, sino antes que nada una disposición total hacia los requerimientos de la empresa, disposición que será evaluada de un modo permanente.

En consecuencia, lo que adviene es una mercantilización de la personalidad sin precedentes. El taylorismo había tratado a los trabajadores como máquinas, y justamente por

---

423 GODIO, Julio, ob. cit., p. 81.

424 TANGUY, Lucie, “De la evaluación de los puestos de trabajo a la de las cualidades de los trabajadores: definiciones y usos de la noción de competencias”, en DE LA GARZA TOLEDO, Enrique y NEFFA, Julio (comps.), *El futuro del trabajo- el trabajo del futuro*, Buenos Aires, CLACSO, 2003, p. 122.

esta razón implicaba una delimitación relativamente clara de lo mercantilizable de la persona humana. Con el autoritario *one best way* el trabajador quedaba sujeto al ritmo y a la forma de trabajo prescrita por la empresa, pero una vez que se acoplaba a esta exigencia no resultaba necesario que interiorizara los valores y objetivos de ella, que intentara mejorar su *performance* a cada momento o que asumiera nuevas responsabilidades más allá de las especificadas por la dirección. El desapego al trabajo era, por lo tanto, posible: bastaba con limitarse a cumplir las tareas prescritas bajo la vigilancia atenta de los superiores jerárquicos. Por el contrario, los nuevos dispositivos de movilización de los trabajadores, hacen que aquello que anteriormente podía quedar recluido en las esferas extra-laborales (familia, amistades, etc.) tenga que ser puesto en juego necesariamente en el espacio de trabajo: espíritu de colaboración, de autosuperación, sentimiento de pertenencia, autonomía, etc. Como señalan Boltanski y Chiapello:

Los nuevos dispositivos (enriquecimiento de las tareas, mejora de las condiciones de trabajo) especialmente justificados por su intención de romper con las formas taylorianas del trabajo, mercedamente consideradas inhumanas, ocupan desde esta perspectiva una posición igualmente ambigua. La taylorización tradicional del trabajo consistía en tratar a los seres humanos como máquinas, pero no permitía poner directamente al servicio de la obtención de beneficio las propiedades más específicas de los seres humanos: sus afectos, su sentido moral, su honor... Por el contrario, los nuevos dispositivos de empresa, que exigen un compromiso más total y se apoyan en una ergonomía más elaborada, que incorpora la integración de las aportaciones de la psicología posconductista y de las ciencias cognitivas, son, precisamente, y en cierto modo por su mayor humanidad, más capaces de penetrar profundamente en la interioridad de las personas, de las que se espera que se “entreguen” –como se dice– a su trabajo, y permiten una instrumentalización y una mercantilización de las personas en lo que éstas poseen de más característicamente humano.<sup>425</sup>

En el capítulo sexto volveremos sobre estas cuestiones cuando abordemos los discursos de la nueva gestión empresarial. Por el momento, estamos en condiciones de empezar a escudriñar algunas consecuencias teóricas de estas transformaciones.

## **VI. Sobre la vigencia de la teoría del valor y la centralidad del trabajo abstracto: contrapunto con el autonomismo italiano**

El autonomismo italiano es una de las corrientes teóricas que en los últimos años más énfasis ha puesto en la necesidad de repensar la teoría crítica marxiana teniendo en cuenta las transformaciones acaecidas en el capitalismo. Naturalmente, excede a los objetivos de esta

---

425 BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., pp. 589-590.

tesis hacer una revisión exhaustiva de sus ideas –lo cual exigiría remontarse a una compleja genealogía que llega al menos hasta el obrerismo italiano surgido en la década del ‘60, así como también analizar los textos de varios de sus expositores, cuyas posiciones no son totalmente coincidentes. De todas formas, dado que compartimos varias de sus ideas (como podrá haber apreciado el lector atento a las citas), y que coincidimos en la necesidad de repensar sin ortodoxias las categorías marxianas en el actual contexto, nos parece que un contrapunto dialógico con esta corriente será de ayuda para proseguir reflexivamente la explicitación de nuestra perspectiva respecto a la vigencia de la crítica de la economía política. Lo que nos interesa particularmente sobre este punto es discutir la tesis autonomista sobre la “crisis de la teoría del valor” y su vinculación con el uso, por parte de esta corriente, de un concepto de “trabajo” que nos parece problemático.<sup>426</sup>

Una de las tesis centrales del autonomismo es la que plantea una tendencial hegemonía del llamado “trabajo inmaterial”. La misma se daría con el trasfondo de los cambios que venimos discutiendo: la terciarización de la economía, la revolución de las TICs., la organización de las empresas en forma de red, etc. Hardt y Negri –cuyos libros *Imperio* y *Multitud* son seguramente los que mejor sistematizan la postura autonomista, además de ser los que le han dado gran popularidad– entienden en primera instancia al trabajo inmaterial como “un trabajo que produce un bien inmaterial, tal como un servicio, un producto cultural, conocimiento o comunicación”.<sup>427</sup> Realizan además una tipología del mismo que nos parece clarificadora:

podemos distinguir tres tipos de trabajo inmaterial que han puesto al sector de servicios en la cima de la economía informática. El primero participa de una producción industrial que se informatizó e incorporó las tecnologías de la comunicación de una manera que transforma el proceso de producción mismo. La fabricación se considera como un servicio, y el trabajo de la producción de bienes durables se mezcla con el trabajo inmaterial, que se hace cada vez más predominante. El segundo es el trabajo inmaterial de las tareas analíticas y simbólicas, que se divide en labores de manipulación creativa e inteligente, por un lado, y en labores simbólicas de rutina, por el otro. Finalmente, el tercer tipo de trabajo inmaterial es el que implica la producción y manipulación de afectos y que requiere el contacto humano (virtual o real), es el trabajo en el modo corporal. Estos son los tres tipos de tarea que lideran la posmodernización de la economía global.<sup>428</sup>

---

426 Vale aclarar que nos ceñimos a discutir estas cuestiones en particular porque son las que resultan relevantes en el marco de esta tesis, y no porque sean las únicas que nos parecen discutibles.

427 HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Imperio*, ob. cit., p. 258.

428 *Ibid.*, p. 260.

Como puede verse, el concepto de “trabajo inmaterial” tiene al menos la potencialidad heurística de captar y sintetizar varias de las transformaciones de los procesos productivos que tienen lugar en las últimas décadas. Se le ha cuestionado a estos autores, no obstante, el hecho de plantear la hegemonía de un tipo de trabajo que en realidad corresponde a los segmentos más favorecidos de la fuerza de trabajo, que en los hechos representarían una minoría privilegiada ubicada en general en los países centrales y en las ramas más dinámicas de la economía.<sup>429</sup> Respecto a este punto, vale observar que los autonomistas en general plantean dicha hegemonía como una tendencia y no como un hecho consumado. En consecuencia, su preponderancia sería cualitativa antes que cuantitativa:

El trabajo inmaterial es una parte minoritaria del trabajo global y además se concentra en algunas de las regiones dominantes del planeta. Lo que sostenemos es que el trabajo inmaterial *ha pasado a ser hegemónico en términos cualitativos*, y marca la tendencia a las demás formas de trabajo y a la sociedad misma. En otras palabras, el trabajo inmaterial se encuentra ahora en la situación en que estaba el trabajo industrial hace ciento cincuenta años, cuando representaba una pequeña fracción de la producción global y se hallaba concentrado en una parte reducida del mundo, pese a lo cual ejerció su hegemonía sobre todas las demás formas de producción. Y lo mismo que en aquella fase tendieron a industrializarse todas las formas de trabajo y la sociedad misma, hoy el trabajo y la sociedad se informatizan, se hacen inteligentes, se vuelven comunicativos y afectivos.<sup>430</sup>

Sin desechar esta perspectiva, preferimos aquí –como ya planteamos– mantener una mirada matizada respecto a este punto. Sintetizando lo dicho, las nuevas formas de trabajo más bien coexisten con las otras, y el capital suele sacar provecho de los más diversos modelos productivos (por ejemplo, un taylorismo flexibilizado combinado con formas patriarcales de gestión de la fuerza de trabajo, como sucede en algunos países asiáticos). Hardt y Negri, ciertamente, toman nota de este punto, aclarando sin embargo que estos modelos “periféricos” ocupan una posición subordinada en el conjunto de la economía global, dominada por la producción informatizada de servicios.<sup>431</sup>

Aunque estas aclaraciones resultan valiosas, los críticos del autonomismo como Husson no dejan de tener cierto grado de razón al afirmar que en general estos autores tienden a convertir lo que en primera instancia postulan como una tendencia en algo ya realizado. Lo que sucede es que el autonomismo está particularmente preocupado por mostrar que la hegemonía del “trabajo inmaterial” implica una ruptura tal que torna caducas muchas de las categorías de

---

429 Por ejemplo HUSSON, Michel, “Cinco críticas a las tesis del capitalismo cognitivo” [en línea], en *Viento Sur* (sección web). En:

<http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=454> (último acceso: 19/06/12).

430 HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Multitud*, Buenos Aires, Debate, 2004, p. 138.

431 Véase *Imperio*, ob. cit., pp. 254-256.

la crítica de la economía política; de ahí el lugar casi exclusivo que adquiere en sus análisis teóricos. Este es el punto que nos parece más problemático, y el que resulta de particular interés dados los propósitos de esta investigación.

La tesis que defienden Hardt y Negri –y tras ellos la mayor parte de los autonomistas– es que en el contexto posfordista el valor no puede reducirse a una medida objetiva. Esto redundaría no en la extinción, pero sí en la crisis de la teoría del valor, al menos tal como la habría planteado Marx:

Marx propone la relación entre el trabajo y el valor en términos de cantidades correspondientes: cierta cantidad de trabajo abstracto equivale a una cantidad de valor. En otras palabras, según esta ley del valor que define la producción capitalista, el valor se expresa en unidades mensurables y homogéneas del tiempo de trabajo (...) Hoy no tiene sentido esa unidad temporal del trabajo como medida del valor. El trabajo sigue siendo la fuente básica del valor en la producción capitalista, eso no ha cambiado, pero necesitamos averiguar de qué tipo de trabajo estamos hablando y cuales son sus temporalidades.<sup>432</sup>

El tipo de trabajo al que refieren es el trabajo inmaterial que, como ya explicamos, para ellos se ha hecho hegemónico con el tránsito al posfordismo. La cuestión radicaría en que el mismo sería inconmensurable. Para aclarar el punto, seguiremos primero la exposición que Hardt y Negri realizan en *Multitud* para justificar semejante afirmación; lo hacen con una serie de argumentos concatenados.

En primer lugar, Hardt y Negri señalan que con el predominio del trabajo inmaterial ya no resultaría clara la delimitación entre tiempo de trabajo y tiempo de no-trabajo. Para darle plausibilidad a esta afirmación, los autores enumeran algunas prácticas laborales en boga como la flexibilización de los tiempos de trabajo, o la construcción por parte de empresas “de punta” como Microsoft de entornos laborales similares a los del hogar.<sup>433</sup>

En segundo lugar, Hardt y Negri plantean que el trabajo inmaterial en particular no crea los medios para reproducir la vida social sino que al producir imágenes, ideas, conocimientos, comunicación, cooperación y relaciones afectivas, lo que crea es la vida social misma –de ahí que acuñen la expresión con ecos foucaultianos de “producción biopolítica”. Aunque no explican directamente en qué sentido esta producción de vida no resulta mensurable, nos parece sugestivo el rodeo que dan volviendo sobre un concepto marxiano:

La producción de capital es, hoy de manera más clara y fundamental que nunca, producción de la vida social. Marx también apunta en esa dirección con su concepto de

---

432 HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Multitud*, ob. cit., p. 176.

433 *Ibid.*, p. 177.

“trabajo vivo”, el fuego en el que se forjan nuestras capacidades creativas. El trabajo vivo es una facultad humana fundamental, la capacidad para intervenir activamente en el mundo y para crear la vida social. Es verdad que el trabajo vivo puede ser capturado por el capital y reducido a fuerza de trabajo (...) pero el trabajo vivo siempre es mucho más que eso (...) En este punto nos damos cuenta de que esa producción biopolítica, por una parte, no tiene medida, porque no puede cuantificarse en unidades fijas de tiempo, y por otra parte, siempre es excesiva con respecto al valor que consiga extraer de ella el capital, porque el capital nunca puede captar la vida entera. Por esta razón nos vemos en la necesidad de revisar la noción marxista de la relación entre el trabajo y el valor en la producción capitalista.<sup>434</sup>

Cito este extenso párrafo porque me parece que muestra que en la interpretación que Hardt y Negri hacen de Marx lo que opera es un concepto transhistórico de “trabajo”. Expliquemos este punto antes de seguir con el argumento de los autores. Mi postura es que el concepto de “trabajo vivo” como “facultad creativa fundamental” no aclara en absoluto la especificidad del trabajo en el capitalismo, e incluso la oscurece; recordemos que lo mismo habíamos reprochado a los conceptos de trabajo como “acción instrumental” (Habermas) y como “labor” (Arendt). No resulta casual que un poco antes Hardt y Negri señalaran con aprobación que “Marx toma de los clásicos de la economía política, como Adam Smith y David Ricardo, la idea de que el trabajo es el origen del valor y de toda riqueza en la sociedad capitalista”.<sup>435</sup> Volvemos a encontrar aquí los viejos problemas que se derivan de atribuir al trabajo características prometeicas, y de confundir valor y riqueza material.

Esta interpretación de la teoría marxiana se inscribe en el intento –que puede rastrearse en las lecturas de los *Grundrisse* que Negri hacía a fines de los ’70<sup>436</sup> y en el llamado “giro subjetivo” que el obrerismo efectuaba ya en la década anterior<sup>437</sup>– por superar las visiones objetivistas y economicistas de la teoría del valor. Aunque en líneas generales aquí compartimos esta tentativa, la solución autonomista no nos parece satisfactoria. Según estos autores, el trabajo es una figura subjetiva, autónoma y antagonista, ante cuyo poder activo el capital se limita a reaccionar:

La historia de las formas capitalistas siempre es necesariamente una historia reactiva: librado a sus propios designios, el capital nunca abandonaría un régimen de ganancias.

---

434 *Ibid.*, pp. 177-178.

435 *Ibid.*, 175-176.

436 Véase NEGRI, Antonio, *Marx más allá de Marx*, Madrid, Akal, 2001.

437 Me refiero al giro metodológico que caracteriza a la tradición del obrerismo italiano en que se inscribe Negri, consistente en colocar a la lucha de la clase trabajadora como determinante del desarrollo capitalista. Sobre este punto, véase ALTAMIRA, César, *Los marxismos...*, ob. cit., pp. 118 y ss. Para una visión crítica al respecto, que en parte compartimos, véase HOLLOWAY, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Herramienta, 2005, pp. 231 y ss.

En otras palabras, el capitalismo emprende una transformación sistémica sólo cuando se ve obligado a hacerlo y cuando el régimen del momento se hace insostenible. Para comprender el proceso desde su punto de vista activo, tenemos que adoptar el punto de vista del otro lado, esto es, el punto de vista del proletariado (...) El proletariado verdaderamente inventa las formas sociales y productivas que el capital estará obligado a tomar en el futuro.<sup>438</sup>

La perspectiva que se deriva de aquí es claramente diferente a la nuestra. Analizar el capitalismo en términos de un antagonismo irreductible entre un polo activo (trabajo) y otro reactivo (capital), implica entender al primero como una figura autónoma y por lo tanto transhistórica. No aparece aquí la dualidad del trabajo, ni su papel (en tanto trabajo abstracto) como mediación social específica: la dominación capitalista se reduce entonces a una relación de tipo personal. Además, la idea de un “trabajo vivo” que se autovaloriza de modo autónomo y cuasi-espontáneo carece de encarnadura histórica y es totalmente vulnerable ante la acusación habermasiana de incurrir en una suerte de “romanticismo” refractario a cualquier tipo de diferenciación. En definitiva, el autonomismo paga un precio demasiado alto en su tentativa de romper con el objetivismo y el economicismo: adopta una posición simétricamente opuesta, que deja en la sombra la especificidad de las relaciones sociales capitalistas. Según nuestro planteo, en cambio, la ruptura con el objetivismo y el economicismo radica en poner de manifiesto que dichas perspectivas en realidad se encuentran ancladas en el tipo de relaciones sociales que predominan en el capitalismo, a las cuales cosifican y fetichizan. El fin de la crítica es develar el carácter histórico y por lo tanto contingente de estas relaciones y las perspectivas que las acompañan, no en disolverlas adoptando una mirada exactamente opuesta.

Sigamos el argumento de Hardt y Negri donde lo habíamos dejado:

El aspecto central del paradigma de la producción inmaterial que necesitamos dilucidar aquí es su estrecha relación con la cooperación, la colaboración y la comunicación: en suma, su fundamento en lo común. Marx insistió en que, históricamente, uno de los grandes elementos progresistas del capital había sido la organización de los ejércitos de obreros en unas relaciones de colaboración productiva. El capitalista los llama a la fábrica, por ejemplo, les enseña a colaborar y a comunicarse en la producción, y pone en sus manos los medios para hacerlo. En el paradigma de la producción inmaterial, por el contrario, es el trabajo mismo el que tiende a producir los medios de interacción, comunicación y cooperación para la producción (...) la creación de cooperación se ha convertido en algo interno con respecto al trabajo y es, por tanto, externa en relación con el capital.<sup>439</sup>

---

438 HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Imperio*, ob. cit., pp. 237-238.

439 HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Multitud*, ob. cit., p. 178.

El trabajo inmaterial es, entonces, inmediatamente autónomo y cooperativo. Por eso en *Imperio* se señala que provee un potencial para un “comunismo espontáneo y elemental”.<sup>440</sup> De aquí se parte para afirmar la crisis de la teoría del valor como teoría de la medida del valor:

En la actualidad, una teoría de la relación entre el trabajo y el valor ha de basarse en lo común. Lo común aparece en ambos extremos de la producción inmaterial como condición previa y como resultado (...) El trabajo y el valor se han hecho biopolíticos, en el sentido de que vivir y producir tienden a hacerse indistinguibles. En tanto que la vida tiende a quedar completamente absorbida por actos de producción y reproducción, la vida social misma se convierte en una máquina productiva.<sup>441</sup>

Y más adelante, concluyen:

bajo el paradigma de la producción inmaterial, la teoría del valor no puede concebirse en términos de unidades de tiempo, ni la explotación puede entenderse en esos términos. Y así como debemos comprender la producción del valor en función de lo común, también hay que tratar de concebir la explotación como *la expropiación de lo común*. En otras palabras, lo común se ha convertido en el locus de la plusvalía. La explotación es la apropiación privada de una parte o de la totalidad del valor producido en común.<sup>442</sup>

Estas formulaciones resultan persuasivas, ante todo porque se sostienen en procesos en curso (como la mayor incidencia e importancia del trabajo comunicativo e informacional, la autonomía relativa incluso solicitada por los nuevos dispositivos de gestión empresarial, etc.). Sin embargo, desde el punto de vista teórico plantean algunos problemas. Para empezar, hay que clarificar que lo que están sosteniendo los autonomistas es que el trabajo inmaterial tiene una diferencia específica respecto al trabajo material: el valor que produce no resulta medible en unidades de tiempo abstracto. Si recordamos lo que planteamos en el capítulo segundo, podemos ver que esta idea encierra una confusión. En efecto: lo “material” y lo “inmaterial” aluden a características del “trabajo concreto”. Pero el trabajo sólo puede ser una relación social y producir valor –entendido como forma específicamente capitalista– si se hace abstracción del carácter concreto del trabajo: por eso lo hace como trabajo abstracto. Por el contrario, la idea de una crisis de la teoría del valor como teoría de la medida del valor, implica plantear que un trabajo concreto (“trabajo inmaterial”) puede poner en crisis la medida del valor. El supuesto implícito que opera, entonces, es que el “trabajo abstracto” y el “valor” dependen en definitiva de una cierta configuración del trabajo concreto, y no –como

440 Ob. cit., p. 260. En la misma línea, Paolo Virno plantea que el posfordismo es el “comunismo del capital” (véase *Gramática de la multitud*, ob. cit., pp. 127-130).

441 HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Multitud*, ob. cit., p. 179

442 *Ibid.*, p. 181.

sostuvimos en el capítulo segundo— de la forma histórica (capitalista) en que en un momento determinado se constituyen las relaciones sociales.

Simplificado, el argumento autonomista dice por lo tanto lo siguiente: en el fordismo, el valor resultaba medible en unidades de tiempo porque era producido por un trabajo concreto (material/físico) que también lo era. En el posfordismo, en cambio, el valor no puede medirse porque depende de un trabajo concreto (inmaterial/cognitivo) que no resulta mensurable. En el fondo, entonces, opera aquí la lectura fisiológica de la teoría del valor que rechazamos en el capítulo segundo.

Sin embargo, Hardt y Negri —y en general los autonomistas— luego de desatender estas “sutilezas” conceptuales, se centran en una cuestión en particular: la vinculación entre el trabajo inmaterial y lo común. Vimos que según ellos este tipo de trabajo se basa en la cooperación y la comunicación (“autónomas”), lo cual supuestamente significaría que el valor es producido en común y que por lo tanto el plusvalor y la explotación no pueden determinarse en términos de unidades de tiempo abstracto. Mi posición es que aquí hay nuevamente una utilización bastante problemática de la teoría del valor marxiana, que puede explicitarse mejor analizando la relectura que los autonomistas hacen del que ellos llaman “fragmento sobre las máquinas” (*Grundrisse*), que nosotros ya citamos e interpretamos.<sup>443</sup>

Los autonomistas interpretan dicho fragmento como una suerte de anticipación del “posfordismo”.<sup>444</sup> En este sistema, el valor ya no podría medirse en referencia al tiempo de trabajo inmediato gastado en la producción, en la medida en que sería el *general intellect* (y la cooperación inmanente a él) el verdadero sujeto del proceso productivo. Vimos que este era, en efecto, el argumento más fuerte que Hardt y Negri tenían para plantear la “crisis de la teoría del valor”: el valor ya no podría medirse en referencia al tiempo de trabajo inmediato necesario para la producción de una mercancía, ya que sería el trabajo inmaterial como actividad común el que lo produciría. Este argumento conlleva un problema. Una cosa es plantear —en línea con Marx— que el *general intellect* se ha convertido en la principal fuente de riqueza material (valor de uso). Tampoco plantea problema alguno conceder que el

---

443 Véase supra, pp. 82-85. También discutimos el uso que de él hacían Habermas (véase ibíd.) y Gorz (véase supra, pp. 134-136.). La relectura de este último es bastante similar a la que hace el autonomismo, por lo cual lo que sigue retoma y amplía críticas ya formuladas allí.

444 Pueden consultarse al respecto: LAZZARATO, Maurizio y NEGRI, Antonio, “trabajo inmaterial y subjetividad”, en *Trabajo inmaterial...*, ob. cit., pp. 13-15; VIRNO, Paolo, *Virtuosismo y revolución: la acción política en la era del desencanto*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003, pp. 77-87; y VERCELLONE, Carlo, “From Formal Subsumption to General Intellect: Elements for a Marxist Reading of the Thesis of Cognitive Capitalism” [en línea], en *Historical Materialism*, N° 15, 2007, pp. 13-36. En: [http://www.generation-online.org/c/fc\\_rent5.pdf](http://www.generation-online.org/c/fc_rent5.pdf) (último acceso: 24/06/2012).

*general intellect* debe entenderse en un sentido amplio, refiriendo no sólo al capital fijo (trabajo muerto) sino también a los saberes generales de los cuales los individuos sociales vivos son portadores.<sup>445</sup> Lo que de ningún modo me parece aceptable es afirmar que el *general intellect* es la nueva fuente del valor. Esto anula toda diferencia entre valor de uso y valor de cambio, y con ella también la contradicción que quedaba claramente esbozada en el texto de los *Grundrisse*: aquella que se establecía entre la riqueza material (ciertamente dependiente, en forma creciente, del *general intellect*) y el valor, que sin embargo seguía dependiendo del tiempo de trabajo inmediato socialmente necesario.

Si analizamos bien el fragmento, podemos concluir que el capital hace dos cosas, complementarias pero diferentes. Por un lado, se *apropia* de los conocimientos y habilidades generales acumulados por la especie humana (que pueden estar objetivados en el capital fijo, o bien pueden estar depositados en la fuerza de trabajo como atributos sociales y generales). Por otro lado, *explota* al trabajo inmediato, haciendo suya una parte del valor producido (plusvalor). Los dos procesos mantienen una relación específica: la apropiación de dichos conocimientos y habilidades permite aumentar progresivamente la productividad del trabajo, con lo cual el valor de uso producido en un determinado tiempo de trabajo social también aumenta; muy por el contrario, el valor producido en ese mismo tiempo permanece, a la larga, constante.<sup>446</sup> Estos dos procesos son fundidos en uno sólo por el autonomismo, mediante un concepto de “explotación” en términos de apropiación (no medible) de lo común. Por lo tanto, un problema del planteo autonomista es que en lugar de detenerse en la tensión dinámica entre ambos procesos, concibe una sucesión histórica de uno a otro: el posfordismo coincidiría con el momento en que el trabajo inmediato cede su lugar en la

---

445 Hago alusión a la limitación que Virno ve en el texto de Marx: “Para reactivar su potencia política, es importante poner en acción una crítica de fondo del «Fragmento». Será esta: Marx ha identificado totalmente el *general intellect* (o al menos el saber en tanto principal fuerza productiva) con el capital fijo, desdeñando así la parte en la que el propio *general intellect* se presenta por el contrario como trabajo vivo. Lo que precisamente hoy es el aspecto decisivo.” (VIRNO, Paolo, *Virtuosismo y revolución...*, ob. cit., p. 85). Añado que, aunque coincido con el espíritu del texto, me parece teóricamente confusa la afirmación de que el “*general intellect* se presenta como trabajo vivo”: yo más bien afirmaré que se presenta también como atributo social de la fuerza de trabajo.

446 Esto que parece complejo, puede entenderse si recordamos el simple ejemplo sobre la adopción del telar de vapor que daba Marx en *El capital* (véase la cita supra, p. 68). Una vez adoptado el mismo, la productividad del trabajo asciende al doble, con lo cual ahora basta la mitad del trabajo social que antes para producir el mismo valor de uso. No obstante, el valor no aumenta en esa proporción: una vez que la utilización de la invención se generaliza, el valor de la mercancía desciende a la mitad. En otras palabras: *el valor producido por una hora de trabajo social permanece, a la larga, constante, y lo que cambia es la cantidad de valor de uso producido en esa hora*. Para un análisis minucioso de las consecuencias de esta dialéctica entre el trabajo y el tiempo, véase POSTONE, Moishe, *Tiempo...*, ob. cit., cap. 8.

generación de valor al *general intellect*.<sup>447</sup> Conclusión necesaria: lo que para nosotros y para Marx constituía una contradicción central del capitalismo, aquí simplemente se disuelve.

En un planteo que sigue estas coordenadas teóricas, queda además desplazado el tipo de dominación específicamente capitalista que gira en torno del papel que cumplen el trabajo abstracto y el valor como mediaciones sociales. Su lugar es ocupado por una forma de dominación personal –“política”– de clase. El “trabajo vivo” –que Hardt y Negri concebían en términos ontológicos como una facultad humana fundamental, una potencia subjetiva que sería fuente de todo valor, riqueza y creatividad– devenido “autónomo” en el posfordismo, se enfrenta entonces al capital, una fuerza reactiva y parasitaria:

El capital se ha convertido en una fuerza hipnotizadora, hechizadora, en un fantasma, en un ídolo: a su alrededor giran procesos radicalmente autónomos de autovalorización y únicamente el poder político logra forzarlos, con la zanahoria o con el palo, para que comiencen a amoldarse a la forma capitalista. La transferencia de lo económico a lo político (...) se produce no porque lo económico sea ahora un determinante menos esencial, sino porque únicamente mediante medios políticos se puede abstraer a la actividad económica de la tendencia que le lleva a mezclarse con lo social y a realizarse en la autovalorización.<sup>448</sup>

Esta tesis de un trabajo que se “autovaloriza” en forma autónoma no deja de tener su sustento en procesos reales: es cierto, como vimos, que en el posfordismo el “trabajo concreto” tiende a volverse más comunicativo, afectivo e incluso autónomo. Y sin embargo, hemos insistido en que el “trabajo concreto” no es suficiente para entender la naturaleza del trabajo en el capitalismo. Por el contrario, es la abstracción de dicho carácter concreto lo que permite que actividades, productos y capacidades heterogéneas sean reducidos a una medida común homogénea y puestos entonces en relación. En el capítulo segundo, hemos señalado que de aquí deriva la forma de dominación impersonal y abstracta fundamental del capitalismo. En el planteo autonomista esta cuestión tiende a quedar desplazada del análisis y por lo tanto el problema de la dominación es reducido a una puja de poder por el control del

---

447 Esta idea de una sucesión lineal de uno a otro recuerda al planteo de Habermas que ya analizamos críticamente, según el cual habría un pasaje en la producción de valor, desde el trabajo vivo hacia el capital fijo (véase supra, p. 39 y p. 84, especialmente nota N° 170). Lo que distingue al autonomismo de la postura habermasiana es el énfasis que coloca en que el *general intellect* no sólo es capital fijo sino fundamentalmente trabajo vivo (cooperativo, común). En este sentido, el autonomismo puede mantener la centralidad de conceptos como los de “trabajo” y “explotación”, aunque con significados que, como estamos argumentando, nos parecen bastante problemáticos.

448 NEGRI, Antonio: “Interpretación de la situación de clase hoy: aspectos metodológicos”, en GUATTARI, Félix y NEGRI, Antonio, *Las verdades nómadas...*, ob. cit., p. 102.

“trabajo concreto”. Resulta pertinente la observación crítica que García López realiza al respecto:

La relación instaurada por el modo de producción capitalista entre el trabajo y el trabajador, ¿es, sin embargo, reducible al resultado variable de la interacción entre los actores y sus estrategias, esto es, a una única relación “de fuerza” o “de poder” relativa a la autonomía a ganar para sí, o a arrebatárselo al otro, en relación al desempeño efectivo de la actividad? Quizás únicamente sí, previamente, ya hemos reducido dicha relación a una de las dimensiones sociales en la que esta se expresa: el taller.<sup>449</sup>

A primera vista esta crítica parece ser rebatible: ¿no es acaso el autonomismo el primero en insistir en que tenemos que salir de la fábrica para entender los procesos contemporáneos en los que se produce el valor? ¿No es en esta dirección que apunta la idea de que se estarían difuminando las fronteras entre tiempo de trabajo y tiempo de no trabajo, y que sería la “vida” entera la que se haría productiva en el “posfordismo”? Y sin embargo, lo que podría decirse es que, precisamente, el autonomismo ejecuta esta operación generalizando la lógica del taller a toda la sociedad: es la lucha por el control del “trabajo concreto” lo que operaría a nivel global. Una lucha que, además, parece ya estar ganada de antemano, en la medida en que el “trabajo concreto”, devenido inmaterial y comunicativo, se ha hecho autónomo.

Ahora bien: ¿interrumpe todo esto las dinámicas de funcionamiento del “trabajo abstracto” y el “valor”, como modos de medir, comparar y jerarquizar las capacidades, las actividades, y los productos? Pensemos en las capacidades de la fuerza de trabajo. Sabemos que según Marx, el valor de la misma se determina como el de cualquier otra mercancía, es decir, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla. Aceptemos que las capacidades de esta fuerza de trabajo son tendencialmente más inmateriales: ¿no siguen requiriendo incluso así un determinado tiempo de trabajo social para su producción? La respuesta parece ser afirmativa, y evidentemente nos conduce más allá del taller, hacia los lugares de instrucción y las instituciones educativas, hacia las pautas sociales/culturales de consumo (alimentación, vivienda, entretenimiento, etc.), que condicionan el valor de la fuerza de trabajo en un momento determinado. Por cierto: si entendemos al trabajo como una relación social, no hay que esperar a la hegemonía del “trabajo inmaterial” para salir del taller.

Pensemos ahora en las actividades, en lo que podríamos denominar “trabajo abstracto puesto en acto”. ¿La actividad “inmaterial” no es medible acaso? En realidad, lo es siempre y

---

449 GARCÍA LÓPEZ, Jorge, *El trabajo como relación social...*, ob. cit., pp. 224-225.

cuando no sustancialicemos las categorías de análisis. Tal cosa sucede cuando suponemos que las categorías marxianas de “trabajo simple” y “trabajo complejo” refieren a características del trabajo *per se*. Así, por ejemplo, podríamos entender que el trabajo simple refiere al gasto fisiológico de energía, medible en el tiempo, propio del trabajo manual; por el contrario, el trabajo intelectual o inmaterial sería complejo e incluso no podría operarse con él la reducción a aquel supuesta por Marx.<sup>450</sup> Estamos aquí ante una idea sustancialista de la calificación, que en definitiva deriva de un concepto esencialista de trabajo.

Si postulamos, por el contrario, que el trabajo es una relación social, el “trabajo simple” no refiere a determinadas cualidades esenciales del “trabajo”, sino al nivel de instrucción social medio de la fuerza de trabajo. Con la expansión y estandarización de los sistemas de enseñanza (y también, como señalamos, con la socialización incluso informal de ciertos saberes y habilidades), muchas actividades “inmateriales” son “trabajo simple”. Esto quiere decir que esa unidad de medida se está reconstituyendo permanentemente, ya que es una unidad social, no material-fisiológica.

Pensemos finalmente en los productos, que en el capitalismo adquieren la forma-mercancía. ¿Las mercancías inmateriales no requieren un tiempo de trabajo social para ser producidas? ¿Cómo podrían entonces comportarse como mercancías e intercambiarse? ¿No tendrían valor entonces? El autonomismo insiste en que estas mercancías son producidas en común, y que este “común” no puede medirse. Como ya señalamos cuando analizamos la lectura autonomista del “fragmento sobre las máquinas”, encontramos aquí un problema. En un sentido amplio, la mercancía ya antes de la llegada del “posfordismo” es un producto de lo “común”. El *general intellect*, sea que se encuentre objetivado en el capital fijo, sea que refiera a las capacidades socialmente generales poseídas por los individuos vivos (trabajo simple), determina el nivel de productividad del trabajo en un momento determinado, que a su vez condiciona la cantidad y cualidad de valores de uso producidos, por ejemplo, por una hora de trabajo. En este sentido, insistimos, la unidad de medida del valor está en permanente reconstitución y es un resultado del desarrollo social, un producto de lo común (la productividad históricamente alcanzada por el trabajo). Y es esta unidad social la que es medida por el tiempo abstracto, uniforme y lineal que caracteriza –como plantemos en el capítulo segundo– a la temporalidad capitalista. Un corolario de esto es que el trabajo inmediato, medido por este tiempo abstracto, se hace cada vez más marginal desde el punto de

---

450 Esta parece ser la idea de Negri, que señala que el trabajo intelectual no puede reducirse a unidades de trabajo simple (véase NEGRI, Antonio, “La teoría del valor-trabajo...”, ob. cit., pp. 120-121).

vista del valor de uso; pero es reconstituido permanentemente como base de la producción de valor. No hay, entonces, contradicción entre lo común y la medida del valor, a no ser que entendamos los conceptos de “valor” y “trabajo abstracto” en términos torpemente fisiológicos-fisicalistas.

En síntesis: entendemos que la contradicción específica del capitalismo no se da entre la medida del valor y lo común, sino entre el valor de uso (tendencialmente producto de lo común) y el valor (que sigue dependiendo del trabajo inmediato). Nuestra posición es que esta contradicción dinámica no ha sido superada, incluso aceptando la supuesta hegemonía del “trabajo inmaterial” en el posfordismo.

Algo de esto recoge uno de los autores emblemáticos –y a mi juicio el más lúcido– de esta corriente. Me refiero a Paolo Virno, quien señala que:

Como había pronosticado el “Fragmento”, el tiempo de fatiga gastado y concedido se ha vuelto un factor productivo marginal. La ciencia, la información, el saber en general y la comunicación lingüística se presentan como el “pilar central” que sostiene la producción y la riqueza; estos, y no ya el tiempo de trabajo. No obstante, este tiempo, o más bien el “robo” de este tiempo, continúa valiendo como parámetro eminente del desarrollo y de la riqueza social. También la salida de la sociedad del trabajo es el teatro de antinomias feroces y de paradojas desconcertantes.<sup>451</sup>

Tenemos entonces acá la contradicción entre valor y riqueza en el núcleo de la lectura sobre el posfordismo:

El tiempo de trabajo es la unidad de medida en vigor, pero ya no es la verdadera unidad. Los movimientos de los años setenta señalaron esta mentira para tratar de sacudirla y abolirla. Quisieron imponer una versión, eminentemente conflictiva, de la tendencia objetiva: reivindicando el derecho al no-trabajo, provocando el carácter parasitario de la actividad bajo el dominio patronal. En el curso de los años ochenta, el sistema establecido ha prevalecido pese a su carácter falaz. Aunque podemos decir (...) que la superación de la sociedad del trabajo se da en las formas prescritas por el sistema social basado en el trabajo asalariado (...) También aquí, el desplazamiento es real, pero el terreno en el que se lleva a cabo no lo es menos. Pensar conjuntamente los dos aspectos, sin reducir el primero a una pura virtualidad ni el segundo a una simple «costra» extrínseca, ahí está la dificultad que no podemos evitar.<sup>452</sup>

La última afirmación me parece muy importante, ya que sintetiza la posición que aquí se trata de mantener frente a las tesis sobre el “fin del trabajo” (especialmente en sus versiones más radicales como la de Gorz). Por un lado, no podemos dejar de reconocer el énfasis que han puesto estos autores en plantear el “fin del trabajo” –nosotros especificaríamos: el “fin del

---

451 VIRNO, Paolo, *Virtuosismo...*, ob. cit., p. 81.

452 *Ibid.*

trabajo abstracto” – como una posibilidad *además* constatable en ciertos procesos en curso, como la precariedad de la fuerza de trabajo, la desocupación, etc. Un mensaje para los “socialdemócratas”, pero también para la izquierda tradicional, que como señala Virno:

es totalmente inepta para tener un papel en este juego, ya que veía su razón de ser en la permanencia del régimen asalariado, en los conflictos internos a esa articulación de la temporalidad. La salida de la sociedad del trabajo y la posibilidad, que de ahí se deriva, de una batalla que tenga como envite el tiempo sancionan el final de la izquierda. Es preciso tomar acta de ello, sin complacencia, pero también sin lamentaciones.<sup>453</sup>

Y sin embargo, la persistencia del trabajo abstracto/ asalariado es algo más que una carcaza ideológica (como planteaba Gorz). Es el núcleo, la razón de ser del capitalismo como sistema basado en la explotación del trabajo y la apropiación de plusvalor. Si la riqueza (valor de uso) es cada vez más independiente del tiempo de trabajo, la vigencia del valor como forma específica de la riqueza redundará en una creciente explotación del trabajo. De ahí que la recomposición de la tasa de ganancia (variable dependiente de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo) en las décadas siguientes a la crisis de los ‘70 no pueda interpretarse meramente como un efecto de la revolución tecnológica, sino ante todo en relación a la intensificación de los niveles de explotación del trabajo. Recordemos la enseñanza de Marx tal como la recogimos en el capítulo segundo: la dinámica histórica del capitalismo es específica, social y contradictoria. No se puede estudiar como un proceso meramente técnico, porque su finalidad no es la producción de valores de uso sino de plusvalor. La necesidad de mantener dicha tensión específicamente histórica frente a las tesis sobre el “fin del trabajo” es, nuevamente, subrayada por Virno:

La crisis de la sociedad del trabajo no coincide ciertamente con una contracción lineal del tiempo de trabajo. Este último, por el contrario, muestra hoy una inaudita persistencia. Las posiciones de Gorz y Rifkin sobre el “fin del trabajo”, están equivocadas, sembradas de errores de toda clase y lo que es peor, impiden analizar la cuestión que evocan (...) El tiempo de trabajo es la unidad de medida vigente, pero ya no es la verdadera. Ignorar uno de los dos lados –subrayar sólo la vigencia o sólo la no-verdad– no nos lleva lejos: en el primer caso ni siquiera nos percatamos de la crisis de la sociedad del trabajo, en el segundo se terminan avalando representaciones más o menos armoniosas *à la* Gorz o *à la* Rifkin.<sup>454</sup>

---

453 *Ibid.*, p. 83.

454 VIRNO, Paolo, *Gramática...*, ob. cit., pp. 113-114.

## VII. El posfordismo frente a las teorías clásicas sobre la racionalización: nuevas limitaciones para la crítica tradicional del trabajo

De los análisis precedentes, se desprende una cuestión que tiene la mayor relevancia para esta investigación. Me refiero a que la dinámica de desarrollo implicada por el llamado “posfordismo” parece poner en cuestión –o al menos entrar en tensión– con las teorías clásicas sobre el proceso de racionalización o modernización de las sociedades industrializadas. En la primera parte, vimos la exposición que –siguiendo los pasos de Weber– hacía Habermas sobre el tema. Sintéticamente, lo que este autor planteaba era que con la entrada en la modernidad, determinadas esferas se automatizaban respecto de las motivaciones de los individuos. Los subsistemas “Economía” y “Estado” pasaban a regular las cuestiones vinculadas a la “reproducción material” mediante medios de control desanclados del mundo de la vida, como eran el dinero y el poder.

Hemos criticado largamente esta perspectiva. Señalamos en particular los supuestos evolucionistas que encerraba, dependientes a su vez de la utilización de un concepto esencialista de “trabajo”. La contrapusimos con una relectura de Marx que mostraba cómo estos procesos podían interpretarse de un modo distinto, en términos de una lógica de desarrollo específicamente histórica –y también, entonces, contingente. Y sin embargo, visto el planteo marxiano retrospectivamente, podemos decir que el mismo suponía *todavía* un proceso unidireccional, aunque circunscripto a dicha lógica específica (capitalista). Esto se hacía patente en el análisis de Marx sobre el pasaje de la subsunción formal a la subsunción real, con la cual el trabajo concreto (dimensión técnico-material) iba a ser moldeado de acuerdo a los requisitos dictados por el proceso de valorización del capital.<sup>455</sup> Esto redundaba en un progresivo vaciamiento de contenido del “trabajo concreto”, al menos desde el punto de vista del individuo, que veía cómo el proceso de trabajo se hacía cada vez más independiente de su control y de sus propias motivaciones. Esta dinámica, en líneas generales, se verificó y reforzó desde principios del siglo XX con la consolidación de los modelos fordistas y tayloristas y la consecuente prescripción minuciosa de los tiempos de trabajo, la parcelación “científica” de tareas, etc. Los análisis de Max Weber, así como los de Arendt y Habermas, deberían ser leídos también con este trasfondo histórico. Sus representaciones se vieron además fortificadas debido a que el llamado “socialismo real” siguió, en líneas generales, una pauta de industrialización con consecuencias similares para el “trabajo concreto”. Lo cual, sin lugar a dudas, reforzó el supuesto, a mi juicio equivocado, de que dicha pauta de desarrollo

---

455 Para este tema, véase supra, capítulo segundo, parágrafo V.

era históricamente necesaria (un “progreso evolutivo”), ya que parecía verificarse simultáneamente en regímenes distintos respecto a la propiedad de los medios de producción. Ahora bien: a primera vista, pareciera que esa dinámica compleja que para simplificar rotulamos con el significante “posfordismo” contiene elementos que están en tensión con esta trayectoria histórica del capitalismo (e incluso de los socialismos reales). Recordemos, en este punto, el cambio implícito de perspectiva que comenzaba a producirse en la obra de Gorz a partir del análisis del “posfordismo”, con el cual parecía que la autonomía en el trabajo comenzaba a ser técnicamente posible. Rememoremos también la perplejidad de Dominique Méda ante la perspectiva de una “sociedad de servicios”, donde toda actividad parecía pasible de convertirse en “trabajo” realizador y autoexpresivo. Estos desplazamientos y perplejidades son sintomáticos de lo que, según nuestros términos, es un cambio tendencial en la configuración del “trabajo concreto”.

En efecto: tanto en los nuevos modos de configurar el proceso industrial (toyotismo, acumulación flexible, etc.) como en muchos de los servicios que florecen en la llamada “nueva economía” (signada además por un proceso de terciarización y estructuración empresarial bajo la forma-red) se constata una tendencial inclusión (o “subsunción”, en términos marxianos) de capacidades cognitivas y actitudinales que, según las teorías estándar sobre la “racionalización” o la “modernización”, estaban siendo marginadas progresivamente del “trabajo concreto”, y llevadas entonces a los “entornos” del subsistema económico (al “mundo de la vida” en sentido habermasiano). Lenguaje, comunicación, afectos, cooperación, capacidad de cambiar y adaptarse a lo imprevisto, etc.; estas capacidades están siendo crecientemente solicitadas y subsumidas en el trabajo productivo. Los autonomistas tienen el mérito de haber explorado esta cuestión con agudeza, así como de haber puesto de manifiesto algunas de sus consecuencias. Ya a principios de los ‘90, el economista italiano Christian Marazzi explicitaba el cortocircuito en que entraba la dicotomía habermasiana entre acción instrumental y acción comunicativa en el seno mismo del trabajo posfordista:

La acción instrumental procede del pensamiento que hace cálculos, de esa racionalidad que excluye juicios de valor, relegándolos a la esfera de la comunicación en cuanto esfera separada, literalmente esfera del “parlamento”, de la mediación discursiva (...) Con la entrada en la producción de la comunicación, esta separación o dicotomía entre esfera de la acción instrumental y esfera de la acción comunicativa se ve trastocada, desequilibrada. El trabajo posfordista es un trabajo altamente comunicativo, necesita de un alto grado de capacidades “lingüísticas” para poder ser productivo (...) Esto significa que es en el proceso productivo mismo donde se asienta esa capacidad de generalización,

ese ir más allá del dato, más allá del acto instrumental-mecánico, que el lenguaje permite efectuar.<sup>456</sup>

Desde un prisma similar, Paolo Virno señala cómo todo aquello que Arendt circunscribía a la acción pasa a ser –contradiendo las dicotomías planteadas por esta pensadora– parte esencial del propio trabajo asalariado:

La actividad posfordista presupone y, al mismo tiempo, reelabora sin cesar el “espacio de estructura pública” (espacio de la cooperación, precisamente) del que habla Arendt como de la cualidad indispensable requerida tanto para el bailarín como para el hombre político. La “presencia del otro” es, al mismo tiempo, instrumento y objeto del trabajo: es por esto por lo que los procedimientos productivos requieren siempre un cierto grado de virtuosismo y se asemejan a verdaderas *acciones políticas*. La intelectualidad de masa (...) está llamada a ejercer el arte de lo posible, a afrontar lo imprevisto, a beneficiarse de la ocasión (...) En el fondo, el eslogan capitalista sobre la “calidad total”, ¿significa otra cosa que la petición de poner a trabajar a todo lo que tradicionalmente se exilia del trabajo, a saber, la habilidad comunicativa y el gusto por la Acción? Y, ¿cómo puede integrarse en el proceso productivo toda la experiencia del individuo si no es obligando a este último a una secuencia de variaciones sobre un tema, *performances*, improvisaciones?<sup>457</sup>

Podríamos decir entonces que el posfordismo (incluso cuando sea sólo una tendencia restringida a ciertos ámbitos), pone en tensión a las teorías clásicas sobre la racionalización o modernización de la producción. Junto con ellas, quedan cuestionadas también las dicotomías centrales que sostenían la “crítica tradicional al trabajo”. Las limitaciones fundamentales de dicha crítica y particularmente de su concepto de “trabajo” hoy se están poniendo de manifiesto como nunca antes.

En el capítulo sexto exploraremos con detalle esta cuestión: mostraremos cómo la crítica tradicional del trabajo hoy aparece, paradójicamente, en el seno mismo de los discursos del *management* empresarial. Veremos que estos discursos critican la reducción del trabajo, sea a “acción instrumental” (Habermas), sea a un conjunto de gestos reproductivos (Arendt), sea a una acción heterónoma prescrita de antemano (Gorz). Y culminan con una exhortación: que todo aquello que dicha crítica llamaba a desarrollar por fuera del trabajo (en la acción arendtiana, en la acción comunicativa habermasiana, en la esfera de autonomía gorziana, etc.) sea ahora puesto en práctica en el seno mismo del trabajo asalariado. Veremos cómo estos discursos acompañan, refuerzan y legitiman la ya analizada subsunción por el capital de nuevas y viejas capacidades cognitivas, actitudinales, etc. Pero es importante ir tomando nota

---

456 MARAZZI, Christian, *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos sobre la política*, Madrid, Akal, 2003, p. 28.

457 VIRNO, Paolo, *Virtuosismo...*, ob. cit., pp. 94-95.

de lo siguiente: *en el capitalismo actual, la crítica tradicional del trabajo ha sido interiorizada por el sistema y por los discursos que lo legitiman; ha quedado, por lo tanto, parcialmente neutralizada en lo que hace a sus potencialidades críticas frente al mismo.*

Antes de pasar a analizar con detalle esta cuestión, tenemos que continuar nuestra aproximación a la configuración del capitalismo actual. Si en este capítulo hemos seguido como hilo conductor las transformaciones (y también continuidades) en los procesos productivos, en el próximo abordaremos el problema del consumo, entendido como otra de las dimensiones (o como otro “momento”, para utilizar un término más dialéctico) pertinentes para el abordaje crítico del capitalismo en curso.

## CAPÍTULO QUINTO

### SUBSUNCIÓN EXTENSIVA AL CAPITAL: LA TRAYECTORIA DE LA “SOCIEDAD DE CONSUMO”

Después de haber analizado el trabajo como actividad (trabajo concreto) y como relación (trabajo abstracto), tenemos que volver sobre el objeto, es decir, al estudio de la mercancía, que igualmente es a la vez un objeto que satisface necesidades (valor de uso) y una relación (valor/ valor de cambio).

En efecto, debemos detenernos en otro de los momentos de los desarrollos del capítulo cuarto, que se da en las esferas vinculadas a la circulación y al consumo. Esto requiere volver sobre el problema del objeto-mercancía y la dualidad valor de uso/ valor de cambio. Si el concepto de capital como valor que se valoriza implica una lógica expansiva en apariencia infinita (capítulo segundo), el capital tiene también que subsumir el valor de uso al valor de cambio: en la llamada “sociedad de consumo” esta conversión se efectúa mediante la creación incesante de nuevas necesidades y, particularmente, por la acentuación de la dimensión simbólica del valor de uso. Mientras que las necesidades funcionales encuentran un límite en la propia satisfacción, el consumo de signos –particularmente de distinción social– puede hacerse ilimitado, al menos en un contexto económico-cultural adecuado. Se mostrará entonces que producir mercancías conlleva cada vez más la producción correlativa del imaginario cultural del cliente, en función de la necesidad imperiosa de acelerar el ciclo de rotación del capital. De este modo, se intentará complementar el análisis realizado en el capítulo cuarto respecto del papel central de los servicios y del “trabajo cognitivo” en la economía. También, partiendo del lugar del crédito al consumo, se emprenderá una revisión del proceso reciente de “financiarización”.

Siguiendo esta línea de argumentación, se aclarará la pertinencia del concepto de “capitalismo cognitivo-cultural”, en el cual lo económico y lo cultural, las lógicas del valor y de lo simbólico, se fusionan, viéndose el tiempo de no-trabajo también subordinado al capital –a esto refiere el término “subsunción extensiva”<sup>458</sup> empleado en el título de este capítulo. Lo cual planteará, según veremos, nuevos dilemas a la crítica tradicional del trabajo.

---

458 El término lo recuperamos de Negri, que en su lectura del concepto marxiano de “subsunción” distingue entre una dimensión “intensiva” que refiere al proceso de trabajo, y otra “extensiva” que se da más allá de dicho proceso –en la circulación y en el consumo– aunque manteniendo siempre una relación con él. Véase NEGRI, Antonio, *Marx más allá de Marx*, ob. cit., especialmente pp. 161-162.

## **I. La sociedad de consumo y la necesidad de integrar el valor de uso al campo de la crítica**

En un conjunto de ensayos publicados en 1972, el pensador francés Jean Baudrillard objetaba a Marx el hecho de haber dejado una de las dimensiones de la mercancía, el valor de uso, fuera del campo de la crítica de la economía política. Según él, el filósofo alemán, mediante esta operación, habría naturalizado el valor de uso: utilidad y necesidad como destinos concretos del objeto se ubicarían fuera del campo histórico. La objeción de Baudrillard no estriba en la afirmación cuasi banal de que las necesidades son históricas y sociales –algo que Marx muy bien sabía– sino en que el concepto mismo de “valor de uso”, con su referencia a una necesidad concreta, supone ya un proceso social de abstracción que dicho pensador habría pasado por alto:

opuestamente a lo que dice Marx de la “incomparabilidad” de los valores de uso, la lógica de la equivalencia está ya toda entera en la utilidad. Si bien el valor de uso no es cuantitativo en el sentido aritmético, es ya el equivalente. Como valores útiles, todos los bienes son ya comparables entre sí, por estar asignados al mismo denominador común funcional/ racional, a la misma determinación abstracta. Únicamente los objetos o categorías de bienes investidos en el intercambio simbólico, singular y personal (el don, el regalo) son estrictamente incomparables. La relación personal (el intercambio no económico) los hace absolutamente singulares. En cambio, como valor útil, el objeto alcanza la universalidad abstracta, la “objetividad” (por reducción de toda función simbólica).<sup>459</sup>

La observación es perspicaz y atendible. Y sin embargo, puede afirmarse que esta cuestión, sin ser del todo explicitada, está ya contenida en el análisis marxiano, por lo menos tal como lo reconstruimos en el capítulo segundo. Recordemos que con el capitalismo, las relaciones sociales personales dejan paso a un conjunto de relaciones abstractas, fundadas en la equivalencia entre actividades (trabajo abstracto) y productos (valor). En una sociedad tal, dichas actividades y productos no están, en lo esencial, mediadas por relaciones sociales abiertas (“simbólicas” según la terminología de Baudrillard) sino que se constituyen como relaciones sociales abstractas, “objetivas” y automediadas. Despojados de su aura simbólica, se “secularizan”, asumiendo un carácter ante todo instrumental (sólo entonces puede hablarse estrictamente de “trabajo concreto” y de “valor de uso”). Nuestra lectura de Marx, en este punto, difiere de la que Baudrillard critica. Ni el valor de uso ni el trabajo concreto constituyen

---

459 BAUDRILLARD, Jean, *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XXI, 2002, pp. 150-151.

esencias transhistóricas u ontológicas que simplemente habría que liberar del yugo del capital; por el contrario, se encuentran también determinados históricamente, siendo aspectos de categorías que intentan asir realidades duales pero imbricadas (la mercancía como unidad del valor de uso y el valor de cambio; el “trabajo” como unidad del trabajo concreto y el trabajo abstracto).<sup>460</sup>

Sin embargo, la necesidad de reintegrar el valor de uso al campo de la crítica sólo se tornó evidente, históricamente, con el nacimiento de la llamada *sociedad de consumo*. Junto con la mayor parte de la bibliografía que estudia el tema, entendemos que su génesis debe ser ubicada en la etapa que se inaugura con la producción en masa (fordismo) para consolidarse con la constitución algo posterior pero correlativa de un mercado de masas, tutelado por el Estado Social o de Bienestar.<sup>461</sup> La sociedad de consumo fue, en efecto, uno de los aspectos fundamentales del compromiso social de posguerra. La aceptación de las normas y objetivos determinados por la producción capitalista de mercancías (incluyendo las pautas técnico-organizativas que propiciaba el fordismo) tenía como contrapartida un aumento de los ingresos directos e indirectos que, en la medida en que iba acompañado de incrementos importantes de la productividad, no ponía en peligro las tasas de ganancia. Al mismo tiempo, el impulso del consumo masivo constituía una parte importante de la solución al problema económico de la escasez de demanda efectiva, así como al problema político de la competencia material y simbólica con el llamado “socialismo real”.

Una sociedad de esta índole no puede existir si no se produce una subjetividad que le sea acorde. Como plantea Gorz, requiere de la producción de un tipo particular de trabajador-consumidor. En cuanto trabajador, el individuo tiene que adoptar una actitud instrumental hacia el trabajo, en tanto mero medio para una retribución material. En cuanto consumidor, debe ser educado para codiciar mercancías, que constituyen tanto la meta de sus esfuerzos como los símbolos de su éxito.<sup>462</sup> En este sentido, la sociedad de consumo es un fenómeno social no sólo económico, sino también cultural: la proliferación de mercancías y la promesa de buenos

---

460 Esto vale entonces también para la crítica, complementaria de ésta, que Baudrillard realiza a Marx respecto de su concepto de “trabajo”. Según el pensador francés, a la idea de “trabajo concreto” puede achacársele lo mismo que a la de valor de uso: entendida en términos transhistóricos, implica naturalizar toda actividad humana en términos productivistas (véase BAUDRILLARD, Jean, *El espejo de la producción*, ob. cit., cap. 1). Esta crítica tal vez sea atinada para gran parte del marxismo –que en general sigue atado a un análisis transhistórico del concepto de “trabajo”– pero no para la lectura que aquí hemos propuesto.

461 Véase ALONSO, Luis, *La era del consumo*, Madrid, Siglo XXI, 2005, pp. 5 y ss.

462 Véase GORZ, André, *Metamorfosis...*, ob. cit., p. 65.

salarios no es suficiente, ya que se necesita a la vez de una subjetividad para la cual el consumo de mercancías sea aceptado como la meta de todo esfuerzo.

De ahí que, en el período de posguerra, haya florecido toda una literatura que, desde diversas perspectivas, desarrolla una crítica de las formas de alienación y dominación implicadas por la sociedad de consumo, en general tomando como ejemplo paradigmático de la misma a la sociedad estadounidense. Este será uno de los temas predilectos de la Escuela de Frankfurt, que ya tempranamente comienza a criticar la dominación simbólica ejercida por las nuevas “industrias culturales”, la uniformidad y despersonalización de las formas de vida resultantes y la banalización de una cultura ahora producida de modo serializado.<sup>463</sup>

Otros análisis críticos se centrarán en cuestiones como las políticas de dirección de la demanda por las grandes corporaciones monopolistas,<sup>464</sup> en los dispositivos de creación de necesidades “ficticias”, y en las tensiones y desigualdades que sobreviven en sociedades que aparentemente han derrotado la escasez.<sup>465</sup> Finalmente, pensadores conservadores como Daniel Bell observarán con desconfianza lo que interpretan como un pasaje desde un capitalismo sustentado en la moral puritana del esfuerzo en base al ejercicio de la profesión (la ética protestante analizada por Max Weber) hacia un hedonismo consumista y desenfrenado.<sup>466</sup>

Tras la crisis de los ‘70, la “sociedad de consumo” ha seguido su marcha, pero con transformaciones significativas que tendremos que sopesar. Pero antes, tenemos que hacer una disquisición teórica para empezar a contestar algunos interrogantes: ¿de qué modo se puede resituar el valor de uso en el campo de la crítica? ¿cómo afecta esto al análisis clásico de la mercancía?

## **II. La subsunción del valor de uso al valor de cambio**

Según su acepción clásica, el valor de uso se contrapone al valor (y a su forma de manifestación: el valor de cambio), como lo concreto a lo abstracto. Si este último es la sustancia indiferenciada pasible de ser intercambiada en el mercado, el primero refiere a la satisfacción de una necesidad material y concreta. Recordemos que en su célebre análisis del

---

463 Véase ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max, *Dialéctica del iluminismo*, Madrid, Editora Nacional, 2002, pp. 119 y ss.

464 Véase BARAN, Paul y SWEEZY, Paul, *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1988.

465 Véase GALBRAITH, John, *La sociedad opulenta*, Buenos Aires, Planeta- De Agostini, 1992.

466 Véase BELL, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1987.

“fetichismo de la mercancía”, nada de misterioso encontraba Marx en el valor de uso: el enigma se ubicaba en la forma valor como modo específico de objetivación de las relaciones sociales.<sup>467</sup> Ya mencionamos la objeción de Baudrillard y repetimos: no habría, sin embargo, que deshistorizar al “valor de uso” como si fuera el prototipo de la relación “natural” de un sujeto para con su objeto. Más bien, este tipo de relación pragmática para con el objeto es ya un resultado de la sociedad burguesa.<sup>468</sup>

Sin embargo, en lo que respecta a la reproducción y acumulación de capital, el consumo no tiene como finalidad primaria satisfacer necesidades, cumpliendo allí dos funciones centrales. En primer lugar, es el medio para la reproducción de la fuerza de trabajo. En segundo lugar, el consumo juega también un papel importante en la realización del valor de las mercancías, particularmente para las ramas que producen bienes de consumo.<sup>469</sup>

---

467 Véase MARX, Karl, *El capital, Tomo I*, ob. cit., pp. 87-102.

468 En este sentido, podría interpretarse que el “fetichismo de la mercancía” incluye implícitamente una suerte de crítica al pragmatismo racionalista burgués e ilustrado. Porque esos individuos que aparentemente se han emancipado de la magia y el mito para mantener relaciones racionales (utilitarias) con los hombres y las cosas, ignoran sin embargo que ese acto aparentemente egoísta y práctico de intercambiar una mercancía presupone y reproduce un conjunto de relaciones sociales abstractas y universales: “no lo saben, pero lo hacen” (ibid., p. 90). Lo que ignora la conciencia liberal-pragmático-nominalista es que el universal-abstracto reprimido sigue operando a través de sus actos.

469 Aunque cabe aclarar que la realización del valor de las mercancías nunca depende exclusivamente del consumo obrero. La razón principal de esto radica en que, como señala Astarita, “los trabajadores disponen de un poder de compra que solo puede realizar la parte alícuota que corresponde al valor de su fuerza de trabajo (...) Por eso la parte del valor que corresponde a la plusvalía se realiza mediante los gastos de plusvalía –que aparecen en ingresos como ganancia bruta– que realizan los capitalistas” [ASTARITA, Rolando, “La explicación subconsumista de la crisis” [en línea], en: <http://rolandoastarita.wordpress.com/2010/08/28/la-explicacion-subconsumista-de-la-crisis/> (último acceso: 21/08/12)]. Por esta razón, Marx rechazó las tesis que explican las crisis en términos de “subconsumo” (véase *El capital, Tomo II: El proceso de circulación del capital*, México, Siglo XXI, 1997, p. 502). De todas formas, esto no excluye que el nivel de consumo sea una variable importante para la realización del valor, aunque nunca la única. En efecto: no es que el subconsumo no sea un problema en ciertas circunstancias, pero está subordinado a otro más amplio que es el de la tendencia del capitalismo a la sobreproducción. En este punto, es interesante la lectura que hace Harvey del modo de regulación fordista como respuesta a la crisis del ‘29. A diferencia de algunos regulacionistas y de un modo más coherente con las ideas de Marx, Harvey interpreta que fue una crisis de sobreproducción antes que de subconsumo. Como modo de contener esta tendencia a la hiper-acumulación, el modo de regulación fordista se valió entonces de distintas estrategias, entre las cuales el establecimiento de una relación virtuosa entre producción y consumo (con políticas activas de fomento de la demanda y la inversión de orientación keynesiana y no en base a un equilibrio estático y automático como el imaginado por las teorías ortodoxas) fue sólo una de ellas. De entre las otras estrategias, las más importantes son las de desplazamiento temporal (desviar excedentes hacia la exploración de usos futuros, inversión pública y privada de largo plazo, etc.) y espacial (llevar los excedentes a otras regiones geográficas). Véase HARVEY, David,

La llamada “sociedad de consumo”, que como dijimos comienza a conformarse con el fordismo, tiene dos objetivos fundamentales. Primero, resolver una parte del problema de la realización del valor de las mercancías (en términos keynesianos, es la cuestión de la demanda efectiva). Recordemos, en este punto, que el fordismo implicó un importante aumento de la productividad, en particular en las ramas que producen bienes de consumo masivo. En segundo lugar, cumple un papel de naturaleza ideológico-cultural: la aceptación del sistema por parte de los trabajadores, a través de su integración social como consumidores.

Ahora bien: para que el consumo pueda cumplir estas funciones, el valor de uso tiene que ser algo más que un medio para satisfacer determinadas necesidades materiales ya dadas. Y esto, debido a que la misma posibilidad de que las necesidades se vean satisfechas constituiría un límite para el cumplimiento de los dos objetivos antedichos. Por un lado, implicaría una barrera para tratar la cuestión de la realización, algo particularmente problemático para un sistema que hace decrecer el valor individual de las mercancías pero a la vez sigue dependiendo estructuralmente de la acumulación de masas crecientes de valor. Por otro lado, la integración social por medio del consumo se vería también bloqueada si llegara un momento de satisfacción –una vez alcanzada la misma, el sistema ya no tendría nada para ofrecernos.

De ahí se sigue la importancia que tiene, para la sociedad de consumo, la creación continua e incesante de nuevas necesidades. El productor de un bien tiene también que producir la necesidad respecto de ese bien.<sup>470</sup> Es más: el “consumidor ideal” ni siquiera espera que la mercancía satisfaga alguna necesidad, sino que despierte su deseo, y “el deseo no desea la satisfacción. Por el contrario, el deseo desea el deseo”.<sup>471</sup> El concepto de “necesidad” alude todavía a una psiquis guiada por la racionalidad instrumental: es el sujeto el que, ante una necesidad determinada, busca los medios para satisfacerla. Los deseos, por el contrario, no sólo difícilmente encuentran satisfacción, sino que además no son totalmente concientes. Resultan interesantes en este punto las ideas que planteaba Edward Bernays – nada menos que un sobrino de Freud– para responder al problema de la absorción por el mercado de las enormes capacidades industriales desarrolladas por EEUU durante la Primera Guerra Mundial, momento en el que comienza a nacer la sociedad de consumo. Así las recogía Gorz en su último libro:

---

*La condición...*, ob. cit., pp. 200-210.

470 Véase GALBRAITH, John, ob. cit., p. 153.

471 TAYLOR, Mark y SAARINEN, Esa (comps.), *Imagologies: Media Philosophy*, Londres, Routledge, p. 11. Citado en BAUMAN, Zygmunt, *Trabajo, consumismo...*, ob. cit., p. 47.

How were buyers to be found for all that industry could produce? Bernays had the answer. He had developed a new discipline –“public relations”. First in articles, then in books, he set about explaining that although people *needs* were limited by nature, their *desires* were in essence unlimited. To expand those desires, all that was needed was to get rid of the false idea that individuals’ purchases correspond to practical needs and rational considerations. It was unconscious and irrational motivations that had to be appealed to – fantasies and unavowed desires. Instead of addressing itself to the buyers’ practical good sense, as it had in the past, advertising should contain a *message* that transformed even the most mundane products into vehicles of symbolic meaning. The aim had to be to appeal to “irrational emotions”, to create a consumer culture and produce the archetypal consumer who would seek and find in consumption a means of expressing her or his innermost self or, as a 1920s’ advert had it, “what is most precious and unique about you, but remains hidden”.<sup>472</sup>

Este texto es interesante porque plantea además la cuestión de la dimensión simbólica del valor de uso. La política de expansión del consumo radica en cierta medida en producir nuevos productos materiales y crear en el consumidor la necesidad de los mismos. Pero no se agota en ello. Cabe introducir una distinción entre el tradicional valor de uso material y lo que a partir de ahora llamaremos *valor de uso simbólico*. Mientras que en su acepción tradicional el valor de uso es el vehículo para la satisfacción de una necesidad material (que también puede ser inducida), el valor de uso simbólico se adscribe como propiedad inmaterial del objeto, como resultado de un proceso social de producción de sentido –que, por cierto, suele sintetizarse en la *marca* como construcción simbólica.

La *publicidad* es uno de los instrumentos más importantes de dicho proceso. Su finalidad es producir un plus de sentido simbólico que no se encuentra en el producto considerado en su materialidad. Es por eso que en ella la información que se brinda sobre las propiedades del producto es accesoria. En el aviso publicitario de un automóvil, por ejemplo, la información respecto a sus cualidades materiales (comodidades, accesorios, etc.) es secundaria; más fundamentales resultan las propiedades simbólicas que se le imprimen – particularmente, las vinculadas al *status* social, no sólo económico sino también cultural, sexual, de realización y “autoexpresión” personal, etc.<sup>473</sup> El valor de uso en su acepción clásica es el soporte material de este valor simbólico, que es lo que en gran medida se induce a consumir.<sup>474</sup> Es también su fachada: Baudrillard sugiere que en la publicidad ocurre que el

---

472 GORZ, André, *The Immaterial*, Calcutta, Seagull Books, 2010, pp. 77-78.

473 No obstante, parte del juego de la publicidad y del valor de uso simbólico radica en que el consumidor llegue a creer que el plus de sentido se encuentra en el objeto “en sí mismo”. El ocultamiento de sí en tanto aparato de producción simbólica es así un aspecto de la propia operatoria publicitaria.

474 En este sentido, no acordamos con los análisis que entienden que la publicidad no agrega valor por no producir un valor de uso. Véase por ejemplo ASTARITA, Rolando, “publicidad,

discurso informativo, dirigiéndose a la racionalidad del consumidor, funciona como una suerte de máscara de la verdadera naturaleza de la operatoria publicitaria.<sup>475</sup> Sucede que en una sociedad donde la racionalidad utilitaria es parte del sentido común, la publicidad tiene que dar también elementos informativos al consumidor para que pueda pensar que en sus actos encarna al *homo œconomicus*.

Retomando el concepto marxiano, entendemos que esto implica la progresiva *subsunción real del valor de uso al capital*. Ya vimos que Marx señalaba que la subsunción real del trabajo al capital emergía cuando el “trabajo concreto” dejaba atrás su configuración precapitalista para pasar a ser moldeado de acuerdo a las necesidades del proceso de valorización. En la historia del capitalismo, algo similar sucede progresivamente con el valor de uso cuando deja de referir a necesidades preexistentes, y son estas necesidades y, más aún, los propios deseos, los que pasan a ser inducidos por el propio sistema. Es así que el consumo se constituye en la contracara simétrica del proceso de producción. Si la dinámica productivista (la producción por la producción) es inmanente al capital, la dinámica consumista (el consumo por el consumo mismo) es igualmente inseparable del capitalismo, al menos en sus formas más desarrolladas.<sup>476</sup>

La subsunción real del valor de uso al capital conlleva también la neutralización provisoria de la contradicción que –tal como vimos en el capítulo segundo– anida en el corazón del capital. Según la teoría del valor, los incrementos de productividad comportan un descenso del valor unitario de las mercancías y un aumento de la cantidad de valores de uso producidos. En teoría, esto conduce a un desfase entre el valor de uso –cuyo incremento depende fundamentalmente de la productividad del trabajo– y el valor –dependiente del tiempo de trabajo socialmente necesario. Pero este desfase presupone entre otras cosas que el valor de uso (y su consumo) sea una constante relativamente independiente de la producción (claro que la capacidad de consumo de la población depende también del nivel de los salarios). Justamente, su subsunción al capital –mediante la creación de nuevas necesidades y deseos materiales y simbólicos– permite desplazar hacia adelante esta tensión. Ciertamente no la anula, sino que la incorpora como otra variable a regular dentro del sistema.

---

industria de armas... ¿son productivas?” [en línea]. En: <http://rolandoastarita.wordpress.com/2011/04/06/publicidad-industria-de-armas-%C2%BFson-productivas/> (último acceso: 22/07/12).

475 Véase BAUDRILLARD, Jean, *El sistema de los objetos*, México, Siglo XXI, 2007, pp. 187-190.

476 Y del mismo modo que el productivismo no excluye la existencia de grandes masas de trabajadores desocupados, el consumismo siempre ha convivido con cientos de millones de hambrientos en todo el planeta.

Puede ser también la fuente de nuevas tensiones: así, por ejemplo, vimos que una de las causas que se aducían para explicar la caída de las tasas de ganancia hacia la década del '70 estribaba en el aumento de los salarios en las décadas anteriores, que fue una de las condiciones de posibilidad de la sociedad de consumo.

Reintegrar el valor de uso en el campo de la crítica torna necesario también juzgar su configuración actual desde la perspectiva de lo *posible*. Así como vimos que Marx hablaba en los *Grundrisse* de un tiempo de trabajo superfluo (aquel que resultando necesario en el sistema vigente, no lo era desde la perspectiva de otro sistema posible) hoy tenemos que discutir también el *consumo superfluo*. En el capitalismo se gastan numerosas energías humanas y recursos naturales para producir mercancías que desde otra racionalidad normativa posible podrían juzgarse como no deseables. Algunas son directamente destructivas. Piénsese por ejemplo en las mercancías desarrolladas por la industria de armamentos, que por cierto se dedica también a hacer *lobby* para impulsar guerras criminales. Denunciar descalabros semejantes se ha convertido a esta altura en un lugar común. Sin embargo: ¿no hay cierta hipocresía en hacer juicios condenatorios de esta índole desde una moral abstracta y deshistorizada, que no cuestiona a la vez al mismo sistema para el cual son necesarias estas industrias? ¿No suele decirse que la Segunda Guerra Mundial logró lo que el *New Deal* por sí mismo no pudo conseguir? Tienen razón Deleuze y Guattari cuando señalan que la destrucción operada por el complejo político-militar-económico no se opone a la producción de plusvalor sino que la alimenta, y que, en términos generales, la “antiproducción” es parte de la propia producción capitalista.<sup>477</sup>

¿Qué necesitamos producir? ¿Qué necesitamos consumir? Estas preguntas a primera vista inocentes tienen la mayor relevancia teniendo en cuenta los desarrollos anteriores. Formularlas no requiere la indagación de algún tipo de antropología esencialista respecto a las necesidades humanas. Son preguntas de carácter ético-político frente a un sistema en el cual se producen y consumen mercancías sin importar prácticamente costos sociales y ambientales –al mismo tiempo que una porción importante de la población mundial sigue sumida en la miseria.

### III. La sociedad de consumo tras la crisis del fordismo

---

477 “El aparato de antiproducción ya no es una instancia trascendente que se opone a la producción, la limita o la frena; al contrario, se insinúa en todas partes en la máquina productora y la abraza estrechamente para regular su producción y realizar su plusvalía” (DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós, 1995, p. 243).

Ya señalamos que la sociedad de consumo, en tanto articulación histórica de las sociedades capitalistas (especialmente en las naciones desarrolladas), se consolida en el período de posguerra, siendo entonces uno de los aspectos del modelo de acumulación y regulación fordista. Esta sociedad se constituye fundamentalmente a través de un consumo de masas, que es la contracara de la producción de grandes series de productos en las industrias fordistas. Se establece una norma estándar de consumo que tiende a una cierta homogeneización de los ambientes y modos de vida: la casa propia, el automóvil, los bienes de consumo durable (electrodomésticos, TV, etc.) se convierten en parte fundamental de un imaginario y una aspiración de ascenso social general.<sup>478</sup> Es a partir de esta homogeneización/ integración de los sujetos en un imaginario común que el consumo pasa a ser también el lugar en el que pueden expresarse las desigualdades y la competencia por la diferenciación social. Es que la impronta consumista acompaña lo que Castel denomina “salarinado”, una condición cada vez más universal y a la vez particularizada en su interior:

Si todos o casi todos son asalariados (más del 82% de la población activa en 1975), la identidad social deberá definirse a partir de la posición que se ocupa en el salariado. Cada uno se compara con los otros, pero también se distingue de ellos; la escala social tiene un número creciente de niveles a los cuales los asalariados ligan sus identidades, subrayando la diferencia con el escalón inferior y aspirando al estrato superior.<sup>479</sup>

Por lo tanto, no es casual que con la crisis del salariado desde los ‘80 y los concomitantes cambios en los modos de gestión de la fuerza de trabajo (que en parte ya analizamos), la esfera del consumo se haya visto sacudida –aunque con distinta profundidad y alcance según los países– por procesos simétricos de fragmentación, individualización y mercantilización:

Se ha ido dando paso, con el cambio de una matriz fordista a otra posfordista de fabricación y especialización flexible, a un modelo adquisitivo segmentado, en el que ha estallado ese universo social unificador e integrador que había servido como referencia para la conceptualización de la sociedad de consumo. Así, típicos del fordismo eran el gusto de clase media, los grandes mercados de productos poco diferenciados, la fabricación en cadena de largas series de enorme duración comercial con escasa renovación estética y simbólica de los productos, etc. En el llamado postfordismo se ha instaurado un marco casi simétrico: mercados segmentados, desempleo estructural, tendencias a la dualización y la vulnerabilización social, oferta diferenciada y

---

478 Véanse CASTEL, Robert, *Las metamorfosis...*, ob. cit., pp. 336-339; ALONSO, Luis, *La era del consumo*, ob. cit., pp. 48 y ss.

479 CASTEL, Robert, *Las metamorfosis...*, ob. cit., p. 327.

estratificada (hasta la personalización) de bienes y servicios, adaptación y permanente renovación de nichos comerciales, Estado remercantizador, etc.<sup>480</sup>

Esta enumeración y contraposición, incluso siendo algo esquemática, resulta ilustrativa de algunas transformaciones acaecidas. Indudablemente, la desocupación, la precarización e individualización de la fuerza de trabajo, etc. han hecho que las perspectivas de estabilidad laboral, ascenso social y progreso en el mediano y largo plazo se hayan visto horadadas para franjas significativas de la población; el cambio se ha reflejado también en las prácticas de consumo, que se han visto degradadas en calidad y se han tornado más cortoplacistas. Al mismo tiempo, entre los segmentos más favorecidos (recordemos que el aumento de la desigualdad y la polarización de los ingresos es una constante del período en la mayor parte de los países) se han profundizado los intentos de diferenciación e incluso de segregación social a través de consumos ostentosos, que de todas formas están revistiendo un carácter más tecnológico, cambiante y dinámico que los consumos de lujo típicos de las élites tradicionales.<sup>481</sup>

Pero los cambios en las pautas de consumo no pueden escindirse tampoco de las nuevas formas en que se estructuran las empresas. Como ya señalamos anteriormente, estas formas alteran en particular la relación que en el fordismo se establecía entre producción y consumo:

La función de la comunicación, sobre todo publicitaria, había asumido una importancia estratégica ya en el capitalismo industrial-fordista, pero (...) la acción publicitaria o de marketing estaba netamente separada de la verdadera fase de producción. En el capitalismo cognitivo, sin embargo, la comunicación forma una unidad con la producción en el sentido de que la determina y la dirige. El nexo entre comunicación y producción está mediado por la actividad de consumo, una actividad que se ha vuelto cada vez más globalizada. Es necesario, en efecto, empezar por el consumo, ya que la relación entre oferta y demanda se ha invertido completamente.<sup>482</sup>

Este cambio se vincula con la crisis de la gran empresa estructurada en forma centralizada y vertical y el desarrollo de las redes empresariales. Estas últimas se presentan como estructuras flexibles en las que los distintos nodos de la red intercambian información, permitiendo entonces una adaptación más fácil y rápida a los cambios en el entorno. En el caso de las “redes transnacionales”, un mecanismo de este tipo permite a las grandes empresas adquirir información “sobre el terreno” respecto al funcionamiento y las variables de los

---

480 ALONSO, Luis, *La era...*, ob. cit., p. 67.

481 Véase *ibíd.*, p. 68.

482 FUMAGALLI, Andrea, *Bioeconomía...*, ob. cit., p. 168.

distintos mercados nacionales e incluso regionales. A partir de esta información, se pueden desplegar estrategias diferenciadas que atiendan a las peculiaridades de cada mercado.<sup>483</sup>

Sin embargo, sería un error suponer que esto implica el triunfo de las motivaciones del consumidor, que aparecería entonces condicionando indefectiblemente las estrategias de las redes empresariales. Llamamos la atención sobre la necesidad de evitar una suposición ingenua semejante porque además –como observan Boltanski y Chiapello– desde algunos discursos (incluso de autores provenientes de la izquierda, como Coriat) tiende a deslizarse hoy un cierto fatalismo determinista, particularmente en torno del significante “flexibilidad”, entendido como una imposición objetiva “de los mercados” frente a la cual las empresas no tendrían otra opción que reaccionar en reflejo.<sup>484</sup> Este fatalismo ha sido invocado para justificar la aplicación de políticas neoliberales tendientes a la degradación de los derechos de los trabajadores, como las conocidas recetas de “flexibilización laboral” profesadas por el FMI y el Banco Mundial. No obstante, lo cierto es que los mercados también son producidos –al menos en parte– por estrategias empresariales planificadas deliberadamente para aumentar la rentabilidad y favorecer la acumulación de capital.

En efecto, uno de los fenómenos más notables del consumo en el capitalismo “posfordista” es el acortamiento del ciclo de vida de los productos.<sup>485</sup> Esto es evidente en el caso de las industrias vinculadas a la informática: la mayor parte del *software*, por ejemplo, se renueva año a año, lo cual a no muy largo plazo (cuatro años cuando mucho) torna obsoleto también el *hardware*. Pero en el caso de los bienes durables típicos de la producción en masa fordista (automóviles, electrodomésticos, etc.) también el ciclo de vida de los productos se ha acortado. Fenómeno que, naturalmente, se vio facilitado por las nuevas tecnologías y modos de organización empresarial, que hicieron posible acelerar el ritmo de innovación, producir series más cortas de productos, etc.

Desde el punto de vista del proceso de acumulación de capital, la innovación constante de los productos y la reducción de sus ciclos de vida, cumplen la función fundamental de acelerar el *tiempo de rotación del capital*, que es “el espacio de tiempo que se extiende desde el momento en que se adelanta el valor de capital bajo una forma determinada hasta el retorno del valor de capital en proceso bajo la misma forma”.<sup>486</sup> La realización del valor de las mercancías es condición de posibilidad de la acumulación, pero la velocidad en que se

---

483 Véase CASTELLS, Manuel, *La era...*, Vol. I, ob. cit., p. 215.

484 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., p. 286.

485 Véanse ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos...*, ob. cit., pp. 36-38; y HARVEY, David, *La condición...*, ob. cit., pp. 179-180.

486 MARX, Karl, *El capital*, Tomo II, ob. cit., p. 183.

completa el proceso es igualmente crucial, y es una de las variables más manipuladas en el capitalismo actual. Sin lugar a dudas, está en la base de ciertas dinámicas culturales “posmodernas”, como la apología de la aceleración y el cambio constante, la futilidad creciente de los productos e incluso de las experiencias, etc. Estos fenómenos están estrechamente vinculados con una economía de hiper-acumulación, en la cual la aceleración de los tiempos a todos los niveles resulta vital.

Las estrategias utilizadas para reducir la vida de los productos son numerosas. Algunas de ellas ya existían en la “sociedad de consumo” fordista, y lo que se ha hecho es intensificar el uso y la extensión de las mismas, así como perfeccionar sus métodos. La *obsolescencia programada* –la determinación deliberada del fin de la vida útil de un producto– se remonta al menos al año 1924, cuando las principales firmas productoras de bombillas de luz formaron un cártel y decidieron que la duración de las mismas sea de 1000 horas (ya con las tecnologías de entonces las bombillas tenían una vida útil de 2500 horas).<sup>487</sup> Hoy esta estrategia sigue utilizándose e incluso se ha perfeccionado, fundamentalmente a través de la microelectrónica (mediante, por ejemplo, el uso de chips que hacen que un producto deje de funcionar en un momento determinado). Existen también modos más sutiles de aplicarla, por ejemplo induciendo la incompatibilidad entre productos electrónicos o, en el caso de la informática, entre el *hardware* y el *software*, o entre distinto *software*. En tanto de lo que se trata por medio de la obsolescencia programada es de reducir el tiempo en el cual los productos son útiles para acelerar el ritmo de rotación del capital, constituye ella también un *modo de subsumir el valor de uso al valor de cambio*.

La *moda* puede interpretarse como una forma sutil, y tal vez por eso más efectiva, de la obsolescencia programada. Lo que la distingue es el hecho de que en lugar de aplicarse sobre el valor de uso material se elabora sobre lo que antes denominamos “valor de uso simbólico”. La sucesión acelerada de diversos modelos (de automóviles, de vestidos, etc.) hace que los anteriores se tornen obsoletos, no porque sean inútiles en su materialidad técnica sino a nivel simbólico –dejan entonces de representar cierto status social, la pertenencia al sentido común de la opinión pública, etc. La moda es inseparable de la *publicidad* en la medida en que, como ya planteamos antes, esta última es la encargada fundamental de comunicar y hacer público (común) el valor de uso simbólico de los productos.

---

487 La investigación de este hecho se relata en el documental “Comprar, tirar, comprar”, dirigido por Cosima Dannoritzer y coproducido por Article Z (Francia) y Media 3.14 (Barcelona). Disponible en línea en: <http://www.rtve.es/television/documentales/comprar-tirar-comprar/>

La moda no es un invento “posfordista”. Como dispositivo estratégico para la acumulación de capital nace en el período de posguerra; conceptualmente, es el acompañante natural del valor de uso simbólico. Pero en las últimas décadas su ritmo de renovación ha tendido a acelerarse notablemente. Esto puede percibirse en la misma publicidad. Si su ideal simbólico en otros tiempos era la familia burguesa estable rodeada de mercancías elegantes y funcionales, hoy la publicidad apela cada vez más a la idea del cambio constante como valor simbólico en sí mismo deseable. Ya ni siquiera se necesita la excusa funcional o estética: el cambio mismo se transmite como valor social inexorable. Esta cultura comercial del “cambio constante” está instaurando una forma relativamente novedosa de conformismo:

Lejos de representar una libertad de elección, estas turbulencias de las modas y de los usos sociales representan una de las armas más sofisticadas de control social: la velocidad de cambio del consumo da la ilusión de un dinamismo que parece contradictorio con cualquier tipo de comportamiento conformista; sin embargo, este cambio tan veloz es homogéneo y conformista y se aplica a todos por igual. Si en el capitalismo fordista la estabilidad general y la estabilidad del consumo eran lo que permitía la realización monetaria, en el capitalismo cognitivo es la inestabilidad y la dinámica de cambio de los gustos y los comportamientos, siempre rigurosamente masificados y dirigidos, lo que determina los resortes de la realización monetaria.<sup>488</sup>

Lo que hay aquí es una suerte de apropiación, por parte del sistema, de ideales culturales que todavía en el período fordista podían resultar subversivos. En el próximo capítulo, prestaremos especial atención a esta cuestión –que, por cierto, ya anticipamos sobre el final del capítulo cuarto– por los efectos particulares que tiene para la crítica tradicional del trabajo y del capitalismo.

Como señalábamos antes, un rasgo característico del llamado “posfordismo” es el tendencial desplazamiento de énfasis desde la centralidad estratégica y directiva de la gran empresa productora de bienes, hacia su conversión en un momento de una red (incluso transnacional) cuyos nodos neurálgicos se encuentran en las fases de diseño, publicidad y comercialización. En el capítulo cuarto tratamos esta cuestión cuando nos referimos al proceso de terciarización de la economía. Ahora lo abordaremos desde la perspectiva del consumo, que nos permitirá articular el tema con una serie de cuestiones: particularmente, el valor de uso simbólico de la mercancía y su creciente importancia, la subsunción de la cultura al capital, las formas de control social a partir del consumo y, finalmente, el inquietante horizonte de una mercantilización sin precedentes de la vida entera.

---

488 FUMAGALLI, Andrea, ob. cit., p. 173.

#### IV. Terciarización de los consumos e industrias culturales: la vida mercantilizada

Las prácticas cada vez más difundidas entre las grandes empresas de tercerización de la producción y de algunos servicios, el lugar central que ocupan el diseño y la comercialización, e incluso el mayor peso relativo de los activos “intangibles” de las empresas (incluyendo los “simbólicos”, como la marca) frente a los activos físicos,<sup>489</sup> están estrechamente vinculados con la importancia central que el “consumo” y la necesidad de inducirlo tienen en el capitalismo actual. Una dimensión de esto particularmente interesante por sus implicancias estriba en las estrategias que las empresas siguen para prolongar en el tiempo –y en lo posible fidelizar– los consumos de sus clientes.

Un primer ejemplo, ilustrativo de una tendencia más general, es el de las grandes cadenas comerciales, que en las últimas décadas han ganado fuerza en buena parte del mundo no sólo frente a los pequeños comercios, sino fundamentalmente frente a los proveedores de los bienes que venden y distribuyen. El gran poder de negociación que han adquirido para fijar precios, les permite ofrecer distintos “premios” a los clientes para fidelizarlos: promociones, descuentos, tarjetas de débito o crédito propias, etc. Al mismo tiempo, estas cadenas recogen datos e información sobre los consumos de sus clientes, que luego son utilizados para racionalizar las políticas de compra y venta, así como para robustecer su posición de fuerza frente a los proveedores.<sup>490</sup> La información derivada del contacto con el cliente y las políticas para inducir su fidelización se presentan aquí como activos estratégicos de la empresa comercializadora.

Otro caso aún más sugestivo es el de las grandes firmas productoras de bienes (tangibles o intangibles) para las cuales la venta de la “mercancía principal” es sólo la excusa para mantener una relación a largo plazo con el cliente, que a partir de dicha compra se ve obligado a adquirir de la misma firma “mercancías accesorias”. Estas últimas pueden ser otros productos materiales (insumos, complementos, etc.). Así sucede con las impresoras: las grandes empresas que controlan el mercado las ofrecen a precios sumamente reducidos (incluso cercanos al costo), porque la cuota principal del negocio se encuentra en la venta de los cartuchos de impresión (cuyos precios llegan a igualar a los de la impresora). También pueden ser servicios, y entonces el producto material vendido inicialmente es sólo la plataforma de una serie de prestaciones posteriores (mantenimiento, reparación,

---

489 Sobre este tema, véase RIFKIN, Jeremy, *La era del acceso: la revolución de la nueva economía*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 77-82.

490 Véase FUMAGALLI, Andrea, ob. cit., pp. 174-175.

actualización, etc.). Práctica particularmente interesante en tanto índice de la terciarización de la economía:

Las empresas revolucionan los diseños de sus productos para conseguir que reflejen ese nuevo énfasis en su carácter de servicios. En vez de pensar en los productos como artículos fijos con un conjunto de rasgos y con un valor de venta bien definido, ahora los conciben como “plataformas” de todo tipo de mejoras y para todo tipo de servicios que producirán valor añadido (...) La idea es utilizar la plataforma como una punta de lanza, como una manera de estar físicamente presente en la empresa o en el domicilio del cliente. Esa presencia permite que el vendedor pueda establecer con el cliente una relación de largo plazo.<sup>491</sup>

Pero la conversión de los bienes materiales en plataformas para la prestación de servicios no es más que un aspecto de una estrategia que apunta al control integral del cliente. Esta es la función principal del *marketing*:

El traslado del énfasis desde la manufactura y la venta de los productos hacia el establecimiento y persistencia de relaciones comerciales duraderas trae consigo que la perspectiva del *marketing* se coloque en primera línea en la vida comercial (...) El *marketing* se transforma en la estructura básica de la nueva economía-red, puesto que el control del cliente se convierte en el objetivo central de la actividad comercial (...) El control del cliente es la etapa final de un largo viaje comercial marcado por la creciente eliminación de las masas en el control de la propiedad y la vida económica, y su correspondiente sustitución por las grandes corporaciones.<sup>492</sup>

Si el capitalismo comenzó mercantilizando la fuerza de trabajo y después tuvo también que subsumir el valor de uso al valor de cambio, su nueva (¿última?) frontera parece radicar en la subsunción y mercantilización de la entera existencia humana. En las industrias culturales vinculadas al tiempo de ocio se verificaría este paso: la compra mercantil de la experiencia vital misma:

Lo que se estaría verificando hoy, el rasgo definitorio del capitalismo “posmoderno”, es la mercantilización directa de la experiencia misma: lo que se está comprando en el mercado son cada vez menos productos (objetos materiales) para poseer, y cada vez más experiencias vitales –experiencias de sexo, comida, comunicación, consumo cultural, participación en un estilo de vida. Los objetos materiales cada vez más sirven sólo como sostén para esta experiencia, que se ofrece cada vez más en forma gratuita para seducirnos a comprar la verdadera “mercancía experiencial”.<sup>493</sup>

---

491 RIFKIN, Jeremy, *La era...*, ob. cit., p. 123.

492 *Ibíd.*, p. 144.

493 ŽIŽEK, Slavoj, *A propósito de Lenin: política y subjetividad en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Parusia, 2004, p. 122.

El pasaje desde la adquisición de bienes materiales al acceso a determinadas experiencias prestadas bajo la forma de servicios se vincula, por un lado, con la necesidad de incrementar el tiempo de rotación del consumo.<sup>494</sup> En una economía en la que la aceleración de los tiempos resulta crucial, la tradicional adquisición de bienes materiales –donde debe transcurrir un lapso de tiempo desde la compra hasta al consumo efectivo– tiende a ser desplazada por el acceso a los servicios, donde el acto de compra y el consumo, en el límite, coinciden –piénsese en los eventos, los espectáculos, las experiencias personales, etc., donde “el propio consumo es la mercancía comprada”.<sup>495</sup> Por otro lado, el consumo deja de ser un acto privado hecho al margen del intercambio mercantil; se transforma, él mismo, en un acto mercantil, con el cual además puede sostenerse en el tiempo la relación del cliente con la empresa. En el límite, la “mercancía experiencial” representa la sujeción de la vida entera al régimen de la mercancía.

Finalmente, este proceso implica la elevación al paroxismo del valor de uso simbólico y, con él, la inscripción casi total de la cultura en el sistema mercantil. Cualquier valor cultural es pasible de ser recuperado por el *marketing* y transformado en vehículo simbólico de un producto o servicio a vender en el mercado. La compra del más corriente de los productos tiene que tener un significado cultural: la ropa de marca o el auto último modelo se producen y consumen como símbolos de un modo de vida estimado socialmente; incluso un ícono revolucionario (el Che Guevara, por ejemplo) puede llegar a convertirse en un perfecto vehículo para atribuir al producto un carácter simbólico transgresor:

La función del *marketing* ha cambiado a lo largo de los años, a medida que la venta de la experiencia desplazaba a la venta del producto. En la era industrial, cuando el principal objetivo era la venta de bienes, el *marketing* desempeñaba un papel subordinado, aunque importante, al usar expresiones culturales para atraer al comprador del producto (...) Ahora la venta del producto se vuelve algo secundario respecto a la venta de la experiencia. Nike, tengámoslo en cuenta, no vende tanto calzado deportivo como la imagen que supondría calzárselo.<sup>496</sup>

El mismo capitalismo que comenzó (y continúa) mercantilizando los recursos naturales y la fuerza de trabajo, hoy procede con particular virulencia a mercantilizar la cultura – además del conocimiento (incluido el científico) y las prestaciones del Estado Social. La reciente extensión y profundización de los regímenes de propiedad intelectual –patentes,

---

494 Véase HARVEY, David, *La condición...*, ob. cit., p. 181.

495 ŽIŽEK, Slavoj, *A propósito...*, ob. cit., p. 123.

496 RIFKIN, Jeremy, *La era...*, ob. cit., p. 230.

derechos de autor, marcas, etc.—<sup>497</sup> está indudablemente vinculada a este proceso de mercantilización y privatización de los bienes inmateriales (particularmente el conocimiento, la información y la cultura).<sup>498</sup>

Antes de explicitar algunas conclusiones de este análisis y de ubicarlas en el marco del recorrido que venimos realizando, tenemos que estudiar otro dispositivo central de la sociedad de consumo que ha tenido una inusitada extensión en las últimas décadas: el crédito y, en relación con él, el papel destacado que viene cumpliendo el capital financiero.

## V. Crédito y financiarización: la deuda infinita

El sistema del crédito (al consumo) es uno de los dispositivos característicos de la sociedad de consumo. Para el ciudadano-consumidor, el derecho al crédito es tan innato e inalienable como cualquier otro —e incluso más— de modo que su restricción es vivida como algo injustificado y arbitrario. Esta naturalización del dispositivo explica que sus efectos se pasen en general por alto.

Uno de los resultados característicos del crédito es que rompe la secuencia temporal que la moral burguesa tradicional establece entre trabajo y consumo. Según la misma, el consumo (goce) viene posibilitado por el ahorro, siendo éste producto de un trabajo previo (esfuerzo). Es la idea que subyace incluso en la clásica fundamentación lockeana de la propiedad privada: algo me pertenece desde el momento en que lo hago objeto de mi trabajo. Los frutos de un árbol, por ejemplo, son míos y puedo por ende consumirlos legítimamente cuando realizo la labor de recogerlos.<sup>499</sup> El crédito produce una curiosa inversión: ya no se consume como resultado de un trabajo previo, sino que primero se compra y se consume, y luego se trabaja para pagar las deudas resultantes. De ahí que incluso el concepto clásico “patrimonial” de la propiedad privada se torne progresivamente caduco:

---

497 En efecto, es ante todo desde la década del ‘70 que la legislación sobre propiedad intelectual viene extendiéndose en *magnitud* (cantidad de derechos vigentes), *duración* (cantidad de años durante los cuales se goza del derecho) y *alcance* (dominios que pueden caer bajo su jurisdicción). Sobre este tema, véase ZUKERFELD, Mariano, *Capitalismo y conocimiento*, Vol. III, ob. cit., especialmente cap. III.

498 Sobre la mercantilización del conocimiento y la cultura y su relación con el régimen de la propiedad intelectual, véanse por ejemplo MOULIER BOUTANG, Yann, “Riqueza, propiedad...”, ob. cit.; y FAZIO, Ariel, “Las filosofías de la propiedad intelectual: sobre la privatización del conocimiento en el capitalismo actual”, en *Cuadernos de Filosofía*, N° 53, 2009, pp. 79-103.

499 Véase LOCKE, John, *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 56-57.

Si antaño la propiedad tenía prioridad sobre el uso, hoy en día ocurre lo contrario, pues la extensión del crédito traduce (...) el paso progresivo de una civilización del “acaparamiento” a una civilización de la práctica. El usuario “a crédito” aprende poco a poco a utilizar con entera libertad el objeto como si fuese “el suyo”. Hasta el punto de que el momento mismo en que lo paga es aquel en el que se ha gastado: los “plazos” del objeto están ligados a los plazos de su duración.<sup>500</sup>

En este sentido, el crédito es el complemento perfecto de la sucesión y corrupción constantes que caracterizan a los objetos en una sociedad de consumo. Es antes que nada el carácter efímero de los objetos (por la obsolescencia programada, la moda, etc.) el que atenta contra una relación de tipo patrimonial para con ellos. Para el uso temporal de objetos descartables la propiedad en sentido estricto es algo superfluo. Lo más probable es que cuando termine de pagar su crédito, el ciudadano-consumidor, en lugar de gozar de la propiedad ya definitivamente adquirida, decida vender el objeto en cuestión y comprar uno nuevo (también a crédito).

El crédito, junto con el resto de los dispositivos que lo acompañan en la sociedad de consumo, implica entonces una visión novedosa del mundo. Del sujeto ahorrador, la moral ascética del trabajo y la relación patrimonial con los objetos que constituían los pilares de la cosmovisión burguesa, se pasa al sujeto eternamente endeudado, la moral hedonista del consumo y la vinculación transitoria con los objetos.

Para hacer un análisis aunque sea somero del papel del crédito en el capitalismo actual, resulta inevitable la referencia a uno de los procesos más importantes de las últimas cuatro décadas: la llamada “financiarización” de la economía.

Un breve repaso histórico del proceso nos lleva al año 1971, cuando Richard Nixon, ante la desconfianza reinante hacia el dólar, anuncia el fin de la convertibilidad del dólar en oro y viceversa, y con él lo que quedaba del sistema de Bretton Woods (1944). Con el paso a un sistema de cambios flexibles aumenta la incertidumbre respecto a los pagos internacionales y se favorece la especulación a través de la compra-venta de divisas internacionales.<sup>501</sup> EEUU adquiere desde entonces la inédita potestad, al disponer del dólar como patrón monetario mundial (ya sin respaldo en oro), de atraer los ahorros internacionales para satisfacer sus necesidades internas y externas. Aquí empieza la primera fase del proceso de financiarización de la economía mundial, cuyo emblema es la llegada, con apoyo del FMI, de los llamados “petrodólares” al mundo periférico, con la cual se da inicio a un ciclo de

---

500 BAUDRILLARD, Jean, *El sistema de los objetos*, ob. cit., p. 178.

501 Véase FUMAGALLI, Andrea, *Bioeconomía...*, ob. cit., pp. 48-49.

fuerte endeudamiento en estos países (que se vuelve crítico con el giro monetarista de la Reserva Federal de EEUU y su decisión, en 1979, de aumentar las tasas de interés).<sup>502</sup>

La financiarización fue posible gracias a un conjunto de fenómenos y medidas que la fomentaron. Por empezar, la *desregulación* del movimiento de capitales que las autoridades monetarias de los países centrales impulsaron desde 1973-1974, lo cual ha redundado en la movilidad del capital, sin trabas, no sólo entre las fronteras nacionales, sino también entre diferentes clases de negocios y mercados financieros.<sup>503</sup> En segundo lugar, la *desintermediación* de los mercados financieros, que permitió la participación de operadores institucionales (como los fondos de pensión, de carácter fuertemente especulativo), sin la intervención de los bancos. Esto posibilitó que, por ejemplo, las empresas pudieran financiarse emitiendo títulos antes de recurrir a préstamos bancarios con mayores exigencias, lo cual favoreció la especulación junto con el aumento del riesgo.<sup>504</sup> En tercer lugar, la *informatización* de los intercambios bursátiles posibilitó las operaciones a tiempo real a escala mundial, impulsando el crecimiento de los mercados financieros junto a la mayor velocidad de circulación de la moneda. Finalmente, la *creación de nuevos productos financieros*, entre los que se destacan los llamados “productos derivados”, que dan la posibilidad de vender un activo determinado en una fecha futura pero a un precio actual. Aunque supuestamente se idearon con el propósito de proteger a los inversores frente a la inestabilidad de precios, en realidad terminaron siendo uno de los objetos privilegiados de la especulación financiera, contribuyendo de este modo a aumentar la volatilidad de los mercados.<sup>505</sup>

Los resultados de la financiarización resultan palpables. Entre 1980 y 2007, el sector financiero creció en todos sus indicadores varias veces más que las actividades productivas. Dos ejemplos elocuentes: el stock de activos financieros globales se incrementó nueve veces, y cuatro veces en relación a la producción mundial; los beneficios de la industria financiera en relación a los beneficios corporativos totales pasaron del 10% al 40%.<sup>506</sup> De todas formas, sería un error suponer una separación entre el sector financiero y el sector productivo: también las empresas productoras de bienes y servicios ingresaron en la lógica de la financiarización:

---

502 Véanse *ibíd.*, pp. 50-54; y RAPOPORT, Mario y BRENTA, Noemí, *ob. cit.*, p. 38.

503 Véase RAPOPORT, Mario y BRENTA, Noemí, *ob. cit.*, p. 47.

504 Véase *ibíd.*, p. 47.

505 Véanse *ibíd.*, p. 48; y FUMAGALLI, Andrea, *Bioeconomía...*, *ob. cit.*, pp. 54-55.

506 Véase RAPOPORT, Mario y BRENTA, Noemí, *ob. cit.*, p. 46.

la primacía *shareholder value* [valor para el accionista] y la continua emisión de bonos y acciones no redundó ni en un aumento significativo de la inversión productiva, ni tampoco llegó a constituir una nueva vía de financiación de las empresas. El resultado de este proceso fue bien diferente: las empresas emitieron muchas más acciones; recurrieron masivamente al crédito para comprar acciones en operaciones de fusión y adquisición o, en muchos casos, para comprar sus propias acciones a fin de incrementar a corto plazo los dividendos y el flujo de tesorería y emitir así más acciones a precio inflado. El juego con los balances financieros permitió gigantescos procesos de concentración de la propiedad empresarial (fue la gran época de las compras y fusiones), pero sobre todo convirtió una parte creciente del beneficio de las empresas en beneficio financiero, lo que demuestra hasta qué punto la distinción entre capitalismo industrial y capitalismo financiero se había hecho inútil.<sup>507</sup>

Christian Marazzi constata lo mismo: en EEUU durante las décadas de los ‘70 y los ‘80 las sociedades no financieras –con el sector manufacturero a la cabeza– incrementaron bruscamente sus inversiones en activos financieros en relación a las realizadas en maquinaria e instalaciones.<sup>508</sup> Esto es además coherente con lo que señalamos en el capítulo anterior respecto de los débiles niveles de inversión productiva de la economía estadounidense durante todo el período hasta 2007, de todas formas acompañados de un aumento de la participación de los beneficios en el producto como resultado, entre otras cosas, de la aplicación de políticas neoliberales (contención salarial, precarización laboral, etc.).<sup>509</sup>

En este sentido, aquí entendemos –siguiendo a varios de los autores que venimos citando<sup>510</sup>– que la financiarización de la economía no se explica atendiendo solamente a las medidas políticas que la impulsaron; en el fondo de dichas medidas se encuentran las dificultades que el proceso de acumulación de capital encuentra en la propia “economía real” (incluyendo también los problemas de realización del valor, sobre los que volveremos a continuación), que son las que motivan la creciente afluencia de capitales hacia el sector financiero en busca de ganancias.<sup>511</sup>

---

507 LÓPEZ, Isidro y RODRÍGUEZ, Emmanuel, *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad en la onda larga del capitalismo hispano [1959-2010]*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010, p. 53.

508 Véase MARAZZI, Christian, “La violencia del capital financiero”, en FUMAGALLI, Andrea y otros, *La gran crisis del capitalismo global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2009, pp. 32-34.

509 Véase supra, p. 192.

510 Particularmente: ARCEO, Enrique, “El fin de un peculiar ciclo...”, ob. cit.; FUMAGALLI, Andrea, *Bioeconomía...*, ob. cit.; LÓPEZ, Isidro y RODRÍGUEZ, Emmanuel, *Fin de ciclo...*, ob. cit.; y MARAZZI, Christian, “La violencia...”, ob. cit.

511 No podemos dejar de mencionar –pensando desde América Latina– que, a nivel internacional, la financiarización fue también un vehículo de despojo neocolonialista a los países del sur. Fue en particular la mencionada crisis de la deuda de estas naciones la que posibilitó una suerte de “chantaje” –vía el FMI y el Banco Mundial– que indujo la adopción de políticas neoliberales: privatización de empresas públicas y de la seguridad social,

Así como puede hablarse de una financiarización de las empresas vinculadas a la producción de bienes y servicios, también las economías domésticas y los propios ingresos de los asalariados se han visto imbricados de modo creciente con los movimientos especulativos del sector financiero:

Después de la liberalización y desarrollo de los mercados de capital y de la introyección de las lógicas financieras en las formas de gobierno de las corporaciones industriales, lo que podemos llamar “financiarización de las economías domésticas” se convirtió en la mayor revolución financiera del último cuarto del siglo XX. Desde finales de la década de 1980 la penetración de los útiles financieros sobre las formas de ahorro y consumo de las familias fue ganando posiciones gracias a la reforma de los mercados hipotecarios y a la generalización de las instituciones de inversión colectiva destinadas a los pequeños ahorradores –especialmente los fondos de pensiones que pretendían complementar o incluso sustituir a los sistemas públicos de jubilación. Estas reformas, añadidas al abaratamiento del crédito, crearon las condiciones de partida para nuevas formas de renta financiera socialmente relevantes y para las burbujas patrimoniales de los años noventa y dos mil.<sup>512</sup>

En efecto: desde la década de los ‘80 las políticas neoliberales han tendido a someter a la economía financiera partes crecientes del producto social anteriormente común. No menos importante que la transferencia de lo público al capital mediante las privatizaciones, es la canalización hacia el sector financiero del ahorro colectivo y de los salarios indirectos:

Con los fondos de pensiones y los fondos de inversión dio comienzo el drenaje del ahorro colectivo, primero estadounidense y después mundial, a su creciente inversión en Bolsa. Podemos llamar así financiarización al desvío del ahorro de las economías domésticas sobre los títulos bursátiles (...) La financiarización, más o menos coaccionada, de la renta de trabajo, no inmediatamente percibida y no inmediatamente consumida, es la forma actual más sofisticada del biopoder económico.<sup>513</sup>

Hay que sopesar, también, los efectos al nivel de la subjetividad de esta transferencia, ya que contribuyeron a brindar legitimidad a las políticas neoliberales. En un contexto de claro retroceso de los salarios, particularmente de los deciles más bajos de ingresos, la financiarización de los ahorros es presentada como una promesa individualista de progreso. La mejora económica sería resultado, entonces, del comportamiento de los activos

---

flexibilidad laboral, desregulación financiera, austeridad fiscal, libertad de entrada de capitales extranjeros y apertura comercial indiscriminada –lo cual condujo además a una reprimarización de gran parte de las economías. Los principales beneficiarios de estas políticas fueron, como era de esperarse, el sector financiero internacional y las corporaciones multinacionales, junto con una parte de las burguesías locales.

512 LÓPEZ, Isidro y RODRÍGUEZ, Emmanuel, *Fin de ciclo*, ob. cit., p. 58.

513 FUMAGALLI, Andrea, *Bioeconomía...*, ob. cit., p. 58.

financieros que posee cada uno más que de las reivindicaciones salariales colectivas. Argumento cuestionable –ya que en realidad legitimaba la transferencia de ingresos hacia el capital financiero y el desmantelamiento de las instituciones del Estado de Bienestar– pero cuya fuerza persuasiva o, mejor aún, performativa para la construcción de un “sujeto neoliberal”, sería un error minimizar.<sup>514</sup>

La otra forma por la cual las finanzas invaden la vida de los asalariados y las economías domésticas –y no sólo la de las empresas y los deciles más acomodados de la fuerza de trabajo– es mediante una extensión inusitada del mecanismo que ya estudiamos: el crédito. En un contexto de estancamiento de los salarios, el endeudamiento de los hogares ha sido uno de los vehículos mediante los que se logró, no sin dificultades, recomponer la demanda efectiva. Especialmente desde los ‘90 tiene lugar el proceso, general en todos los países desarrollados pero mucho más pronunciado en EEUU (donde el endeudamiento se da en todos los frentes: fiscal, comercial, empresarial y familiar)<sup>515</sup> que en la zona euro.<sup>516</sup> De este modo, se completa el periplo que explica la financiarización. De un lado, la dificultad para obtener ganancias en la economía real hace que las mismas empresas las busquen en la economía bursátil; del otro lado, el sostenimiento del consumo en un contexto de estancamiento salarial se apoya en el creciente endeudamiento de los hogares. Es así que:

a lo largo de los años noventa, las ramificaciones de la financiarización desbordaron paulatinamente el ámbito de los mercados de valores y de la financiación empresarial para penetrar progresivamente en el tejido social. La síntesis al problema de la demanda

---

514 Sobre el papel clave del proceso de financiarización de las economías domésticas en la construcción de un tipo de sujeto acorde a los dispositivos de la “gubernamentalidad neoliberal”, véase LUCARELLI, Stefano, “La financiarización como forma de biopoder”, en FUMAGALLI, Andrea y otros, *La gran crisis...*, ob. cit., pp. 133-135.

515 El evangelio monetarista dejó de profesarse bastante pronto, al menos en la práctica, en la política económica norteamericana. Tuvo un triunfo político efímero con el nombramiento del monetarista Paul Volcker en la Reserva Federal en 1979, bajo la administración del demócrata Jimmy Carter (1977-1981). Siguiendo las recetas de esta escuela económica, Volcker subió fuertemente las tasas de interés, que llegaron hasta el 20%. El primer efecto fue la explosión de la deuda de los países del tercer mundo, que favoreció al sector financiero. Pero prontamente se hicieron sentir los efectos negativos en la economía estadounidense: la inflación bajó claramente hasta ubicarse en el 3% en 1983, pero el estancamiento económico se profundizó, por lo que se necesitó del “keynesianismo militar” del republicano Ronald Reagan (1981-1989) para mantener la demanda de las manufacturas industriales (véase LÓPEZ, Isidro y RODRÍGUEZ, Emmanuel, *Fin de ciclo*, ob. cit., pp. 105-107). El evangelio, no obstante, continuó su procesión, aunque más particularmente en los países periféricos endeudados vía las conocidas agencias policiales de los países centrales (FMI, Banco Mundial, etc.).

516 Sobre los altos niveles de endeudamiento de los hogares en el período, véase RAPOPORT, Mario y BRENTA, Noemí, ob. cit., pp. 60 y 153-164.

se encontró así en el *keynesianismo de precio de activos*. De este modo, los mecanismos financieros ligados a la facilidad del endeudamiento privado permitieron elevar la demanda de bienes de consumo y, a modo de bucle, la adquisición de nuevos productos financieros –el caso de las hipotecas sería paradigmático. Este mecanismo cumple un doble propósito. Por un lado, encaja perfectamente con el nuevo esquema de posiciones en la apropiación del producto social, puesto que aumenta el volumen de circulación de ingresos hacia las finanzas, cuyo beneficio alimenta a su vez a las nuevas élites propietarias. Y por otro, produce un aumento en la demanda que contrarresta la caída secular de los salarios reales. Dicho de otro modo, en los países capitalistas avanzados se ha articulado una nueva fuente de dinamismo económico, basada en la recomposición financiera de la demanda. El resultado debiera ser la restauración del beneficio capitalista en un contexto caracterizado por la depresión salarial y el estancamiento de la tasa de beneficio en los sectores centrales de la manufactura.<sup>517</sup>

Lo que los autores denominan “keynesianismo de precio de activos” alude entonces a un mecanismo de recomposición de la demanda sostenido por el endeudamiento privado constante; el mismo se mantiene en el tiempo bajo la premisa de que el activo en cuestión (la vivienda por ejemplo) proseguirá su ciclo alcista en el futuro, por lo cual el endeudamiento se justifica también como una inversión financiera conveniente. Esta perspectiva optimista respecto al futuro, lejos de ser el resultado espontáneo de las expectativas libres de los actores que profesa la teoría neoclásica, suele ser publicitada por los grupos de mayor poder en el sistema financiero (bancos, fondos de inversión, calificadoras de riesgo, etc.) y difundida por los medios de comunicación. Se crea entonces una sensación de bonanza económica o “efecto riqueza” que, junto con sofisticados mecanismos financieros –como los productos derivados, la titulación de activos, etc.– alimentan las burbujas especulativas.<sup>518</sup>

Esta dinámica terminaría conduciendo a la reciente crisis del capitalismo, que se manifestó en 2007 en EEUU con el estallido de la burbuja especulativa en el mercado inmobiliario, para luego tener en Europa su epicentro. No vamos a entrar ahora en esta cuestión, que requeriría un análisis exhaustivo. Pero hacemos notar que cualquier estudio serio de esta crisis debería remontarse al menos a la dinámica económica compleja que comienza en la década de los ‘70, con especial atención al proceso de financiarización en su vinculación con las debilidades de la “economía real” (en particular, las dificultades para obtener beneficios de la producción de bienes y servicios y el creciente endeudamiento familiar).

El carácter altamente inestable de la “solución” financiera a las tendencias críticas del capitalismo se debe a que la reproducción del capital depende siempre de la apropiación de plusvalor fruto de la explotación del trabajo, y también de su realización. El capital

---

517 LÓPEZ, Isidro y RODRÍGUEZ, Emmanuel, *Fin de ciclo...*, ob. cit., p. 109.

518 Véanse FUMAGALLI, Andrea, *Bioeconomía...*, ob. cit., pp. 55 y ss.; y LUCARELLI, Stefano, “La financiarización...”, ob. cit., pp. 133 y ss.

financiero juega un papel clave en la administración de estas tendencias, las desplaza en el tiempo y en el espacio, sin por eso lograr anularlas definitivamente. La especulación con los precios de los activos sigue condicionada por la posibilidad de apropiación de plusvalor en el futuro.<sup>519</sup> Es este plusvalor futuro lo que se transforma también en una mercancía que, siendo meramente potencial, puede dar lugar a todo tipo de operaciones especulativas –de ahí el carácter autorreferencial que adquieren, de un modo fetichista, las finanzas, particularmente notable en el caso de las burbujas especulativas. La creciente financiarización de los ingresos tiende sin embargo a trasladar los riesgos vinculados a esta especulación sobre las posibilidades futuras de apropiación de plusvalor al seno de las propias familias asalariadas.

Puede decirse entonces que la financiarización –particularmente la que impacta sobre las economías domésticas– lleva a su término a la sociedad de consumo en tanto subsunción del valor de uso al capital. Porque en la medida en que las finanzas miran al futuro en tanto potencialidad, dan un paso más, al volver mercancía al valor de uso de la fuerza de trabajo (su potencialidad productora de mercancías) y al valor de uso del salario (su potencialidad adquisitiva de mercancías). Además, el sujeto sujetado a una deuda que nunca se termina de pagar es la conclusión lógica del sistema del crédito como régimen de inversión temporal de la relación trabajo-consumo. Finalmente, con el ingreso salarial transformado en inversión financiera, las mismas posibilidades de consumo aparecen condicionadas por los movimientos a futuro del capital. Todo asalariado es un inversor y, por tanto, un capitalista: esa idea tan propia de la teoría neoliberal del “capital humano” es también el horizonte que sostiene ideológicamente a toda sociedad financiarizada.

## **VI. ¿Capitalismo cognitivo-cultural? La subsunción del tiempo de no-trabajo y los dilemas de la crítica tradicional**

En este capítulo hemos reflexionado acerca del devenir de la mercancía tomando como hilo conductor la trayectoria de la llamada “sociedad de consumo”. Nos detuvimos en particular en los distintos dispositivos (la publicidad, la obsolescencia programada, la moda, el crédito, etc.) que apuntan a una progresiva subsunción del valor de uso al valor de cambio,

---

519 Sobre la relación entre el capital financiero y la expectativa de apropiación de plusvalor y por tanto de “trabajo futuro”, véanse: BONEFELD, Werner, “Dinero y libertad. El poder constitutivo del trabajo y la reproducción capitalista”, en HOLLOWAY, John y otros, *Globalización y Estados-Nación. El monetarismo en la crisis actual*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1995, pp. 65-95; y LOGIUDICE, Edgardo, “El marxismo y el consumo” [en línea], en *Herramienta web*, N° 10, Buenos Aires, 2011. En: <http://www.herramienta.com.ar/revista-web/herramienta-web-10> (último acceso: 09/08/2012).

lo cual redundaría en una determinación del acto de consumo como una variable cada vez más imbricada con la necesidad de expandir el proceso de producción de valor y plusvalor.

Vimos también que en esta dinámica ocurre que a medida que el valor de uso simbólico de la mercancía gana importancia relativa respecto del valor de uso material, de modo creciente el conocimiento, la información y muy particularmente la cultura son también subordinados al capital. Esta dinámica, claro está, mantiene una correlación con lo que vimos en el capítulo anterior que tendía a acontecer con el “trabajo concreto”: su devenir cada vez más inmaterial y la consecuente inclusión en el proceso de producción de valor de las capacidades cognitivas y afectivas de la fuerza de trabajo.

De todas formas, creemos que hay que mantener una perspectiva matizada respecto de este desarrollo. La idea de un capitalismo cognitivo/cultural resulta útil desde un punto de vista heurístico, pero corre el riesgo de detenerse únicamente en lo que ocurre en ciertos países centrales (particularmente EEUU), olvidando entonces que el trabajo manual y la materia siguen, no obstante, presentes a nivel de la organización mundial de la producción. A este respecto, hay que sopesar no sólo el papel central que la industria continúa teniendo en algunos países desarrollados (particularmente, Alemania y Japón) sino sobre todo la importancia que el trabajo material tiene en ciertos países en vías de desarrollo (por ejemplo, China, India, México y Brasil).<sup>520</sup> Como señala Žižek, ignorar este soporte material (sustentado en gran medida por trabajadores sobreexplotados de la periferia) es particularmente problemático en la medida que:

lo que caracteriza al “capitalismo tardío” es la escisión entre la producción de experiencias culturales como tales y su base material (parcialmente invisible), entre el Espectáculo (de experiencia teátrica) y sus mecanismos secretos de puesta en escena (...) En la percepción ideológica del Primer Mundo de hoy, el trabajo mismo (la labor manual en tanto opuesta a la actividad de producción cultural “simbólica”), y no el sexo, aparece como el sitio de indecencia obscena a ser ocultado del ojo público.<sup>521</sup>

Retomando lo señalado al final del capítulo cuarto, pareciera que cuando en los países centrales el trabajo se asemeja cada vez más a la “acción” arendtiana, la labor en su sentido clásico (manual) debe ser otra vez apartada de la esfera pública y desplazada a las fábricas hacinadas del tercer mundo. Reponer esta referencia en contra de su olvido y subrayar los mecanismos reales en que se sustenta (la división internacional del trabajo, la

---

520 No hay que olvidar que la inmensa mayoría de la fuerza de trabajo mundial (el 84% ya en 2005, y la cifra aumenta año a año) se concentra en los países en desarrollo (véase OIT, *Cambios en el mundo...*, ob. cit., pp. 22-23).

521 ŽIŽEK, Slavoj, *A propósito...*, ob. cit., p. 125.

sobreexplotación de la mano de obra periférica, etc.) es una exigencia para cualquier perspectiva que se pretenda crítica respecto del capitalismo actual.

Manteniendo esta reserva, la hipótesis de un capitalismo cognitivo/cultural sigue siendo útil para explicitar las limitaciones de la crítica tradicional de la sociedad moderna, centrada todavía en una cierta configuración del trabajo concreto (la que en los países centrales correspondía al industrialismo de los siglos XIX y buena parte del XX). Para esta crítica, el trabajo realizado en la fábrica constituía el prototipo de la dominación moderna. La actividad reducida a un conjunto de gestos repetitivos prescritos verticalmente; el predominio de la ciega racionalidad instrumental; la autonomía individual hecha trizas por la hegemonía de mecanismos sistémicos: en la fábrica (y en particular en el “trabajo concreto” desplegado en ella) aparecían sintetizadas todas las características de la dominación en las sociedades modernas. La crítica tradicional asumía como un hecho consumado e irreversible esta configuración del trabajo concreto (un precio a pagar por el progreso, por así decir) y alertaba respecto de la necesidad de mantener sus mecanismos característicos en ese ámbito, de modo que no invadieran terrenos (por ejemplo, la política en el sentido de la acción arendtiana, el mundo de la vida habermasiano, etc.) que no les corresponderían por “derecho propio”.

Así como en el capítulo anterior comenzamos a señalar las limitaciones de dicha crítica partiendo del estudio de las transformaciones “posfordistas” del trabajo, en este capítulo avanzamos en la misma línea tomando como hilo conductor la trayectoria de la mercancía en la sociedad de consumo. También más allá de la fábrica se despliegan un conjunto de mecanismos que actúan y modelan las conductas de los sujetos, de acuerdo a las nuevas necesidades de acumulación y realización del valor. Estos mecanismos son diferentes a los estudiados por la crítica tradicional: apelan a la realización inmediata de los deseos del individuo en lugar de apuntar a la moral del esfuerzo y la postergación racional del deseo; invocan una suerte de autoexpresión personal (es el caso de la publicidad, por ejemplo) que en principio aparece como contraria a un acoplamiento del individuo a mecanismos preestablecidos; conciben al cambio constante e incluso a la transgresión como valores más estimables que la estabilidad y la previsibilidad de las conductas; etc.

Mecanismos de subjetivación que, como ya comenzamos a entrever en el capítulo anterior, aparecen replicados en los espacios de trabajo “posfordistas”: también allí se apela a los valores y necesidades que alientan al cambio constante, al involucramiento de los propios deseos, a la automotivación e iniciativa, etc. Algo de esto avizoraba Bauman cuando señalaba que actualmente el trabajo es juzgado más desde la estética (que el mismo sea interesante,

que constituya una experiencia atractiva, etc.) que desde la ética (deber social);<sup>522</sup> de modo similar, Rifkin plantea que en el “capitalismo cultural” se estaría efectuando un pasaje desde la “ética del trabajo” (vinculada a la creación de objetos materiales) a la “ética del juego”, propia del consumo simbólico pero que sin embargo invadiría al propio trabajo concreto (en tanto creación de experiencias culturales, por ejemplo).<sup>523</sup> Diagnósticos que resultan exagerados –porque la regla de que para vivir hay que trabajar no parece haber perdido vigencia a pesar de todo; porque más que la ausencia de mecanismos de control del trabajo lo que entendemos aquí que está aconteciendo es un cambio en la forma en que operan– pero que son indicativos de ciertas tendencias en curso que están afectando la configuración de los procesos productivos.

Así como vimos en el capítulo cuarto que cada vez más capacidades –e incluso la persona entera– son puestas a producir valor en el tiempo de trabajo, en este capítulo planteamos que con la subsunción del valor de uso al valor de cambio –que en el posfordismo se profundiza– es el tiempo de no-trabajo el que crecientemente queda sujeto a las necesidades del capital y, en tanto tal, es mercantilizado. A todas luces, esto va en dirección contraria al horizonte utópico trazado por los teóricos del “fin del trabajo”: el de una creciente desmercantilización del tiempo de vida como resultado de una contracción del tiempo de trabajo. Aunque esta perspectiva no deja de tener vigencia en el terreno de lo posible, sería ingenuo ignorar que el capitalismo en curso sigue en muchos aspectos un camino claramente divergente con ella.

El lector podría preguntarse con todo derecho por qué no cabe interpretar esto como la profundización de la perspectiva distópica ya contenida como posibilidad en la crítica tradicional: ¿no estaríamos presenciando un avance sin precedentes en la colonización del mundo de la vida por el sistema (Habermas) y/o una reducción de la vida humana a los ciclos de la labor (Arendt)? Pero de este modo estaríamos pasando por alto que según el recorrido que realizamos no es exactamente la lógica predicha por esta crítica la que hoy se estaría extendiendo. Ante todo, vimos que en el posfordismo sucede que en el mismo trabajo concreto se hibridan la “acción instrumental” y la “acción comunicativa”, la “labor” y la “acción”. Incluso los dispositivos que se utilizan para subsumir a los trabajadores en el proceso productivo replican en parte, como señalamos, a los utilizados ya antes para la subsunción del tiempo de no-trabajo (implicación subjetiva, movilización del deseo, etc.). El

---

522 Véase supra, p. 157.

523 Véase RIFKIN, Jeremy, *La era...*, ob. cit., pp. 330-336.

capital opera entonces por todo el campo social (tanto en el tiempo de trabajo como en el de no-trabajo) de un modo que parece más bien subvertir las categorías de la crítica tradicional.

En el próximo capítulo nos enfocaremos justamente en el problema de la crítica. Veremos que incluso la reestructuración del capitalismo desde los '70 puede concebirse como una suerte de respuesta a la crítica tradicional. Abordaremos el tema a través del análisis de las construcciones conceptuales presentes en los discursos de la llamada "nueva gestión empresarial". A partir de ellas, podremos estudiar mejor los nuevos mecanismos de control/subjetivación que operan sobre los trabajadores, a la vez que estaremos en condiciones de profundizar los argumentos que expusimos hasta aquí para explicar por qué la crítica tradicional del trabajo ha perdido potencialidad. El diagnóstico resultante nos brindará elementos importantes para empezar a avizorar los caminos que tenemos para recuperar la crítica del trabajo y del capitalismo actual.

## CAPÍTULO SEXTO

### UN CAPITALISMO QUE NEUTRALIZA LA CRÍTICA: LOS DISCURSOS DE LA “NUEVA GESTIÓN EMPRESARIAL”

Los discursos de la nueva gestión empresarial que se consolidan hacia la década de los ‘90 pueden ser considerados como una ilustración ejemplar de las tendencias señaladas en los capítulos cuarto y quinto. Se trata de una literatura dirigida en especial a los cuadros de las empresas –con fuerte arraigo en las corporaciones transnacionales en particular– que pone de manifiesto cambios considerables en los valores con que se intenta sostener el capitalismo, así como en las formas con las que busca la movilización y adhesión de los sujetos, hasta el punto que se ha hablado –siguiendo la terminología de Max Weber– de un “nuevo espíritu del capitalismo”.<sup>524</sup>

Estos discursos llaman a movilizar a las personas a partir de “motivaciones intrínsecas” al trabajo y no simplemente por la retribución de premios y castigos extrínsecos a las tareas. Plantean además la necesidad de implicar subjetivamente al personal en los objetivos y valores de la empresa. Al mismo tiempo, y en claro contraste con los discursos empresariales del período de posguerra, critican las formas de organización basadas en la autoridad, la jerarquía, la planificación, así como también el predominio de la razón calculadora e instrumental. Por el contrario, proponen la movilización de los trabajadores evitando formas de manipulación directa de la conducta; buscan reemplazar el control jerárquico por el autocontrol; e intentan conformar un tipo de razón “más humana”, afectiva y creativa.

Una cuestión que se procurará poner de manifiesto es que los mecanismos que prescriben y legitiman estos discursos no pueden entenderse sino en conexión con las características que adquiere en la fase actual el proceso de valorización del capital. La extensión del llamado “trabajo inmaterial” y las nuevas capacidades puestas en juego en la producción (capítulo cuarto), hacen necesarios mecanismos de “implicación” de los trabajadores, la identificación con los valores de la empresa y la cesión voluntaria de todas las capacidades de la fuerza de trabajo al capital.

En este sentido, una hipótesis a desarrollar es que también en el plano de los discursos de la nueva gestión empresarial volvemos a encontrar la creciente fusión entre “trabajo” y “vida”, entre acción instrumental y acción comunicativa, entre heteronomía y autonomía.

---

524 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit.

Desde este punto de vista podremos explicar también por qué Habermas, crítico de las formas de manipulación de la acción y de las “distorsiones” de la comunicación, es paradójicamente (ya que él tiende a excluir la “acción comunicativa” del subsistema económico) una de las fuentes filosóficas más presentes en estos discursos.

Finalmente, los discursos de la nueva gestión empresarial pueden interpretarse como una forma de respuesta –y también de apropiación por el propio sistema– a las críticas radicales que cristalizaron en la década del ‘60 hacia el carácter heterónimo, alienante y subordinado del trabajo asalariado, y que son las que en definitiva retoman los teóricos del “fin del trabajo”. Entender el modo en que el capitalismo ha neutralizado estos cuestionamientos resulta crucial como punto de partida para poder pensar los caminos a seguir para recuperar la crítica desde una perspectiva radical de puesta en cuestión del actual sistema.

## **I. El poder de recuperación del capitalismo**

Una de las características distintivas que tradicionalmente se les ha imputado a las sociedades modernas estriba en que ellas se encontrarían, a diferencia de las sociedades que les precedieron, en permanente transformación. Esta cuestión, que la teoría sociológica procuro asir conceptualmente desde distintas perspectivas, fue tratada también por Marx en su análisis crítico del capitalismo. El tema es conocido: el capital, por su necesidad interna de acrecentar el plusvalor, tiende a desarrollar de un modo permanente las fuerzas productivas. Y recordemos que incluso para Marx dicho desarrollo, que en el capitalismo es sólo un medio, es lo que constituye ni más ni menos que la misión históricamente progresista de este sistema.

Según la visión evolucionista canonizada en el prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política* es este desarrollo de las fuerzas productivas el que, llegado un momento determinado, entra en contradicción con las relaciones sociales de producción.<sup>525</sup> Esta formulación parece implicar, de esta manera, la distinción entre un momento “normal” del modo de producción –en el cual habría correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales– y un momento “anormal” o “crítico” –en el cual ocurriría un desajuste entre las fuerzas y las relaciones.

---

525 Véase MARX, Karl, “Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política”, en MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1980, p. 182.

Slavoj Žižek ha observado con perspicacia que el mismo Marx en *El capital* pone en cuestión implícitamente –o al menos complejiza– esta idea evolucionista lineal.<sup>526</sup> En efecto: allí se plantea que la subsunción formal precede a la real, lo cual significa que en un principio el capital se apropia de las fuerzas productivas tal como estas estaban organizadas con anterioridad (artesano, oficios, etc.) para recién posteriormente moldearlas de acuerdo a las necesidades del proceso de valorización. Así, no pareciera haber aquí un primer período “normal” de correspondencia fuerzas/relaciones: son las mismas relaciones las que van creando progresivamente sus fuerzas productivas adecuadas. Esto no sólo plantea la necesidad de revisar la idea evolucionista de unas fuerzas productivas que van determinando unilateralmente sus relaciones correspondientes, sino que implica también un cuestionamiento a la perspectiva según la cual dichas fuerzas serían neutrales.<sup>527</sup>

Un segundo punto resulta aún más decisivo: la subsunción real, lejos de inaugurar un período “normal”, constituye el umbral a partir del cual comienzan a aflorar todas las contradicciones del capitalismo. Según vimos, en la formulación más abstracta de los *Grundrisse* el tema se plantea en términos de una brecha creciente entre el valor (dependiente del tiempo de trabajo) y la riqueza material (dependiente de la productividad alcanzada). Pero es en la perspectiva más concreta del Tomo III de *El capital* donde la cuestión resulta aún más clara. Particularmente, en los capítulos dedicados a la baja tendencial de la tasa de ganancia se analiza cómo el aumento de la productividad del trabajo –medio decisivo para incrementar el plusvalor relativo– entra progresivamente en contradicción con el proceso de valorización. Resumiendo: los aumentos de productividad conllevan un incremento de la proporción de capital constante en relación al variable con la cual, manteniéndose inalterada la tasa de explotación, la masa de plusvalor apropiado por una determinada cantidad de capital disminuye, y con ella también lo hace la tasa de ganancia.<sup>528</sup>

Sin entrar en los detalles del texto, hay que señalar que la lectura marxiana sobre la baja tendencial está lejos de ser determinista y lineal. Marx dedica un capítulo a analizar las causas contrarrestantes a la ley (como la elevación de la explotación del trabajo, la creación de nuevos mercados, etc.).<sup>529</sup> Y, lo que es más importante, la baja tendencial tiende a acelerar y ampliar el proceso de acumulación de capital, en la medida en que la baja en la tasa se intenta compensar con un aumento en la masa del plusvalor apropiado, lo cual supone

---

526 Véase ŽIŽEK, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 83.

527 Recordemos que esta cuestión la desarrollamos con cierto detalle en el capítulo segundo.

528 Véase MARX, Karl, *El capital, Tomo III*, ob. cit., cap. XIII.

529 Véase ibíd., cap. XIV.

mayores desembolsos de capital productivo. Esto favorece la concentración del capital y a la vez potencia los problemas de sobreacumulación, que se intentan salvar ampliando el campo externo de la producción (el mercado mundial).<sup>530</sup> Puede decirse entonces que el modo “normal” de funcionamiento del capital es el de conjurar sus límites, pero al precio de reproducirlos en una escala mayor:

La producción capitalista tiende constantemente a superar estos límites que le son immanentes, pero sólo lo consigue en virtud de medios que vuelven a alzar ante ella esos mismos límites, en escala aun más formidable. El *verdadero límite* de la producción capitalista lo es *el propio capital*.<sup>531</sup>

Resulta relevante la explicitación que Deleuze y Guattari ofrecen de la noción de *límite inmanente* que se pone a jugar en este texto, así como de sus consecuencias:

por una parte, el capitalismo no puede proceder más que desarrollando sin cesar la esencia subjetiva de la riqueza abstracta, producir para producir, es decir “la producción como un fin en sí, el desarrollo absoluto de la productividad social del trabajo”; pero, por otra parte y al mismo tiempo, no puede hacerlo más que en el marco de su propio fin limitado, en tanto que modo de producción determinado, “producción para el capital”, “valorización del capital existente”. Bajo el primer aspecto, el capitalismo no deja de superar sus propios límites (...) pero, bajo el segundo aspecto, estrictamente complementario, el capitalismo no deja de tener límites y barreras que son interiores, immanentes, y que, precisamente porque son immanentes, no se dejan sobrepasar más que reproduciéndose en una escala ampliada.<sup>532</sup>

Esto significa que el capitalismo se distingue de otros sistemas por un poder específico: sus límites son immanentes, y de ahí que el capital constituya una fuerza siempre en movimiento, ya que enfrenta estos límites reproduciéndolos a una escala ampliada (incluso geográfica, planetaria). La cuestión es explicitada también por Žižek, que critica al evolucionismo marxista canonizado en el prólogo de la *Contribución...* Es que el capitalismo no conoce correspondencia entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción, pero de esta contradicción, de este límite interior, deriva su fortaleza, su peculiar poder de recuperación:

Así es exactamente como el capitalismo difiere de otros modos previos de producción: en estos últimos, podemos hablar de períodos de “acuerdo”, cuando el proceso de

---

530 Véase ibíd., cap. XV, donde se analizan estas cuestiones en un intento de explicar el desarrollo conflictivo y complejo de las contradicciones internas de la ley de la baja tendencial.

531 Ibíd., p. 321.

532 DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *El Anti Edipo...*, ob. cit., p. 267. Las expresiones entrecomilladas refieren todas al Tomo III de *El capital*.

producción y reproducción social marcha en un movimiento tranquilo y circular, y de períodos de convulsión, cuando la contradicción entre fuerzas y relación se agrava; en tanto que en el capitalismo, esta contradicción, la discordia fuerzas/relación, *está contenida en su concepto* (...) Es esta contradicción interna la que obliga al capitalismo a la reproducción extendida y permanente (...) El estado “normal” del capitalismo es la revolución permanente de sus propias condiciones de existencia (...) Lejos de ser constrictivo, su límite es, así pues, el ímpetu mismo de su desarrollo. En ello reside la paradoja propia del capitalismo, su último recurso: el capitalismo es capaz de transformar su límite, su impotencia misma, en el origen de su poder.<sup>533</sup>

Otras lecturas respecto del poder de recuperación del capitalismo ponen el acento en la capacidad de este sistema para integrar los factores no sólo objetivos sino ante todo subjetivos que lo limitan. El autonomismo italiano, por su método de análisis, es la corriente que sigue más claramente esta línea. En el parágrafo VI del capítulo cuarto hemos expuesto la tesis autonomista según la cual el comportamiento del capital es siempre reactivo, ya que sus cambios y reestructuraciones serían una respuesta determinada por el “polo activo” (el proletariado) antes que una necesidad interna “objetiva”. Aunque planteamos fuertes reservas respecto de esta lectura por considerar ante todo que mediante este “giro subjetivo” se corre el riesgo de perder de vista la especificidad del trabajo en el capitalismo, en este punto de la investigación esta idea puede resultar útil como recurso heurístico.

Esto se debe a que en este capítulo nos interesa en particular analizar la reestructuración del capitalismo tras la crisis de los ‘70 en términos de una neutralización de las críticas realizadas a los modos de organización del trabajo dominantes en el período de posguerra. No queremos decir con esto que dicha reestructuración se haya debido exclusivamente a estas críticas, aunque creemos que es válido conjeturar que las mismas –en la medida en que también se encarnaron en prácticas concretas de resistencia– pudieron condicionar al menos parcialmente el cambio y/o las características que asumió. En efecto: cuando analizamos las causas de la crisis, señalamos que las demandas de los trabajadores en el período de posguerra –que en los ‘60 en particular cristalizaron en fuertes luchas– constituyeron uno de los factores (no el único) que condicionaron la caída de las tasas de ganancia. Interpretar el proceso posterior como una forma de responder a estas demandas nos servirá para explicitar y desarrollar una de las hipótesis centrales que venimos defendiendo: que la reestructuración capitalista ha redundado en la neutralización de una cierta modalidad de “crítica del trabajo”. Esta hipótesis, presente en el autonomismo, ha sido desarrollada más explícitamente –con otra perspectiva teórica y política– por Boltanski y Chiapello. Continuaremos la exposición siguiendo en buena medida estos análisis.

---

533 ŽIŽEK, Slavoj, *El sublime...*, ob. cit., p. 84.

## II. La reestructuración como respuesta a la crítica del “trabajo”

No sin razón, los autores que defienden la hipótesis según la cual el poder de recuperación del capitalismo abarca también la inclusión bajo su lógica de las fuerzas críticas que se le oponen encuentran un antecedente histórico previo que la avala en la reestructuración fordista.<sup>534</sup> Ciertamente: el modo de regulación fordista ha sido interpretado como la respuesta capitalista a la revolución rusa. Desde este prisma, son dos los aspectos del mismo que merecen ser subrayados. De un lado, la relación salarial fordista instituye una forma de justicia social basada en una repartición más equilibrada del producto social entre el capital y el trabajo: una porción de los frutos del “progreso” son entonces apropiados por la clase asalariada. Esta es la respuesta a la crítica según la cual los trabajadores no pueden esperar del capitalismo otra cosa que no sea la exacerbación de la explotación y la profundización de su miseria. Del otro lado, la acción estatal y la centralidad de las grandes corporaciones piramidales que organizan la producción amplían, aunque sea en una medida relativa, las capacidades de regulación y control conciente del proceso económico. Esta es la respuesta a la crítica que entiende que el capitalismo equivale a la anarquía de un mercado autorregulado refractario a toda acción conciente pasible de contener las tendencias a la crisis así como de reconducir los diversos intereses parciales hacia objetivos más acordes al bien común.

Bajo un prisma similar, la reestructuración posfordista es interpretada por estos autores como la respuesta capitalista a las luchas de las décadas de los ‘60 y ‘70. Ahora bien: lo que tenemos que dilucidar es a qué tipo de críticas va a responder ahora el capitalismo.

En *Imperio*, Hardt y Negri interpretan la crisis que comienza a manifestarse con nitidez a fines de los ‘60 como un resultado de las luchas proletarias del período. ¿Cuál era el contenido de estas luchas? ¿Qué tipo de crítica conllevaban? Del planteo de estos autores, se desprende que podrían distinguirse dos líneas estratégicas al respecto. Por un lado, los trabajadores habrían aprovechado la era fordista “para expandir las fuerzas sociales del sector obrero, aumentar el valor de la fuerza laboral y rediseñar el conjunto de las necesidades y deseos a los que habían respondido el salario y las políticas del Estado benefactor”.<sup>535</sup> Esto habría redundado en una elevación del valor de la fuerza de trabajo y en una consecuente contracción de las ganancias. Ahora bien: al lado de estas demandas de redistribución del

---

534 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., pp. 63 y 296; desde el autonomismo, véase por ejemplo NEGRI, Antonio, “John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el ‘29”, en *Crisis de la política*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2003, pp. 11-36.

535 HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Imperio*, ob. cit., p. 241.

producto los autores enfatizan en particular la centralidad que habría adquirido con el tiempo el rechazo del trabajo y, más específicamente, el repudio de las formas disciplinarias que adoptaba en el período fordista:

Las diversas formas de protesta y experimentación social se concentraron en repudiar la valoración del tipo de programa fijo de producción material típico del régimen disciplinario (...) Los movimientos valoraron en cambio una dinámica más flexible de la creatividad y ciertas formas de producción que podrían considerarse más *inmateriales*.<sup>536</sup>

Nótese que aquí la referencia es un tipo de crítica diferente: ya no hacia la explotación y la injusticia social sino hacia un modo de organización de la producción –una forma de estructurar el “trabajo concreto”. Habrían sido en particular sujetos sociales hasta cierto punto refractarios a las representaciones obreras tradicionales (jóvenes, mujeres, etc.) los que mejor encarnaron este tipo de crítica. Tal es la importancia otorgada a la misma por Hardt y Negri que llegan a afirmar que ella implicó una transmutación (nietzscheana) de todos los valores:

La juventud, que rechazaba la repetición narcótica de la sociedad-fábrica, inventaba nuevas formas de movilidad y flexibilidad, nuevos estilos de vida. Los movimientos estudiantiles obligaron a dar un alto valor social al conocimiento y el trabajo intelectual. Los movimientos feministas (...) elevaban el valor social de lo que tradicionalmente se había considerado como el trabajo femenino, que conlleva un alto contenido de afecto y cuidados protectores y se concentra en los servicios necesarios para la reproducción social. Toda la gama de movimientos y toda la contracultura emergente destacaban el valor social de la cooperación y la comunicación. Esta transmutación masiva de los valores de la producción social y la producción de nuevas subjetividades inició el camino de una enérgica transformación de la fuerza laboral (...) los indicadores de valor de todos estos movimientos –la movilidad, la flexibilidad, el conocimiento, la comunicación, la cooperación, lo afectivo– terminarían por definir la transformación de la producción capitalista de las décadas siguientes.<sup>537</sup>

La reestructuración capitalista se interpreta, de este modo, como la respuesta del capital a la nueva composición de la fuerza de trabajo. La hipótesis autonomista es, entonces, que el modelo disciplinario-fordista de organización entró en crisis ya que no resultaba adecuado para acoplar a esta nueva fuerza laboral a los procesos de valorización del capital. Iremos viendo cómo dicha reestructuración implicó la neutralización al menos parcial de esta segunda crítica del trabajo, centrada en la gestión disciplinaria del trabajo fabril.<sup>538</sup>

---

536 *Ibid.*, p. 242.

537 *Ibid.*, p. 243.

538 Por esto Virno, que no comparte –al menos no en el mismo grado– el optimismo de Negri, señala que en los ‘60 y ‘70 tuvo lugar en occidente una revolución derrotada que sería apropiada capciosamente por el mismo capital. Es más: el autor plantea que si el fordismo fue

Son Boltanski y Chiapello quienes enfocan el análisis precisamente en esta neutralización de la crítica. Siguiendo los pasos del proceso político francés, señalan que en los conflictos que rodean a mayo de 1968 se asocian los dos tipos de crítica al capitalismo que aparecían en los planteos de Hardt y Negri. De un lado, una *crítica social* encabezada por los obreros y articulada por los sindicatos, que denuncia al capitalismo en términos de explotación económica. Del otro lado, una *crítica artista*, llevada a cabo especialmente por estudiantes y obreros jóvenes, que denuncia:

por una parte, el desencantamiento, la inautenticidad, la “miseria de la vida cotidiana”, la deshumanización del mundo bajo el dominio de la tecnificación y de la tecnocratización; por otra, la pérdida de autonomía, la ausencia de creatividad y las distintas formas de opresión del mundo moderno (...) En el ámbito del trabajo y de la producción (...) predomina la denuncia del “poder jerarquizado”, del paternalismo, del autoritarismo, de los horarios impuestos, de las tareas prescritas, de la separación *taylorista* entre concepción y ejecución y, más en general, de la división del trabajo, teniendo como contrapunto positivo las exigencias de autonomía y de autogestión y la promesa de una liberación sin límites de la creatividad humana.<sup>539</sup>

Cada crítica cristaliza en demandas diferentes: la crítica social requiere ante todo seguridad y justicia económica, mientras que la crítica artista se centra en el pedido de autonomía.<sup>540</sup> Y aunque los límites entre una y otra podían diluirse en la práctica discursiva efectiva de los actores, la utilidad analítica de la distinción resultaría crucial retrospectivamente –a la luz del modo en que el capitalismo iba a responder a estas críticas.

En efecto, en un primer momento (1969-1973), la patronal interpreta los cuestionamientos en términos de la crítica social. Negocia entonces con los sindicatos acuerdos de reparto del valor añadido que resultan beneficiosos para el colectivo de los trabajadores. No obstante, no concede un ápice en lo que a la crítica artista refiere: “la patronal temía menos a una prueba de fuerza con los sindicatos a escala nacional sobre la cuestión salarial que a una desorganización de la producción y a una pérdida progresiva del control en el taller y la empresa.”<sup>541</sup>

Sin embargo, esta política no brinda los resultados esperados. Por un lado, se muestra costosa para la patronal. Si durante el período precedente (1945-1965) los aumentos

---

la apropiación capitalista del “socialismo real”, el posfordismo es la apropiación capitalista de ciertas proclamas “comunistas” de los movimientos de los ’60 y ’70 (extinción del Estado, rechazo del trabajo asalariado, valoración de la singularidad). De ahí su afirmación paradójica de que el posfordismo es el “comunismo del capital” (véase VIRNO, Paolo, *Gramática...*, ob. cit., pp. 127-130).

539 BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., pp. 245-246.

540 Ibid., p. 247.

541 Ibid., p. 267.

salariales acompañaban los incrementos de productividad, en el período en consideración los aumentos comienzan a erosionar los márgenes de beneficios. Además, no sólo en Francia – caso en que se detienen Boltanski y Chiapello– sino en la mayor parte de los países industrializados –ya lo hemos señalado– se empieza a constatar una moderación significativa de los incrementos de productividad. Pero por otro lado –y esto es lo más importante– esta política no se mostró eficaz para contrarrestar la “desorganización del trabajo” (rechazo del trabajo que se manifiesta en huelgas, ausentismos, etc.).<sup>542</sup>

Este fracaso, así como la agudización de la crisis (particularmente luego de 1973, con el *shock* del petróleo), plantean a la patronal la necesidad de un cambio de estrategia. ¿En qué consistió? Boltanski y Chiapello son enfáticos al respecto: la nueva respuesta consiste en interpretar la crisis en el mundo productivo en términos de la crítica artista:

Según esta segunda interpretación, que había sido formulada desde finales de la década de 1960 en particular por los sociólogos del trabajo, la crisis del capitalismo no tiene como fundamento la reivindicación de salarios más elevados y menos aún una exigencia de mayor seguridad en el empleo. Es la expresión de una *revuelta contra las condiciones de trabajo* y particularmente contra el *taylorismo*.<sup>543</sup>

El nuevo paradigma de intervención llama a que las empresas “gestionen lo social”, haciéndose cargo de las “reivindicaciones” y “aspiraciones” individuales de los asalariados. Esta gestión puede pasar por alto el papel de los sindicatos cuando estos no se muestren dispuestos a apoyar y colaborar con el oportuno cambio de estrategia –que, supuestamente, resultaría beneficioso para todos y particularmente para los propios trabajadores. Se trataría de instaurar así la “democracia en el trabajo”, reemplazando la gestión empresarial autoritaria por “grupos de trabajo semiautónomos”.<sup>544</sup> Precisamente, la respuesta a la demanda de autonomía – núcleo de la crítica artista– constituye la novedad principal de esta política:

La innovación, sin embargo, consistirá principalmente en reconocer la validez de la exigencia de autonomía e, incluso, en hacer de ella un valor absolutamente central del nuevo orden industrial, y eso no sólo en beneficio de aquellos que la reclaman –los ingenieros y los cuadros diplomados de las grandes empresas–, sino también de quienes no la reclaman, al menos explícitamente, es decir, de los obreros que habían protagonizado el grueso de las luchas sociales de los últimos diez años. Las medidas que pretenden aportar una mayor seguridad a los asalariados son sustituidas por medidas que

---

542 Véase *ibíd.*, pp. 272-273.

543 *Ibíd.*, p. 269.

544 Entrecorramos las expresiones que son usadas explícitamente por las cámaras empresariales que impulsan el nuevo modelo (particularmente, la CNPF, que reúne a dirigentes de las grandes empresas francesas, y la Comisión Trilateral, organismo internacional vinculado a los intereses de organizaciones financieras y multinacionales que impulsan la internacionalización del capital). Para más detalles, véase *ibíd.*, pp. 274-275.

tratan de aligerar el control jerárquico y tomar en consideración los “potenciales” individuales. A raíz de una *inversión de política, la autonomía fue, de alguna manera, intercambiada por la seguridad*.<sup>545</sup>

De este modo, el control de las empresas se consigue respondiendo a las demandas de autonomía en lugar de incrementando el poder de las jerarquías. De ahí algunas medidas concretas: reemplazo de los controles disciplinarios por el autocontrol y mayores responsabilidades para los asalariados; exigencia de que los cuadros cumplan el papel de “consejeros” antes que de “jefes”; evaluación de los asalariados menos por las calificaciones ya obtenidas que por sus potenciales para adquirir capacidades y enfrentar nuevas tareas –a esto último, recordemos, refería el concepto de “competencia”.<sup>546</sup>

Boltanski y Chiapello plantean que este desplazamiento práctico-discursivo está anticipando la progresiva constitución de un “nuevo espíritu del capitalismo”. Denominan “espíritu del capitalismo” a “la ideología que justifica el compromiso con el capitalismo”,<sup>547</sup> y entienden que desde fines del siglo XIX pueden distinguirse al menos dos fases previas en el desarrollo del mismo. La primera (fines del siglo XIX) toma como modelo normativo la figura del emprendedor burgués, arriesgado e innovador; la segunda (entre 1930 y 1960) exalta los valores de la gran empresa industrial, centralizada y burocratizada.<sup>548</sup> El espíritu del capitalismo mantiene una relación dialéctica con la crítica, que puede ser tanto un incentivo para el reforzamiento de sus dispositivos de justicia como para –si el entorno político y tecnológico lo permite y amerita– su transformación. Esto último es lo que habría ocurrido en el período posterior a la crisis de los ‘70: la constitución de un nuevo espíritu del capitalismo que responde a las críticas realizadas al segundo espíritu llegando incluso a neutralizarlas.

Notemos que los temas que recoge lo que Boltanski y Chiapello denominan “crítica artista” coinciden básicamente con aquellos que aparecían en los teóricos del “fin del trabajo”. Antes que la explotación económica, lo que denuncian estos planteos es la falta de autonomía en el trabajo y la “alienación” resultante. Por cierto: algunos de los pensadores que abordamos apoyaron los movimientos radicales de los ‘60, e incluso reflexionaron a partir de ellos. En pleno 1968, Habermas veía en los movimientos estudiantiles de protesta la encarnación más clara de unas reivindicaciones que trascendían lo económico al cuestionar los propios modos tecnocráticos de compensación, llamando a su vez al establecimiento de

---

545 *Ibíd.*, p. 280.

546 Véase *ibíd.*, pp. 281-285. Recuérdese que las medidas primera y tercera en esta somera enumeración ya se consideraron en el capítulo cuarto.

547 *Ibíd.*, p. 41.

548 Véase *ibíd.*, pp. 56-60.

nuevas formas de vida y de participación en la opinión pública.<sup>549</sup> Las protestas también impactaron en Gorz, ya que convergían también con su socialismo existencialista en la denuncia de las instituciones (Estado, Empresa, Familia, etc.) que limitaban la libertad y autonomía del sujeto.<sup>550</sup> Más allá de esto –que constituye apenas una anécdota sugerente– lo importante para nosotros es mostrar que la neutralización de la crítica artista en particular abarca también a la crítica tradicional del trabajo tal como la fuimos reconstruyendo a partir de estos autores junto con otros. En el siguiente párrafo enfocaremos precisamente esta cuestión.

### **III. Los discursos de la nueva gestión empresarial y la neutralización de la crítica tradicional**

Boltanski y Chiapello utilizan como fuente de información primordial del nuevo espíritu del capitalismo un *corpus* importante de textos de gestión empresarial de la década de los '90. Se trata de una literatura dirigida fundamentalmente a los cuadros de las empresas –teniendo en consecuencia un carácter normativo antes que descriptivo. Estos discursos no deberían interpretarse como un mero reflejo de la realidad; ni siquiera como una mirada distorsionada de la misma –tal como supondría el concepto tradicional de “ideología” en términos de “falsa conciencia”. Boltanski y Chiapello los presentan como manifestaciones del “nuevo espíritu del capitalismo”, y en cuanto tales brindan elementos para legitimar este sistema –de ahí su carácter eminentemente normativo.

En la medida en que están dirigidos a los cuadros de las empresas, estos discursos se centran en los modos de organización del proceso productivo. Por lo tanto, no es casual que mantengan una vinculación con las mutaciones que sufren estos últimos. La nueva gestión empresarial en particular debe comprenderse, entonces, en relación con las transformaciones que analizamos en el capítulo cuarto. Relación que, insistimos, no interpretamos en términos unilaterales (como en la teoría del “reflejo”). Pensamos más bien en dos tipos de relaciones que se retroalimentan: una en términos de legitimación (en línea con Boltanski y Chiapello); otra en términos performativos, ya que estos discursos tienen un sentido fundamentalmente

---

549 Véase HABERMAS, Jürgen, “Ciencia y técnica...”, ob. cit., pp. 108-112.

550 Aunque a diferencia de Habermas, en todo este período y hasta la aparición de *Adiós al proletariado* Gorz mantenía en líneas generales la idea de que con la abolición del capital también se eliminarían las formas de dominación dentro del proceso productivo, defendiendo entonces el ideal de “autogestión obrera”.

práctico, contribuyendo también a conformar los modos de organización/gestión del proceso de trabajo.

En este párrafo, nuestro objetivo primordial es dar apoyo al argumento que venimos defendiendo según el cual la reestructuración del capitalismo ha neutralizado al menos parcialmente la modalidad tradicional de crítica del trabajo. Mostraremos que en la búsqueda de brindar legitimidad a los cambios ante todo organizacionales implicados por dicha reestructuración, los discursos de la nueva gestión empresarial ponen en funcionamiento una crítica feroz contra los modos distintivos de la etapa fordista (o del segundo espíritu del capitalismo, en términos de Boltanski y Chiapello). Veremos que, en este punto, coinciden con las críticas formuladas por los teóricos del “fin del trabajo”, pero que sin embargo avanzan a partir de ellas hacia una justificación de las nuevas estructuras organizacionales. En esta justificación, el lugar del trabajo como centro de la vida individual y social termina siendo reforzado e incluso exaltado –resultado inverso al que preveían y prescribían aquellos teóricos. Plantearemos justamente que lo que esta paradoja aparente está marcando es que los planteos sobre el “fin del trabajo” están desfasados en su crítica: es el concepto de “trabajo” que mantienen el que ha sido relativizado por el mismo desarrollo del capitalismo. La prueba radicaría en que los discursos que hoy buscan legitimar este sistema comparten sus críticas.

El *corpus* que analizan Boltanski y Chiapello está compuesto de escritos francófonos de gestión; la mayor parte de ellos corresponde a autores franceses, y una porción menor a artículos traducidos de autores de otros países (principalmente EEUU). Esto se explica porque el objeto de ellos es primordialmente el espíritu del capitalismo en Francia; sin embargo, señalan con razón que la configuración ideológica francesa no es independiente de la de otros países –particularmente del resto de la Unión Europea, EEUU y Japón. Los escritos de gestión se basan en ideas generales internacionalmente difundidas, que de todos modos son “interpretadas” según las idiosincrasias nacionales<sup>551</sup> (del mismo modo que las innovaciones técnicas y organizacionales se adaptan teniendo en cuenta las peculiaridades locales). En este sentido, las ideas-fuerza de la nueva gestión empresarial –que son las que nos interesan– tienen un carácter relativamente universal.

Para reforzar la plausibilidad de este supuesto, hemos acudido también a un libro recientemente publicado por la investigadora argentina Marcela Zangaro, en el que se hace también un estudio del nuevo *management*, pero basado en un *corpus* conformado por textos publicados en una revista argentina llamada *Gestión*. La autora señala que el caso analizado contiene tanto artículos de los redactores de la revista como síntesis de libros del género y

---

551 Véase *ibíd.*, pp. 659-660.

reproducciones de artículos publicados en revistas extranjeras; las similitudes existentes entre los artículos nacionales y extranjeros –en los temas tratados, en el vocabulario empleado y en el significado atribuido a los términos utilizados– la llevan a suponer que el orden del discurso del *corpus* tiene un alcance general (el del capitalismo global).<sup>552</sup> Lo que nosotros también constatamos es que las ideas-fuerza que nos interesan aparecen tanto en su estudio como en el de Boltanski y Chiapello.

Una primera idea-fuerza que guía al nuevo *management* es el *rechazo de toda dirección instrumental/estratégica de las conductas de los sujetos*. Cuestión que se inscribe en un repudio de toda jerarquía y, más en general, de la relación dominante-dominado.<sup>553</sup> A diferencia del discurso *managerial* del período “fordista” –para el cual lo que había que eliminar era la arbitrariedad y el autoritarismo de los jefes, patrones, supervisores, etc.–<sup>554</sup> ahora se plantea que toda dirección de la conducta ajena que se base en órdenes, premios y castigos, etc. resulta indeseable, tanto por motivos económicos como morales. Esto se trasluce en el tipo de liderazgo que debe ejercer el *manager* –en el cual se corporiza el modelo de subjetividad que pregonan estos discursos:

Los *managers* no tratan de encuadrar ni de dar órdenes, no esperan las consignas de la dirección para aplicarlas. Han comprendido que estas funciones se mostraban caducas y se han convertido en “animadores de equipo”, “catalizadores”, “visionarios”, “*coachs*”, “inspiradores” (...) Al no poder seguir apoyándose en la legitimación jerárquica ni manipular –como antaño– las esperanzas de hacer carrera (...) los *managers* se ven obligados a imponerse a través de sus “competencias” y de su “carisma”, a circunscribir a los actores gracias a su “red de relaciones personales” que les procuran información y ayuda, a movilizar todas sus energías mediante la potencia de su “visión” y sus cualidades de “parteros” del “talento” de los demás y de promotores de sus potencialidades (...) La autoridad que adquieren sobre sus equipos está ligada a la “confianza” que les es otorgada gracias a su capacidad de “comunicación” y de “escucha”, que se manifiesta en el cara a cara con los demás.<sup>555</sup>

En términos habermasianos, lo que le está vedado al *manager* es el recurso a la acción estratégica –es decir, la modalidad de la acción instrumental en la que la dirección de la conducta de los otros se realiza en base al poder, usándose como medio el otorgamiento de premios y castigos.<sup>556</sup> El *manager* no impone su autoridad ni manipula a quienes están a su cargo, sino que inspira y alienta a los demás de modo tal que puedan desarrollar sus

---

552 Véase ZANGARO, Marcela, *Subjetividad y trabajo: una lectura foucaultiana del management*, Buenos Aires, Herramienta, 2011, pp. 94-95.

553 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., p. 115.

554 Sobre este punto, véase ibíd., pp. 107-112.

555 Ibid., pp. 124-125.

556 Véase HELER, Mario, *Jürgen Habermas...*, ob. cit., p. 65.

potencialidades. ¿Podríamos decir entonces que el *manager* se rige por la acción comunicativa? En parte sí, ya que apela a la “comunicación” y a la “escucha” de modo tal que sus propuestas sean consentidas libremente. Sin embargo también la excede, ya que la acción comunicativa habermasiana peca todavía de un excesivo racionalismo intelectualista. El *manager* no apela solamente a razones y argumentos como fuente para llegar a acuerdos libremente consensuados: recurre también a las emociones de los demás, intentando contagiar su energía y su “visión”. Además, el liderazgo del *manager* es también personal: se trata de un líder carismático que irradia confianza en el cara a cara antes que una figura parlamentaria que esgrime argumentos impersonales. Podemos decir entonces que el *manager* rehúsa la acción estratégica para regirse por una acción comunicativo-afectiva.

La importancia de esta dimensión personal-afectiva en la figura del *manager* nos lleva a una segunda idea-fuerza, más importante que la anterior: el nuevo *management* rechaza no sólo las formas unilaterales de ejercicio del poder, sino también las formas impersonales-funcionales, es decir, los mecanismos de “integración sistémica” (Habermas) o “integración funcional” (Gorz). Esta cuestión se enmarca en la crítica de las grandes organizaciones jerárquicas, así como de la planificación tradicional, ambas consideradas “rígidas” y en tanto tales incapaces de hacer frente a un contexto de incertidumbre e innovación permanente. La adaptación a este entorno requiere de la “flexibilización” de las estructuras jerárquicas, la reducción del tamaño de las empresas y la adopción de una forma más reticular –la empresa red– de organización.<sup>557</sup>

Ahora bien: es justamente en relación a este modo flexible de organización en red que la integración de tipo funcional/sistémica resultaría inadecuada. Recordemos que en tal modo de integración, las acciones de las personas quedan determinadas por el lugar que ocupan en el sistema. Es el principio de todo orden burocrático: lo importante no es la persona sino la función que se cumple dentro de la estructura. La nueva gestión empresarial visualiza que este orden es extremadamente rígido e inhibe la capacidad de la organización para adaptarse a su entorno. En este sentido, revaloriza la importancia de las aptitudes y características personales. Puede verse este punto en el modo en que se trata la cuestión del liderazgo en la empresa:

Los textos de gestión (...) buscan romper la asociación puesto-líder y construir parte de su novedad en la ruptura de esa asociación. Por eso encontramos en los textos del *corpus* referencia a dos tipos de líderes. En consonancia con lo propuesto por los textos, a unos los llamaremos *líderes formales*. Son aquellos que ocupan puestos directivos y derivan su

---

557 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., pp. 115-119.

carácter de líder sólo de esa posición en la jerarquía. A estos líderes se los suele considerar faltos de saber ser, responsables de acciones que pueden provocar consecuencias nocivas tanto para la organización como para sus subordinados y, por ello, son desvalorizados. A los otros los llamaremos *líderes personales*: son los que derivan su liderazgo de características y conductas propias, no vinculadas con las competencias técnicas ni con el puesto ocupado. En tanto poseen el saber ser se oponen al otro tipo de líderes y ejercen una influencia positiva en el entorno, cualquiera que éste sea. Son, en consecuencia, revalorizados y su importancia en la organización se deriva principalmente de lo que logran para sí y para los otros.<sup>558</sup>

En este sentido, los discursos de gestión llaman a romper con la perspectiva de un “no implicado” (Habermas) propia de los dispositivos de integración sistémica o funcional. Y la cuestión no atañe solamente a los altos directivos, ya que estos discursos de un modo coherente con el rechazo de las jerarquías rígidas convocan a todos a convertirse en líderes: antes que nada, el líder es un ideal de subjetividad.<sup>559</sup> De ahí la insistencia en nociones como las de “implicación de personal” o “motivaciones intrínsecas”: el comportamiento individual no debería regularse por coacciones personales o sistémicas sino que los individuos tienen que comprometerse subjetivamente con la empresa e identificarse con su trabajo. Es algo vinculado con un tema del que ya hablamos en el capítulo cuarto: el control heterónimo basado en la jerarquía es reemplazado por el autocontrol.<sup>560</sup> Esta necesidad de un compromiso subjetivo explica que el *management* se concentre en la persona y fundamentalmente en su dimensión emotiva o afectiva, cuestión que enseguida desarrollaremos.

La reflexión que tenemos que extraer de aquí es que aquello que Habermas y Gorz consideraban como desarrollos evolutivos inexorables –la constitución de mecanismos de integración sistémica que predeterminan la conducta de los individuos, particularmente en los procesos productivos– es puesto en cuestión ahora por el mismo *management*. Un discurso que legitima el actual capitalismo y que obviamente nada tiene que ver con un izquierdismo romántico y trasnochado<sup>561</sup> (más allá de que algunos temas los pudo apropiarse de los reclamos de grupos radicales de los ‘60, como ya vimos). El lector podrá apreciar lo curioso que resulta esto: no fue una revolución comunista sino una transformación dentro del propio capitalismo la que puso de manifiesto que el diagnóstico en apariencia fríamente realista de estos autores era apresurado.<sup>562</sup>

---

558 ZANGARO, Marcela, ob. cit., p. 132.

559 Véase ibíd., p. 134.

560 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPPELLO, Ève, ob. cit., pp. 127-128.

561 Recordemos que Habermas acusaba de “románticos” a todos aquellos que se negaban a aceptar el carácter ineluctable de lo que él consideraba un “progreso evolutivo”.

562 Aunque ya señalamos que en el desarrollo del pensamiento gorziano puede registrarse implícitamente un reconocimiento de este punto.

El tercer tema que nos interesa resaltar de los discursos de la nueva gestión es *la crítica de la acción/razón instrumental en vinculación con la necesidad de establecer un concepto amplio de la subjetividad que trabaja*. El *management* se presenta ahora como un discurso humanista, que llama a reponer una concepción integral de la persona. La crítica en este punto recae ante todo sobre la “fría” razón calculadora e instrumental, considerada como una mutilación de la persona humana. Junto con la racionalidad y la acción instrumentales, se trata a la vez de romper con la rígida escisión mente-cuerpo asociada a la separación entre concepción y ejecución que caracterizaba tanto al taylorismo como al fordismo:

Los dos aspectos de esta dualidad mente-cuerpo, tomados cada uno como si fueran realidades aislables, responden a un mismo principio de racionalidad instrumental mecanicista según la cual la máquina-mecánica corporal debe adecuarse a la máquina-mecánica productiva, y la mente, siguiendo los principios dictados por la razón, debe hacer eficiente esa adecuación en términos de productividad (...). Podríamos decir que las formas de gestión posfordistas pretenden superar esta dualidad mente-cuerpo y tomar a la persona como un todo (...) desde nuestro punto de vista, se trata meramente del reemplazo de la dualidad por una terceridad. Los componentes de esta terceridad son mente-cuerpo-emocionalidad (...) la tríada posfordista va a privilegiar lo nuevo que cae en consideración: lo emocional o afectivo.<sup>563</sup>

Es precisamente este tercer elemento que se ha adicionado lo que resulta disruptivo para la razón instrumental. En la dualidad mente/cuerpo, la primera ordena en nombre de una razón abstracta y universal las acciones a seguir por el segundo. La emocionalidad introduce un elemento personal –singular– que repele a la razón instrumental y al parecer no puede ser subsumido por ella. Y el mundo laboral prescrito por el *management* está poblado, ante todo, de emociones.

De ahí que los discursos de gestión empresarial planteen la necesidad de que el individuo vuelva sobre sí mismo para inspeccionar sus estados de ánimo, de modo que los mismos puedan converger con las reglas de la organización y no entrar en colisión o tensión con ella. Zangaro denomina a esta tarea “trabajo ético”:

el trabajo ético tiene carácter reparador: apunta a desarrollar las acciones que permiten solucionar esas disfuncionalidades, es decir, que permiten reparar las emociones o estados afectivos que no concuerden con las reglas o no son adecuadas al entorno (...) el trabajo ético constructor o reparador se significa principalmente por medio de procesos mentales (de cognición, afectivos o de percepción) y que a veces incluye también procesos de comportamiento; se destaca, además, el hecho de que los estados afectivos se

---

563 ZANGARO, Marcela, ob. cit., pp. 118-119. En la misma línea, Boltanski y Chiapello señalan que “lo «propio del ser humano» ha cambiado aquí de naturaleza: la razón sobre la que se hacía hincapié en la década de 1960 *versus* los sentimientos, la emoción y la creatividad de la década de 1990” (ob. cit., p. 136).

logran a partir de acciones voluntarias que involucran la introspección y la reflexión sobre sí mismo.<sup>564</sup>

Es esta vuelta a sí mismo, a lo emocional fundamentalmente, lo que explica que en el nuevo *management* el uso de las metáforas de la vida doméstica para referirse a la vida laboral sea recurrente. Hay una ruptura importante aquí con el discurso de gestión de la posguerra, que intentaba deslindar el mundo profesional del familiar como parte de su batalla contra el paternalismo y la parcialidad de los juicios personales. En los '90, los autores se rebelan contra esta separación por considerarla “inhumana” al no dejar espacio a la afectividad.<sup>565</sup> No es casual entonces que se utilice la metáfora de la empresa como “una gran familia”, algo infrecuente en el período anterior.

Nuevamente, es en la figura heroica del líder o *manager* que esta concepción aparece condensada. Ya señalamos que el líder debería sustentar su autoridad en sus características personales y no en el lugar jerárquico que ocupa. Lo que lo distingue como persona es la emocionalidad y particularmente su capacidad para movilizarla en los otros. De ahí que se plantee la necesidad de diferenciar claramente su función y lugar del que ocupa al experto – prototipo de la razón instrumental:

Éste [el experto] es imprescindible por ser quien detenta la información en materia de innovación y de saberes muy especializados cuyo dominio es necesario para entrar en la competición tecnológica. Puede pertenecer a la empresa (...) pero puede ser también alguien externo a la misma, que pertenece a una consultora, a un centro de investigación independiente o a una universidad, y es consultado puntualmente. Su tarea no consiste en gestionar los equipos, ésa es la función del *manager*. Para que cada cual pueda desarrollar su talento de la forma más productiva –el *manager*, la movilización de las personas, y el experto, el rendimiento técnico–, los autores de gestión empresarial consuman la ruptura entre ambos perfiles, mientras que en la década de 1960 aún se pretendía hacer de todo ingeniero competente un *manager* (...).<sup>566</sup>

Nótese la siguiente paradoja: tenemos aquí una suerte de realización, al interior de la empresa capitalista, del ideal utópico de “sociedad dual” propuesto por algunos teóricos del “fin del trabajo” como Gorz. De un lado la acción instrumental, que ha dejado de ser el centro de la vida de la empresa para pasar a ocupar un lugar importante pero claramente separado y delimitado –los saberes técnicos y especializados de los expertos. Del otro lado, el mundo afectivo-comunicativo del *manager* y su búsqueda permanente por movilizar a las personas (“sin manipulación”), tema fundamental para la gestión empresarial.

---

564 ZANGARO, Marcela, ob. cit., p. 123.

565 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPPELLO, Ève, ob. cit., p. 133.

566 Ibid., p. 126. Véase también ZANGARO, Marcela, ob. cit., p. 137.

Se puede llevar más lejos esta paradoja. En *Metamorfosis del trabajo*, Gorz critica las visiones “sociológicas” –incluso a la de Habermas– que interpretan el concepto de “mundo de la vida” operando una reducción del individuo a lo social. Señala que estas visiones omiten que en el individuo subsiste siempre un núcleo irreductible a la socialización, debido a:

la imposibilidad que existe para exteriorizar la interioridad, para objetivar lo subjetivo. Cada individuo hace originalmente la experiencia de esa imposibilidad: el lenguaje es un filtro que me obliga a decir más y menos de lo que yo siento. Su aprendizaje es una violencia original hacia lo vivido: me obliga a callar unas vivencias para las cuales no existen palabras, a decir unos contenidos que no se corresponden con mi experiencia, a tener unas intenciones que no son las mías.<sup>567</sup>

Sabemos que a partir de este ideal normativo Gorz construye su “sociedad dual” posible: de un lado, las tareas socializadas, prescritas y homologadas (esfera heterónoma, “trabajo”); del otro, aquellas en las que el individuo expresa sus necesidades más íntimas, refractarias a la socialización (esfera de autonomía, actividades autodeterminadas). Pero paradójicamente, el nuevo *management* pone a jugar lo más íntimo del sujeto –sus estados emocionales– en la propia esfera laboral, para Gorz el lugar “heterónimo” por excelencia. La empresa prescrita por este discurso ha interiorizado el “mundo de la vida”, en parte en su versión “comunicativo-intersubjetiva” (Habermas) pero más aún en su versión “emocional-subjetiva” (Gorz).

Esta serie de consideraciones explica el concepto de “trabajo” que se desprende de los planteos *manageriales*. Como vimos, lo que ataca este discurso es fundamentalmente un concepto estrecho y unilateral de “trabajo”: su reducción a una acción instrumental, funcionalmente integrada y jerárquicamente prescrita. El concepto de “trabajo” debe entonces ampliarse para integrar otros aspectos: lo comunicativo, lo afectivo, lo personal, la búsqueda de autonomía, etc. En este sentido, el trabajo ya no puede entenderse en oposición dicotómica con otras esferas vitales: por eso el *management* incluso reemplaza el concepto de “trabajo” por uno más genérico e indeterminado, el de “actividad”:

En una ciudad por proyectos, el equivalente general, aquello con respecto a lo cual se mide la grandeza de las personas y de las cosas, es la *actividad*. Sin embargo, a diferencia de lo que se podía constatar en la ciudad industrial, donde la actividad se confunde con el trabajo y donde los activos por excelencia son aquellos que disponen de un trabajo asalariado estable y productivo, la actividad, en la ciudad por proyectos, supera las oposiciones entre trabajo y no trabajo, entre lo estable y lo inestable, entre lo asalariado y

---

567 GORZ, André, *Metamorfosis...*, ob. cit., pp. 225-226.

lo no asalariado, entre lo interesado y lo voluntario, entre lo que es evaluable en términos de productividad y lo que no siendo medible escapa a toda evaluación contable. Los autores de gestión empresarial retoman la idea lanzada por su colega inglés Charles Handy en su obra *The Age of Unreason*, donde propone reemplazar la noción tradicional de empleo por el concepto de actividades que cada uno gestiona por cuenta propia.<sup>568</sup>

El problema del nuevo *management* radica en la necesidad de articular un concepto de “trabajo” lo suficientemente amplio como para trascender las dicotomías que lo signaban en el período anterior. Un modo de efectuar la operación es mantener el concepto ampliando su contenido; otro es aceptar la carga simbólica que arrastra de ese período y optar entonces directamente por su reemplazo. La elección por un concepto como el de “actividad” se explica, por un lado, por su carácter altamente general e indeterminado, lo que lo hace apto para superar las connotaciones estrechas y unidimensionales que podría arrastrar todavía un concepto como el de “trabajo”. Pero, por otro lado, esta indeterminación inicial se complementa con un sentido positivo:

la actividad por excelencia consiste en insertarse en *redes* y explorarlas, para romper el aislamiento y tener posibilidades de encontrar personas o de relacionarse con cosas cuyo acercamiento es susceptible de engendrar un proyecto. La actividad se manifiesta en la multiplicidad de proyectos de todo tipo que pueden ser llevados a cabo y que hipotéticamente deben ser desarrollados de modo sucesivo, constituyendo el proyecto, dentro de esta lógica, un dispositivo transitorio. La vida es concebida como una sucesión de proyectos, tanto más válidos cuanto más diferentes sean los unos de los otros (...) Lo que importa es desarrollar la actividad, es decir, no estar nunca falto de proyectos, falto de ideas, tener siempre una cosa a la vista, en preparación (...).<sup>569</sup>

Nótese que aquí, después de ser disueltas las dicotomías ya señaladas, se reponen otras. La “actividad” alude a la necesidad de estar siempre activo, de mostrarse adaptable y flexible; para ello se debe estar dispuesto a cambiar a todo momento, asumiendo riesgos de modo de ir preparando el terreno para ello. Esta acepción más positiva de “actividad” se opone a la “seguridad”, a la “estabilidad”, a la “inmovilidad” y a la “rigidez”, enjuiciadas ahora negativamente. Bajo este prisma, la “actividad” se opone también a lo que al menos en términos ideales se entendía por “trabajo” en el período anterior (empleo de por vida,

---

568 BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., pp. 163-164. Aclaremos al lector que los autores utilizan el concepto de “ciudad” para aludir a distintos puntos de apoyo normativos del capitalismo. Hacen una tipología de “ciudades” para explicitar las distintas justificaciones –cambiantes en el tiempo– en que se apoya este sistema. La “ciudad por proyectos” es la que corresponde a las justificaciones del nuevo espíritu del capitalismo y la “ciudad industrial” a las vigentes sobre todo en el período de posguerra.

569 *Ibid.*, pp. 164-165.

garantías de seguridad social, tareas bien especificadas, jornada laboral “normal” con fronteras claramente delimitadas, etc.).

En una línea similar, Zangaro encuentra en el *management* una asimilación entre trabajo y vida:

Los textos postulan una serie de posiciones interpretativas que llevan a asimilar trabajo-vida como espacios de realización personal idénticos. Esta identidad significa la disolución de la línea que separa trabajo de no-trabajo: el trabajo ya no es un medio para un fin, no existe una relación instrumental con el trabajo. El trabajo es el fin en sí mismo porque es la vida. No se trata sólo de que el individuo se define por su actividad: el individuo *es* su actividad y su actividad *es* su empleo. La satisfacción y la realización abandonan los límites de lo profesional para devenir satisfacción y realización vital, personal.<sup>570</sup>

Sea mediante el concepto de “actividad”, sea mediante la asimilación entre “trabajo” y “vida”, resulta clara la operación discursiva del *management*: se trata de romper con un concepto reduccionista “instrumental” respecto de la actividad laboral y de la subjetividad que trabaja. El concepto de “trabajo” se amplía a punto tal que engloba el conjunto de la “vida”, o bien deviene en “actividad”. Recuérdese que era exactamente esto lo que sucedía para Dominique Méda en lo que ella alcanzaba a vislumbrar como “sociedad de servicios”.<sup>571</sup>

Resumamos entonces los resultados de la comparación entre el discurso de la nueva gestión empresarial y el de la crítica tradicional del trabajo. Esta última señalaba que con la modernidad el trabajo devenía necesariamente “acción instrumental”, pasando a ser regulado sistémica o funcionalmente. La perspectiva utópica que se abría para este planteo era la de reducir claramente la esfera del “trabajo”, de modo tal que ella pasara a estar subordinada a las necesidades de otras esferas vitales (“mundo de la vida”, “esfera de autonomía”, etc.), permaneciendo no obstante claramente separada de ellas. El *management* comparte el cuestionamiento de la acción instrumental, pero se separa de la crítica tradicional respecto del concepto de “trabajo”. Para la nueva gestión empresarial, el concepto “reductivo” de trabajo que postula la crítica tradicional no es ni necesario ni se debe a alguna “necesidad evolutiva”: el “trabajo” unilateralmente instrumental debería ser superado y reemplazado, postulándose entonces un concepto más amplio. Esta reconfiguración conceptual nada tiene que ver, repetimos, con la perspectiva utópica o romántica que criticaba Habermas, sino que es planteada por un discurso preocupado por la gestión de las empresas capitalistas.

---

570 ZANGARO, Marcela, ob. cit., p. 142.

571 Véase supra, p. 150.

En este sentido, los discursos de la nueva gestión empresarial ponen de manifiesto hasta qué punto la crítica tradicional del trabajo ha quedado neutralizada en el contexto del capitalismo actual. Para estos discursos, el trabajo tal como lo entendía dicha crítica debe ser superado: siguiendo sus prescripciones, las rígidas dicotomías en que se apoyaba la crítica tradicional (labor/acción, acción instrumental/acción comunicativa, integración sistémica/integración social) deberían ser eliminadas en los espacios de trabajo.

Podemos interpretar ahora un comentario a primera vista sorprendente que casi al pasar hacen Boltanski y Chiapello en su libro: ellos señalan que Habermas es la fuente de “filosofía moral contemporánea” a la que más frecuentemente recurre el nuevo *management*.<sup>572</sup> Evidentemente, esto muestra que a los gurúes de la gestión les preocupa poco la idea habermasiana según la cual el “trabajo” es necesariamente instrumental, pues están convencidos de que ello no es así. Haciendo caso omiso de este tema, para ellos Habermas es un aliado en su cruzada contra la instrumentalización unilateral y a favor de la inclusión de la “acción comunicativa” en los procesos productivos. Después de todo, el blanco de la crítica es compartido: el tipo de gestión instrumental prevaleciente en el período industrial-fordista. La diferencia, insistimos, es que para Habermas dicho desarrollo se derivaba de una “necesidad evolutiva” que trascendía incluso al capitalismo: la vía emancipatoria comenzaba entonces con la delimitación y reducción del campo de influencia del “trabajo” como prototipo de la acción instrumental. Para el *management*, muy por el contrario, el predominio de la acción instrumental en el campo laboral corresponde a una fase del capitalismo que estaría siendo superada en el marco del mismo sistema.

Las implicancias de todo esto para una crítica del trabajo y del capitalismo no pueden menospreciarse. Un tipo de crítica con gran asidero durante más de cuarenta años está mostrando limitaciones probablemente insuperables para la comprensión de la realidad social. Pensemos que, por ejemplo, la “crítica de la razón instrumental” desarrollada por la Escuela de Frankfurt se gestó en un contexto más o menos preciso: el de la consolidación de las grandes burocracias empresariales y estatales, así como del ascenso de los regímenes totalitarios y de la planificación estatal de la economía. Vimos que para el mismo Habermas este contexto era el que justificaba la necesidad de pasar de la “crítica de la economía política” a la “crítica de la razón instrumental”, posicionamiento que, lejos de ser original, seguía básicamente la tesis de Pollock sobre el “capitalismo de Estado” ya esbozada en la década del ‘30.<sup>573</sup> Este planteo parecía ser capaz de extender el campo de la crítica, por

---

572 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., p. 99.

ejemplo, hacia las grandes burocracias, sean estatales o privadas, sean las de los países capitalistas o las del “socialismo real”.

Más allá del caso puntual de la Escuela de Frankfurt (y cabe aclarar que en su interior hay diversas posiciones que no se reducen a la de Habermas),<sup>574</sup> en el conjunto de los autores que estuvimos trabajando y que englobamos dentro de lo que denominamos “crítica tradicional del trabajo” (especialmente Arendt, Habermas, Gorz y Méda), encontramos líneas básicamente similares. Una cierta configuración del proceso de trabajo (“instrumental”, “productivista”, “funcional”, “impersonal”, etc.) es aceptada como la única posible –incluso si se superara el capitalismo– insistiéndose únicamente en la necesidad de reducir su campo de acción.

Hoy el contexto ha cambiado, y conocemos algunos de los tópicos que abarca: globalización, crisis del Estado de Bienestar, ascenso del neoliberalismo, caída del “socialismo real”. Más allá de estos grandes temas sobre los cuales mucho se ha discutido, aquí nos detuvimos en particular en las transformaciones acaecidas en los procesos productivos (y en continuidad con ellos, también en los de consumo). Desde este enfoque, argumentamos que la crítica tradicional del trabajo ha sido neutralizada con la última reestructuración del capitalismo. Y el discurso del nuevo *management*, que llama a trascender *en la gestión de la propia empresa capitalista* los tópicos que cuestionaba y a la vez avalaba dicha crítica –tomando incluso a Habermas como aliado– es la mejor muestra de ello.

En este punto, necesitamos volver a nuestro enfoque inicial, que es el que venimos siguiendo –y procurando enriquecer– también en esta tercera parte. Tenemos que adoptar la perspectiva de la crítica de la economía política para estudiar la especificidad del proceso de producción capitalista, que no es sólo un proceso de trabajo sino también un proceso de valorización del capital. La pregunta que quisiéramos abordar entonces es la siguiente: ¿cómo se vinculan los cambios en los modos de gestión del proceso de trabajo con las necesidades del proceso de valorización? En parte, ya hemos tratado este tema en el capítulo

---

573 Sobre este pasaje dentro de la Escuela de Frankfurt, véanse BENHABIB, Seyla, “La crítica de la razón instrumental”, en ŽIŽEK, Slavoj (comp.), *Ideología...*, ob. cit., pp. 78-89; y POSTONE, Moishe, *Tiempo...*, ob. cit., cap. tercero.

574 Lamentablemente, no podemos abordar aquí este tema. No obstante, nos interesa al menos mencionar dos casos emblemáticos en los que podrían mostrarse las diferencias con Habermas respecto del punto en cuestión –la relación entre razón instrumental y capitalismo. El primero es el de Marcuse, a quien –recordemos– justamente Habermas acusaba de “romanticismo” por plantear que la razón instrumental se vinculaba con un tipo de dominio específico, relacionado con las necesidades de valorización del capital. El segundo es el de Adorno, quien según entendemos nunca abandonó la idea de que había una vinculación estrecha entre el predominio de la razón instrumental y la forma-mercancía.

cuarto en particular; ahora tenemos que explicitarlo más claramente tomando en consideración también lo que hemos apuntado aquí sobre los planteos *manageriales*. Empezaremos también así a allanar el terreno para reconstruir y recuperar la crítica.

#### **IV. Hacia la reconstrucción de la crítica: los cambios en los modos de gestión/control del proceso de trabajo y las nuevas necesidades de valorización del capital**

Boltanski y Chiapello estudian los discursos de gestión fundamentalmente desde la perspectiva de que los mismos expresarían los modos mediante los cuales el capitalismo obtiene la adhesión de los sujetos a su régimen de obtención de beneficios. Parten por cierto de una definición del capitalismo similar a la nuestra: es un sistema basado en la acumulación de capital y en su continua expansión, más allá del contenido de la riqueza y de las necesidades sustantivas. Es este carácter abstracto del proceso el que hace que, desde la perspectiva de los sujetos que participan en el proceso productivo, el capitalismo presente un carácter que Boltanski y Chiapello califican de “absurdo”<sup>575</sup> –del mismo modo que Max Weber hablaba del carácter “irracional” de la mecánica de la acumulación por la acumulación evaluada desde el punto de vista de la felicidad o utilidad para el individuo.<sup>576</sup> De manera que lo que buscan los autores en estos discursos es lo mismo que el célebre sociólogo alemán encontraba en la ética protestante un siglo antes: las razones por las cuales los sujetos adhieren a semejante sistema, que por los motivos señalados no podrían encontrarse en la lógica interna del mismo.

Esta perspectiva –totalmente válida por cierto– entraña no obstante para nosotros el inconveniente de que tiende a tratar los mecanismos y discursos mediante los cuales se busca la adhesión de los sujetos como una cuestión hasta cierto punto independiente de las necesidades históricas del proceso de valorización del capital. Por un lado, tendríamos entonces la lógica “irracional” del sistema –la autoexpansión del valor. Por otro lado, nos encontraríamos con los mecanismos históricos mediante los cuales se busca la adhesión de los sujetos. Lo que evidentemente tiende a quedar por fuera de este análisis es la relación entre ambos, o sea: la cuestión de cómo los dispositivos y discursos que movilizan a los sujetos se vinculan también con las necesidades que en un momento determinado demanda el proceso de acumulación del capital. Es aquí que nuestra perspectiva se aleja de estos autores y se acerca a la de Marcela Zangaro, quien sobre este punto señala:

---

575 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., p. 40.

576 Véase WEBER, Max, *La ética...*, ob. cit., p. 48.

Boltanski y Chiapello consideran que el *management* contiene dos tipos de lineamientos diferentes: por un lado, los relacionados con los métodos de extracción de beneficios; por otro lado, los orientados a suscitar la adhesión de los sujetos. Esto hace que, para estos autores, la literatura gerencial pueda ser leída desde cualquiera de los dos planos, según se ponga el acento en uno u otro de los lineamientos. Sin embargo, desde nuestro punto de vista (...), en la actualidad no se trata de dos tipos de lineamientos diferentes ni de dos tipos posibles de lectura (...) Para las prácticas de gestión actual, lo que aquellos autores llaman *adhesión* y que para nosotros queda mejor expresado con el término *implicación*, no constituye simplemente la aceptación de los principios que legitiman la extracción de beneficios sino que, más bien, constituye parte del método que posibilita generar beneficios. Y esto porque las actuales formas de gestión apuntan a la creación de una fuente de beneficios particular: la subjetividad implicada en el trabajo.<sup>577</sup>

Lo que señala aquí la autora está claramente vinculado con lo que nosotros desarrollamos en el parágrafo V del capítulo cuarto. La explotación del trabajo en los sistemas de tipo “posfordista” depende fuertemente de la subsunción de un conjunto de capacidades cognitivas y actitudinales generales que hay que diferenciar de los saberes expertos y especializados de los “técnicos”. Algunos autores las denominan “competencias blandas”, y serían más específicamente:

aquellas estrechamente ligadas a capacidades relativas a procesos cognitivos y a la posesión de herramientas acordes. Se vinculan con la capacidad general de abstracción, de aprehensión general de conceptos y procesos, de procesamiento inteligente y no ambiguo de la información y de expresión lingüística adecuada. Estas competencias cognitivas forman el núcleo duro de las competencias blandas, núcleo rodeado por un conjunto de competencias que pertenecen más bien al plano afectivo: saber participar, compartir, aceptar el disenso, etc.<sup>578</sup>

Precisamente, lo que entendemos aquí es que el cambio en los discursos del *management* debe también ser interpretado desde el punto de vista de los problemas que, en cuanto a gestión, plantea la subsunción de estas competencias. El mando unilateral y jerárquico, así como la integración meramente funcional a los puestos, resultan ser dispositivos insuficientes y hasta inadecuados para poder operar dicha subsunción. Ocurre que estas competencias no resultan fácilmente homologables, teniendo que ser moduladas por los mismos sujetos en su ejercicio efectivo. Una sistematización y estandarización completa de las mismas entraría incluso en contradicción con la subsunción de algunas de ellas. Piénsese por ejemplo en las aptitudes para adaptarse a lo imprevisto, para interactuar con los otros y trabajar en equipos o para comunicarse: resulta aquí difícil pensar en la institución de un *one best way* al estilo tayloriano. Entre lo que sí puede prescribirse, se abre

---

577 ZANGARO, Marcela, ob. cit., pp. 173-174.

578 *Ibid.*, p. 172.

entonces un espacio de incertidumbre, un conjunto de posibilidades respecto de las cuales el individuo deberá evaluar el curso de acción más conveniente.

En este sentido, los discursos de gestión contemporáneos pueden leerse en términos de la institución, ante dicha dificultad, de nuevas modalidades de control. *El eje central del cambio pasa por el desplazamiento tendencial de los controles heterodeterminados –que ya no resultan adecuados– hacia mecanismos de autocontrol.* Ahora bien: la interiorización del control sólo es posible bajo ciertas condiciones. Presupone, ante todo, que el trabajador se identifique con su trabajo, que sienta que los fines de su tarea laboral resultan ser también objetivos personales, vitales. De aquí se explican los llamados a “implicar al personal” o a movilizar a los empleados por “motivaciones intrínsecas”, así como también adquiere un sentido estratégico la equiparación discursiva entre “trabajo” y “vida”. Y la insistencia en la emocionalidad y la introspección reconocen un mismo origen: se trata de que los estados de ánimo del trabajador –ubicados en lo más profundo de su interioridad– se acoplen con los requisitos y finalidades que exige su actividad laboral en la empresa.

Así, *la subsunción de las llamadas “competencias blandas” al capital no puede hacerse meramente de un modo unilateral y funcional: requiere que el trabajador preste su libre consentimiento a la sesión e incluso que la experimente como una necesidad personal.* Y por supuesto: también de un modo productivo, acorde a las necesidades de acumulación del capital. Lo cual presupone siempre un acoplamiento, que en parte debe ser realizado por el propio trabajador. Es precisamente esto lo que se intenta expresar con el término “autocontrol”:

Las políticas de *management* subjetivan buscando una identidad entre trabajo y vida, entre objetivos personales y objetivos del capital y haciendo que los trabajadores hagan, por sí mismos, algo que al capital ya no le resulta tan sencillo realizar: controlar el uso eficiente de la fuerza de trabajo en función de sus propios objetivos.<sup>579</sup>

Es por esta razón que pensamos aquí que es necesario recuperar el análisis marxiano – tal como lo esbozamos en el capítulo segundo– en vista de *reconstruir la crítica*, que en buena medida ha sido neutralizada con la instauración de los nuevos dispositivos en el proceso de trabajo. Insistimos en particular con la neutralización de la crítica tradicional del trabajo, que había dejado de lado el análisis marxiano respecto de la relación inmanente entre trabajo y valor para enfatizar una alienación que resultaría inevitable incluso si se superara el capitalismo, y todo esto debido a un supuesto “progreso evolutivo” que desanclaba al trabajo de las motivaciones individuales. Pues bien, la reconstrucción de la crítica en este contexto

---

579 *Ibíd.*, p. 182.

debe tomar para nosotros como punto de partida la reposición de aquel “olvido”: el del carácter específicamente histórico del trabajo en el capitalismo, y en particular su función como productor de valor para la acumulación de capital.

Adoptando esta perspectiva, emergen más claramente a la luz las ambigüedades inherentes a los nuevos dispositivos de gestión, tornándose también posible la crítica de los discursos que los legitiman y prescriben a la vez. Detrás del supuesto “enriquecimiento del trabajo” podremos encontrar entonces dos cuestiones analíticamente distinguibles aunque de hecho imbricadas: la intensificación de la explotación del trabajo de un lado, y la progresiva mercantilización de todas las capacidades/actividades humanas del otro. Estas cuestiones ya las tratamos en el capítulo cuarto, en particular en los párrafos IV y V. Ahora nos limitaremos a enfatizar algunos puntos teniendo en cuenta los temas que tratan los discursos sobre gestión que venimos analizando.

Es cierto que la subsunción de las llamadas “competencias blandas” y la exigencia de autocontrol que le sigue contribuyen en cierta medida a enriquecer las tareas: aumentan el margen de iniciativa del trabajador y promueven la polivalencia. No obstante, puestas al servicio del capital redundan en general en una intensificación del trabajo. Para empezar, son más las tareas que el trabajador debe desarrollar simultáneamente: por ejemplo, control de calidad, mantenimiento e incluso mejora de los procedimientos. Esta polivalencia es incentivada ante todo en vista de disminuir el tiempo de trabajo. En este sentido, también el desarrollo de la polivalencia se transforma en un modo de eliminar los “tiempos muertos” y el trabajo improductivo, aunque por vías diferentes a las del taylorismo.<sup>580</sup> En el caso del establecimiento de equipos de trabajo con autonomía relativa, por ejemplo, la prescripción pesa sobre el grupo para trasladarse por mediación de él al trabajador individual. Lo que toman en consideración aquí las técnicas de gestión es que el trabajo es colectivo y no puede reducirse a un conjunto de operaciones individuales cuya coordinación es establecida *a priori* y de un modo definitivo –recuérdese en este punto el principio toyotista del “tiempo compartido”.

Algo similar puede decirse del debilitamiento de las jerarquías piramidales y de la organización burocrática. Permiten trasladar los problemas del control y la responsabilidad por los resultados al conjunto de los trabajadores. En muchos casos, la eliminación de la mediación burocrática redundaría en favor de un control directamente mercantil, realizado ahora por el cliente (el consumidor final u otra empresa a la cual se le prestan servicios). De este modo, los costos del control se desplazan desde las jerarquías hacia los clientes y los

---

580 Véase ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos...*, ob. cit., pp. 38-39.

asalariados, eliminándose los mandos intermedios para optimizar el tiempo de trabajo colectivo y con él los beneficios.<sup>581</sup> Además, como ha observado Richard Sennett, este debilitamiento de las jerarquías permite también difuminar las responsabilidades de las empresas y los directivos, que se trasladan entonces o bien a agentes ante los cuales el trabajador pocas posibilidades tiene de hacer algún reclamo (el cliente o el accionista, por ejemplo), o bien hacia entes anónimos (los “mercados”, el “cambio tecnológico”, etc.). Los despidos de personal, por ejemplo, pasan entonces a obedecer a “fatalidades” de las cuales la empresa no sería responsable.<sup>582</sup>

El otro problema que plantea la subsunción al capital de estas competencias cognitivas y actitudinales es el del corrimiento de la frontera de lo mercantilizable. Como señalan Boltanski y Chiapello, la delimitación entre un dominio mercantil y otro no mercantil ha desempeñado un papel fundamental en el capitalismo. Una de las manifestaciones fundamentales de dicha delimitación es el reparto respectivo de actividades y capacidades, bien al ámbito profesional, bien al personal. Sabemos que el concepto moderno de “trabajo asalariado” –y con él la misma definición del “mercado de trabajo”– se sustenta en la idea de que el trabajador no aliena su entera persona, sino solamente su fuerza de trabajo. Se supone entonces que el contrato de trabajo debe especificar el objeto de la prestación contractual, además de su duración en el tiempo, lo cual distingue al asalariado del servidor.<sup>583</sup>

Ahora bien: los discursos y las técnicas de la nueva gestión empresarial, enfatizando la importancia de lo personal y en particular de lo afectivo para el ejercicio profesional –lo cual vimos que conduce al concepto de trabajo como “actividad” o, lo que es lo mismo, a establecer una equivalencia entre trabajo y vida– ponen en entredicho esta distinción entre la persona y su fuerza de trabajo. De ahí la tendencia del trabajo asalariado a devenir en servidumbre, que ya vimos que denunciaban autores como Gorz y Virno. Y concatenada con ella –cuestión que ya señalamos en el capítulo cuarto, parágrafo V– la tendencia a la mercantilización de la persona entera. Esto se hace particularmente notable en los discursos del *management*, que llaman a involucrar los afectos –lo más íntimo de la persona– en el proceso productivo. Comienzan así a desdibujarse las fronteras entre “vida personal” y “vida profesional”, e incluso entre tiempo de trabajo y tiempo de no-trabajo. Pero con ello se extiende también el ámbito de lo mercantilizable: ahora los afectos, el honor, la cooperación, el diálogo, etc. deben ser movilizados para la obtención de beneficios.

---

581 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., pp. 127-129.

582 Véase SENNETT, Richard, *La corrosión del carácter...*, ob. cit., pp. 120-121.

583 Véase BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, ob. cit., pp. 586-587.

Es en este punto preciso que la crítica del trabajo en tanto acción instrumental que vimos que emprendía el *management* muestra todas sus fisuras y ambigüedades, develando a la vez las limitaciones de la crítica tradicional. Si entendiéramos al trabajo meramente como “trabajo concreto” tendríamos que darle la razón a los discursos de gestión: el trabajo se ha enriquecido, no es mero ejercicio calculador de la acción instrumental, contribuye a una integración que no es sólo sistémica sino que ante todo es –y debe ser– vivida como personal, etc. Sin embargo, por todo lo que llevamos dicho, resulta fácil entender que estos juicios apenas lograrían divisar una de las caras del asunto. Pues el trabajo concreto, en el capitalismo, se articula siempre en función de esa mediación específica que es el trabajo abstracto, productor de valor.

Por eso, es recién cuando atendemos a este último punto que se devela la cara opresiva de estos discursos. Puede verse entonces que la inclusión de la “acción comunicativa”, de los afectos, etc. en el trabajo, no es sino su subordinación e instrumentalización en vistas de un fin unidimensional: la producción de valor y plusvalor. Lo que ocurre es que ahora la cumplimentación de este fin requiere de su interiorización por parte de los trabajadores. Para funcionar, la empresa capitalista ya no necesita tanto del adiestramiento de los cuerpos; requiere ante todo la colonización de las almas.

En el discurso del *management* este objetivo unilateral no es discutido: es tratado como la función “natural” del trabajo. En un giro inesperado para la crítica tradicional, resulta que ahora la maximización de las ganancias y el aumento de la productividad dependen de los estados afectivos de los trabajadores. La implicación con el trabajo es entonces también la identificación con los objetivos de la empresa.<sup>584</sup> Insistimos aquí con el razonamiento que planteamos en el capítulo segundo: el trabajo *en el capitalismo* es estructuralmente acción instrumental por su función específica en esta sociedad. La subsunción del lenguaje, la comunicación, los afectos, etc. –y, en el límite, de la persona– en este contexto, redonda entonces en una instrumentalización unilateral. *Aparece aquí nuevamente la brecha entre lo real y lo posible que para nosotros es constitutiva de la crítica*: los discursos y técnicas de gestión actuales ponen de manifiesto posibilidades que no obstante quedan frustradas en el marco del capitalismo. Volveremos sobre este punto en las conclusiones de esta investigación.

Finalmente, los discursos del *management* permiten explicitar una última cuestión. Una de las dimensiones que vimos que resaltaban los teóricos del “fin del trabajo” era la subjetiva: se supone que las personas ya no se identificarían con su trabajo, que la ética del

---

584 Véase ZANGARO, Marcela, ob. cit., pp. 151-153.

trabajo habría entrado en crisis, etc. Ahora bien: estos discursos tan en boga revelan, paradójicamente, una rehabilitación de la ética del trabajo en una versión exacerbada. En el período de posguerra, en alguna medida la ética del trabajo se había visto trastocada: se consideraba que trabajar era el medio por el cual el individuo accedía a los bienes de consumo, a los derechos sociales, a una estabilidad económica asociada a la posibilidad de “hacer carrera”, etc. Se trataba ante todo de motivaciones extrínsecas al trabajo propias de la “sociedad de consumo” –Gorz refería a las mismas en términos de “reguladores iniciativos”<sup>585</sup> y Bauman llegaba incluso a ubicar aquí el comienzo de la debacle de la ética del trabajo en beneficio de una “estética del consumo”.<sup>586</sup> Los discursos actuales del *management* vuelven a poner en un primer plano las motivaciones intrínsecas al trabajo –y seguramente no por casualidad lo hacen en un contexto de precarización de la fuerza de trabajo y de contención de los salarios. La idea que se desprende de los mismos es que el individuo debe “realizarse” personalmente en su profesión, incluso independientemente de los incentivos materiales que reciba por ello.

Claro que sería un error suponer una aceptación automática por parte de los trabajadores de las prescripciones *manageriales*. En la práctica, estas técnicas y discursos consiguen adhesión pero también, en muchos casos, resistencias de diverso tipo.<sup>587</sup> La naturaleza opresiva del llamado a involucrar la entera subjetividad en los procesos de valorización puede dar lugar a variadas tácticas de resistencia de carácter individual: trabajadores que se niegan a comprometerse enteramente con su trabajo, que no aceptan vivenciar los objetivos de la empresa como propios, que quieren limitarse a cumplir con su tarea y nada más, que rehúsan trabajar horas extras y que prefieren pasar más tiempo con sus familias, etc. Existen casos, incluso, en los que es tal el nivel de agobio psicológico vivenciado que algunos trabajadores optan por salidas extremas y destructivas –pensemos en la ola de suicidios que afectó a France Telecom en los últimos años, con bastante difusión en los medios de comunicación.

En muchas ocasiones, las resistencias adquieren también un carácter colectivo. El investigador Montes Cató relata el caso de la empresa Telefónica S.A. en Argentina, que comenzó a operar tras la privatización de ENTEL en los ‘90 adoptando diversos dispositivos tendientes a conseguir el involucramiento de los trabajadores y su fidelidad a la empresa en desmedro, fundamentalmente, de las representaciones sindicales. En línea con los discursos

---

585 Véase GORZ, André, *Metamorfosis...*, ob. cit., p. 65.

586 Véase BAUMAN, Zygmunt, *Trabajo...*, ob. cit., pp. 43-53.

587 Véase ZANGARO, Marcela, ob. cit., pp. 182-193.

del nuevo *management*, estos dispositivos buscaban introducir horizontalidad en los vínculos entre los trabajadores y los directivos de la empresa: manuales de formación, cursos de capacitación, actividades fuera del horario laboral a las que asistían gerentes y trabajadores, etc., que apuntaban a la constitución de un “Nosotros” –los trabajadores unidos con la empresa.<sup>588</sup> En esta operatoria tendiente a construir una imagen de horizontalidad, especial importancia tenía la institución de la figura del *team leader*. Este personaje –al cual sabemos que la literatura de gestión alude con distintos términos como “líder”, “*manager*”, etc. – tenía a su cargo grupos con autonomía relativa de aproximadamente veinte operadores. Estos líderes no se presentaban a sí mismos como supervisores (aunque cumplieran funciones similares) sino como conocedores de los problemas de los teleoperadores, fundando su legitimidad en el carisma y las capacidades de conducción<sup>589</sup> –recuérdese aquí la distinción entre “líderes personales” y “líderes formales”. Funcionaban como una suerte de mediación entre la empresa y los trabajadores, instituyendo pequeñas lealtades con sus grupos, transmitiendo la visión empresaria y gestionando los conflictos –mediante, por ejemplo, la realización de reuniones periódicas concebidas como “ámbitos de cooperación”.

Montes Cató relata cómo con el tiempo los trabajadores pasantes en particular –con condiciones de trabajo sumamente precarias– comenzaron a cuestionar estos dispositivos. Primero de un modo más bien individual: algunos plantean en las reuniones de los grupos de trabajo demandas vinculadas a intereses de los trabajadores sabiendo que las mismas exceden las prerrogativas de los *team leaders*. Luego estos pequeños actos de rebeldía se pasan a conjugar con acciones colectivas: se constituye una Comisión de Pasantes que comienza a editar un boletín en el que se ridiculiza en ocasiones a los *team leaders* y en el que, fundamentalmente, se informa sobre los problemas particulares de las distintas oficinas, dándose también a conocer los derechos de los trabajadores pasantes. A lo que se apunta es a contrarrestar el discurso de la colaboración ineluctable con la empresa, a la vez que se procura ir reconstruyendo la solidaridad entre los trabajadores y afianzando los vínculos con el sindicato y otras organizaciones sociales. Este proceso de autoafirmación del colectivo mostraría resultados positivos tiempo después, cuando ante un intento de la empresa de despedir a ochenta pasantes se organiza una huelga con resolución favorable, ya que entre

---

588 Véase MONTES CATÓ, Juan, “La configuración del poder en los espacios de trabajo: dispositivos disciplinarios y resistencia de los trabajadores”, en *Sociología del Trabajo*, N° 54, 2005, pp. 85-86.

589 Véase *ibíd.*, pp. 86-87.

otras cosas se termina reconociendo a los estudiantes pasantes su inserción bajo una relación laboral.<sup>590</sup>

Es importante dar cuenta de la existencia de estas resistencias para relativizar el alcance efectivo que puedan tener estos discursos y para evitar una visión mecanicista respecto del modo en que el poder se ejerce; pero también es relevante tomar nota de que, en contraste con lo que algunos autores señalan respecto al desapego subjetivo en relación al trabajo, los discursos de gestión en boga formulan una ética del trabajo que llama al involucramiento –en el límite total– de la persona con su actividad laboral. Una ética que tiene también un componente que podríamos denominar “estético-individualista”, ya que convoca a que los individuos *expresen* su personalidad en el trabajo.<sup>591</sup> Claro que no deja de plantearse como un deber esta necesidad de implicación, y en este sentido creemos que conserva un carácter ante todo ético o, mejor, moral.<sup>592</sup> Pero aún más fundamental resulta tener en cuenta que esta ética del trabajo renovada y reimpulsada lejos está de ser un discurso ideológico vacío –tal como parecían insinuar Gorz y Méda. Muy al contrario, persigue un objetivo bien concreto: que las personas pongan a jugar en favor del capital capacidades y actitudes que resultan de importancia vital para su valorización.

## **V. Consideraciones finales: la “subsunción de la vida al capital” y la neutralización de la crítica tradicional**

---

590 Véase *ibíd.*, pp. 91-95.

591 Noguera Ferrer articula desde Marx un concepto amplio de “trabajo” que tiene tres dimensiones: la económico-instrumental, la práctico-moral y la estético-expresiva (véase *ob. cit.*, cap. 1). Siguiendo esta caracterización, podemos decir que en los discursos del *management* se articula un concepto amplio en este sentido, subrayándose en particular la importancia de las dos últimas dimensiones.

592 Hemos usado en general la expresión “ética del trabajo” por ser la más recurrente en la bibliografía. No obstante, desde nuestra perspectiva “moral del trabajo” sería una denominación más adecuada. Aunque los términos “moral” y “ética” muchas veces se suponen sinónimos, la filosofía en general los distingue, de modo que “moral” alude a las normas y costumbres vigentes en una sociedad, mientras que “ética” contiene un elemento crítico-reflexivo respecto de las mismas [véase HELER, Mario, “La dimensión ética de las prácticas sociales”, en HELER, Mario (coord.), *Filosofía Social & Trabajo Social. Elucidación de una profesión*, Buenos Aires, Biblos, 2002, cap. V]. Esta distinción cobra importancia en esta tesis en la medida en que, para nosotros, la crítica tiene un componente normativo que juzga lo que es, pero lo hace desde la perspectiva de lo posible y no desde las normas e instituciones aceptadas. En otras palabras: nuestra crítica es ética, pero no moral. En un sentido similar entiende la crítica Dussel cuando argumenta que *El capital* de Marx es una ética (véase DUSSEL, Enrique, *El último Marx...*, *ob. cit.*, pp. 429-449). Volveremos sobre el aspecto ético de la crítica en las conclusiones.

En esta parte, hemos procurado ofrecer una interpretación alternativa a la sostenida por los teóricos del “fin del trabajo” respecto del lugar del trabajo en el capitalismo actual. En líneas generales, lo que planteamos es que los fenómenos sobre los cuales se detienen estos autores (desocupación, precarización de la fuerza de trabajo, etc.) no pueden interpretarse desde una perspectiva meramente “técnica” centrada en el avance de la tecnología y la automatización. Muy por el contrario, entendemos que deben enmarcarse en una perspectiva histórico-crítica respecto de la relación entre trabajo y capitalismo, en la cual las formas que asume la explotación de la fuerza laboral vuelven a estar en el centro de la interpretación.

Aunque las estrategias sobre las que se sostiene la explotación son varias y se encuentran a la vez diferenciadas y articuladas a nivel global –cuestión que explicitamos en el capítulo cuarto, párrafo IV– nos detuvimos en particular en las que se desprenden de los modos “posfordistas” de organizar el proceso productivo, que tienden a subsumir más capacidades y actividades al capital, implicando con ello subjetivamente a los trabajadores en la producción de valor. Más allá de que relativizamos la idea de un pasaje lineal y sin fisuras del “fordismo” al “posfordismo”, creemos que al menos puede afirmarse que este último pone de manifiesto una tendencia contraria a la presagiada por la crítica tradicional del trabajo: en lugar de recluirse en una “esfera económica” de tipo instrumental-funcional claramente delimitada, el trabajo tiende a hacerse comunicativo, afectivo y relacional. Con esto, a la vez que las dicotomías en que se sostenía aquella crítica –acción instrumental/acción comunicativa, integración sistémica/integración social, etc.– son cuando menos relativizadas, se explicita el peligro de una progresiva subsunción –que es a la vez una mercantilización– de los resortes más íntimos de la persona humana bajo el régimen unidimensional de la producción de valor. El concepto *managerial* del trabajo como “actividad”, con el cual quedan identificados “trabajo” y “vida”, constituye la explicitación ideológico-discursiva más clara de este peligro.

Así como en los procesos productivos “posfordistas” operan un conjunto de dispositivos que tienden a la implicación personal de los sujetos con la valorización del capital, vimos en el capítulo quinto cómo también en el ámbito del consumo se vienen poniendo en funcionamiento mecanismos que redundan en la subsunción de las necesidades y deseos subjetivos al valor de cambio. Aunque muchos de estos mecanismos (la obsolescencia programada, la moda, el crédito, la publicidad, etc.) ya funcionaban en la sociedad de consumo fordista, vimos cómo en las últimas décadas se han perfeccionado, extendiendo su radio de alcance a punto tal de tender a abarcar la entera existencia humana –hablamos entonces de una progresiva subsunción del tiempo de no-trabajo al capital.

Para sintetizar ambos movimientos –los que se dan en el “trabajo” y en el “consumo”, en el tiempo de trabajo y en el tiempo de no-trabajo– utilizamos una expresión con ecos marxianos: la de “subsunción de la vida al capital”.<sup>593</sup> Esta expresión nos parece útil en la medida en que resulta indicativa del modo en que el capitalismo actual utiliza mecanismos que buscan implicar e involucrar más enteramente a los individuos dentro de su lógica de valorización. Vinculamos esta idea con el pasaje que también marca el autonomismo<sup>594</sup> –siguiendo los pasos de Deleuze<sup>595</sup> y en parte los de Foucault– desde las llamadas “sociedades disciplinarias” hacia las “sociedades de control”.

La *disciplina* se ejerce en lugares de encierro bien delimitados: la cárcel, la escuela, el hospital y también la fábrica. Distribuye los cuerpos en el espacio, prescribe con minuciosidad sus movimientos, establece tiempos precisos para cada operación y encauza a las conductas mediante técnicas como la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen.<sup>596</sup> El *control*, por el contrario, no delimita fronteras claras que separan el afuera y el adentro. Tampoco prescribe de modo minucioso sino que modula las conductas dentro de ciertos parámetros, trabajando más bien sobre probabilidades en torno de las cuales subsiste siempre un margen de incertidumbre. Se basa, en ese sentido, en un cierto “dejar hacer” de raigambre liberal.<sup>597</sup>

El pasaje de la disciplina al control guarda una relación clara con la crisis (que, insistimos, es relativa) de los modos de organización fordistas y tayloristas, y la aparición de diversas variantes “posfordistas”, las cuales, como ya señalamos, se vinculan a su vez con las necesidades actuales de valorización del capital. La disciplina resultaba un mecanismo adecuado cuando de lo que se trataba era fundamentalmente de optimizar las operaciones del cuerpo en el espacio de trabajo desde una perspectiva mecanicista, unilateralmente prescriptiva e instrumental. Pero cuando se trata de extraer valor de la mente y de los afectos,

---

593 Esta idea ha sido esbozada, con un sentido similar al que proponemos aquí, por autores afines al autonomismo italiano. Véanse por ejemplo HARDT, Michel y NEGRI, Antonio, *Imperio*, ob. cit., pp. 39-42; y RODRÍGUEZ, Emmanuel, *El gobierno imposible. Trabajo y fronteras en las metrópolis de la abundancia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003, pp. 64-65 y 128-129.

594 Véase HARDT, Michel y NEGRI, Antonio, *Imperio*, ob. cit., pp. 35-39.

595 Véase DELEUZE, Gilles, “Posdata sobre las sociedades de control”, en FERRER, Christian (comp.) *El lenguaje literario*, Tº 2, Montevideo, Nordan, 1991.

596 Véase FOUCAULT, Michael, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1989.

597 Estamos tomando en parte la descripción que Foucault ofrece de los “dispositivos de seguridad” –que él diferencia claramente de los mecanismos disciplinarios– en su vinculación con el liberalismo como “técnica de gobierno”. Véase FOUCAULT, Michel, *Seguridad...*, ob. cit., especialmente clase del 18/01/1978.

la disciplina resulta al menos insuficiente. Se necesita entonces otorgar un margen de iniciativa, por lo cual la prescripción pasa a operar menos sobre un procedimiento completo que a través de ciertos resultados y objetivos esperados. La contracción del tiempo sigue siendo un imperativo clave, pero ya no depende –al menos no prioritariamente– del ajuste de los movimientos del cuerpo en un sentido mecánico, sino de la capacidad de las mentes para tomar decisiones en tiempo real y sincronizarse recíprocamente –este ajuste temporal entre tareas diversas, que debe modularse en la práctica concreta y no puede prescribirse *a priori*, resulta fundamental en la empresa-red y en el uso de las TICs., las cuales no sólo procesan información sino que también gestionan relaciones sociales.<sup>598</sup>

Es conveniente aclarar que este pasaje de la disciplina al control es relativo en su alcance. No sólo porque la disciplina en su sentido más clásico sigue fuertemente presente en los países en desarrollo que proveen los bienes manufacturados para las “economías cognitivas”, sino también porque en estas últimas la utilización de las TICs. facilita la implementación de un nuevo tipo de panoptismo, que Mariano Zukerfeld denomina “digital” en contraposición al “corporal” de la disciplina industrial clásica.<sup>599</sup> Este panoptismo digital toma una forma concreta en *softwares* y *hardwares* que permiten registrar, almacenar y procesar las acciones de los operadores (y también de los clientes) tornando posible una vigilancia minuciosa que ni el mismo Bentham pudo haber imaginado. De este modo, dispositivos informáticos para el almacenamiento y registro de llamadas telefónicas, correos electrónicos, etc., así como la utilización cada vez más extendida de cámaras de vigilancia, permiten un seguimiento segundo a segundo de las acciones llevadas a cabo por los empleados e incluso, aunque de un modo más difuso, por los consumidores. Esta nueva forma de panoptismo funciona con frecuencia complementando los mecanismos de control.

Como señala Maurizio Lazzarato, el control se distingue de la disciplina en el hecho de que no busca suprimir la diferencia supeditándola a mecanismos generales de homogeneización. Por el contrario, actúa modulando las diferencias, de modo tal que sus potenciales puedan ser capturados para ser puestos al servicio del sistema vigente.<sup>600</sup> Esto lo pudimos registrar en planos diversos: en los procesos de trabajo, donde la gestión asume una forma más participativa y horizontal que incluso toma en consideración los estados afectivos singulares de los sujetos; en la administración del tiempo de trabajo, que crecientemente se

---

598 Sobre las TICs. en tanto tecnologías de relación, véase RIFKIN, Jeremy, *La era...*, ob. cit., pp. 141-143.

599 Véase ZUKERFELD, Mariano, *Capitalismo y conocimiento*, ob. cit., Vol. II, p. 368.

600 Véase LAZZARATO, Maurizio, *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2006, pp. 87-93.

flexibiliza haciendo estallar la jornada laboral “estándar” de ocho horas diarias; en los procesos de consumo, con la promoción del deseo y la diferenciación creciente de productos; en la “modulación financiera” de los salarios directos e indirectos; etc. Es así que el control, ejerciendo el poder bajo una forma flexible y en apariencia más “democrática”, hace posible un involucramiento mayor de los sujetos junto con todas sus facultades en las dinámicas de valorización del capital.

Es en este sentido que la expresión “subsunción de la vida al capital” nos parece adecuada. Vimos que Marx utilizaba los conceptos de “subsunción formal” y “subsunción real” como herramientas analíticas para dar cuenta de determinados fenómenos históricos. La subsunción formal daba cuenta de la inclusión bajo el capital de procesos de trabajo preexistentes. La subsunción real, en cambio, se vinculaba con la transformación material del proceso de trabajo, que para Marx culminaba con el auge del maquinismo y la subordinación del trabajo vivo al trabajo muerto (capital fijo). No se trata de que estas herramientas conceptuales hayan perdido su utilidad, pero aquello de lo que procuramos dar cuenta en esta parte de la investigación no puede ser sintetizado adecuadamente con ninguna de ellas. Por un lado, ni las tecnologías en boga ni las capacidades de las fuerza de trabajo que son subsumidas al capital le preexisten, como pudo ocurrir con el artesanado y los oficios. Por otro lado, nuestra descripción tampoco cuaja totalmente con la de Marx sobre la subsunción real, que coincidía en líneas generales con la subordinación de lo vivo a lo muerto y la consecuente pérdida de control del trabajador sobre el proceso de trabajo.

Según se desprende de nuestro análisis, las nuevas tecnologías y modos de organización suponen una creciente interacción –no unidireccional– con el trabajo vivo, que hasta cierto punto se enriquece ganando una autonomía relativa. Esto supone, sin embargo, una subsunción más completa al capital de capacidades generales desarrolladas por la especie humana como el lenguaje, la comunicación, los afectos, etc., así como la implicación personal con el trabajo. Es así que el *management* construye implícitamente, según vimos, un concepto amplio de “trabajo”, al que identifica con la misma vida. Este concepto de “vida” no debería interpretarse tampoco en un sentido meramente biológico-naturalista como el que utiliza Arendt cuando vincula a la labor con el ciclo reproductivo y circular de la especie. Si esta vida es lenguaje, comunicación, afecto, interacción, etc. es “vida” singular a la vez que relacional, cualificada social y culturalmente. Y otro tanto ocurre con el tiempo de no-trabajo, particularmente en el consumo, que, según vimos, se constituye con la subsunción al capital en un acto ante todo social, simbólico, cultural. Utilizando la distinción griega, se trata de la

“vida” en un sentido más cercano al de *bíos* que al de *zoé*.<sup>601</sup> Así creemos que lo entienden los discursos de gestión, y también nosotros cuando acuñamos la expresión “subsunción de la vida al capital”.<sup>602</sup>

Nuestro diagnóstico general difiere claramente, entonces, de aquel que con distintas perspectivas trazaba la crítica tradicional y, con ella, los sostenedores de las tesis sobre el “fin del trabajo”. Las tendencias que estudiamos en esta parte se contraponen a la idea de que en el capitalismo actual la “esfera económica” –y particularmente el mundo del trabajo– esté retrocediendo en beneficio de otras (mundo de la vida, esfera de autonomía, etc.). Más bien, entendemos que hay una creciente hibridación entre ellas, y que el capital no puede subsistir más que incorporando dimensiones que, según la visión tradicional, se encontraban en una oposición conceptual respecto a él. Esto representa, desde nuestro punto de vista, un gran desafío para la teoría: las grandes dicotomías conceptuales desde las cuales se intentó interpretar críticamente la modernidad capitalista (economía/cultura, sistema/mundo de la vida, acción instrumental/acción comunicativa, labor/acción, etc.) vienen siendo subvertidas por este sistema.

Hablamos entonces de una neutralización de la crítica tradicional del trabajo. No se trata –vale aclarar– de una cuestión meramente intelectual. Entendemos que una de las finalidades de la crítica –tal vez la principal– radica en brindar herramientas conceptuales que son también –o al menos pueden llegar a ser– parte de las luchas concretas. Con frecuencia se ha señalado que en las últimas tres décadas asistimos a una suerte de triunfo material pero también simbólico del capitalismo liberal, que aparece entonces como el único horizonte posible.<sup>603</sup> Los juicios taxativos respecto a distintos “fines” (de la historia, de las ideologías, de los grandes relatos, etc.) se inscriben en buena medida dentro de este horizonte –en relación al cual el supuesto “fin del trabajo” tampoco es ajeno. Creemos, tal como

---

601 Según Arendt, el término *zoé* refiere a la vida de la especie en un sentido biológico y cíclico, mientras que *bíos* refiere a la vida “específicamente humana”, que tiene un comienzo y un fin en el mundo y está compuesta por hechos y acontecimientos que pueden relatarse como una historia, constituyendo así una biografía. Es claro entonces que cuando la autora establece una relación inmanente entre labor y vida, está refiriendo a esta última en el sentido de *zoé* (véase ARENDT, Hannah, *La condición...*, ob. cit., pp. 110-111).

602 Aunque es cierto que si atendemos también a los fenómenos de sobreexplotación global de la fuerza de trabajo, al aumento de los niveles de desigualdad y, más en general, a todo eso que hace a la precarización de las condiciones de vida, el término *zoé* está lejos de resultar anacrónico. La vida humana en este capitalismo posmoderno parece más bien oscilar entre estos polos, expresados respectivamente por los términos *bíos* y *zoé*.

603 Véase ŽIŽEK, Slavoj, “Cómo volver a empezar...”, ob. cit., p. 233.

plantean Boltanski y Chiapello a su modo, que este triunfo –relativo por cierto– fue posible en parte gracias a la neutralización de la crítica que viene operando el actual capitalismo.

Es por eso que en la parte final de esta tesis dedicaremos especial atención a examinar los caminos a seguir para recuperar la crítica. Este propósito estuvo presente desde el inicio de esta investigación, por lo cual procuraremos sistematizar las cuestiones que fuimos tratando, de modo tal de esbozar a la vez las principales conclusiones que se desprenden del recorrido realizado.

## **A MODO DE CONCLUSIÓN: EL TRABAJO, LA CRÍTICA Y LA ACCIÓN POLÍTICA EN EL CAPITALISMO ACTUAL**

Los desarrollos de la tercera parte nos sirvieron para poner de manifiesto el modo en que las limitaciones intrínsecas a la crítica tradicional del trabajo se han mostrado en toda su evidencia con las últimas transformaciones del capitalismo. Siguiendo los pasos de lo desarrollado en el capítulo segundo, mostramos la necesidad de enmarcar estas transformaciones en una teoría diferente respecto del capitalismo y del lugar que el trabajo ocupa en el mismo.

Finalizaremos este estudio sistematizando los principales resultados que se desprenden de la reformulación teórica propuesta así como algunas de las perspectivas y líneas de reflexión que la misma abre, teniendo en vista en particular la necesidad de recuperar una crítica que, entendida bajo la modalidad “tradicional”, ha quedado prácticamente neutralizada. En primer lugar, terminaremos de abordar los aspectos en que nuestra reformulación ofrece una alternativa para la crítica ante la mencionada neutralización a la vez que abre líneas que apuntan a una apertura mayor del campo de lo posible en el actual contexto “posfordista”. En segundo lugar, sistematizaremos el concepto de “crítica” tal como lo fuimos delineando en esta investigación, explicitando los tres niveles en que se articula: el epistemológico, el ontológico y el ético. En tercer lugar, avanzaremos en la idea de “comunismo” en tanto horizonte de lo posible abierto por la crítica; en relación a él, volveremos sobre el concepto de “trabajo”. Terminaremos esta investigación intentando poner de manifiesto el modo en que la acción política transformadora de lo existente podría sortear la brecha que parece abrirse, según nuestra concepción de la crítica, entre lo real y lo posible.

### **I. Reformular y recuperar la crítica: las posibilidades abiertas**

Retrospectivamente, cobra mayor importancia ahora lo que procuramos sostener y justificar desde el principio de esta investigación, esto es: la necesidad de especificar la crítica del trabajo en el marco del capitalismo. Es que en el estadio histórico del capitalismo en que la crítica tradicional del trabajo resulta neutralizada en la práctica real, la modalidad alternativa de crítica que defendimos adquiere renovada vitalidad, presentándose como una posible respuesta a una exigencia teórica pero también –ahora más que nunca– práctica.

Por un lado, fue mediante esa crítica que logramos poner de manifiesto ciertos aspectos problemáticos de lo que era presentado –en particular por parte de los nuevos

discursos de gestión— como un enriquecimiento del “trabajo concreto”. Pudimos referirnos entonces a algunas tendencias que subyacían al mismo, como la intensificación de la explotación y el corrimiento de la esfera de lo mercantilizable. Tendencias que, por cierto, mostraban una dirección general diferente a la presagiada por las tesis sobre el “fin del trabajo”: en lugar de una reducción y delimitación de la esfera mercantil e instrumental allende la cual se expandirían unas esferas de autonomía (“personal”, “comunicativa”, etc.) veíamos entonces una creciente hibridación entre ambas instancias.

Por otro lado, las últimas transformaciones del capitalismo afectan también el horizonte de lo posible. Recordemos que éste no refiere a un mero futuro separado del presente, sino que es aquello que, siendo materialmente alcanzable, es negado en su realización por ciertas condiciones sociales e históricas que resultan contingentes y superables. Pues bien: entendemos que en el capitalismo actual la posibilidad de lo que con Marx llamamos “comunismo” —resumiendo lo dicho, una sociedad ya no gobernada por mecanismos abstractos e impersonales y fundada, por el contrario, en el autogobierno de los pueblos (que incluye la gestión democrática del aparato productivo)—<sup>604</sup> puede adquirir una potencia renovada.

En efecto, y como ya señalamos, los modos de organización “posfordistas” tienden a requerir, para su puesta en funcionamiento, un involucramiento mayor de los trabajadores que incluye sus capacidades cognitivas, comunicativas y afectivas; fomentan además la autonomía y la cooperación en los espacios de trabajo. Aunque en el capitalismo estas tendencias terminen redundando en una mercantilización, instrumentalización y subsunción ampliadas, no dejan de ponerse con ellas más claramente de manifiesto posibilidades que son negadas y que, para su realización efectiva, llaman a fundar un tipo de sociedad radicalmente diferente.

Sumamente importante es el hecho de que estas posibilidades estén emergiendo de las potencialidades que presentan las nuevas formas de organización productiva y las tecnologías de la información y la comunicación con las cuales aquellas se encuentran estrechamente vinculadas. Autores emparentados con el Autonomismo italiano y con la corriente del “Capitalismo cognitivo”<sup>605</sup> han insistido sobre este punto, en particular en relación a la

---

604 Remitimos sobre este punto a lo ya planteado en el capítulo segundo, párrafo VIII, así como a las consideraciones suplementarias que se realizarán en el párrafo III.

605 Pertenecen a esta línea de análisis autores —en muchos casos ya citados— como Yann Moulier Boutang, Antonella Corsani, Andra Fumagalli, Enzo Rullani y Carlo Vercellone (un buen panorama de sus fundamentos teóricos y políticos así como la palabra de algunos de sus principales exponentes puede encontrarse en MOULIER BOUTANG, Yann y otros, *Capitalismo cognitivo...*, ob. cit.). Esta corriente retoma y desarrolla ideas del autonomismo;

producción de mercancías inmateriales. Estos análisis señalan que la producción de información, conocimiento, cultura, etc., entraña ciertos problemas para la acumulación de capital por un lado, y abre posibilidades concretas para el desarrollo de relaciones sociales alternativas en el ámbito productivo por otro. Las dificultades que las empresas y gobiernos encuentran para controlar la difusión y puesta en común de diversos productos inmateriales – *software*, canciones, películas, publicaciones, etc.– a pesar del endurecimiento de la legislación sobre propiedad intelectual son una muestra de lo primero. La irrupción de movimientos que reivindican la cultura libre y el acceso abierto, así como formas autónomas y horizontales de organización –el software libre es el caso más comentado y emblemático–<sup>606</sup> constituye una muestra de lo segundo.

Más allá de la discusión respecto al alcance y magnitud de estos cambios –recordamos que sobre este tema hemos adoptado aquí una posición cautelosa– lo que desde nuestro punto de vista resulta relevante es que los mismos están mostrando la existencia de posibilidades que eran negadas enfáticamente por la crítica tradicional del trabajo. Lo que hay que enfatizar es que estas posibilidades no son postuladas *a priori* por una conciencia trasnochada que anhela románticamente estadios anteriores de organización y desarrollo tecnológico, sino que están emergiendo de las recientes transformaciones del sistema productivo. Aquí, el drástico cambio de posición de Gorz en sus últimas obras resulta nuevamente un testimonio relevante, por lo cual nos permitimos esta extensa cita de un artículo suyo publicado en el año de su muerte:

---

algunas de ellas –como la que señala una “crisis de la teoría del valor”– las discutimos en el capítulo cuarto, parágrafo VI. Más allá de las diferencias que en efecto tenemos y que nos apartan de algunas de sus tesis principales, consideramos de un gran valor los aportes de esta corriente para pensar los problemas del capitalismo actual y las posibilidades que comienzan a abrirse en el mismo.

606 El movimiento del software libre es particularmente interesante porque pone en práctica una ética que mucho tiene que ver con la idea de “comunismo” tal como la esbozamos. Los dos principios innegociables del movimiento son, de hecho, la *libertad* y la *comunidad*, considerándose ambos inescindibles. Las cuatro libertades que caracterizan al software libre son: 1) libertad de ejecutar el programa, con cualquier propósito; 2) libertad para modificar y adaptar el programa a las necesidades del usuario; 3) libertad para redistribuir copias, tanto gratis como por un canon; 4) libertad para distribuir versiones modificadas del programa, de manera que otros puedan beneficiarse con las mejoras. Sin embargo, estas libertades se restringen de modo que aseguren el otro principio: la comunidad, base y objetivo del movimiento. Esto se torna operativo en la licencia GPL bajo la cual opera el software libre: la misma contiene una cláusula absorbente que indica que ante cualquier unión entre un programa de licencia GPL con otro de licencia compatible, el resultado final deberá ser GPL –es decir que cualquier modificación del programa deberá mantener la licencia GPL, asegurándose así las cuatro libertades mencionadas. De este modo se garantiza que sea la comunidad la beneficiaria, impidiéndose la apropiación individual de carácter privativo. Sobre estas cuestiones, véase FAZIO, Ariel, “Ética y subsunción en el posfordismo: por qué el software libre es un movimiento”, en *Redes*, N° 30, 2009, pp. 217-244.

Esta salida [del capitalismo] implica necesariamente que nos emancipemos de la influencia que ejerce el capital sobre el consumo y de su monopolio de los medios de producción. Significa restablecer la unidad entre el sujeto de la producción y el sujeto del consumo y, por lo tanto, recuperar la autonomía en la definición de nuestras necesidades y de sus modos de satisfacerlas. El obstáculo insuperable que el capitalismo había erigido en este camino era la naturaleza misma de los medios de producción que había empleado: constituían una megamáquina de la que todos éramos servidores y que nos dictaba los fines a seguir y la vida que debíamos llevar. Este período toca a su fin. Los medios de autoproducción *high-tech* vuelven a la megamáquina industrial virtualmente obsoleta (...) apuntan hacia un futuro en que prácticamente todo lo necesario y lo deseable podrá producirse en talleres cooperativos o comunales (...) Los talleres comunales de autoproducción estarán interconectados a escala global, podrán intercambiar o compartir experiencias, invenciones, ideas, descubrimientos. El trabajo será productor de cultura y de autoproducción, un modo de realización personal.<sup>607</sup>

El cambio en Gorz respecto a la forma de concebir lo posible se hace palpable en este texto. Muy lejos estamos de la defensa de una sociedad dual con sus dos esferas diferenciadas; ahora sería en la esfera del “trabajo” donde podrían conjugarse lo necesario y lo deseable, el reino de la necesidad y el de la libertad. Y sería justamente el desarrollo tecnológico-organizacional en curso –que estaría adoptando una forma muy diferente a la de la megamáquina industrial moderna basada en una integración meramente funcional– el supuesto material de esta posibilidad.

De este modo, entendemos que nuestra reformulación establece algunas coordenadas fundamentales que contribuyen a recuperar y fortalecer dos dimensiones centrales de la crítica en el actual momento histórico. Por un lado, en lo que hace al potencial para cuestionar el presente, tarea para la que hoy la crítica tradicional encuentra serias dificultades. Por otro lado, en lo que respecta a la ampliación del campo de lo posible, evaluada ahora a la luz de las potencialidades que subyacen a las tendencias “posfordistas”.

Volviendo a apelar a la distinción que Boltanski y Chiapello realizaban entre una crítica social y una crítica artista, podemos decir además que en nuestro planteo ambas críticas vuelven a quedar entrelazadas. Recordemos que estos autores señalaban que la neutralización de la crítica se debió ante todo a que el capitalismo de fines del siglo XX se apropió de los temas de la crítica artista, que sabemos que eran centrales en la visión tradicional. Cabe agregar ahora que, por su parte, la crítica social también perdió potencialidad, aunque por razones diferentes. Por un lado, esta crítica ya llegaba debilitada: había sido neutralizada parcialmente en el período de posguerra con los dispositivos de justicia y seguridad económica que el capitalismo comenzó a establecer por motivos tanto

---

607 GORZ, André, “La salida del capitalismo ya empezó”, en *Ecológica*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2011, pp. 32-34.

económicos como políticos –a los que ya hemos referido en capítulos anteriores. Por otro lado, con la crisis y posterior caída del “socialismo real”, la crítica social se vio durante un buen tiempo (que en parte se extiende hasta nuestros días) desprovista de una alternativa real al capitalismo. Además, el carácter estrepitoso que adoptó la caída de estos regímenes –que también tornó más visibles y evidentes sus errores y horrores– minó no sólo la legitimidad de las teorías que supuestamente los respaldaban –el marxismo en particular– sino que incluso llegó a afectar indirectamente a todos los planteamientos comprometidos con algún tipo de perspectiva emancipatoria de carácter general –recuérdese que es en este período que se difunden ampliamente las ideas sobre el fin de la historia, de la ideología, de los grandes relatos, etc. De algún modo, lo ya referido respecto al relevo del concepto de “explotación” por el de “exclusión” sintetiza lo acontecido con la crítica social: ésta no fue apropiada ni desapareció de la escena, pero perdió potencialidad al verse desprovista de su anclaje en proyectos de emancipación radical y en teorías generales sobre el cambio social, aliándose entonces con miradas de índole moral-humanitaria centradas en situaciones más bien particulares.

El capitalismo aprovechó así el debilitamiento de la crítica social para soslayarla y solaparla, apoyándose para esto último en la apropiación que operó sobre la crítica artista. Desde entonces, este sistema se legitima revistiéndose con los valores del cambio constante, del gusto por lo imprevisto, de la estimación por la diferencia, etc., a la vez que procura deslegitimar los temas defendidos tradicionalmente por la crítica social (justicia social, igualdad económica, etc.) presentándolos como parte de un pasado que habría quedado ya definitivamente enterrado. Esta operatoria, parte crucial del repertorio de la ideología neoliberal, explica también que ciertos temas de la “crítica posmoderna” hayan podido ser apropiados y utilizados para la legitimación del capitalismo.<sup>608</sup>

Es por esto que consideramos que hoy cualquier perspectiva que pretenda cuestionar al capitalismo tiene que asumir el desafío de aunar nuevamente las dos críticas. Nosotros hemos elegido aquí un camino en particular para esto, en el que ambas quedan articuladas dentro de un discurso que toma como blanco la especificidad que asumen las relaciones sociales en el capitalismo. En particular, este discurso resulta útil para desmontar la apropiación de la crítica artista operada por el capital, poniendo de manifiesto cómo en las organizaciones de raigambre “posfordista” la implicación con el trabajo, la mayor autonomía, etc. resultan ser

---

608 Sobre la compleja imbricación entre la ideología “posmodernista” y el capitalismo “posfordista”, véanse por ejemplo: HARDT, Michel y NEGRI, Antonio, *Imperio*, ob. cit., especialmente cap. 7; HARVEY, David, *La condición...*, ob. cit.; y JAMESON, Fredric, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

dispositivos puestos en funcionamiento para la efectiva *explotación* (término más propio de la crítica social) de la fuerza de trabajo, conllevando a la vez una subsunción, mercantilización e instrumentalización ampliadas.

## **II. Niveles de la crítica: ontológico, epistemológico, ético**

Aunque ya hemos realizado precisiones importantes sobre el concepto de “crítica” que venimos utilizando, el hecho de que el mismo ponga en juego ni más ni menos que el estatus del discurso que hemos pretendido mantener a lo largo de toda esta investigación nos obliga a desarrollarlo de un modo más sistemático. En este punto, entendemos que en esta crítica se articulan tres niveles: el epistemológico, el ontológico y el ético.

El *nivel epistemológico* refiere, al menos en un primer sentido, a la pregunta kantiana respecto de las condiciones de posibilidad del conocimiento. Es sabido que el pensamiento moderno –del cual Kant es un exponente ejemplar– tiene un carácter autocrítico en la medida en que asume como prioritaria la tarea de justificarse racionalmente a sí mismo; de ahí la pregunta por las condiciones que lo hacen posible. Sin embargo, nuestro problema difiere del kantiano porque lo que tenemos que justificar no es el quehacer de las llamadas “ciencias positivas” –recordemos que este autor pretendía mostrar en particular la validez de la física newtoniana– sino el de la crítica social. Como esta última no tiene como finalidad el mero conocimiento de los fenómenos tal como ellos se presentan sino que ante todo pretende cuestionarlos, la epistemología que la sustenta tampoco debe pretender indagar las condiciones de posibilidad de un conocimiento objetivo, universal y necesario. Su problema es, incluso, el opuesto. Veamos.

En el capítulo segundo explicamos que una de las características distintivas de las relaciones sociales capitalistas radica en que las mismas revisten un carácter impersonal, objetivo, abstracto y sin embargo imperativo, instituyéndose entonces un tipo de dominación que no es de tipo personal como el de las sociedades premodernas. Recordemos que son estas características justamente las que hacen que la dominación en el capitalismo aparezca como algo “natural” y “objetivo”. Por eso la crítica social del capitalismo tiene una doble función: develar el carácter histórico, social y específico de las relaciones sociales imperantes en este sistema, y a la vez dar cuenta de por qué ellas aparecen revistiendo esta forma “natural” y por tanto universal y necesaria.

En la medida en que una de las funciones de la crítica es poner de manifiesto la historicidad específica de su objeto, debe también ella aceptar su carácter históricamente

determinado. Sostenemos esta correlación en la medida en que aquí adoptamos, contra toda visión transhistórica del sujeto que conoce, el punto de vista según el cual la crítica es inmanente a su objeto.<sup>609</sup> De hecho, *las condiciones epistemológicas de posibilidad de la crítica se asientan en que su objeto (la estructura de las relaciones sociales capitalistas) tiene un carácter contradictorio, del cual se deriva tanto su finitud como la posibilidad de su superación.*

La afirmación anterior respecto de la inmanencia de la crítica en relación a su objeto nos conduce a la cuestión referida a los *compromisos ontológicos* que estamos asumiendo. Cuando hablamos del capitalismo como una totalidad contradictoria y dinámica que por tanto debe ser aprehendida por categorías de análisis duales, la referencia al concepto de “dialéctica” es evidente. Sin embargo, nuestro estudio está limitado a ese objeto preciso (el capitalismo) y por tanto no presupone algún tipo de ontología transhistórica, sea dialéctica o no. Es por ello que si utilizamos una ontología no lo hacemos en los términos en que la entiende tradicionalmente la filosofía: se trata de una ontología arraigada históricamente, y es además social, porque parte del estudio de la forma que, de modo predominante, adquieren las relaciones sociales en este sistema.

El concepto de *lo posible* –que como ya señalamos es fundamental para nuestra crítica– es tal vez el que más dificultades de comprensión puede generar, tanto desde el punto de vista ontológico como epistemológico, y por eso merece algunas precisiones complementarias. El concepto presenta la dificultad de ubicarse en un nivel entre el ser y el no-ser, sin identificarse completamente con ninguno de los dos planos ontológicos. Por un lado, *lo posible no es* puesto que refiere a una situación que es negada por el sistema vigente, y por tanto *no sólo no es sino que además no puede ser en él*. Sin embargo, *lo posible es* en la medida en que, estando arraigado en el carácter contradictorio del capitalismo, posee una *existencia virtual*. Ya señalamos este punto cuando nos referimos al análisis marxiano de la relación dialéctica entre la dimensión del valor de uso y la del valor: a medida que aumenta la productividad del trabajo, el valor de uso producido se hace cada vez más independiente del tiempo de trabajo; aunque esta “base miserable” (*Grundrisse*) persiste de modo tal que el trabajo muerto (capital acumulado como resultado de un proceso histórico) sigue enfrentándose de modo antagónico al trabajo vivo, se va haciendo cada vez más evidente la brecha entre lo existente y lo que resultaría factible si las relaciones sociales no estuvieran estructuradas por el capital. En este sentido, lo posible no alude a un futuro sin arraigo en las

---

609 En este punto seguimos, entre otros, a Postone (véase ob. cit., pp. 201-207).

condiciones del presente (como el que suele asociarse al concepto de “utopía”) ni a un ideal completamente indeterminado, sino que, como plantea Postone:

implica la *negación determinada* del orden existente: la creación de nuevas estructuras que han surgido como posibilidades históricas, pero que requieren, como condición para su existencia real y efectiva, de la abolición de los cimientos básicos del orden capitalista (...) el punto de vista de la crítica “negativa” de Marx es una *posibilidad determinada que surge históricamente del carácter contradictorio del orden existente* y no debería ser identificada con la forma actual de cualquiera de las dimensiones de ese orden.<sup>610</sup>

Sobre estas bases epistemológicas y ontológicas de la crítica entendemos que también pueden sustentarse los *juicios de orden ético-normativo* respecto del capitalismo. Estos juicios se apoyan en la distancia entre lo actual y aquellas posibilidades que resultan bloqueadas. La naturaleza contrafáctica de estos juicios no los invalida, pues con ellos estamos evaluando el presente a partir de sus posibilidades *inmanentes*. Por supuesto que el escéptico siempre podrá desconfiar de estos juicios en nombre de un “realismo” en el fondo conservador. Pero el crítico no puede renunciar a lo posible so pena de invalidar su propia empresa y con ella la de todo pensamiento comprometido con la transformación de lo existente.

Sin embargo, con el juicio ético emerge la cuestión de los criterios de que implícitamente nos valemos para evaluar que lo posible resulta mejor que lo existente. Sin entrar en una cuestión cuya complejidad excede los objetivos de esta investigación, sí podemos explicitar que aquí estamos presuponiendo una ética que no es formalista (es el caso de la ética kantiana y también de su derivación contemporánea en la ética del discurso de Habermas y Apel) sino que parte de una idea de contenido respecto a lo que *debería ser* la vida humana en sociedad. *El capitalismo es juzgado entonces en la medida en que limita las posibilidades efectivas para la reproducción, potenciación y autodeterminación de la vida del sujeto social en sus múltiples dimensiones (material, simbólica, etc.).*<sup>611</sup> Veámoslo repasando algunos de los argumentos ya esbozados en esta investigación.

---

610 POSTONE, Moishe, ob. cit., p. 462 (la cursiva es mía).

611 Nuestro planteo en este punto sigue a grandes rasgos la línea trazada por Enrique Dussel, quien defiende –contra las éticas formalistas e inspirándose en Marx– la necesidad de un criterio ético material que tome como base a la vida humana en un sentido amplio. Él lo formula así: “el que actúa humanamente siempre y necesariamente tiene como contenido de su acto alguna mediación para la producción, reproducción o desarrollo autorresponsable de la vida de cada sujeto humano en una *comunidad de vida*, como cumplimiento material de las necesidades de su corporalidad cultural (la primera de todas el deseo del otro *sujeto* humano), teniendo por referencia última a toda la humanidad.” (DUSSEL, Enrique, *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*, Madrid, Trotta, 2006, p. 132).

Cuando Marx se refería a un “trabajo superfluo”, juzgaba al plustrabajo, necesario para la reproducción del capital, desde la perspectiva de una sociedad en la cual el tiempo invertido actualmente en él (devenido entonces en “tiempo disponible”) podría dedicarse a actividades vinculadas al libre desarrollo de la vida del individuo y/o de la comunidad en su conjunto. De un modo similar, cuando nosotros hablamos de un “consumo superfluo”, pensábamos en las energías y recursos utilizados para producir mercancías que atentan contra la reproducción y desarrollo de la vida, bien sea directamente (la industria de armas por ejemplo), bien sea indirectamente (porque sus costos ambientales o humanos no compensarían su utilidad social, por ejemplo). También interrogamos éticamente al capitalismo cuando desentrañamos el modo en que limitaba los potenciales que poseía el “posfordismo” para una realización autónoma de la vida personal en el espacio de trabajo.

Más en general, vimos que el capitalismo implica la existencia de una serie de coacciones objetivas, abstractas e impersonales de entre las cuales las señaladas constituyen ejemplos emblemáticos pero no los únicos. Estas coacciones en su conjunto instituyen una “esfera de necesidad históricamente determinada” (capítulo segundo) que no se explica meramente por un “aumento de complejidad de la producción material” (como pretendía Habermas) y que sin embargo limita las múltiples potencialidades de la vida humana de un modo que resulta innecesario (o superfluo) desde la perspectiva de lo posible.

### **III. Entre lo real y lo posible (1): sobre la idea de “comunismo”, el concepto de “trabajo” y la crítica**

Como ya señalamos en el párrafo VIII del capítulo segundo, para nosotros el concepto de lo “posible” coincide en líneas generales con la idea marxiana de “comunismo”. No se trata entonces de una idea eterna sino histórica, en tanto negación determinada del capitalismo. El comunismo no conlleva la visión de una sociedad transparente a sí misma, sin tensiones y conflictos. Pero implica, sí, la superación de los antagonismos y coacciones que son específicos del capitalismo.

Estas coacciones tienen su origen último en el hecho de que el capitalismo se funda en una forma de mediación social general (“trabajo abstracto”) que se impone como un imperativo cuasiobjetivo sobre los sujetos, estableciendo equivalencias entre actividades, productos y capacidades. En tanto negación determinada, la idea de “comunismo” coincide con la abolición de esta mediación social y la fundación de una nueva forma de nexo social. Ya explicamos, contra las visiones tecnocráticas del “comunismo” criticadas por Arendt y

Habermas, que entendemos que este nexo, entonces abiertamente social, debería dar lugar a una apertura del espacio público-político.

Esta idea del “comunismo” como negación determinada del capitalismo sigue en líneas generales la lectura que Postone hace de Marx. No se opone necesariamente a la visión tradicional del marxismo que concibe la superación del capitalismo en términos de la supresión de las clases y de la propiedad privada de los medios de producción. En efecto: la abolición del trabajo abstracto y del capital conlleva lógicamente la abolición de las clases que personifican estas categorías, así como de sus prerrogativas. Sin embargo, esta interpretación se ubica en un nivel de análisis diferente que a nuestro juicio posee la virtud de enfatizar y poner de manifiesto cuestiones que han sido descuidadas e incluso mal planteadas por las lecturas más ortodoxas.

En efecto: lo que Postone le reprocha a dichas lecturas (lo que él denomina “marxismo tradicional”) es el hecho de haber centrado su crítica al capitalismo en las relaciones de clase, en la propiedad privada de los medios de producción y en el mercado, dejando así en la indeterminación e incluso ontologizando el trabajo y el ámbito de la producción propiamente dicha. Como resultado necesario de este marco estrecho de interpretación, el “marxismo tradicional” tiene serias dificultades para entender la especificidad tanto de las relaciones sociales como de la dinámica de la producción capitalista.<sup>612</sup> Superar estos inconvenientes resultaba crucial en particular para esta investigación, pues de este modo el marxismo se hacía vulnerable a las acusaciones –de Habermas, Arendt, y de la crítica tradicional del trabajo en general– de esencializar e incluso glorificar el trabajo. Lo que justamente intentamos mostrar en la primera parte fue que en realidad la crítica tradicional también tendía a operar una deshistorización del concepto de “trabajo” que redundaba en un esencialismo similar, cuestión que ameritaba proceder a releer a Marx con otras claves interpretativas para de este modo cambiar el terreno del debate.

En vinculación con ello, nuestra idea de “comunismo” no se opone a los temas “tradicionales” de la abolición de las clases y de la propiedad privada de los medios de producción, pero sí conlleva una crítica hacia aquellas perspectivas que conciben la idea como un estadio definitivo en el que los conflictos políticos desaparecerían y se procedería entonces a una armoniosa administración de las cosas de carácter natural y/o tecnocrático. A nuestro juicio, estas visiones han ontologizado características que el trabajo parece tener en el capitalismo (recordemos lo dicho sobre el carácter “natural” e “instrumental” del mismo) a

---

612 Para esta crítica, véase POSTONE, Moishe, ob. cit., primera parte.

punto tal que incluso las han proyectado acríticamente en la sociedad que supuestamente es presentada como una superación de aquel sistema.

Al mismo tiempo, cuestionamos a aquellas perspectivas que, pretendiéndose críticas, aceptan sin embargo como necesaria la forma que en el capitalismo asume el trabajo (y en general, la producción y la economía) limitándose solamente a inquirir por una reducción de su campo de influencia. Según entendemos, la superación de los imperativos propios de la producción capitalista –en particular el productivismo– conlleva la posibilidad efectiva de que el proceso de trabajo sea modificado no sólo cuantitativa (por la reducción de la jornada laboral) sino también cualitativamente. Planteamos incluso que algunas tendencias “posfordistas” anticipan materialmente esta posibilidad, que sin embargo se ve frustrada por la persistencia de las relaciones sociales capitalistas. La abolición del capital haría posible, en efecto, que aquello que hoy es direccionado por mecanismos cuasiobjetivos (que por ejemplo determinan un aumento constante de la producción sin deparar en las consecuencias que ello trae para la naturaleza y el propio hombre) pueda ser deliberado y decidido en una esfera pública de naturaleza política. En este punto, nuestra perspectiva se niega a aceptar los planteos dicotómicos tradicionales, según los cuales entre *prâxis* y *poiesis* lo único concebible es una relación de suma cero (a más de uno menos del otro y viceversa). Más bien, entendemos que la idea de “comunismo” nos está interpelando sobre la necesidad de pensar una relación nueva, complementaria y de mutua potenciación entre ambas.

Lo dicho nos permite resumir nuestra posición respecto a los arduos debates actuales en torno de la “centralidad del trabajo”. Entendemos que las tesis sobre el “fin del trabajo” han encarado mal la cuestión, pero no por la razón que en general esgrimen los planteos marxistas, que les achacan no haber considerado que el trabajo es un aspecto constitutivo de la existencia humana<sup>613</sup> –ya explicamos en la Primera Parte por qué este debate nos parece inconducente. Siguiendo a la crítica tradicional, estas tesis han entrevisto que la centralidad del trabajo es una característica distintiva de las sociedades modernas (capitalistas), pero no la han tematizado correctamente porque la adscribieron al trabajo *per se* (o concreto) y no al “trabajo abstracto” como relación social constitutiva pero histórica. Ya señalamos en el capítulo segundo que esta confusión no es casual ni se deriva de un mero error mental, sino que es una posibilidad inmanente al fetichismo inducido por las propias relaciones sociales capitalistas.

---

613 Véanse por ejemplo ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos...*, ob. cit., especialmente cap. VIII; y COLLIN, Denis, “Las tesis...”, ob. cit.

Como consecuencia, en nuestro planteo “lo posible” (más allá del capital; comunismo) implica que el trabajo pierda este carácter constitutivo en tanto mediación social específica. Esto no quiere decir, insistimos, que las actividades productivas en tanto creadoras de valores de uso sociales (“trabajo concreto”) dejarían de existir sino que pasarían a estar mediadas de otro modo, por relaciones abiertamente sociales. Lo cual, según entendemos, abriría la posibilidad de una recomposición cualitativa del proceso productivo, de sus objetivos y del lugar del sujeto humano en el mismo. En lo que podría parecer una paradoja, sostenemos que sólo perdiendo su centralidad como mediación social el trabajo puede superar la alienación y explotación que le son inherentes en el sistema capitalista.

Esta última posibilidad no aparece en los teóricos del “fin del trabajo”. Sus propuestas concretas supuestamente superadoras de la llamada “crisis de la sociedad salarial” se centran exclusivamente en el régimen *distributivo*, que para ellos debería empezar a basarse en relaciones y principios ético-sociales diferentes de los que corresponden al sistema del trabajo asalariado. Este punto de vista se deriva de que estos autores se guían por la idea – propia de la economía política clásica y puesta en cuestión por Marx<sup>614</sup> según la cual mientras la producción se estructura de acuerdo a reglas técnicas, la distribución lo hace por reglas sociales. Siendo así, lo que se llama a modificar son los principios de esta última, que entonces debería dejar de estar asentada exclusivamente en la venta de la fuerza de trabajo en el mercado. Recordemos que para estos autores la condición histórica de posibilidad de estas políticas redistributivas era el supuesto cambio cualitativo en el proceso de producción, que en el límite ya no necesitaría de trabajo humano. Se trataba entonces de que la distribución social se acoplara a este novedoso estadio de la producción que –tal como ellos lo entendían– sería resultado de un mero progreso técnico.

Más allá de las objeciones que a lo largo de esta investigación hemos hecho a esta lectura lineal y tecnicista del desarrollo histórico del proceso de producción –sería redundante seguir insistiendo sobre ello– lo que nos interesa remarcar aquí es que una consecuencia distintiva de nuestra interpretación estriba en la perspectiva de que la superación del capitalismo tornaría posible no sólo un cambio en el régimen de distribución sino también en el de producción.<sup>615</sup> El comunismo, según lo entendemos, acarrearía un salto cualitativo con el cual el trabajo humano se vería modificado en su mismo concepto. No sólo

---

614 Tratamos esta crítica particularmente en el capítulo segundo, párrafo I.

615 Retrospectivamente, esto justifica que hayamos partido de la categoría de “trabajo abstracto” y no de la de “trabajo asalariado”, que es su traducción en la circulación/distribución, nivel analítico que no permite el mismo despliegue de determinaciones.

dejaría de ser el medio fundamental por el cual la mayor parte de los individuos adquieren el acceso a los medios materiales y simbólicos –plano distributivo al cual reducen “lo posible” incluso los teóricos más radicales del “fin del trabajo” – sino que también dejaría de estar determinado, en cuanto “trabajo concreto”, por los imperativos unidimensionales de rentabilidad, productividad y eficiencia.

Esta idea de “comunismo” no implica una perspectiva “romántica” de rechazo del avance tecnológico y un regreso al trabajo artesanal. Más bien, estos avances son el punto de partida para plantear una reorganización cualitativa del proceso productivo, de sus fines, sus medios, y del tipo de relación a establecer entre ambos (que no tiene por qué ser meramente instrumental). La superación del capital es también la liberación respecto de los imperativos “objetivos” de crecimiento constante y necesario de las fuerzas productivas –el comúnmente llamado “crecimiento ilimitado”, destructor de la naturaleza y mutilador del ser humano. Emerge entonces la posibilidad histórica de que este desarrollo sea utilizado reflexivamente para la consecución de objetivos que la sociedad considere importantes y deseables. No vemos razones para excluir *a priori* que entre estos objetivos pueda encontrarse el de hacer más agradable y enriquecedor para la persona el proceso de trabajo. Y esto, aun si sucediera que dicho propósito atentara en alguna medida contra la tan preciada “productividad” –algo muy discutible si recordamos que incluso en el capitalismo las tendencias “posfordistas” están poniendo en cuestión aquellas teorías sobre la racionalización que establecían una relación de correspondencia necesaria entre el desarrollo tecnológico y el progresivo empobrecimiento del trabajador. A menos que pensemos de un modo esencialista que el productivismo y el consumismo están inscriptos en la naturaleza humana, no podemos negar dogmáticamente la posibilidad de que el objetivo “aumento de productividad” sea relativizado y hasta relegado por otros.

#### **IV. Entre lo real y lo posible (2): el problema de la transformación política**

Tal vez algún lector se sienta desilusionado por el hecho de que nuestras conceptualizaciones del “comunismo” y del “trabajo posible” sean esencialmente negativas y poco precisas en lo que hace a sus caracteres positivos. No lo negamos. Pero sí queremos que quede claro que esto no se debe –al menos no principalmente– a cuestiones accidentales como podrían ser las dificultades para pensar un modelo alternativo de sociedad o el hecho de que ello exceda con mucho a los objetivos de esta investigación.

En efecto, el comunismo no es para nosotros un estadio definitivo sino el lugar de apertura de lo posible y de crítica de lo existente. Delinearlo positivamente sería en parte atentar contra dicha apertura. Así, decimos por ejemplo que el comunismo implicaría la deliberación pública y democrática respecto de los objetivos a priorizar a la hora de organizar el proceso productivo; si nosotros estableciéramos de modo taxativo cuáles deben ser esos objetivos, estaríamos cerrándonos a un debate que excede nuestra buena conciencia individual porque en él se juega también el modelo de sociedad que los pueblos podrían querer impulsar para sí mismos. Sí podemos –y en efecto lo hicimos– sugerir ideas y alternativas como modo de pensar posibilidades y abrir ese debate.

Lo mismo se aplica al concepto de “trabajo”. Para una crítica cuya función es desnaturalizar lo dado, resulta fundamental tanto especificar históricamente este concepto como evitar su cierre, lo cual sabemos que significaría sancionarlo como algo universal, necesario y por tanto igualmente esencial –por eso, y en contraste, introdujimos la idea de “trabajo posible”. Sin embargo, no podemos establecer las determinaciones *positivas* de este “trabajo posible”, pues esto resultaría contradictorio con la apertura que la idea misma de su mediación política implica.

En efecto: la dificultad que plantea un concepto como el de “trabajo posible” radica en que se encuentra particularmente atravesado por el movimiento –constitutivo de la crítica– que va de lo real a lo posible y viceversa, lo cual explica su inestable estatus ontológico, epistemológico y ético. Si mantenemos en él el significante “trabajo” es porque pretendemos con su ayuda dirigirnos críticamente a lo real: en este sentido, el concepto de “trabajo posible” abre el campo de las posibilidades para aquello que hoy denominamos “trabajo”. Lo paradójico es que cuando nos apartamos de lo real e intentamos efectivamente pensar lo posible, el concepto de “trabajo” pierde su consistencia y parece disolverse en el mismo movimiento de su superación. Pues la consistencia del concepto se deriva de su función social y su consecuente determinación por los mecanismos característicos del sistema capitalista. Resulta lógico entonces pensar que en una sociedad poscapitalista el concepto de “trabajo” sería resignificado radicalmente y que incluso podría desaparecer. Lo podemos pensar, pero no lo podemos afirmar determinando el modo en que ello sucedería (estableciendo por ejemplo los conceptos que relevarían al “trabajo”) pues, insistimos, con ello atentaríamos contra la apertura de lo posible a la cual *decidimos* mantenernos fieles.

Implícitamente, estamos poniendo en juego aquí también una idea sobre el rol del intelectual y los alcances y límites de su compromiso social. Está claro que esta investigación no pretende ser neutral en términos ético-políticos. Pero tampoco se propone establecer un

programa cerrado de objetivos a alcanzar que delimiten un cerco sobre la acción a seguir. Más modestamente, se entiende aquí que el papel ético-político de la indagación teórico-crítica sobre el mundo social radica en cuestionar los lugares comunes, los caminos trillados y las opciones naturalizadas. En vista, también, de abrir desde el pensamiento el horizonte de lo posible para la acción.

Teniendo presente esta última consideración tal vez podamos, todavía, avanzar un poco más sobre el punto y abordar una cuestión acuciante: ¿cómo se vincularía esta apertura de lo posible con el problema de la acción política en el presente? O dicho en otros términos: ¿cómo podría la acción situada en el ahora sortear el abismo que parece abrirse entre lo real y lo posible?

Con esto estamos rozando un viejo debate de la izquierda: aquel que aborda la alternativa aparentemente excluyente entre “reforma” y “revolución”.<sup>616</sup> Tradicionalmente, se considera reformista aquella acción que, bajo un ropaje crítico, continúa aceptando los límites, criterios y principios formales y materiales impuestos por el sistema de dominación vigente. Por el contrario, sería revolucionaria aquella acción que no sólo rechaza estos límites, sino que también se aboca a derrocar al sistema vigente para fundar una sociedad basada en principios y criterios radicalmente diferentes. Puesto en nuestros términos, podría decirse que la acción reformista se mantiene en los límites impuestos por lo “real”, mientras que la acción revolucionaria plantea la necesidad de rechazar prácticamente lo “real” para fundar lo “posible”.

Entendemos, sin embargo, que este modo dicotómico de plantear el problema de la acción política acarrea varios inconvenientes. Tal vez el más grave sea el hecho de que resulta sumamente restrictivo a la hora de evaluar las alternativas de la acción. En particular, valorar únicamente la “acción revolucionaria” implica subestimar la importancia de prácticas que no tienen el objetivo directo de fundar otro sistema, pero que sin embargo se guían por principios y valores diferentes a los vigentes en él. De este modo, la dicotomía puede fortalecer la exclusión de prácticas alternativas (no-funcionales), especialmente de aquellas no abiertamente “militantes” (al menos en el sentido tradicional) y que se localizan en el mundo cotidiano de los sujetos.<sup>617</sup>

---

616 La formulación clásica de este debate se remonta a las críticas de Rosa Luxemburg al revisionismo de Bernstein en *Reforma o Revolución*, publicado por primera vez en el año 1900.

617 Tomamos esta observación crítica de DUSSEL, Enrique, *Ética de la liberación...*, ob. cit., pp. 528-538.

Otro inconveniente de esta caracterización –estrechamente vinculado con el anterior– es que tiende a conllevar una visión instrumental de la acción política. Establecido el objetivo final y último (la revolución, el comunismo, etc.) toda acción pasa a ser juzgada a la luz del mismo: o bien es un medio instrumental para lograrlo (y sólo en tanto tal es valorada) o bien no lleva hacia él, por lo cual es rechazada o tratada con indiferencia. Podemos observar aquí que un planteo de este tipo no sólo es restrictivo sino que también opera un reduccionismo allí donde la acción es juzgada positivamente, ya que se basa en una evaluación realizada con criterios puramente instrumentales.

Finalmente, esta perspectiva centrada en un objetivo último a alcanzar, respecto del cual toda acción es evaluada en términos instrumentales, puede redundar en un vanguardismo intelectualista no menos peligroso. Por lo menos, es lo que tiende a suceder cuando dicho objetivo se inscribe en el marco de una filosofía de la historia a la cual tendrían acceso solamente algunos iluminados –en general los intelectuales–, que en base a su conocimiento de la “verdad” deberían sacar de la sombra al resto de los mortales –algo similar, por cierto, a lo que sucedía en la alegoría de la caverna platónica.<sup>618</sup>

No estamos –vale aclarar– rechazando la idea de “revolución” en sí misma; lo que estamos señalando es que no debería a nuestro juicio concebirse –ella ni ninguna otra: socialismo, comunismo, toma del poder, etc.– como el fin último al cual toda acción debería subordinarse. Una alternativa interesante es la que propone Dussel, que plantea el concepto de “transformación” como un tercer término que relativizaría la disyuntiva reforma/revolución:

Los criterios y principios que obligan al sujeto ético a luchar hasta el participar de una revolución (...) son los mismos que exigen “transformar” toda norma, acción, microestructura o institución. Sólo la “transformación” *crítica* de un sistema de eticidad completo (una cultura, un sistema económico, un Estado, una nación, etc.) lleva el nombre de “revolución”. Así, la revolución no es sino el momento extremo de un nivel de complejidad que comienza en su posición mínima por la transformación de una máxima de la vida cotidiana en referencia a una acción posible (...) “Transformar” es cambiar el rumbo de una intención, el contenido de una norma; modificar una acción o institución posibles, y aun un sistema de eticidad completo, en vista de los criterios y principios éticos enunciados, en el mismo proceso estratégico y práctico.<sup>619</sup>

---

618 La célebre tesis leninista de que el socialismo es introducido al proletariado desde “afuera”, por los intelectuales burgueses especialmente, es la concreción más conocida de esta idea, aunque no la única. Una discusión más amplia sobre este punto, que toma como blanco al llamado “socialismo científico”, puede encontrarse en HOLLOWAY, John, *Cambiar el mundo...*, ob. cit., cap. 7.

619 DUSSEL, Enrique, *Ética de la liberación...*, ob. cit., pp. 533-534.

La acción “transformadora”, entonces, conserva un carácter crítico –no meramente funcional como la “reformista” – porque sus principios y criterios no coinciden precisamente con los del sistema de dominación vigente (en nuestro caso, el capitalismo). Puede operar, en este sentido, en distintos niveles (local, nacional, internacional, etc.) y con propósitos heterogéneos, que no necesariamente son medios para un objetivo final. Pensemos en algunos focos de lucha actuales en gran medida emblemáticos: 1) los movimientos ecologistas que cuestionan el tipo de crecimiento “ilimitado” propio de la acumulación capitalista, y proponen otro modo de relacionarse con la naturaleza que supere su objetivación como “recurso explotable”; 2) las comunidades locales que en los países periféricos –particularmente en nuestro continente– defienden su modo de vida resistiendo la apropiación y explotación de sus tierras y recursos naturales por parte del agronegocio, la megaminería, etc.; 3) Las movilizaciones de “indignados” que en hoy en Europa se oponen a los ajustes estructurales y a las políticas de “flexibilización laboral” que precarizan la vida, siempre emanadas de Estados y Organismos Internacionales abonados al recetario neoliberal; 4) Los movimientos que defienden el carácter libre del software y la cultura virtual contra los avances de los regímenes de propiedad intelectual impulsados por las grandes corporaciones.<sup>620</sup>

Se trata de focos de lucha que difieren en su campo de acción (algunos operan a un nivel global o regional, otros lo hacen en uno más local, etc.), en su eficacia política y en sus objetivos inmediatos. Sin embargo, en todos los casos se ponen en cuestión aspectos parciales que no dejan de estar conectados con la lógica profunda del sistema capitalista, en especial en su actual fase: sobresalen la mercantilización de los recursos naturales y de los bienes inmateriales, así como la precarización de la vida humana en general.<sup>621</sup> Al mismo tiempo, la acción de estos movimientos no es meramente reactiva: a la vez que se oponen, ponen en práctica otro tipo de convivencia que difiere de la abstracción intrínseca a la sociabilidad capitalista. Así, los distintos movimientos ecologistas proponen modos

---

620 Aunque sé que es un tema polémico que merecería numerosas aclaraciones que no puedo hacer aquí, yo incluiría dentro de esta enumeración incompleta las luchas que, a través de los gobiernos llamados “populistas”, están llevando a cabo varios pueblos de Latinoamérica en las primeras dos décadas de este milenio. Más allá de las tensiones y contradicciones indudablemente presentes en estos gobiernos, considero que el cambio de signo que representan frente a la hegemonía neoliberal de los ’90 (que por cierto continúa siendo dominante en los países desarrollados) no puede ser hoy desdeñado como mero “reformismo” ni mucho menos como simple impostura retórica sin consecuencias efectivas en lo que hace a la mejora de las condiciones de vida (material y simbólica) de los pueblos.

621 Como vimos en la tercera parte, la mercantilización y la precarización son dos de los rasgos centrales del capitalismo “posfordista”.

alternativos, más “personales”, de relacionarse con la naturaleza; las organizaciones de campesinos e indígenas defienden formas comunitarias de vida social y de interacción con el entorno natural –en algunos casos con raíces en tradiciones ancestrales; los “indignados” recrean un tejido de solidaridad en la lucha; los defensores de la cultura libre promocionan el intercambio, la difusión y la producción solidaria y sin restricciones de los llamados “bienes inmateriales”.

A nuestro juicio no se trata de establecer *a priori* una “jerarquía” entre estas diferentes luchas –y si quisiéramos ser exhaustivos tendríamos que mencionar, por supuesto, muchas otras– sino de poner en evidencia los hilos que las unen.<sup>622</sup> Tarea importante para la teoría crítica, debido a que es la propia dialéctica históricamente determinada entre lo abstracto (la lógica capitalista profunda, que permanece oculta) y lo concreto (su forma “visible” de manifestación) la que invisibiliza estos hilos. Por lo tanto, también el análisis de las luchas exige que nos remontemos de lo concreto, en apariencia particular e inconmensurable, al núcleo común abstracto (la lógica de la valorización capitalista). No para disolver las particularidades en la abstracción (con lo cual simplemente reproduciríamos en el pensamiento la operatoria del sistema), sino para comprenderlas en su especificidad histórico-social y potenciar sus mutuas interconexiones.

Así como no queremos establecer una jerarquía entre las luchas, no nos parece tampoco relevante definir al sujeto privilegiado del cambio social. Tradicionalmente, el marxismo salió a la búsqueda de un sujeto histórico “concreto”, al que en general identificó con la clase obrera industrial. Ahora bien: vimos que desde la década del ’70, a la luz de las teorías sobre la “sociedad posindustrial”, muchos análisis –seguidos por buena parte de los teóricos del “fin del trabajo”– vienen insistiendo sobre la decadencia de la clase obrera industrial no sólo como sujeto productivo sino también en tanto sujeto político. Esta hipótesis ha sido llevada aún más lejos en particular desde los ’80, llegándose a decretar la decadencia de la clase obrera en su conjunto y planteándose la necesidad de relevar el concepto mismo de “clase” para dar cuenta de los conflictos sociales contemporáneos.<sup>623</sup>

---

622 Como señala Holloway: “En lugar de decirle a todo el mundo por dónde deberían empezar las luchas, es mejor reconocer la miríada de formas de lucha y buscar formas de conectarlas” (HOLLOWAY, John, *Agrietar el capitalismo...*, ob. cit., p. 217).

623 Las teorías sobre los “nuevos movimientos sociales” son en ocasiones presentadas como las candidatas para cumplimentar dicho relevo. Véase MILLÁN, Mariano, “Los análisis contemporáneos sobre movimientos sociales y la teoría de la lucha de clases”, en *Conflicto Social*, Año 2, N° 1 [en línea], Junio 2009. En: <http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/revista/01/index.htm> (último acceso: 05/06/2013)

Aunque el tema merecería un abordaje más exhaustivo que el que estamos en condiciones de hacer aquí, sí podemos explicitar –en base al recorrido realizado y siguiendo lo ya señalado en el capítulo tercero, párrafo III– que los dos planteos (aparentemente excluyentes entre sí) nos parecen insatisfactorios. Si la idea de un sujeto predestinado al cambio revolucionario hoy se nos ha tornado insostenible por la filosofía de la historia de naturaleza evolucionista, racionalista y determinista que la sustenta –y en este punto acordamos con Gorz aun cuando su lectura de Marx al respecto nos parezca sesgada– la conclusión opuesta es igualmente indefendible, ya que supone un determinismo de la acción colectiva perfectamente simétrico al que pretende criticar.

Sin embargo, esta renuencia a postular algún tipo de “sujeto privilegiado” no equivale a sancionar teóricamente la fragmentación de las luchas políticas. Nuestro punto de vista se aleja de cierto posmodernismo progresista que festeja la dispersión y la heterogeneidad en sí mismas, ya que sigue sosteniendo la idea de que el capital es una totalidad –pero no metafísica sino histórica, contradictoria y finita– que sobredetermina el horizonte mismo de la lucha política. Incluso, el recorrido que hicimos nos conduce a pensar que la misma dispersión de las luchas, lejos de ser un “dato”, es ante todo el resultado de la dinámica del capitalismo actual “posfordista”, que tiende a una creciente precarización, segmentación, deslocalización, etc., así como a reemplazar la disciplina homogeneizadora por un control que modula las diferencias.

Se trata, entonces, de ubicar las luchas en el campo de la dinámica del capital como totalidad contradictoria, que en su fase actual tiende a la “subsunción de la vida al capital”, la cual conlleva, entre otras cuestiones que analizamos en la tercera parte, una creciente implicación de los sujetos con los procesos de acumulación del capital, una mercantilización de la vida humana que amenaza con abarcar prácticamente todas sus facetas, nuevos mecanismos de control y una precarización mayor de las condiciones de existencia. En este contexto, que puede parecer algo sombrío para la acción transformadora, lo que intentamos aquí fue problematizar la crítica –que el capitalismo actual procura neutralizar– para vislumbrar los caminos para reformularla y recuperarla. Y pudimos ver no sólo que la recuperación de la crítica es factible, sino que su reformulación permite entrever una ampliación del campo de lo posible en el actual contexto. Lo cual no debería subestimarse desde un punto de vista práctico, ya que la crítica, en tanto puesta en cuestión de lo existente y apertura a lo posible, es indispensable también para contribuir a dotar de sentido a las luchas del presente.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA Y CONSULTADA

- ABASOLO POZAS, Olga, “Perspectivas sobre el trabajo en la crisis del capitalismo: diálogo entre José Manuel Naredo y Jorge Riechmann”, en *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, N° 108, 2009.
- ADORNO, Theodor, *Actualidad de la filosofía*, Barcelona, Paidós, 1991.
- ADORNO, Theodor, *Dialéctica negativa*, en *Obra completa*, 6, Madrid, Akal, 2005.
- ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max, *Dialéctica del iluminismo*, Madrid, Editora Nacional, 2002.
- ALONSO, Luis, *La era del consumo*, Madrid, Siglo XXI, 2005.
- ALTAMIRA, César, *Los marxismos del nuevo siglo*, Buenos Aires, Biblos, 2006.
- ANTUNES, Ricardo, *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las Metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Venezuela, Piedra Azul, 1997.
- ANTUNES, Ricardo, *Los sentidos del trabajo*, Buenos Aires, Herramienta, 2005.
- ARCEO, Enrique, “El fin de un peculiar ciclo de expansión de la economía norteamericana. La crisis mundial y sus consecuencias”, en ARCEO, Enrique, BASUALDO, Eduardo y ARCEO, Nicolás, *La crisis mundial y el conflicto del agro*, Buenos Aires, La Página, 2009.
- ARENDT, Hannah, *¿Qué es política?*, Barcelona, Paidós, 1997.
- ARENDT, Hannah, "Karl Marx and the Tradition of Western Political Thought", en *Social Research*, Vol. 69, N° 2, 2002, pp. 273-319.
- ARENDT, Hannah, *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- ARENDT, Hannah, *Sobre la revolución*, Buenos Aires, Alianza, 2008.
- ARISTÓTELES, *Metafísica*, Madrid, Gredos, 2000.
- ASTARITA, Rolando, “Distintos enfoques sobre la globalización” [en línea]. En: <http://rolandoastarita.wordpress.com/2011/04/12/distintos-enfoques-sobre-la-globalizacion-1/#more-1608> (último acceso: 14/01/13).
- ASTARITA, Rolando, “La explicación subconsumista de la crisis” [en línea], en: <http://rolandoastarita.wordpress.com/2010/08/28/la-explicacion-subconsumista-de-la-crisis/> (último acceso: 21/08/12).
- ASTARITA, Rolando, “publicidad, industria de armas... ¿son productivas?” [en línea]. En: <http://rolandoastarita.wordpress.com/2011/04/06/publicidad-industria-de-armas-%C2%BFson-productivas/> (último acceso: 22/07/12).
- BARAN, Paul y SWEEZY, Paul, *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1988.

- BAUDRILLARD, Jean, *El espejo de la producción*, Barcelona, Gedisa, 1996.
- BAUDRILLARD, Jean, *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XXI, 2002.
- BAUDRILLARD, Jean, *El sistema de los objetos*, México, Siglo XXI, 2007.
- BAUMAN, Zygmunt, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa, 2000.
- BAUMAN, Zygmunt, *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE, 2002.
- BECK, Ulrich, *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós, 2007.
- BELL, Daniel, *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Madrid, Alianza, 1975.
- BELL, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1987.
- BENSAÏD, Daniel, *Marx intempestivo*, Buenos Aires, Herramienta, 2003.
- BERALDI, Franco, *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003.
- BHORAT, Haroon y LUNDALL, Paul, *Employment and labour market effects of globalization: selected issues for policy management* [en línea], Ginebra, OIT, 2004.  
En: [http://www.ilo.org/empelm/pubs/WCMS\\_114330/lang--es/index.htm](http://www.ilo.org/empelm/pubs/WCMS_114330/lang--es/index.htm) (último acceso: febrero de 2012).
- BIDET, Jacques, “Foucault y el liberalismo. Racionalidad, revolución, resistencia”, en *Argumentos*, N° 52, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2006, pp. 11-27.
- BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Ève, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002.
- BONEFELD, Werner, “Dinero y libertad. El poder constitutivo del trabajo y la reproducción capitalista”, en HOLLOWAY, John y otros, *Globalización y Estados-Nación. El monetarismo en la crisis actual*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1995, pp. 65-95.
- BONEFELD, Werner, “Sobre el tiempo del trabajo abstracto”, en *Herramienta*, N° 44, Buenos Aires, Eds. Herramienta, 2010, pp. 17-28.
- BOYER, Robert, *Crisis y regímenes de crecimiento: una introducción a la teoría de la regulación*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores, 2007.
- CASTEL, Robert, *Las metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- CASTEL, Robert, *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, Buenos Aires, FCE, 2010.
- CASTELLS, Manuel, “Globalización, tecnología, trabajo, empleo y empresa” en *La Factoría*, N° 7, La Rectoría, Colomers, 1997.
- CASTELLS, Manuel, *Le era de la información, Vol. 2: El poder de la identidad*, Madrid, Alianza, 2003.

- CASTELLS, Manuel, *Le era de la información, Vol. 1: La sociedad red*, Madrid, Alianza, 2005.
- CASTELLS, Manuel, *La era de la información, Vol. 3: Fin de Milenio*, Madrid, Alianza, 2006.
- COLLIN, Denis, “Las tesis sobre «El fin del trabajo»: ideología y realidad social”, en *Herramienta*, Nº 6 [en línea], 1998. En: <http://www.herramienta.com.ar/revista-impresa/revista-herramienta-n-6> (último acceso: 30/11/13).
- CORIAT, Benjamin, *El taller y el robot. Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era de la electrónica*, México, Siglo XXI, 1993.
- CORIAT, Benjamin, *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, Madrid, Siglo XXI, 2001.
- CORIAT, Benjamin, *Pensar al revés: trabajo y organización en la empresa japonesa*, Madrid, Siglo XXI, 2006.
- DE LA GARZA, Enrique, “¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?”, en CASTILLO, Juan (ed.), *El Trabajo del Futuro*, Madrid, Complutense, 1999.
- DELEUZE, Gilles, “Posdata sobre las sociedades de control”, en FERRER, Christian (comp.) *El lenguaje literario*, Tº 2, Montevideo, Nordan, 1991.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós, 1995.
- DINERSTEIN, Ana y NEARY, Michael (comps.), *El trabajo en debate: una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista*, Buenos Aires, Herramienta, 2009.
- DUSSEL, Enrique, *Filosofía de la producción*, Bogotá, Nueva América, 1984.
- DUSSEL, Enrique, *Hacia un Marx desconocido: un comentario de los Manuscritos del 61-63*, México, Siglo XXI, 1988.
- DUSSEL, Enrique, *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, México, Siglo XXI, 1990.
- DUSSEL, Enrique, *La producción teórica de Marx: un comentario a los Grundrisse*, México, Siglo XXI, 2004.
- DUSSEL, Enrique, *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*, Madrid, Trotta, 2006.
- ENGELS, Friedrich “Del socialismo utópico al socialismo científico”, en MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *Obras escogidas, Tomo III*, Moscú, Progreso, 1980.

- FAZIO, Ariel, “El trabajo inmaterial como problema de la filosofía política”, Buenos Aires, el autor, 2006.
- FAZIO, Ariel, “Las filosofías de la propiedad intelectual: sobre la privatización del conocimiento en el capitalismo actual”, en *Cuadernos de Filosofía*, N° 53, 2009, pp. 79-103.
- FAZIO, Ariel, “Ética y subsunción en el posfordismo: por qué el software libre es un movimiento”, en *Redes*, N° 30, 2009, pp. 217-244.
- FORRESTER, Viviane, *El horror económico*, Buenos Aires, FCE, 1997.
- FOUCAULT, Michael, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1989.
- FOUCAULT, Michel, *¿Qué es la ilustración?*, Córdoba, Alción, 1996.
- FOUCAULT, Michel, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2002.
- FOUCAULT, Michel, *Historia de la sexualidad: la voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- FOUCAULT, Michel, *Seguridad, territorio, población*, Buenos Aires, FCE, 2006.
- FOUCAULT, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, FCE, 2007.
- FUMAGALLI, Andrea y otros, *La gran crisis del capitalismo global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2009.
- FUMAGALLI, Andrea, *Bioeconomía y capitalismo. Hacia un nuevo paradigma de acumulación*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.
- GALBRAITH, John, *La sociedad opulenta*, Buenos Aires, Planeta- De Agostini, 1992.
- GARCÍA LÓPEZ, Jorge, *El trabajo como relación social: una problematización del modo de construcción del objeto a partir de la sociología del salariado de Pierre Naville* [en línea], Tesis de Doctorado, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de CC. Políticas y Sociología, 2006. En: <http://biblioteca.ucm.es/tesis/cps/ucm-t29201.pdf> (último acceso: 12/11/13).
- GODIO, Julio, *Sociología del trabajo y política*, Buenos Aires, Atuel, 2001.
- GORZ, André, *Los caminos del paraíso: para comprender la crisis y salir por izquierda*, Barcelona, Laia, 1986.
- GORZ, André, *Adiós al proletariado (más allá del socialismo)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1989.
- GORZ, André, *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, Sistema, 1997.
- GORZ, André, *Misérias del presente, riqueza de lo posible*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

- GORZ, André, *The Immaterial*, Calcutta, Seagull Books, 2010.
- GORZ, André, *Ecológica*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2011.
- GUATTARI, Félix y NEGRI, Antonio, *Las verdades nómadas & General intellect, poder constituyente, comunismo*, Madrid, Akal, 1999.
- HABERMAS, Jürgen, *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus, 1975.
- HABERMAS, Jürgen, *Conocimiento e interés*, Madrid, Taurus, 1982.
- HABERMAS, Jürgen, *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus, 1983.
- HABERMAS, Jürgen, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1985.
- HABERMAS, Jürgen, “Ciencia y técnica como ideología”, en *Ciencia y técnica como ideología*, Madrid, Técnos, 1986.
- HABERMAS, Jürgen, “Trabajo e interacción. Notas sobre la filosofía hegeliana del período de Jena”, en *Ciencia y técnica como ideología*, Madrid, Técnos, 1986.
- HABERMAS, Jürgen, *Teoría y praxis: estudios de filosofía social*, Madrid, Tecnos, 1987.
- HABERMAS, Jürgen, *Escritos políticos*, Barcelona, Península, 1988.
- HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa* (2 Tomos), Madrid, Taurus, 1992.
- HABERMAS, Jürgen, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Madrid, Cátedra, 1999.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Multitud*, Buenos Aires, Debate, 2004.
- HARRIBEY, Jean-Marie, “El fin del trabajo: de la ilusión al objetivo”, en DE LA GARZA, Enrique y NEFFA, Julio (comps.), *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo*, Buenos Aires, CLACSO, 2001, pp. 33-49.
- HARVEY, David, “El neoliberalismo como destrucción creativa” [en línea], American Academic of Political & Social Science, 2007, traducido del inglés para *Rebelión* por Germán Leyens. En: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=65709> (último acceso: 14/01/13).
- HARVEY, David, *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2008.
- HEGEL, Georg, *Principios de la filosofía del derecho*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
- HELER, Mario, “La dimensión ética de las prácticas sociales”, en HELER, Mario (coord.), *Filosofía Social & Trabajo Social. Elucidación de una profesión*, Buenos Aires, Biblos, 2002, cap. V.
- HELER, Mario, *Jürgen Habermas y el proyecto moderno*, Buenos Aires, Biblos, 2007.
- HOLLOWAY, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Herramienta, 2005.

- HOLLOWAY, John, *Agrietar el capitalismo: el hacer contra el trabajo*, Buenos Aires, Herramienta, 2011.
- HONNETH, Axel, “Work and instrumental action”, en *New German Critique*, N° 26, 1982, pp. 31-54.
- HORKHEIMER, Max, “Teoría tradicional y teoría crítica”, en *Teoría crítica*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003.
- HORKHEIMER, Max, *Crítica de la razón instrumental*, La Plata, Terramar, 2007.
- HUSSON, Michel, “¿Hemos entrado en el capitalismo cognitivo?” [en línea]. En: <http://marxismocritico.com/2011/11/28/hemos-entrado-en-el-capitalismo-cognitivo/> (último acceso: 22/05/12).
- HUSSON, Michel, “Cinco críticas a las tesis del capitalismo cognitivo” [en línea], en *Viento Sur* (sección web). En: <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=454> (último acceso: 19/06/12).
- IÑIGO CARRERA, Juan, “El fetichismo de la mercancía bajo su forma de «teoría de la crisis del trabajo abstracto»” [en línea], en *Realidad Económica*, Instituto Argentino para el Desarrollo Económico (IADE), Buenos Aires, 2008. En: <http://www.iade.org.ar/modules/noticias/article.php?storyid=2243> (último acceso: 01/01/12).
- JACOB, Annie, “La noción de trabajo”, en *Sociología del trabajo*, N° 4, Buenos Aires, PIETTE, 1995.
- JAMESON, Fredric, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- KITTO, Humphrey, *Los griegos*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.
- LASH, Scott y URRY, John, *Economías de signos y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- LASH, Scott, *Sociología del posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 2007.
- LAZZARATO, Maurizio y NEGRI, Antonio, *Trabajo inmaterial: formas de vida y producción de subjetividad*, Río de Janeiro, DP&A Editora, 2001.
- LAZZARATO, Maurizio, *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2006.
- LEHIRE, Bernard y otros, *Lo que el trabajo esconde. Materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo*, Madrid, Traficantes de sueños, 2005.
- LENIN, Vladimir, *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Buenos Aires, Luxemburg, 2004.
- LEVÍN, Pablo, *El capital tecnológico*, Buenos Aires, Catálogos, 1997.

- LIVSZYC, Pablo, “Crisis en el mundo del trabajo”, en *Ciencias sociales*, N° 52, 2003, pp. 17-32.
- LOCKE, John, *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, Madrid, Alianza, 2000.
- LOGIUDICE, Edgardo, “El marxismo y el consumo” [en línea], en *Herramienta web*, N° 10, Buenos Aires, 2011. En: <http://www.herramienta.com.ar/revista-web/herramienta-web-10> (último acceso: 09/08/2012).
- LÓPEZ, Isidro y RODRÍGUEZ, Emmanuel, *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad en la onda larga del capitalismo hispano [1959-2010]*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.
- LO VUOLO, Rubén, “La economía política del ingreso ciudadano”, en LO VUOLO, Rubén y otros, *Contra la exclusión: la propuesta del ingreso ciudadano*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2004.
- LUKÁCS, György, *Ontología del ser social: el trabajo*, Buenos Aires, Herramienta, 2004.
- MARAZZI, Christian, *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos sobre la política*, Madrid, Akal, 2003.
- MARCUSE, Herbert, “Industrialización y capitalismo en la obra de Max Weber”, en LÉVI-STRAUSS, Claude y otros, *Jean-Jacques Rousseau y Max Weber*, Bogotá, Templemann Editor, 1992, pp. 101-125.
- MARCUSE, Herbert, *El hombre unidimensional*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1995.
- MARX, Karl, “Crítica del programa de Gotha”, en MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *Obras escogidas, Tomo III*, Moscú, Progreso, 1980.
- MARX, Karl, “Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política”, en MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *Obras escogidas, Tomo III*, Moscú, Progreso, 1980.
- MARX, Karl, *Miseria de la filosofía*, Madrid, Orbis, 1984.
- MARX, Karl, *El capital, Tomo II: El proceso de circulación del capital*, México, Siglo XXI, 1997.
- MARX, Karl, *Manuscritos: economía y filosofía*, Barcelona, Altaya, 1997.
- MARX, Karl, *Introducción general a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 2001.
- MARX, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858 (3 Vols.)*, México, Siglo XXI, 2001.
- MARX, Karl, *El capital, libro I capítulo VI (inédito)*, México, Siglo XXI, 2001.
- MARX, Karl, *La cuestión judía*, Buenos Aires, Quadrata Editor, 2003.

- MARX, Karl, *El capital, Tomo I: El proceso de producción del capital*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2003.
- MARX, Karl, *El capital, Tomo III: El proceso global de la producción capitalista*, México, Siglo XXI, 2006.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *La ideología alemana*, Buenos Aires, Santiago Rueda Editores, 2005.
- MATELLANES, Marcelo, “El fracaso político del capitalismo”, en *Realidad económica*, N° 158, Buenos Aires, Instituto Argentino para el Desarrollo Económico (IADE), 1998.
- MAUSS, Marcel, “Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas”, en *Sociología y antropología*, Madrid, Técnos, 1979.
- MÉDA, Dominique, *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- MÉDA, Dominique, “¿Qué sabemos sobre el trabajo?”, en *Revista de trabajo*, N° 4, Buenos Aires, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, 2007.
- MIGUELEZ LOBO, Fausto y otros, “El tiempo de trabajo: ¿la última frontera?”, en *Revista universitaria de ciencias del trabajo*, N° 6, 2005, pp. 83-104.
- MILLÁN, Mariano, “Los análisis contemporáneos sobre movimientos sociales y la teoría de la lucha de clases”, en *Conflicto Social*, Año 2, N° 1 [en línea], Junio 2009. En: <http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/revista/01/index.htm> (último acceso: 05/06/2013).
- MONTES CATÓ, Juan, “La configuración del poder en los espacios de trabajo: dispositivos disciplinarios y resistencia de los trabajadores”, en *Sociología del Trabajo*, N° 54, 2005.
- MOULIER BOUTANG, Yann y otros, *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2004.
- NAREDO, José, “Configuración y crisis del mito del trabajo” [en línea], en *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Vol. VI, núm. 119, 2002. En: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn119-2.htm> (último acceso: 25/11/13).
- NEFFA, Julio, *Los paradigmas productivos taylorista y fordista y su crisis*, Buenos Aires, Lumen, 1998.
- NEFFA, Julio, *El trabajo humano*, Buenos Aires, Lumen, 2003.
- NEGRI, Antonio, *Marx más allá de Marx*, Madrid, Akal, 2001.
- NEGRI, Antonio, “John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el ‘29””, en *Crisis de la política*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2003, pp. 11-36.
- NIETZSCHE, Friedrich, *El nihilismo: Escritos póstumos*, Barcelona, Península, 2000.

- NOGUERA FERRER, José, *La transformación del concepto de trabajo en la teoría social: la aportación de las tradiciones marxistas* [en línea], Tesis de Doctorado, Universidad Autónoma de Barcelona, 1998. En: [http://www.tesisenxarxa.net/TDX-0428108-164019/index\\_cs.html](http://www.tesisenxarxa.net/TDX-0428108-164019/index_cs.html) (último acceso: 23/03/12).
- OCDE, “A review of labour markets in the 1980s.” [en línea], en *Employment Outlook 1991*, cap. 2. En: <http://www.oecd.org/dataoecd/47/4/4348922.pdf> (último acceso: noviembre de 2013).
- OCDE, *Employment Outlook 2005* [en línea]. En: <http://img.scoop.co.nz/media/pdfs/0506/OECD.pdf> (último acceso: febrero de 2012).
- OFFE, Claus, *Disorganized Capitalism. Contemporary Transformations of Work and Politics*, Cambridge, The MIT Press, 1985.
- OFFE, Claus, *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Madrid, Alianza, 1992.
- OFFE, Claus, “Pleno empleo, ¿una cuestión mal planteada?”, en *Sociedad*, N° 9, septiembre de 1996, pp. 143-151.
- OIT, *Cambios en el mundo del trabajo* [en línea], Memoria del Director General, Ginebra, 2006. En: <http://www.oit.org/public/spanish/standards/relm/ilc/ilc95/pdf/rep-i-c.pdf> (último acceso: febrero de 2012).
- OIT, *Por una globalización justa: crear oportunidades para todos* [en línea], Informe de la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, Ginebra, 2004. En: <http://www.ilo.org/public/spanish/wcsdg/docs/report.pdf> (último acceso: febrero de 2012).
- OIT, *Tendencias mundiales de empleo: enero de 2007*, OIT, Ginebra, 2007.
- OIT, *Tendencias mundiales de empleo: enero de 2009*, OIT, Ginebra, 2009.
- PAGURA, Nicolás, “El concepto de «subsunción» como clave para la interpretación del lugar del trabajo en el capitalismo actual” en: *Realidad Económica*, N° 243, Buenos Aires, Instituto Argentino para el Desarrollo Económico (IADE), 2009, pp. 28-49.
- PAGURA, Nicolás, “La teoría del valor-trabajo y la cuestión de su validez en el marco del llamado «posfordismo»: un avance en la elucidación de la problemática” [en línea], en *Trabajo y sociedad*, N° 15, 2010, pp. 55-69. En: [http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/#Numero\\_15](http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/#Numero_15) (último acceso: 15/11/13).
- PAGURA, Nicolás, “Hacia una relectura del concepto de «trabajo» en Marx a la luz de los recientes procesos de reestructuración del capitalismo” [en línea], en *Pensar:*

- Epistemología y Ciencias Sociales*, N° 5, Rosario, Acceso Libre, 2010, pp. 151-178.  
En: <http://revistapensar.org/index.php/pensar/issue/view/5> (último acceso: 15/11/13).
- PIGNUOLI OCAMPO, Sergio y otros, “Acerca de la diferencia entre el uso filosófico de la economía y el estatuto polémico del materialismo vulgar en Adorno”, ponencia publicada en DAROQUI, Alcira (comp.), *IX Jornadas de Sociología*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2011.
- PIORE, Michael y SABEL, Charles, *La segunda ruptura industrial*, Madrid, Alianza, 1990.
- POLANYI, Karl, *El sustento del hombre*, Madrid, Mondadori, 1974.
- POLANYI, Karl, *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Buenos Aires, FCE, 2007.
- POSTONE, Moishe, *Tiempo, trabajo y dominación social*, Madrid, Marcial Pons, 2006.
- POSTONE, Moishe, *Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2007.
- POSTONE, Moishe, *History and heteronomy. Critical Essays*, Tokyo, UTCP, 2009.
- RAPOPORT, Mario y BRENTA, Noemí, *Las grandes crisis del capitalismo contemporáneo*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2010.
- RICARDO, David, *Principios de economía política y tributación*, Buenos Aires, Claridad, 2007.
- RIFKIN, Jeremy, *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- RIFKIN, Jeremy, *La era del acceso: la revolución de la nueva economía*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- RODRÍGUEZ, Emmanuel, *El gobierno imposible. Trabajo y fronteras en las metrópolis de la abundancia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003.
- ROJAS, Eduardo y otros, *¿Un nuevo espíritu del capitalismo? Lecturas sobre la teoría y la crítica de nuestro tiempo*, Chile, Ediciones del Temple, 2009.
- ROSANVALLON, Pierre, *El capitalismo utópico*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006.
- RUBIN, Isaak, *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1974.
- SCAVINO, Dardo, *La filosofía actual: pensar sin certezas*, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- SENNETT, Richard, *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- SENNETT, Richard, *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2008.
- SMITH, Adam, *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 2002.

- TANGUY, Lucie, “De la evaluación de los puestos de trabajo a la de las cualidades de los trabajadores: definiciones y usos de la noción de competencias”, en DE LA GARZA, Enrique y NEFFA, Julio (comps.), *El futuro del trabajo- el trabajo del futuro*, Buenos Aires, CLACSO, 2003.
- TOURAINÉ, Alain, *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel, 1973.
- VATIN, François, *Trabajo, ciencias y sociedad: ensayos de sociología y epistemología del trabajo*, Buenos Aires, Lumen, 2004.
- VENCE DEZA, Xavier, *Economía de la innovación y del cambio tecnológico*, Madrid, Siglo XXI, 1995.
- VERCELLONE, Carlo, “From Formal Subsumption to General Intellect: Elements for a Marxist Reading of the Thesis of Cognitive Capitalism” [en línea], en *Historical Materialism*, N° 15, 2007, pp. 13-36. En: [http://www.generation-online.org/c/fc\\_rent5.pdf](http://www.generation-online.org/c/fc_rent5.pdf) (último acceso: 24/06/2012).
- VIRNO, Paolo, *Gramática de la multitud*, Buenos Aires, Colihue, 2003.
- VIRNO, Paolo, *Virtuosismo y revolución: la acción política en la era del desencanto*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2003.
- WEBER, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1979.
- ZANGARO, Marcela, *Subjetividad y trabajo: una lectura foucaultiana del management*, Buenos Aires, Herramienta, 2011.
- ŽIŽEK, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- ŽIŽEK, Slavoj, *A propósito de Lenin: política y subjetividad en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Parusía, 2004.
- ŽIŽEK, Slavoj (comp.), *Ideología: un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE, 2008.
- ŽIŽEK, Slavoj, “Cómo volver a empezar... desde el principio”, en HOUNIE, Analía (comp.), *Sobre la idea del comunismo*, Buenos Aires, Paidós, 2010.
- ZUKERFELD, Mariano, *Capitalismo y conocimiento* [en línea], 3 Volúmenes. En: <http://capitalismoyconocimiento.wordpress.com/> (último acceso: 15/11/13).

#### **Otros recursos:**

Documental: “Comprar, tirar, comprar”, dirigido por Cosima Dannoritzer y coproducido por Article Z (Francia) y Media 3.14 (Barcelona). Disponible en línea en: <http://www.rtve.es/television/documentales/comprar-tirar-comprar/> (último acceso: 15/11/13).

